DESAFIO

(Defiance)

por

Savitri Devi

Calcuta 1951

DEDICADO A MI QUERIDA CAMARADA Y AMIGA HERTHA EHLERT
Y A TODOS AQUELLOS QUE SUFRIERON POR EL AMOR A NUESTRO FÜHRER,
POR LA GRANDEZA DE SU PUEBLO, Y PARA EL TRIUNFO DE LA VERDAD ETERNA POR LA CUAL ÉL Y ELLOS HAN LUCHADO HASTA EL FINAL

Enviado Por: http://groups.yahoo.com/group/furoroccidental

Maquetado por : NON

"Tomando como igual placer y dolor, ganancia y pérdida, victoria y derrota,
ciñete tu mismo para la batalla; así no incurrirás en el pecado. "
Bhagavad-Gîta (II. Verso 38)

_____***_____

"Allein unser Denken and Handeln soll keineswegs von Beifall oder Ablehnung unserer Zeit bestimmt werden, sondern von der bindenden Verpflichtung an eine Wahrheit, die wir erkannten."
(Sin embargo nuestro pensamiento y acción de ninguna manera deberían ser determinados por el aplauso o rechazo de nuestros tiempos, sino por la obligación compulsoria a una verdad, que nosotros reconocemos).
Adolf Hitler (Mein Kampf, II, Capítulo. 2, edición 1939, p. 435.)

INDICE

Advertencia	**vii**
PARTE UNO	
Triunfo	
Capítulo I - El Tren Vacío	**1**
Capítulo II - La Detención	**10**
Capítulo III - Preguntas y Respuestas	**20**
Capítulo IV - En Custodia	**94**
Capítulo V - El Día Glorioso	**191**
PARTE DOS	
Susurros	
Capítulo VI - Las Puertas se cierran	**231**
Capítulo VII - Humillación	**258**
Capítulo VIII - Conversaciones Clandestinas	**321**
Capítulo IX - Más Alegrías Secretas	**371**
PARTE TRES	
Silencio	
Capítulo X - La Búsqueda	**401**
Capítulo XI - Angustia	**425**
Capítulo XII - El Camino del Desapego Absoluto	**487**
Capítulo XIII - "Comenzaremos otra vez"	**522**
Epílogo	**576**

ADVERTENCIA

Este libro es simplemente un relato de mi detención y proceso, en Alemania occidental ocupada, a principios de 1949, por el cargo de hacer propaganda Nazi, y de mi vida subsiguiente en la cárcel. La vislumbre que uno consigue, en ello, de Alemania occidental ocupada, es una visión de Alemania a través de mis ojos, es decir, por los ojos de una seguidora no-alemana de Adolf Hitler. La impresión que los representantes de los Poderes de Ocupación podrían tener del mismo país desde su ángulo, es probablemente completamente diferente. Dios sólo sabe - y sólo el tiempo dirá - cual es la más cercana a la realidad objetiva.
Mientras tanto, - si este libro va a salir a luz antes de lo que llamo "nuestro Día" - en ninguna consideración deberían los opositores de la fe Nazi, ahora en una posición para dañarlos, incriminar a cualquier alemán con motivo de mis impresiones personales, o de palabras que yo podría haber relatado en forma más o menos exacta. No he nombrado a ningún alemán en este libro, - salvo uno, de quien se ahora que está muerto, y a quien, por consiguiente, los campeones de la Democracia ya no pueden hacer cualquier daño. Pero varios podrían ser reconocibles por los puestos que sostuvieron en el momento de mi encarcelamiento. Lo que acabo de decir se aplica a ellos: no quiero que sean implicados debido a mi impresión acerca de ellos.

Les agradezco sin embargo por haberme dado aquella impresión; porque sea verdadera o exagerada, esto ha reforzado mi confianza en la gente que llamo en este libro (y en el otro) "la vanguardia de la raza aria regenerada," y así me ayudó a encontrar la vida digna de ser vivida, ahora mismo, en nuestros tiempos sombríos. Lyons (Francia), 29 de agosto de 1950

SAVITRI DEVI

PARTE I TRIUNFO

CAPÍTULO I EL TREN VACÍO

"Tengo algunos papeles aquí . . . peligrosos; ¿quisiera usted verlos?" dije al alto y hermoso joven alemán que andaba por mi lado a lo largo del paso subterráneo que conducía a la plataforma desde la cual yo debía tomar mi tren, en la estación de Colonia, la noche entre el 13 y 14 de febrero de 1949. Yo había encontrado al hombre unas horas antes, en "la Misión Católica" de la misma estación, y habíamos hablado bastante con él para hacernos convencidos que él podría confiar en mí, tal como yo podría confiar en él - por no decir más. Él se paró durante medio segundo y miró alrededor para ver si alguien nos seguía, o si cualquier transeúnte pudiera haber oído por casualidad posiblemente mis palabras. Pero éramos las únicas personas en el pasillo largo, sombrío. El joven hombre se dio vuelta hacia mi y contestó con voz baja: "sí; déme uno."

Saqué un cartel doblado dos veces en cuatro de mi bolsillo y lo puse en su mano. "No se detenga para leerlo ahora," dije, "sino espere antes de que entremos en el tren, y luego vaya y léalo en los baños, donde nadie puede venir y molestarle. Usted tiene un montón de tiempo. Vea si piensa que tales papeles pueden ser útiles, y dígamelo bastante francamente. Si usted quiere más, todavía tengo abundantes dejados."

El joven hombre escondió el precioso papel en el bolsillo interior de su abrigo y siguió andando a mi lado en silencio, ayudándome a llevar el pequeño equipaje que yo tenía. Alcanzamos la plataforma. El tren estaba allí, - prácticamente vacío, ya que no debía comenzar hasta una hora más tarde, a las 1:12, si recuerdo bien. Un viento feroz soplaba. Y era amargamente frío.

El joven hombre me ayudó a levantar mi maleta en el vagón y luego ingresó él mismo, y fue para leer el cartel en el mejor escondrijo, como yo había sugerido. Las palabras que leyó, escritas en mayúsculas grandes debajo de una esvástica negra que cubrió aproximadamente un tercio de la página, eran las siguientes:

Pueblo aleman, ¿qué le han traído las democracias?
En tiempo de guerra, fósforo y fuego.
Después de la guerra, hambre, humillación, opresión; el desmontaje de las fábricas; la destrucción de los bosques; ¡y ahora, - el estatuto de Ruhr!
Sin embargo, "la esclavitud debe durar, pero solo un corto tiempo más."
nuestro führer está vivo
y volverá pronto, con poder inaudito. ¡resista a nuestros perseguidores!
Tenga esperanza y espere.
¡HEIL HITLER!

El papel fue firmado "S.D". - es decir, con mis propias iniciales. El joven alemán salió de su rincón. Había una luz extraña en sus ojos grises brillantes y una rara asertividad de su voz. "Déme tantos de estos carteles como usted tenga. ¡Los colocaré para usted!" dijo él. Él ya no era el prisionero de guerra solo, hambriento, triste que acababa de volver a casa después de cuatro largos años de toda clase de maltratos en las manos de los enemigos de Alemania. Él se había hecho una vez más el soldado de una Alemania victoriosa - de una Alemania invencible - y el heraldo de la Idea eterna de Hitler; una vez más su viejo yo, que nada podría matar.

Le admiré, y recordé en mi mente las palabras que había oído una vez en un pueblo en Saarland, aproximadamente seis meses antes, de otro Nacionalsocialista sincero: "esperamos la chispa." ¿Podría ser que yo era algo de una chispa - una chispa de fe y esperanza - en medio de la penumbra interminable del día presente? Cuando aquel pensamiento entró en mi

consciencia, las lágrimas vinieron a mis ojos, y una emoción de euforia inmensa traspasó mi cuerpo y pareció levantarme encima de mí. Por las ventanas del tren, yo podría ver, en la débil luz artificial, los contornos rasgados de lo que había sido una vez una pared - ruinas, solamente ruinas dondequiera que uno ponga los ojos en la desafortunada Alemania; el cuerpo rasgado y postrado del país martirizado de Hitler. Pero ante mí, contra aquel fondo de desolación, estaba el joven hombre (él no podía haber tenido más de treinta) quince veces herido en el campo de batalla para la causa del Nuevo Orden; más de tres años un preso de los franceses en un campamento de trabajo de esclavos en el corazón ardiente de África, bajo la fusta de auxiliares africanos; hambriento; sin trabajo; por lo visto sin un futuro (él me había dicho de su grave situación) pero ahora erguido y esperanzado, una vez más consciente de su invencibilidad. El alma alemana brilló, más viva que alguna vez, en sus ojos brillantes - una realidad tangible - y se dirigió a mí por su voz.

¿"Quién escribió 'éstos'"? el joven hombre me preguntó, refiriéndose a mis carteles.
"Yo."
Él miró fijamente a mí, visiblemente conmovido.
"Usted," dijo él; ¡"usted, una extranjera!"
"Yo, una aria, y una Nacionalsocialista," contesté. "Ningún ario digno del nombre puede olvidar su deuda de gratitud al Führer - el Salvador de la raza entera - y a Alemania que ahora está en ruinas por haber luchado por los derechos, no, por la misma existencia de la humanidad superior."

Mi respuesta, que portaba el acento de sinceridad, pareció complacerle. Pero él no comentó sobre ello. Él sólo me hizo unas preguntas.

¿"Dónde consiguió usted 'éstos' impresos?" preguntó él, otra vez hablando de mis carteles.

"En Inglaterra."

¿"Y los trajo sobre usted?"

"Sí, yo misma. Tres veces entré en Alemania con tres provisiones sucesivas de panfletos diferentes o carteles, y siete veces crucé la frontera entre Saarland y la Zona francesa con un número mayor o menor de ellos. Nunca fui agarrada aún. Los Poderes divinos invisibles cuidan de mí."

¿"Y hace cuanto que usted ha estado haciendo esto?"

"Comencé hace ocho meses. Yo habría comenzado tan pronto como me vine de la India - hace tres años - si hubiese logrado entonces obtener un permiso para cruzar la frontera bajo algún pretexto u otro. Pero tuve que esperar."

El joven alemán se acercó a mí y me tomó en sus brazos.

Él era mucho más alto que mí, y mucho más fuerte. Yo podría sentir la presión de su cuerpo atlético, y ver sus ojos brillantes mirar abajo, directamente en los míos.
¡"Entonces es por él, por nuestro Führer, que usted ha venido desde el otro confín del mundo para ayudarnos en medio de nuestras ruinas!" dijo él. Había una emoción profunda en su voz. Él hizo una pausa durante un segundo, y prosiguió en un susurro: "Nuestro Führer; ¡querido Hitler! Usted realmente le ama. Y usted realmente nos ama."
Sentí que una ola de felicidad indecible llenaba mi pecho. Y me sonrojé carmesí.

"Le adoro," dije, también en un susurro. "Y amo todo lo que él apoya y todo lo que él ama. Ustedes, sus compatriotas fieles, ustedes son la gente al servicio de quienes él dedicó su vida; su Alemania viva, tan hermosa, tan valiente, y tan desafortunada."
Los ojos grises brillantes miraron detenidamente aun más profundo en mí, como si trataran de descifrar la historia de mi vida. ¿"Y usted," el joven hombre me preguntó por fin, "quién es usted?"
"Le he dicho: una aria de lejos."

Al aire libre, el amargo viento siguió soplando, y yo podría ver la pared arruinada contra el fondo oscuro de la noche. De un salto, recordé la vista del país entero; millas y cientos de millas de paredes que se derrumban; las calles en que - como en la Schloss Strasse de Koblenz, yo acababa de ver - no había ni una sola casa en pie. Pero a lo largo de aquellas calles, marchando como guerreros, y cantando en su camino, imaginé para mí a los veteranos de esta guerra perdida y de estos años después de la persecución, al lado de la juventud de Alemania resucitada - el Ejército del Cuarto Reich, un día; fuera del caos: orden y fuerza; fuera de la servidumbre y muerte: la voluntad para vivir y triunfar. Y sonreí, cuando una lágrima rodó bajo mi mejilla. Me sentí inspirada, como rara vez he sido.

¿"Recuerda usted," dije, "los magníficos días cuando usted solía alardear por las calles y cantar la canción de conquista?

Vamos a marchar adelante,
Aun si todo se cae a pedazos;
Ya que Alemania es nuestra hoy,
Mañana, el mundo entero. "

1 "Wir werden weiter marschieren,
wenn alles in Scherben fällt;
denn heute gehört uns Deutschland,
and morgen, die ganze Welt."

Cientos de banderas portando el signo sagrado de la Esvástica colgaron de las ventanas, en una serie festiva; miles de brazos extendidos saludaron su marcha adelante - el principio de un futuro interminable en el cual usted creyó. ¿Recuerda cuan fuerte y feliz se sintió entonces? El desastre siguió, lo sé, con su rastro de miseria indecible: el hambre, la destitución, la servidumbre, ruina completa - aquel horror en medio del cual estamos de pie. Y aún asi, desde la profundidad de mi corazón le digo: la canción de triunfo no era una mentira; de todos modos el sueño estupendo se hará verdad; se hace ya verdad, a pesar de las bombas de fósforo, a pesar de cuatro años de privaciones sin precedentes de la persecución, de la "des-Nazificación". Nada puede impedirle hacerse más y más verdadero cuando el tiempo continúe, - "pues Alemania es nuestra hoy, y mañana, el mundo entero."

Hice una pausa, y un destello de exultación sobrenatural aclaró mi rostro. Hablé con el aseguramiento irresistible de alguien para quien la esclavitud del tiempo y espacio había dejado de existir. "Lo que pienso y siento hoy," dije, - "yo, el Nazi extranjero insignificante, - la raza aria entera pensará y sentirá mañana, el próximo año, en un siglo, no importa cuando, pero seguramente un día. Soy uno de los primeros frutos del futuro amor y reverencia de millones para nuestro Führer y para sus ideales. Soy 'el mundo entero', conquistado por su espíritu, por tu espíritu; el signo vivo, enviado a usted por los Poderes invisibles, en la hora de martirio, para decir a ustedes, alemanes fieles, que el mundo es suyo porque ustedes lo merecen."

El joven hombre miró fijamente a mí con gran emoción, y me presionó un poco más apretado en sus brazos como si yo fuera en efecto el mundo conquistado de nuevo. Yo era sumamente feliz. Sabía que yo no hacía mal. Ya que este hombre Herr G.W. no era un individuo. Y yo no era

Savitri Devi Mukherji. No había nada personal en aquel gesto espontáneo suyo, o en el reverente abandono con que lo acepté y le respondí. Este joven soldado era, en mis ojos, la juventud de Alemania, intrépida en medio de la persecución así como en la batalla; uno de aquellos "hombres de oro y acero" a quienes yo había exaltado en el libro que escribía entonces. Y para él, yo era un amigo de Alemania - una Nazi extranjera - nada menos, nada más. Él miró fijamente hacia mí durante un minuto sin hablar, como si un amigo, en estos días atroces, fuese algo digno de mirar.

"Sé que usted quiere dar significado a cada palabra que dice," susurró él por fin; "y le agradezco: y le ayudaré. Después de todo lo que sufrimos, es refrescante oír lo que usted hablaba. Usted despierta la esperanza y la seguridad en sí mismo en nuestros corazones. Nos hace sentir lo que aquellos que lucharon en los primeros días de la lucha deben haber sentido después de la primera guerra. ¿Qué es lo que da tal fuerza a sus palabras?"
"Mi amor por el Führer. Me siento inspirada cuando hablo de él."
¡"Nuestro Führer!" repitió el joven hombre, con lealtad apasionada, repitiendo mis propios sentimientos. "Usted tiene razón. Le ayudaré tanto como pueda. Déme todos los carteles que usted tiene."

Él soltó su abrazo. Tomé de mi bolso un bulto de aproximadamente cuatrocientos o quinientos carteles, ocultados en revistas de moda, y se los di. Él los escondió con cuidado en su ropa.
¿"Es todo?" me preguntó.
Sonreí. "No", dije; "pero deje unos cuantos al resto de Alemania; ¿no va a hacerlo?"
"Usted tiene razón," dijo él. Y sonrió por primera vez. Él recogió mis manos en las suyas y miró fijamente hacia mí como si me viera por última vez. ¿"Cuándo y donde puedo encontrarle otra vez?" dijo él. "Debemos encontrarnos nuevamente."

"No tengo ninguna dirección permanente," contesté. Pero si usted gusta dejar la suya - cuando usted tenga una - en "la Misión Católica" de esta estación, la encontraré. Volveré aquí después de exactamente una semana - algún momento el próximo sábado por la noche - y preguntaré su dirección en aquel lugar. ¡Mientras tanto, tenga cuidado, ah, tenga cuidado! No cometa ninguna equivocación que podría meternos a ambos en problemas. No digo 'no me traicione,' ya que sé que usted nunca hará esto."

Los ojos francos, serios del joven alemán me miraron más atentamente que alguna vez, y sus manos fuertes apretaron las mías en un gesto de la camaradería reafirmada. ¡"Nunca!" dijo él. Y, bajando su cabeza casi al nivel mío, él susurró: "la marca está allí, sobre mi carne. Esto no se borra. Usted puede confiar en mí."
La marca . . . Entendí, - y sentí un afecto admirativo, rozando en la reverencia, crecer en mí por aquel nuevo amigo. Mi cara resplandecía.
¿"Asi que, usted estaba en el S.S .?" dije, con voz baja, en el tono que una doncella romana habría dicho a un veterano romano: ¿"Asi que, usted estaba en la Guardia Pretoriana?"
"Yo estaba en la Orden de hombres S.S.," contestó el hombre joven, con orgullo, también en un susurro.
Pensé en todo lo que él me había dicho de sus sufrimientos en las manos de nuestros enemigos. Y cuando le miré, recordé la primera línea de la canción de los hombres S.S..
"Si todos se hacen infieles, permanecemos en efecto fieles. "
"Wenn alle untreu werden, so bleiben wir doch treu, . . ."

Oí el ruido, - una puerta abierta y cerrada otra vez - y me asusté. Pero esto no fue en nuestro carro. De todos modos, yo era consciente que el tren no permanecería vacío mucho tiempo.

"Me iré pronto," dije. "Usted debería bajar ahora, mientras nadie mira. Le veré la próxima semana. ¡Pero por el bien del cielo, tenga cuidado! Auf wiedersehen. ¡Heil Hitler!"
¡"Heil Hitler!" contestó el joven hombre, devolviendo mi saludo. Él salió del tren y fue por su

camino. Miré su alta figura desaparecer en la amarga noche fría.
Unos minutos más tarde, el tren comenzó. Sentándome en una esquina del compartimiento oscuro, donde más personas habían concurrido ahora, yo también iba por mi camino - yendo a distribuir más volantes, colocar más carteles, en otra parte de Alemania; yendo a ayudar a mantener el espíritu Nazi vivo entre otros compatriotas de mi Führer.
¡Yo tenia frío, pero - era feliz ah, tan feliz!

CAPÍTULO II
LA DETENCIÓN

Una semana más tarde volví a Colonia.
Algún presentimiento vago me advirtió que yo debería ir directamente a Koblenz. Pero vencí aquel sentimiento. O mejor dicho, el deseo de ver a Herr W. una vez más, era más fuerte en mí que el deseo de evitar tomar riesgos innecesarios. Recordé cada palabra que el joven alemán había pronunciado a partir del minuto que yo le había encontrado. La historia del cautiverio de sus tres años en África me rondó. Le admiré por haber sostenido tan gloriosamente la prueba de persecución; y le amé con el mismo afecto fuerte, calido - el mismo sentimiento de camaradería sagrada en vida y muerte - como lo hago a cualquier verdadero Nazi. No me detuve en Colonia para averiguar si él había colocado mis carteles o no. Yo sabía que él lo había hecho. Confié en él implícitamente. Me detuve para el puro placer de reunirme con él otra vez. Yo planeaba ir con él a un largo paseo, en algún sitio por la frontera del Rin, fuera de Colonia. El tiempo era brillante. En el día, en la luz del sol, no estaba demasiado frío para sentarse, a condición de que no hubiera ningún viento. Yo compraría alguna comida y bastantes pasteles para todo el día, - pensé e iríamos y nos sentaríamos en algún lugar solo y encantador. Yo extendería mi capa gris gruesa sobre la tierra para que estemos más cómodos. Y el oficial S.S. se dirigiría a mí con amistad, entendimiento y fe, él me hablaría sobre los magníficos días que vinieron y fueron y vendrán otra vez; hablaría de las humillaciones recientes y de la venganza inevitable; del Führer, de la gran Alemania, la primera piedra de la futura Arianidad (todo para lo que estuve de pie, todo lo que quise, todo lo que amé) mientras el Rin inmutable haría rodar por delante de nosotros sus aguas soleadas con el mismísimo murmullo eterno. Quise oír a él decirme, como cientos habían hecho ante él, cuan hermoso era el semblante inspirado del Führer cuando se dirigió a las muchedumbres entre ovaciones. Quise decirle, tal como ya habían hecho diez mil otros, cuan feliz era de estar esperando en Alemania, en vez de en otra parte, para el regreso del Líder y Salvador.

Bajé del tren y, después de dejar mis cosas en el guardarropa, fue directamente a la Misión Católica donde pregunté a la mujer de servicio lo que me pareció la más no-comprometedora pregunta: ¿"podría usted ser bastante amable para decirme la dirección de Herr W., quien estaba aquí hace una semana en busca de un cuarto? Él me dijo que dejaría su dirección con usted."
Yo no sabía que Herr W. estuvo detenido ya, ni que, durante los cuatro o cinco días anteriores, la policía me buscaba por todas partes de Alemania.
La mujer de servicio - que quizás sabía - pareció un poco avergonzada, "¿Herr W?," dijo ella. ¿"Usted está completamente segura que este es el nombre?"
Ella volcaba las páginas de un cuaderno en el cual fueron anotados los nombres y direcciones de muchas personas que habían obtenido alojamiento mediante la Misión. Pero ella no me pareció tratar seriamente de encontrar el nombre. De todos modos contesté a su pregunta. "Sí, Herr W.," dije yo. "Le encontré aquí, en este lugar, exactamente hace una semana. Yo no podría decir si la Misión Católica haya logrado encontrarle un cuarto o no. Pero él me dijo que dejaría su dirección aquí dondequiera que fuera. Me sorprende que no lo haya hecho. ¿Sería usted bastante amable para mirar con cuidado?"

Yo no tenía tiempo para decir más, ya que en aquel momento un policía intervino. Él anduvo directamente hacia mí y dijo: ¿"puedo ver sus papeles, por favor?"

Esta no era la primera vez que yo había mostrado mi pasaporte a un policía alemán. Generalmente, el hombre echó un vistazo a ello y me lo devolvió inmediatamente, sin cualquier comentario. Este hombre no me lo devolvió, sino que dijo: ¿"me puede seguir a la comisaría? Tenemos algún punto para aclarar. Deje sus cosas; nadie las tocará." Inmediatamente olfateé el peligro. Pero me sentí extraordinariamente tranquila, - calma como sólo un creyente absoluto en el destino podría sentir. "Supongo que esto tenía que pasar un día," pensé. "Sin embargo, haré todo lo que pueda para 'escurrirme' de ser posible. Pero si soy agarrada, soy agarrada. Y no me comportaré como una cobarde en ninguna circunstancia." Entré en la comisaría - un cuarto desnudo, blanqueado en el cual había otros dos hombres en uniforme de policía (uno, obviamente de rango más alto que el otro, sentado en una mesa, cerca de un teléfono) y un preso, sentado en una esquina. "Seguramente no un preso político," pensé, tan pronto como le vi. Él no pareció tan feliz como yo.
El hombre en el escritorio me ofreció una silla. Me senté. Entonces, el policía que me había hecho entrar entregó mi pasaporte al hombre, y éste lo examinó con sumo cuidado, por un largo tiempo. "Un pasaporte británico," dijo él, por fin. "Pero usted no es inglesa, verdad?"
"Mitad de inglés y mitad de griego," contesté. "Mi madre es inglesa. He adquirido la ciudadanía británica por mi matrimonio."
¿"Su marido es inglés?"
"No. Indio."
¿"Y dónde está él ahora?"
"En Calcuta, hasta donde sé."

El policía no estuvo por lo visto interesado en el paradero de mi marido tan lejos. Él cambió la conversación.

"Usted ha viajado bastante, veo de los visados en su pasaporte," dijo él. ¿"Qué le apuntó a venir a Alemania?"

"Vine para juntar la información de primera mano a fin de escribir un libro," contesté - y era verdad; yo escribía, de hecho, mi Oro en el crisol, un cuadro apasionado de la Alemania Nacionalsocialista en las garras de sus perseguidores, al mismo tiempo como una profesión personal de fe en Adolf Hitler. Añadí: "esto es declarado en una carta que usted encontrará en mi pasaporte; una carta de la Oficina francesa des Affaires Allemandes recomendandome a las autoridades de Ocupación." Y esto también era verdad. En aquella carta el jefe de la Oficina arriba mencionada pidió "a los franceses y autoridades de Ocupación Aliadas proveer cada ayuda posible y protección a la Sra Mukherji, autora de varios trabajos en asuntos históricos y filosóficos, que va ahora a Alemania y Austria a fin de juntar el material necesario para un libro sobre aquellos países." (Huelga decir, él no sabía nada de mis convicciones, y no podía sospechar que clase de libro tuve la intención de escribir, ni que actividades tuve la intención de emprender en Alemania.)

El policía miró hacia mí, con una chispa de diversión en sus ojos, como si él pensara: "Posible; bastante posible. Ustedes los luchadores subterráneos son capaces de cualquier cosa que pueda llevar adelante sus fines." Él tomó la carta y dio un vistazo en ella, pero no la leyó. Probablemente no sabía el francés. Si el documento le pareció auténtico o no, yo sabría decirlo decir. De todos modos, esto no le impresionó suficiente para descartarme como una persona inocua en la protección de los amos actuales de Alemania. Él siguió preguntándome.

¿"Usted es una escritora?" preguntó el.
"Sí."
"Queremos saber si usted tiene algo que ver con un asunto de cierto panfleto y cartel. . ."

Entendí que sería difícil "escurrirse," esta vez. Aún asi, me sentí - sumamente tranquila como si yo actuara; como si la persona que se sienta en mi lugar y contesta las preguntas no fuese mi verdadero yo. (Ni era ella, de hecho. Mi verdadero, libre, inaccesible Yo vive en millones de individuos, en Alemania y en el extranjero; dondequiera que haya arios que comparten nuestros ideales; dondequiera que el espíritu Nazi prospere en toda su fuerza y orgullo. Importa poco lo que podría pasar al material, limitado yo que hablaba en la Oficina de Policía de la estación de Colonia durante aquella noche del 20 de febrero de 1949).
Fingí no entender la palabra alemana para un panfleto, la palabra Flugblatt.
¿"Qué clase de cosa es un Flugblatt?" pregunté, no sin reprimir una tendencia a reírme.
"Un papel con alguna propaganda escrita sobre el, pensado para la distribución," contestó, esta vez, no el hombre en el escritorio sino otro - el policía que me había hecho entrar. Y él añadió, dibujando una esvástica sobre una página en blanco y dándomela: ¿"si usted no sabe qué es un Flugblatt, sabe usted, al menos, que es esto?"

"Una esvástica," dije yo; "creo todo el mundo sabe eso."

"El símbolo del Nacionalsocialismo," enfatizó él, "y el Símbolo inmemorial del Sol," añadí. "En India, es considerado como un signo sagrado durante miles de años."
¿"Y también considera usted eso como un signo sagrado?" preguntó el policía. Miré fijamente a él con desafío - y una pizca de ironía. Yo sabía que jugaba con fuego, pero disfruté de ello. Naturalmente disfruto desafiando el peligro.

"Seguramente lo hago," dije. "Yo también, soy una adoradora del Sol."
Aquella respuesta era rigurosamente exacta. En mi mente, recordé mis años de lucha en la lejana India; mis conferencias contra la ideología cristiana de igualdad, mansedumbre falsa y humildad falsa, a la sombra de árboles banyan, ante muchedumbres vestidas de blanco. Y antes de esto, mi lucha en Grecia contra la mentalidad simiesca de una "intelligenzia" levantinizada, en nombre de los ideales arios eternos que en aquel tiempo - hace veinticinco años - yo todavía llamaba "helénicos". "Toda mi vida, en efecto he luchado por la misma verdad, bajo aquel mismo Signo sagrado histórico," pensé. Y la perspectiva de ser detenida - que nunca me había preocupado - de repente se hizo casi atractiva ante mis ojos. La verdad es que perdería la pequeña utilidad que yo podría haber tenido. ¡Pero que culminación espléndida de mi historia de vida entera sería, sufrir - por fin! - un poco de lo que tantos miles de mis camaradas han estado sufriendo durante los cuatro años pasados en las manos de nuestros perseguidores! Ahora casi deseé que yo fuese detenida. De todos modos, me determiné para no apresurar el hecho mediante admisiones innecesarias. Yo le dejaría a los Dioses invisibles decidir donde y como yo debería seguir atestiguando a la gloria del Nacionalsocialismo. Si yo "me la sacara" esta vez, eso significaría que yo era más útil libre. Si yo no lo hiciera, esto significaría que, a la larga, yo sería más útil en la cárcel - o muerta, si el enemigo me hiciera el honor de matarme.

El hombre en el escritorio se dirigió a mí otra vez.
¿"Usted conoce a cierto Herr W., un antiguo oficial S.S., verdad?"

Y por primera vez comprendí, - yo sabía, tan claramente como si el hombre me habría dicho así - que Herr W. había sido detenido. Sentí que mi sangre iba fría, ya que yo sabía (de otros, que lo sabían por experiencia directa) a que extremos de brutalidad los amos actuales de Alemania - o los alemanes en su paga - pueden ir, tratando con uno de los fieles de Hitler, agarrados flagrante en la acción de desafío a ellos. ¡"pobre querido camarada!" Pensé; "espero que no hayan estado torturándole. De todos modos, tomaré toda la responsabilidad en mí, si esto llega a lo peor."

"Le he conocido," contesté, palideciendo un poco.

El policía me miraba con ojos duros, que escudriñan - los ojos de un observador experto. "Vaya y traigale sus cosas," él pidió al otro policía, "y traiga todas ellas aquí."
El policía dejó el cuarto.

¿"Entonces usted le conoció," dijo el hombre en el escritorio, volteando a mi y hablando una vez más de Herr W. "Dónde y cuando le encontró usted?"

"Aquí en Colonia, hace tiempo."

"Aquí, en esta estación de ferrocarril, exactamente hace una semana," contestó el hombre. "Y usted tenía una cita con él. Usted dijo eso cuando pedía su dirección, en la Misión Católica, ahora mismo. ¿imagina usted, que no son observados? ¿Qué asunto tenía con aquel hombre joven?"
"Sólo quise verle otra vez."

El malvado agarró un teléfono de contra la pared, y pronto le oí hablando a un "Herr Oberinspektor" - pidiendo de él instrucciones en cuanto a lo que él debería hacer conmigo. Recuerdo trozos de la conversación.

"Ella ha estado en contacto con aquel hombre. . . . Pero ella tiene un pasaporte británico, - en orden, hasta donde puedo ver. Y una carta de recomendación dirigida a las autoridades de Ocupación Aliadas por alguna Oficina francesa importante en París. . . . Sí, sí Herr Oberinspektor. . . . No; nada tan viejo como esto. Su pasaporte declara cuarenta y tres, pero ella no parece de más treinta y cinco, si esto. . . . Sí, seguramente, Herr, Oberinspektor. . . . No; todavía. . . . Veremos. El policía se fue para traer su equipaje. . . . Sí, seguramente; pienso asi también. Veremos. . . . Sí, Herr Oberinspektor."

El policía no tomó mucho tiempo para volver. Él sostenía mi bolsa de viaje en una mano, mi bolso y mi maletín en la otra. Él puso la primera en una esquina en el suelo, los dos últimos sobre la mesa. Luego, sacó de mi bolso uno de mis carteles-panfletos dos veces doblado en cuatro, (había unos cuantos allí, pues yo había estado distribuyéndolos en el tren en mi camino a Colonia.) Él lo desplegó, y lo puso ante el oficial en el escritorio. "Exactamente los mismos que aquellos encontrados en G.W." dijo él. ¡"Aquellos Nazis! ¡Más activos y más arrogantes que alguna vez, si usted me pregunta! ¿Qué piensa usted de esto?"
El hombre en el escritorio no le contestó, pero leyó el papel (el texto del cual he traducido en el capítulo precedente) y me habló:

¿"Cómo explica usted la presencia de esto en su bolso?" él me preguntó. ¿"Herr W. se lo dio? ¿O algún otro?"

Yo sabía que era inútil ahora tratar más tiempo de esconder la verdad de la policía. Esta vez, yo "no me lo sacaría." Y mientras más exactamente yo diría la verdad, menor la responsabilidad de Herr W. en este asunto parecería en comparación con la mía, y más ligera sería su sentencia, - más pronto él sería libre. Él mereció ser libre, después de todos sus años del servicio durante la guerra y sus tres años de cautiverio en el campo de horror, en medio de África. Yo podría permitirme ir a la cárcel.

Quizás merecí ir, - por no haber vuelto a Europa antes de la guerra; por no haber sido, durante la guerra, tan útil como yo podría haber sido en Europa, si hubiera logrado venir. Además, aun si estas consideraciones no habrían surgido, y si hubiera sido, no Herr W., sino alguien más quien había trabajado conmigo, yo debería haber sentido como mi deber, de todos modos, tomar la responsabilidad entera de cualquier acción para la causa Nazi en la cual yo había

jugado una parte, pese a lo pequeña. Aquella responsabilidad era un honor que yo no podía dejar de reclamar.

Miré directamente al hombre en el escritorio y contesté clara y firmemente, casi triunfalmente: "aquellos carteles no son de Herr W.; son míos. Yo los escribí. Y soy yo quien di a Herr W, todos aquellos que él tenía, - yo sola."

El hombre esperó mal que yo acusara a Herr W. e hiciera todo lo que podría para rechazar la responsabilidad personal. Él había olvidado, por lo visto, que no somos Demócratas. Él miró fijamente a mí con sorpresa y con interés - como alguien que contempla en un escaparate algún objeto que no ha sido visto en el mercado durante muchos años y que uno nunca esperó ver otra vez. Pero no hizo ningun comentario. No había ningun comentario que podría hacer. Él simplemente me dijo:

"Estoy muy apenado - lamento tener que informarle que usted está detenida." Yo sonreía. Recordaba mi primer viaje por Alemania arruinada, menos de un año antes. ¡"Si no puedo hacer nada más para ellos, en estos días de horror, que pueda yo al menos sufrir con la gente de mi Führer!" había yo entonces rezado a todos los Dioses en el cielo. Durante nueve meses, yo había experimentado un poco de las privaciones a las cuales los alemanes fueron sometidos durante los cuatro años pasados. Ahora, yo aguantaría con ellos en las manos de los perseguidores de Alemania. Los Dioses me habían concedido mi deseo más ferviente.

"Soy feliz," dije, "por esta oportunidad de atestiguar a mis ideales de toda la vida." Y las tres personas presentes podrían ver que yo no mentía, ni estaba "poniendo un espectáculo." Me sentí tan feliz que debo haber parecido ello. Eran las dos de la mañana.

CAPÍTULO III
PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿"Tiene más de aquellos carteles?" preguntó el policía que acababa de volver con mis cosas. "Sólo unos cuantos," contesté.
"Dénoslos todos a nosotros."

Pedí mi bolso, tomé una llave de mi monedero, y abrí el maletín que el hombre había puesto ante mí. Saqué varias viejas revistas de moda francesas, Marie-Claire, tomé veinte o treinta carteles-panfletos de cada una, y los puse sobre la mesa. El policía los contó. Ellos eran, por lo que recuerdo, ciento veinte. Él los entregó al oficial en el escritorio que contó allí en su turno, pero no encontró exactamente el mismo número.

¿"Es todo lo que usted tiene?" el policía me preguntó.

"Sí," contesté, mintiendo tan tranquilamente y naturalmente como yo, hasta entonces, había dicho la verdad.

¡"Seguramente usted tenía más que esto!"

"Yo tenía, en efecto," dije; "pero he distribuido todos ellos."

¿"Cuántos distribuyó usted?"

"De esta clase, cuatro mil; y seis mil de un tamaño más pequeño, llevando un texto más largo," dije, yo - lo que era absolutamente verdadero. Lo que yo con más cuidado escondí era el hecho que tenía tres mil más de estos últimos carteles en un maletero que yo había dejado en la casa de alguien, en algún sitio en la Zona francesa. Por nada en el mundo iba a decir una palabra sobre aquel maletero. Por suerte, el nombre y dirección del amigo en cuyo cuidado yo lo había dejado no podían ser encontrados en ninguna parte en mis papeles.

¿"Tiene más de sus panfletos de la antigua clase?" preguntó el policía. "Sólo uno o dos, que guardaba como un recuerdo," dije yo. "Están en algún sitio en mi bolso, creo. El resto he terminado de distribuir hace semanas."

¡"Veo que usted no desaprovecho su tiempo en Alemania!

"Espero que no."

Pero me sentí incómoda sobre un cierto número de direcciones que yo había anotado en un cuaderno que - yo sabía que - estaba en mi bolso. Amargamente me reproché no haber confiado únicamente en mi buena memoria para recordarlas. Ahora, había sólo una cosa que yo podría hacer. Y la hice. Mientras el policía a mi lado estaba ocupado contando mis carteles por segunda vez (para ver si él no había cometido un error) y mientras el hombre en el escritorio llamaba por teléfono una vez más al "Herr Oberinspektor" para informarle de mi detención, deslicé mi mano en mi bolso y con cuidado saqué el cuaderno peligroso. Yo sabía que las direcciones más importantes estaban en las dos primeras páginas. Tiré éstas tan rápidamente como podría, en mi regazo, bajo la mesa; Las rasgué a pedazos y luego, sacando mi pañuelo de bolsillo y fingiendo toser, rápidamente empujé los pedazos en mi boca, los guardé bajo mi lengua durante un segundo o dos, para ablandarlos, y logré tragarlos silenciosamente, con un suspiro del alivio.

Luego arranqué las otras páginas en las cuales fueron escritas direcciones de todas las clases, algunas de auténticos amigos, algunos meros conocidos - de la gente que no tenía ningún conocimiento de cualquier convicción, sin mencionar de mis actividades en Alemania, tal como un editor de Londres y una enfermera inglesa que yo había encontrado en una cafetería en París. Y comencé a rasgarlas silenciosamente, como había hecho con las pocas primeras. "Éstas abarcan más papel; serán más difíciles de tragar," yo pensaba; "pero las tragaré todas igual, por los uno o dos camaradas cuyos nombres estaban allí, entre muchos nombres indiferentes."

Pero el policía (que había terminado de contar los carteles) me vio. ¡"Hula!" dijo él, "Dénos lo que tiene allí, en su regazo."

Y antes de que yo hubiera tenido el tiempo para tragar los trozos de papel, él los tenía y los agarró de mí. ¡"Sí, dénos esto! Hará un rompecabezas interesante para el Departamento Criminal," añadió él, juntando los trozos diminutos en un sobre vacío, que él dio al hombre en el escritorio.
Éste giró hacia mí una vez más. "Usted mencionó sus "ideales" hace un rato," dijo él; "pero seguramente usted no trabajaba por ideales solamente. ¿Quién le pagó?" ¡"Pagar a mí!" Sentí que una ola de indignación crecía en mi pecho: y casi me ahoga. "Nadie me pagó nunca," estallé, furiosa en el pensamiento de haber sido confundida por un agente mercenario ordinario. "Al contrario, di prácticamente todo lo que poseí para la causa que amo; y habría dado lo poco que he dejado, si hubiera permanecido libre en Alemania." "Usted no tenía ningún empleo. ¿De qué vivió usted, y donde?"

"Viví de cualquier joya, de las cuales yo tenía una caja llena entera, y que vendí pieza por pieza cuando necesité el dinero para viajar y hacer lo que yo hacía. Y no tenía ningún domicilio fijo. Pasé mis noches en cualquier "Hotel de Búnker" "o Misión de Estación" - o en salas de espera de estación, cuando yo no tenía ningún dinero en absoluto. "

Esta segunda declaración no era rigurosamente verdadera. Yo, sin duda, había vivido mucho de esa manera, últimamente, desde mi último retorno de Inglaterra (y aún así, yo a menudo pasaba una noche o dos con amigos y simpatizantes.)

Pero antes de esto, yo había disfrutado de la hospitalidad de camaradas a quienes permaneceré agradecida mientras viva - la gente que me había alojado durante semanas y semanas, mientras apenas tenían suficiente espacio para ellos; la gente que me había dado de comer sus propias raciones escasas, mientras no me permitieron, no estando de ningún modo relacionada con la Ocupación, una cartilla de racionamiento regular; la gente que me había escondido en su propio riesgo, sabiendo que yo estaba en su "Zona" sin un permiso, en la única base de nuestra fe Nacionalsocialista común, de nuestro objetivo común. Me habían dicho no volver a verles debido a algunas dificultades que ellos habían tenido con el Gobierno Militar en mi ausencia. Pero los amé exactamente igual. Y yo era, naturalmente, muy cuidadosa para no dejar a la policía sospechar la existencia de tales conexiones mías.
El policía en el escritorio me miró un poco escépticamente. "Cómo vamos a creerle," dijo él. "Lo que usted nos dice es extraño."

"Sí, extraño; pero verdadero," contesté. "Quienquiera examinará mi maletero, ahora en la guardarropa, encontrará allí siete u ocho cofres de joyas vacíos. Éstos una vez contuvieron collares y brazaletes, y pendientes y anillos, y un broche enorme, todo de oro, y todo artesanía india. Aquellos los vendí, no sólo a fin de vivir, sino financiar mis viajes en el extranjero y la imprenta de mi propaganda.

El policía que había traído mis cosas habló en su vuelta: "un alemán podría haber hecho lo que usted hizo por la Idea solamente, pero usted no es un alemán."
"Y aún asi," dije yo, "insisto sobre el hecho que no he actuado por el dinero, ni para ninguna forma de ganancia personal, sino únicamente para los principios que yo siempre profesé. Es verdad que no soy un alemán. Aún asi me he identificado yo misma con la causa de Alemania Nacionalsocialista porque esta es también la causa del Arianismo - de la humanidad más alta; la única causa de valor para que vivir, en nuestros tiempos; al menos, la única en la cual estoy suficientemente interesada para vivir por ella completamente."

Dije la verdad, y me expresé con vehemencia. Yo me hervía de indignación ante la idea que estos hombres me habían tomado por algún sospechoso conspirador profesional. Los policías creyeron en mí al final - como los otros hicieron, durante mi siguiente proceso - porque ellos no podían hacer de otra forma. Mis palabras portaban el sello inequívoco de la sinceridad.
"Tal vez usted es genuina," dijo por fin el hombre que había traído mis cosas. "Pero era bastante difícil admitirlo inmediatamente. Muchas personas actúan por el dinero."
"No soy 'muchas personas'," dije orgullosamente, casi arrogantemente; "y nunca he actuado por los mismos motivos que la manada venal de hombres y mujeres, - no yo."

¿"Dónde consiguió usted este material impreso?" preguntó el policía, señalando a mis ciento veinte carteles que estaban sobre el escritorio ante su superior.
"En algún sitio, fuera de Alemania," contesté.

Pensé que yo debería hacer aquel punto completamente claro, de modo que ninguna impresora alemana pudiera ser sospechosa, aun si unas hubieran participado, quiza, en actividades

similares. Pero, por nada iba yo a añadir una sola palabra que podría haber hecho mi declaración verdadera más precisa.

"Le preguntamos donde," insistió el policía.

"En algún sitio, más allá de los límites de este desafortunado país," repetí. "Tal vez en Kamchatka. El mundo es amplio. Busque por el mundo."

El hombre en el escritorio me miraba con curiosidad evidentemente aumentada. El policía, que mi respuesta pareció haber irritado, otra vez me habló.

"No importa," dijo él, con una sonrisa sardónica, "no nos diga ahora, si no lo desea. Usted nos dirá más tarde. Tenemos métodos para obligar a tales como usted a hablar."
Me estremecí, ya que yo sabía lo que esto significaba. No sólo yo había leído sobre aquellos pocos casos "de confesiones" de los llamados "criminales de guerra" arrancadas mediante la tortura que han sido de vez en cuando, entre miles de otras de las cuales nada fue publicado alguna vez, traídas al aviso del mundo de habla inglesa, en informes oficiales ingleses y americanos, desde 1945, pero yo sabía de muchos casos concretos más de aquella naturaleza por mis propios camaradas - la gente que había tenido un bocado de los "métodos" arriba mencionados, o que los había visto aplicados sobre sus amigos íntimos. Fui afrontada con la cámara de tortura en todo su horror. Y durante un segundo o dos, sentí que mi sangre iba fría, y mi corazón se debilitaba.

Pero no era durante más de un segundo o dos. Y dudo si los dos hombres cerca de mí - sin mencionar los otros dos en la esquina - eran capaces de notarlo. Inmediatamente, reuní mi fuerza.
"Por lo visto, mi turno ha llegado," pensé. "Los otros han afrontado esto con valentía. ¿Por qué yo no también?"

Y recordé en mi mente a los miles de Nacionalsocialistas que habían soportado el proceso horroroso sin pronunciar una palabra, - mis camaradas, mis superiores, la legión de los resueltamente fieles en medio de los cuales, por fin, - esperé que me ganara un lugar honorable en esta oportunidad.

Y pensé, también, en el Poder invisible, eterno, la fuente de toda la fuerza y de toda la grandeza, cuya gloria yo había atestiguado una larga noche completa, con mis propios ojos en la lava y las llamas del Monte Hekla en erupción, menos de dos años antes; Aquel a quien los Hindus llaman Shiva, el Señor del Baile de Vida y Muerte.

"Pon Tu Fuerza en mí. ¡Tu el brillante, intransitable, Quien ruge en corrientes de roca fundida y brillas en el sol, y Cuya majestad viste los picos nevados inviolados!" Recé dentro de mi corazón. "La verdad que apoyo aquí es la Verdad Tuya, - la verdad eterna. ¡Pon Tu Invencibilidad en mí!"

Y estuve llena de una ola de alegría inmensa, serena, sobrenatural. Mirando directamente a los hombres ante mí, con una cara feliz, dije simplemente: "soy una Nacionalsocialista, y espero que yo permaneceré fiel y digna hasta el final. Ustedes pueden hacer lo que gusten a mí. Pero nada puede matar la Idea que represento."

Recuerdo mis palabras, pronunciadas en alemán, claramente y con facilidad, en la calma de aquel cuarto blanqueado, ante aquellos alemanes que habían aceptado colaborar con los enemigos de Alemania por motivos mejor conocidos a ellos - quizás porque realmente odiaron nuestra Ideología; quizás sólo porque tenían familias para alimentar. No había un rastro de miedo restante en mí; tampoco un rastro de vanidad. Yo conocía y acepté mi nada personal,

pero fui levantada encima de mí en la alegría tranquila, interminable; alegría ante la idea del posible martirio - la mayor alegría que yo había experimentado alguna vez. Y la alegría me hizo elocuente. Toda la aspiración, toda la fe, todo el orgullo, todo el amor de mi vida fue expresado en mi simple declaración "soy un Nacionalsocialista . . ." Mientras desde la profundidad de mi conciencia, algo me dijo: "usted ha estado diciendo eso, bajo una forma u otra, durante los seis mil años pasados."

Y más allá y antes de la hospitalidad de mis camaradas queridos, que han sufrido para la causa de Hitler ahora, desde 1945, así como a partir de 1919 hasta 1933, durante la primera lucha, comprendí la presencia de los millones de testigos más antiguos de la verdad, desde el principio de la Edad de la Penumbra - "Kali Yuga" de las Escrituras Sánscritas - en que vivimos, y antes aun, desde el principio del decaimiento del hombre. Los mártires Nacionalsocialistasde nuestros tiempos forman, sólo las últimas filas de aquella más amplia legión de honor de todos los tiempos.

¿Había yo, en efecto, de vida en vida, durante siglos, atestiguado la mismísima verdad ante los sucesivos agentes de las mismísimas fuerzas de la desintegración? ¿Y acaso, esa misma noche o al día siguiente, o el día después, me sería dada otra posibilidad de ganar para mí, una vez más, un lugar entre la Legión eterna - o una posibilidad de conservar mi lugar en ella? Sonreí, en mi sueño de desafío ante el sufrimiento, como muchos de aquellos de los antiguos deben haber hecho.

Y, pensé, había gente, también, que había sufrido en pro de la falsedad - por ideales de enfermedad, debilidad y muerte; por aquellos mismos principios en nombre de los cuales el mundo degenerado moderno condena a nosotros, los Paganos arios vivos. Había gente sobre cuyos semejantes yo podría hacer que la tortura fuese infligida, si yo tuviera el poder y lo juzgara oportuno - o si mis superiores lo juzgaran oportuno - para el triunfo o la defensa de la causa Nazi. Entre tal gente, habían unos no menos sinceros que yo - y tanto más peligrosos. Yo nunca había sentido ciertamente ningún amor o compasión por ellos. Ni lo hice ahora. Pero yo no podía menos que reconocer alguna clase de paralelismo entre su fidelidad intrépida hasta el final y aquella de mis camaradas que habían soportado la prueba del dolor, - y con esperanza - la mía; el paralelismo que existe entre un hermoso paisaje y su imagen al revés en aguas quietas y sombrías. Recordé un cuadro que yo había visto, años y años antes, sobre un vitral de vidrio coloreado, en una Iglesia francesa: el cuadro de algún mártir cristiano temprano - no podría recordar cual - escribiendo con su sangre sobre el piso, cuando él murió, las Palabras latinas: "Christianus sum."

¡"Realmente, yo debería odiarme," pensé, "si yo no podía soportar, por mi Führer y por mi fe aria, lo que tantos seguidores de una religión judía o de alguna doctrina judía moderna, soportan, en tiempos antiguos o sólo hace unos años - algunos, en nuestras propias manos - en nombre de sus supersticiones y de sus errores!"

Y una vez más di la bienvenida a la perspectiva de ser juzgada y de soportar las ordalías, con la ayuda de todos los Dioses, y de repetir, ante hombres más rudos que estos que yo había encarado hasta ahora, mi orgullosa profesión de fe: "Ich bin Nationalsozialistin . . ."

El policía que había hablado último a mí salió ahora para traer el maletero que yo había dejado en el guardarropa. El hombre en el escritorio estaba silencioso. Yo me quedé quieta, en el mismo lugar. Entonces otra vez, pero por última vez, yo tenía un momento de debilidad - pues la declaración del policía, y la amenaza que esto implicó, y la expresión con la cual él lo había subrayado, me rondó un momento; no por miedo de sufrir, sino de renuencia ante el pensamiento de la desfiguración física. Miré mis largas manos blancas que descansaron sobre la mesa ante mí, y las encontré hermosas. Convencida que probablemente pronto serían

desgarradas de su forma, compadecí a ellas durante un segundo. Entonces, comprendiendo cuan tacaña era de mí parte preocuparse por mi aspecto en tal circunstancia, me avergoncé de mí misma. En mi mente, recordé la cara severa, los grandes ojos azules magnéticos de un Hombre de mis días que siempre adoré; la sonrisa amable con la cual él solía dirigirse a todos aquellos que le amaron - con la cual él indudablemente se habría dirigido a mí, si yo sólo hubiese sido bastante sabia para volver a Europa a tiempo. Y pasando una mano bajo mi abrigo, apreté a traves de mi ropa, el pequeño retrato de cristal de él que colgaba entre mis pechos en una cadena de oro. Las lágrimas vinieron a mis ojos. ¡"Nada es demasiado hermoso para ti, mi Führer!" pensé en un arrebato de amor mitad humano, mitad religioso. Y otra vez me sentí feliz e invencible.

Fui llevada, a lo que ellos llaman en Londres "Maria negra," la Oficina central del Departamento Criminal de Colonia. El preso que había estado sentándose en la esquina con su guardián hasta el final de mi primer interrogatorio en la Comisaría, viajó conmigo, pero, naturalmente, en una cabina diferente.

"Maria negra" estaba situada en una parte de la ciudad que yo nunca había visto. Bajé, escoltada por el policía que había tomado el cargo de mi equipaje, y fui acompañada a un cuarto blanqueado, amueblado muy simplemente, en que yacían un alto hombre robusto, de rostro atractivo y pelo liso, marrón oscuro, y el otro, de altura moderada, delgado, amarillento, con pequeños ojos agudos, y pelo negro en ondas regulares cortas. "Luce decididamente judío," pensé de éste último, cuando anduve dentro. Y aquella primera impresión mía, el hombre simplemente confirmó por el modo que habló.
Él me ofreció asiento sobre un banco y, después de que el policía que me había hecho entrar se había marchado, dio un vistazo en uno de mis carteles, el bulto entero de los cuales estaban sobre la mesa.
¡"Mire estas tonterías!" dijo él, hablando al hombre alto, a quien él dio el papel. Entonces, girando a mi él me preguntó: ¿"qué le conmino a repartir éstos?"
"Mi consciencia; y el placer de desafiar a los opresores del pueblo de mi Führer," contesté, con sinceridad absoluta.
El hombre miró fijamente a mí, al principio con asombro, luego con una mirada malvada, y no dijo nada. Fue el otro quien me habló.

¿"Y usted piensa decirnos que ninguna oferta de dinero inclinó su 'conciencia' por aquel camino?" él exclamó, con una sonrisa escéptica.

Una vez más, la indignación ardiente que me había poseído en la Comisaría se elevó dentro de mí. Nada me hace tan salvaje como oír gente expresar dudas sobre mi sinceridad - sobre todo en base de estándares "normales" y psicología "media" (y en consideración de mi educación en un país eminentemente democrático) como si los estándares "normales" y "medios" hubieran sido aplicables alguna vez a mí; y como si mi educación liberal Cristiana hubiera tenido alguna vez cualquier otro resultado que permitirme repetidas oportunidades para tomar conocimiento de mi naturaleza como una Pagana nacida, y una aborrecedora de medidas a medias, igualmente libre de sentimientos "humanos", lazos personales, escrúpulos convencionales y tentaciones promedio. Olvidé completamente donde yo estaba y hablé con la misma libertad agresiva que tendría en una merienda que no fuera de diplomáticos.
"Ellos ya han hecho aquellas sucias indirectas en la Comisaría de donde vengo," dije, con rabia no disimulada. ¡"Ellos! La gente de inteligencia mediana o menos que mediana juzga a otros según ellos mismos. Por consiguiente, el maldito mundo Democrático entero es incapaz de admitir, sin mencionar entender, nuestra seriedad y nuestro desapego. Y usted la gente me toma por el equivalente de aquellos agentes bien pagados de Inglaterra y EEUU. que solían ayudar a la résistance francesa durante la guerra. Bien, de una vez para siempre, sepa que no soy y nunca lo seré. Nadie me pagó. Nadie alguna vez va a hacerlo. No hay intereses "de

comercio a gran escala" de ningún poder extranjero detrás de nuestras actividades subterráneas, como había detrás de aquellas de los antinazis en los días que éramos victoriosos.

Por lo tanto no tenemos ningún dinero. Y los raros no-alemanes que apoyan activamente a Alemania arruinada ahora, en 1949, sin ayuda, en su propio riesgo, lo hacen únicamente por la verdad que la gente alemana representa ante sus ojos. Pero aun si tuviéramos bastante riqueza para comprar a agitadores profesionales - aun si fuésemos tan ricos como todos los Judíos de EEUU., reunidos en uno - sepa que yo aun trabajaría por el mero placer de ayudar a la causa Nazi porque esto es lo mío - porque la amo - y de desafiar a los enemigos de mi Führer porque los odio. No soy, y nunca seré un agitador profesional. "

El hombre amarillento delgado, que había estado escuchando mi diatriba con particular atención, me lanzó un vistazo de odio sensible. El otro, que pareció simplemente mas bien sorprendido, me preguntó donde yo había estado durante la guerra.
"En Calcuta," contesté.

"Yo estaba en el frente ruso, - un lugar menos cómodo," dijo el hombre. "Es probablemente por qué soy menos entusiasta que usted sobre todo esto, aunque yo sea un alemán puro. Sufrimos debido a esta maldita guerra. Usted no lo hizo.

"Lamento que yo no lo hiciera," contesté, con todo mi corazón; no, con aquel doloroso sentimiento de culpa que me ha perseguido después de la Capitulación. "Lamento que yo no hubiera sido capaz de dejar India a tiempo, y al menos compartir las privaciones de los alemanes bajo el bombardeo incesante. Pero independientemente de mis errores, que espero expiar, el hecho permanece que el Führer no es responsable de la guerra y su rastro de miserias. Él hizo todo dentro de su poder para evitarla, - usted debería saber eso, pues usted estaba aquí entonces - y todo dentro de su poder para detenerla, una vez que fue forzada sobre él y sobre Alemania. No le culpe, y no culpe al Nacionalsocialismo, por sus sufrimientos. Culpe a los traidores que usted tenía en casa. Y culpe a los Judíos y los esclavos de Pueblo judío que tenían la mejor mano en todos los países arios. Antes que nada, culpe aquellos dos más viles de todos los instrumentos complacientes del poder monetario judío internacional; aquellos dos archi-criminales: ¡Churchill y Roosevelt!"

A mi sorpresa, la única reacción del hombre alto a esto era la tristeza profunda que yo podía leer en su rostro. Pero el compañero amarillento delgado me interrumpió violentamente. "Esto es la culpa de Alemania," gritó él. "Ella simplemente tuvo que rendirse antes. ¿Por qué ella no lo hizo?"
De mala gana (ya que no me gustó la mirada del hombre y no deseé hablarle) contesté: "El Führer quiso ahorrar a la gente alemana la humillación de 'la rendición incondicional' y los sufrimientos subsecuentes que esto implica. Ningún alemán - ningún ario verdadero - puede culparle por esto."

El hombre de aspecto Israelita no permitió que terminara lo que yo decía.
¡"El Führer!" él repitió irónicamente, interrumpiéndome una vez más, con una expresión viciosa en sus ojos, y haciendo un ruido repugnante - una imitación de escupir - intentando mostrar el desprecio. "Usted quiere decir el Maestro Hitler, supongo. Bien . . . El Maestro Hitler quiso el mundo entero. ¿Por qué no podía él apartar sus manos de Polonia, eh? ¿Y por qué fue él y atacó Rusia, para hacer matar millones allí por nada? Si usted siente cariño por los alemanes tanto como finge hacer, usted debería ser la primera en odiar este . . ." (y él usó, para designar al Salvador de la raza aria, la palabra más vil).

Sentí toda mi sangre ir de prisa a mi cabeza y las lágrimas de la rabia llenaron mis ojos bajo el

insulto - mucho más que si hubiera sido dirigido contra mí personalmente. Traté de mantener mi equilibrio, pero mi voz tembló cuando hablé.

"No he venido a desde el otro confín del mundo para criticar una sola de las decisiones de mi Führer," dije.

"Sólo lamento que no logré venir aquí durante la guerra. Y aun más lamento que no fui matada, junto con tantos de mis superiores, en 1946."

Pero cuando así hablé, algo dentro de mí me decía: ¡"no, no lo lamente! Todo esto pasará, como una sombra sobre la playa que va a la deriva. No lo lamente. Un día, usted atestiguará la venganza irresistible; usted participará en ello y tratará a los enemigos del Führer aún peor de lo que ellos trataron a sus camaradas - pues usted es más decidida, y tiene más imaginación que ellos."
Y sonreí ante la dulce perspectiva de una futura Europa Nazi en la cual no olvidaría nada de todo lo que yo había oído contra nuestro querido Hitler, desde el mismo día que yo había llegado. "No olvide nada, y no perdone a nadie," soñé.
El hombre amarillento delgado me miró más intensamente que alguna vez, como si él pudiera leer mis pensamientos, y salió fuera.

El otro hombre se dio vuelta a mi y dijo: "usted tiene suerte de haber caído en nuestras manos, valiente como usted es - más afortunada que aquellos que solían caer en las garras de sus amigos, hace poco. Ya que al menos somos humanos. Los enemigos del régimen que usted elogia, cuando eran detenidos por la Gestapo, les fue mucho peor de lo que usted alguna vez va a pasar con nosotros. ¿Cómo le habría gustado a usted estar en su lugar, me pregunto?"
¡"Qué pregunta tan graciosa!" (Casi dije: ¡"qué pregunta tan estúpida!") - "¿Cómo podría alguna vez yo haber estado en su lugar? ¿Qué podría alguien haber dicho a la Gestapo contra mí, sin ser probado inmediatamente como un mentiroso? Mi ortodoxia nazi es - y siempre era, espero - intachable."
"Sí," contestó el hombre, que había aprendido por lo visto su lección de los Demócratas durante estos cuatro años. "Pero, repito: ¿qué hay de la gente que estaba contra el régimen?"

"Yo no podía preocuparme menos de lo que pasó a aquellos," dije, todavía con tanta espontaneidad y tanta facilidad como si yo habría estado en una merienda no diplomática. "Ellos eran los enemigos de todo lo que amo. En mi valoración, ningún tratamiento aplicado a ellos era demasiado duro, si esto resultara en acabar eficazmente con sus actividades."
"Y si nosotros . . . Quiero decir los Demócratas, las autoridades de Ocupación que están ahora en el poder . . . ¿tratamos a usted con un espíritu similar?"

Sonreí, - pues la sugerencia era completamente graciosa. "Demócratas, que actúan con tanta meticulosidad y consecuencia como lo haríamos . . . ¡por qué, uno tiene que ir más allá del Elbe, a la Zona rusa y a Rusia misma, para encontrar esto!" pensé. Y hablando de la variedad Occidental de Demócratas - de la clase más moderada y más hipócrita - dije:
"Ellos, si creyeran en lo que ellos apoyan. Pero no lo hacen. Ellos no saben lo que quieren. O mejor dicho todo lo que quieren es conservar sus empleos presentes, con sueldos gordos y poco trabajo. Su tolerancia es sólo la indiferencia del perezoso, del hastiado, del viejo. Nosotros sabemos lo que queremos. Y somos jóvenes."

El hombre me miró atentamente, luego fue y cerró la puerta que el otro compañero había dejado entreabierta. "Nunca creí que había extranjeros como usted," dijo él, volviendo a su lugar al lado del fuego. "Usted es igual que alguien de nuestros Nazis alemanes. . . . Justo como alguien de nosotros antes de mucha fe perdida," añadió él desde una voz baja, "ya que yo

también tenía su perspectiva y sus ideales una vez. Los teníamos. Pero otra vez, ¿sería usted la misma si hubiera sufrido en la guerra como lo hemos hecho?"

"Estoy absolutamente segura que seria," contesté, con convicción. "Y lo que es más, estoy segura que usted y cualquiera de los demás que menciona lo sería también, si hubiera comprendido la solidez eterna de nuestra doctrina. La verdad está encima de la ganancia personal y pérdida, y encima de las fluctuaciones de una historia nacional. Y a la larga, la verdad triunfa."

Cuando pronuncié aquellas dos últimas palabras, automáticamente eché un vistazo al sello de hematita sobre el anillo que llevé puesto en mi dedo medio; el orgullo de la vieja familia desde la cual mi madre brotó; bajo la imagen de un lobo, el lema: Vincit veritas - la verdad triunfa. Y pensé en el Vikingo intrépido que había aterrizado en Inglaterra con sus guerreros, hace más de mil años, para hacerse el fundador de aquella familia inglesa destinada un día para dar a luz, a mí, la seguidora de Adolf Hitler, "la misionera del Paganismo ario," (como el Cónsul de Italia regenerada en Calcuta una vez me llamó) - la luchadora insignificante, pero intransigente por la verdad. Y recé dentro de mi corazón que mi proceso demostraría que la vieja familia nórdica no había decaído en mí. Y recordé, también, el título elegido por el más ario de todos los Faraones, Akhnaton, el hijo del Sol (1), para ser adjuntado a su nombre a través de los años: Ankh-em-Maat - Vida en la verdad. Y recé que yo también nunca debería dejar "de vivir en la verdad" hasta el final, independientemente de lo que debía pasar.

(1) De principios del siglo catorce antes de Cristo.

* * *

En aquel momento, un hombre bajo en ropa civil, de aspecto, a pesar de su piel clara, aun más Israelita que el amarillento delgado que había salido, abrió la puerta y me propuso bruscamente levantarme y seguirle. Él me llevó a un largo tramo de escaleras que conducía a un subterráneo y, señalándolo, él me gritó: ¡"abajo!"

"El Yid se ha acostumbrado a golpearnos en estos cuatro años pasados," pensé. "Pero el juego vendrá a un final. Todo lo hace. ¿Y luego? ¡Nuestra vuelta otra vez, espero! Y esta vez . . ." Y apartando la vista del pequeño hombre gordo, más bajo que yo, pasé ante él casi riéndome de la idea de lo que bien podría pasar "esta vez," cuando mis amigos estén una vez en el poder (siempre que pueda ser) y anduve abajo los peldaños con ambas manos en mis bolsillos. La escalera conducía a un largo pasillo débilmente iluminado con una fila de puertas pesadas a cada lado. El hombre me llevó a una de aquellas puertas, que él abrió, y me acompañó en una celda pequeña, fría y absolutamente oscura, en la cual una mujer yacía ya sobre dos o tres tablones de madera que descansaban sobre apoyos de hierro. (Yo podría ver vagamente su forma sobre aquella cama primitiva, cuando un poco de luz del pasillo cayó en la celda cuando el hombre abrió la puerta.)

Señalando a la figura sobre los tablones, el hombre me dijo: "si desea acostarse, pida a esta mujer hacer un lugar para usted. No tendrá ninguna cama para usted." ¿"No podría yo yacer en una manta sobre el suelo?" pregunté.

"Lo que quiera," contestó el pequeño hombre. Y él me llevó a una esquina bajo la escalera, donde había unas mantas. Elegí una - cualquiera; eran todas tan deshilachadas y sucias como podrían ser - y volvi. El hombre cerró la puerta de la celda sobre mí.

Es una experiencia extraña sentirme a mi misma encerrada en una celda, con una amenaza de tortura para meditar al respecto, hasta que complazca a las autoridades de policía dar órdenes

para que la puerta sea abierta otra vez. Por suerte, yo había vencido hace mucho tiempo la primera inquietud que la amenaza había creado en mí. Estaba consciente sólo de la alegría en la perspectiva de pronto hacerme más digna de mis camaradas alemanes que han sufrido para la causa Nacionalsocialista.

"Estoy ya un poco más cercana a ellos ahora," pensé cuando temblé en el cuarto frío, y cuando mis ojos despacio se acostumbraron a la oscuridad. Entonces, tomé una inspección del lugar. Este no contuvo nada más, solo "la cama" primitiva en la cual yace la mujer inmóvil, aparentemente dormida. Era de tono oscuro, excepto por la ranura diminuta en lo alto de la pared que afrontaba la puerta. Y el frío, menos amargo que al aire libre, era más penetrante - menos soportable; entró hasta los huesos de uno. Y las paredes eran húmedas, y el suelo - de tierra desnuda - era fangoso.

Extendí la manta asquerosa en una esquina y yací sobre ella en mi costado, con mis rodillas hasta mi barbilla, en la posición de un bebé aún no nacido, para mantenerme tan caliente como posiblemente podría. Dormir era imposible. Dejé a mi mente moverse donde le complació. Primero, pensé en el Führer de quien, durante varios meses ya, yo sabía estaba vivo. Recordé las grandes reuniones de masas de los días del Tercer Reich, y el título de un artículo en un libro magnífico - una publicación de aquellos magníficos días - que yo había visto en la casa de un camarada: Unser Hitler; las palabras que resumieron los sentimientos de la primera nación aria resucitada. Aquellos sentimientos eran los míos, también; ¡ah, cuan a fondo los míos! Sostuve entre mis manos el pequeño retrato de cristal que yo tenía. Estaba caliente, por haber estado en contacto cercano con mi carne. Había en su contacto una magia suficiente para mantenerme feliz, si era forzada a permanecer sobre aquella manta maloliente durante semanas. "Mein Führer," susurré, con lágrimas en mis ojos, cuando con devoción besé la imagen preciosa, "ich bin glücklich; so glücklich!" La lengua de Hitler me vino espontáneamente, como el medio más natural de expresión, aunque mi conocimiento de ella sea todo menos que perfecto. Y le imaginé volviendo un día, y dirigiendo a las muchedumbres de una nueva Alemania libre en una atmósfera de entusiasmo sin precedentes.

El Tercer Reich de nuevo, en más fuerza y más esplendor que alguna vez. Y las lágrimas que llenaron mis ojos despacio corrieron por mis mejillas. Nunca, quizás, había visualizado la cara inspirada más vivamente. Nunca mi Líder querido había parecido a mí más fascinante en su belleza viril, más adorable, más divino. ¿Sabría alguna vez él cuánto le amé? ¿Llegaria alguien en las futuras muchedumbres alegres de Alemania, a recordarme durante cinco minutos? ¿Pero qué importó esto, si ellos lo hicieran o no? ¿Y qué importó aun si "él" - un hombre para quien (y para cuya gente) yo haría cualquier cosa - nunca supiera de mi existencia? Los individuos no contaban. Yo no conté. Los versos del Bhagavad-Gita volvieron a mi memoria: *1* "actúe no por los frutos de la acción"; *2* "el sabio actua sin apego, deseando solamente el bienestar del mundo. "

1 Bhagavad-Gita, II, verso 47.
2 Bhagavad-Gita, III, verso 25.

Nunca el viejo resumen de la filosofía aria había parecido a mí tan hermoso como este ahora lo hizo. Las palabras sagradas me calmaron, atenuaron la exaltación de mi corazón con la serenidad divina. "No", pensé, "no importa si alguien me recuerda un día o no, incluso 'él'. Todo lo que importa es 'el bienestar del mundo,' - el Nuevo Orden - y mi fidelidad sin esperanza o deseo del reconocimiento en esta tierra o en otra parte, simplemente por el amor; el amor a mi Führer, amor a la Realidad última (de lo que ellos llaman Dios) es todo igual, ya que él es el portavoz de la verdad eterna, la encarnación, en nuestros tiempos, de Él Quien habló en el Bhagavad-Gita, y le he amado Era tras Era."

Y recé más ardientemente quizás, de lo que yo había hecho durante muchas semanas:

¡"ayúdenme a librarme de mi vanidad incurable, Dioses inmortales! Ayúdenme a olvidarme completamente; ser sólo un instrumento útil en sus manos, para el triunfo de lo que es eterno. ¡Maten toda la mezquindad en mí!"

Entonces, recordé la casa distante que yo había dejado más de tres años antes. Podría haber sido las cuatro de la mañana - sí, dos horas completas desde mi detención. " Cuatro y dieciséis. Deben ser las diez en Calcuta," pensé. Y recordé mi viejo departamento, con su terraza que afronta el sur, y el árbol grande hermoso, lleno de nidos de milanos y cuervos, que uno podía ver desde la terraza; y mi marido, en su dhoti blanco impecable, leyendo o escribiendo cuando él fumó su pipa. Recordé a mis gatos hermosos - dos masas lustrosas de piel que ronronean, uno negro, uno con rayas amarillas - asoleándose en la luz del sol. Algo desde dentro me dijo que nunca los vería otra vez, y aquel pensamiento trajo una sombra de tristeza a través de mi conciencia. Pero esto era sólo una sombra pasajera, rápidamente ida. Yo tenía otras cosas en que pensar. Recordé mi primer contacto con mi marido, antiguo editor y propietario del ahora largo tiempo prohibido New Mercury - la única revista Nacionalsocialista entonces publicada en India bajo los auspicios del Consulado alemán. Un griego que vivía en Calcuta me había llevado a su oficina y me le había presentado en 1938. Y casi las primeras palabras que el Brahmán partidario de nuestro Nuevo Orden en el mundo había dirigido a mí, tan pronto como él sabía quién yo era, resonaron, más claro que alguna vez, en mi memoria "¿Qué ha estado haciendo usted en India, todos estos años, con sus ideas y sus potencialidades? Gastando su tiempo y energía. ¡Vuelva a Europa, dónde el deber le llama! - vaya y ayude al renacimiento del Paganismo ario donde hay todavía arios fuertes y bien despiertos; vaya donde está realmente la vida y la resurrección: al Líder del Tercer Reich. Vaya inmediatamente; el próximo año será demasiado tarde."

¡"Ah, si yo, tan sólo le hubiera escuchado! ¡Si yo no, en mi vanidad, me imaginara 'útil' en el Oriente, y hubiese venido en 1938!" pensé, por la millonésima vez desde mi vuelta. Y sollocé amargamente, también por la millonésima vez, sobre las oportunidades de servicio a mi propio continente que yo había perdido así.

"Me imparte justicia estar aquí, y me daría lo que merezco si ellos me despedazaran," concluí. ¡"Sí, pueda yo sufrir ahora el máximo, y en parte al menos expiar el hecho que no vine antes!" Y una vez más di la bienvenida a todo el horror implicado en la alusión del policía "a los métodos" que serían usados probablemente para hacerme hablar. Y luego otra vez imaginando a mi marido, leyendo o escribiendo bajo un ventilador eléctrico entre la simplicidad ascética de nuestro departamento apenas amueblado, pensé: ¡"al menos, cuándo él oiga de mi proceso, sabrá que no he estado 'gastando mi energía' en Alemania! . . . O quizás él sólo va a decir de mí: ¡'qué tonta! ¿Por qué no podía lograr permanecer libre, - y útil? ¡Seguramente, ella fue e hizo algo infantil y espectacular, en vez de dedicarse al trabajo silencioso, desapercibido, sólido!" Y recordé como el idealista sabio, flexible, y despiadadamente práctico que él es, solía reprenderme, durante la guerra, por mi "prisa ruidosa," mi "carencia de la diplomacia," mis "sesos de mujer."
"Quizás él tenía razón sobre mí," pensé; "aunque yo espere mostrarme, ahora, menos estúpida de lo que parezco."

El frío me sacó fuera de mis reflexiones. La humedad de la tierra fangosa había penetrado, a través de la manta en la cual yo yacía. Me estremecí de la cabeza a los pies, y mis dientes golpetearon. Me sacudí de una sensación helada y fría que se pareció a un toque de la muerte. "Recompongase usted, Savitri," pensé, como si hablara a mí misma. "Usted no puede permitirse ponerse mal - no en las garras de esta gente. Tiene que hacerlo mejor. Usted quiere representar la salud, la resistencia, juvenil - el invencible espíritu Nazi. Usted necesita su fuerza para mostrarles lo que usted es; para desafiarlos."

Este pensamiento actuó sobre mi cuerpo como una taza de café fuerte, caliente. Aunque yo no

hubiera tenido nada para comer desde las ocho de la mañana, y hubiera viajado todo el día y una parte de la noche, y no hubiera dormido, de repente me sentí ligera y activa, no, agresiva - lista a luchar una vez más. Desperté, y me senté contra la pared, y tomé un pequeño peine de mi bolsillo, y comencé a peinar mi pelo lamentando que yo no tuviera ningún espejo - y ninguna luz de linterna. Me habría gustado tener donde lavarme, ya que me sentí pegajosa y sucia. Me habría gustado otras una o dos cosas menores, también, ya que comprendí que estaba en mí "la regla de las mujeres" - la lengua bíblica es, supongo, el modo más elegante de poner tales asuntos delicados. Pero no había ningun agua, y todas las comodidades eran imposibles. Tuve que arreglarmelas como podría hasta que alguien abriera la celda. ¿Hice algún ruido tratando de encontrar, en la oscuridad, un imperdible qué yo había dejado caer? ¿O la mujer dormida sobre "la cama" de tablones se despertó sola? Yo no podría decir. Pero ella se movió, y se estiró, y preguntó por fin: ¿"una nueva, aquí?"
"Sí, una nueva," contesté. "Lamento si yo le molesté."

"Usted no me molestó," dijo ella - si fue de cortesía, nunca sabré. ¿"Cuánto tiempo ha estado usted aqui?"

"No tengo ni idea. Quizás una hora; quizás más.

El tiempo parece largo, cuando una no está dormida, - aun si una tiene muchas cosas en que pensar," dije yo.

"Debo haber dormido mucho. Estuve cansada."

La mujer hizo una pausa un minuto y otra vez me preguntó: ¿"dónde le agarraron 'ellos'?"
"En la estación, cuando yo había salido del tren."
"Esto es mala suerte. Y puedo preguntar" . . . ella vaciló un poco cuando habló, pero la curiosidad venció su vacilación - "¿ puedo preguntarle qué había hecho usted?"
"Propaganda nazi. Yo he estado distribuyendo volantes contra la Ocupación y colocando carteles con una esvástica tan grande como 'esto' en lo alto de ellos," dije, encantada de relatar mi proeza con una oyente que podría ser también una simpatizante. Y por instinto, aunque estuviéramos en la oscuridad, hice un gesto mostrando que grande el Signo sagrado era, en cada uno de mis últimos papeles.
La mujer se levantó inmediatamente, y se sentó sobre los tablones. Su interés hacia mí aumentó enormemente, de repente. ¡"Bien por usted!" ella gritó, felicitándome cordialmente. "Estoy completamente en su lado. En los días de Hitler teníamos abundancia para comer; desde que éstos cerdos vinieron, hemos estado pasando hambre. Estoy aquí por haber 'pellizcado' la cartilla de racionamiento de alguien más."
"La lealtad de ella al Führer está arraigada en su estómago," pensé con un poco de humor, y debo decir, también, con un poco de desprecio. De todos modos, yo no podía menos que gustar de la inocencia perfecta con la cual ella lo admitió, como si esto fuera la forma más natural de la lealtad en el mundo. Y yo estaba agradecida a ella por su simpatía.
¿"Cuánto piensa usted que deberemos quedarnos aquí?" Pregunté a la mujer.

"No puedo decirle. Ellos vendrán y nos llamarán cuando eso satisfaga su conveniencia. Hoy es domingo. Ellos podrían tomar su tiempo en eso. Pero no tema: no nos abandonarán aquí. Esta no es ninguna prisión. Nos interrogarán y nos enviarán a algún otro lugar - a usted le enviarán, por lo menos; ya que espero sacármelo. Sé que historia les diré, y estoy segura que esto funcionará."

"No tengo ninguna explicación para darles por lo que a mí se refiere," dije. "Yo no la inventaría para salvarme, aun si pudiera: estoy demasiado orgullosa de lo poco que hice. Pero yo disfrutaría engañándolos respecto a otra gente, y animarlos a lo largo de pistas falsas que no los conducirían a ninguna parte. ¡Por dios, cómo lo haria! Ellos me dijeron en la Comisaría que

usarían todos los medios para hacerme decir quién imprimió mis carteles, pero estoy determinada a no hablar independientemente de lo que ellos hagan."

"No se jacte antes de que usted salte," replicó la mujer. "Usted no sabe de qué habla. 'Los medios que ellos usan en casos como el suyo son bastante repugnantes, y conozco a gente con sus ideales que murió del dolor en sus garras. La verdad es que esto era en el '45 'y' 46' justo después de que la maldita Ocupación se había impuesto. Ahora - oigo - ellos se hacen más moderados, es decir, más débiles; se hacen cansados de 'des-Nazificar'nos." "Deben haber averiguado que es inútil," dije con tanto orgullo como si yo hablara de parte de todos los Nacionalsocialistas del mundo. ¡"Les mostraré cuan inútil esto es en mi caso al menos!"
¿"Quisiera usted compartir mi 'cama'?" preguntó la mujer, después de unos segundos de silencio. "Me empujaré contra la pared tanto como pueda. Usted debe estar cansada." "Gracias," dije. "Yo lo estaba, pero no estoy ahora. Soy feliz. Me siento más cercana a mis camaradas perseguidos, desde que estoy aquí. ¿Se opone usted si sólo marco el paso en la celda para mantenerme un poco caliente?"

"Ciertamente no. No voy a dormir otra vez, de todos modos."

¿"En este caso, quizás usted no se opondrá si canto, también?"
¿"Por qué debería yo?"

"correcto. Le agradezco. Esto me hará bien."

La mañana venía cerca. Yo podría verlo por el rayo de luz que ahora entró desde la fisura en la pared. Giré hacia aquel rayo de luz - el símbolo de la esperanza; el precursor del Sol creciente - y canté la Canción inmortal que solía acompañar la marcha adelante de las huestes conquistadoras de Hitler; y esto un día, pensé, acompañará otra vez su asalto reanudado contra una civilización en descomposición.

¡"Estándartes altos! ¡ las filas estrechamente Cerradas!
¡las tropas de asalto, marchan adelante, con calma y paso firme!
Los camaradas, a quienes el Frente Rojo y la Reacción les han disparado,
¡Marchan en espíritu dentro de nuestras filas! . . . "

Y cuando canté, recordé en mi mente al joven alemán que compuso aquella canción a la edad de veinte años, y murió la muerte de un mártir a la edad de veintidós años: el héroe Horst Wessel, viviendo para siempre.
Vi pasar dos pares de pies fuera de la fisura estrecha en el nivel de la calle, de donde la luz vino. Y yo así sabía que dos alemanes escuchaban lo que les apareció como la voz de Alemania que los alcanzaba desde la profundidad de un hoyo de la prisión. Y en la circunstancia, la voz de Alemania era mi voz, - la voz de una aria extranjera; el homenaje de la minoría aria regenerada de las cuatro esquinas de la Tierra, a la patria de Hitler.
Y las lágrimas de alegría corrieron por mis mejillas cuando canté las dos últimas líneas, mi brazo derecho extendido hacia el alba invisible:

"Pronto las banderas de Hitler van a flamear a lo largo de todas las carreteras.
La esclavitud debe durar sólo un corto tiempo más."

* * *

El tiempo se prolongó. Yo podría adivinar que había luz de sol en la calle. Pero la celda era igual de fría, y prácticamente tan oscura, como siempre. La mujer, aunque ella dijera que ya no tenía sueño, había ido a dormir otra vez - del puro aburrimiento. Yo marcaba el paso en el

espacio estrecho entre su "cama" y una de las paredes, con mis manos en los bolsillos, feliz, aunque yo tuviera frío y estuviese hambrienta.

Deliberadamente rechacé pensar en mis incomodidades. ¿Qué eran ellas, en efecto, comparadas con las condiciones atroces en las cuales tantos de mis camaradas alemanes habían vivido durante meses en el final? Recordé en mi mente el hecho que en Darmstadt - uno de los campos de exterminio antinazis de la posguerra bajo la dirección americana - el termómetro había alcanzado 25 grados bajo cero centígrado dentro de las celdas, durante el invierno 1946-47. Y pensé en el hambre sistemática a la cual los Nacionalsocialistas habían sido sometidos en Schwarzenborn, en Diez, en Herstfeld, en Manheim, en el campo 2288 cerca de Bruselas, y cien otros sitios diferentes del horror. Yo no tenía nada de que quejarme, ciertamente. Pero aun si resultara que yo alguna vez lo tendría, en el futuro, pensé, me abstendría deliberadamente de hacerlo, por un sentido de la proporción. Y cuando nuestros días volvieran, yo estigmatizaría a nuestros enemigos en cada manera posible por los sufrimientos que ellos infligieron sobre mis camaradas, nunca sobre mí; y aún así, los estigmatizaría, no por su brutalidad, sino por su hipocresía. Mientras tanto, yo nunca, nunca haría nada para obtener de ellos la más leve indulgencia.

Oí que alguien andaba abajo los peldaños y abría una de las celdas cerca de la mía y llamaba el nombre de un preso. Oí que él cerraba con llave la celda detrás de si cuando se llevó al preso. Y varias veces, ruidos similares, en el mismo orden, me informaron que otro preso había sido llevado arriba. Mi turno vendría. Esperé.

Por fin, después de un lapso de tiempo que, a mí, pareció interminable, mi celda fue abierta. Vi al pequeño hombre fornido que me había traído abajo parado en el pasillo con el amarillento delgado que había hablado tan vilmente contra el Führer, ante mí, durante la noche, y a quien detesté por aquella misma razón - y a quien yo habría detestado tanto más (y no menos) si él no hubiese parecido tan judío. El hombre bajo gritó el nombre de mi compañera, Hildegard X., que debía seguirle, mientras el sujeto amarillento tomó un vistazo en mí y dijo: "le compadezco a usted. No había ninguna necesidad para que usted pasara por todo esto . . ."

Estallé en la cólera. No hay nada que aborrezca tanto como la compasión personal de antinazis - aun cuando sea sincera, sin mencionar cuando no lo es.

"Guarde su compasión para usted," dije, rígidamente, casi arrogantemente. "Soy más feliz que usted y que aquellos que me juzgarán . . ."

La puerta fue cerrada de golpe sobre mí, de otro modo yo habría añadido: "tengo un gran amor y una gran idea para la cual vivir; ¡ustedes tienen solamente sus bolsillos, toda la fortuna de ustedes!"

Esperé, ahora sola en la celda. El tiempo pareció largo, muy largo, insoportablemente largo. Entonces otra vez oí pasos en el pasillo, y el ruido de una llave que daba vuelta en la cerradura, y vi la puerta de la celda abierta. El mismo hombre gordo bajo me llamó: ¡"Mukherji, sígame!"

Él me llevó arriba y pasó la habitación a la que me habían traído al principio la noche anterior, otro piso o dos, y luego por pasillos largos en cada lado de los cuales habían puertas. En algunas de aquellas puertas, cuando pasé, yo podría leer las palabras: Verbotener Eingang - es decir, no entrar. Y como no podía olvidar la indirecta del policía sobre "obligar a tales como yo a hablar," me pregunté: ¿"éstas son las cámaras en las cuales ellos aplican sus 'métodos?" Si habría yo oído alguien gritar desde una de las puertas prohibidas eso no me habría sorprendido lo más mínimo. Recé dentro de mi corazón, cuando anduve a lo largo: ¡"el señor del Baile de la Vida y Muerte, Mahadeva, me guarde digna del gran amor que Tu has puesto en mí!" Y recordé una línea de la canción gloriosa de los hombres S.S.: "nunca uno de nosotros va a debilitarse . .

. " 1 Y, sacando el pequeño retrato de cristal del Führer que llevé puesto sobre mi pecho, lo besé una vez más, sin que mi guardián note lo que yo hacía.

1 "Wollt nimmer von uns weichen . . ."

Fui primero acompañada en un cuarto bastante grande en el cual estaban dos mujeres. Una de ellas cerró con llave la puerta detrás de mí y ordenó que yo me desnudara. ¿"Completamente?" pregunté, sintiendome, un poco inquieta ante la idea de dejar incluso a otras mujeres ver en qué estado yo estaba.

"Completamente," contestó la guardia.

Entonces, vino a mi mente que ella podría quedar suficientemente impresionada para no notar el retrato alrededor de mi cuello. "Después de todo, quizás es mejor asi," reflexioné. Y me desnudé, haciendo excusas. "Esto pasó," dije, "justo después de mi detención; y yo no tenía, ni el agua, ni cualquiera de las cosas necesarias, ni ropa para cambiarme, pues todas mis cosas estaban ya en las manos de la policía. Lo siento."

"Ah, eso está bien; bastante bien," contestó la mujer. Ella no pareció impresionada lo más mínimo.
La otra mujer, que pareció tan judía como cualquiera de los dos hombres que he mencionado ya, miraba fijamente a mí, aparentemente con gran curiosidad. Ella pareció observar cada movimiento mío y cada línea de mi cuerpo, cuando gradualmente me libré de mi ropa. "Ella debe tratar de ver si traicionaré con un gesto la presencia de papeles comprometedores, enrollados y ocultos dentro de mi lino," pensé. "Bien, de ser así, ella se toma un problema por nada. Los únicos de tales papeles que yo tenía, ya he tragado hace horas. Ellos deben estar digeridos, ya." Pero la mujer finalmente habló:

¿"Qué edad tiene usted?" ella me preguntó.
"Cuarenta y tres."

Ella no hizo ningun comentario. Quise preguntarle lo que mi edad tuvo que ver con esta inspección. Pero no dije nada.

¿"Por que ofensa está usted aquí?" ella otra vez preguntó.
"Por la propaganda Nazi," contesté, con una sonrisa orgullosa.

Ella era obviamente mucho más joven que yo, pero tenía una cara desgastada, con arrugas profundas bajo los ojos. E imaginé - gratuitamente, confieso, y quizás maliciosamente - que su cuerpo habría lucido no menos flojo y enfermizo - desgastado - si hubiera estado desnuda. El mío, yo sabía, era todo menos eso. Y como, correctamente o incorrectamente, tomé a la mujer por una Judía, me alegré de encontrar una razón tan tangible para despreciar a ella.

Olvidé un rato cuanto necesité un baño caliente. Completamente desnuda ante ella en la luz del sol, me sentí feliz de lanzar sobre aquella mujer la vista de mi silueta firme y bien estructurada forma, como un caso vivo de la superioridad aria. Simplemente pronuncié dos palabras en respuesta a su pregunta. Pero en la sonrisa que acompañó aquellas palabras, ella podría leer quizás mis pensamientos desafiantes.

¡"Y vea cuan encantadores nosotros los Nazis lucimos, incluso a los cuarenta y tres!" dije sonriendo, - "incluso después de una noche insomne sobre una manta asquerosa en el barro. ¡Es justo lo esperado pues somos la juventud del mundo!"

Ella apretó sus labios y me dio un vistazo vicioso, y habló con ironía forzada: "propaganda nazi," ella repitió; "usted ha venido un poco tarde, me temo."

Las palabras picaron amargamente, y se hundieron profundamente en la herida cruda en mi corazón. ¿Quién en efecto sabía mejor que yo cuan encantador habría sido haber hecho uso de mi celo ganando prosélitos en Europa bajo el Tercer Reich, en vez de gastarlo en alrededores indiferentes? Pero yo estaba demasiado consciente de mi fuerza en el presente, para que el pensar en el pasado pudiera deprimirme. Y la luz del sol brillante que manaba por la ventana giró mi mente hacia la alegría de un futuro irresistible. Recordé que nada puede impedir a una gran nación llevar a cabo su misión natural, y que unos años arriba o abajo hacen una diferencia muy pequeña en el largo plazo. Sonreí de modo aun más provocativo y contesté: "No, al contrario; he venido un poco demasiado temprano."

La mujer que pareció ser una Judía estaba silenciosa - consciente, quizás, que, desde su punto de vista, Yo era simplemente demasiado exacta. La otra, que había terminado ahora de examinar mis calcetas, me dijo: "usted puede ponerse la ropa otra vez." Ninguna pareció haber notado el pequeño objeto de cristal inestimable que colgó en una cadena de oro alrededor de mi cuello.

Fui llevada entonces a la otra habitación dentro del mismo edificio, un cuarto mucho más pequeño en el cual varios hombres, unos en uniformes de policía otros en ropa civil, estaban de pie o sentados. Uno de ellos, sentado en una esquina oscura frente a la puerta, era el Oberinspektor a quien los detalles sobre mi caso habían sido dados por el teléfono de la comisaría, ya antes de mi detención - un hombre de aspecto bueno, bastante fornido, con las maneras más agradables. Él me preguntó "si yo me opondría" a contestar unas preguntas. Y después de anotar mi nombre, edad, etc. él me pidió le relate "lo que yo había hecho en Alemania desde el principio." Mi declaración, él dijo, serviría como prueba en mi proceso. Por supuesto, no estaba obligada a hacer cualquier declaración. Yo, si me gustara, podría rechazar revelar algo de mi historia hasta el día que yo aparecería ante mis jueces. Pero estuve simplemente demasiada contenta de hablar sobre mí, a condición de que pudiera hacerlo sin dañar a la gente que estaba en nuestro lado. No me opuse a ser dañada. Durante más de veinte años mi verdadero yo había permanecido en la sombra: nadie excepto muy pocas personas excepcionalmente inteligentes habían adivinado la conexión entre mi filosofía centrada en la vida, mi odio de los valores cristianos, mi adoración del Sol - mi Paganismo ario, abiertamente profesado - y la Ideología política moderna de la que yo muy raramente hablaba, y habían entendido cuan apasionadamente me identifiqué con ésta ultima. Había sido oportuno dejar a la mayor parte de las personas ignorar el hecho, sobre todo durante la guerra. Así nunca entré en problemas; ni lo hicieron algunos de mis colaboradores más cercanos. Pero ahora que, por fin, fui agarrada, importó poco si yo dijera a las autoridades un poco más de lo que ellos ya sabían o sospecharon, sobre mí. "Una también puede ir a la horca sea por una oveja o por un simple cordero," pensé: ¡"déjeme tener el placer de informar a esta gente del hecho que la Idea perseguida me significa más, para mi una no-alemana, que todas sus tonterías "humanitarias" alguna vez significarán a alguien, incluso a ellos mismos!" Y dije: "haré asi con mucho gusto, y le diré la verdad completa," - decidida todo el tiempo, sin embargo, a ocultar cualquier cosa que podría, directamente o indirectamente, implicar a cualquier otro Nacionalsocialista, dentro o fuera de Alemania.

"Primero vine a Alemania desde Suecia," proseguí, "y distribuí, desde las ventanas del Nord-Express, a partir del 15 de junio aproximadamente a las 18h00 hasta el dia 16, aproximadamente a las 9h00 en 1948, más de quinientos panfletos que había escrito yo misma. Entonces, después de una permanencia corta en Inglaterra, volví por Francia, cruzando la frontera, esta vez, en Saarhölzbach, y distribuí, del 7 de septiembre al 6 de diciembre de 1948,

tanto en las tres Zonas Occidentales de la ocupación como en Saarland, más de seis mil otros panfletos, el texto de los cuales yo también había escrito."
El Oberinspektor me interrumpió. ¿"Sus primeros panfletos fueron imprimidos en Suecia?" él me preguntó.
"Ellos no fueron impresos en absoluto," contesté. "Los escribí en mi propia letra, cuatro o cinco a la vez, haciendo uso del papel carbón, y pasé las dos noches antes de mi salida haciendo eso."
Me complació mencionar aquel detalle - que es - absolutamente exacto y así impresionar sobre las personas presentes el hecho doble que yo había actuado en mi propia iniciativa y que no podía ser desalentada por privaciones físicas.
¿"Y dónde fue impreso su segundo suministro?" preguntó el Oberinspektor.
"He declarado ya en la Comisaría que, bajo ningún concepto, yo contestaré aquella pregunta."

"Bien; siga relatando sus viajes en y desde el Este es sólo una declaración voluntaria suya, en que usted puede ser tan breve como usted quiera."

Reanudé mi historia; informando a la policía que, por segunda vez, yo había ido a Inglaterra en diciembre de 1948 "para pasar la Navidad con viejos amigos" y que, después de mi tercer viaje atrás a Alemania, yo había distribuido un tercer suministro de aproximadamente cuatro mil papeles - aquellos exactamente en la posesión de los cuales yo había sido detenida - que podrían ser usados tanto como panfletos así como carteles. Otra vez con cuidado evité mencionar un solo detalle susceptible de despertar sospechas sobre otros además de mí. Con mis dos manos en los bolsillos, hablé con facilidad, con diversión oculta, y un sentimiento secreto de superioridad. Seleccioné sin dificultad lo que deseé decir, como una muchacha adulta pensante, hablando a un grupo de alumnos de primer año: "esto puedo decirles; no tiene ninguna importancia - y si no les digo, alguien más va a hacerlo, de todos modos. Pero esto otro no es ningún asunto para niños." Recordé con que simplicidad aparente, con que calculada inocuidad, mi inteligente marido solía hablar, durante la guerra, a los oficiales americanos que yo solía traer a casa del "Club del Este y Oeste." Y pensé, mirando alrededor de mí a la media docena de hombres que casi llenaron el cuarto estrecho: "seguramente éstos estan tan dispuestos a ser engañados como aquellos lo estaban." Y los desprecié una vez más en mi corazón.
Estuve relatando el último episodio de mi vida libre en Alemania para hacer a Herr W. parecer tan totalmente inconsciente como sea posible de lo que hacía cuando él tomó mis carteles para colocarlos.
¿"Pero usted sabía sus opiniones políticas?" el Oberinspektor comentó.

"No lo hice, ni supe hasta este día," contesté, mintiendo con suma naturalidad. "Sólo esperé que él no estuviera violentamente contra el Nacionalsocialismo. Pero de esto también, yo no estaba segura; tanto de manera que yo me senti incómoda después de que él se había marchado con mis carteles. Una no está, en efecto, nunca segura."
¿"Entonces, cómo podría usted creer que él colocaría los carteles una vez que los habría leído? - pues usted nos dijo que él no los leyó antes de que usted se marchara, y él supiera exactamente aun sobre qué ellos eran."

"La verdad es que soy una tonta, y que actué por impulso," dije. "Yo sabía que el joven hombre había sufrido mucho en la guerra, como miles de otros. Y que imaginé - gratuitamente, sin preguntarle siquiera - que él sostuvo a las Democracias responsables de todo esto, como yo lo hago, y que él por lo tanto podría querer ayudarme en mi lucha individual. Esto quizás fue un error de mi parte. No sé. Era un riesgo que tomé, por lo menos."
¿"Y usted ofreció dinero al joven hombre?"

"No - porque yo no tenía nada. Pero le dije que yo me alegraría de encontrarle otra vez. Y si

todo hubiera ido bien, yo seguramente habría hecho todo lo posible para ayudarle, sabiendo como hice que él estaba en la necesidad."

¿"Y usted no tenía ningun amigo en Alemania, salvo aquellos que usted encontró de vez en cuando en su camino, como usted hizo con Herr W? ¿Usted no tenía ninguna carta que desde el extranjero le recomendaban a alguien?"

"Yo tenía una carta de Monsieur C., de la Oficina des Affaires Allemandes, 36 rue de la Pérouse, en París, recomendándome al cuidado especial y protección de las autoridades de Ocupación Aliadas, y otra, de la misma persona, dirigida a mí, y diciéndome que yo podría ir a ver, de su parte, a Monsieur H. y Monsieur G., en Baden Baden, y varios otros señores en Saarbrücken y en Viena - ya que tuve la intención de ir a Austria también. Ambas cartas pueden ser encontradas en mi bolso, creo."

Yo había dialogado con Monsieur C., y con Monsieur G., y con uno de los compañeros en Saarbrücken. Sabiendo que eran todos antinazis celebres, no me preocupé un carajo si ellos entraran en problemas debido a mí. Al contrario: el pensar en tal posibilidad me divirtió profundamente.
¿"Piensa decirnos que usted no conoce a algún Nazi en Alemania?" Oí que una voz me preguntaba, de un grupo de hombres que, aunque sentados en la esquina de enfrente, cerca de la ventana, parecieron seguir mis repreguntas con gran interés.
"Conozco sólo a dos Nazis en el amplio mundo; ¡uno es el Führer - los Dioses esten con él! - y el otro soy yo misma," contesté, con tanta seriedad imperturbable como un actor cómico en la escena.

Había silencio en el auditorio - quiero decir, entre mis interrogadores - y una sonrisa (que a los sonrientes ellos mismos le habría gustado reprimir) apareció sobre una o dos caras. Sentí que mi declaración extraña necesitó una palabra o dos de explicación, y añadí: "sí, Dios solo, 'quien sonda en los corazones de los hombres,' sabe quién es un Nazi y quién no es. ¿Qué sé yo? Es simplemente demasiado fácil engañarme. Entonces repito en efecto: estoy segura de la fe Nacionalsocialista de nadie, salvo, por supuesto, del Führer y de mi misma."
La explicación era irreprochablemente lógica. No había ninguna respuesta a ello - excepto la tortura. Pero los hombres en aquel pequeño cuarto parecieron completamente diferentes de aquellos con que yo había entrado en contacto primero - alemanes, sin duda, la mayor parte de ellos, pero mucho menos interesados que los primeros en el futuro (y hasta en el presente) de la Democracia; en otras palabras, hombres que sirvieron la Democracia en un espíritu realmente más democrático, es decir, sin el celo genuino. O quizás, sólo hombres con prisa para irse a casa y almorzar - pues ello debe haber sido bien cerca de la una y media o las dos de la tarde. Ni uno de ellos renovó la amenaza. Y comencé a sentirme convencida que uno podría hacer burla del sistema entero de coacción política en Alemania ocupada, con impunidad práctica (al menos ahora y en las Zonas Occidentales) a condición de que uno tuviera el desprecio suficiente para ello desde el principio, y el valor suficiente.

Un hombre alto, delgado, bastante elegante, que no había hablado todavía, me preguntó si yo supiera de seguro que Adolf Hitler está vivo. "Usted dice eso en sus carteles. ¿Esto es sólo un medio de dar esperanza y coraje a su gente, o realmente lo cree usted?" dijo él.
"Estoy segura de ello," contesté.
¿"Y cómo llegó usted a saberlo? Uno de sus seguidores debe haberle dicho así."
"Para nada. Un astrólogo indio me lo dijo."

El auditorio otra vez fue agarrado. Ellos habían estado preguntándose que yo iba a decir, pues ellos sabían, ya, que yo nunca mencionaría un solo nombre alemán. Ellos no habían esperado aquella respuesta.

¿"Y usted cree en tales pronósticos?" el hombre alto me preguntó.

"Lo hago - cuando ellos son hechos por gente que conoce la ciencia de las estrellas. Supongo que veinticinco años pasados en el Cercano y Medio Oriente sólo han aumentado mi tendencia natural a la superstición."

Otra vez la explicación, aunque un poco irónica, era irreprochablemente consecuente. No había nada para contestar.

Pero el hombre alto, para su desgracia, comenzó una discusión conmigo en bases puramente ideológicas. Un error, desde su punto de vista - pues cualquier tal discusión entre un Demócrata y un Nacionalsocialista sólo sirve para mostrar cuan débil la posición del primero es, comparada con aquella de éste último. Y un error que él agravó decidiendo hablar del espíritu de la filosofía india, de la cual él parece mal informado.

"No logro entender como usted, que parece estar interesada en India (ya que usted hizo esfuerzos de aprender dos lenguas indias) puede identificarse al mismo tiempo tan completamente con una ideología de asesinato y violencia (sic) como el Nacionalsocialismo," dijo él, quien había visitado él mismo India durante la guerra.
¿"Y qué le hace pensar que los indios son incapaces de asesinato y violencia?" pregunté. "La larga historia de India, - que yo una vez solía enseñar en un colegio indio - conduce mas bien a la conclusión contraria."

"Tal vez. Pero . . . Gandhi, el apóstol de la no-violencia. . . . Y los maestros de la espiritualidad india. . . que eran todos pacifistas ..." (sic).

¡"Todos pacifistas!" pensé; ¡"qué broma! Obviamente, este hombre nunca ha leído el Bhagavad-Gita." Pero no fui sorprendida. Yo sabía que él hablaría así, - y pondría al perspicaz político Bania (1) de India moderna en un nivel con los videntes arios antiguos. Yo sabía la ignorancia abismal de la mayor parte de los europeos que pretenden entender la "filosofía india."

(1) Perteneciente a una de las castas mercantes, - aquella de los "Modh-Bania", en el caso de Gandhi.

"Gandhi no representa India," contesté. "Él ha confesado que las dos grandes influencias que cuentan en su vida son aquellas de Jesucristo y de Tolstoy - una de las figuras más Parecidas a un Cristiano de tiempos modernos. El hecho que, empapado por dentro y fuera en tal filosofía extranjera, él ha adquirido gran fama y ha desempeñado un papel considerable en India, es simplemente un signo ostensible más del decaimiento de India desde el nivel alto de la sabiduría que los arios antiguos habían alcanzado allí, cuando ellos pusieron los fundamentos de su civilización ordenada por la casta."

El tema era inusual en la Oficina central de Policía de Colonia; y cada hombre presente escuchaba atentamente, incluso el Oberinspektor en su sillón. Sólo esperé que los alemanes supieran suficiente inglés para comprender el sentido pleno de lo que yo decía, - pues el hombre alto se había dirigido a mí en inglés, y yo le había contestado en la misma lengua. Proseguí, como si yo entregara una conferencia pública: "No sé que tan lejos la no-violencia incondicional fue practicada por la gente civilizada del Valle Indus, antes de que los arios belicosos se vertieran abajo del Norte. Si, como unos sostienen, lo fue, entonces, tengo tanto más razón en declarar que la civilización histórica de India - la civilización Sánscrita - no es un producto de la Zona tropical, sino una civilización nórdica estampada sobre una tierra tropical, que no es para nada la misma cosa. Esta es el resultado del genio de invasores antiguos cuyo

espíritu era prácticamente el mismo que el nuestro. Usted no encontrará un rastro de aquel espíritu valiente en el pacifismo del Sr. Gandhi -, ni en las grandes filosofías de escape de la vida, productos de lasitud, desilusión y desesperación, más consistentes que la de él, que brotaron en la Antigüedad de las mentes de Kshatriyas que habían renunciado a los deberes y los privilegios del poder. Pero usted lo encontrará en toda su pureza en el Bhagavad-Gita, el Libro que proclama que "no hay nada más bienvenido para un Kshatriya que una guerra virtuosa," 1 y esto dice al guerrero: "muerto tu obtendras el Cielo; victorioso, tu disfrutaras de la Tierra; ¡levántate, por lo tanto, Oh hijo de Kunti, lleno de resolución, y lucha! "2

1 Bhagavad-Gita, II verso 31.
2 Bhagavad-Gita, II verso 37.

"Pero . . . Oí que el Bhagavad-Gita también predicó la no-violencia," dijo el hombre. "No," contesté. "Es el error de aquellos que lo leyeron con una mentalidad incurablemente cristiana. El Bhagavad-Gita, escrito para guerreros, predica la violencia en un espíritu desapegado - violencia suma (si es necesario) con el desapego perfecto; la acción siendo un deber, según el rol natural de cada uno en el mundo, realizada a fondo, pero sin pasión, y nunca, nunca para fines personales; la mismísima cosa que los Nacionalsocialistas predicamos - y vivimos hoy; y que somos los únicos en vivir, en este mundo degenerado."

El hombre alto, elegante encontró aconsejable dejar caer el tema. Quizás él lamentó haberlo creado alguna vez, dando así a los alemanes que estaban presentes la oportunidad de saber - si ellos no lo hubieran sospechado antes - cuan antiguo, cuan eterno, el espíritu de Hitler es, y cuan indisolublemente unido con cada despertar de la consciencia aria.
Él me hizo una pregunta por lo visto menos probable para provocar, dentro de los corazones alemanes, reacciones secretas, indeseables desde el punto de vista Aliado.
¿"Cómo es que," él me preguntó, "un certificado de nacionalidad griega emitido por el Consulado griego de Lyons (Francia) y fechado en 1928, fue encontrado en su bolso?" "Yo era de nacionalidad griega antes de que adquiriera la ciudadanía británica por mi matrimonio."

¿"Entonces cómo es que, en su pasaporte, frente al visado francés que le aprueba para entrar en la Zona francesa de la ocupación en Alemania, es especialmente declarado que usted es francesa?"

"Ah, esto sólo significa que deliberadamente omití decir a las autoridades francesas que yo había elegido Grecia a la edad de veintiún años. Les dije - porque pensé que esto los induciría a concederme el permiso militar más fácilmente - que mi padre era un ciudadano francés, (que es verdad, independientemente de cual sea su origen) y que "naci francesa" (que no es menos cierto independientemente de cual sea mi origen, como cualquier niño nacido en Francia, es o era, en mi tiempo, considerado francés). Todo lo que me interesó en el asunto era un medio de entrar en Alemania. Y no me equivoqué: ellos me dieron esos medios. "

¿"Y por qué no retuvo usted su ciudadanía francesa, cuándo tenía veintiun años? Ciertamente era más ventajosa que la griega."

"Sé que lo era. La Mayor parte de los griegos que se instalaron en Francia son 'ciudadanos franceses' por esta razón. Y ellos me dijeron eso en Grecia misma, cuando fui y reclamé mi nacionalidad helénica. Ellos me dijeron que yo nunca disfrutaría en Grecia de la posición que mis diplomas me habrían dado en Francia. Aún asi contesté que yo ganaría mi vida lavando platos y platillos, más bien que llamarme francesa."

¿"Y qué diplomas tenía?"

"Yo era 'licenciée ès lettres' lo que ellos llaman en Inglaterra 'licenciado en arte' creo. Y yo adquiriría después el grado de 'maestro de las ciencias' — 'licenciée ès sciences' — también, y finalmente de 'doctor en la literatura' ('docteur ès lettres')."

¿"Y qué agravios tenía contra Francia?"

"Nunca le perdoné el modo que ella forzó a Grecia en la primera Guerra Mundial en el lado de los Aliados, con la complicidad del Sr. Venizelos, contra la voluntad de los griegos. La sostuve responsable del desastre griego en Asia Menor en 1922. ¡Y aunque yo no sea alemana, la manera que ella se comportó en el Ruhr en 1923 me repugnó a fondo - cómo lo recuerdo! Y consideré su ciudadanía como una vergüenza, y no la quise, pese lo ventajoso que podría haber sido. No había, entonces, ninguna cuestión de emergencia para mí, como en 1948."

"Y las consideraciones de familia influyeron en su decisión, supongo . . ."

"No, mil veces no. Incluso si ambos de mis padres habían sido griegos por la sangre, dudo si esto hubiera añadido mucho a mi determinación," dije. "Lo que principalmente me atrajo eran aquellos ideales griegos eternos de perfección que yo muy pronto debía llamar ideales arios. Grecia - la nación aria más antigua de Europa en haber dado expresión a aquellos ideales en la vida y cultura - era un símbolo ante mis ojos. Y no fui sorprendida de ver que el Gobierno francés, que había traicionado a los griegos del Asia Menor, trate tan suciamente a Alemania un año más tarde - aunque yo estuviera lejos de sospechar, entonces, el sentido pleno del creciente Nacionalsocialismo, y la parte que este jugaría en mi vida."

¿"Y qué significa para usted el Nacionalsocialismo?" preguntó el hombre. ¿"Y qué habría hecho usted, entonces, si hubiera comprendido eso que usted cree sería su significado pleno?"

"Para mí, el Nacionalsocialismo es la única perspectiva digna de la aristocracia natural de la humanidad, de los mejores representantes de la raza aria. Esta es la expresión del inmortal Paganismo ario en nuestro mundo moderno. Si hubiera comprendido eso cuando yo tenía veintiunos años, habría hecho cualquier cosa para volverme un ciudadano del Tercer Reich, y servir sus intereses en casa con todo mi amor, toda mi energía y toda mi inteligencia. Pero lo comprendí dos años más tarde, e hice todo lo posible para la causa aria en los dos antiguos centros sagrados de la cultura aria: Grecia e India."

Yo había contestado resueltamente. El hombre juzgó que mejor dejaba el interrogatorio de mí aplazado por el momento. De alguna manera, independientemente de lo que él me había preguntado, mi respuesta siempre resultaba, al final . . . ad majorem Germaniae gloriam. Era demasiado para el prestigio de la Ocupación, - sobre todo considerando el hecho que no soy alemana. Además, como ni una palabra de esta conversación había sido escrita, sólo Dios sabía como podría ser repetida e interpretada por los alemanes que estaban presentes. Éstos, por supuesto, eran todos buenos Demócratas - o ellos no habrían estado allí. ¿Pero podría alguna vez uno decir en Alemania ocupada, quién era un buen Demócrata y quién estaba sólo presentando un espectáculo? El señor pidió que un estenografo le sea enviado a su casa, por la tarde, para poner mis respuestas en blanco y negro, y me ofreció le siga en el coche que esperaba abajo. Él era, en apariencia al menos, el más cortés, y yo diría hasta, el más amistoso.

En nuestra salida, él me dijo que pertenecía a la Inteligencia Militar Británica. Reflexioné y concluí que yo había sido discreta. La verdad es que yo había revelado la mayor parte de mis sentimientos personales. Pero esto no tenía ninguna importancia; esto no concernió a nadie, sino a mí. Yo no había dicho una palabra que podría ser de cualquier uso a los enemigos del Nacionalsocialismo en el presente o en el futuro.

El auto me llevó a la casa que el hombre ocupaba con su esposa y dos niños. Sentada en una esquina, con mi cara a la ventana, disfruté del paseo tan a fondo como yo habría hecho un domingo ordinario por la tarde, si el señor no hubiera sido un 'M.I' británico. en Alemania ocupada, y yo no una presidiaria. El tiempo estaba frío y brillante - el tiempo que me gusta - y el camino agradable. Yo había olvidado completamente mi cuerpo en la seriedad o la astucia de mis respuestas a las diferentes preguntas que me habían sido hechas en la Oficina central de Policía, y ahora ya no sentí los tormentos del hambre. Yo podría haber seguido fácilmente disertando el día entero. Pero por el momento, sólo miré fuera de la ventana hacia los árboles a lo largo del camino, al brillante cielo despejado y a los transeúntes.

Yo era consciente del eslabón invisible que me ligó a estos últimos - como a toda la Alemania - más fuertemente que nunca después de mi detención. Una mujer en el borde del camino señaló al automóvil en el cual yo estaba, a su niño de dos o tres años, que lloraba. No había nada notable en tal gesto: ella habría, igual de fácilmente, señalado en algo más, para hacer al muchacho olvidar por qué él lloraba. Pero cuando la vi hacerlo, las lágrimas entraron en mis ojos, como si aquella mujer hubiera sido la eterna Alemania atrayendo a mí la atención de sus hijos apenados de 1949 y diciendo a ellos: "no llore sobre el desastre: será vengado. Y ya, a pesar de todo esto, ustedes son los ganadores - no aquellos que le persiguen. Vea: ¡dondequiera que la conciencia aria sea bien despierta ella está de su lado!" Espontáneamente, yo había dado al simple gesto un significado secreto. ¿Por qué no? Todo en el universo está relacionado con todo lo demás y con lo invisible, y tiene un significado secreto que la gente no conoce. Yo era un centro viviente de la conciencia aria. Y el nene rubio que ahora llora en los brazos de su madre marchará en unos años a lo largo de este mismo camino, en las filas de la Juventud Hitleriana resucitada. En mi humilde manera, entre miles de otros, yo existí a fin de hacer esto posible.

Debe haber sido no lejos de las tres y media cuando alcanzamos la casa - la casa encantadora, calida, cómoda en la cual, el Inglés me dijo, yo pasaría el resto del día y la noche siguiente hasta que fuera llevada a otra parte, (yo no sabía todavía donde.) "Le agradezco por alojarme aquí," dije. Aún asi, añadí inmediatamente: ¿"pero haría usted eso si yo fuera alemana?"

"Pero usted es británica," contestó mi anfitrión.

"Cualquier nacionalidad atribuida a mí (en el sentido que el mundo ahora concibe el carácter de la nación y la nacionalidad) sería artificial," dije. "Sólo soy una aria." Y pensé en Herr W., y me pregunté: ¿"cómo le tratarán ellos que, siendo un oficial S.S., merece más que yo?" Habría sido quizás mejor haberme abandonado en la celda fría, oscura. No quise la consideración personal de los opresores de Alemania - de los agentes complacientes o forzados de los enemigos del mundo Ario.

La esposa del Inglés vino para llevarme arriba a bañarme. Ella era una mujer joven, muy atractiva, con el pelo rojo encendido - una mujer escocesa; un tipo nórdico fino. Y cuando miré fijamente en ella, pensé por millonésima vez "¿Por qué no podrían al menos los mejores especimenes físicos de los arios todos apoyar una Ideología digna de la raza - la nuestra? ¿Por qué ellos - incluso en Alemania, sin mencionar en otros sitios - permiten que la astucia del Judío los divida en nombre de principios completamente no-arios?" Pero no dije nada. Y cuando la seguí por un pasillo calido, tomando un vistazo, cuando pasé, en el satén azul colgado que embelleció uno de los dormitorios, comprendí, con tal tristeza que yo podría haber llorado, que algunos alemanes habían sido tirados de su cómoda casa para hacer lugar para este M.I. y su familia. ¿"Dónde estaban ellos ahora?" pensé. ¿Cómo vivían ellos? Era en uno de sus cuartos que yo debía dormir esa noche. . . . Pero quizás a ellos no le molestaría mi presencia en su

casa tanto como aquella del funcionario británico, si sólo ellos me conocieran. Yo todavía trataba de imaginar para mí a los habitantes legales de aquellos alrededores encantadores cuando alcancé el cuarto de baño.

"Usted puede usar cualquier jabón que guste"; dijo la esposa del M.I. Tiene sales de baño aquí en la esquina. Y aquí está una toalla limpia. Si necesita algo, no esté avergonzada en decirmelo. "

"Le agradezco," dije, "y pido ser perdonada por todos los problemas que le doy. Sólo me gustaría . . . alguna ropa interior limpia. Creo que tengo unas en la maleta marrón que ellos trajeron aquí conmigo. Y la caja de cartón que está en la misma maleta la necesitaría también. Y otra vez perdóneme por darle tal molestia."

"Esta bien. Quiero que este cómoda. Y usted tendrá algo para comer cuando baje." La voz de la señora era dulce y amistosa; sus maneras perfectas. Yo no podía menos que sentir que yo estaba dispuesta a quererla, a condición de que ella no estuviera contra nosotros. Yo incluso comenzaba a preguntarme si ella no estaba en secreto de nuestro lado, y no me trataba tan bien exactamente debido a mis convicciones. Pero si fuera así, ella nunca me lo diría. ¿O si? Traté de saber
.
¿"Le dijeron ellos por qué fui detenida?" Le pregunté.
"No."
"Escribí y distribuí papeles contra la Ocupación. Soy nazi - una verdadera. Le digo así porque no deseo que usted sea amable a mí sin que sepa lo que apoyo."
"Pero no me hace absolutamente ninguna diferencia," dijo la esposa del M.I. "Usted tiene cada derecho de defender sus convicciones, tal como nosotros lo tenemos. Personalmente, no molesto mi cabeza con la política: tengo bastante para hacer con mi casa y mis dos niños. Para mí, usted es sólo una mujer del mismo tipo que yo."

¿"Entonces, por qué me detienen? ¿Y por qué persiguen a Alemania? ¿Y por qué persiguen al Nacionalsocialismo por todo el mundo?" Quise decir. Pero no dije nada. Habría sido inútil. Esta señora encantadora no tenía voz en las detestables decisiones de las Democracias victoriosas. Y, pensé, sus niños arios hermosos crecerían conforme al Nuevo Orden de todos modos. La proxima Guerra Mundial y la siguiente paz - nuestra paz - vendrían antes de que ellos tuvieran quince, esperé.

Sonriéndome ante esta posibilidad, me bañé en una tina de mármol verde, y me sentí tan fresca como una rosa. Anduve abajo con mi ropa limpia, tarareando la vieja canción:

¡"Alemania, despierta de su pesadilla!
¡No dé, a Judíos ajenos, un lugar dentro de su Reich!
Queremos luchar por su resurrección
¡La sangre aria no debe ser sumergida! "1
1 "Deutschland erwache aus deinem bösen Traum!
Gib fremden Juden in deinem Reich nicht Raum!
Wir wollen kämpfen für dein Auferstehen.
Arisches Blut darf nicht untergehen!

Y yo no podía menos que pensar: ¿"qué dirían los habitantes legales de esta casa, si ellos me oyeran?" Me sentí completamente segura que ellos estarían en secreto contentos. Y cuando pasé ante la cocina, hice todo lo que yo podría para que los dos criados alemanes jóvenes que trabajaban allí pudieran oírme. ¿Ellos, lo hicieron o no? ¿Y si ellos lo hicieron, qué sentimientos despertó el viejo "Kampflied" en ellos? Nunca lo sabré.

Entré en el cuarto que me había sido asignado: un pequeño cuarto de sótano ordenado, con flores rosadas en el alféizar. Me acosté sobre la cama - una cama cómoda - y cerré mis ojos sólo un rato; para descansar, ya que sabía que yo sería repreguntada pronto otra vez. Había un suave golpe en la puerta. "Entre," dije yo. Era la esposa del M.I ella misma, sosteniendo una bandeja.
"Le he traído una tortilla de huevos, unas rebanadas de pastel, pan y mantequilla y mermelada," dijo ella.

¡"Ah, gracias!" contesté, en un impulso de gratitud: la señora era tan amistosa. Pero inmediatamente recordé a Herr W., y un sentimiento doloroso llenó mi corazón y por lo visto, mi cara se hizo sombría.

"Usted debe tener hambre," dijo mi anfitriona. ¿"Desde cuándo no ha tenido nada para comer?"
"Desde ayer por la mañana. Pero no es nada para mencionar."
¿"Valgame Dios! le habría gustado quizás un poco más, entonces?"

"No, realmente no. Tengo más que suficiente con todo esto, y estoy muy agradecida. Yo sólo pensaba . . ."

¿"Qué pensaba usted?"

". . . pensaba . . . como yo sería de feliz si pudiese compartir esto con el joven camarada que fue detenido en conexión a mí, un alemán que ha sufrido ya mil privaciones y el tratamiento más bestial en las manos de los franceses. ¡pobre Muchacho! si yo no le hubiera dado aquellos carteles para poner, él todavía sería libre."

"Los franceses podrían haber sido algo duros, pero estoy segura que nosotros le trataremos amablemente," declaró mi anfitriona.

¿"Piensa usted asi? No estoy tan segura. Él es fiel y valeroso, y merece cada consideración aun de nuestros enemigos. Pero él no tiene un pasaporte indio británico," contesté amargamente.
¿"Pero qué puede hacer usted, ahora?"

"Nada, lo sé. Sólo, pienso en él - y en los miles de otros - y me siento un poco avergonzada de mí misma cuando veo cuan amable y considerada usted es hacia mí."
"Usted no debería. Usted no lo pidió, lo sé. Y usted, también, es fiel y valerosa."
"No he sufrido aun; no he demostrado todavía mi valor," dije, queriendo dar significado a cada palabra que dije.

"No hable; su café se pondrá frío."

¡"Sí, que café tan encantador! Lo he olido tan pronto como usted entró," dije, vertiendo una taza de ello para mí, cuando me senté. ¿"Cómo adivinó usted que me gusta el café más que el té?"
"Pensé eso de usted, cuando me dijeron que usted es mitad continental."
Me senti conmovida. "Siéntese realmente, y quédese un rato conmigo," pedi a la mujer encantadora que, después de todo, no era responsable de la discriminación absurda que las autoridades Aliadas parecieron hacer entre mis camaradas alemanes y yo. ¿"Puedo saber su nombre?"

"Sra Hatch."

"Soy la Sra Mukherji - Savitri Devi Mukherji. Digame, Sra Hatch, ¿por qué usted es tan amable conmigo?"

"Porque uno tendría que ser amable con cada persona; y también porque me gusta usted. Mi marido me ha hablado de usted."

¿"Lo ha hecho en efecto? ¿Y qué dijo él? ¡Estoy segura que no le gusto yo!"

¿"Por qué piensa usted esto? Al contrario, él la encuentra extrañamente interesante, y . . . dejeme decirle . . . excepcionalmente inteligente."

¿"Yo? ¡Pero soy un - el único - tonto condenado entre todos aquellos que comparten mi Ideología! De hecho, si yo no hubiese sido tan estúpida, nunca hubiese sido agarrada."

Ella se rió cordialmente. Terminé mi tortilla de huevos, y me vertí otra taza de café. "Su café es excelente," dije. Y yo no podía menos que añadir: "sí, lamento realmente que mis camaradas alemanes no tuvieran tal café para beber ..."

Incluso aquellos que eran libres podrían obtener, entonces, pero muy rara vez algo más excepto una decocción insípida de la achicoria - "mook-fook", como ellos lo llamaron, y eso, sin azúcar y sin leche. Y otra vez, en mi mente, recordé a Herr W., y me pregunté como él estaba siendo tratado. El pensamiento en él me persiguió. Y recordé los campos de hambre antinazis que los Aliados habían (yo lo sabía de camaradas que habían sufrido en algunos de ellos) establecido en Alemania ocupada. Pero comprendí que era inútil la mención de éstos a esta mujer, ella evitaría contestarme - si sabía los hechos o no - y dejaría caer cortésmente el tema. ¿Además, qué podría ella hacer, aun si fuera sincera y bastante valiente para no cerrar sus ojos a tal realidad incómoda? Otros Demócratas - otros "humanitarios", los responsables - responderían de todos aquellos horrores cuando el día de ajuste vendría: Pensé en aquel día encantador, mientras mascaba el pan y la mantequilla y la mermelada de frambuesa - tal como otra gente piensa en los acontecimientos largamente deseados que traerán una gran alegría en sus vidas personales.

"Me dijeron que usted viene de India y que escribe libros. ¿Ha escrito algo sobre India?" la esposa del M.I me preguntó.

"Sí, un libro en francés, y otros dos en inglés, hace mucho. Pero mis otros libros son de otros temas."
¿"Por ejemplo?"

"Por ejemplo: la Religión del Disco - una forma particularmente hermosa y pura de adoración al Sol, creada por un Faraón de principios del siglo catorce antes de Cristo, Rey Akhnaton, una de las mayores figuras históricas de todos los tiempos."

¡"Cuan interesante! ¿Y cómo llegó usted a elegir tal asunto?"

"Simplemente porque yo también, son una adoradora del Sol, la Fuente de toda la vida y salud y poder," dije.

¿"Lo es usted, realmente? ¿Entonces usted no cree en el cristianismo?"

Sonreí. La pregunta me pareció casi absurda. ¿Cómo podría en efecto alguien creer en el cristianismo y tener nuestros ideales? Pero me contenté con responderle: "ciertamente no," sin

explicaciones adicionales. Había otro golpe en la puerta, y el M.I. él mismo apareció - Sr. Hatch, yo ahora sabía su nombre. Una muchacha joven, una mecanógrafo, estaba con él. ¿"Usted está lista ahora para ser repreguntada una vez más?" él me preguntó, cuando su esposa dejó el cuarto con la bandeja medio vacía.

"Lo estoy."

Él se sentó, y asi mismo lo hizo la mecanógrafo, y yo también. Y otra vez, para la seguridad de la Democracia, el señor miró detenidamente en mi pasado - al grado que yo quise que él podría mirar detenidamente. Y otra vez, las cosas que dije le parecieron extrañas, a pesar de su larga experiencia "con casos políticos," - mientras más verdaderas, más extrañas. ¿"Cuándo decidió usted ir a India?" él me preguntó entre otras cosas.
"En 1932."

¿"Y qué le atrajo allí?"

"Deseé ver con mis propios ojos, y estudiar, una civilización que une muchas razas separadas, durante miles de años, bajo un sistema social fundado en la idea de la jerarquía racial natural - nuestra idea. Me pareció que la vista de India podría sugerir, de algún modo, como nuestro Nuevo Orden ampliado al mundo entero luciría: después de seis mil años de existencia." ¿"Y usted no se hizo un poco escéptica sobre el valor de sus principios cuándo vio la verdadera India, con su suciedad y miseria?"

"No, al contrario, nunca era tan fuertemente convencida de la necesidad de un sistema de castas racional, mundial - con los arios más puros formando las castas más altas - si el mundo un día va a hacerse de valor para vivir en el. Pero la vista de la 'suciedad y miseria' en India como usted dice tan bien, me enseñó realmente (o mejor dicho, reforzó en mí la convicción) que la actitud de 'vive y deja vivir' de los indios - y de la mayor parte de los Habitantes del occidente - no es nada bueno, y que nuestra futura organización mundial debería imponer eso que el sistema indio ha dejado incluso de acentuar, a saber, la limitación de la procreación entre las razas inferiores, junto con nuestra famosa esterilización del incapaz."

¿"No fue usted a India por alguna otra razón?"

"Sí, para encontrar allí, en los ritos religiosos, costumbres y creencias, algo como el equivalente vivo de los antiguos cultos arios de Europa - tanto de Grecia y del Norte; de mi Europa en su totalidad - que el cristianismo ha abolido."

¿"Y qué hizo usted, principalmente, todos aquellos años que estuvo allí?"
"Luché contra el cristianismo - e Islam, las dos religiones internacionales de la igualdad, cuyo adherente cualquier hombre de cualquier raza puede hacerse; las dos grandes ilusiones perdurables, arraigadas en el Judaísmo, que establecen a los Judíos como un pueblo 'elegido', como el canal de la revelación divina, ante los ojos de indecibles millones en el Oriente y el Occidente. Luché contra ellos - ambos - con tenacidad apasionada, usando cualquier plataforma que me fue ofrecida, para hablar, y a veces escribir, en nombre de las tradiciones de India, pero en realidad en nombre de mi - de nuestra - filosofía centrada en la vida; de la Filosofía eterna de la Esvástica, no porque sea 'India' de cualquier modo, sino porque es la mía - la nuestro. En efecto, no hice nada más."

¿"Cómo es que usted permaneció allí tan largo tiempo?"

"No quise hacerlo, al principio. Pensé volver a Europa después de un par de años. Entonces, estuve interesada en mi lucha allí - que era, de hecho, un aspecto de nuestra lucha. Me pensé útil - quizás cometiendo así un error. Sentí que yo preparaba en el lejano Oriente el

advenimiento de nuestro Nuevo Orden mundial. Y si hubiéramos ganado esta guerra, debo decir que, quizás, mis humildes esfuerzos no habrían sido completamente gastados."

La mecanógrafo sólo anotó aquellas de mis respuestas que parecieron ser de algún interés en relación a mi próximo proceso. Yo a menudo tenía la impresión que el Sr. Hatch me hizo muchas preguntas técnicamente inútiles, por puro interés personal en la historia de una Nacionalsocialista no-alemana - un espécimen relativamente raro.

¿"Para resumir," dijo él, después de una hora o dos de conversar conmigo, "fue su propia filosofía de vida, su actitud esencialmente estética a los problemas religiosos y sociales, y su interpretación de la historia mundial lo que le hizo una Nacionalsocialista?"

"Nada me hizo una Nacionalsocialista. Yo siempre fui una, en la naturaleza, en el instinto, y no podía haber sido algo más incluso antes de que yo supiera como llamarme. Pero es verdad que los factores que usted menciona - y otros también - me han ayudado a hacerme cada vez más consciente de mi Ideología."

¿"Qué 'otros factores', por ejemplo?"

"Mi conciencia del peligro judío en todos los planos, y no simplemente en la esfera económica; mi fuerte sentido de solidaridad aria; mi odio innato a las opiniones moderadas y de medias tintas."
Cuando la mecanógrafo se había marchado, el Sr. Hatch volvió a mi con otro hombre, una especie de sujeto de aspecto judío, ante quien repetí algunas cosas que yo había dicho acerca del fundamento histórico de mis convicciones Nazis.

"Personalmente, me gusta su cuestion griega antigua bastante," dijo aquel otro hombre, "sus Espartanos, y sus juegos Olímpicos y que no. ¿Pero no podríamos tener esto sin el Nacionalsocialismo?"

"No. Es imposible."

¿"Pero por qué, imposible?"

"Si usted no puede ver 'por qué', esto sólo significa que no comprende nada en absoluto del verdadero espíritu helénico, o nada del Nacionalsocialismo - o quizás nada de nada," contesté. Con aquel comentario mío, tanto aquel hombre como el Sr. Hatch se fueron. Los miré irse. El primero era ordinario, éste ultimo un inglés refinado, y parecido a un caballero. Pero ambos eran hombres promedio. Una cierta adición de la sangre judía, probablemente, en caso del primero, y una acertada educación Judeo cristiana conectada con intereses creados, en caso de ambos, nunca podría permitir que ellos vieran las cosas como son. Y nunca, quizás, desde aquellos días horrorosos de 1946 que siguieron a mi aterrizaje en Inglaterra, sentí tan agudamente que somos la minoría incomprendida - los únicos - que portan la antorcha de la verdad eterna en este mundo Occidental odioso, declinante, nosotros Nacionalsocialistas, nosotros, los Paganos arios modernos. Y una vez más añoré para el quiebre general divinamente ordenado - el final del "Kali Yuga," o la "Edad Oscura" - cuando aquel mundo se hundiría en la nada mientras los sobrevivientes entre nosotros organizarían sobre sus ruinas la nueva Tierra, la Edad de Oro del siguiente Ciclo de tiempo, el Nuevo Orden mundial. Me levanté sobre una silla y miré fuera de la ventana al cielo brillante, iluminado por la luna. Recordé la noche que había pasado en las cuestas del ardiente Hekla, casi dos años antes - una noche brillante como ésta, pero en que la cara de la luna llena fue obscurecida por una nube de ceniza volcánica, y en cual largas rayas de luz verde fantasmal, orladas con violeta - la aurora boreal - colgaron desde el cenit sobre los cráteres ardientes y las corrientes de lava y el

paisaje nevado brillante. Ah, esa noche; ¡aquella noche divina, inolvidable! Era el 5 de abril de 1947. ¿Qué fui destinada a hacer, el 5 de abril de 1949?

¡Y pensé en Lord Shiva, el Destructor, cuya frente porta la media luna, y recé "Pon las respuestas correctas en mi boca, Oh Señor del Baile de las apariencias! Usa mi voz para decir al mundo, en palabras adecuadas, que la verdad que nos inspira es la verdad eterna Tuya, y que nuestro querido Führer es el Elegido de los Dioses . . ."

Y apreté en mis manos, con lealtad sensible, el pequeño retrato del Líder, que llevé puesto alrededor de mi cuello. Pero otra vez, oí un golpe suave en la puerta. Era la Sra Hatch. ¿"Está usted bastante cómoda aquí?" ella me preguntó. Y antes de que yo tuviera el tiempo para contestar, ella añadió, cuando prendió la luz y me vio: "usted parece feliz."

"Soy feliz."

¿"Pero debe estar cansada, después de todas estas repreguntas?"

"No," dije; "para nada."

Y esto era verdad. Yo estaba demasiado feliz para estar cansada. Yo era consciente de ser útil. Cada palabra que dije era, en un modo, nuestra respuesta a los esfuerzos de los Demócratas para "des-Nazificar" a nosotros. Y nuestra respuesta era, irrefutable, yo lo sabía. Y lo que es más, ellos lo sabían también.

"Vine," dijo la Sra Hatch, "para preguntarle lo que le gustaría comer para la cena. Son casi las nueve, y usted debe comer algo."

"Es amable que me pregunte," contesté. "Pero yo sería feliz con otra taza de su encantador café. No tengo hambre. He almorzado a las cuatro y media más o menos." "Ciertamente tendrá una taza de café. Estoy tan contenta que le guste eso. Pero debe tener también algo para comer, para recomponer su fuerza. Usted se marchará de aquí mañana, de madrugada, y tendrá otro día pesado. Asi dígame lo que le gustaría."

"Ah, cualquier cosa - excepto carne, o cosas cocinadas con carne o en grasas de animal." "Es bastante fácil. Estaré de vuelta en un minuto."

Pero la retuve. ¿"Se opone usted a decirme - si me permite saber - dónde me llevarán mañana?" Pregunté.

"A Düsseldorf."

¡"Düsseldorf!" Repetí. "Me alegro. El lugar esta lleno de recuerdos. ¡Ah, me alegro de ser juzgada allí!"

La sra Hatch dejó el cuarto. Y seguí el hilo de mis pensamientos. Recordé en mi mente los días más oscuros después de la Primera Guerra Mundial, cuando la lucha Nacionalsocialista había comenzado, en Alemania; los días cuando los franceses ocuparon el Ruhr. Yo estaba entonces en Francia, una muchacha colegial de diecisiete. Por lo que oí de ello desde fuentes privadas, el comportamiento de los franceses en el Ruhr me había asqueado más allá de las palabras. " Entonces," recordé, "el nombre de Düsseldorf estaba prácticamente cada día en los periódicos. ¿Quién me habría dicho que, un día estaría destinada para aparecer allí ante un Tribunal militar, por haber desafiado a los enemigos de Alemania? Y pensé en la fase más temprana de la Lucha - cuando yo simplemente sabía de su existencia. Y pensé en un discurso que el Führer había entregado en Düsseldorf tres años después de que los franceses se habían instalado allí

- el 15 de junio de 1926 - un discurso que me había impresionado. . . . Y me recordé, pasando por la estación de aquella misma ciudad, exactamente veintidós años más tarde, - cuando todo estaba terminado; cuando todo parecía perdido - y tirando panfletos en la plataforma desde una ventana del Nord-express. Ahora, yo debía ser juzgada allí por actividades similares, después de tantos alemanes que habían sufrido y habían resistido. . . . Me sentí honrada. Y luego, comprendí - como quizás nunca antes había hecho al mismo grado - que mi humilde historia era también un minuto en la historia del Nacionalsocialismo; en la historia de la orgullosa Alemania, el campeón de los derechos arios. Por supuesto lo era. Y permanecería así, para siempre. Me sentí levantada encima de mí con aquel pensamiento.

Pero ya la Sra Hatch estuvo de vuelta con mi cena.

"Siéntese, y deme compañía mientras como," dije. Ella se sentó. Entonces, de repente sonrió: "quise decirle," dijo ella, "que he visto su hermosa joyería india."

"Pero tengo apenas alguna restante. ¡Lo que usted ha visto no es nada!"

"Independientemente de lo que sea, me gusta esto . . . incluso sus pendientes en forma de esvásticas. ¡Son tan encantadores!"

"Una esvástica siempre es encantadora," contesté. "Es la Rueda del Sol, - y nuestro Signo sagrado."
"Pero los indios también lo consideran sagrado, me dicen; ¿cierto?"

"Sí, porque ellos deben los elementos esenciales de sus ideas religiosas a los arios antiguos, los conquistadores de la India hace miles de años."

"Dígame, también: ¿es que usted se hizo vegetariana en India?"

"No; yo siempre fui una, desde mi infancia."

¿"Es por motivos de salud, o es un asunto de principios, con usted?"

"Es un asunto de principios. Rechazo tomar cualquier parte en la imposición de sufrimiento y muerte sobre animales inocentes, especialmente cuando puedo vivir bien sin hacerlo."

La mujer me miró, un poco sorprendida. Y me hizo la pregunta que cientos me habían preguntado ya, que cientos más debían preguntarme, hasta este día: la pregunta inevitable: ¿"en este caso, usted no aprueba la violencia cometida sobre seres humanos en nombre de su Ideología?"

¡"Por supuesto que lo hago! ¿Por qué no debería yo?" Contesté, escondiendo la irritación genuina - pues aquella pregunta siempre me irrita. "Lo hago, de todo corazón, a condición de que aquellos que hacen el uso de la violencia lo hagan ya sea para obedecer órdenes (en el caso ellos sean subordinados) o en el caso que les permitan tomar la iniciativa - únicamente para llevar adelante los fines del Partido, el triunfo de nuestra Idea, la aplicación de nuestro programa en su espíritu apropiado, y nunca para cualquier fin personal."

"Pero seguramente usted no habría hecho algunas cosas que los Nazis hicieron," dijo la ingenua señora.

"Yo indudablemente lo habría hecho - y cosas peores de las que usted puede imaginar si yo sólo hubiese recibido una oportunidad," contesté, con el fuego de la sinceridad, sabiendo que yo tenía razón. "Y estoy lista para actuar en la misma manera, si alguna vez consigo una

posibilidad . . . la próxima vez. Pero por supuesto, en lo posible, siempre con un espíritu desapegado. Yo dejaría de lado todos los sentimientos personales incluso mi odio hacia cualquiera que odia a mi Führer, y consideraría la sola conveniencia de las medidas que aplicaría - nada más."

¡"Usted se niega a tomar parte en el asesinato de animales inocentes, me dice, y aún asi, enviaría cualquier número de seres humanos a su destino si usted o sus superiores lo juzgaran 'oportuno', es decir si esto satisficiera sus fines ideológicos!"

"Más que ciertamente."

"No puedo entenderle. Usted me confunde."

"Los animales no son antinazis" dije, tan tranquilamente y tan espontáneamente, - tan naturalmente - que, a pesar de su insondable ingenuidad, la mujer retrocedió un poco. Pero ella se aferró a sus ilusiones como si su confianza en la vida dependiera de ellas. ¡"No puedo creerla!" dijo ella. "No quiero creerla; ¡usted parece tan dulce!"

"Lo que usted, y yo, y las otras mil personas podríamos creer o querer creer no tiene absolutamente ninguna importancia. Los hechos solos cuentan," contesté, con una voz tranquila, con una sonrisa feliz.

Había un abismo incruzable entre la habitual perspectiva centrada en el hombre de aquella mujer tierna, criada en una atmósfera cristiana a cuya influencia ella había respondido, y yo, y todos nosotros. Recordé las palabras por las cuales Monsieur Grassot, el Director Asistente del Departamento de Información francés, en Baden Baden, había caracterizado nuestra implacable consecuencia: cette logique effroyable - aquella lógica espantosa. Y una vez más, como el 9 de octubre de 1948, ante el escritorio de aquel funcionario, pensé: ¡"el mundo degenerado que exalta los valores cristianos (con que espantosa hipocresía!) nunca será persuadido a nuestro punto de vista. Tendrá que perecer al por mayor antes de que podamos construir nuestro mundo. ¡Déjele fallecer! Entonces los arios jóvenes sobrevivientes de todas las tierras nos seguirán."

Cuando la Sra Hatch se había marchado, después de desearme una buena noche, escribí a mi marido una carta cuya la redacción era más o menos lo siguiente:

Sricharaneshu,(1) Los Dioses inmortales han estados contentos de honrarme: estoy detenida desde antenoche por haber distribuido en Alemania ocupada varios miles de panfletos Nacionalsocialistas, que había escrito yo misma. He dado prácticamente todo lo que poseí para nuestra causa sagrada. La dulce libertad era el último tesoro que yo tenía. Ahora, he dado esto, también. Soy feliz, sumamente feliz. Me siento un poco más digna, ahora, de mis camaradas alemanes perseguidos, que admiro como la élite viva del mundo. Espero que usted esté bien. Pueda Mahadeva, el Señor de la Vida y Muerte, estar con usted. Con sumo amor y reverencia.

¡Heil Hitler!

Suya,
Savitri

1 "aquel con Pies de loto"; una fórmula de respeto usada en India dirigiéndose a un superior (padre, marido etc.), por escrito.

Y permanecí mucho tiempo despierta, preguntándome si yo vería alguna vez mi vieja casa en Calcuta una vez más, y tendría una conversación de corazón a corazón con el hombre en Asia que pareció conocerme y entenderme perfectamente. Luego, dormí como un tronco

* * *

La mañana siguiente, después del desayuno, fui llevada a Düsseldorf. La Sra Hatch, tenía cosas que hacer allí, sentada a mi lado en el coche. Su marido y otro hombre nos acompañaron.

Yo había descansado, y estaba en el mejor de los espíritus - sintiéndome fuerte, y en un humor de usar el discurso desafiante en la más leve oportunidad. Yo comenzaba a comprender que aquellos Ingleses, en cuyas manos yo estaba ahora, nunca aplicarían a mí "los métodos" cuya existencia el policía alemán en Colonia me había recordado de hecho. ¿Eran ellos demasiado delicados, o demasiado cristianos, o demasiado temerosos de las consecuencias - con miedo de la ventaja inmensa que yo tomaría de una experiencia personal de la tortura, en mi propaganda antidemocrática, apenas yo sería libre - o quizás (quién sabe?) psicólogos demasiado buenos; demasiado profundamente convencidos de la inutilidad de cualquier "método" de intimidación en caso de tales "fanáticos" como yo. Los desprecié entonces un poco - en vez de admirarlos - y me sentí tanto más agresiva, en lugar de todo menos eso, como ellos habrían esperado probablemente. Y disfruté del paseo a lo largo de la gran Reichsautobahn.

El Sol era brillante, el aire vigorizante. El automóvil rodó a lo largo del camino recto, liso, brillante, a plena velocidad. Recordé que yo iba a ser juzgada, y que mi proceso sería un hecho, y que como un hecho, - pasado e imborrable - permanecería en los anales registrados o no grabados de la persecución del Nacionalsocialismo. Un día, como invitada de Alemania resucitada, sentada con otros Nazis - libre, orgullosa, poderosa, despiadada y feliz yo hablaría sobre ello; y diria lo que quisiera contra los esclavos de los Judíos y los traidores (todos ellos liquidados, para entonces) "y la puerca Ocupación", entonces, el mero recuerdo de una pesadilla. Este pensamiento me conmovió de antemano. Yo era ya - ahora, impotente y prisionera - la persona más feliz en el auto. Un entusiasmo extraño, una especie de intoxicación desde dentro, me apuntó a hablar, decir algo irrefutable que recordaría a los otros ocupantes del automóvil que su Democracia, - su poder monetario - no es la única fuerza en el mundo. "Estos encantadores Autobahnen son uno de los logros perdurables del Tercer Reich - y un símbolo," dije de manera provocativa. "No puedo menos que pensar en los grandes días cada vez que me muevo a lo largo de uno."

El Sr. Hatch y el otro hombre me miraron con caras cansadas - claramente no en un humor de responder al ataque. La sra Hatch dijo suavemente:

"Hemos conservado aquellos caminos realmente hermosos, y hacemos lo que podemos para mantenerlos en buen orden mientras estamos aquí."

"Correcto: porque los usan ustedes mismos 'mientras ustedes están aquí'. ¿Y cuánto piensa que será, si no soy muy indiscreta?" pregunté con una sonrisa sarcástica. "No sé."

"Ni lo sé yo. Pero puedo decirle mucho: será mientras los poderes invisibles lo permitirán; ni un minuto más de largo. Un día, las tropas Aliadas - y civiles - correrán por sus vidas a lo largo de estos caminos y a lo largo de los caminos de sus países respectivos, perseguidos por el fuego desde todos los lados, y no sabiendo donde ir. Será el día de la Justicia indefectible; el día que anhelo; el día cuando me gozaré y me gozaré y me gozaré, dondequiera que yo esté. Dígame: ¿qué va la gente a hacer, entonces, para impedirme gozar?"

¡"Ah, hablemos de algo más!" - dijo la pobre Sra Hatch, acosada, exasperada, quizás aplastada por una repentina intuición del terrible futuro a la vista de mi cara - pues si lo que ella leyó era el espíritu de una Nazi completamente impotente, ¿cómo el Nacionalsocialismo resucitado luciría, una vez más en todo su poder conquistador? - ¡"Salgamos de la política!"

Pero yo era despiadada. "No hablo de 'política'," dije; "sólo declaro cómo espero divertirme, un día, no importa cuando. Pensar en ello es el único placer dejado a mí, ahora que estoy capturada, y de ningún uso adicional a mi causa."

¿"No hay acaso nada o nadie que usted ame en este mundo, salvo su causa y la gente relacionada con ello?"

"No," contesté, con todo mi corazón.

Había silencio; y el automovil rodó adelante. El Sol estaba más alto ahora en el cielo, el aire, un poco más tibio - o un poco menos frío.

Antes de que alcanzáramos Düsseldorf, la Sra Hatch y yo hablábamos otra vez - esta vez, sobre gatos, si recuerdo bien. Este es uno de los pocos asuntos decididamente no polémicos de los cuales soy capaz de hablar con interés, entendimiento y conocimientos de primera mano.

* * *

En Düsseldorf, fui primero llevada a uno de los edificios de policía y me dejaron allí - con la Sra Hatch - en un cuarto, a esperar hasta que alguien, sentado en el cuarto adyacente, estuviera listo a preguntarme. El sr. Hatch y el hombre que le acompañó desaparecieron de mi vista. En la pared frente a mi en el cuarto en el cual yo esperaba, noté grandes pizarrones que portaban esbozos estadísticos en diferentes colores, que supuestamente representaban el progreso de la "des-Nazificación" en Alemania, gracias a los esfuerzos organizados de los Poderes de Ocupación y de los alemanes persuadidos a la causa de la Democracia. Yo no podía menos que llamar la atención de la Sra Hatch hacia aquellos pizarrones - pues la vista de las líneas de colores que significaban miles de alemanes "des-Nazificados" me puso loca; y ella resultó ser la única persona en el cuarto además de mí.

¿"Ha visto usted todo este condenado sin sentido puesto, sobre el lugar?" pregunté, aunque yo hubiera prometido no hablar de "política" más. "¿Qué derecho tienen los bribones, de todos modos, para intentar 'des-Nazificar' la gente, después de fingir, todos estos años, ser los campeones de la 'libre' autodeterminación? ¿Y si algunas personas deciden usar su libertad para ponerse, con mucho gusto y con júbilo, bajo la disciplina del Nacionalsocialismo? Yo hice esto, exactamente - yo que no soy un alemán; yo que fui criada en el más democrático de todos los países, la cuna de las ideas más estúpidas sobre 'la igualdad' en tiempos modernos. ¡Déjeles dibujar sus líneas azules y amarillas, y permítales multiplicar el número de alemanes 'des-Basificados' por veinte, para ver cuántos miles de marcos ellos han metido en el bolsillo! (1) ¡soy una bofetada permanente, un desafío vivo a todos sus esquemas de 'des-Nazificación' - y asi lo seré, en la primera oportunidad, espero, a sus conversos forzados a la Democracia por todas partes de Alemania!"

1 Obligaron a cada alemán que era un miembro del N.S.D.A.P. a tener un certificado de "des-Nazificación" a fin de serle permitido trabajar. Y él tuvo que pagar al menos 20 marcos a las autoridades Aliadas, para obtener tal certificado.

La pobre sra Hatch contestó a mi diatriba con una voz dulce:

"Nunca he creído en la estadística."

"Ni yo."

¿"Entonces, por qué está tan disgustada usted?"

"Ellos creen en eso," dije. Y todo mi odio hacia la Ocupación Aliada desde 1945, y hacia los Aliados mismos desde 1939, podría ser sentido en el modo que acentué la palabra ellos. "No, ellos no lo hacen; es todo lo que puedo decirle," contestó la Sra Hatch. ¿"Pero aun si ellos lo hicieran, por qué debería usted preocuparse? ¿Está en su interés engañarlos, por el momento, es cierto no?"

¡"Los aborrezco!" Exclamé, sin prestar atención seria a sus últimas palabras - que yo debía recordar meses más tarde. ¿"Pero entonces, si usted tiene razón," pregunté, en respuesta a su primera declaración, "por qué todas estas cifras, todas estas líneas de colores, todas estas mentiras - y todo el aparato severo de soborno y miedo que está de pie detrás de ellas?"

"No sé. Quizás para ocupar a unos miles de oficinistas sin valor que estarían por otra parte desempleados," admitió la dulce - y paciente - señora.

Quise decir: ¿"si es eso en efecto lo que usted cree, entonces por qué se queda usted aquí en el lado de los opresores de Alemania?"; a lo que la sra Hatch habría contestado probablemente que ella no era ningún idealista militante de cualquier clase, y que tenía a dos niños. Pero yo no tenía ningún tiempo para hablar. La puerta fue abierta y me llamaron en el cuarto adyacente. Me despedí de la sra Hatch, pidiéndole perdonarme si yo realmente hubiera herido sus sentimientos en alguna ocasión, ahora o el día anteior. Ella me deseó "buena suerte" en mi próximo proceso y dejó el lugar.

Había varios hombres en el cuarto al cual fui acompañada. Uno de ellos otra vez me realizó muchas de las preguntas que me habían sido planteadas ya. Contesté en exactamente la misma manera que al principio. Luego, me dijeron que yo sería procesada por la violación del artículo 7 de la Ley 8 del Estatuto de Ocupación en Alemania, que prohíbe cualquier clase de propaganda "apuntada a mantener vivo el espíritu militar o Nazi."

Un alto Inglés de maneras agradables, llevando puesto el uniforme de policía, me preguntó si yo gustara hacer una declaración corta - sólo una oración o dos - expresando en pocas palabras el objetivo de mi "ofensa". Esta declaración sería leída públicamente en mi proceso, dijo él; pero no estaba obligada a hacerlo si yo no deseaba. De un salto de la imaginación, me imaginé en un salon lleno de gente - en su mayoría, al menos, si no todos alemanes - y mis palabras leídas a ellos como un estímulo a todos aquellos que compartieron mi fe; una advertencia a los demás. Ciertamente yo no iba a perder tal oportunidad de decir a la nación martirizada por qué yo había venido.

"Estoy simplemente demasiado contenta por poder hablar," dije con una sonrisa brillante. "Sepa, entonces, que no es simplemente el espíritu militar, en el sentido estrecho de la palabra, sino la conciencia Nacionalsocialista en su totalidad lo que me he esforzado por fortalecer, - que lucharé otra vez para reforzar, tan pronto como consiga una posibilidad para hacerlo: - pues ante mis ojos, el Nacionalsocialismo excede Alemania, y excede nuestros tiempos." Mis palabras fueron anotadas. Ninguno de los hombres presentes hizo cualquier comentario. Me dijeron que yo aparecería durante aquella misma tarde ante el Tribunal de Comisión de

Control Inferior, pero que mi proceso final no vendría probablemente antes de varias semanas. Ellos tendrían que clasificar primero y leer los numerosos libros, papeles, cartas, notas, etc., que estaban en mi equipaje, y de cuales muchos constituirían pruebas contra mí. "Pruebas a mi favor," pensé, tomando una visión más larga de las cosas, y además sabiendo bien que las autoridades de policía encontrarían, en todo ese material escrito, más que suficiente para impresionarlos sobre mi sinceridad absoluta. Recordé que había, en mi bolso, dos cartas dirigidas a mí, durante una de mis cortas permanencias en Londres, por el Sr. B. un amigo inglés muy fino mío - el presidiario de un campo de concentración antinazi en Inglaterra, durante la guerra. Ambas terminaron con la fórmula sagrada: ¡"Heil Hitler!" La policía no sería capaz de dañar al señor, por lo menos. No hay ninguna ley que prohíba a un subdito británico, escribiendo a otro subdito británico en Inglaterra o dentro de la Commonwealth, terminar sus cartas con aquellas dos palabras. Además, la dirección en la esquina de la página ya no era suya. Él estaba ahora lejos, en el extranjero - en la seguridad. ¡Aunque nadie, es verdad, salvo Nacionalsocialistas al cien por ciento, recibirían cartas que terminan "con Heil Hitler!" en 1948. Y me alegré en el pensamiento de que nuestros enemigos se hicieran cada vez más convencidos, cuando ellos pasaran por mis cosas, que yo no era ningún agente pagado de cualquier descripción.

¿Pero por qué hablar de las cartas del Sr. B? Había, en mi maletín, el principio de mi libro Oro en el crisol, aquella encendida profesión de la fe Nazi escrita con mi propia letra, y dedicada "a los mártires de Nuremberg"; y estaba la primera parte del Rayo y el Sol, un libro filosófico que yo escribía despacio, junto con el otro, y es - quizás aun más que el otro, para aquellos que pueden leer entre líneas, - la expresión de todo para lo que estamos de pie, la justificación de todo lo que hicimos.

Recordé en mi mente el último párrafo del Capítulo 3 del anterior libro, que yo había escrito en una cafetería en Bonn el 12 de febrero de 1949, unos días antes de mi detención: "hoy, sufrimos. Y mañana, deberemos sufrir aun más. Pero sabemos que no es para siempre, - quizás incluso no mucho tiempo. Un día, aquellos de nosotros a quienes será concedido poder atestiguar y sobrevivir el choque próximo, van a marchar por Europa en llamas, una vez más cantando la Canción de Horst Wessel - como los vengadores del martirio de sus camaradas, y de todas las humillaciones y de todas las crueldades infligidas sobre nosotros desde 1945; y como los conquistadores del día; los constructores de la futura Arianidad sobre las ruinas de la Cristiandad; los jefes de la nueva Edad de Oro." Yo sabía las palabras de memoria; ellas vinieron después de una acusación vitriólica tanto del Comunismo "la más astuta de todas las ilusiones de masas," y de la Democracia "el régimen de la escoria."

Me alegré de saber que los opresores de Alemania leerían esto (el libro filosófico ellos eran quizás incapaces de entender) y se enterarían de qué al menos un Nacionalsocialista no-alemán pensó entonces. Pero al mismo tiempo, estaba convencida que ellos destruirían el libro inacabado - yo seguramente, habría destruido a cualquier escritura antinazi igualmente elocuente que hubiese caído en mis manos, si yo hubiera estado en el poder, y, lo que es más, yo habría destruido al escritor con ello. Me sentí profundamente triste en aquel pensamiento, ya que amé aquel libro mío, el hijo más joven y claro de mi cerebro. En ninguna de mis antiguas escrituras, había yo así, tan apasionadamente desahogado todo mi ser como en ésta. Si ellos me habrían jurado que lo salvarían a condición de que yo debiera ser matada o torturada, yo hubiera elegido la muerte o el tormento sin vacilar - cualquier cosa para conservar las palabras más sinceras que había escrito alguna vez, de modo que, un día, unos cuantos entre la gente de mi Führer pudieran leerlas y decir de mí: "ella nos amó y admiró." Yo, pensé, haría todo lo posible para salvarlas. Entonces me acerqué al hombre que acababa de hablarme sobre mi proceso, y le hablé. "Mis propias escrituras servirán como pruebas," dije, "¿pero puedo preguntar si ellas me serán devueltas después de que el proceso sea terminado? ¿O puedo ser otra vez juzgada debido a algunas de ellas, especialmente de un cierto libro que yo escribía?"

"En este proceso, usted es acusada de distribuir volantes y colocar carteles, no de escribir libros. Sus panfletos y carteles son las únicas cosas por las cuales estamos preocupados."

¿"Entonces, mis libros inacabados no serán destruidos?" pregunté, apenas atreviéndome a sentir esperanza.

"Esto, no se lo puedo decir. Depende del Tribunal. Si el Tribunal juzga sus escrituras subversivas, el ordenará su destrucción; por otra parte no," contestó el hombre, algo con impaciencia.

Ya que sabía cuan "subversivos" eran los tres primeros capítulos de mi Oro en el crisol, - incluso la primera parte del Rayo y el Sol, cuyo espíritu no es menos Nietzscheano - sentí que toda la esperanza me abandonaba.

Miré tristemente fuera de la ventana, al patio soleado y al cielo azul brillante. Imaginé para mi, más allá de la pared que me afrontaba, los cientos de millas de ruinas que yo conocía tan bien. "Cuando hemos perdido la guerra, cuando, la gente de mi Führer es perseguida, cuando todo lo que he amado yace en el polvo, es tacaño que yo llore por mi libro," pensé. "Ellos han quemado toda clase de literatura Nazi sobre la cual podrían poner sus manos, comenzando con miles de copias de Mein Kampf; ¿por qué no deberían ellos destruir también mi insignificante prosa?" Pero de todos modos estuve deprimida. Entonces, desde la profundidad serena de años pasados, las palabras eternas de la sabiduría surgieron en mi conciencia - palabras del Bhagavad-Gita, del cual yo nunca había experimentado su belleza aplastante como lo hice ahora: "considerando como igual placer y dolor, ganancia y pérdida, victoria y derrota, ciñete tu mismo para la batalla; así no incurrirás en el pecado." 1 . . . " en un espíritu de sacrificio, carente de apego, realiza tu acción obediente, Oh hijo de Kunti. "2

1 Bhagavad-Gita, II, verso 38.
2 Bhagavad-Gita, III, verso 9.

Y las lágrimas entraron en mis ojos cuando recordé las frases divinas. Y recé ardientemente que yo pudiera - ahora mismo - servir a la causa Nazi con eficacia y perfecto desapego - indiferente a todas las formas de gloria personal o satisfacción personal; a cada uno y a todo excepto a Dios - es decir, a la verdad - y al Führer, el portavoz vivo de Dios; y al deber.

* * *

Me enviaron entonces al "Stahlhaus", ahora la Oficina central de la Policía Civil británica. Pusieron a una mujer policía inglesa, la señorita Taylor, a cargo mí. Le dije por qué estuve detenida, por si ella no lo supiera ya. No quise que ella - o cualquiera me tomara por un ordinario, "caso criminal." Después de unos minutos, ella me realizó la vieja pregunta pesada que he contestado cien mil veces desde mi vuelta a Europa: ¿"usted realmente no quiere decir que condona las cosas horribles que los Nazis hicieron?"

¿"Qué 'cosas horribles?" pregunté, con desprecio sin disfraz: nunca aborrezco la hipocresía de los Demócratas tan intensamente como cuando aquella pregunta me es planteada. "Bien, violencia de todas las clases: la exterminación de la gente por miles," contestó la señorita Taylor.

¿"Y por qué no? ¿" dije, "si aquella gente eran obstáculos a la estabilidad del régimen y a la creación de un mundo más hermoso? Creo en remover obstáculos. Además" - añadí - "soy totalmente asqueada con los escrúpulos de las personas que toman a los mataderos y cámaras

de vivisección como normales y aún se atreven a protestar contra nuestras 'atrocidades' verdaderas o supuestas sobre seres humanos objetables."

"Pero ellos eran seres humanos, pese lo desagradables que usted podría encontrarlos."

"Nunca he compartido el respeto supersticioso de nuestros opositores para el mamífero de dos piernas," dije, con una expresión de desprecio. "Considero toda la vida sagrada - hasta que esta se haga un obstáculo al objetivo más alto de la Creación, que nosotros, Nacionalsocialistas, nos hemos impuesto llevar adelante. Y solo los seres humanos egoístas o idiotas - las más peligrosas de todas las bestias - pueden estar estorbando en el camino de esto." "Pero no hay ningún objetivo más alto que la felicidad de todos los hombres," dijo la mujer policía, sea sinceramente o no, no lo sé.

"Usted podría pensar asi; yo no lo hago," contesté. "Mi convicción firme - que supongo que puedo expresar libremente, pues ustedes los Demócratas apoyan, o fingen apoyar 'la libertad' - es que el objetivo más alto de la vida es llevar adelante el crecimiento de una humanidad superior, cuyo papel es gobernar un mundo sano. Ningún medio es demasiado despiadado si puede traernos más cerca a aquel objetivo."

La mujer policía no sólo era cultivada, sino inteligente. Ella entendió que mi actitud estaba arraigada en reacciones de toda la vida - en mi misma naturaleza - y que era, por lo tanto, firme. Ni durante aquel día ni más tarde - en las varias ocasiones que ella me acompañó de un lado a otro entre mi prisión y Düsseldorf - ella alguna vez me habló otra vez como si pudiera hacerme aceptar la escala corriente de valores de lo que yo llamo el mundo decadente. Ella confesó que yo era "absolutamente consecuente," - y si ella pensara "horriblemente consecuente," no lo dijo asi. Y declaró que ella misma reaccionaría como lo hago, "si ella tendría mis convicciones." Almorcé con ella, insistiendo, como siempre, en la comida vegetariana para mí, después de lo cual fui devuelta al edificio en el cual yo había pasado la mañana, no, al cuarto donde yo los había esperado con la Sra Hatch a llamarme para repreguntas - el cuarto cuyas paredes llevaban coloreadas cuentas estadísticas "del progreso de la 'des-Nazificación' en Alemania." Uno de los hombres en uniforme de la Policía Civil que yo había encontrado por la mañana - creo que lo llamaron Manning, pero no estoy completamente segura - entró en aquel cuarto conmigo y cerró la puerta. Olfateé que algo diferente de mis otras sesiones se intentó que ocurriera, y mentalmente, me preparé para lo peor, rezando a los Dioses para asistirme.

El Sr. Manning - o el señor que crei era el Sr. Manning - se sentó y me ofreció tomar un asiento frente a él. "Ahora", dijo él, en una voz suave, baja, insinuante, "usted ve que no le hacemos daño. No puede quejarse de nuestro comportamiento, verdad?" "Hasta ahora, confieso que no puedo."

¿"Entonces, no gustaría ayudarnos un poco diciéndonos donde imprimieron aquellos carteles suyos? Usted puede estar completamente segura que nadie sabrá alguna vez que usted nos dio la información. Además, le aseguramos que ningún daño será hecho a la imprenta o aquellos relacionados con ella."

Sentí una ola de indignación ir de prisa a mi corazón como si el hombre me habría insultado con la lengua más sucia - y más aun. Yo podría haberle estrangulado con mis propias manos con placer, no por desear saber quién había imprimido mi propaganda (que era simplemente natural en su parte) sino por tener la insolencia de imaginar que yo podría entregar a un camarada. ¿Por quién me tomó el tipo? Le miré directamente en la cara y contesté con desprecio: ¡"no soy ningún traidor!"

"Eso, lo sabemos," dijo el hombre, con su voz aun más suave; "lo sabemos. ¿Pero podría uno llamar a esto traición? Lo averiguaremos de todos modos."

"Entonces, averigüe si usted puede," contesté, "y no me pregunte. Usted nunca conseguirá una palabra de mí."

Entonces, recordando la amenaza del policía alemán en Colonia durante la noche de mi detención, proseguí: " ¿Si usted es realmente avido por hacerme hablar, por qué no prueba con sus 'métodos' Democráticos que trabajan de maravilla - aquellos que ha usado sobre miles de mis superiores, usted que nos critica por ser 'brutales', usted que pretende haber luchado para librar el mundo de nuestra tiranía inminente? ¡Venga! ¡No sea delicado! Recuerde que también soy un Nazi, - un monstruo por definición - y con mucho, más cerca del tipo convencional de Nazi que su gente odia y teme, que la mayor parte de otros. Si estuviera en su lugar, y usted en el mío, yo no gastaría el tiempo precioso discutiendo. Yo haría lo que todos los representantes de servicios de coacción bien organizados han hecho desde el principio del mundo, y harán hasta el fin del mundo. ¡Haga lo mismo! - ¡y déjeme, un día, dar conferencias públicas sobre el episodio, a mi propio placer, y a aquel de todos los enemigos de la Democracia! Mientras tanto, yo no podría hablar - sinceramente espero que yo no vaya a hacerlo, aunque siempre sea imprudente jactarse de ante mano. Pero usted habrá hecho todo lo posible al menos para la defensa del orden declinante en Europa Occidental - si usted realmente se preocupa por ello tanto como la prensa controlada Aliada nos conduciría a creer. "

El hombre - de parte del mundo Democrático - escuchó aquel discurso punzantemente irónico con ecuanimidad aparente. Y él contestó, otra vez en su suave, insinuante voz baja; "no, no aplicaremos ninguna clase de presión física en su caso; es inadmisible . . ."

"Usted prefiere aplicarla en el caso de alemanes indefensos, que no pueden exponer sus mentiras 'humanitarias' ante el mundo y destruir su prestigio, porque usted no permite que ellos viajen," estallé, interrumpiéndole. Pero el hombre pareció no prestar ninguna atención a lo que dije.

"No le someteremos a ninguna clase de presión física," repitió él, no haciendo caso de mi acusación; "pero le damos la garantia confidencial que, si usted nos dice donde imprimieron sus carteles, salvaremos sus escrituras - todas ellas, pese lo subversivas que ellas sean."

Me maravillé, interiormente, ante la perspicacia psicológica de aquel hombre. Él había adivinado que la pérdida irrecuperable de mis libros inéditos sería un mayor tormento para mí que cualquier agonía del cuerpo. Pero incluso eso no funcionó. Al contrario. Una reacción extraña ocurrió en mí: sentí que mi último eslabón con el mundo de las apariencias había sido roto; que de aquí en adelante, yo era libre - más libre que el Océano rugiente que ningún hombre puede controlar. En aquella fracción de segundo, bajo la presión de la emergencia, yo me había librado de mi apego más fuerte: el apego a la obra de mi vida.

"Quémelos, entonces," dije, con exaltación. ¡"Quémelos! - aunque yo sepa que nunca podría escribirlos otra vez como ellos son. ¡Mejor ni un rastro sea dejado de lo que produje, en vez de hacerme indigna de mi Führer y de mi fe - de todo para lo que he vivido, toda mi vida!" Mis ojos estuvieron llenos de lágrimas. Pero no lamenté nada, y quise dar significado a cada palabra que dije. No poseí nada más cercano a mi corazón que mis propias escrituras sinceras, los hijos de mi alma, mis únicos hijos. Y la alegría austera que ahora experimenté era - supongo - parecida a la alegría de una madre que envía a sus hijos a una muerte por deber, antes que incurrir en la vergüenza.

El hombre miró fijamente hacia mí, y pareció sorprendido. En vano, él me lisonjeó durante un largo tiempo más. "Pensé que usted estaba muy preocupada por el destino de sus escrituras," dijo él.

"Yo lo estaba," contesté. ¡"Me sometería a cualquier tortura, si esto pudiera salvarlas! Pero no las salvaré a costa del honor. Soy una Nacionalsocialista y una adoradora del Sol - no de cualquier Dios judío o profeta. Y soy la nieta de William Nash, un sir inglés." El hombre otra vez examinó mi cara, y dijo con un acento de sinceridad, bajando su voz todavía un poco más: "le entiendo."

Entonces aparecí ante el Tribunal de Comisión de Control Inferior, en un edificio diferente. No era una verdadera sesión del Tribunal, sino sólo un procedimiento embotado - rápidamente terminado, debo decir.

El hombre en uniforme que me había hecho repreguntas pidió al Tribunal que yo debería ser mantenida en custodia durante una quincena, y sometida tanto a un examen físico como a uno mental por doctores británicos. El Tribunal estuvo de acuerdo. Y dejé el salon, seguida de la señorita Taylor, que debía llevarme ahora a mi nuevo domicilio: la prisión femenina en Werl, cerca de Soest, Westphalia, aproximadamente ochenta o noventa millas de Düsseldorf. En el pasillo, cuando salí, vi a mi camarada y colaborador, Herr. W., arrastrado a lo largo por un rudo policía alemán que le sostuvo por su manga. Él pareció - sumamente pálido, abatido y delgado, la sombra de él. Él tenía párpados hinchados (y al menos, me pareció) una marca azul - indudablemente la señal de un golpe - sobre su cara. Yo no estaba, ni encadenada, ni sostenida, y no me habían sometido a ningún maltrato, gracias a mi pasaporte británico-indio. Miré fijamente a él - quien por suerte no me vio - y recordé las últimas palabras con las que él se había dirigido a mí en el tren vacío: "nunca le traicionaré. . . . La marca no se borra. . . . Yo estaba en la Orden de hombres S.S.." Y las lágrimas llenaron mis ojos. Yo sabía que él no me había traicionado.

Y me sentí pequeña ante él - y todos los demás, que habían sufrido el maltrato, después de 1945. ¡Que no habría hecho para adquirir, en el tiempo de guerra, aquel pasaporte británico-indio mío, de modo que yo, bajo un pretexto, pudiera dejar India para servir nuestra causa más eficazmente en mi propio continente! Y ahora me avergoncé de las ventajas que el documento me dio. Lamenté que yo no fuese tratada como los demás - como aquellos que comparten mi fe Nazi; mis iguales; y mis superiores; todos aquellos que amo.

CAPÍTULO IV
EN CUSTODIA

Durante aquel día, el 21 de febrero, por la tarde, después de un hermoso paseo motorizado, llegué ante las puertas de la prisión Werl. La señorita Taylor había dialogado conmigo con suma cortesía y cordialidad durante el viaje - sobre Marcus Aurelius, que ella conocía bien y admiraba; sobre el cristianismo, que ella me disculpó por detestar; sobre la religión del Sol como aparece en los himnos de Rey Akhnaton de Egipto, y en los himnos inmemoriales del Rig-Veda, los versos más antiguos que han llegado a nosotros en una lengua aria. Hablamos también un poco de asuntos más modernos. Y ella comenzó a comprender - quizás - cuan profundamente el Nacionalsocialismo expresó mi filosofía Pagana entera de la vida, y cuan inseparable toda esa filosofía es de mi ser.

Bajé del coche y esperé. Estaba oscuro ya. Un celador en uniforme verde grisáceo abrió la puerta y fue a dejarnos en un cuarto a la izquierda. Otro hombre, también en uniforme, sentado en una mesa en aquel cuarto, firmó un papel que la señorita Taylor le dio, reconociendo que yo realmente había sido transferida a su custodia, en otras palabras, que ella ya no era responsable de mí. Él también me hizo unas preguntas. Luego una mujer joven en uniforme

caqui, para quien habían llamado, entró y me ofreció que la siga. Me despedí de la señorita Taylor, y crucé con mi nuevo guardián un patio en todos los lados del cual habían paredes altas, casi completamente cubiertas de enredaderas.

Entonces, la guardia abrió una puerta de hierro grande con una de las dos enormes llaves que ella sostuvo, y la cerró detrás de mí. La seguí a lo largo de un camino con una pared alta en un lado - la pared que separó las tierras de la prisión de la calle, supuse - y, en el otro, un edificio del cual vino un olor de comida - las cocinas de la prisión. Aquel camino nos condujo a un callejón en medio de un espacio abierto, cubierto de hierba, rodeado de edificios - uno de cuatro pisos a la izquierda, y en la distancia; otro alargado de un piso, a la derecha. En total vi cientos de ventanas ocluidas, ahora la mayor parte de ellas iluminadas, cada una de las cuales - supuse - correspondió a la celda de un preso. Entonces, otra vez la guardia abrió una puerta enorme con su llave, y crucé una especie de patio cubierto, - un espacio pavimentado entre dos talleres - en la oscuridad. Otra puerta fue abierta ante mí - y, como siempre, se cerró detras de mí, inmediatamente después que yo había pasado - y salí en un patio rectangular, rodeado en todos los lados de las paredes de un edificio de un piso. La planta baja era oscura. Pero las ventanas en la primera planta - todas ocluidas, como aquellas que había visto en el espacio abierto mucho más amplio que yo acababa de cruzar en mi camino - estaban iluminadas. Dos tramos de escaleras, cada uno de ellos protegido por una azotea, conducían a la primera planta desde aquel patio. Subimos por aquel a la izquierda. La puerta arriba fue otra vez cerrada. La guardia la abrió, anduvo dentro y dio vuelta a la derecha. Me encontré en un pasillo largo, débilmente iluminado, bastante amplio y absolutamente silencioso con filas de puertas a cada lado de el. La guardia me llevó a lo largo, derecho hasta el final, y me acompañó a un pequeño cuarto en el cual estaban una señora mayor en uniforme azul oscuro, obviamente un miembro importante del personal de prisión, y una mujer joven, sentada en una mesa ante lo que me pareció ser un libro de cuentas. A lo largo de las paredes del cuarto corrian grandes anaqueles sobre los cuales montones de ropa y lino fueron amontonados con esmero.

La señora mayor - quien, con su pelo ondulado, ahora blanco, sus ojos azules y rasgos regulares, debió haber sido bella en su juventud - anotó mi nombre, edad, etc., y me preguntó la naturaleza de mi "delito" - al enterarse del cual tanto su cara como aquella de la guardia se aclararon imperceptiblemente. Aquellas mujeres alemanas no se atrevieron a decirme: "usted está de nuestro lado; ¡bien por usted! Pero sentí inmediatamente que ante sus ojos, yo era inocente, si no digna de elogio, aunque ciertamente estúpida - bastante estúpida por haber dejado que me atraparan

"Bien, aquellas son sus convicciones," dijo la señora con el pelo blanco. Ella no hizo ningun comentario adicional, pero me preguntó - pues esto tenía que ser anotado por la rutina - cual era mi religión.

"Soy una adoradora del Sol," contesté, sinceramente, no sin causar un poco de sorpresa; mucho menos, sin embargo, de la que habría habido, si no hubiese declarado antes que yo estaba casada con un indio.

¿"Usted, entonces, adoptó la religión de su marido?" la vieja matrona me preguntó. "Para nada - aunque, por supuesto, él también rinde homenaje diario al Disco encendido, como cada Brahmán verdadero hace, en India. Desarrollé mi perspectiva religiosa presente a partir de los días más tempranos de mi juventud, y puedo decir que pasé mi vida lamentando que mi país - Grecia - alguna vez dejara de adorar a sus antiguos Dioses naturales y nacionales (Apolo en particular, el más perfecto de todos) para dar vuelta a una doctrina importada de Palestina. Fui a India exactamente en busca de una civilización tan completamente libre como sea posible de influencias Judeo cristianas de cualquier clase."

¿"Pero fue bautizada?"

"Lo fui."

¿"Entonces usted perteneció de hecho, oficialmente, a una Iglesia cristiana, en su juventud?"

"A la Iglesia griega."

"Y qué servicio quisiera usted asistir, aquí en la prisión: ¿el católico o el evangélico? Ellos son los únicos dos que tenemos."

"No deseo asistir a ninguno," dije; "sólo espero que no sea obligatorio."

"No lo es. Pero usted encontrará el tiempo muy largo en su celda, los domingos."

"Estoy dispuesta a afrontar aquella pequeña incomodidad en nombre de la consecuencia," contesté. "Nunca he amado la mitología cristiana -, ni la doctrina. Y los días que yo solía asistir a los servicios de la iglesia era por la única razón que, históricamente, la pompa cristiana se ha ganado un lugar en la vida de cada nación aria en el Occidente, - y que la música a veces era hermosa - aquellos días, digo, son lejanos, lejanos; irreparablemente idos."

Yo fui clasificada como "disidente" en el catálogo, y llevada a la celda número 121, en el ala C de la prisión, donde debía vivir mientras permanecí en "custodia." Como yo era un súbdito británico, me permitieron conservar la ropa civil que llevaba puesta - un traje adaptado marrón oscuro y un sobretodo - y mi maletín, vaciado de todos sus antiguos contenidos excepto unas hojas de papel en blanco, una toalla, un pedazo de jabón, un espejo, y la traducción inglesa del Bhagavad-Gita. Aprecié profundamente el gesto de las personas, quienquiera ellos sean, que me habían dejado esa santificada Escritura para leer y meditar al respecto en mi celda.

La celda contenía una cama de hierro, fijada a la pared; una mesa, un taburete, y un armario. La luz vino desde una ventana alta - con barras de hierro en el exterior, - de la cual la parte más alta solamente podría ser soltada para dejar entrar un poco de aire. El suelo estaba cubierto de ladrillos cuadrados de color tierra. En la gruesa puerta franjeada con hierro, había un pequeño agujero redondo delante de cual colgaba, en el exterior, una tapa metálica. Levantando aquella tapa, uno podría examinar a voluntad la celda desde el pasillo; mientras el preso nunca podría examinar el pasillo desde la celda. Las paredes fueron blanqueadas. El lado interior de la puerta - el lado de hierro - fue pintado en gris claro. Esto lució - y era - absolutamente limpio - como sería, en un establecimiento donde al menos la dirección material estaba completamente en manos alemanas.

"Deje su maletín aquí, y venga conmigo," dijo la guardia que me acompañaba; "antes de que yo le encarcele, usted debe ver a "Frau Oberin." Frau Oberin, cuyo nombre aprendí mucho más tarde, era la persona responsable de la sección femenina de la prisión, la "Frauen Haus." Fui acompañada a un cuarto de oficina bastante grande y muy ordenado casi frente a mi celda, en el cual una mujer joven entre veinticinco y treinta, vestida de negro, estaba sentada en un escritorio. Ella tenía pelo castaño, y ojos azules, y una cara dulce. En las paredes del cuarto noté uno o dos cuadros - fotos de pinturas clásicas, elegidas con muy buen gusto - y había flores en el alféizar y flores en un florero en el escritorio ante la joven mujer. "En los antiguos días," yo no podía menos que pensar con una cierta tristeza, "habría habido aquí también, sin duda, un retrato encantador del Führer." Esto sólo se me ocurrió después de un minuto o asi de modo que, entonces, yo no habría estado allí.

La guardia dejó el cuarto. La joven mujer en el escritorio, que había devuelto mi saludo de la tarde, echó un vistazo a mi carta, que la guardia le había dado. ¿"Cual es la razón por la que usted está aquí, puedo preguntarle?" dijo ella, dirigiéndose a mí después de un momento.

"Usted debe perdonarme; pero simplemente no puedo recordar lo que está prohibido por cada artículo de cada ley - y, en su caso particular, por 'el artículo 7 de la ley 8 del Estatuto de Ocupación. Además, estoy acostumbrada a los presos, y puedo ver por su cara que usted no es ningún delincuente ordinario."

"Estoy aquí por hacer propaganda Nazi," dije, con orgullo obvio.
¡"Eso!" exclamó Frau Oberin - y una sonrisa enigmática dio a su cara una nueva expresión. ¿"No se sentaría usted un rato y tendría una taza de café - del autentico café, quiero decir, no de 'mook-fook'?"

¿Era esa la reacción instintiva de la burocracia "des-Nazificadora" de Alemania ante las noticias de actividades Nacionalsocialistas subterráneas continuadas por una extranjera? Yo ardientemente deseaba que lo fuera. ¿O era sólo la reacción personal de esta mujer individual, que, incidentalmente, resultó sostener un puesto responsable bajo la autoridad de los ocupantes británicos, de la tierra? ¿Y de ser así, a qué distancia estaba ella de nuestro lado, o quizás, - era como la buena sra Hatch - compasivamente dispuesta hacia mí simplemente como una persona? ¿Era el "autentico café" para la mujer inocente, que no había robado, ni había cometido asesinato, o era para la amiga de Alemania que se había esforzado, de su modo humilde, para mantener el espíritu Nazi vivo en los corazones de las perseguidas gentes de Hitler? ¿En otras palabras, esta joven mujer era amable a mí a pesar de que soy una Nacionalsocialista, o porque yo era una Nacionalsocialista? Esperé realmente que la segunda posibilidad fuera la correspondiente al hecho. Pero yo no podía preguntarle especialmente mientras Frau Oberin no había hecho ningun comentario en absoluto acerca de mi "delito".

Me senté en el sillón cómodo que ella me había ofrecido. Pronto un olor encantador del café llenó el cuarto, cuando la joven mujer preparó la bebida exótica sobre una pequeña cocina eléctrica que ella había sacado de un armario. Ella virtió una taza de ello para mí y la otra para ella. Se dirigió a mí de una manera amistosa, como si yo no hubiera sido una prisionera y ella la jefa de la sección Femenina de la prisión.

¿"Cuándo vino usted por primera vez a Alemania?" ella me preguntó, después de que le había dicho que mi casa estaba en India.

"El 15 de junio de 1948," contesté.

¿"Y usted nunca había venido antes?"

"Ay, no. Yo estaba a seis mil millas de distancia, durante los grandes días," dije, con tristeza infinita, sincera.

"Esto es una lástima."

Lo era, en efecto. Pero Frau Oberin no acentuó el punto. Ella me preguntó sobre las costumbres y creencias de la India, y sobre el vestido femenino, el sari, del cual le describí su gracia, como mejor yo podría.

"Una muchedumbre de mujeres indias durante un día festivo, en la atmósfera de uno de aquellos viejos templos de los cuales usted habló hace un rato," dijo ella, "debe ser una vista hermosa."
"Ciertamente lo es," contesté. Y le estuve relatando, tan vivamente como mi conocimiento del alemán permitía, el festival "Vaishakha Purnima" como yo lo había admirado en el gran templo de Rameshwaram, en el extremo sur de India, el 17 de mayo de 1935: la procesión, encabezada por hermosos portadores de antorchas semi desnudos, y por elefantes sagrados magníficamente enjaezados, a lo largo de los pasillos sostenidos con enormes pilares del

templo, por la noche; las muchedumbres - hombres en blanco intachable y mujeres cubiertas en la seda de todos los colores con flores de jazmín en su pelo lustroso negro, y flores en sus manos - reunidas alrededor del estanque sagrado para honrar el paso del carro que llevaba las estatuas del Dios encarnado. Rama, y de su consorte, Sita, apenas visible bajo montones de flores; y el reflejo de la luna llena en el estanque sagrado; y el esplendor irreal de las columnatas circundantes profundamente esculpidas en la luz de la luna llena; y, sobre todo eso, la gloria del cielo tropical - azul violaceo, increíblemente luminoso en su profundidad - con un alto cocotero, uno solo, brillando como plata en el medio, desde atras de la intrincada arquitectura del templo.

Frau Oberin miró fijamente hacia mí con maravilla. ¡"Cuan afortunada usted debe ser de tener tales recuerdos!" dijo ella. Y un rato sus ojos azules parecieron seguir, más allá del tiempo y espacio, las extravagantes escenas majestuosas que yo había tratado de evocar. Luego ella añadió: "me asombra que usted podría dejar India y su marido y casa para venir con nosotros y hacer lo que usted hizo, después de que habíamos perdido la guerra."

En el impulso, quise contestar: ¿"me toma usted por uno de aquellos renegados que, después de elogiar todo lo que el Führer hizo durante quince o veinte años, comenzó a cambiar de opinión cuando los anglo americanos aterrizaron en Normandía, y quienes, después de la Capitulación, concluyeron que la Democracia era decididamente la única salvación para la humanidad?" Pero no dije nada por el estilo. Yo sabía en mi corazón que Frau Oberin nunca había dudado de mi sinceridad, y que ella no quiso herirme. Recordando el festival histórico que yo acababa de describir, simplemente dije: "India me significa más de lo que la mayor parte de personas piensan, y no menos; y Alemania también. Rama, el guerrero virtuoso, a quien la gente del Sur Lejano adora hasta este día en el gran templo por el mar, es el conquistador ario semi-legendario semi-histórico del Sur exuberante. En él, las masas ordenadas por castas de India se doblan abajo a la sagrada Raza que una vez trajo a la India los Vedas, y el culto de dioses viriles, e ideales guerreros, junto con el principio eterno de la jerarquía natural de las razas. Mi contacto con el Hinduismo sólo me ha dado razón adelante para sentirme orgullosa de ser una aria, si algo, y me ha hecho una mejor Nacionalsocialista.

Pocas personas comprenden que, desde los días de la conquista aria de India, - el alba de la civilización Sánscrita - nunca y en ninguna parte en el mundo una tentativa seria ha sido hecha para traer el Orden natural, divino a la existencia en la sociedad viva, salvo aquí en Alemania, bajo el regimen inspirado del Führer. Era mi deber venir de todos modos - tanto más asi, ahora que la guerra fue perdida; ahora que el mundo ario entero había dado la vuelta contra su Salvador. En cuanto a mi marido, no le he dado ninguna razón de culparme - salvo que yo era bastante tonta, por unica vez, para permitir que la policía me descubriera en mis actividades. Pero esto no le será sorpresa: él sabe que asno puedo hacer de mí en asuntos prácticos. " Frau Oberin se rió. Hablamos mucho tiempo más, - sobre todo de India. La joven mujer había leído el Bhagavad-Gita en una traducción alemana, con un esfuerzo sincero para entenderlo. Y aunque ella bastante francamente confesara asi que la mayor parte de ello permaneció oscuro para si misma - como confieso mucho me resulta - ella era sensible a la belleza de su enseñanza esencial de la acción con el desapego. Le cité uno o dos de los parrafos clásicos que resulté saber de memoria.

"Comienzo ahora a entender por qué nos hablaron tanto sobre India antigua en los días de Hitler," dijo ella por fin.

Abrí mi boca para hablar, pero no dije nada. Yo no estaba completamente segura si debería añadir algo a todo lo que yo había dicho ya. Unas pocas palabras, pensé yo, a menudo dejan una impresión más profunda que muchas. Pero Frau Oberin habló otra vez. "También comienzo a entender uno de los motivos por qué hay, y habían - incluso bajo el Tercer Reich - tan pocos Nacionalsocialistas realmente genuinos entre nosotros," dijo ella.

¿"Y por qué?" pregunté.

"Como el asimiento del cristianismo sobre nosotros es todavía muy fuerte, - más fuerte de lo que parece a primera vista, aun sobre aquellos de nosotros que rechazamos la esclavitud de la Iglesia."

"Lamento que los emperadores romanos no cortaron de raíz lo que ellos entonces llamaron 'la nueva superstición'," dije, repitiendo lo que yo había escrito en un periódico indio en 1945. "Ellos habrían dado un servicio a la raza aria."

Pero el tiempo pasaba. "Preguntaré por usted algunas veces, y tendré futuras conversaciones con usted," dijo la mujer joven cuando dejé el cuarto. Y ella me dijo también que ella no me privaría de los pocos brazaletes de oro, cadena y anillos que yo llevaba puestos. "Ellos le encajan; mientras usted esté en custodia puede conservarlos," ella me aseguró. Agradecí a ella - ya que ahora sabía que, por el momento al menos - yo no sería separada del retrato de cristal muy pequeño que dio vueltas por mi cuello.

* * *

La guardia de servicio trajo mi cena a la celda - algunos macarrones, pan y mermelada; ya que yo había dicho al hombre que me había recibido en la puerta abajo que yo no comía ninguna carne.

Me dijeron que la luz en mi celda tendría que permanecer durante toda la noche "a menos que el gobernador inglés de la prisión permitiera lo contrario." Yo - que no puedo dormir con una luz encima - colgué mi ropa sobre la ampolleta eléctrica a fin de hacer el cuarto tan oscuro como sea posible, y tiré la ropa de cama sobre mi cabeza, además de esto. Piadosamente, sostuve contra mi pecho el retrato del Führer que llevé puesto en mi cadena de oro. Me sentí feliz en el pensamiento que fui encarcelada ahora en aquella celda por amor a él. Incluso allí, entre cuatro paredes, no, sobre todo allí, yo atestiguaría su grandeza, a lo eterno de su Idea, a la misión de la gente que él tanto amó.

Y mi testimonio sería tanto más convincente por el hecho que yo no era una de esta gente. Entonces, recordé a la mujer que me había dado el retrato, - poco antes; desde mi última vuelta de Inglaterra. Recordé su cara fina, bastante triste, que solía tomar una expresión inspirada cuando ella evocó la alegría y la gloria de los días de Hitler. Ella era uno de los Nacionalsocialistas más adorables que conocí personalmente. Yo había pasado un par de días bajo su techo en algún sitio en la Zona francesa. Y ella me había dado aquella pequeña imagen inestimable como una conmemoración de la Gran Alemania que yo no había visto, como una señal de su amistad, y como algo para sustituir la esvástica de oro que había caido de mi cadena en Londres, en noviembre de 1947, y que nunca había encontrado otra vez. Y como yo había vacilado algo en tomarla, - sabiendo que era la única de su clase que ella poseyó - ella me había dicho: " Eso no importa. Se lo doy con todo mi corazón porque usted es digna de ello. Usted es una de nosotros.

"Yo le había agradecido con lágrimas en mis ojos. Nada me toca más y me da más alegría que el amor y la confianza de otros Nazis, sobre todo de aquellos que han soportado la prueba del sufrimiento como aquella mujer ha hecho.

Y ahora me pregunté como yo podría, sin que las autoridades sospechen cualquier unión entre mis amigos y yo, dejar a ella - y algunos otros - saber que yo estaba en cautiverio. Aquellos en la Zona francesa al menos no lo sabrían de los periódicos: recordé que Monsieur P., un funcionario francés en Baden Baden, me había dicho una vez que "a los actos de la resistencia nunca le fueron dados ninguna publicidad" en los periodicos bajo la licencia francesa, "a fin de

no dar animos para que creciese el problema." Pensé en los tres mil carteles que estaban en mi maletero en el cuidado de amigos.

¿Cómo escribiría ahora yo - clandestinamente - a aquella gente y les pediría distribuir la propaganda ellos mismos, cuando yo ya no podría hacerlo? Y esperé y recé que ninguno de aquellos con quien yo había tenido en contacto sufriría debido a mi detención. Si mi proceso fuera realmente "sobre los carteles solamente," como el Inglés en Düsseldorf me había asegurado, no había ninguna razón terrenal por qué ellos deberían, ya que yo había, en efecto, en este asunto, actuado completamente en mi propia iniciativa; no sólo eso, contra el consejo de otros uno o dos Nacionalsocialistas - mucho más inteligentes que mí - que me habían advertido que las actividades de una naturaleza tan espectacular eran "prematuras aún." Pero uno nunca podía estar seguro. La sospecha y el miedo, y no los motivos serenamente calculados sugieren a los ocupantes de un país derrotado los pasos que ellos toman contra toda clase de resistencia subterránea. Yo sabía eso, y por consiguiente, me senti incómoda. El pensamiento me preocupó mucho tiempo antes de que yo pudiera ir a dormir, en esta y las noches siguientes. Debía preocuparme amargamente todo el tiempo que permanecí en la prisión - y algunos meses después de mi liberación.

* * *

Fui despertada de madrugada, cuando la guardia de servicio abrió mi celda. Un preso, vestido de azul, y usando una chaqueta marrón y un delantal gris claro - como aquel que yo había visto, la tarde antes, en el cuarto de la vieja matrona - entró para quitar el balde sanitario, y lo devolvió al ratito, bien limpio, y oliendo a fenol. Ella también me trajo un jarro de agua. ¡Le respondí a su "Guten Morgen!" y sali de la cama.

"Ah, usted no tiene que levantarse inmediatamente," dijo ella; "usted está sólo en custodia." Ella tenía una cara tosca, pero simpática. Quise hablarle.

"No puedo dormir otra vez de todos modos; entonces puedo también despertar," dije.

"Si usted quiere un poco más de agua o algo más," siguió ella, "sólo tiene que apretar sobre aquel interruptor eléctrico. Esto encenderá una ampolleta encima de su puerta en el pasillo. La guardia de servicio lo verá y le preguntará lo que usted necesita, y me llamará a mí (o otra de nosotras) para dárselo."

"Lo sé; otra guardia, que estaba aquí anoche, me ha explicado esto. De todos modos le agradezco por decirme. Me gustaría un poco más agua, de ser posible."

"Le traeré algo."

La puerta de la celda fue otra vez cerrada con llave, después de que ella había salido. Entonces vino mi desayuno, traído por otro preso - una mujer joven pesadamente construida, con una cara redonda roja, pelo oscuro y ojos grises
.
¡"Todo esto!" Yo no podía menos que exclamar cuando vi la cantidad de comida que ella había puesto sobre la mesa. Había una pinta de té caliente, con leche y azúcar; una gran lata de avena; seis rebanadas de pan blanco hermoso - como yo no había comido siquiera en Inglaterra de la posguerra, sin mencionar en la Alemania privada de comida - un pedazo de mantequilla, y una cucharada grande de mermelada de naranja. ¿"Es todo esto para mí?" Pregunté a la guardia, una rubia muy dulce, de mirar amable, y ojos azules.

"Sí, por supuesto," dijo ella.

"Pero nunca he tenido tal pan, aun cuando yo era libre. Y yo no podría comer tanto de todos modos. ¿Me dan ellos una dieta especial porque soy 'un caso político'?"
"No. Los 'casos políticos' aquí, son tratados exactamente como los criminales ordinarios - le es dado por la mañana una sola rebanada de pan seco, negro, y una lata de 'mook-fook' (achicoria) sin azúcar, ni leche. A usted le dan una dieta especial porque es un subdito británico."
"Pero odio la Ocupación tanto como cualquier alemán puede hacerlo."

"Esto no hace ninguna diferencia. Ante sus ojos, usted tiene un pasaporte británico; eso es suficiente."

"Puedo dar una rebanada de mi pan blanco a esta mujer," pregunté, viendo con que ojos anhelantes la presidiaria miraba fijamente en la cantidad de comida que ella me había traído.
"Usted puede hacerlo," susurró la guardia; "pero no permita que nadie le vea, ya que está contra la regla."

"Estoy acostumbrada a hacer cosas contra las reglas de esa gente," dije, refiriéndome a los amos actuales de Alemania. Unté un pedazo del pan con un poco de mantequilla y mermelada, y lo di a la mujer. ¡"se lo agradézco!" exclamó ésta. ¡"Ah, le agradezco realmente!" Ella dobló el pan en dos, lo puso en su bolsillo, y desapareció, cuando otra guardia la llamaba desde el pasillo, para ayudar en la distribución de pan negro y achicoria al bulto de los presos. Ella comería "la delicadeza" en su celda, tan pronto como estaría fuera de servicio. Esta era probablemente la primera rebanada de pan blanco y la primera mantequilla que ella había probado desde la Capitulación. Por la millonésima vez, recordé en mi mente las ruinas y desolación que yo había visto, y el hambre espantosa que había sucedido, desde 1945, el horror de las incursiones aéreas de fósforo. ¡"Pobre querida Alemania- el país de mi Führer!" pensé, cuando las lágrimas llenaron mis ojos.

Dando vuelta a la guardia que todavía estaba de pie en mi celda, le pregunté: ¿"no podría usted lograr dar mi avena y mi té, y cuatro rebanadas de pan, a algunos de aquellos que están aquí por la misma Idea que yo, - a mis camaradas, los llamados 'criminales de guerra'? Como no hay suficiente para todos, podría usted darlo a . . . los mejores; usted entiende lo que quiero decir . . . a los más sinceros; aquellos . . ."

"Entiendo," ella contestó; "y haré con mucho gusto como usted dice. Pero no ahora inmediatamente. Más tarde; cuando no haya casi nadie en los pasillos. . . . Ellos no deben saber, usted ve, o si no habrá problemas."

¡"Le agradezco!" dije, "no puedo decirle cuan agradecida estoy de usted. No es mucho, sé. Pero es ahora todo lo que puedo hacer para la gente que ha luchado por los mismos ideales que yo; la gente que amo y admiro."

"Esté segura yo le ayudaré tanto como pueda," dijo la mujer desde una voz muy baja. "Yo estaba en el Partido también . . . y asi lo estaban varios otros de nosotros. Le entendemos - y le amamos - aunque no podamos hablar. Guarde la comida en alguna esquina. Vendré para llevarla más tarde. ¡Auf wiedersehen!"

Yo no podía ver el cielo desde mi celda, ya que los cristales fueron hechos de cristal no transparente. Aún asi, yo era feliz.

No teniendo ninguna pluma y tinta, - ni siquiera un lápiz - yo no podía escribir. Marqué el paso en el cuarto, desde la pared debajo de la ventana hasta la puerta y atrás, repetidas veces, como una tigresa cautiva en su jaula. Fui impresionada por las semejanzas de cualquier situación a

aquella de una bestia salvaje en un "zoo". "Pero tengo mi gran amor y mis grandes ideales, y orgullo para levantarme y sostenerme," reflexioné. ¿"Qué tienen los pobres leones y tigres, panteras y leopardos, capturados para compensar la pérdida de libertad y aventura? Soy mil veces más afortunada que ellos." Nunca comprendí yo tan vivamente que tortura arrastrada largo tiempo debe ser la vida de una bestia salvaje en una jaula - que prueba mi vida entre rejas habría sido, si yo no hubiese sido tan orgullosa y tan alegre para admitir mi fe Nazi en estos tiempos de la persecución. Y recé que en nuestro nuevo mundo, un día, yo podría levantar mi voz con elocuencia suficiente para tener a todas las bestias de los circos y "zoos" devueltas a sus selvas natales.

Entonces, pensé en mis amigos lejos y cerca, especialmente en todos los alemanes con quienes yo había estado directamente o indirectamente en contacto ahora mismo o antes. Otra vez, con cuidado revisé todo lo que yo había dicho durante mi interrogatorio de dos días en Colonia y en Düsseldorf - lo recordé con claridad extraordinaria, y sentí que lo recordaría para siempre. Y decidí que yo no había soltado una palabra, no hice un gesto, ni permití a mi cara tomar una expresión que podría haber implicado posiblemente a cualquier otro Nacionalsocialista. No, en efecto yo no lo había hecho. Estuve completamente segura de ello. ¿Y de todos modos, podría alguna vez uno decir qué los policías son capaces de averiguar? Yo era feliz, ya que no tenía nada de que culparme - ni siquiera mi detención, de hecho, que había venido como consecuencia de alguien más. Si 'ellos' descubriesen realmente cosas que esperé y recé que nunca descubrirían, no sería por ninguna falta mía. Pero entonces, mis amigos sufrirían sin embargo - sufren, (¿y quién sabe?) quizás creerian, o serian inducidos por nuestros enemigos a creer, que yo había hablado cuando, en realidad, yo no había. Yo me habría sentido absolutamente feliz, excepto por aquella preocupación que siempre se repite; aquel sentimiento de peligro inminente para otros a pesar de todos mis esfuerzos para protegerlos de ello.

Me senté, y retomé la lectura del Bhagavad-Gita - el único libro que yo tenía en mi celda, y aquel que yo habría decidido leer, de todos modos, en mi humor presente, aun si yo hubiera tenido una biblioteca entera a mi disposición. Leí las primeras líneas que llamaron mi atención cuando abrí el libro - las palabras siguientes de Dios encarnado al guerrero en busca de la sabiduría:
"Incluso los devotos de los otros seres Luminosos, que adoran llenos de fe, también me adoran, Oh hijo de Kunti, aunque al contrario de la regla antigua.

"Ya que soy en efecto el gozador y el Señor de todo sacrificio. Pero ellos no me conocen en esencia, y por tanto ellos fallan.

"Aquellos que adoran a los Resplandecientes, 1 van a los Resplandecientes; ellos que adoran a los antepasados, van a los Antepasados; a los Elementales van aquellos que sacrifican a los Elementales; pero mis adoradores vienen a mí. "2

Retiré mis ojos del libro un rato y reflexioné: "hoy, también, hay miles quienes, en la profundidad de sus corazones, aspiran tras la Verdad, y quienes aún rinden homenaje a líderes que no les conducirán a ella; hay miles quienes, es más, luchan furiosamente contra nosotros, los testigos de la Verdad, sin saber lo que ellos hacen. Ellos son engañados por extranjeros, e ignoran al eterno, el meollo de la sabiduría, el verdadero Estilo de vida y regeneración - la esencia - y por lo tanto ellos fallarán." Pensé en muchos quienes, podrían haber tomado lado con nosotros y que no lo hicieron; que habían comenzado a hacerlo, pero que se habían detenido en el camino; que habían preferido verdades a medias, temerosos cuando ellos debían afrontar las leyes divinas de la Vida - la verdad divina en la vida.

Leí un poco adelante: "cualquier cosa que haces, cualquier cosa que tu comes, cualquier cosa

que tu ofreces o das, cualquier cosa que tu haces por austeridad, Oh hijo de Kunti, haces tu aquello como un ofrecimiento a Mí. "3 y recé que yo siempre podría cumplir con aquella enseñanza eterna. Yo identifiqué, como he hecho desde el principio, nuestra causa con la causa de la Vida, la causa de Dios.

1 Los Devas.
2 Bhagavad-Gita; IX versos 23, 24, 25.
3 Bhagavad-Gita; IX, verso 27.

Pero la enfermera responsable del hospital abrió mi celda y entró para presentarse. Ella era una anciana baja, delgada, de porte agradable, vestida de blanco.
"Bien, mi querida niña, lo que usted ha hecho es horrible," dijo ella, después de preguntar sobre mi salud. Pero yo sabía por el tono de su voz que ella no estaba realmente indignada. Y sus ojos sonreían mientras habló.

"Por qué, 'horrible'," pregunté, devolviendo a su sonrisa.

¡"Pero usted es inglesa y ha estado trabajando contra la Ocupación, aquí en la Zona británica! Entonces usted es una traidora a su país."

¿"Yo? En primer lugar, realmente no tengo ningún país. Quiero decir, soy sólo medio inglesa. ¿Qué puedo hacer al respecto? Pero encima de Inglaterra, y encima de Grecia - cuya ciudadana yo era antes de mi matrimonio - y encima de cualquier Estado particular con límites más o menos artificiales, y encima de la sección más o menos pura de la raza aria, coloco la mismísima raza aria. A ella, al menos, sé que pertenezco. A ella, - y a aquellos que han luchado para devolverla a su pureza original, y darle atrás su dominio ordenado por Dios sobre el mundo - he dado mi lealtad entusiasta. Los traidores no son tales como yo; ¡no! Ellos son, al contrario, la gente de sangre aria que ha sacrificado los verdaderos, los más altos intereses de la raza al interés inmediato aparente de algún Estado egoísta - sea el Estado británico o cualquier otro - y al bienestar de un puñado de capitalistas egoístas, sobre todo Judíos. El mayor traidor de todos es aquel instrumento complaciente de las finanzas judías internacionales que gobernó Inglaterra durante esta guerra: el Sr. Winston Churchill. "

¡"Cielos, ella tiene razón!" exclama la guardia, que había entrado mientras yo hablaba, y quien había estado esperando el fin de mi diatriba, para decirme que la siga a la oficina del Gobernador.
Sali de mi celda. La enfermera me dio una sonrisa comprensiva cuando ella cerró con llave la puerta detrás de mí.

* * *

Crucé, esta vez en la luz del sol, el patio que yo había visto el día anterior en la oscuridad. Otra vez pasé entre los dos talleres, y salí en el amplio espacio abierto rodeado de edificios con cinco filas interminables de ventanas ocluidas (cuatro pisos y una planta baja). Alrededor de un césped más o menos triangular, los hombres presos tomaban su paseo de la mañana, silenciosamente, dos por dos, en la supervisión de sus celadores en uniformes verde grisáceo. Ellos mismos llevaron puesto el pantalón marrón con una raya amarilla a lo largo del costado. Me habían dicho que había, en la sección masculina, más de mil ochocientos presos, de cuales un tercio al menos eran políticos (los llamados "criminales de guerra") y más de otro tercio . . . Polacos, culpables, en su mayor parte, de delitos tales como vender en el mercado negro y robo con o sin violencia. Y cuando pasé con la guardia, miré a los hombres que andaban alrededor del césped cubierto de rocío, soleado. Y cada vez que descubrí entre ellos un individuo con una cara fina y un porte noble, me pregunté si él no era acaso uno de los llamados "criminales de guerra," y lamentaba que yo no pudiera hablarle.

Otra vez, como durante la tarde precedente, seguí a mi guardián por delante de las cocinas de la prisión, y alcancé por fin el patio desde el cual yo había tomado mi primera vislumbre de las instalaciones de mi nuevo domicilio. Ahora vi en pleno día la enredadera que cubrió completamente las paredes altas de los edificios a mi derecha y del edificio central que lo afrontaba. ¡"Qué verde y hermoso debe ser en la primavera!" pensé. También noté el reloj en lo alto del edificio central. Este marcó las nueve veinte.

La puerta fue abierta y fui acompañada a una oficina en el lado derecho de un pasillo bastante amplio. Estuve de pie ante el escritorio del Coronel Edward Vickers, el Gobernador británico de la prisión - su nombre lo había leído en la puerta cuando yo había entrado. "El suyo es un delito de una naturaleza muy seria - una ofensa contra nuestro prestigio en este país," dijo el Gobernador, dirigiéndose a mí. "Sin embargo, es asunto del Tribunal juzgarle, no mío. Todo lo que quiero decir es que usted está aquí en una prisión, y que hay reglas que tendrá que obedecer, como cada otro preso. Usted será tratada justamente, - de hecho, disfrutará de los privilegios de un subdito británico, ya que usted lo es. Pero no puedo permitirle privilegios extra. En particular, usted no puede hacer cocinar comida especialmente para usted en consideración a sus hábitos estrictamente vegetarianos. Le darán todo lo que no sea, ni sopa de carne ni carne en la dieta diaria para presos británicos."

"Estoy agradecida por esto, y nunca he esperado privilegios excesivos," dije. De hecho, quise pedir como un favor que ninguna diferencia cualquiera sea hecha entre los alemanes y yo. (Yo ahora sabía que ellos no recibieron ninguna carne de todos modos, de modo que mis únicos escrúpulos existentes en el asunto de la comida no vinieron al caso). Pero reflexioné que, si yo aceptara la dieta británica especial - que era sin comparación mejor que la suya - yo sería fácilmente capaz de pasarles cualquier amenidad que podrían darme. Yo ya sabía que de las ciento setenta y tanto presidiarias del "Frauen Haus," veintiséis eran de las llamadas "criminales de guerra" - antiguos miembros del personal de campos de concentración alemanes etcétera, durante los grandes días; la gente contra quien nuestros enemigos habían tenido éxito en desatar la furia del mundo entero. Yo miraba con impaciencia adelante para conocerlos, y mostrar a ellos todas las señales de camaradería que yo posiblemente podría. Naturalmente, toda mi mejor comida sería para ellos - para aquellos entre ellos, quiero decir, que eran "en Ordnung," es decir, los verdaderos Nacionalsocialistas, pues me habían dicho ya - a mi asombro - que la mitad de ellos no lo era. Por lo tanto no dije nada.

"Un doctor británico le examinará esta tarde, y otro en un día o dos," siguió el Gobernador. ¿"tiene algo para decir acerca de sus necesidades aparte de la comida?" "Yo estaría agradecida si la luz en mi celda pudiera ser apagada por la noche," dije. "No puedo dormir con ella encima."

"Generalmente la mantenemos encendida de modo que la guardia de servicio pudiera examinar las celdas por la noche y ver lo que los presos en custodia, son capaces de hacer. Lo hacemos así por si unos pudieran tratar de suicidarse," enfatizó el Coronel Vickers. ¡"Pero no tengo ninguno de tales miedos en su caso - cielos, no! Y si el doctor no ve ninguna objeción, yo estoy bastante deseoso de permitir que usted tuviera la luz apagada. ¿Algo más?"

"También me gustaría tener unas hojas de papel y una pluma y un poco de tinta, o incluso un lápiz ordinario - si esto es posible - para escribir un par de cartas."

Lo que quise hacer en realidad sería tratar de recordar el patron y al menos ciertos parrafos de los tres primeros capítulos de mi Oro en el crisol y volver a escribir éstos lo mejor que podría. Y cuando esto estaría terminado, yo seguiría el libro clandestinamente. Los Ingleses no estarían todo el día en la "Frauen Haus." Y yo comenzaba a sentir que los miembros del personal alemán, si no todos en Ordnung, eran al menos todos suficientemente hostiles a la Ocupación -

todos - suficientemente alemanes para permitir que yo escribiera en paz a condición de que ellos no entraran así en problemas.

El Gobernador me miró con sospecha, como si él hubiera adivinado mis intenciones. "No voy ciertamente a darle papel para que usted pueda seguir su propaganda en esta prisión," dijo él, severamente.

"No tengo la intención más leve de continuar cualquier clase de propaganda, o de hacer algo que esté contra las reglas," contesté, con suma naturalidad. "Sólo me habría gustado escribir unas cartas. Pero si no puedo, por supuesto, esto no importa."

Aparentemente, mi naturalidad era algo convincente por lo que el Gobernador fue bastante amable para darme un taco de papel y un lápiz. "Espero que usted entienda," acentuó él, sin embargo, "que cada palabra que usted escribe será censurada."

"Más que ciertamente," dije. Pero en la profundidad de mi corazón pensé: ¡"eso lo veremos!" Y después de agradecer al hombre dejé el cuarto, sintiendo que yo había ganado una victoria. Pero mientras más recordé su cara poco amistosa, discurso abrupto, e indignación patriótica ante la idea de mi ofensa contra el prestigio británico en Alemania ocupada, más yo sabía que lo mejor que tuve que hacer sería evitar, en lo posible, todo el contacto directo con él, y siempre que esto no pudiera ser hecho - hablar tan poco como yo podría y parecer tan embotada, no, tan estúpida, y por lo tanto tan inocua como mi limitada capacidad para actuar permitía. Puesto que de entre todos los representantes de los Poderes Aliados que yo me había encontrado hasta ahora en la tierra desafortunada, él era el unico que, por alguna razón misteriosa, - sin haberme repreguntado - pareció considerarme el menos "inocuo".

* * *

Devuelta en mi celda, inmediatamente escribí en blanco y negro cualquier cosa que recordé de los tres primeros capítulos de Oro en el crisol - y del principio del cuarto capítulo, que yo había comenzado a escribir en una cafetería en Hanover un día antes de mi último viaje a Colonia y mi detención. También escribí los títulos de los siguientes capítulos propuestos. De éstos, habría ahora uno menos, pues el que yo había planeado sobre mi visita intencionada "a los sitios de peregrinación" - Braunau am Inn, Linz, Viena, Münich, Nuremberg - no podría ser escrito. Pues aun si yo podría ser liberada más rápido de lo que esperé, seguramente no me permitirian permanecer en Alemania - y quizás no me seria permitido permanecer en Europa - a menos que, por supuesto, ellos me encerraran bastante largo tiempo para que el choque próximo pueda liberarme. "No importa," pensé, "iré a los sitios de peregrinación un día, de todos modos."

Entonces, me propuse seguir el cuarto capítulo de mi libro perdido - la historia de la noche inolvidable durante la cual yo había distribuido mis primeros quinientos panfletos. "A propósito," reflexioné, "¿por qué no debería aquí, tratar de distribuir unas copias de mis últimos entre los miembros del personal que parecen estar en simpatía conmigo y también, de ser posible, entre los llamados - 'criminales de guerra?" (Yo tenía muchas ganas de ponerme en contacto con éstos.) Entonces escribí varias veces el texto que yo sabía de memoria - no sobre el taco que el Coronel Vickers me había dado (que, yo usaría realmente para cartas, de modo que él pudiera convencerse que yo era "una muchacha buena") sino sobre el papel que yo ya tenía, y que también usé para escribir mi libro. Escondí las copias cuidadosamente bajo un ladrillo suelto del piso, entre la parte trasera de mi armario y la pared. Entonces, volví a mi Capítulo 4.

El día pasó rápidamente. Con toda la sinceridad, todo el amor de mi corazón yo proyecté en aquellas hojas largas, ásperas de papel, con apretada escritura, el cuadro vivo de lo que yo, hasta mi detención, había considerado como la noche más hermosa en mi vida - sí, aún más hermosa que mi vigilia en las cuestas del rugiente y ardiente Hekla, bajo la aurora boreal; aún más hermosa que la noche durante la cual yo había adorado el Sol de medianoche, en la playa de Rif Stangir, afrontando el Océano Artico. Yo era feliz, - sumamente feliz. Incluso si el principio de mi libro fuera destruido, yo lo recrearía. Yo recordaba ya cada vez más párrafos de ello, que escribí inmediatamente, cada vez, en hojas separadas. Nunca se parecería a mi primera escritura, pero de todos modos, esto sería el producto del mismo espíritu. En cuanto a la primera parte del Rayo y el Sol, yo tenía alguna esperanza que no la destruirían quizás, después de todo: ellos no serían suficientemente perspicaces para ver que, especialmente el segundo capítulo "Tiempo y violencia," era la justificación más deslumbrante de todo lo que hicimos y estamos listos para hacer otra vez - una justificación sistemática, filosófica, más allá de las pasiones de ayer y hoy.

Por la tarde, fui llevada al hospital, donde el doctor británico me examinó, en la presencia de la matrona de la prisión, de la enfermera responsable, y de una presidiaria que trabajó allí en la supervisión de ésta última.

Yo no podía sacar mis ojos de aquella presidiaria. Ella podría haber sido de aproximadamente treinta y cinco o cuarenta. En el uniforme azul lamentable que llevó puesto - como todos los demás - ella mostró la belleza clásica de la esposa de un caudillo en Alemania antigua: un cuerpo vigoroso, de construcción sólida, creado para trabajar, consolar a un guerrero y dar a luz a hijos heroicos; un porte regio; una cara regular en la cual uno descubria la fuerza serena, y el orgullo - y sueños elevados, también; autoridad e inspiración.

Su pelo rubio pálido, tan lustroso como la seda, brilló con un rayo de la luz del sol en la tarde. Sus grandes ojos azules, luminosos, de los cuales un vistazo, en ocasiones, yo sabía, podría ser tan duro como la roca - ahora sonrieron a mí. "Usted es la 'nueva'; aquella que está aquí por haber desafiado a nuestros opresores; he oído de usted," ellos parecieron decirme. Y, mientras el doctor examinaba mi corazón, hígado y pulmones; mis ojos negros, llenos de admirativa amistad, contestaban y decian "Sí, lo soy. Y usted es seguramente una de mis camaradas. ¡El compatriota de Mi Führer, usted es demasiado hermosa para no ser también uno de sus fieles seguidores!" Y la imaginé entre las muchedumbres en ovaciones durante los días de gloria, saludando a Hitler cuando él pasó, con el saludo Nazi ritual y las palabras triunfales: ¡"Heil Hitler!" Y las lágrimas vinieron a mis ojos.

Antes de decirme que yo ahora podría vestirme, el doctor miró el retrato de cristal que dio vueltas por mi cuello en una cadena de oro. Pero él no dijo una palabra. La vieja matrona me devolvió a mi celda.

Al día siguiente - que era el 23 de febrero, y el diecinueve aniversario de la muerte de Horst Wessel - experimenté uno de los grandes momentos de mi vida en prisión. Vi que la presidiaria de quien acabo de hablar paseaba por mi celda, con la enfermera que la acompañó. Ella sostuvo en sus manos una bandeja en la cual fueron dispuestos varios objetos - un plato, una botella, una taza que contenía algunas píldoras - pues ese era su trabajo, dos veces al día, dar vuelta con la medicina a todas las celdas de los presidiarios que necesitaron alguna. Sin embargo, yo no necesitaba ninguna.

"Hemos venido a darle una visita - para ver como está usted," dijo, la enfermera con cordialidad. "Esta mujer, que es uno de nuestros 'criminales de guerra' está ansiosa de conocerla."

Sentí mi corazón saltar con la alegría, y mi cara brillar. La enfermera tiró la puerta cerrándola y dijo a la presidiaria que ella, durante un minuto, podría dejar su bandeja, sobre la mesa. Ella hizo así; y luego, se dirigió a mí:

"Sí," dijo ella, "soy 'un criminal de guerra'. Mi nombre es H. E. Soy una de aquellas del proceso de Belsen - el proceso a consecuencia el cual la pobre Irma Grese fue condenada a la muerte; usted debe saber, seguramente, fui condenada a encarcelamiento por quince años." ¡H. E. del proceso de Belsen! Por supuesto, yo sabía. Realmente recordé su nombre por haberlo visto en los periódicos. Y con viveza irresistible, el pasado atroz de repente se apresuró atrás a mi conocimiento. ¡Oí, una vez más, los inalámbricos de aquellos días ladrando en mí desde todos los costados, dondequiera que yo fuera, las noticias de aquellos procesos enfermantes - Belsen uno y los demás - junto con sus insultos diarios contra todo lo que amé (y lo que era quizás aún peor) sus sermones fangosos diarios sobre "la reeducación" de Alemania en vista de su "reintegración en un mundo más humano y mejor!" Aquellos eran los días en los cuales, aplastada hasta la profundidad, yo había odiado a todos los hombres excepto la minoría Nazi perseguida; en que yo había aspirado solamente por la destrucción completa de toda la humanidad - incluso nosotros, el puñado impotente de aquí en adelante; incluso de mí; los días en los cuales, si yo realmente no me hubiera suicidado, sólo había sido porque, antes de que yo dejara esta Tierra, quise ver que la Europa vulgar, idiota, desagradecida, entonces ocupada torturando su propia élite - que esa Europa, que habría torturado a nuestro Hitler, su Salvador, si tendría una posibilidad para hacerlo - se retuerza y gima, y muera desangrada, un día, no importa bajo que fusta, a mi placer.

Una vez más, durante un minuto, sentí toda la amargura, toda la pasión, toda la desesperación de aquellas semanas y meses, cuando vi, estando de pie ante mí, calmada y digna, y amistosa, aquella antigua alemana viviente, - aquella eterna alemana - la encarnación y el símbolo de la raza suprema regenerada, vencida y perseguida, de momento, por sus inferiores.

Puse mis brazos alrededor de su cuello y mi cara contra la suya, y la besé. "No hay 'criminales de guerra' ante mis ojos," dije; "sólo hay víctimas de los esclavos del Pueblo judío. Usted es mi camarada - y mi superior, ya que usted ha sufrido. Estoy orgullosa de encontrarle; y orgullosa de compartir su cautiverio, ahora que no puedo hacer nada más para nuestros ideales."

Una lágrima rodó bajo una de mis mejillas cuando hablé. Los ojos azul cielo con pestañas de oro miraron fijamente a mí atentamente, con lágrimas también en ellos. H. E. me abrazó como una vieja amiga. "Esta es la primera vez que siento, desde aquellos días horrorosos, que alguien realmente nos ama," dijo ella, con emoción profunda.

"He cruzado la tierra y el mar - la mitad del mundo - para decir a usted y todos los alemanes fieles que les amo y admiro, quizás aun más ahora, en las horas oscuras de la tribulación, que cuando ustedes gobernaron la tierra desde el Volga al Atlántico y del Océano Artico al desierto libio. Me alegro que he venido por fin. He visto su espíritu invencible (llevo nueve meses en Alemania). Y quiero que este triunfe. Y está obligado a triunfar, tarde o temprano. El mundo pertenece - a largo plazo - a los guerreros de sangre pura que luchan para que la salud y orden y verdad puedan prevalecer."

"Hace bien oírle después de todo lo que sufrimos," contestó H. E. "Da a uno la sensación que, aunque vencidos, no hemos luchado completamente en vano."

¡"En vano! Por supuesto que no," dije yo. "Ya Adolf Hitler ha levantado Alemania al status de una tierra santa ante los ojos de cada ario digno del mundo. De otra forma, yo no estaría aquí."

H. E. me dio una sonrisa orgullosa y feliz. "Dígame," dijo ella, "que es exactamente lo que usted

hizo."
"Distribuí panfletos y coloqué carteles que portan las siguientes palabras - que escribí yo misma - bajo una esvástica negra grande," contesté. Y le recité el texto entero de mis papeles. ¿"Qué, ahora, en 1949?" ella exclamó, después de escuchar atentamente. "Sí; y en 1948 también."

¡"Espléndido! ¡Y cuan acertada está usted sobre el hambre y humillación! ¡Y sobre el pillaje de nuestro país por aquellos hipócritas!" dijo ella. ¿"Pero usted está segura, que 'él' esta - vivo realmente?"
"Sí."
¡"Ah, si sólo usted tendría razón!"

"Tengo la confianza en aquellos que saben."

"Pero dígame otra vez: ¿Nosotros que estamos aquí y en otras cien prisiones por haber hecho nuestro deber con todos nuestros corazones, cuanto más tenemos para sufrir? Son ya casi cuatro años desde que fui detenida."

"Ninguno permanecerá aquí durante más de un año o dos ya," dije. "La Justicia inexorable que espera a esta gente vendrá. Nada puede impedirlo. Y quizás nuestros enemigos nos pondrán en libertad antes de que esta venga. Ellos pueden hacer cualquier cosa, cuando esten con miedo. ¿Quizás usted y yo dejaremos este lugar juntas, quién sabe? Y francamente le digo: yo sería aún más feliz entonces debido a su liberación que por la mia. Realmente lo quiero decir. Ya que usted ha sufrido suficiente."

¡"Ah, ahora no es nada! ¡Usted debería saber todo lo que pasamos en 1945!"

"Usted me lo contará, un día."

"Voy a hacerlo. Ya que debemos encontrarnos otra vez - y tan a menudo como podamos."

"Seguramente. Pero escuche; yo iba a olvidarme de decirle algo muy importante: tengo montones de pan blanco, aquí, avena, té con leche y azúcar y que no. Como usted puede imaginar, sólo acepté la dieta británica a fin de que ustedes, mis camaradas, pudieran aprovecharse de ello. Una de las guardias vino esta mañana y me preguntó si yo no podría darle una rebanada de pan blanco para un preso que está enfermo y no puede digerir el otro. Lo di de buena gana. Pero tengo en abundancia más, no sólo de esta mañana, sino de ayer. Tómelo - y el té y avena también, y cualquier cosa que yo pueda guardar - para usted y para aquellos que comparten nuestra fe."

¡"Le agradezco realmente!" exclamó H. E. "¡adoro el té! - y las demás también. Daré la avena a H.B. - la otra del proceso de Belsen. Ella trabaja mucho y siempre tiene hambre." ¿"Qué consigue usted comer por las mañanas?"

"Una sola rebanada de pan negro y una lata de achicoria, sin azúcar o leche," dijo mi nueva amiga, confirmando lo que yo había oído dos días antes.

"Pero ellos no deben verle en el pasillo con toda esa comida y bebida, o habrá problemas," propuso la enfermera, que pareció completamente complaciente a ayudarnos a condición de que pudiera ser hecho silenciosamente.

"Esconderé todo esto bajo mi delantal," dijo H. E.; "vea; como esto. Nadie lo averiguará." ¡"Vuelva realmente cuándo usted pueda! Guardaré para usted cualquier cosa que pueda guardar. No como mucho."

"Pero usted debe comer, para mantener su fuerza."

"El mero conocimiento de que me darán pronto, en mi proceso, una nueva oportunidad para desafiar a nuestros enemigos, me hace sentir fuerte y feliz. Cada vez que pienso en ello . . . es como si yo tuviera alas . . ."

Mi nueva amiga apretó mi mano en la suya. "Debo ir, ahora. Volveré," dijo ella. ¡"Auf wiedersehen!"

Miré fijamente a ella y sonreí, y luego, tomé un vistazo en la enfermera. "Ella puede no estar de nuestro lado, pero no nos haría daño," pensé. Y volviendome a H. E. levanté mi brazo derecho y dije: ¡"Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" repitió ella, cuando devolvió mi saludo.

"Usted no debería hacer esto," dijo la enfermera en un susurro, en el umbral de mi celda. "Uno nunca sabe quién podría mirar dentro por el agujero de espía."

* * *

Un día o dos más tarde, otra vez fui llevada al hospital. Un doctor diferente, - un hombre bajo, delgado, con el pelo rojizo caminó dentro justo cuando yo entré. "El psiquiatra," pensé. A la enfermera responsable y H. E. no se les permitió, esta vez, que permanecieran en el cuarto.

El doctor me ofreció tomar una silla, se sentó frente a mí, y comenzó a dirigirse a mí, aparentemente, en una manera amistosa, en realidad, con resolución estudiada - para averiguar si el funcionamiento de mi mente presentó algo "patológico", en cuyo caso él me reportaría como "incapaz de someterse al proceso."

Uno oye de presos que, intencionadamente, hacen todo lo que pueden para parecer como "casos patológicos." Yo ciertamente no iba a tomar aquel curso. Yo estaba demasiado ansiosa de ser juzgada. Incluso si aquello significaba hablar al Tribunal - o sea, al público alemán - durante sólo media hora, yo no iba a perder la oportunidad. Entonces yo fui - simplemente natural como lo había sido ante los hombres que me habían repreguntado en Colonia y en Düsseldorf; tal como yo había sido, desde mi infancia, en cualquiera de aquellas innumerables conversaciones en las cuales yo había impresionado a la gente comun por norma, sin realizar esfuerzos siquiera de hacerlo; sin preocuparme si lo hice o no.

El doctor notó unos detalles sobre mi familia, educación, y vida.
"Mitad de griego, mitad de inglés, con un poco de sangre italiana en el lado de su padre, nacida y criada en Francia, y casada con un indio. . . . ¡Si alguna vez alguien tuvo el derecho de ser un internacionalista, es indudablemente usted!"

"No," dije: "soy un nacionalista de cada país ario. Eso no es la misma cosa." Asombrado como él estaba en la exactitud deslumbrante de aquella descripción sumaria totalmente inesperada de mí, el doctor era aun más, quizás, desconcertado por la espontaneidad con la cual yo había replicado a su declaración casual. Decididamente, yo sabía quién yo era y lo que quise.

Proseguí - menos con miras a aclarar al psiquiatra profesional que por el placer de empujar en el supuesto Demócrata la consecuencia impecable de mi posición

¿"Qué es 'un internacionalista'? ¿Un hombre que ama todas las naciones como la suya propia? No; pero un sujeto que se ama sólo a él mismo - y su menor, su más abajo, su menos valioso yo en esto; sus diversiones embotadas; sus pequeñas aficiones tontas - y quien ha descubierto, en la fraseología vacía de nuestra época decadente, una excusa maravillosa para no vivir por nada y no morir por nadie. ¡No soy - yo nunca fui - esto! ¡Yo podría ser la hija de personas de nacionalidades diferentes, en el sentido estrecho de la palabra, pero soy (gracias al cielo por esto!) de una sola raza, la aria, y pongo a mi raza encima de mí, - y encima de otros; y los ideales eternos que los mejores hombres de mi raza han encarnado desde tiempo inmemorial, son la única cosa para la que realmente he vivido alguna vez. Cualquier país que vigorosamente se pone de pie por ellos es mi país.

"He amado Grecia apasionadamente, no simplemente por la fascinación de su pasado lejos ido, sino porque, fuera de una repulsiva, Levantina, minoría simiesca francófona de griegos, producto del decaimiento, hay, todavía hoy, - después de siglos de influencias no arias - miles de campesinos sanos y marineros que viven honorablemente y en la belleza, como Helenos; porque hay, en la literatura griega moderna genuina, brotada de la gente, trabajos sumamente hermosos, en los cuales el culto histórico a la perfección fuerte, sana, completa, es magistralmente expresado. He amado a los ingleses porque, en conjunto, ellos son una nación fina, dotada con muchas cualidades nórdicas sólidas - incomparablemente mejor que sus líderes. He amado India, porque, siendo como es, una tierra de muchas razas, ella ha adherido a lo largo de los siglos al único sistema social adecuado para tal tierra - un sistema como nosotros extenderíamos al mundo entero, si debiéramos gobernarlo. Y amo Alemania como el símbolo vivo de la regeneración aria en nuestros tiempos: la cuna del Nacionalsocialismo; la patria santa del Führer. Yo no haría menos para ella de lo que yo habría hecho para Grecia cuando yo era una adolescente. Por el decreto de un Destino extraño, he experimentado - vivido - no uno, sino varios nacionalismos, extraño como esto puede ser. Todos son similares - extraordinariamente parecidos. Y detrás de todos, hay - y siempre había, a partir del mismo principio - esa insaciable ansia tras la belleza ideal de mi propia raza, en el físico y en todos los otros planos; aquella adoración de la Perfección eterna en una élite humana perfecta, una élite 'como Dioses', para usar una expresión corriente en Homero."

¿"Y ha encontrado usted a algunos hombres y mujeres que realmente representan, ante sus ojos tal élite?" preguntó el practicante mental.

"Pocos, en el amplio mundo, en toda mi vida; muchos - en proporción - en esta tierra martirizada, donde he vivido sólo nueve meses," dije yo.

¿"Y usted estaría dispuesta a morir por Alemania?"

"De buena gana," contesté con la franqueza inmutable de la convicción. "Alemania ella misma ha muerto - materialmente - para la raza aria. Lamento que yo no he muerto con ella, en 1945." Hice una pausa. En mi mente, recordé la vista inolvidable que había impactado mis ojos en mi primer Viaje: contra el fondo dorado de la puesta del sol en un verano, la sucesión interminable de paredes rasgadas y carbonizadas que conducían a lo que una vez había sido Hamburgo; y las otras ciudades por las cuales yo había pasado - montones de ruinas; y todo lo que yo había visto desde entonces. Pero, añadí, después de unos segundos, "un día, ella se levantará en poder y gloria de entre los muertos."

Entonces imaginé a algunos miles de los pequeños hombres como el psiquiatra - "cruzados a Europa" y luchadores "para la paz y Democracia" (y los intereses de grandes hombres de negocios) - huyendo o intentando escaparse ante formaciones apretadas de tanques

irresistibles; y sonreí en la anticipación. Por suerte - para él - el psiquiatra no me preguntó por qué yo sonreía.

¿"Nunca ayudaría usted a una gente que no fuese de la estirpe aria?" preguntó él, en cambio. Reflexioné: ¿"por qué no?" De hecho, yo había hecho eso ya, durante esta guerra, aunque en una manera muy humilde, no espectacular. . . . Y recordé mi exultación ante las noticias de la caída de Singapur, y de Rangoon, de Mandalay, - de Akyab, por la frontera de Bengal - una tras otra; y también . . . en las noticias de ciertas secciones separadas de las fuerzas Democráticas en Birmania, de vez en cuando de repente y misteriosamente rodeadas por los japoneses, y matados cuando ellos trataron de escaparse de la selva encendida con fuego, noticias que los periodicos, por regla general, no reportaron. ¡Ah, aquellos días gloriosos!

"Seguramente, si tal gente fueran nuestros aliados," dije, con veracidad perfecta, en respuesta a la pregunta del doctor, "o", - proseguí, a fin de dar a la conversación una tendencia tan filosófica como sea posible - "si ellos lucharan, sea ello contra una nación de estirpe más o menos aria, que habría tratado de imponer sobre ellos una de las grandes supersticiones igualitarias internacionales, como el cristianismo. En 1780, por ejemplo, yo habría ayudado con mucho gusto a Tupac Amaru en su rebelión contra los españoles y contra la Iglesia Católica en Perú, en nombre de los derechos de los inca, los hijos del Sol, de quienes él descendió. Primero, no había nada mejor para hacer en Europa, en aquel tiempo, según recuerdo. Y luego, prefiero de todos modos una tribu de indios Rojos, sana, que adora la naturaleza, en su lugar, a los llamados arios que van alrededor predicando - y practicando - el evangelio de mestizaje legalizado entre Cristianos conversos de todas las razas; cuya perspectiva ante la vida conduce al crecimiento de una humanidad bastardeada. Además, los españoles . . . "

¿"Por qué está tan despiadadamente en contra de toda la mezcla de razas?" él me preguntó. "Usted debe confesar que algunos individuos excepcionales tenían tanto lo que usted llama sangre aria, como otra sangre también."

"Cualquiera con un conocimiento leve de la historia lo admite," dije. Y permítame dejar claro que yo, - que nosotros - no tenemos miedo de afrontar los hechos, yo me puse explícita. "Esta por ejemplo, el poeta Pushkin," añadí. "Y el mayor filósofo-rey de la Antigüedad, Akhnaton de Egipto . . ."

"Bien, entonces . . .?"

"Tales casos son flagrantes excepciones. Ellos no perjudican el hecho que 'todas las grandes culturas del pasado se han hundido en la nada porque la raza original, creativa' (que había desarrollado cada uno de ellas) 'murió, por la contaminación de la sangre'," 1 contesté, citando una frase famosa del Capítulo 11 de la primera parte de Mein Kampf. "Los grandes individuos que resultan ser de sangre mezclada - y quienes son grandes a pesar de ello, no debido a ello - no pueden, sino reconocer esa verdad ellos mismos, si son sinceros. Akhnaton, aceptó realmente por su parte el principio de la separación de razas como el orden natural y deseable de asuntos, decretado por el Sol." Y cité los versos "del Himno más Largo al Sol," escrito hace tres mil trescientos años por el joven Faraón, "Vida en la verdad":

"Tu has puesto a cada hombre en su lugar, Tu los has hecho diferentes en la forma y en idioma, y en el color de sus pieles; Como un separador, Tu has separado a la gente extranjera. "

"Es quizás exactamente porque su espléndida filosofía solar era tan profundamente aria en el espíritu, 2 que los egipcios la rechazaron," añadí.

1 Adolf Hitler, Mein Kampf, I, Capítulo. XI, p. 316 (edición. 1939).
2 Eruditos modernos han indicado su semejanza con lo expresado en el Rig-Veda.

Y yo estaba lista a citar a sir Wallis Budge y Pendlebury. "Aquellos 'nuevos educadores' de Alemania tienen el hábito desagradable de tomarnos a nosotros Nazis como fanáticos ignorantes. Mostraré a este hombre que somos todo menos eso," pensé, con satisfacción malévola. Pero otra vez, él no me dio una oportunidad de proseguir mi discurso. Él estuvo obviamente más interesado en mi actitud sobre problemas personales que en mis opiniones sobre la arqueología.

¿"Qué le hace a usted con el derecho de un individuo para elegir al compañero que a él le complace?" me preguntó.

"Niego fuertemente cualquier tal 'derecho'," contesté sinceramente. "Al menos, niego esto a todos los individuos salvo aquellos que, de su propia cuenta, ponen el interés de la humanidad superior encima de todo lo demás - los únicos quienes son dignos de ser libres, ya que ellos nunca emplearán mal su libertad." Yo había contestado las pocas primeras preguntas del doctor bastante francamente para que él ya pudiera saber que yo nunca había "empleado mal mi libertad" de ningún modo.

¿"Y usted apoya la esterilización del incapaz no menos que de los mestizos, como todos los Nazis hacen?"

"Absolutamente. Yo podría ser - lamentablemente - menos inteligente, menos eficiente, y sobre todo menos flexible que muchos de mis camaradas y superiores (por otra parte yo no estaría aquí)," dije "pero no soy menos Nazi que cualquiera de ellos." Pronuncié estas últimas palabras con orgullo no disimulado, contenta de ser el último entre la élite del mundo más bien que el primero entre los más populares adoradores de la mediocridad.

¿"Iría usted tan lejos como respaldar la eliminación del incapaz?" preguntó el psiquiatra. "Si usted quiere decir la eliminación de los idiotas, del insano, y de todos aquellos afligidos con enfermedades incurables dolorosas o repulsivas, sí, más que ciertamente. Pero yo querría conservar a las personas que, aunque desde nuestro punto de vista incapaces de tener hijos, son, de otros modos, activos y capaces y dispuestos a trabajar; sobre todo si él o ella comparten nuestros ideales incondicionalmente y pueden ser por lo tanto tan útiles como muchos de aquellos que crían familias."

"En otras palabras, usted no acepta el valor y la dignidad de cada ser humano." ¡"Ciertamente no!"

¿"Ni el derecho de cada hombre para vivir?"

"Ciertamente no. Lo más bajo de la humanidad no tienen ningún derecho de vivir - y ningún derecho de inmovilizar en su servicio las energías de las personas sanas. ¿Puedo contarle de una experiencia mía?"

"Hagalo."

"Bien, hace mucho, - era, si mi memoria no me falla, en febrero, o marzo de 1922 - visité el famoso asilo de Laforce, en el Sudoeste de Francia. Yo tenia dieciséis (de hecho, tuve que decir que yo tenía dieciocho años a fin de que me permitieran entrar). ¡Tan repulsiva colección de monstruos yo nunca habría imaginado cuando me habían hablado de 'los idiotas! La vista me ha rondado durante años. Sentí no compadecimiento, sino aborrecimiento físico, como delante

de algo sucio. Pero lo que me hizo completamente indignada sería atestiguar aquellos numerosos jóvenes, absolutamente sanos, y enfermeras a veces bonitas, yendo de uno de los idiotas al otro, - de modo bullicioso, amoroso, maternal - para limpiar la baba de alguna mandíbula colgante, o quitar un urinal de algún cuerpo inerte, mudo, tonto, deformado. Esto me impresionó. Esto me asqueó - como la vista de un hombre que dedicara su vida entera a un chimpancé impresionaría a toda la gente sana; más aun, de hecho, pues un chimpancé normal es por lo menos mejor que aquellos monstruos; un pescado sano lo es; cualquier criatura sana lo es. Pensar en el tiempo y lealtad gastado sobre esos monstruos por la única razón que ellos, se supone tendrían 'un alma humana', y comprender que tal 'abnegación' es admirada, en la mayoría de los países cristianos, - en vez de ser despreciada, como algo tan absurdo y degradante habría sido más que suficiente para hacerme odiar la actitud cristiana a la vida, si yo no lo hubiera hecho asi ya. Era bastante para hacerme saludar con aclamaciones, unos años más tarde, la aplicación muy criticada, en la nueva Alemania de Hitler, de estándares morales más dignos de una nación fuerte y sana de sangre aria. El culto implacable de la salud, de la cordura, - de la belleza - es ciertamente uno de los rasgos del Nacionalsocialismo que más poderosamente me ha atraído."

"No ve cualquier belleza en los sentimientos que su sistema despiadadamente aplasta de la existencia," preguntó el psiquiatra.

¿"Qué sentimientos? ¿El afecto enfermizo que una madre potencial de niños sanos malgasta sobre un idiota, o sobre un sujeto inútil con pulmones podridos o genitales putrefactos?" contesté, indignadamente. "No; en efecto, no puedo ver ninguna 'belleza' allí. Desprecio tales sentimientos. No sólo yo no les concedería ninguna posibilidad de satisfacción en absoluto, si yo tuviera voz en la dirección de algún país, sino que sacaría del país (o simplemente liquidaría) cualquier persona que los fomenta en él o en otros. Tal gente es degenerada - por lo tanto indeseables. Ya que no hay, repito, ninguna belleza en la degeneración."

¿"Pero y los sentimientos de un hombre sano o mujer para otra persona sana del sexo opuesto de lo qué usted y sus amigos llaman 'una raza inferior'?"

"Allí también," dije, "hay solamente un insulto a las leyes divinas de orden y propiedad; ninguna belleza, sino sólo vergüenza."

¡"Pero piense en todo el sufrimiento que su sistema traería en el mundo, - que este trajo realmente, de hecho, durante el tiempo corto que permaneció en vigor! Usted no toma ninguna cuenta en absoluto de la felicidad individual."

¡"En efecto no, de la felicidad individual de la gente con mentalidad enfermiza! No podríamos preocuparnos menos sobre que 'tragedias humanas' nuestro esfuerzo para construir un mundo hermoso podría provocar en sus vidas. Si los individuos cultivarán sentimientos mórbidos, - sentimientos indignos de una raza superior - en medio de una sociedad aria sana bien organizada, entonces ellos deberán sufrir. No hay nada en esto para escandalizarse al respecto. Esto es sólo - un detalle indiferente y, además, temporal en nuestra magnífica nueva civilización. Y lo que pasa ahora es mucho peor. Ahora, somos nosotros - los sanos y viriles quienes tenemos que sufrir en medio de una sociedad organizada para la supervivencia y el éxito del débil, el feo, mórbido y mediocre; de todo aquel sin valor; una sociedad que extrae la pequeña inspiración que esto pretende tener, de ideales de enfermedad, desintegración y muerte."

El psiquiatra miró fijamente hacia mí. Decididamente, yo sabía lo que quise. Nunca sería de ninguna utilidad tratar de convertirme a la concepción "humanitaria" y democrática de la vida. Y yo ciertamente no estaba loca. Sólo, quizás, a veces, parecí ligeramente anormal, pero exactamente por la carencia en apariencia total, en mí, de aquella pequeña dosis de

inestabilidad e inconsistencia, de aquellas contradicciones humanas, que toda la gente "normal" posee - excepto nosotros. Era interesante tratar de medir cuan completa aquella carencia era. El psiquiatra me preguntó: ¿"Hace cuanto que usted tiene estas opiniones?"

"Yo siempre las tuve," contesté. Y esto era absolutamente verdadero - demasiado verdadero para que el doctor pudiera creer inmediatamente. ¿"Cómo, 'siempre'?" dijo él.

"Sí, siempre," contesté. "Una vez, cuando yo tenía diez años, me senté en la esquina de un tranvía en mi ciudad natal, con un libro en mi mano - Poèmes Barbares, de Leconte de Lisle, que traía a casa - y yo sollozaba. Las palabras que acababa de leer eran aquellas que el poeta francés puso en la boca de un viejo bardo que deploraba el final del mundo Pagano y venida del cristianismo, la religión del manso:

". . . el hacha ha mutilado los bosques;
El esclavo se arrastra y reza, donde resonaron las espadas,
Y todos Dioses de Erinn se han marchado de una vez. . . . "1
1 ". . . la hathe a mutilé les bois,
L'esclave rampe et prie, où chantaient les épées,
Et tous les Dieux d' Erinn sont partis à la fois."
("Le Barde de Temrah")

Y yo, - futuro nazi - sollozaba porque el viejo mundo Pagano del fuerte, del orgulloso, del hermoso, - del Arianismo antiguo - había sido borrado, y porque pensé que yo no podría hacer nada para traerlo de vuelta. "

El doctor me realizó muchas preguntas más sobre mi infancia. Contesté con facilidad, ya que recuerdo mi vida entera con lucidez extrema.

"Es verdad que usted no tiene ningún lazo ahora," dijo el practicante por fin. "Usted no ama a nadie en el mundo, sino aquellos que comparten sus opiniones y sirven su causa, y no se preocupa un carajo lo que podría pasar a los demás, sean ellos sus amigos más cercanos y parientes."

¡"Absolutamente verdadero! Y por eso soy - libre ahora mismo. ¿Pues qué puede uno hacer a una persona sin lazos?"

"Sí; pero trate de recordar y decirme: ¿no tenía ningún lazo desde el mismísimo principio, en su infancia más temprana, hace mucho, mucho tiempo, - antes de que usted sintiera, en una manera tan extraña, la atracción de la Barbaridad antigua? ¿Antes de que usted fuera un Nacionalsocialista potencial?"

"Yo siempre fui una Nacionalsocialista potencial, incluso entonces," contesté, para la sorpresa del psiquiatra. "Quiero decir que yo siempre tenía la fe constante y determinación implacable de uno, en mi propia sangre.

Tan lejos como puedo volver en mi pasado, la duda, compromisos y 'los problemas' eran extranjeros a mí. ¡Cuando yo tenia menos de dos, y solía sentarme en mi cochecito de niño y tirar las borlas de mi manta de lana azul y blanca, una tras otra, gritando 'ven'! (Recuerdo eso y otros detalles como si fuera ayer), entonces ya, dividí a la gente en tres grupos - como hago ahora - los útiles; los indiferentes e inocuos; y los peligrosos. Pero, naturalmente, yo todavía era egocéntrica entonces, o apenas comenzando a salir fuera de mi egocentrismo, y 'útiles' eran aquellos que hicieron inmediatamente y sin protesta lo que yo quise; quien me dio un juguete que deseé fervientemente, o me dejó andar cuando quise andar y pararme cuando quise pararme. Los peligrosos eran todos aquellos que me dificultaban, y, debo decir, incluso más,

aquellos que dañaron a cualquier animal o estropearon cualquier planta - ya que amé a las criaturas vivientes, como hago todavía; Las encontré hermosas, y es por ellas que espontáneamente me puse desapegada de mí. Apenas un poco mayor, yo, de ser dejada para hacerlo así, podría infligir un interminable sufrimiento estudiado a modo de represalia sobre alguien que había dado una patada a un perro o había clavado una mariposa viva en un pedazo de cartón. Y nunca olvidé tales hechos. Y nunca perdoné a ningún hombre o niño que los había cometido.

Pronto el ideal de un mundo justo y sano - de un mundo del cual todos los que dañen la belleza viva serían drásticamente eliminados; en que ya no me dirían que yo debía 'perdonarles' en nombre del pequeño Jesús - se hizo, en mi conciencia, el centro y medida de todas las cosas, en lugar de mi insignificante yo. Y me consideré yo misma como el campeón de tal ideal.

Y la gente 'útil' se hizo, ante mis ojos, aquellos solos que parecieron llevarlo adelante - no aquellos que me hicieron bien, como persona, sino aquellos que sintieron y pensaron tal como lo hice, como ahora; y los peligrosos eran aquellos que intentaron persuadirme que había cosas más adorables que mi sueño de belleza, cosas como, por ejemplo 'la humanidad enferma y que sufre' a la cual las bestias sanas, hermosas e inocentes podrían ser sacrificadas. ¡Cómo odié a aquella gente y su obsesión de salvar lo que nunca amé, y ni consideré digno de salvar! Pero lo que quiero decir es que, sea a la edad de dos años o doce o cuarenta, nunca realmente he amado o he odiado a una persona, sino por lo que él o ella representaron ante mis ojos; no por su amor u odio hacia mí, sino por su amor u odio al ideal que amé. Solamente la Naturaleza indiferente yo siempre amé por su sola belleza."

¿"Y usted nunca estuvo preocupada por los problemas de tantos adolescentes?" preguntó el psiquiatra.

¿"Problemas?" repetí, con un cierto desprecio, "no, nunca experimenté la existencia de cualquiera - salvo de . . . económicos, en la vida posterior. Los demás, los psicológicos, los sexuales, etc., que parecen preocupar a tantas personas, los consideré como cosas totalmente ajenas, fuera de mi alcance, pero de las que estaba bien para mí adquirir un poco de conocimiento puramente libresco a fin de poder escribir sobre ellos en mis exámenes Universitarios. Especialmente todo aquel alboroto sobre Freud y sus "represiones" - muy de moda en mis días universitarios - lo atestigüé con desprecio. 'Materia decadente', pensé, y nada más. Y me resulto divertido cuando oí acerca del modo algo rudo que manejamos a los viejos Yids antes de darles una patada fuera del Tercer Reich. 'Deseo que todos aquellos que pasan su tiempo tratando de descubrir "complejos" dentro de ellos mismos en vez de hacer algo más útil fuesen tratados igualmente,' yo a menudo decía. Seguramente nunca di un pensamiento a tales cosas . . . "

"Pero," dijo aquel doctor, "hay otros problemas psicológicos; hay conflictos de lealtades, por ejemplo . . ."

¡"No para mí! ¡Tengo sólo una lealtad!"

¿"Pero suponiendo, por decir algo, que usted llegó a saber que alguien que usted amó había trabajado contra su causa, no sería doloroso eso a usted?"

"Sería doloroso para mí pensar que yo no lo sabía antes, para haber liquidado a él o ella a tiempo, sí. ¿Pero dónde está 'el conflicto moral' en tal sentimiento?"

¿"Pero si usted amó a la persona?"

"Tan pronto como yo sabría de la traición, no podría amarle más tiempo. Al contrario, yo podría sentir, solo aborrecimiento por tal persona."

El psiquiatra olvidó cuan exactamente él había resumido mi mentalidad justo un rato antes, y me hizo una pregunta tonta. Pero, dijo él, suponiendo que era alguien que, desde el principio, nunca había tenido sus opiniones . . .? "

"En este caso, yo nunca habría amado, desde el principio. Podría haber habido, entre nosotros, a lo más, relaciones de cortesía, relaciones hasta cordiales - si yo lo juzgara necesario u oportuno - pero sentimientos más profundos (en mi lado al menos) habría sido imposible. No. Recuerde por favor que la gente como yo - como nosotros - la gente con una sola lealtad, están libres de 'los conflictos morales'. Esa es nuestra fuerza."

"Esto le hace monstruosa."

"La gente que aspira a la superhumanidad está obligada a parecer monstruosa, a hombres de una civilización en descomposición," dije, como si estuviese hablando a todos los Demócratas en nombre de todos los Nacionalsocialistas.

"No hay ninguna superhumanidad, y allí nunca habrá una humanidad superior," contestó el psiquiatra. "Existe sólo nuestra humanidad pobre, imperfecta pero querida - querida a pesar de todas sus debilidades; nuestra humanidad viva, llena de contradicciones, de inconsistencias, preocupada por problemas siempre recurrentes, que lucha y sufre . . ."

¡"Cielos, lo que la influencia largo tiempo arrastrada de una religión judía puede llevar a algunas personas para valorar!" grité, con el sentimiento de que todos nuestros opositores en efecto habían hablado por aquel hombre pelirrojo sentado ante mí. "Bien, sé que nada es absoluto y por lo tanto nada puede ser perfecto dentro del tiempo, sobre todo al final del período del decaimiento como nuestra Edad está. Pero si usted ama a la humanidad del día presente como es, le digo que yo no lo hago. Y nunca voy a hacerlo. Amo a los dioses vivos - mis camaradas, ante mis ojos los precursores de una edad regenerada. ¡Y si ellos no son destinados para gobernar el mundo, pues afuera tal mundo! ¡Rápidamente una ducha de bombas atómicas sobre ello y, en lugar de su charla sin sentido sobre 'amor' y 'paz', la voz del viento aullador sobre sus ruinas, - y las nuestras!"

El psiquiatra se levantó. Yo también. La entrevista había sido larga, muy larga. Sólo lamenté que no había sido en público.

Fui devuelta a mi celda. Y allí, comí dos rebanadas de pan blanco y mermelada de naranja, con el mejor de los apetitos - sintiéndome agradecida a la madre Naturaleza por haberme hecho uno de los casos vivos de lo que el Sr. Grassot, del Departamento de Información francés en Baden Baden había llamado el 9 de octubre de 1949 nuestra "lógica espantosa." Entonces, unté una tercera rebanada, y una cuarta, y las guardé para que mi nueva amiga H. E. pudiera tomarlas la mañana siguiente. Luego, me senté en mi mesa y seguí el Capítulo 4 de mi Oro en el crisol.

* * *

Mi nueva amiga ahora vino cada mañana con la hermana a cargo. Ella se quedó dos o tres minutos, tomó la comida y bebida que yo tenía para ella, intercambió unas palabras agradables conmigo, y se marchó.

Un día ella vino, no con la enfermera, sino con una de las guardias, y de una vez se sentó sobre

el taburete que le ofrecí. "Vine hoy con Frau Fulanita de tal, de modo que pudiéramos hablar un poco libremente," dijo ella, cuando la guardia se sentó sobre mi cama. "Frau Fulanita de tal es 'afin'."
La guardia nos dio una sonrisa de asentimiento; y H. E. siguió; "desde que ellos nos han detenido, esta gente ha estado tratando de meter en nuestras cabezas que somos monstruos debido a las cosas que hicimos. Los sacerdotes que ellos nos han enviado para devolvernos a sentimientos cristianos han estado repitiéndonos lo mismo, durante tres años y medio, a saber que eso, de entre todas las cosas, era algo espantoso. Usted no es alemana, aunque es una de nosotros. Usted tiene en estos asuntos una imparcialidad que ninguno de aquellos enemigos de Alemania puede pretender tener. Dígame francamente: ¿qué piensa de aquel rasgo de nuestro régimen?"

"Era necesario," contesté resueltamente. "Lo único que lamento es que, primero, muchos Judíos peligrosos nunca fueron gaseados, nunca siquiera detenidos; y segundo, que los esclavos del Pueblo judío no fueron gaseados con sus amos - para seguir sirviéndolos en el siguiente mundo, si tal cosa existe, como los esclavos de jefes muertos se supone los seguían, en la antigüedad remota. Confieso que esto habría hecho a los Yids un gran honor, darles una escolta de arios puros a las puertas del Hades; pero esto habría limpiado el Tercer Reich - y el mundo - de un considerable número de traidores."

Tanto la guardia como H. E. sonrieron.

¡"Cuan amablemente usted lo pone!" exclamó mi nueva amiga. "Pero, - sólo le digo, por conversar, lo que 'ellos' dicen al otro lado - parece que 'esto está mal'; que esto sería 'un delito contra la humanidad'."

¡"Humanidad! ¡Déjeme reír!" Estallé. " ¿Cuánto más se dignarán usted y los otros a escuchar sus tonterías Cristianas? ¿Qué haría usted si tuviera bichos en su cama, sorbiendo su sangre? Qué harían 'ellos' - nuestros opositores, los maravillosos Demócratas 'humanitarios' (quienes dejan de ser 'humanitarios' cuando se trata de bombas de fósforo regadas por millones sobre Alemania, como usted debe saber mejor que yo); ¿qué hacen los clérigos que ellos le envían, en circunstancias similares? Matar a los bichos, naturalmente. Y sus huevos con ellos. Y ellos no se preocuparían de cómo lo harían, mientras fuese hecho rápidamente. Aunque los bichos están hechos en la naturaleza de modo que no pueden ser posiblemente algo más, sino parásitos; mientras los Judíos podrían ir y trabajar con sus manos, como mejores razas hacen, pero no van a hacerlo. Ellos han decidido ser, desde el principio del tiempo, los parásitos de cada otra nación bastante amable para dejarles vivir, sea ello Egipto antiguo, sea ello Alemania moderna. ¡Y cuando por fin, la nación explotada, conducida a la exasperación, se da cuenta de su truco invisible y despierta y comienza a tratarlos como parásitos, entonces, ellos se hacen pasar por mártires, y exponen 'el antisemitismo', y financian campañas de atrocidades por todo el mundo, y logran - ay! - unir a todos los 'humanitarios' faltos de sentido crítico, delicados, toda 'la gente decente' del mundo contra aquella nación, los pícaros astutos! Pero esto no es ninguna culpa suya, fácilmente confieso. Ellos siempre eran tal cual ellos son. Es, primero, la culpa de aquellos idiotas de sangre aria que los han tolerado tan largo tiempo - quienes, incluso, han hecho más de una vez uso de ellos (como los príncipes y los duques de la antigüedad hicieron) para estrujar dinero de otros arios, (sus súbditos pero, yo digo, sus hermanos). Esto es la culpa de todos aquellos que, en el pasado y ahora, han tratado con ligereza las diferencias raciales y quienes han predicado que un Judío que se hace Cristiano es tan bueno como cualquier Cristiano de sangre aria, o que un Judío domiciliado en Alemania es un alemán y un Judío domiciliado en Inglaterra un Inglés etcétera. . . . ¡Que babosadas !

Es la culpa de todos aquellos que eran y quienes son cogidos por aquella charla absurda, como si no tuvieran ningunos sesos para pensar mejor y ningunos ojos ver la verdad deslumbrante

por todo alrededor de ellos. Nunca es la culpa de los bichos, si una casa es invadida con ellos; es la culpa del ama de casa . . . "

¡"Mi Dios! ¡Usted tiene razón!" exclamó H. E. "no hay ninguna diferencia en absoluto entre lo que usted dice y lo que ellos solían decirnos, durante nuestra formación, en los días de Hitler." ¡"Yo debería pensar que no!" dije. "No es porque yo no estuviera aquí, durante los grandes días, que soy menos consciente de la verdad que aquellos lo eran. Y no es porque fui criada en uno de los países que hacen el máximo alboroto sobre la Democracia, - a saber Francia - que apoyo al orden y la autoridad y los pasos drásticos dondequiera que el futuro de la raza aria concierna, algo menos que usted; o que soy en lo más mínimo, menos dedicada a nuestro Führer."

H. E. sonrió, y estrechó mi mano cariñosamente. ¡"Mi querida, nunca dudé de ello!" dijo ella. "En efecto, cuando pienso en usted, sólo lamento que no estuviera aquí en nuestros días. Usted habría sido feliz. Y nosotros le habríamos dado un lugar digno de su fervor y capacidad." "Todo lo que lamento es que yo podría haber sido un poco más útil en Europa durante la guerra de lo que fui tan lejos en el Oriente . . . y también esto . . ."

¿"Y también qué?"

"Y también," dije yo, "que nunca he visto el Führer, ni cualquiera de sus grandes colaboradores. ¿Usted le ha visto, ciertamente?"

"Sí, muchas veces. Le he saludado en las calles de Berlín, como miles de otros han hecho. Pero nunca le he hablado."

La guardia se levantó y me dijo que, aunque le gustara mucho complacerme, ella no podía permanecer posiblemente con H. E. más tiempo en mi celda. Pero, ella añadió, "si estoy de servicio el domingo por la tarde, la traeré otra vez."

¡"Sí, hagalo! Estaré tan agradecida a usted," dije. ¿"Y no es posible para mí entrar en contacto con uno o dos más de mis camaradas?"

"Veré," dijo la guardia; "veré lo que puedo hacer."

H. E. me saludó: ¡"Heil Hitler!" "La hermana Maria - la enfermera responsable - no quiere que nosotras digamos esto," explicó ella, "pero Frau Fulanita de tal es una de nosotros." Frau Fulanita de tal sonrió con simpatía. ¡"Heil Hitler!" dije, levantando mi mano.

* * *

La vida siguió para mí, feliz, en la expectativa de mi proceso pronto a venir. Terminé el Capítulo 4 de mi Oro en el crisol, y comencé a escribir el Capítulo 5, sobre la "des-Nazificación". Puse todo el fervor de mi corazón en mi trabajo; y las palabras que escribí eran palabras de la fe en el futuro. ¡"Qué diferencia con el 46' y 47'!" Yo a menudo pensaba para mí. "Entonces, yo era - libre y sin esperanzas. Ahora estoy cautiva, pero sé que nos levantaremos otra vez, un día. ¿Mientras eso sea verdad, qué importa el resto?"

Y recordé una obra que yo había escrito en aquellos días horribles, - una obra titulada Akhnaton, que presentó la persecución de la forma más hermosa de adoración al Sol en la Antigüedad, bajo el Faraón Horemheb. Nadie había sospechado siquiera el sentido de aquella obra - salvo un puñado de amigos míos alemanes conocedores del idioma inglés. Ahora, cité en lo alto de la página, bajo el título de mi Capítulo 5, - "Des-Nazificación" - las palabras del viejo

himno de odio entonado por los sacerdotes de Amon cuando ellos maldijeron al Rey Akhnaton, después de su muerte:
¡"Infortunio a tus enemigos, Oh Amon!
La Ciudad Tuya perdura,
. . . Pero él que te atacó cae. . . "

"De un punto de vista literario, mucho mejor, pero en el espíritu, tan malo como los discursos de los autoproclamados guardianes de los 'valores humanos' en Nüremberg," pensé. Y una sensación fría traspasó mi espina cuando comprendí, quizás mejor que alguna vez, que, en el reino del Tiempo, la furia de nuestros enemigos ha durado tanto como nuestra filosofía divina; que allí siempre hubieron intereses creados opuestos a nuestra verdad; allí siempre los habría, por tan largo como el Tiempo durase. Pero de todos modos, nada puede destruirnos. Y, debajo de las antiguas palabras del odio victorioso, cité una de las frases inmortales de nuestro Führer: "cada tentativa de combatir una 'Weltanschauung' mediante la fuerza falla al final, mientras que esto no tome la forma de un ataque a favor de una nueva concepción espiritual. "1
Y por un rato, pensé en el estímulo contenido en aquellas palabras verdaderas: ¿Qué "nueva concepción espiritual" en efecto podría reemplazar la nuestra, la unica que está, en las muy propias palabras del Führer, "en plena armonía con el sentido original de las cosas"? 2

1 Adolf Hitler, Mein Kampf, Capítulo 5, edición. 1939, p. 189.
2 Adolf Hitler, Mein Kampf, II, Capítulo 2, edición. 1939, p. 440.

Fuera de contacto con mis camaradas libres; fuera de contacto con Herr W. - ahora seguramente, como yo, "en custodia" en alguna prisión - fuera de contacto con mi marido y con mis amigos en el extranjero, aún, me sentí unida a toda la Alemania y a todo el mundo, incluso más aun que cuando yo había sido libre. Y aunque desde mi celda yo no pudiera ver, ni el cielo, ni el Sol, me sentí unida a ellos más allá del mundo. Cuando adiviné el brillo rojo de la tarde detrás de los cristales no transparentes de mi ventana, yo pondría mi taburete sobre la mesa y me pararia en ello, y mirando fijamente en el Disco encendido a traves de la abertura estrecha en lo alto de la ventana, y rezaría: ¡"Pon Tu poder en mí, Fuente de todo el poder! ¡Y sigue inspirándome, que mi vida siempre pueda ser un himno hermoso a Tu gloria, y un testimonio a la verdad!" Y cuando, después de esto, otra vez me senté para escribir, sentí que la fuerza y el resplandor del Sol llenaron en efecto a mi ser entero, y pusieron el sello de duración - el sello de verdad - sobre lo que escribí.

Una vez al día, era sacada para un paseo de un cuarto de hora alrededor del patio, sola, en la supervisión de la guardia que resultaba estar de servicio. Ya que yo todavía estaba "en custodia," y no tenía el derecho de juntarme con los otros presos en su "hora libre" - que era también, la mayor parte de las veces, una media hora libre o un cuarto de hora libre. Por las tardes las guardias de servicio a menudo solían venir y tener una conversación de unos minutos conmigo en mi celda. Ellas eran mujeres sobre todo jóvenes, curiosas por oír algo sobre el amplio mundo, y quizás aun más, ávidas por preguntar a un Nacionalsocialista extranjero que había demostrado su sinceridad. Pronto aprendí a conocerlas por sus nombres, y a querer algunas de ellas más que otras. H. E. - que ahora vino con regularidad cada mañana - me había hablado de cuatro a quienes, según su conocimiento, eran "ganz in Ordnung," es decir, que compartieron nuestra fe de todo corazon, sean oficialmente "des-Nazificadas" o no.

Adoré a aquellas, naturalmente. Yo sabía que podría confiar en ellas. Pero debo decir que las demás se comportaron también en una manera amistosa hacia mí. Ninguna pareció considerarme como algo más sino una amiga genuina de Alemania - una persona digna de elogio. ¡Ellas sostuvieron, sin embargo (y cuan correctamente!) que quizás podría haber sido más útil, si yo hubiese sido un poco menos confiada y más flexible.
Ellas a menudo me preguntaban sobre las cosas que yo había visto en el Cercano y Medio Oriente, en el transcurso de mis viajes. Y evoqué ante ellas los templos arruinados de Alto

Egipto, y el Valle de las Tumbas de los Reyes, y el Nilo entre Aswan y Wadi-Alfa; o el esplendor austero del desierto de Iraq, bajo la luna; o la belleza de la costa Malabar o del campo bengalí, justo después de las lluvias. Y ellas me preguntaron sobre mi vida en India, y sobre India durante la guerra.

Hablé largamente sobre la espantosa hambre Bengalí de 1943 - el resultado de la requisición general de la cosecha de arroz por parte de los británicos, para las tropas británicas y americanas en Birmania y para el personal "de los servicios indispensables" en caso de emergencia. Evoqué tan fuertemente y tan vivamente como yo podría las filas interminables de hombres, mujeres, y niños que pasaban hambre - esqueletos vivos - venían del campo para esperar la muerte a lo largo de las ajetreadas avenidas de Calcuta; y aquellos que buscaban por algo para comer en los apestosos montones de polvo, mientras los luchadores para la Democracia, llenos de la comida - y whisky, a ochenta rupias una botella - podrían ser vistos tambaleándose del "Firpo" el restaurante ultramoderno de moda - y mareándose sobre el pavimento. "Se dice que un tercio de la población Bengalí ha muerto del hambre o de las consecuencias de la desnutrición arrastrada largo tiempo," añadí.

"Y la gente que estaba en el fondo de esto son aquellos que, en 1945, tenían la impudencia para hacerse pasar por defensores 'de la humanidad' y acusar a los vencidos de 'crímenes de guerra'."

La reacción de mis oyentes era la reacción que yo había obtenido por todas partes de Alemania, dondequiera que hubiera relatado lo que yo había visto en Calcuta de marzo a diciembre de 1943. ¿"Sí, cómo se atreven ellos a hablar de nosotros?" todas estuvieron de acuerdo. Y pensé: "estas mujeres nunca habían oído quizás del hambre Bengalí antes. Ahora, ellas se irán a casa y comentarán sobre eso en la presencia de otros alemanes. Y esto contribuirá para aumentar el aborrecimiento general hacia los hipócritas ahora ocupados en el desmontaje de las fábricas alemanas en nombre de la paz e intentando contener el Nacionalsocialismo en nombre de la libertad. De este modo, supongo que no soy completamente inútil, aun aquí . . ."

Una de las guardias me preguntó si, durante la guerra, había muchas personas en India de nuestro lado.

"Todo depende cuando," contesté. "En 1940, todos estaban de nuestro lado - salvo los pobladores británicos, los anglo indios, que los imitaron, y, naturalmente, los Judíos. Usted debería haber visto el entusiasmo ante las noticias de la caída de Francia; ¡en la expectativa de la caída de Inglaterra! Esto duró hasta 1942. En 1943, comenzaba ya a menguar. En 1944, se había ido. En 1945, muchos de aquellos que habían hablado más fuertemente, hasta antes de la guerra, sobre "las obligaciones irrompibles de la solidaridad aria" etcétera, giraron sus chaquetas y dieron la bienvenida "a la era de paz, justicia y Democracia verdadera" que se supuso que las Naciones Unidas habían inaugurado. Lamentablemente, debo decir, este fenómeno no es particular a India. Exactamente el mismo curso de la evolución ha sido seguido por un gran número de Islandeses - la gente nórdica pura. . . "

"Y por algunos alemanes, también . . . aun más lamentablemente," dijo una de las guardias a quien yo conocía por ser, ella misma, "una de nosotros."

***

Una tarde, fui llevada por la guardia de servicio a un cuarto frente a las oficinas del Gobernador británico y del Celador Principal. Allí, se me unió el señor con la voz insinuante - Sr. Manning, creo - que había intentado en vano, en Düsseldorf, hacerme decir quién había imprimido mi propaganda, y una joven mujer inglesa.

"Hemos venido para hacerle unas preguntas más," dijo el hombre, cuando tomó su asiento. Y me ofreció sentarme. "Primero, hemos estado examinando sus carteles y los dos panfletos encontrados en su bolso muy estrechamente," él prosiguió; "y hemos llegado prácticamente a una conclusión respecto a donde ellos probablemente fueron imprimidos. ¿Gustaría usted saber nuestra conclusión?"

¿"Por qué no?"

¿"Y nos diría usted si somos - correctos o incorrectos sólo en eso?"

"No," contesté. "He jurado a mí misma que no diré a usted, ni a nadie una palabra acerca de la imprenta de aquellos papeles, y me atendré a mi decisión."

¿"Usted no nos diría siquiera 'si' o "No"?"

"Ni siquiera 'si' o "No". Usted no esta obligado a avisarme lo que ha deducido de su examen de mis panfletos. No le he pedido eso."

Hablé así a fin de esconder mi ansiedad genuina. Ya que yo sabía que la policía era inteligente - o pensé que lo era.

"No puedo ver ningún daño en decirle a usted," dijo el hombre. "Sospechamos fuertemente que sus papeles fueron imprimidos en Francia."

Él siguió mirándome atentamente, esperando descubrir en mi cara un signo de miedo o alivio. Él me lo había contado, de hecho, sólo para provocar una reacción de mi parte. Y su declaración podría haber sido incluso una mentira completa, que yo sepa.

Sin embargo, eso también podría haber expresado una opinión genuina. Y de alguna manera, en algún sitio en la profundidad de mi conciencia, sentí realmente el más cercano acercamiento a un suspiro de alivio - y a una propensión repentina de reírme; ya que mis papeles habían sido todos imprimidos en el corazón de Londres. Pero, a mi conocimiento, mi cara - con la ayuda de los Dioses - permaneció tan en blanco como si el hombre hubiera estado dirigiéndose a mí en chino. Y no hice ninguna respuesta. Haber dicho "sí" habría levantado inmediatamente sospechas ¿"Cómo era que mis escrúpulos habían desaparecido tan rápidamente?" el hombre se habría preguntado. Y él habría averiguado quizás que yo trataba de conducirle a lo largo de una pista falsa. Por otra parte, yo no podía haber dicho "No". Esto podría haberle conducido a pensar en Londres.

¿"Entonces usted no nos dirá nada?" preguntó el Sr. Manning (o cualquiera que su nombre fuera) por fin.

¿"Qué le hizo suponer que mis papeles fueron imprimidos en Francia?" pregunté, a cambio.

"Bien . . . ciertas particularidades en la letra," contestó mi interrogador. "Estamos prácticamente seguros de ello," añadió él.

"No tengo nada para decir," declaré, poniendo una expresión fingida de preocupación, - como si los papeles realmente hubieran sido impresos en Francia y como si yo temiera que fuera descubierto pronto por quien.

El hombre no insistió. Pero creo que él se sintió cada vez más convencido (si él alguna vez lo hubiera estado en absoluto) que la propaganda había salido en blanco y negro en alguna tienda

trasera Parisina. Él tomó un papel y un portaplumas y anotó algo. Entonces me preguntó si "yo me opusiera" a aclararle unos puntos más acerca "de mi pasado."

"Parece que usted estaba en India durante la guerra," dijo él; ¿"cómo es que no estaba en Europa trabajando para su causa?"

"Sólo porque yo materialmente no podía venir a tiempo," contesté. "Hice todo, absolutamente todo lo que yo podría para venir. Pero esperé meses mi pasaporte. Y el último barco italiano que yo esperaba para tomar nunca zarpó. Italia entró en la guerra una quincena demasiado pronto."
"¿Y usted tenía . . . proyectos fijos, respecto a qué usted iba a hacer en Europa?"

Reflexioné: ¿debería yo decir la verdad o no? ¿Después de todo, qué importó esto, ahora que fui capturada de todos modos? No me preocupé más tiempo si "ellos" lo sabían. "Tuve la intención de transmitir propaganda de guerra a favor del Eje, en griego, en francés, y en bengalí," dije. En mi voz uno podría haber descubierto la pena infinita de que yo no había hecho en efecto eso. Pero mi interlocutor me observó con casi tanto interés como si yo lo habría hecho. ". . . con la intención deliberada de transmitir en nombre del Eje . . ." él escribió sobre su papel. Y girando hacia mi él preguntó: ¿"sabía el Partido de su intención?"

"Esperé que algunos miembros del Partido lo hicieran, al menos," contesté. ¿"Y qué hizo realmente usted en India, después del fracaso de su plan?" era la siguiente pregunta.
Mi respuesta - en perfecto apego con la verdad, si no con toda la verdad - sonó a una broma calculada para empujar al hombre desde las esferas sublimes de lo que le pareció como una alta traición premeditada, abajo a la absoluta trivialidad: "alimenté a gatos vagabundos," dije simplemente.
¡"Gatos!" gritó el hombre que me estaba interrogando.

"Sí, gatos," repetí; "aproximadamente ciento cincuenta de ellos un día, durante el hambre Bengalí, y algunos perros también. Dos veces al día, yo solía bajar con arroz, pescado y leche para ellos, y alimentarlos por turnos en dos o tres patios donde ellos solían juntarse. Y había una cola de aproximadamente cincuenta de ellos, gatitos y todos, cada tarde a lo largo de la tortuosa escalera de hierro que conducía a mi terraza. Y yo tenía treinta y cinco en mi casa solamente. Usted puede preguntar siempre que le guste si digo la verdad o no. ¡Todo el lugar me conocía, durante la guerra, como "la gata 'mem-sahib'!"

¡"Cuan encantador!" dijo, con una sonrisa, la mujer joven que se sentaba frente a mí, escuchando. ¡"Yo también, simplemente adoro a los gatos!"

Mi interrogador tenía el sentido común para no preguntarme por qué yo no había dedicado mi energía entera a los seres humanos. Él deseó evitar discusiones inútiles. Pero dijo; ¿"seguramente, usted no hizo solamente esto?"

"En efecto no," contesté con suma facilidad. "También escribí un folleto a indios y no hindúes titulado Unidad india, sobre el problema Hindú y musulmán; y un libro titulado la Alegría del Sol - la vida de Rey Akhnaton de Egipto contada a la gente joven; y otro libro, un Hijo de Dios sobre el mismo Faraón de hace tres mil trescientos años." Todo esto era absolutamente exacto. Pero no pareció satisfacer la curiosidad de mi interrogador.

"Usted también solía recibir a miembros de las fuerzas Aliadas en su departamento," indicó éste por fin. ¿"O estoy confundido?"

Él no estaba confundido. Eso, yo lo sabía. Esto fue casi una quincena desde que yo había sido

detenida y, claramente, pensé yo, alguna clase de preguntas habían sido hechas sobre mí en India. No era de ninguna utilidad tratar de negar hechos conocidos. Pero . . . había un modo de presentarlos . . .

"Mi marido siempre estaba allí cuando aquellos hombres vinieron," dije yo, no sabiendo al principio que más decir - pues el comentario me había sorprendido algo - y fingiendo que deseé afirmar mi inocencia desde un punto de vista moral.

"Nunca teníamos las dudas más leves sobre esto," contestó el hombre. ¿"Pero cómo se hizo aquella gente conocida a usted?"

"Yo solía traerles a casa cada miércoles por la tarde desde 'el Club del Este y Oeste', entonces situado en la Terraza Chowringhee," dije, de un modo casual.

¿"Y por qué usted era tan avida en traerles a casa?"

"Para ponerlos en contacto con mi marido." Mis palabras deben haber tenido el acento de sinceridad, pues lo que dije no podía haber sido más verdadero.

¡"Ah, ah!" . . . murmuró el funcionario de policía.

"Ciertamente," proseguí, con el aseguramiento imperturbable; "mi marido como un indio, y uno antiguo, verdadero, experimentado en ciencia Sánscrita, astrología, etc., y todos los asuntos particulares a India. Ahora, el mismo objetivo, la raison d' être del 'Club del Este y Oeste' - la intención laudable del Rev. Charles Milford y de su esposa Mary Milford, sus fundadores - era poner exactamente a miembros de las fuerzas Aliadas, tanto británicos como americanos, en contacto con indios interesantes; para darles entonces un gusto de la vida casera india y recuerdos agradables de su permanencia en el Oriente. Yo simplemente realizaba el objetivo del Club a la mejor de mi capacidad."

Sin adularme, esto era lógico, plausible; irreprochablemente bien puesto.

¿"Y de qué habló su marido con nuestros hombres?" preguntó mi interrogador, el Sr. Manning, o cualquiera sea su nombre.

"Yo no podría decir," contesté. "Quizás sobre historia india; o sobre la astrología, si ellos estuvieran interesados. Yo no estaba generalmente presente en sus conversaciones."

¿"Por qué no estaba usted?"

"Porque no es el hábito de las mujeres indias sentarse en compañía de hombres extraños. En el Club, por supuesto, era diferente. Éramos todos modernos allí. Pero en casa, observé la vieja costumbre. A lo más, después de servir el café a los hombres, yo solía mostrarles mis gatos . ."

¿"Y de qué habló cuando estaba sola con ellos en el Club o en su camino a casa?" preguntó mi interrogador.

"Sobre el calor; o sobre comida india; o algo así. Yo nunca solía decir una palabra sobre la guerra, o sobre la política."

¿"No le preguntaron alguna vez ellos qué opinión tenía?"

"Sí," contesté; "ellos lo hicieron. Pero yo siempre les decía que yo no tenía ninguna, y que estuve interesada sólo en la Antigüedad. Esto evitó todo desagrado posible. . ."

El hombre llevó el interrogatorio de mí sobre mi marido. ¿"Sostiene él las mismas opiniones que usted?" él me preguntó.

"Espero eso," contesté. "Yo solía creer que él lo hizo, por supuesto. Pero, como dije ya en Düsseldorf, no sé nada de las opiniones de otra gente - aunque yo no pueda menos que sentir que cualquier indio de casta alta y orgulloso de su propia tradición está obligado a sostener nuestras opiniones, a sabiendas o inconscientemente."

"Su marido parece bien en simpatia con usted, si uno le juzga por sus cartas," declaró el hombre. ¿"Cuánto hace que usted no le ha visto?"

"Más de tres años."

¿"Y él no se siente solo, sin usted?"

"Espero que no. Creo que él es bastante rico espiritualmente para nunca sentirse 'solo'. Yo nunca lo hago, que soy, espiritualmente - e intelectualmente - su inferior."

"No puedo entender por que demonios él se casó con usted."

"Sería mejor quizás preguntarle a él," contesté, con una pizca de ironía.
La mujer joven que estaba presente gritó: ¡"una muy buena respuesta!"

Por último el Sr. Manning - o a quienquiera él era - me preguntó como yo había logrado distribuir mis papeles en sitios públicos por todas partes de Alemania, desde tan largo tiempo, sin entrar en problemas.

"Supongo que yo solía entregarlos sólo a la gente correcta," dije.

"Estoy seguro que lo hizo, - por otra parte usted habría estado en la cárcel hace meses. ¿Pero cómo reconoció a aquellos que compartieron su ideología? Eso me gustaría saber."

"No sé. Yo solía sentirlos, de alguna manera, incluso antes de que ellos hablaran," contesté. ¡"Apuesto a que ella sólo eligió los hermosos!" propuso la mujer, resumiendo lo que ella pensó sobre mi modo de descubrir a primera vista quién era un Nacionalsocialista y quién no era.

"Bien, se supone indudablemente que esta era una broma, pero hay alguna verdad en ello," dije, a la sorpresa de ambos de mis interlocutores. "Cuando yo solía ver, en una cara, no sólo rasgos regulares y los signos externos de salud, sino aquel sello indefinible de inteligencia combinada, fuerza de voluntad y fervor; de la fuerza serena y paciente, de coraje y amor - de sanidad en todas partes que constituye la verdadera belleza, entonces yo solía decir para mí: 'éste parece uno de nosotros; voy a dirigirme a él - y quizás le daré un par de panfletos. Y nunca cometí un error, aunque yo no sea ningún experto en la lectura de pensamientos. Aquello solo iría a demostrar que cada Nacionalsocialista es uno entre una verdadera élite humana; una hermandad de seres más altos."

"Le veremos otra vez en Düsseldorf el dia 7," dijo el hombre por fin, acabando con nuestra conversación. Entonces, yo tenía un momento de debilidad; recordé que el principio de mi libro estaba en las manos de la policía. Yo no podía menos que preguntar al Sr. Manning (o cualquiera que su nombre fuera) si él lo había leído y lo que él pensó de ello.
"Bien," contestó él, "no puedo decir exactamente que me gusta eso. Puede estar bien escrito; no soy ningún crítico literario. Pero no sé donde usted fue y consiguió su información sobre Dunkerke. Es todo falso . . ."

¿"Qué es falso, por ejemplo?"

"Es falso fingir que nuestras tropas fueron asustadas por los alemanes; también decir que Hitler sinceramente quiso la paz . . ."

¡"Ah, esto está bien!" pensé con aire de superioridad. ¿"Quién quiere confesar que el ejército de su país fue asustado alguna vez por alguien? ¿Y quién está listo para estar de acuerdo que 'el enemigo' ha actuado de buena fe?" Di vuelta hacia el policía: ¿"piensa usted que hay una leve posibilidad que mi manuscrito podría salvarse?" pregunté incapaz de no suplicar en su favor al menos una vez. "Si las declaraciones que hago son tan obviamente y tan horriblemente falsas como usted parece pensar, entonces ciertamente no es peligroso; nadie lo tomaría en serio. No tengo la intención de publicarlo de todos modos. Eso es obvio de sus contenidos."

"No puedo contestar 'si', ni "No"," dijo el hombre. "La decisión no está en mi." "No podría usted al menos, si ellos le consultan, indicar que la escritura no es peligrosa. Es demasiado Nacionalsocialista de todos modos, para que alguien pueda hacer esfuerzos de leerla, salvo un puñado de entusiastas . . ."

"No estoy de acuerdo completamente con usted allí," dijo el hombre. "Personalmente, si no hubiera sido por la dedicatoria, yo no habría averiguado que esto era un material Nazi antes de que yo llegara al segundo capítulo, (sic). En cuanto a su otro manuscrito," añadió él, hablando de la primera parte del Rayo y el Sol, "no es político en absoluto . . ."

Estuve asombrada - confusa. "O este hombre no debe haber leído la primera línea de mi escrito," pensé, "o . . . él debe ser un idiota perfecto, o trata de engañarme." Pero no dije nada. Recé a los Poderes invisibles que todos mis lectores en la circunstancia podrían permanecer ciegos al significado de mis escrituras, y no destruirlas. Un rayo leve, muy leve de esperanza - que no me atreví a animar - alboreó durante aquel día, en mi conciencia, por primera vez desde mi detención: "quizás, ellos salvarán mis manuscritos a pesar de todo . . ." Mi razón lo rechazó como algo completamente absurdo. Mi corazón se aferró a ello.

* * *

El domingo siguiente por la tarde, cuando los presos del ala D - los llamados "criminales de guerra" - iban volviendo atrás a sus celdas desde el cuarto de recreo, la puerta de mi celda fue abierta y . . . entraron dos de éstos ultimos; mi amiga H. E. y una alta, delgada, también rubia, mujer más joven. La guardia en deber - una de aquellas que eran, en palabras de H. E., "completamente afines" cerró con llave la puerta detrás de ellas. ¡"Espléndido!" exclamó H. E.; "ahora, somos libres un rato."

Y espontáneamente, - como si un milagro hubiera pasado, y la Ocupación con todo su rastro de vergüenza y miseria habría sido borrada en el parpadeo de un ojo, y los magníficos días habrían vuelto - tres de nosotras levantábamos nuestros brazos derechos en el gesto ritual y pronunciamos desde la profundidad de nuestros corazones las sílabas mágicas - el grito de la liberación; grito de guerra; el grito del amor que nada puede apagar; el grito de alegría de Alemania en la reconquista mucho tiempo retrasada de su verdadero y libre Yo: ¡"Heil Hitler!" Con mi brazo izquierdo alrededor de la cintura de H. E., la llama de desafío y la luz de fervor en mis ojos, estuve de pie entre las dos hijas rubias de Alemania resucitada, yo, la hija de ojos negros del Mediterráneo; el mensajero de los arios fieles del Sur Lejano y del mundo entero. Y no había ninguna diferencia entre ellas y yo.

"Una vez," pensé, - después de que el minuto divino había pasado y yo era otra vez capaz de pensar "el saludo era obligatorio, y las dos palabras también. ¡Alguien anduvo en la tienda de

abarrotes y las pronunció por norma, la mitad del tiempo sin pensar en lo que uno decía - tal como uno dice 'Buenos días!' - y luego, dando vuelta al comerciante, uno añadia inmediatamente: 'déme una libra de chucrut por favor." . . . . Ahora . . . las dos palabras, ya cuatro años prohibidas, realmente se han hecho palabras santas; ahora, solo las pronuncian aquellos en absoluto, quienes las quieren decir, con todo su corazón y alma, - que morirían pronunciandolas; y aquellos que se las dicen disimuladamente juntos - como nosotras tres - sintiendose unidos el uno al otro para siempre. Ahora, ellas han conquistado de nuevo su significado y su poder; el poder parecido a un hechizo que ellas tenían, entre las tropas de asalto de antes de 1933. "

H. E. me presentó la otra presidiaria, H. B. otra víctima del proceso de Belsen. Ambas se sentaron sobre mi cama, y durante dos horas - hasta que el tiempo de comer viniera - hablamos libremente. " ¡Mis queridas," dije yo, "qué imprevisible es el patrón de la vida que se despliega lentamente! Hace tres años y medio, cuando leí sobre aquellos repugnantes procesos en los periodicos, y vi sus nombres en la letra, entre muchos otros, y creí que todo estaba perdido, quién podría haberme dicho que un día, yo les encontraría en la prisión, y tendría la alegría de decirles a ustedes: 'nada está perdido, mientras conservamos nuestro espíritu. ¡tengan esperanza y esperen! ¿'Y quién puede decirnos hoy si, en unos años por venir, no saludaremos juntas el retorno de nuestro Führer entre el entusiasmo delirante, esta vez, de un continente entero? Por suerte el mundo es gobernado por lo Invisible. Y lo Invisible se rie de la O.N.U., y el Estado de Ocupación y la Comisión de Control, y todas tales invenciones efímeras de aficionados tontos en la política."

Las dos mujeres me contaron algo del modo atroz que ellas y el resto del personal alemán responsable del campo de Belsen fueron tratados en abril de 1945, cuando la Policía Militar británica tomó posesión del lugar. Ellas hablaron de los camiones llenos de Judíos frenéticos, enviados allí especialmente para infligir toda clase de maltrato sobre ellos - y en especial sobre los hombres S.S., los celadores del campo. Ellas me describieron cómo, después del confinamiento horroroso de cuatro días, sin comida ni agua, en su propia suciedad, ellas habían sido hechas sepultar, con sus propias manos, bajo la amenaza de bayonetas británicas, los cuerpos tanto de los internados muertos y de los celadores matados, y no les fue dada siquiera el agua para lavarse del hedor, sino que fueron obligadas - más bien que nada en absoluto - a usar su propia orina para aquel objetivo. Ellas me dijeron de los aullidos de S.S desafortunados. Los hombres que ellas vieron desentrañados vivos por criaturas que llevan puesto el uniforme de la Policía Militar británica (esperemos, por el honor de la raza aria, que todos éstos tenían alguna cantidad de sangre judía) y de los chillidos delgados, largo tiempo arrastrados, agudos del torturado.

Escuché atentamente. Con mi imaginación naturalmente viva, imaginé para mí las escenas horrorosas. Y sentí cada pelo de mi piel pararse erguido, y una sensación fría helada dirigirse a lo largo de mis nervios y penetrarme por completo. Esta no era ciertamente la primera vez que yo había oído de tales logros de los luchadores por la paz y los reformadores de la humanidad. Yo sabía de muchas atrocidades realizadas por los "maquisards" - "los héroes" de la "résistance" francesa - sobre todo a partir de agosto de 1944 en adelante; la gente francesa me había dicho ellos mismos de estas cosas en 1946. Y recordé muchos hechos similares de los cuales yo había oído en Alemania. Pero, pocos casos de la barbaridad antinazi tan repulsiva como aquellos que yo acababa de oír, me habían sido relatados aún por la misma gente que los había atestiguado hora tras hora, durante días en el final. Éstos superaron, de ser posible, hasta los horrores de Schwarzenborn y de Darmstadt . . .

Miré fijamente a las dos mujeres. En mi mente, recordé otras torturas, extravagantes, igualmente horrorosas, pero más largo tiempo arrastradas, más metódicas, más científicamente estudiadas, con mucha más maña aplicadas, cosas inauditas, que ocurrieron en China imperial, en Corea, en el antiguo Japón, y que yo sabía. Y algo parecido al entusiasmo me poseyó. Me

sonreí ante la visión del amplio mundo, extendido ante mí, y en las posibilidades desconocidas interminables que me podrían ser ofrecidas, a mi que conozco como y cuando, en el trascurso de los próximos treinta años. ¡"Mis camaradas martirizados, mis amados!" dije, con una voz clara, casi inspirada, "'Ellos' (los democratas) les han lanzado a los Judíos.

¡Pueda yo, un día, recibir el poder y la oportunidad de lanzar a ellos a los torturadores de sangre mongol! - a hombres amarillos, con caras inexpresivas y ojos rasgados. ¡En aquel día, les vengaré! ¡Por las Fuerzas invisibles, divinas, terrenales y subterráneas, que gobiernan todas las cosas, lo juro! "Y cuando dije eso, sentí que una corriente de poder subía por mi espina y surgía de la cima de mi cabeza; y las ondas destructivas letales se precipitaron desde mi cuerpo, irresistibles. En el espacio invisible, donde nada se pierde, aquella energía, liberada en un impulso de indignación honrada, todavía trabaja ahora para causar la perdición de nuestros enemigos. ¿Quién puede detenerlo?

* * *

El 7 de marzo, fui otra vez llevada a Düsseldorf. La nieve había estado cayendo varios días, y bajo el cielo gris, el paisaje se había hecho irreal miré fijamente en ello desde las ventanas del automóvil, con admiración apasionada, - consciente que el tiempo se venia cerca, cuando yo vería solamente el patio de la prisión, día a día - y me dirigí a la señorita Taylor, la mujer policía inglesa, que había venido para llevarme y que se sentó a mi lado.
¿"Usted no es demasiado infeliz en la cárcel?" ella me preguntó.
¿"Yo? para nada. Soy, al contrario, muy feliz," contesté. Pero no le dije que debí la mayor parte de mi felicidad al hecho que, alegres de aprovechar esta oportunidad para burlarse de las autoridades de Ocupación, el personal alemán me dejó hacer prácticamente todo lo que me gustó.

"Usted sería feliz en todas partes," comentó la señorita Taylor.

"Quizás," dije.

En Düsseldorf, la audiencia de mi caso fue pospuesta por otra semana. Y fui devuelta a Werl por la tarde. ¡"Lamento que ellos no pudieran seguir difiriendo mi proceso así" dije en una broma, "y así me permitan el placer de un paseo motorizado cada ocho días!"

El 14 de marzo, una vez más la señorita Taylor me esperaba a las 7 de la mañana. Una vez más, desde las ventanas del auto, miré el paisaje y los transeúntes, cuando rodamos por Dortmund, Duisburg, Essen, etc. . . . Cada vez vi ruinas, interiormente recé para la venganza rápida, y añoré para el día cuando yo vería las banderas portando la esvástica colgar desde las ventanas de las casas reconstruidas.

En Essen, pedí bajar del coche durante cinco minutos con el pretexto de "una necesidad muy urgente." La Señorita Taylor bajó conmigo, pero, tal como yo había esperado, no me siguió detrás de la pared arruinada que yo había elegido como una pantalla entre mí y posibles espectadores. Tomando un pedazo de tiza de mi bolsillo, escribí sobre la superficie lisa que había sido una vez una parte de una casa alemana, las dulces, - triunfales y ahora desafiantes - palabras que contienen toda mi vida emocional: ¡"Heil Hitler!" Tarde o temprano, desde aquel camino en el costado del cual el auto me esperaba ahora, o desde el otro, alguien, - algún trabajador alemán saliendo del empleo, maldiciendo la condenada Ocupación por su miseria actual; alguna ama de casa, recordando cuan encantadora era la vida, bajo el regimen del Führer, comparada con ahora - vendría a este punto solo y las leería. Y durante un minuto, su corazón latiría a tono con el mío, pensé.

En Düsseldorf, fui encarada en el Tribunal con mi desafortunado colaborador - Herr W. - yo, en

el banco del acusado; él, aunque todavía él mismo un preso en custodia, en la caseta de testigo. Él pareció - abatido pero no tanto como cuando yo lo había vislumbrado, dos días después de mi detención. Indudablemente, él había sufrido en la prisión.

Él dio un muy inteligente relato de cómo habíamos comenzado a hablar en "la Misión Católica" de la estación de ferrocarril de Colonia. Habíamos hablado en presencia de la mujer de servicio en la misión durante aquella noche. Y al ratito, - a fin de que ella no pudiera seguir la conversación (¿pues quién sabía qué visión ella sostuvo?) - habíamos hablado en francés. Herr W. me había relatado la historia horrible de sus tres años de cautiverio en el corazón de África; y yo, prácticamente segura que él era uno "de la clase correcta," le había traducido, del original en inglés, parrafos del tercer capítulo de mi Oro en el crisol. Ahora, ante el Tribunal, Herr W. no dijo nada que podría conducir a creer que, como un Nacionalsocialista, o hasta simplemente como un alemán, le había gustado el espíritu de mi escritura.

"Ella me leyó, en francés, unos parrafos de algún libro," dijo - él no declaró, de hecho, que era de aquel -, "pero era demasiado difícil para mí entenderlo, pues mi francés no es bueno. Sólo moví mi cabeza en asentimiento, por cortesía, sin comprender sobre qué era."

En realidad, él había concordado entusiastamente con lo que yo le había leído. Pero me alegré que él no lo dijo asi, por su propio bien y para el mío. "Mientras menos atención es llamada sobre aquel libro mío mejor," pensé. Herr W. prosiguió: "en cuanto a las opiniones de la señora. . ." Él iba probablemente a decir que nunca siquiera las sospechó. Pero yo estaba simplemente demasiado contenta para proclamarlas.

"No tenga miedo de decir que soy una Nacionalsocialista," grité desde mi esquina. ¡"Ahora que estoy capturada, deje al mundo entero saberlo! Estoy orgullosa de ello."

Había signos de interés aumentado entre el público alemán venido para oír el caso. La Señorita Taylor, que se sentaba a mi lado, me dijo, sin embargo, que no hablara hasta que yo fuese preguntada. El juez me ordenó "no interrumpir," y Herr W. reanudó su relato. ¡Él fingió que no tenía ninguna fe política en absoluto desde el final de la guerra - dificilmente podria decir que él nunca había tenido ninguna antes, siendo un hombre voluntario del S.S desde 1939 - y él declaró que había tomado mis carteles para colocarlos simplemente porque esperaba que yo le habría pagado por hacerlo! Añadió que él estaba sin empleo, y en necesidad fundamental de dinero - lo que, indudablemente, era verdad.

Escuché desde mi banquillo y comparé lo que yo oía con lo que Herr W. me había dicho un mes antes, en el tren vacío. Recordé su disposición entusiasta de colocar mis carteles tan pronto como él había visto uno de ellos. Recordé la lealtad con la cual él había hablado del Führer: ¡"nuestro querido Hitler! ¡Entonces es por el amor a él que usted ha venido a nosotros, desde el otro confin del mundo!" Sus palabras, y el calor con el cual él las había pronunciado, yo nunca podría olvidar. Y ahora . . . ¡él negó en público esa fe sagrada común que nos ligó! . . . ¿Y por qué? Sin duda, para evitar una sentencia pesada para él en su propio proceso próximo. "Yo nunca haría esto - yo, que nunca era siquiera un miembro del N.S.D.A.P., sin mencionar del S.S. la élite," pensé.

Sí; pero entonces, reflexioné, yo no había trabajado duro tres años en un campamento de trabajo de esclavos en el Congo, bajo la fusta de Negros, con apenas algo para comer. Y yo no había sido herida quince veces en el servicio al Führer. Y yo no había sido sometida, ahora, a repreguntas en las mismas condiciones horrorosas que este hombre joven probablemente había; ni tenía yo, en la prisión, que soportar las mismas privaciones. ¿Qué había estado haciendo yo, al menos hasta 1942, mientras él luchaba sobre los campos de batalla de Europa? ¡Andar bajo la Avenida de Chowringhee bajo mi parasol de colores brillantes, sintiéndome feliz; jactandome de las victorias relámpago de Alemania y conversando del Nuevo Orden mundial

próximo, en meriendas indias! Y aun después de eso, yo no había incurrido en ningún peligro. De este modo, naturalmente, ahora, yo podría permitirme ser desafiante.

Me avergoncé profundamente de mi primera reacción de fariseísmo y severidad. ¡"Pobre muchacho!" pensé, "él tiene el derecho de tratar de evitar el sufrimiento inútil posterior. Ha demostrado quién es él, en diez largos años de acción. Y nadie le cree, de todos modos, cuando él dice que "él ya no se aferra a cualquier ideología."

El juez me preguntó si yo tuviera alguna pregunta para hacer a Herr W., o algo para añadir a lo que él había dicho. Declaré que yo no tenía "nada para añadir." Durante nuestra comida de mediodía. La señorita Taylor comentó sobre la actitud de mi colaborador y habló de su "carencia de coraje moral." "Esto no debe sorprenderle," ella concluyó; "ellos son todos así. Usted debería haber visto 'los superiores procesados en Nuremberg, cambiando la responsabilidad el uno al otro - cada uno simplemente tratando de salvar su propio pellejo . . ."

"Me niego a oír una palabra de crítica, sin mencionar de culpa, contra los mártires de Nuremberg," dije. "Incluso si lo que usted dice fuese verdad - que no creo durante un segundo - aun ellos son mis superiores, y no tengo ningún asunto para criticar de ellos; mucho menos permitir que antinazis critiquen a ellos en mi presencia. Si usted gusta en absoluto dirigirse a mí, converse de algo más."

¡"Usted es el colmo, realmente!" exclamó la mujer policía. "Pero recuerde que usted no es un alemán . . ."

"Tal vez."

". . . y que usted no representa Alemania."

"Nunca lo he pretendido. De todos modos," dije - y una sonrisa desafiante aclaró mi rostro - "déjeme decirle que la 'próxima vez', cuando las Democracias sean aplastadas y estén en el polvo, veinte veces más devastadas aun de lo que Alemania está ahora, entonces, usted no encontrará en el mundo entero una sola persona no-inglesa apoyándola a usted con lealtad admirativa como yo apoyo a los alemanes hoy. Usted no encontrará siquiera amigos mercenarios, como lo hizo la ultima vez, ya que usted no tendrá ningún dinero restante. Alemania hoy no tiene ningún dinero, ningún poder, ningún status internacional. Pero ella tiene la magia del nombre de Hitler, y su Idea eterna. ¿Qué tendrá usted, para retener la lealtad de un extranjero, cuándo su poder material se habrá ido?"

La señorita Taylor no dio ninguna respuesta. No había ninguna para dar. Por la tarde otros testigos - Wilhelm Kripfel, el policía que primero había tratado conmigo, y su superior, el director de la oficina de policía en la estación de ferrocarril de Colonia; Gertrud Romboy, la mujer de servicio en la Misión Católica de la misma estación, durante la noche que yo había conocido a Herr W. allí; el Oberinspektor Herr Heller, y el hombre que, en Düsseldorf, había anotado mi declaración respecto "a por qué" yo había contribuido para mantener vivo el espíritu Nazi, fueron oídos en su turno.

El relato de Gertrud Romboy acerca de la manera entusiasta en la cual Herr W. había hablado de mí, era, desde el punto de vista del Tribunal, de lo más perjudicial al joven hombre. Esto mostró tan claramente como podría que, aunque él pudiera haber tenido hambre, nada más sino una fe Nacionalsocialista sincera le había apuntado a ayudarme. Y, si bien yo habría admirado a Herr W. si vigorosamente habría declarado esto, él mismo, yo estaba indignada cuando oí que Gertrud Romboy lo implicaba tan obviamente, como si hiciera todo lo que ella podría para dar sentencia contra él tan pesada como sea posible. En efecto, ella dijo la verdad y

toda la verdad ante el Tribunal de Comisión de Control Inferior, como ella había jurado que haria. Ella no era ninguno de nosotros - o, en la circunstancia, ella habría mentido, o habría fingido la ignorancia. Pero incluso más que su deseo aparente de traer castigo sobre Herr W. (así como sobre mí) la confianza precipitada con cual Herr W. le había hablado y le había dado un panfleto mío en su regreso desde la plataforma de la estación, me asombró. ¿No podría él haber, primero, hecho esfuerzos para averiguar si la mujer era segura o no? Recordé el hecho que, si Herr W. había sido detenido en absoluto, era porque, después de colocar tantos como él podría de mis carteles toda la noche, no había dejado de hacerlo cuando el día había alboreado; que, realmente, creyendose solo en medio de una parte arruinada de Colonia, él había pegado quince de ellos en fila contra la superficie lisa de lo que había sido una vez la pared de un banco, a las 8:30 a.m. más o menos, - en pleno día. Yo había leído aquellos detalles en un resumen de su detención, y de las primeras declaraciones de los testigos, que me habían sido dadas en la prisión. Ahora, por segunda vez pensé, - no obstante todo el respeto que yo tenía para la sinceridad y celo del joven hombre, y por los esfuerzos genuinos que él había hecho para salvarme de la detención-: " ¡Yo nunca habría creído que un hombre S.S. podría ser un tonto tan torpe! "

Fue decidido por fin que, "dado la naturaleza muy seria de los cargos contra mí," mi caso excedió la competencia del Tribunal de Comisión de Control Inferior y sería por lo tanto oído en la siguiente sesión del Alto Tribunal del carácter similar. Me dijeron que la audiencia final no sería pospuesta adelante. (El informe del psiquiatra, leído por el juez, declaró en efecto que yo era "de más que la inteligencia media" "y totalmente responsable" "y apta para someterme al proceso.") me preguntaron si yo deseaba ser defendida. Contesté que yo era completamente capaz de defenderme - o mejor dicho declarar, yo misma, los motivos que me habían apuntado a actuar como lo hice. "Estoy orgullosa de lo que he hecho." Añadí, "y comenzaría otra vez si yo pudiera aunque, - yo espero - esta vez, con menos torpeza, tomando ventaja plena de la experiencia amargamente adquirida."

El juez tomó un lápiz y un pedazo de papel. ¿"Repetiría usted esto, por favor?" dijo él. ¡"De la mejor buena gana!" contesté. Y repetí la oración, sonriendo al público alemán. Y el juez lo anotó.

¿"Entonces usted no quiere que un abogado la defienda?" me preguntó, cuando él había terminado.

"Ah," dije, "si esto es la costumbre, y si no debo pagarle, no me opongo a tener uno. Pero me pregunto lo que él será capaz de decir en mi favor. De todos modos, también deseo hablar, personalmente. Espero me permitan."

"Usted va a hacerlo," contestó el juez, "a condición de que no tenga la intención de hacer un discurso político largo."

"Sólo quiero hacer uno corto," dije. El público se rió. "Además", añadí, "no sé a que distancia será 'político', ya que en mis ojos el Nacionalsocialismo es mucho más que la mera 'política."

* * *

Cuando yo andaba abajo la escalera grande al lado de la señorita Taylor, una mujer - que había estado escuchando entre el público - se acercó a mí y dijo: "me gustaría mucho tener una conversación con usted."

"Yo también," contesté, "pero no me permiten."

La señorita Taylor intervino. "Venga," ella dijo; "usted no debe ponerse en contacto con el público."

Pero di vuelta a la mujer que me había hablado - y a todos aquellos que podrían oírme - y les dije: "sepan, ustedes mismos, y digan a toda la Alemania, que ni amenazas ni soborno, ni severidad ni bondad, va alguna vez a 'des-Nazificar' a mí; ante mis ojos, el interés de Alemania Nacionalsocialista es el interés de la raza aria en libertad; y que espero para el Día de venganza y resurrección. Espérenlo, ustedes también, con el mismo espíritu. ¡Heil Hitler!"

La señorita Taylor - que no había entendido todo lo que yo había dicho, pero que había adivinado, más o menos, lo que esto podría ser - agarró mi mano derecha para impedirme hacer el saludo ritual. La miré y dije: "Eso es fácil. Pero toda la fuerza de las Democracias unidas no puede dominar mi espíritu."

Ella no contestó nada.

Ella me llevó a otro edificio, y me dio una taza de té. Un indio, que yo había notado al lado de los representantes de la justicia británica durante la audiencia de los testigos, entró y se presentó como el enviado del Consulado indio en Berlín, especialmente mandado para asistir a mi proceso y entrevistarme. Él pareció ser un indio del Sur, y me dijo que se llamaba Francis. "un cristiano de la costa Sudoeste," pensé. Y yo tenía razón, ya que el señor me dijo un minuto más tarde que él era de Travancore. Yo había visitado el lugar en 1945. Hablamos sobre ello un rato. Entonces, él me preguntó "como yo había venido a mezclarme con el Nacionalsocialismo," y, por la cien milava ocasión tuve que indicar, en una manera tan concisa como era posible, la conexión lógica entre mi ansia de toda la vida tras los ideales del Paganismo ario - que son los nuestros - y mi partida a India ordenada por castas. "la tierra que nunca había negado a los dioses Arios," en 1932. Las cosas que dije eran las menos probables de adular los sentimientos de un indio converso al cristianismo, criado, con toda probabilidad, en una atmósfera de "liberalismo" democrático - en otras palabras, de mentiras. Pero yo no podía evitarlo. Dije la verdad.

¿"No quisiera usted que nosotros tratemos de hacerle devolver a India?" preguntó el funcionario.

"Me encantaría volver durante algún tiempo," dije. "Hay unas cosas que me gustaría preguntar a mi marido, cuando lo vea otra vez. Pero bajo ningún concepto yo correría el riesgo de atascarme allí - como lo hice en 1939 - cuando los eventos interesantes comenzaban una vez más en el Occidente." Agradecí al señor, sin embargo, por el interés que él puso en mí. Después de esto, la señorita Taylor me devolvió a Werl. En el automóvil, viajando conmigo, estaba, esta vez, mi equipaje, que la policía me había devuelto.

"Me pregunto que hicieron ellos con mis manuscritos," yo no podía menos que decir. "Ellos me dijeron que guardaron lo que era de una naturaleza política, y le devolvieron el resto," contestó la mujer policía.

Sentí mi corazón hundirse dentro de mi pecho, creyendo que mis escrituras preciosas se habian perdido ahora y aquellos para quienes ellas habían sido escritas. Hablé poco durante el viaje. Repetidas veces, leí la lista de las cosas que la policía me había devuelto, agradecida a la señorita Taylor por dejarme verla de ante mano. Varios "cuadernos" grandes y pequeños fueron mencionados en la lista. Pero no recordé cuantos cuadernos yo tenía. Había un rayo de esperanza: el Programa del N.S.D.A.P. fue definitivamente mencionado en el papel. Recordé el folleto que llevaba sobre su tapa amarilla brillante una foto de la bandera de la esvástica blanca,

negra y roja - y pensé: ¡"si ellos pueden darme de vuelta eso, pueden devolverme cualquier cosa!" Pero no me atreví a creerlo.

Cuando llegamos a Werl, la señorita Taylor, que había tomado el cargo de las pocas joyas que yo todavía poseía, las entregó a las autoridades de la prisión. Mis pendientes indios en forma de esvásticas estaban allí con el resto. Ellos fueron mencionados en la lista. Mi equipaje fue llevado a la "Frauen Haus" y, por la petición de la señorita Taylor - que era bastante amable para entender mi deseo de inspeccionarlo a gusto - depositado en mi celda, bajo mi cama.

Tan pronto como yo estaba sola, lo abrí. Y mi corazón saltó: ¡allí, ante mí, yacía el cuaderno marrón claro grueso con una encuadernación roja en la cual fueron escritos, en mi propia letra, los tres primeros capítulos de mi Oro en el crisol, y unas páginas del cuarto! Y estaba, bajo ello, el cuaderno rojo oscuro que contenía la primera parte del Rayo y el Sol, y el manuscrito escrito a máquina entero de mi inédita Acusación contra el Hombre, terminado en 1946, con una cita del doctor Goebbels, un extracto de los famosos Diarios, añadida a principios de 1948 sobre la página exterior. . .! Me costó creer a mis ojos. Tomé un vistazo de las páginas preciosas, para ver si alguna había sido arrancada, o si cualquier línea hubiera sido borrada. No; todo estaba en orden como yo lo había dejado en el día de mi detención. Las lágrimas llenaron mis ojos. Y una gratitud aplastante se elevó desde la profundidad de mi corazón, no hacia la policía o las autoridades británicas, enemigos de todo para lo cual estoy de pie, que habían salvado mis escrituras no sabiendo lo que ellos hacían, sino hacia el Señor de las Fuerzas invisibles que los había obligado a salvarlas, sabiendo totalmente bien por qué. Ahora más que alguna vez me sentí segura que, tarde o temprano, el Nacionalsocialismo estaba destinado a triunfar. Sonreí; y en un arrebato de alegría casi extasiada, repetí las palabras de Leonardo da Vinci, leidas hace mucho: ¡"O mirabile giustizzia di Te, Primo Motore!" Me sentí tan clara, tan jubilosamente feliz, que yo no lo habría encontrado extraño, si mi cuerpo hubiera sido elevado de la tierra.

Seguí examinando mis cosas. La policía había retenido la fotografía de un joven alemán que yo había conocido en algún sitio en la Zona francesa. Sabiendo quién yo era, y lo que yo hacía (ya que yo le había dado, también, un bulto de panfletos) el joven había tenido el coraje para firmar su nombre bajo las pocas palabras que él había escrito detrás de la foto: "conmemoración de un soldado S.S.." Ahora me sentí preocupada por él, y recé con todo mi corazón que "ellos" nunca podrían encontrarle. ¡Las cartas del Sr. B que terminaban con "Heil Hitler!" ellos también habían conservado; así como dos ejemplares de una cierta revista inglesa que contenia varios retratos hermosos del Führer. Pero el otro retrato que yo tenía de él, - uno de los mejores; y uno que había estado siguiéndome en todos mis viajes por quién sabe cuanto - ellos me habían dejado. Esto también, me costó creer. ¡Y aún asi era verdad! Estaba la cara adorable mirandome fijamente una vez habitual, ahora como siempre; la Cara que nunca he visto aún en la carne, pero cuya luz me sostiene en la lucha para el triunfo de la verdad. ¡"Mein geliebter Führer!" Susurré con lealtad, sosteniendo la fotografía inestimable en mi pecho. Luego lo puse sobre la mesa contra la pared, afrontando mi cama. Y seguí mi inspección.
La policía también había dejado en mi posesión un folleto de canciones militares y otro de Canciones de combate del Movimiento, y . . . ¡una muestra de cada uno de mis panfletos, como un recuerdo! Adosado al más largo - aquel que yo había formado en Suecia, en mayo de 1948 estaba un pequeño cuadrado de papel escrito a máquina que contenia la enumeración metódica de los cuatro errores en alemán que habían sido encontrados en el texto impreso. Yo no podía menos que ser divertida por la prisa irónica que ellos habían mostrado en la corrección de ellos, como para decirme: "mire aquí; ¡antes de complacerse en la propaganda Nazi, usted debería ir y mejorar su alemán un poco!"

"Seguramente voy a hacerlo," pensé, como si estuviera contestando el desafío en mi mente. Y me avergoncé de mí por no haber estudiado la lengua de Hitler más a fondo, años y años antes. Por fin, me senté y comencé a copiar, en el cuaderno marrón claro grueso con una encuadernación roja, el Capítulo 4 y el Capítulo 5 de mi Oro en el crisol, que yo había estado

escribiendo, todos estos días, sobre hojas sueltas de papel. Luego, escribí el título del Capítulo 6, "las Cámaras del Infierno," y asenté el plan de este.

* * *

La vida siguió para mí, igual - o casi igual. La guardia venía y tenía conversaciones conmigo en mi celda, como antes. Frau Oberin a menudo venía ella misma, aunque, por regla general, ella prefería llamar a mí a su oficina. Una vez, ella me dijo cuan "oriental" le aparecí en mi perspectiva ante la vida.

¿"'Oriental' de qué modo?" pregunté.

"Bien, hay ciertos valores," dijo ella, "que aceptamos implícitamente. Ellos pueden ser Cristianos, o independientemente de como le guste llamarlos, y ser como usted dice, finalmente trazables a influencias extranjeras. Pero ellos se han hecho una parte de nuestro yo subconsciente. Nunca me he encontrado, incluso entre aquellos que comparten sus opiniones en Alemania, alguien que rechazó aquellos valores con tanto cinismo como usted hace. De lo poco que usted me dijo sobre la actitud hindú a la moralidad - centrada en la vida, a diferencia de centrada en el hombre concluyo que su permanencia larga en India ha influido enormemente en su filosofía."

¡"Nunca!" dije, vehementemente. "Odié los credos centrados en el hombre - todos ellos; los antiguos y modernos; los religiosos y políticos, y aquellos que son ambas cosas - con odio amargo, años antes de que yo siquiera pensara ir, a India. No puedo recordarme, sino como una rebelde contra tales ideas cristianas como 'la dignidad de todos los hombres' (sólo porque ellos resultan ser 'humanos') y 'el valor de todas las almas humanas', etc. De todos modos, en India, a menudo me decían que yo era 'profundamente Occidental' porque yo no tenía nada del misticismo de otro-mundo, y nada de la aceptación resignada de las cosas tal como las encontramos, que se supone caracterizan el 'Oriente'; también porque yo solía decir que, aun si pudiera, yo no desearía separarme del círculo interminable de nacimientos y renacimientos, sino que preferiría volver a la Tierra una y otra vez, ya que la vida es encantadora, al menos entre las formas más altas de sus manifestaciones más elevadas. Los indios tenían razón. Soy - a fondo europea, pero una europea de Europa antigua, desterrada en nuestros tiempos; una aria, impermeable a aquellos valores cristianos que han matado casi el alma de este continente y por lo tanto tan extranjera para la mayor parte de nuestros contemporáneos como lo sería una hija resucitada del Norte Pagano o de Grecia Pagana. "

"Usted quizás tiene razón," dijo Frau Oberin.

"Sé que tengo razón. Y por eso parezco así, 'Oriental' para usted, a pesar de mi Nacionalsocialismo, y ser tan 'Occidental' a tantos indios, a pesar de mi perspectiva centrada en la vida. Pero no estoy sola. Conozco muchos de la gente - aquí, en Alemania - que son tan 'cínicos', es decir, tan radicales como yo soy acerca de los valores morales traídos a nosotros por la Weltanschauung judía para debilitarnos y destruirnos. En ellos, - los discípulos verdaderos de Nietzsche - puse mi esperanza. Ellos son estos que van a 'marchar aun más adelante, cuando todo caiga a pedazos' como es dicho en el viejo Kampflied al cual más que un significado material puede ser dado," concluí.

"Quizás," dijo Frau Oberin. "yo dudo, sin embargo, si usted encontrará alguien que le entienda en esta prisión."

"He encontrado uno ya, al menos. ¿"Quién"?"

"Uno de los llamados 'criminales de guerra."

"¿Su amiga H. E.? Sí; puede ser. Ella habla muy bien de usted, en efecto. Ella parece quererla a usted."

"Me alegro si ella lo hace. La admiro."

¿"Qué diría usted si sólo conociera a algunos hombres, encarcelados aquí por los llamados 'crímenes de guerra'? Hay algunos perfectos tipos de idealistas entre ellos, - la gente acorde a su corazón."

¡"Ah, lamento que yo no pudiera entrar en contacto con ellos!"

"Lamentablemente, no es posible," dijo Frau Oberin. Y ella añadió: "no diga a nadie que he estado hablando de ellos a usted. Como la jefa de la 'Frauen Haus, tengo que ser muy, muy cuidadosa acerca de todo lo que digo."

"descanse segura que no hablaré," contesté; "pero dígame: ¿usted realmente no acepta ningún otro valor, sino el nuestro, en el fondo de su corazón, no es ello asi?" Frau F. Oberin me miró tristemente, y sólo contestó: "repito: tengo que ser muy, muy cuidadosa." Y ella cambió la conversación. Ella me contó sobre su hermano, que había sido matado en el campo de batalla en Rusia, y ella me mostró una foto de él, - un hombre joven de aspecto enérgico y hermoso, con el pelo claro, ondulado. "Le quise mucho," dijo ella.

"Ella ha sacrificado más de lo que alguna vez yo podría, para la causa que amo," pensé. Y recordé a los miles de mujeres alemanas que han perdido uno o más que uno de sus seres queridos sobre los campos de batalla de Rusia y en otras partes. Yo era sola. Yo no tenía nada para perder, salvo mis manuscritos; y ellos me habían sido devueltos. Miré la dulce Frau Oberin y dignifiqué la cara, y me sentí humilde.

* * *

Yo ya no estaba sola durante "el ocio." Dos nuevas prisioneras - una mujer checa, acusada del espionaje de parte de Rusia, y una mujer belga ya condenada al encarcelamiento de seis años por "la colaboración con Alemania durante la guerra" y esperando en Werl (con su hija de dos años) para que la policía belga tomara cargo de ella - ahora me acompañó alrededor del patio, unos minutos por la mañana y por la tarde.

Yo solía hablar libremente a ésta ultima, desde el día que ella me había dicho por qué había sido condenada. Ella profesó admirar todo lo que apoyé aunque - ella misma admitió - había seguido a su marido alemán (uno de la clase correcta, asignado a la guarnición de Bélgica durante la guerra) "no debido a su fe Nacionalsocialista, sino porque ella le amó."

"Yo no podría coquetear siquiera con un hombre que no compartió incondicionalmente nuestra fe, sin mencionar amar a él," le contesté espontáneamente a esto. "Pero, por supuesto," añadí, "yo quizás debería mejor ser silenciosa. Ya que no tengo ninguna experiencia en absoluto en la materia. No tenía ningún tiempo para ello - aun cuando yo era joven." Casi nunca hablé a la otra prisionera, que estaba en "custodia." Fue la señorita Taylor quien me había dicho quien era ella. Y la naturaleza del cargo contra ella no la volvio particularmente simpatica a mí. Sin embargo, una vez, yo no tenía ninguna otra opción, sino andar alrededor del patio por su lado, cuando éstabamos solas.

"La pequeña Kareen y su madre tienen a un invitado hoy," dijo la mujer: "el padre del niño, creo." Y ella añadió: "yo también, tengo un niño - un muchacho, dos veces la edad de Kareen. Y mi marido también es un alemán."

"Sí, algún Comunista maldito, más que probablemente," pensé para mí. No estuve interesada. "En general, si no estoy confundida," dije - sólo para decir algo - "no hay mucho amor entre alemanes y Checos."

"Es verdad - lamentablemente," contestó la mujer. Y ella me relató algunos acontecimientos horrorosos que ocurrieron en su país después de la guerra. "Los Checos eran en particular crueles con los hombres S.S.," dijo ella. "En varios sitios, ellos colgaron en fila tantos de estos como podrían poner manos encima, no por sus cuellos, como uno podría pensar, sino de sus brazos; y luego, ellos encendieron fuegos bajo ellos, abandonándolos para morir la muerte más atroz, tan despacio como era posible."

Yo no tenía la duda más leve que la joven mujer dijese la verdad. Ella no tenía ningún interés para mentirme, y tirar abajo su país ante mis ojos. Además, el cuadro que ella había evocado estaba en orden perfecto con todo lo que yo conocía ya sobre atrocidades antinazis. Y nunca, quizás, me sentí en más acuerdo completo con un cierto camarada alemán mío que me había dicho, en 1948, que, "cuando el día del ajuste de cuentas venga" ni un solo checo debería ser permitido vivir. Sin embargo, controlé mis sentimientos. "Por suerte", dije yo, tan tranquilamente como podría, "allí existe una Justicia divina, inmanente en este mundo. Su maquinaria muele despacio, pero muele - fino y es sorda a demostraciones tardías de arrepentimiento. Espero ver que pulpa sangrienta dejará caer, la "próxima vez," de sus dientes de hierro despiadados. Espero ver que todos los mártires de nuestra causa sean vengados cien mil veces, y regocijarme de la vista. "

La joven mujer no dijo una palabra. Quizás ella de repente comprendió que yo me había identificado con Alemania Nacionalsocialista mucho más que cualquier extranjero podría, en su estimación, y ella lamentó haber hablado demasiado.

* * *

Un miembro del personal británico de la prisión llamado Stocks - un hombre alto, gordo, con una cara alegre, roja, redonda, y veintinueve años de servicio coercitivo en sitios aridos e interesantes tales como los puertos de tratado de China previo a la guerra - solía inventar (siempre que él pudiera) algún pretexto para llamarme al edificio en el cual estaba la oficina del Gobernador, y tener una charla conmigo (en algún otro cuarto, huelga decir). Una guardia siempre venía conmigo y se sentó allí durante nuestras conversaciones. El hombre era un poco grueso, pero amistoso. Él discrepó radicalmente conmigo en las cuestiones más importantes - él nunca confesaría, por ejemplo, que el Sr. Churchill, actuando, con mucho gusto o de mala gana, como un agente del Pueblo judío internacional, carga con la responsabilidad de esta guerra. Pero él estuvo de acuerdo conmigo que un bebé sano de la sangre aria buena nunca puede ser "concebido en el pecado" y, en su lengua poderosa y pintoresca, descartó la enseñanza de los sacerdotes cristianos en aquel punto como "un monton de b . . .s. "Además, él solía darme chucherías de información útil sobre algunos miembros del personal de prisión - contandome, por ejemplo, que el intérprete que solía acompañar al Gobernador en sus visitas a nuestra "Frauen Haus," los viernes por la mañana, había sido, él mismo, un preso político en Werl, bajo el régimen Nacionalsocialista; o que el otro alemán que los británicos habían designado como jefe de la sección masculina de la prisión era "un hombre que había sufrido en los días de Hitler" (que yo había traducido inmediatamente, en mi mente, como "un antinazi confundido"). Y yo sabía que podría decirle prácticamente cualquier cosa sin temer que él fuera y lo repitiera al Gobernador.

¿"Por qué usa usted a aquella gente en sus servicios?" pregunté, una vez, hablando, exactamente, de todos aquellos enemigos alemanes del Nacionalsocialismo que sostienen puestos bien pagados bajo la Ocupación. ¿"No comprende usted que ellos son la escoria de la tierra?"

"La mayor parte de ellos lo son," confesó Stocks. "Pero . . . tenemos que mostrar un poco de consideración a aquellos que nos ayudaron."

¡"Hum! "pensé, "¡no simplemente antinazis, sino traidores activos, eh! Ninguna sorpresa: cada antinazi de sangre aria es un traidor a su propia raza - a fortiori uno alemán." Y recordé alguna información que yo había juntado en 1946, en Londres, de una fuente muy fidedigna, - a mi horror - acerca de traidores en Alemania durante la guerra. Pero no dije nada. ¿"No comprende usted," pregunté otra vez, en otra ocasión, "que usted no puede 'des-Nazificar' a los alemanes más de lo que usted puede 'des-Nazificar' a mí?"

"Sabemos esto," contestó Stocks.

¿"Entonces, por qué finge usted intentarlo? ¿Por qué mantiene usted la farsa? Usted sólo siembra el odio."

"Tal vez; pero esto es una parte de nuestra política. Tenemos que hacerlo, sea que creamos en ello o no."

¿"Pero, otra vez, por qué?" dije. ¿"Para engañar a los rusos? ¿O seguir el engaño de su propia gente?"

"Sólo repito: esto es una parte de nuestra política," contestó el hombre. "Y lamento que yo no pudiera encontrarla en alrededores libres, cuando usted sea libre."

"Pero," dije, "cuando el Occidente este suficientemente asustado del Comunismo para comprender la necesidad de estar de pie unido contra ello, entonces, este tendrá que aceptar simplemente el Nacionalsocialismo como la única salvación. No hay ninguna otra política.

Sólo una organización totalitaria inspirada con un ideal tan radical, tan intransigente como aquel del Marxismo, puede abatir al Marxismo totalitario; las Democracias unidas nunca podran prevalecer contra un bloque totalitario. "

"Pero ellas lo hicieron, esta vez," contestó Stocks - un poco de prisa. "Le abatimos con esta guerra."

"No," dije, con una sonrisa amarga; "no lo crea. Sus entonces 'gallardos aliados' los rusos lo hicieron; no usted. Y la próxima vez usted no tendrá que optar entre ser pateados por ellos o por nosotros - a menos que ello sea por ambos . . . ¿quién puede decir alguna vez?"

¿"Pero usted y sus amigos nunca se aliarían con los Comunistas?"

"No sé. No sería peor que aliarnos nosotros mismos con su furtiva gente, por lo menos. Personalmente, aborrezco a ambos de ustedes. Ellos apoyan una ideología de desintegración que es la parte de enfrente nuestra, en el espíritu. Usted no tiene ninguna ideología en absoluto y lucha - o mejor dicho incita a otra gente para luchar - por los bolsillos de sus grandes hombres de negocios, que es aun más repelente para nuestros ojos. Puede traerse, a veces, a un Comunista sincero a reconocer su ilusión y afiliarse a nosotros. No hay ningún Demócrata sincero, aparte de imbéciles patentes. Su gente nunca puede traerse para afiliarse a algo

grande. Ustedes estan demasiado temerosos del exceso, demasiado carentes de sentimientos impersonales fuertes, demasiado mediocres sin esperanzas.

"La próxima vez," proseguí. "Haré lo que me dicen; lo que haremos todos. No sé - y no me preocupo - que será. Tengo la confianza absoluta en aquellos, infinitamente más inteligentes que yo, que viven únicamente para el triunfo de los valores arios eternos, como yo lo hago, pero quienes entienden totalmente las intrincaciones de la 'Realpolitik', cosa que no hago. Haré lo que ellos me digan - incluso ser su aliado (durante un tiempo) si ellos deciden que yo debería. Pero no voy a, por todo eso, cambiar mi opinión sobre usted y su parlamentarismo, - su adoración de la cantidad en contra de la calidad; sus valores 'humanos' falsos, su 'libertad individual' mentirosa. Sé la inutilidad de todo esto - y la suya."

El hombre me miró con interés. Él me ofreció un cigarrillo que cortésmente rechacé ya que no fumo. Entonces, por fin: "usted ve," dijo él, "usted es terriblemente seria sobre las cosas. Nosotros no lo somos. ¿Por qué usted es tan seria? ¿Por qué no simplemente vive usted, tiene un buen momento, y deja a las cosas tomar su curso?"

"Pero vivo realmente," contesté. "De hecho, mi vida es mucho más interesante, mucho más intensa, que aquella de la mayor parte de ustedes Demócratas."

¡"Pero usted no se divierte!"

"Lo hice - hace unos años. Y voy a hacerlo otra vez," dije, pensando "en placeres" de una naturaleza completamente diferente de aquellos que el antiguo "bobby" británico de Shanghai estuvo pensando.

¿"Pero cuándo?" exclamó él, "usted pronto se hará demasiado vieja." "Me divertiré ahora - la próxima semana o la semana después - cuando yo hable ante sus poderosos del día, en mi proceso," contesté. "Y en unos años, cuando nuestro turno vendrá para ser rencorosos y arrogantes; rudos; y punzantemente irónicos. No seré demasiado vieja para regodearme, si no soy capaz de hacer algo mejor."

"Pero no somos rencorosos," dijo el hombre.

¿"Usted piensa asi? Yo no lo hago."

"Bien, no lo soy, al menos. Si yo fuera el juez, le pondría en libertad."

¿"Usted lo haria, realmente?" contesté. ¿"Entonces, por qué está usted aquí en el servicio en Alemania ocupada, si usted no se preocupa más que eso sobre el futuro de la Democracia?"

"Estoy aquí para mi pan y mantequilla," declaró Stocks. "Y soy, naturalmente, leal a aquellos que me pagan."

"Estoy aquí para el triunfo del orden y la verdad. Y soy leal a mi Führer y a su gente fiel que amo y admiro. Toda la riqueza del mundo no podría separarme de ellos."

El hombre se rió. "Esto está todo muy bien," él dijo: "pero usted ve, amo y admiro solamente a mujeres bonitas. Y todo por lo que me preocupo es tener buen rato." Y él comenzó a hablar en una manera clara y suelta sobre que "un buen momento" significaba para él. La guardia que me había hecho entrar se sentaba en su silla, frente a mí, y miraba fuera de la ventana. Yo pensaba: ¡"qué lastima que esta mujer alemana no sabe el inglés! Ya que la conversación de este representante de las fuerzas democráticas en el uniforme haría casi tanto daño, supongo, al débil prestigio de los Poderes de Ocupación, como una docena de mis

carteles pegados sobre las paredes. ¡Debo contar a Frau Oberin y las demás sobre ello!" Y de hecho, les conte realmente. Pero para todos los objetivos prácticos, yo decididamente preferi Stocks al Gobernador. Yo estaba - correctamente o incorrectamente - bajo la impresión que, aun si él hubiera estado en la posición del Gobernador, nunca habría interferido con mis actividades en la cárcel. Él pareció lejos demasiado absorto en sus propios asuntos.

* * *

H. E. pasó otra tarde del domingo en mi celda - sola, esta vez. Ella me repitió, detalladamente, el relato de las atrocidades Aliadas que ella había atestiguado en 1945, y la historia del inicuo proceso de Belsen; del cual ella era una de las víctimas principales.

"Los testigos contra nosotros, mayoritariamente, si no todos Judíos, habían sido llevados volando por los Aliados a Inglaterra, América, o dios sabe donde, inmediatamente después de que sus declaraciones habían sido anotadas. Ellos no aparecieron en nuestro proceso, que fue conducido simplemente sobre pruebas que ellos habían dado. Además nuestros jueces no sabían una palabra de alemán, y nosotros ni una palabra de inglés; y los intérpretes que tradujeron lo que dijimos (y lo que nuestros acusadores habían dictado antes de que ellos se hubieran marchado) eran todos Judíos."

Anoté cada palabra que ella dijo en el asunto para el Capítulo 6 de mi Oro en el crisol. "Usted no debería escribir aquellas cosas," dijo H. E.; "si alguna vez ellos buscaran en su celda y averiguaran que he estado diciéndole todo esto . . . Yo tendría que sufrir por ello terriblemente."

"Descanse segura que ellos nunca averiguarán, aun si anoto de hecho cada artículo de ello," dije. ¡"Mire esto!" Y le di el papel áspero en el cual su relato estaba en blanco y negro. ¿"Qué lengua es esta?" preguntó ella, a la vista de los signos desconocidos. "Bengalí," contesté; "la lengua de mi marido."
¿"Y usted lo escribe de la izquierda a la derecha, como el alemán?" "Naturalmente. Esta también es una lengua aria - derivada del Sánscrito. Todas las lenguas arias son escritas de la izquierda a la derecha."

¿"Pero no encontrarían ellos alguien para descifrarlo?"

¡"Déjeles!" dije. "Nadie podría traducirles alguna vez lo que esto significa para mi. Vea, aquí, por ejemplo, aquellas cinco palabras en fila - todas palabras bengalíes muy inocuas, corrientes, sin cualquier conexión una con la otra. Bien, cada una de ellas comienza con la misma letra que cada uno de los nombres de los campos en los cuales usted trabajó a partir de 1935 en adelante. Yo entenderé, cuando use estas notas. Nadie más posiblemente podría."

"Usted es más inventiva de lo que pensé," comentó H. E.
"Uno tiene que serlo."

"Pero dígame: ¿usted repetirá todo lo que le dije sobre las atrocidades de nuestros enemigos en aquel libro que escribe, va a hacerlo no?"

"Naturalmente. O mejor dicho, repetiré algunas de ellas, no sea que mi Capítulo 6 se haga más largo que el resto del libro entero."

¡"Pero es en inglés!"

"No tema. El libro no deberá ser publicado antes de que yo sea libre, de todos modos. Y no será

mañana. Si ellos lo descubren mientras tanto, no entenderán que la información viene en parte de usted."

"Tenga mucho cuidado," repitió mi nueva amiga.

"Descanse segura que voy a tenerlo," dije. "Usted sólo debe prometerme que, cuando nuestro día venga otra vez, expondrá los horrores de aquella gente en público, y añadirá el peso de su inestimable testimonio a mi acusación contra la hipocresía de ellos." ¡"Naturalmente, voy a hacerlo!"

"Cuando sea condenada, espero que ellos me pongan en el ala D, con usted y los demás," dije. "Usted me presentará con aquellos que son 'afines' y que han sufrido. Y en nuestras horas de recreo, oiré más sobre el comportamiento horroroso de los 'defensores de la humanidad', y cuando yo sea libre, estaré en una posición para escribir un libro sobre los delitos de los Aliados - y sus mentiras - sola; para deshonrarlos ante el mundo entero. ¡Ah, cuan de buena gana lo haré! De hecho, en un modo, tuve suerte de ser detenida y así entrar en contacto con usted. ¡mire qué pruebas perjudiciales contra 'ellos' habría perdido, si yo hubiese permanecido libre! Y yo no le habría conocido, tampoco. Sólo espero que ellos no rechacen ponerme en el ala D."

¿"Por qué deberían ellos hacer eso?"

"Exactamente, por miedo de que yo pudiera oír demasiado."

"Hay algo de eso, por supuesto. Aun así; ¿dónde más podrían ellos ponerle? Usted es un criminal "político", si es que no 'un criminal de guerra' como nosotros."

"Yo no tenía las oportunidades que usted tuvo para hacerme 'un criminal de guerra' - lamentablemente," contesté. "Aunque, si ellos supieran un poco más sobre mí, quizás me considerarían como uno. Hay muchas variedades de 'crímenes de guerra' como usted sabe. ¿A propósito - nunca le pregunté - qué es lo que a usted le convirtió en 'un criminal de guerra' ante los ojos de ellos, aparte de su fe Nacionalsocialista? Quiero decir: ¿de qué fue acusada? ¿Y qué hizo realmente usted? Puede decírmelo sin peligro. Personalmente, yo no podría preocuparme menos de lo que cualquiera de nosotros podría haber hecho a los Judíos y traidores que estuvieron de pie en el camino del Nuevo Orden. Lo que alguna vez hizo usted, nunca podría culparle. Probablemente habría hecho algo peor yo misma, si me hubiese sido dada una posibilidad. Pero si ello es algo que probablemente pueda disminuir el valor de mi capítulo desde el punto de vista de propaganda, no lo mencionaré simplemente."

H. E. sonrió, y acarició mi hombro afectuosamente: "sé que usted es segura y leal," dijo ella; "pero puede mencionarlo sin miedo: todo lo que hice sería dar unas palmadas a una o dos de nuestras internas - no por placer, desde luego, sino porque yo las había agarrado robando. Nunca azoté o maltraté a ninguna de ellas, sea en Belsen o en mis otros campos, como las Judías me acusaron de haber hecho. Ni lo hizo H. B., que vino aquí conmigo el otro día."

¡"buen Dios!" exclamé. ¡"Y usted obtuvo quince años sólo por eso! ¡Por qué, yo he hecho más que eso!"

Y con una voz baja, muy baja, comencé a hablar: "sí, seguramente, si yo hubiera logrado venir a Europa, habría sido mil veces mejor. De todos modos, usted sabe, donde hay una voluntad, hay un camino . . . De este modo, durante la guerra . . ."

H. E. escuchaba atentamente. Cuando yo había terminado, ella me preguntó en un susurro "¿ha estado relatando usted esto a alguien en Alemania?"

"Sólo a un camarada; un hombre absolutamente confiable que había prometido nunca decir una palabra. Pero pensé que yo podría decirlo, a él . . . y a usted."

Mi amiga estrechó mi mano. ¡"Ah, conmigo, eso está bien! Nos entendemos la una a la otra. Pero déme la garantía que usted nunca hablará de esto a nadie en esta prisión, ni soltará una palabra que probablemente pueda poner a 'aquella gente' sobre la pista, durante su proceso."

Este era mi turno para sonreír. ¡"Mi querida! Si sólo usted hubiera oído cómo me dirigía a 'aquella gente' - a nuestros perseguidores. Los he hecho tontos de la derecha a la izquierda . . . mientras les daba entonces la impresión que yo era el tonto más grande en este mundo. No más tarde que el otro día, cuando aquel policía alto vino de Düsseldorf para preguntarme - ¿que sabe usted? El hombre que le mencioné durante la mañana siguiente - ¡usted debería haberme oído! Y tenga en mente: nunca dije una palabra contra nuestra Ideología. ¡Nunca dije que no creí firmemente en ella, o que lamenté lo que he hecho - Al contrario! En lo que a mis sentimientos y filosofía concierne, soy siempre absolutamente verídica. Yo además, también, lo soy respecto a los hechos que 'aquella gente' sabe ya o está obligada a descubrir . . . En cuanto a lo demás, en cuanto a las contribuciones mías de las cuales no hay ningún rastro . . . ¡esto es una cosa diferente . .!"

Pero H. E. dijo: "tenga cuidado, sin embargo; ya que vivimos en tiempos atroces. La prudencia nos ayudará a sobrevivir, hasta que nuestro día venga."

La guardia de servicio, - una de aquellas que eran "afines" abrió la puerta para decirnos que el tiempo terminó. "Bueno adiós, entonces," dije yo, a mi amiga. "Y venga otra vez. Tenemos muchas cosas interesantes que decir la una a la otra. ¡Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" contestó H. E. cuando ella salió de mi celda. La guardia sonrió a nosotras, y cerró la puerta detrás de ella.

* * *

Una mañana, - yo había terminado el Capítulo 6 de mi libro, y ahora estaba ocupada escribiendo el Capítulo 7 - cuando la puerta de mi celda fue abierta y entró Fräulein S., la ayudante de Frau Oberin. "No me detengo, esta vez," dijo ella, cordialmente; "sólo me precipité para decirle que la fecha de su proceso ha sido fijada. Será el 5 de abril." Ella me dio una copia de mi carta de acusación, tanto en inglés y en alemán, como un papel que me convocaba a comparecer ante un tribunal el día mencionado. Y ella se marchó.

Inmediatamente, una alegría más que terrenal llenó mi corazón; y lágrimas vinieron a mis ojos. ¡"El 5 de abril! ¡" Repetí, con una sonrisa extasiada, "el 5 de abril! . . . De este modo, será exactamente dos años después de aquella noche; dos años después de mi inolvidable vigilia de Fuego . . .!"

Y tan vivamente como si hubiera sido sólo un día antes, recordé el paisaje de ensueño de Islandia: el cielo nocturno brillante, rayado de colgantes transparentes, móviles fantasmales verdes y violetas; la luna color miel, obscurecida por una larga nube negra de ceniza volcánica; las colinas nevadas brillantes en todas partes alrededor, ampliando las luces fosforescentes del cielo; y ante mí, la corriente de lava, con las bocas abiertas de fuego que aparecieron en su corteza oscura, convulsionada, y, además, los siete cráteres del Volcán que hacían erupción, dos principales, cinco pequeños, ardiendo y humeando y proyectando trozos calientes blancos de roca en destellos de luz rosada.

Recordé los cantos rodados incandescentes que se soltaron desde la corteza de la corriente de lava, y rodaron abajo por su superficie negra y roja escarpada delante de mis propios ojos (uno casi me había derribado). Y recordé el temblor incesante de la tierra bajo mis pies y el rugido solemne, sobrecogedor de la Montaña ardiente, repitiendo con regularidad el sagrado Sonido primigenio: ¡"Aum!" Y recordé cuan jubilosa, encantada en el éxtasis religioso, yo me había acercado a la corriente de lava - tan cerca como posiblemente podría - cantando un himno a Shiva, el Señor del Baile de Vida y Muerte, en la lejana lengua Bengalí. Entonces había comenzado mi vigilia de una noche entera a lo largo del río de fuego, en un espíritu de adoración, aproximadamente desde las 11 hasta la salida del sol.

Y tal como durante aquella Noche a la vista de las llamas, del humo y de la aurora boreal - y en el sonido del rugido regular, subterráneo, - lágrimas rodaron bajo mis mejillas; esta vez, lágrimas de alegría ante la belleza de correspondencias invisibles en el tiempo y espacio; y lágrimas de gratitud hacia mi Destino. ¡"O mirabile giustizzia di Te, Primo Motore!" pensé, una vez más. ¿"Has Tu decretado que yo deba exaltar la grandeza del Nacionalsocialismo ante el público alemán, exactamente dos años después de aquella experiencia inolvidable? ¿Has Tu decidido volver ese día dos veces sagrado en la historia de mi vida?"

Independientemente de cual sería la sentencia pronunciada contra mí, yo sabía, ahora, que el día de mi proceso sería mi día más grande. "Sólo cuando vea al Führer con mis propios ojos, en su retorno, voy a ser igual de feliz," pensé. Y yo sabía, ahora, que un día, él volvería; que un día, su gente le aclamaría otra vez, en muchedumbres delirantes. Y en mi mente fueron mezclados, como dos manifestaciones paralelas de lo Divino, el rugido regular de la Montaña ardiente: ¡"Aum! ¡Aum!" y el rugido igualmente irresistible de los millones en Alemania, unos años atrás y en unos años por venir: ¡"Sieg! ¡Heil! . . . ¡Heil Hitler!"

Mi testimonio humilde, a ser dado en este santificado 5 de abril, sería uno de los primeros movimientos en la profundidad que preceden al nuevo gran arrebato de poder indomable y alegría elemental.

* * *

Dije a cada uno sobre esta coincidencia milagrosa de fechas: Frau Oberin, su ayudante, mi amiga H. E., la guardias que eran "afines" y hasta aquellas que no lo eran (o mejor dicho, de quienes yo no sabía si ellas eran o no). Entonces, un día, me llamaron para encontrarme con abogado que había sido designado para defenderme. Le encontré en el cuarto en el cual el Sr. Manning (o cualquiera que fuese su nombre) me había preguntado, tres semanas antes, sobre "mi pasado," y en que yo había tenido, desde aquel día, unas conversaciones con el Sr. Stocks. El abogado era un hombre bajo, joven, de acercamiento agradable, en uniforme militar como el resto de ellos.

"Tiene usted la intención de declararse culpable o inocente," él me preguntó. "Culpable," dije, respecto al cargo principal contra mí. "Quiero decir 'culpable' técnicamente hablando; ya que en mis propios ojos, lejos de ser censurable, sólo he hecho mi deber. En cuanto a los dos cargos menores, me declararé inocente."

Los dos cargos menores eran que yo había cruzado la frontera entre los franceses y la Zona británica, sin un permiso militar para ésto, y que yo había sido encontrada en posesión de un billete de banco de cinco libras, y de mil y algunos raros francos del dinero francés.

"Usted tiene razón," dijo el abogado; "todos viajan de una Zona de Alemania Occidental a otra sin un permiso, hoy en día; y todos los extranjeros guardan algunas divisas para el día que ellos dejarán el país, sabiendo muy bien que uno no puede cambiar marcos en la frontera. Tengo algunos francos franceses yo mismo - de otra forma yo no podría esperar siquiera tener una

taza de café en una estación francesa, en mi camino atrás a Inglaterra. Pero usted no puede sacarse su cargo principal: las pruebas contra usted son aplastantes."

"Yo no negaría lo que he hecho, aun si yo pudiera," contesté; "estoy demasiado contenta de ello. Esto es una de las mejores cosas que hice en mi vida."

¿"Usted tiene la intención de hablar?"

"La tengo."

"Yo en su lugar," dijo el abogado, "hablaría tan poco como sea posible. Usted podría contestar sólo las preguntas que el juez le pregunte."

¡"Pero," grité, "no voy a perder esta ocasión de oro para decir unas cosas que deseo que el público alemán oiga! No tengo nada para negar. Pero deseo declarar por qué he actuado como lo hice. Es una profesión pública de fe la que deseo hacer. ¡Cielos, ha pasado mucho tiempo desde que no he sido capaz de hacer una!"

"Supongo que usted comprende," contestó el abogado, "que mientras más usted habla en aquella tendencia - en otras palabras, mientras más apasionadamente Nazi usted parece - más pesada será la sentencia pronunciada contra usted."

¿"De qué peso, por ejemplo?" pregunté, por curiosidad.

"Bien," dijo el hombre, "normalmente, si, sin negar su fe, usted no habla demasiado, debería obtener encarcelamiento de un año a lo más. En '45 o '46, por supuesto, le habrían pegado un tiro a usted probablemente. Pero estamos ahora en '49. De todos modos, si usted dice cosas que probablemente puedan hacer al juez soltar su temperamento podrían darle algo variando desde la detención de unos años a una pena de muerte. Tenga en mente, no creo ni durante un minuto que iríamos alguna vez, ahora, a tales extremos de severidad. Recuerde, sin embargo, que, correcta o incorrectamente - incorrectamente ante sus ojos; correctamente en los nuestros - estamos aquí para apagar el Nacionalsocialismo, y que mientras más ardientemente usted lo defienda, peor será para usted. Recuerde que usted aparecerá ante un consejo de guerra y que, si este realmente decide hacer así o no, el Tribunal tiene el poder de condenarle a la muerte."

Miré al hombre, y sonreí; y dije, con toda sinceridad: ¡"ah, deseo que este usara aquel poder en mi caso!"

Había en mi voz el acento inequívoco de la sinceridad; la ansia de años; la pena ardiente de años gastados; la sed de martirio redentor. Sorprendido como él pareció, el abogado debe haberse convencido que yo había hablado según mis sentimientos genuinos. ¿"Por qué tal prisa?" preguntó él, "¿está cansada usted de la vida?"

"No," dije. " Estoy todo menos cansada. Pero creo que, aun si ellos sólo lo mencionaran en los periódicos en dos o tres líneas, mi condena a la muerte haría quizás más para encender el espíritu Nacionalsocialista en Alemania que los diez mil panfletos que he distribuido y todos los libros que yo podría escribir. Y no es todo. Estaría, también, la alegría de la última salida del sol sobre mi rostro; la alegría de la preparación para el mayor acto de mi vida; la alegría del acto en sí mismo . . . . Cubierta en mi mejor "sari" - en escarlata y oro, como durante mi día de boda, en el glorioso '40 (espero que ellos no me nieguen ese favor) - yo caminaría al lugar de la ejecución cantando la Canción de Horst Wessel. Yo, Savitri Devi, la embajadora del mundo Ario meridional y oriental así como una hija de Europa del norte y del sur. Y, estirando mi brazo derecho, firme y blanco en la luz del sol, yo moriría feliz en un grito de amor y alegría, gritando

por última vez, como el desafío a todas las fuerzas antinazis, las palabras sagradas que resumen mi fe de toda la vida: ¡'Heil Hitler!' Yo no podría imaginar para mí un final más hermoso."

"Veo que usted es decididamente 'verdadera'," dijo el abogado. "Y no sé lo que uno puede inventar para defenderla en esta circunstancia. De todos modos, espero que su sueño del martirio no se materialice."

"Si los Dioses inmortales piensan que puedo ser más útil viva, entonces, y solo entonces, me alegraré de vivir," contesté; "vivir, - a fin de que un día, - yo espero, - todos nuestros enemigos lamentarán amargamente que el consejo de guerra de Düsseldorf no me condenara a la muerte el 5 de abril de 1949, cuando este tenía una posibilidad."

* * *

Fui devuelta a mi celda. Una exultación extraña me poseyó. Por un largo tiempo, marqué el paso por el cuarto de un lado a otro; canté - aunque estuviera prohibido cantar. Luego, miré fijamente al retrato del Führer que estaba puesto sobre mi mesa, contra la pared. Recordé las palabras del abogado: "el Tribunal tiene el poder de condenarle a la muerte." Y ahora, como un rato antes, mi corazón contestó: ¡"deseo que lo hiciera!"

Un rayo de luz del sol cayó directamente sobre el Rostro severo y hermoso, y lo hizo parecer extraordinariamente vivo. "Sí", pensé; "deseo que ellos me maten realmente. ¡Sería encantador morir para ti, mi Führer!" Pero otra vez, al momento, reflexioné: ¡"también sería encantador seguir viviendo para ti, y, un día, saludarte en tu retorno!"

Y recé atentamente, con todo el fervor de mi ser, al Poder dentro del fuego, dentro del Océano, dentro de la tormenta, dentro del Sol; el Poder Cuya majestad yo había atestiguado dos años antes, en la Montaña ardiente y rugiente: ¡"decide Tu mi destino, Señor del Destino! Pues Tu solo sabes como puedes usarme para el triunfo de la verdad. No haré nada para evitar la sentencia más pesada posible de nuestros enemigos. Los desafiaré, pasaré lo que sea y aguantaré las consecuencias con una sonrisa, independientemente de cuales éstas sean. Siento, sé, que es mi papel designado desafiar a ellos y sus planes de 'des-Nazificación'. Si ellos me matan, me alegraré. Pero si ellos me salvan a pesar de mi desafío, lo tomaré como un signo de Ti que el Nacionalsocialismo se elevará y gobernará otra vez.
"Señor de la Vida, Tu has levantado la Doctrina eterna bajo su forma moderna; Tu has designado la Nación Elegida para defenderla. Señor de la Muerte. Tu has permitido que las fuerzas de la muerte prevalecieran un rato. Señor del Orden y de la Armonia, Señor del Baile de las apariencias; Señor del Ritmo que devuelve la primavera después del invierno; el día, después de la noche; nacimiento después de la muerte; y la siguiente edad de verdad y perfección, después de cada final de una edad de penumbra, Tu daras a mis camaradas queridos y superiores la señoría de la tierra, un día. Si sobrevivo este proceso, lo tomaré como un signo de Ti que esto será en mi vida, y que Tu me has designado para hacer algo en nuestra nueva lucha próxima."

Me sentí feliz, habiendo rezado así. Luego me senté, y dejé en blanco y negro los pocos puntos que deseé acentuar en el discurso que yo haría ante mis jueces.
Cuando esto fue hecho, leí una sección del Bhagavad-Gita.

El CAPÍTULO V
EL DÍA GLORIOSO

Este era un encantador día de primavera. Sentada en el automóvil al lado de la señorita Taylor, miré fijamente desde la ventana en el nuevo paisaje: tierna hierba verde y tiernas hojas verdes; y flores, masas de flores; lilas y flores frutales, blancas, rosadas, amarillas, rojas, y violeta pálido, brotaban en la luz del sol. Y, miré fijamente en el cielo brillante puro. Yo sabía que este era mi último día de relativa libertad. Yo realmente iba, ahora, a ser juzgada - y condenada. Después de esto - cualquiera en absoluto la sentencia podría ser - ya no sería llevada a Düsseldorf cada semana o quincena; ya no tendría vislumbres del mundo exterior. Y respiré profundamente, como si tomara en mi cuerpo toda la frescura y toda la vitalidad de la tierra viva invencible. Nunca en toda mi vida había encontrado la fragancia de la primavera tan embriagadora; nunca me hizo parecer las cosas tan hermosas. A tono - cuando el auto rodó pasado algún punto particularmente fascinante - una emoción intensa me agarró, y las lágrimas vinieron a mis ojos. Sentí como si, a traves de la gloria de sus campos soleados y de sus árboles cubiertos de flores, la patria querida de Hitler me sonriera - que estaba saludándome en mi último viaje al lugar donde fui destinada para desafiar a sus opresores.
Mi equipaje viajaba conmigo, detrás del coche. Es, parece, la costumbre: siempre hay una esperanza que un preso en custodia podría ser absuelto, en cuyo caso él o ella son puestos en libertad inmediatamente, sin tener el problema de volver a la prisión a fin de traer el equipaje dejado allí.

Sin embargo, yo no sabía nada de la existencia de aquella costumbre hasta que el Sr. Harris, Celador Principal británico en Werl, me hubiera informado de ello durante aquella misma mañana mientras yo esperaba en su oficina al auto por venir. Cuando, durante la noche anterior, la matrona de la prisión me había dicho que yo debía llevar todas mis cosas conmigo, yo había fallado en entender por qué. Y, - mal informada como yo todavía era en los caminos misteriosos de la justicia británica - yo había temido que, quizás, mis manuscritos preciosos deberían ser usados como pruebas contra mí y luego destruidos. Toda la noche yo no había dormido, preguntándome como podría salvarlos posiblemente, si fuera el caso. Y de madrugada, cuando mi querida camarada H. E. había venido, como de costumbre, a recoger su té, avena y pan blanco - y, esta vez, desearme "buena suerte" en mi proceso - yo le había dicho: " Temo que ellos lamenten haberme devuelto mis escrituras. Parece, ahora, como si ellos las quieren, ya que me dijeron que lleve todas mis cosas a Düsseldorf. Pero dejaré mis manuscritos aquí detrás del armario, enrollados en mi impermeable. Diga a Frau Fulanita de tal; ella está de servicio, creo. Y pídale esconderlos para mí hasta que yo vuelva. O escóndalos usted misma, en algún sitio en el hospital. Nadie mirará allí. ¡Sálvelos! - no por mí, sino por la verdad que he escrito en aquellas páginas. "

"Prometo que haré así," había contestado H. E.: "y en su proceso, recuerde que pensaremos todos en usted, y que le amamos," añadió ella, hablando de aquellos de mis camaradas, los llamados "criminales de guerra," que eran Nacionalsocialistas genuinos, y, quizás, de todos los miembros del personal de prisión - Frau Fulanita de tal y otros - que lo eran también.
"Espero que yo sea digna de su amor," contesté yo. "Este es mi día más grande y feliz. ¡Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" había dicho H. E. levantando la mano en su turno.

Ahora, en el auto, yo pensaba en aquel último saludo, y mirando el paisaje. De repente comprendí el hecho trágico que H. E. y H. B., y Frau M. y Frau S. y Frau H. y todos mis otros camaradas verdaderos, de quienes yo comenzaba ahora a conocer los nombres, y miles de otros, por todas partes de Alemania, no habían visto la belleza de la primavera desde 1945. Yo

lo sabía antes, sin duda. Pero nunca lo había sentido tan dolorosamente. ¡"pobres queridos!" pensé. ¿"Hasta cuándo?" Y unos eran cautivos por más tiempo todavía: Rudolf Hess lo era, por ejemplo, desde 1941. "Sí; ¿hasta cuándo?"

El cuadro vivo de todos ellos, separados del mundo de la acción por tan largo tiempo, después de la vida intensa que ellos habían vivido durante la primera lucha y los gloriosos años siguientes, me entristeció profundamente. Y también recordé todos aquellos que habían sido matados como "criminales de guerra" por nuestros enemigos. ¡"Ah, pensé," si hay alguna tal cosa como la consciencia después de la muerte, puedan ellos oírme hoy! Hablaré como si ellos estuvieran presentes. "

El automóvil rodó adelante. Entre extensiones del campo encantador, cruzamos las ciudades arruinadas: Dortmund, Duissburg, Essen . . . Cuando pasábamos ante el esqueleto de las inmensas fábricas Krupp, la señorita Taylor dijo al policía sentado al otro lado de ella: "una parte de ésto está siendo reparada y operará pronto otra vez - para nosotros. ¡Realmente, la guerra es un asunto estúpido! Arruinamos estas fábricas y mañana compraremos otra vez de ellas." Yo no podía menos que exponer con mis palabras - aunque yo fuera una presidiaria, y la mujer policía no se había dirigido a mí - el hecho que yo había despreciado a los representantes de la Ocupación Aliada desde el principio, y que toda su cortesía externa hacia mí sólo había servido para aumentar en mí aquel desprecio. Nunca me preocupé si herí realmente a cualquiera de ellos, individualmente, por el modo que expresé mi resentimiento hacia ellos en conjunto.

¿"Y las cientos de fábricas que su gente ha estado y todavía desmonta?" dije, amargamente. "Era, - y es - un gran error de nuestra parte, del punto de vista de nuestro interés," contestó la señorita Taylor. "Tarde o temprano, tendremos que ayudar a construirlas y equiparlas de nuevo, para nuestra propia defensa contra el Bolchevismo. Por último, es el contribuyente británico quien sufrirá por el daño que hacemos." Parecía exactamente como si el representante de la Ocupación Aliada intentara lo mejor para propiciarme - a mí, la defensora del Nacionalsocialismo; la amiga de Alemania. . . ¿Representé acaso también el futuro - la venganza próxima de la Nación desmembrada - que la mujer policía sintió tan agudamente la necesidad de hacerlo? Si fuera el caso, su tentativa sólo tuvo el efecto contrario.

"Esto le impartirá justicia; ¡ah, cómo esto le impartirá justicia!" Estallé. ¿"Qué le hizo, en 1939, ir y hacer la guerra sobre un Hombre y un pueblo que podrían haber detenido al Bolchevismo? ¿Por qué se aliaron ustedes con los rusos a fin de aplastar el Nacionalsocialismo? ¡Ustedes sólo merecen perecer, y de todo corazón deseo que lo hagan! Deseo que yo tenga el placer de ver a usted, un día, más aun, a todos exterminados - lo que sería un demasiado glorioso y demasiado misericordioso final -, pero enterrados abajo al nivel de una nación de veinteava categoría, con un luto a su pasado esplendor que dure una generación o dos y luego el olvido incluso de eso; una nación que tiene menos en común con los constructores del Imperio británico histórico que los desafortunados griegos de hoy tienen con aquellos de la Edad de Pericles.

Lamento que yo no pudiera volver, de siglo en siglo, y decirle, con regocijo despiadado, repetidas veces, hasta que usted se hunda en la inconsciencia de los muertos: 'este decaimiento constante es el pago del delito de Inglaterra en 1939.' Y deseo ver la misma parálisis lenta, la misma pesadilla de la vida menguando en la muerte, torturar a los descendientes de todos aquellos arios que a partir de 1939 hasta 1945 - y después de 1945 - tomaron lado contra la gran nueva humanidad de Hitler. Pueda esto salvar solo a aquellos que reconocerán la traición de sus padres indignos y escupirán en su memoria y vigorosamente se afiliarán al Nuevo Orden resucitado."

A mi propia sorpresa, esta diatriba vitriólica, por lo visto, apuntó a la señorita Taylor a propiciarme aun más. Ella comenzó a suplicar para la gente británica admitiendo "los errores"

de la política británica. (El delito de 1939 ella de manera eufemística llamó "un error.") "muchos estamos comenzando a creer que habría sido quizás mejor para nosotros aliarnos con Alemania," dijo ella.

"Bien, comience levantando las fábricas que usted estropeó y acabando con su tonterías de 'des-Nazificación'," dije, hablando en nombre de los Nacionalsocialistas Alemanes, "y luego, quizás, nos dignaremos a considerar lo que podríamos hacer. ¿Pero hasta entonces," - añadí después de una pausa - "y los bosques magníficos, el orgullo de Alemania, qué usted ha masacrado? Deseo que, en la siguiente guerra, tres al menos de su gente sean matados por cada árbol que usted ha cortado, aquí fuera - aparte de aquellos que morirán de modo que mis camaradas y superiores sean vengados."

"Y aún asi, no somos tan malos como usted piensa," dijo la señorita Taylor, determinada para apartar de mi mente los pensamientos sanguinarios - si ella pudiera. "Sea imparcial y mire como nosotros tratamos a sus amigos, aquí: liberamos a los presos políticos poco a poco; y ellos no trabajan en la prisión, como los demás . . ."

Mi primer impulso era interrumpirla y decir "Que ¡babosadas! Mis camaradas, los llamados 'criminales de guerra en Werl, todos trabajan. Más aun, sé que uno de ellos al menos - H. B. una de las víctimas del proceso de Belsen - es obligada que vacíe los baldes sanitarios de las celdas, junto con los ladrones y asesinas designadas a aquel trabajo. La he visto hacerlo. La he visto vaciar mi balde. ¡No me diga cuentos!" Pero para decir eso, yo habría tenido que confesar que estaba en contacto con algunos de los llamados "criminales de guerra." La señorita Taylor lo diría quizás al Coronel Vickers . . . ¿Y luego? No; era mejor para mí no decir nada; seguir escuchando las mentiras de la propaganda democrática. . .

¿"Ellos no trabajan?" dije, fingiendo la ignorancia y el asombro. ¿"Es ello así, realmente? ¿Qué hacen ellos, entonces, todo el día?"

La Señorita Taylor pareció contenta de pensar que le creí. "No sé," contestó ella. "Aquellos que le gusta pueden escribir sus memorias. Algunos lo hacen. El general Kesselring escribe la suya. Lo sé. Le permitimos hacerlo. ¡En cuanto al General Rundstedt, hasta le pusimos en libertad condicional - libre de viajar por Alemania, ir a ver su familia, y volver a una prisión cómoda hasta su siguiente permiso! ¡En efecto, le digo que, los franceses nunca harían esto! Ni los alemanes ellos mismos, si alguna vez ellos nos tendrían. En cuanto a los rusos . . ."

¡"Hum!" pensé, "lamento que yo no pudiera investigar en aquella declaración suya sobre Rundstedt. Si es verdad, debe haber algún asunto sospechoso detrás de ello. Esta gente no hace nada por nada."

¿Y pueden los presos políticos tener la luz en sus celdas después de las 20h00? pregunté, - sabiendo perfectamente bien que mi amiga H. E. no tenía ninguna luz después de las ocho tal como los demás, sean "criminales de guerra" o delincuentes ordinarios.

"Ciertamente," dijo la señorita Taylor.

Entonces ella comenzó a hablar sobre los hombres ingleses y mujeres detenidas en Inglaterra, durante la guerra, bajo el acta 18B. "'Los campos de internamiento en los cuales ellos fueron colocados," dijo ella, "no tuvieron nada en común con 'los campos de concentración' en los cuales los enemigos del régimen Nacionalsocialista sufrieron en Alemania."

"Usted no debería extenderse en aquel asunto," observé: "conozco demasiado los 18Bs."

"Conozco unos cuantos también," contestó la mujer policía.

"Apuesto a que si," dije. ¿Y para demostrarle cuan imposible sería convencer siquiera a un Nazi moderadamente bien informado que tal cosa como "la humanidad" existe entre nuestros opositores, añadí, con una sonrisa irónica "Acaso, sabe usted algo sobre la cámara de tortura en Ham Common?"

"Nunca oí de ello, y no creo que esto alguna vez existiera," exclamó la señorita Taylor. ¡"Usted, por supuesto, creerá cualquier cosa a condición de que alguien de su propia parte lo diga!"

"Y aun si lo hice, eso no me haría más crédulo que los Demócratas más 'cultos'," repliqué. "Pero resulta que conozco a un hombre - y un Inglés, también - que fue torturado, durante la guerra, exactamente en el lugar que justo mencioné, por ninguna otra razón salvo que él era uno de nosotros y que él sabía, o se supone sabía, demasiado. Y usted tenía otros de tales sitios, aunque usted fingiera - y todavía finja - ser horrorizada ante nuestra 'barbaridad'. Ahora, no me diga lo contrario, ya que usted gastará su aliento."

La señorita Taylor juzgó inútil seguir su súplica. Sin embargo, ella hizo una tentativa última de aplacarme, - y por fin, ella habló de algo que era verdad: "hemos salvado sus escrituras," dijo ella.

Ella tenía razón, - por una vez. Ellos, en efecto, lo habían hecho. Y me pregunté si los franceses o los americanos - sin mencionar los rusos - lo hubieran hecho. (Yo no lo habría hecho seguramente, en caso de un manuscrito antinazi caído en mis manos, si yo tendría el poder.) yo estaba agradecida a los Dioses por lo que consideré como un milagro. Pero yo no estaba en un humor de dar el crédito a nuestros perseguidores, independientemente de su nacionalidad. "Ah," contesté, "supongo que usted sólo los salvó porque, ante sus ojos, ellos parecieron escritos con demasiado fervor para ser peligrosos . . . por el momento . . ."

Pero en el fondo de mi corazón, repito, agradecí a los poderes divinos por el hecho que las preciosas páginas estaban en algún sitio en la seguridad, en Werl, y que yo las encontraría otra vez - y seguiría escribiéndolas - después de que mi proceso habría terminado, si me permitieran vivir.

* * *

Llegamos a Düsseldorf. Esperamos un poco antes de entrar en el salon en el cual yo debía ser juzgada. Junto con mis otras cosas, mis pocos artículos de joyería me habían sido devueltos. Yo los tenía en el maletín que sostuve en mi mano, tal como durante el día de mi detención. Entre ellos, estaban mis pendientes indios en forma de esvásticas. ¿"Tengo serias intenciones de llevar puestos aquellos," dije a la señorita Taylor, "Qué pueden 'ellos' hacer? ¿Darme seis meses extra, un año extra, por 'desprecio al Tribunal'? ¡Déjeles! ¡El placer de llevar puesto el Signo del Sol y del Nacionalsocialismo, delante de cada uno, bien lo vale!"

La señorita Taylor miró fijamente hacia mí para asegurarse que yo hablaba seriamente. A su asombro, yo lo estaba. ¡"Qué infantil es usted, para ser una mujer de cuarenta y tres!" ella dijo por fin. "Realmente no logro ver que de bueno esto puede hacer, no para usted (sé que usted no se preocupa) sino para su causa preciosa. La gente que ha venido a oírle ya no le tomará en serio cuando ellos le vean tratar de desafiarnos con una exposición tan espectacular. Haga como usted quiera, por supuesto. Es todo igual para mí. Pero en su lugar . . . desde su punto de vista . . ."

Reflexioné. Quizás había algo en lo que ella dijo. "Después de todo," pensé, "esto importa poco. Ellos verán quien soy, bastante rápido, cuando abra mi boca . . ."

Los testigos que yo había visto el 14 de marzo estaban todos allí: Gertrud Romboy, - que fingió no notarme - el policía Wilhelm Kripfel, el Oberinspektor Heller, y los demás. Un hombre que yo no conocía, vestido en trajes de abogado, se acercó a mí y me dijo que él había sido designado para defenderme, cuando, en el último momento, mi abogado había sido impedido de venir. (Se me ocurrió que, en realidad, él había decidido probablemente que era imposible para él defender a alguien tan alegre de sufrir como yo era, para su causa querida, y que él acababa de cambiar la tarea a un colega.) repetí a este hombre lo que yo había dicho ya al primer abogado, a saber que, en ninguna consideración yo deseaba parecer menos responsable de lo que era, o menos fervorosamente Nacionalsocialista, y que yo procuraría que yo no lo hiciera.

Cuando el abogado se había ido, un hombre en uniforme militar vino a mi y me puso la pregunta más inesperada de todas: ¿"bien, Sra Mukherji," dijo él, "cómo avanza su libro? Usted seguramente ha terminado el Capítulo 4. ¿Cuántos nuevos capítulos ha escrito usted mientras estaba en custodia?"

Estaba desconcertada. ¿"Envían a este hombre para averiguar qué he estado escribiendo en la prisión, de modo que 'ellos' pudieran revisarlo y, si les place, destruirlo?" pensé. ¿"Qué le diré? Fingir que he olvidado completamente el libro no funcionará; esto despertaría sospechas - ya que él no lo creería."

¿"Mi libro?" dije, dando vuelta hacia el hombre, y hablando con tanta naturalidad como yo posiblemente podría, "no lo he tocado. Yo tenía muchas cartas para escribir, y quise terminarlas antes de hacer algo más. Y también, yo no estaba en un humor. Seguiré escribiendo más tarde - si es permitido. De otra forma esperaré hasta que yo sea libre. No es de ninguna utilidad entrar en problemas con las autoridades de prisión."

Esperé que el hombre me creyera. Pero yo no estaba para nada segura que él lo hizo. Él abrió una tapa de cartón que llevó en su mano y me mostró una copia escrita a máquina de las primeras páginas de mi libro hasta el principio del Capítulo 3. Yo había olvidado completamente aquella copia - una de las tres que yo había tecleado en Londres, en mi último viaje, exactamente para salvar tanto como yo podría del libro por si este alguna vez cayera en las manos de la policía, en mi vuelta a Alemania. (Yo había dejado uno en Inglaterra, con un amigo, y había enviado otro a India.) Pero cualquier cosa que yo había escrito desde mi vuelta no estaba, por supuesto, en aquellas copias. A ésta yo había tenido apenas el tiempo para añadir, en mi propia letra, justo antes de mi detención, una página o dos de mi Capítulo 3. Leí una vez más las últimas palabras que yo había copiado - mi comentario personal sobre un episodio verdadero que ilustraba el espíritu de Alemania en medio de condiciones atroces, en mayo de 1945: " ¡Salve, Alemania invencible! ¡Salve, juventud aria inmortal, la élite del mundo, a quien los agentes de las fuerzas oscuras pueden privar de comida y torturar, pero nunca podrán someter! Aquella profesión discreta de fe de dos Nazis desconocidos pero verdaderos, en 1945, es, en sí mismo, una victoria. Y esto no es lo único. "

¿"Usted escribió eso, no es asi?" el hombre me preguntó.

"Sí, lo hice," contesté. Y yo no podía ocultar un cierto orgullo en el tono de mi voz. Ya que yo era consciente que mi tributo ardiente de admiración a Alemania, ahora que, materialmente, ella está en el polvo, era también, - y tanto más, precisamente porque no soy alemana - una victoria del espíritu Nazi sobre la fuerza del dinero, sobre la fuerza de las mentiras, y hasta sobre la fuerza de las armas. Pero no dije nada más.

El hombre se alejó después de desearme "buena suerte" en mi proceso.

* * *

Por fin, el tiempo vino para que yo apareciera en el Tribunal.

"Su camarada obtuvo seis meses," la señorita Taylor me dijo - ella acababa de tener noticias de alguien respecto que sentencia había sido pronunciada contra Herr W. - "supongo que usted conseguirá un año más o menos."

"Usted olvida que no voy a mentir, y decir que lo hice en la esperanza del dinero," contesté. "Estoy mucho más interesada en lo que el Partido pensará de mí en 1955 que en lo que 'esta' gente podría hacer conmigo ahora. También tengo en cuenta ese hecho que estoy a punto de dejar tras de mi, para siempre, en el pasado irrevocable."

Durante un segundo o dos, sostuve en mi mano, con amor, el pequeño retrato de Adolf Hitler que dio vueltas por mi cuello. ¡"Pueda yo hablar como si tu estuvieses aquí presente, escuchándome, mi Führer!" pensé, cuando crucé el umbral del pasillo y anduve despacio a mi lugar en el banquillo del acusado, con mi cabeza erguida, mis ojos brillantes de alegría.

El salon estaba atestado de gente - representantes de la prensa, y miembros del público alemán. "Nunca hubo tal muchedumbre de espectadores en un proceso como este desde 1945," dijo la señorita Taylor.

Bajo el entusiasmo que me poseyó, me sentí sumamente tranquila - bienaventurada; la palabra no es demasiado fuerte. Me sentí invencible. Yo sabía que era invencible. Encarné el espíritu Nazi - el alma eterna del Paganismo ario, en su fuerza primigenia, orgullo y belleza. Mi cara debe haber emitido, y debo haber parecido - hermosa como uno siempre parece cuando uno es levantado encima de si mismo. Sentí como si, desde todas las prisiones y campos de concentración en los cuales nuestros enemigos todavía los retienen, desde sus casas de indigentes, desde sus camas sufrientes - y desde más allá de los límites del mundo visible mis camaradas martirizados y superiores hubieran fijado sus ojos sobre mí y me lanzaran un grito: ¡"hable por nosotros, que no podemos hablar! ¡Desafíe en nuestro nombre a las fuerzas que han destruido nuestros cuerpos y han hecho callar nuestras voces, Savitri, la hija del Sol, 1 la mujer aria de todos los tiempos!"

1 Mi nombre indio, Savitri, significa "Energía Solar" en Sánscrito.

A la izquierda, contra la pared, detrás del asiento del juez, fue extendida la Bandera del Reino Unido - en el lugar donde la bandera de la Esvástica habría sido vista, en antiguos días, encima de un retrato del Führer. Pero la vista de ello, - el recordatorio del hecho que Alemania fue ocupada - no me molestó (más que los dos Judíos que noté, sentados directamente en el frente, en el primer banco, entre el público). Nada contó, nada existió para mí, sino el espíritu vivo que representé, y la Nación viva - la Nación que Hitler tanto amó - que sentí contemplándome desde más allá de los límites estrechos de aquel salon, esperando las pocas palabras que ella nunca olvidaría.

Una conciencia abrumadora de la solemnidad - una especie de temor religioso - me cogió como, exactamente dos años antes, en las cuestas del Volcán divino. Una emoción fría, encantadora corrió a lo largo de mi espina y en todas partes de mi cuerpo. De un salto de la memoria alucinante, recordé el rugido de la Montaña ardiente, y el temblor de la tierra - como un redoble de tambores subterráneos que acompañaban el Baile de la Destrucción. Yo no podría cantar, como cuando yo me había acercado a la corriente de lava. Pero de alguna manera, dentro de mi mente, identifiqué el recuerdo siempre vivo de la erupción con una visión interior anticipada del colapso próximo del mundo Occidental, en los truenos y las llamas de la siguiente guerra. Y, junto con aquel ensordecedor, aplastante, omni-penetrante ruido, - respondiéndolo, cubriéndolo, dominándolo - oí dentro de mi corazón la música de la Canción victoriosa, de la

Canción de Resurrección - la Canción de mis camaradas intrépidos, los únicos vivos entre los muertos; solos de pie, y marchando, en medio del choque general; los únicos dignos de prosperar y gobernar, sobre las cenizas de aquellos que eligieron el camino de desintegración y muerte - nuestra Canción, en la lucha, en la victoria, en los años oscuros de la persecución, en el dominio incondicional del futuro para siempre y eterna: ¡"Die Fahne hoch! . . ."

Nunca había sentido su melodía conquistadora tan poderosamente dentro de mis nervios, dentro de mi sangre, como si esto fuera el ritmo místico de mi vida misma. Las lágrimas llenaron mis ojos. Recordé cientos de millas de ruinas que se extendieron en todas las direcciones, más allá del punto donde estuve de pie, - el cuerpo rasgado y postrado de la sagrada Alemania. Todo eso sería vengado, un día, en una agitación volcánica. Y encima del ruido del desmoronamiento de la civilización cristiana, la Canción del joven héroe Horst Wessel resonaría anunciando la Nueva Era final. Y encima de las llamas y humo, la Bandera de la Esvástica triunfante flamearía en la tormenta, contra el fondo deslumbrante de explosiones nunca antes oídas . . . ". . . Bald flattern Hitlerfahnen über allen Strassen . . ."

¡Ah, cuan feliz, cuan invenciblemente feliz yo era!

Miré al juez, al fiscal, al abogado, a los otros representantes de la Ocupación largo tiempo prolongada, en uniformes militares, y a dos 'Yids' que sonreian abiertamente en el banco delantero - encantados en la idea de mirar el proceso de un Nazi. Y pensé: ¿" dónde estarán todos éstos, en diez años? Mientras nosotros . . . sobreviviremos porque lo merecemos; porque los Dioses han decretado que vamos a hacerlo. Pueda mi actitud mostrar hoy como en efecto merecemos gobernar, nosotros, los sinceros, nosotros los intrépidos, nosotros los puros, los orgullosos, los fuertes, los libres, los desapegados - los hermosos; ¡nosotros Nacionalsocialistas! ¡Ya que si yo, el menor entre nosotros, soy digna, entonces cuánto más asi los demás! "

El juez hizo una señal, y todos se sentaron.

Entonces, él me preguntó, por la formalidad, mi nombre, mi edad, etc. . . . y el procedimiento comenzó. Después de la audiencia de varios testigos, fui absuelta del cargo menor de haber sido encontrada en posesión de una nota de cinco libras del Banco de Inglaterra. Pienso que puedo decir que la respuesta de uno de los testigos, llamado Sr. Severs, finalmente decidió mi absolución. Mostrado un billete de banco de cinco libras, declaró que él no podía reconocer, en ello, aquel encontrado en mi bolso durante el día de mi detención. Y el siguiente cargo fue traído adelante, a saber que, no siendo un alemán, yo había entrado en la Zona británica del control sin el permiso militar requerido - pues, como he dicho ya, mi permiso estaba en orden sólo para la Zona francesa.

Otra vez, los testigos fueron oídos, como en relación a mi primer cargo. Yo comenzaba a sentir un poco de aburrimiento porque mi cargo principal era el único que realmente me interesó - cuando a mi sorpresa, noté en las manos del abogado, que se sentó delante de mí, una carta escrita en la letra delineada y elegante de mi marido, tan bien conocida para mí. ¿O estaba confundida? Miré a hurtadillas sobre el hombro del hombre y, en el fondo de la última página, leí la firma: Asit Krishna Mukherji. Esto era en efecto una carta de mi marido. La curiosidad - mezclada con un cierto sentimiento de aprehensión - me movió. Y cuando, por fin, la audiencia de mi caso fue aplazada hasta la tarde, pedí al abogado dejarme tener el mensaje. Él con mucho gusto aceptó. Lo leí en la espera de mi comida de mediodía.

Este llevaba en letras grandes, en la esquina superior izquierda de la primera página, la palabra "confidencial", y fue dirigido "al Presidente del Consejo de Guerra, Düsseldorf." Esta era una súplica muy inteligente y sin pudor de clemencia en mi favor. En cuatro páginas de prosa servil,

esta contuvo, junto con algunas declaraciones exactas, - como un parrafo sobre mi ansia de toda la vida en pos de los antiguos dioses Nórdicos no menos que aquellos de Grecia antigua - algunas verdades a medias, con mucha maña servidas, y una rociada de mentiras evidentes. Las declaraciones exactas fueron causalmente hechas, en tal manera, que se hizo muy difícil si no imposible poder sacar de ellas las conclusiones lógicas, es decir, la seriedad, la solidez - la ortodoxia - de mi fe Nacionalsocialista.

Las verdades a medias fueron torcidas, con experimentada facilidad, en mentiras patentes. El hecho, por ejemplo, que, después de tres años atroces de desesperación, yo había recobrado la confianza en el futuro de mi raza en Suecia, principalmente por una conversación con un Nacionalsocialista de fama mundial de aquel país, el explorador Sven Hedin, en 1948. ¡fue presentado como si me hubiera, yo misma, hecho una Nacionalsocialista en 1948! ¡Y aún así, según esta carta, mis convicciones sociopolíticas se redujeron a sólo "una admiración personal hacia Adolf Hitler"! El espíritu que había animado toda mi actividad en India - el espíritu, es más, que me había apuntado a ir a India - la tierra que nunca había negado a sus dioses Arios - fue con el mayor cuidado ocultado. Y, lo peor de todo, fui presentada no simplemente como una mujer "sumamente emocional" y crédula, que había "sido seguramente explotada por gente interesada," sino como "una individualista" (sic) que "no podría, sino estar enérgicamente opuesta a cualquier régimen de autoridad absoluta" (sic).

A pesar de mi creciente indignación, yo no podía menos que admirar la persuasión serpentina que mi marido mostró en el trato con nuestros enemigos. Esta era en efecto una carta de mi sutil, práctico, desapasionado, y aún asi indefectiblemente - leal y útil - antiguo aliado; del hombre yo había visto en el trabajo, día a día, durante y desde antes de la guerra, durante años; del hombre que había preparado, hasta cierto punto, y había hecho historia, sin que nadie lo supiera) - salvo yo; quien, si tan sólo Alemania y Japón ganaran esta guerra, habría sido, hoy, el verdadero amo de India. Pero aquella acusación "del individualismo", escrita contra mí en blanco y negro, (no importa con que intención laudable) era más de lo que yo podría soportar. Girando hacia la señorita Taylor después de que yo había terminado de leer la carta estallé: ¡"eche un vistazo a esta obra maestra de la diplomacia fangosa, ya que esto bien lo vale!"

La mujer policía leyó el documento. "Es muy hábilmente presentado," concluyó ella, devolviéndomelo. "Naturalmente, yo - quien comienzo a conocerle, ya - puedo ver a traves de ello. Pero el juez no le conoce. Le digo: su abogado podría tomar una ventaja espléndida de esto y . . ."

"Y obtener una sentencia increíblemente ligera para mí - más ligera incluso que la de Herr W.," dije, con desprecio. ¡"Increíblemente ligera sentencia, a costa del honor! ¿Y usted piensa que voy a apoyar esto?"

¿"Apoyar qué?" contestó la señorita Taylor, de verdad sorprendida. "No hay ningún cuestionamiento al honor. Su marido no le ha insultado. Él ha sólo, con un dominio asombroso, explotado la misma verdad para su defensa. Él dice algunas cosas verdaderas - entre otras - ¿no es cierto?"

¡"Cosas verdaderas! ¡Mi pie! Me gustaría mucho saber cuales," estallé. " Él confiesa que mi filosofía entera tiene sus raíces en mi conciencia esencialmente Pagana, que es, por supuesto, bastante verdadero. Pero es casi la única declaración exacta que él ha hecho en esta carta vergonzosa. Él menciona mi amor a los animales, también, y mi objeción fuerte a cualquier imposición de sufrimiento sobre ellos, para cualquier objetivo que sea; pero él lo hace tan sólo a fin de implicar a fortiori que seguramente objeto nuestro tratamiento despiadado hacia seres humanos peligrosos o potencialmente peligrosos, cosa que no hago, como le dije cien mil veces. Y él sabe, mejor que alguien, que no lo hago - más de lo que él hace. Y él debería saber que no quiero pasar por una tonta humanitaria delante de cada uno, aun si esto pudiera

ponerme en libertad. No he venido aquí para ser puesta en libertad, o conseguir una sentencia ligera. He venido para atestiguar a la grandeza de mi Führer, independientemente de lo que podría pasar; proclamar la atracción universal y eterna de los ideales para los cuales luchamos, y desafiar las fuerzas de un mundo entero torcido en matar nuestra fe. Esto es la única cosa que puedo hacer, ahora. Y nadie me impedirá hacerlo.

No quiero ser perdonada, defendida, blanqueada, como si yo hubiera hecho algo incorrecto. Y sobre todo no, con tales indirectas hirientes como aquellas. ¿Ha notado usted aquel parrafo en el fondo de la segunda página, en la cual soy presentada como si yo fuese una de aquellas mujeres no-alemanas sentimentales cuya principal, si no única, contribución al esfuerzo de guerra del Tercer Reich consistia en soñar con el Führer tan a menudo como ellas podrían? ¡Una parte tan aguada! No quiero ser amontonada con ellas; ellas no son mi tipo. ¿Y qué pensarían mis camaradas de mí? "

"Ahora, excite," dijo la señorita Taylor, "y deje a su imaginación escaparse con usted. ¿Quién le dice que su marido intentó 'amontonarla a usted' con tales mujeres? Él solo usó las palabras 'admiración personal' para caracterizar sus sentimientos hacia su Líder. ¿Cuál es el daño en ello? Usted le admira realmente, supongo."

"Le adoro. Pero no es el punto. Le digo que mi marido ha escrito aquellas palabras deliberadamente, de modo que nuestros perseguidores no pudieran tomarme en serio. ¡La prueba de ello usted puede ver unas líneas abajo, donde soy descrita como 'nunca habiendo estado interesada en el lado político del Nacionalsocialismo' - como si fuera posible separar 'el lado político' del filosófico, en una doctrina orgánica tan lógicamente concebida como la nuestra! Usted puede verlo en aquella declaración mendaz donde me llaman 'una individualista' naturalmente opuesta a 'cualquier régimen de autoridad absoluta'. ¡Yo, de entre toda la gente, 'una individualista'! ¡Yo, opuesta a las autoridades! ¡Qué broma! Indudablemente, valoro mi libertad individual - la libertad de saludar a mis amigos en la calle, en todas partes en Europa, en cualquier parte del mundo, diciendo: ¡'Heil Hitler!'; la libertad de publicar mis escrituras con cada facilidad. Indudablemente odio las autoridades ahora impuestas sobre mí - y encima de todos aquellos que comparten mi fe - en nombre de una filosofía diferente de la nuestra. ¿Pero qué Nacionalsocialista no lo hace? Y seguramente nada me gustaría más que ver unas autoridades de hierro imponer nuestros principios - mis propios principios - sobre el mundo entero, destruyendo toda la oposición más despiadadamente que alguna vez. ¿Qué Nacionalsocialista no? No soy de ninguna manera diferente de los demás.

Pero mi marido ha estado tratando todo el tiempo de persuadir a nuestros enemigos que lo soy. Allí está todo su truco: él ha tratado de persuadirlos que admiro a nuestro Führer sin ser, yo misma, una Nacionalsocialista hecha y derecha, consciente de todas las implicaciones de su enseñanza; en otras palabras, que yo soy una tonta sobreemocional, irresponsable. Y es exactamente eso lo que me pone salvaje. "

"Él sólo lo hizo para salvarle," dijo la señorita Taylor. "Y estoy segura que no hay uno de sus amigos alemanes que no entendería esto."

"Ellos podrían. Pero él debería haber sabido, después de once años de colaboración conmigo, que nunca quise ser salvada," contesté; "y si alguien se atreve a leer aquella carta en el Tribunal, diré unas cosas que harán al autor sentir pena que alguna vez la escribió. Demostraré que yo era lo que soy - y él también - años antes de 1948. ¡No me preocupo por lo que podría pasar a nosotros dos como consecuencia!" Yo estaba fuera de mis cabales. "Ahora, no sea tonta; no sea una niña," dijo la señorita Taylor, suavemente: "y sobre todo, no hable en voz tan alta: no es necesario que todos puedan oírle. Nadie le obliga a hacer uso de esta carta. Diga al abogado que no debe presentarla, y él no lo hara. Pero fue escrita con la mejor de las intenciones, estoy segura. Y esto usted lo debería apreciar."

"Probablemente," dije, después de la reflexión de un momento, "si sólo yo pudiera estar segura que él deseó salvarme, no a fin de ahorrarme privaciones por mi propio bien, sino únicamente porque él me juzga más útil a nuestra causa - o al menos - menos inútil libre que entre rejas. Si fuera el caso, yo le perdonaría."

"Bastante posiblemente es el caso," contestó la señorita Taylor.
Habíamos terminado nuestra comida, que nos había sido servida en el "Stahlhaus" - ahora la Oficina central de la Policía británica. Volvimos al edificio en Mühlenstrasse donde mi proceso ocurría. Devolví la carta de mi marido al abogado, diciéndole muy enérgicamente no mencionarla en cualquier consideración.

"Pero usted no parece comprender a que grado yo podría explotar aquella carta a su favor," dijo él.

"Sé que usted podría, pero le prohíbo hacerlo," contesté. "Mi honor como una Nacionalsocialista viene antes de mi seguridad, antes de mi vida, antes que todo - excepto, por supuesto, los intereses más altos de la causa."

"Bien, entonces. Será como usted quiera."

Apenas así me había asegurado que mi responsabilidad sería totalmente reconocida, recobré mi calma - y alegría.

El procedimiento acerca de mi segundo cargo menor siguió. El juez ahora deseó ponerme unas preguntas, "¿Pero primero, usted es Cristiana?" me preguntó - ya que yo debía jurar decir la verdad.
"No lo soy," contesté.

"En este caso, no sería de ninguna utilidad que jure sobre la Biblia," dijo él. ¿"Sobre qué jurará usted?"

Reflexioné durante un segundo o dos. No, yo no nombraría ningún libro, pese lo exaltado, pese lo inspirado. Yo nombraría, en una paráfrasis, el Símbolo cósmico de todo el poder y sabiduría, que es también el símbolo de la resurrección de la Arianidad: la sagrada Esvástica.

"Puedo jurar sobre la sagrada Rueda Solar," dije, firmemente, esperando que, si el juez y el otro Britanico presente no entendieran lo que esto significaba, la mayor parte de los alemanes sí podrian. Hablé así, ya que no tuve la intención de decir cualquier mentira. Si una pregunta me fuera hecha sobre cosas que deseé guardar en secreto, yo rechazaría simplemente contestarla. Uno siempre puede hacer esto.

Pero el juez no aceptó mi sugerencia. Quizás él sabía, después de todo, que es la Rueda Solar. Él me pidió no jurar en absoluto, sino "declarar enérgicamente" - en alguna fórmula no confesional tan carente de apelación poética que lo he olvidado completamente - que yo diría "la verdad, toda la verdad y solamente la verdad." Hice así; y luego expliqué por qué yo no me había molestado en obtener un permiso militar para entrar en la Zona británica: un funcionario del Servicio de Seguridad francés en Baden Baden (92 Litschenstrasse) me había dicho positivamente, que "hoy día" uno podía viajar dondequiera que uno gustara en Alemania occidental a condición de que uno tuviera un permiso de entrada en una Zona. Este era un hecho.

El juez, sin embargo, esta vez, no me absolvió. "Esta es, por supuesto, una ofensa puramente técnica," dijo él. "Aún asi, ha sido cometida." Y él procedió al examen de los testigos en relación

al cargo principal contra mí - a saber aquel de haber participado en la propaganda Nazi. Una vez más me puse profundamente interesada en lo que continuaba en mis alrededores inmediatos.

Todos los testigos eran testigos de parte del Procesamiento - testigos que fueron llamados para demostrar que yo en efecto había hecho esto de lo cual fui acusada, y que yo lo había hecho intencionadamente, totalmente consciente de lo que yo hacía. Cada palabra que ellos pronunciaron "contra" mí, me llenó de satisfacción. Por fin, - después de quizás cuantos años de ocultación por conveniencia, - yo aparecía públicamente en mis deslumbrantes colores verdaderos.

Habría sido posible para mí seguir siendo útil en la oscuridad, naturalmente, habría sido mejor. Pero ya no era posible. Entonces me alegré de ver que el cuadro de mi verdadero yo surgia poco a poco, desde pruebas acumuladas, ante unos representantes de la gente de mi Führer. ¡"Permitales saber," pensé, no sin un cierto orgullo, "que en este mundo amplio, venal que los acusa y los condena, y los injuria, porque - por el momento - ellos fallaron en conquistar, todavía tienen al menos a un amigo fiel!"

Finalmente, el funcionario de policía ante quien yo había hecho una declaración voluntaria el 21 de febrero, vino adelante y leyó aquella declaración: "no es simplemente el espíritu militar, sino la conciencia Nacionalsocialista en su totalidad lo que me he esforzado por fortalecer, pues ante mis ojos, el Nacionalsocialismo excede Alemania y excede nuestros tiempos." Sonreí. "Nada podría ser más verdadero," pensé. Los periodistas anotaron las palabras. "Ellos no se atreverán a publicarlas, no sea que sus licencias sean anuladas," pensé otra vez - "pues esto sería verter petróleo sobre el fuego."

Este era el turno del Fiscal para hablar. Él resumió pruebas que los testigos habían traído, poniendo acento especial sobre mi propia declaración que el último testigo había citado. Él entonces se puso a dar un breve resumen de mis calificaciones académicas y de mi carrera. "Aquí está una mujer que es obviamente inteligente," dijo él; "quien ha obtenido los grados más altos que una Universidad puede conferir sobre un erudito - ella es un maestro de ciencias; un doctor en literatura; - que ha viajado más de la mitad de la superficie del globo; que ha enseñado la historia y filosofía a estudiantes, y ha sostenido reuniones públicas; que puede hablar y escribir ocho lenguas y que ha publicado unos libros que no son carentes, ni en el pensamiento original, ni en la erudición; y aún asi. . . a pesar de todo eso (sic) estamos obligados a reconocer que ella es una ferviente Nacionalsocialista. . ."

Desde la esquina donde estaba sentada, justo frente a él, levanté mi cabeza con orgullo como si dijera: ¡"seguramente lo soy! Esto es mi mayor gloria." Pero yo no podía menos que ser divertida - al mismo tiempo que un poco indignada - cuando oí las palabras "a pesar de todo esto. ¡" "La maldita mejilla de este hombre! ¡" exclamé, en un susurro, a la señorita Taylor - ya que ella era la única persona a la que yo podría hablar posiblemente - "'a pesar de todo eso' él dice, como si una enseñanza superior, la experiencia en tierras extranjeras, pensamiento, erudición y qué no, fueran incompatibles con una fe Nazi sincera! ¡Lamento que yo no pudiera decirle que mi pequeño conocimiento de la historia y mi contacto prolongado con la gente de todas las razas me han hecho más Nazi que alguna vez - si fuera posible!"

¡"Shhh! No hable," dijo la mujer policía.

Pero el Fiscal había captado desde su lugar el movimiento de mi cabeza y la sonrisa feliz que lo había acompañado.

"Vea," prosiguió él, "ella de buena gana lo admite. Ella sonríe. ¡Ella está orgullosa de ello!" ¡"Lo estoy!" exclamé.

Había sonrisas sensibles de orgullo y simpatia entre el público alemán. Pero el juez me pidió "no interrumpir." Y el Fiscal siguió. "Una ferviente Nacionalsocialista," dijo él, "y una activa, hasta el limite de sus oportunidades. Ella ha venido todo el camino desde India a fin de hacer lo que ella podría para ayudar a la minoría peligrosa con la cual ella se ha identificado completamente - la minoría que nunca ha reconocido la derrota.

Ella ha imprimido en su propio coste, trajo a Alemania en su propio riesgo, y distribuyó un número considerable de aquellos papeles que constituyen la razón del cargo presente. Su caso es particularmente serio, ya que ella ilustra cuan fuerte asimiento el Nacionalsocialismo todavía retiene hoy sobre cierta gente - lamentablemente más numerosa de lo que estamos generalmente inclinados a creer - quienes son, exactamente, todo menos agentes irresponsables u hombres y mujeres influidas por la lujuria de la ganancia material. Ella representa el tipo más peligroso del idealista al servicio del sistema que ha traído solamente la destrucción sobre este país y sobre el mundo en libertad. Sólo tenemos que mirar fuera de las ventanas de este salón para ver lo que el Nacionalsocialismo significa: ruinas. Sólo tenemos que recordar esta guerra a fin de entender donde aquel sistema ha conducido a la gente que este había logrado engañar. Y si permanecemos aquí hoy, es para evitar una guerra futura, sufrimiento posterior, ruinas adicionales, impidiendo a la Ideología perniciosa recobrar la atracción, y el poder. La acusada, Sra Mukherji, repito, ha venido a Alemania a propósito para reforzarla: a propósito para minar el trabajo que nos hemos propuesto hacer. Y durante los pocos meses de su permanencia ella ya, por sus panfletos y carteles, pero, indudablemente también por la propaganda privada no detectable, - por sus conversaciones, por su actitud entera - ha hecho más daño irreparable de lo que puede ser exactamente estimado. Por lo tanto exijo que una sentencia ejemplar deba ser pronunciada contra ella por este Tribunal. " Yo no podía decir que éstas eran textualmente las palabras usadas por el Fiscal. No tengo estenografiado su discurso. Pero esta era la tendencia general de ello. Y algunas frases recuerdo palabra por palabra, y he informado aquí como ellas fueron pronunciadas.

Me herví con la indignación, como podría ser esperado, cuando oí que el hombre difamaba nuestra fe y declaraba - con su brazo estirado hacia atrás, hacia la ventana detrás de él - que las ruinas de Düsseldorf y de toda la Alemania eran el resultado del Nacionalsocialismo. Ciertamente, yo contestaría esa acusación, al menos la rechazaría en una frase cortante, cuando mi turno viniera para hablar. Aún asi, la mejor respuesta a ello sería, sin duda . . . la siguiente guerra - consecuencia directa de la derrota de Alemania en ésta; y el castigo divino para la negativa de Inglaterra de concluir con el Tercer Reich una paz honorable y duradedera. ¡Ah, entonces! Entonces, yo me gozaría al contento de mi corazón con ruinas nuevas y aún más espantosas - no en Alemania, esta vez. Y si encontrase a tal gente como aquel Fiscal, yo me reiría en sus caras y les diría: " ¿Recuerda cómo usted solía decir que las ruinas de Alemania eran la obra del Nacionalsocialismo? ¿Bien, las obras de quién son sus ruinas, ahora? Sin duda, es de su Democracia confundida - de aquella Democracia que usted una vez tenía la insolencia para tratar de hacernos bienvenida. ¡Eh, mire ahora y vea dónde esto le ha traído! ¡Ah, ah, ah! ¡Cómo lo merece! ¡Ah ah ah! ¡"Ah por hablar así, un día, impunemente, a nuestros enemigos medio muertos en el polvo!

Aún asi, yo no podía menos que admirar el modo que el hombre, del punto de vista democrático, me había caracterizado. Después del amor de la propia gente de uno, nada es más refrescante que el reconocimiento de la nocividad de uno mismo por un enemigo. Durante años, yo había sufrido positivamente del hecho que nuestros opositores no parecieron creerme cuando expresé mis opiniones radicales y sentimientos intransigentes. ¡sólo Dios sabe qué lengua potente yo siempre empleaba! Pero la mitad del tiempo esas nulidades - la gente "moderada", la gente "decente", partidarios habituales de todo lo que más odiamos me dirían, en tono paternal que los adultos a veces usan hablando a adolescentes: "usted dice eso, pero realmente no lo quiere decir; ¡ciertamente usted no lo haría!" Si yo habría estado en una

posición para hacerlo, yo habría enviado de buena gana a todos ellos a su destino, - incluso sin que ellos nos sean peligrosos - por el puro placer de exponer a ellos que yo lo quise decir realmente, y no estaba en ningún humor para ser tomada por un charlatán irresponsable. Ahora, aquí estaba, por fin, un hombre "del otro lado" que sabía que "quise decir eso" "y lo haría" bien, de sólo serme dado media posibilidad; un Demócrata ante cuyos ojos yo era "el tipo más peligroso de idealista." Le agradecí, en mi corazón, por reconocer mi resolución deliberada no menos que mi amor y odio, y por no tratarme como un niño emocional. Le agradecí por exigir "un castigo ejemplar" para mí. Si él habría exigido una pena de muerte, yo habría estado totalmente satisfecha.

El juez dijo al abogado que él ahora podría hablar. Éste declaró que no tenía nada para decir. Era el Fiscal él mismo quien recordó al Tribunal de la existencia de la carta de mi marido. "El acusado no desea que la carta sea presentada," no dijo el abogado. ¡"Ciertamente no!" grité, desde mi esquina. "No quiero el blanqueado. Esto es solamente un preparado de verdades a medias y claras mentiras, de todos modos."

Esta declaración pública era suficiente para privar al documento de cualquier valor práctico que este podría haber tenido. El juez no insistió. Él dio vuelta hacia mi; ¿"desea usted hablar?" él me preguntó.

"Lo deseo," contesté; "aunque yo no tenga nada para decir para mi defensa, me gustaría declarar los motivos que me han apuntado a actuar como lo hice - si aquellos motivos interesan al Tribunal."

"Ciertamente lo hacen," dijo el juez, dándome, por fin, la oportunidad que yo había estado esperando con tanta impaciencia.

Yo había preparado un corto, pero preciso, y por lo que yo podría bien tranquilo discurso -, conteniendo más o menos cualquier cosa que deseé decir. Olvidé todo ello. Olvidé la presencia del juez, así como de los otros representantes del poder británico en la tierra conquistada. Me sentí otra vez levantada al estado de inspiración que yo había experimentado en la entrada en el salon, durante la mañana de aquel inolvidable día. Me encontré hablando, no simplemente ante el Consejo de Guerra Británico de Düsseldorf, sino ante toda la Alemania, toda la Arianidad; ante mis camaradas, vivos y muertos; ante nuestro Führer, viviendo para siempre. Mis palabras eran las mías, y más que las mías. Ellas eran el juramento público de la lealtad de mi eterno yo a mi raza inmortal y su Salvador eterno y Líder.

"Nunca he tenido la vanidad para creer que distribuyendo unos panfletos y colocando media docena de carteles, solamente, pueda provocar la resurrección del Nacionalsocialismo, desde las ruinas y desolación en medio de la cual estamos de pie," dije yo, con una voz clara que era, también, la mía y más que la mía. " Aquellas ruinas no son, como el Fiscal ha afirmado, ahora mismo, tendenciosamente, la consecuencia de la política de nuestro Führer. Ellas son, al contrario, las marcas de la guerra salvaje emprendida contra la Alemania Nacionalsocialista por las fuerzas fundidas de la desintegración del Este y Oeste, espléndidamente apoyadas por finanzas judías, para aplastar en este país el nucleo, la fortaleza de la Arianidad regenerada. Los Poderes divinos, Cuyos caminos son misteriosos, han permitido el desastre de 1945. Esto es su asunto - y no el mío - para levantar el Nacionalsocialismo una vez más, en el futuro, a tal prominencia que su derecho de permanecer como la unica fuerza inspiradora de la humanidad más alta nunca será otra vez cuestionado.
Yo, un individuo impotente, puedo sólo, como escribí en mis carteles, 'tener esperanza y esperar'.

"Independientemente de lo que he hecho, no lo hice, por lo tanto, a fin de ganar el éxito inmediato para la causa que amo, sino a fin de obedecer la ley interior de mi naturaleza, que es

luchar por lo que firmemente creo es verdadero. El Libro más sagrado, reverenciado en todas partes de India, - el Bhagavad-Gita, escrito hace cientos de años, dice a todos aquellos que, como yo, son militantes por herencia, guerreros por derechos de nacimiento, luchar rotundamente, sin tener en cuenta la ganancia o pérdida, victoria o derrota, placer o incomodidad. Y nuestro Führer ha escrito, en el mismísimo espíritu, en el Capítulo 2 de la segunda Parte de Mein Kampf: 'cualquier cosa que pensamos y hacemos de ninguna manera debería ser determinada por los aplausos o la desaprobación de nuestros contemporáneos, sino únicamente por la obligación que nos liga a la verdad que reconocemos', o, para citar el texto real mismo: 'Allein unser Denken und Handeln soll keineswegs . . .'."

Obligada como yo era, por la orden del Tribunal, hablar en inglés, yo iba al menos a citar aquellas palabras de Adolf Hitler también en su alemán original (que resulté saber), para la edificación del público, cuando el juez me interrumpió:

"No estoy preocupado por lo que su Führer escribió o dijo," estalló él, irritado. "Y por favor recuerde que usted no se dirige aquí a una reunión política, y vuelvase al Tribunal, es decir, a mí, y no al público, cuando usted habla."

¡"Bien! Pero no crea que yo realmente me opongo a que dirección hablo," pensé; ¡"en todas las direcciones, está Alemania!" Y, dando vuelta hacia el juez, dije: "lamento si el Tribunal no está interesado en lo que mi Führer reverenciado ha escrito. Pero, en un discurso con la intención de explicar que motivos me han apuntado a actuar como lo hice, yo no podía menos que citar aquellas palabras suyas, ya que su espíritu ha regido mi vida, incluso antes de que yo supiera de ellas; y estas la rigen hoy, como antes; y estas siempre la regirán, inspirando cada pensamiento, cada oración, cada acción mía."

"Bien, siga," dijo el juez con impaciencia.

"Acabo de declarar," proseguí, "que he actuado, primero, para expresarme, cumplir mi propia naturaleza, que es vivir según mis convicciones más queridas. Pero no es la única razón. He venido, y he actuado como lo hice, también, a fin de dar a la gente alemana, ahora, en la hora oscura del desastre, en la hora del martirio; ahora, en medio de las ruinas amontonadas en todas partes de ellos por sus enemigos, - quienes son, en el mismo tono, los enemigos de la raza aria entera - un signo tangible de admiración y amor de una aria de una tierra lejana. Un día, - no sé cuando, pero seguramente algún día - la raza aria entera, incluso Inglaterra, incluso los elementos más nobles de EEUU. y de Rusia, considerará a nuestro Führer como su Salvador y a la gente alemana, - la primera nación aria bien despierta - como la vanguardia de la humanidad más alta. He hecho esto en los años sombríos 1948 y 1949, de modo que pudiera permanecer verdadero para siempre que, presagiando aquel gran día por venir, una hija no alemana de la Raza, al menos, ha permanecido fiel a la Nación inspirada, - agradecida a ella por sacrificarse del todo, en la lucha para la supremacía de la Arianidad verdadera - mientras tanto, aun entre sus llamados amigos, se han demostrado infieles y desagradecidos. Lo he hecho porque, no obstante mi impotencia e insignificancia personal, sé que soy un símbolo - el símbolo vivo de la lealtad de la humanidad aria al pueblo del Führer, mañana, durante años por venir, para siempre, a pesar de la derrota temporal, humillación, ocupación; a pesar de los esfuerzos de los agentes de las fuerzas oscuras para tirar abajo Alemania; no solo eso, debido a la belleza sobrehumana del soporte de la Alemania Nacionalsocialista en la profundidad de la derrota, humillación, y persecución.

"Y hay una tercera razón por qué actué como lo hice. Hice así para desafiar a las Democracias victoriosas, así anunciando la victoria final del espíritu Nazi sobre el poder del dinero. Sí, lo hice para desafiar a ustedes, los enemigos de nuestra fe eterna, los hipócritas 'campeones de los derechos del hombre', 'cruzados de Europa' y que no; los poderes que se han aliado a las

fuerzas Comunistas para aplastar a la Alemania Nacionalsocialista y - de ser posible - la Idea Nacionalsocialista, de parte de los Judíos. La tarea fácil, usted ha hecho, y ha hecho a fondo: noche tras noche, durante meses, durante años hasta el final, usted ha vertido corrientes de fósforo y fuego sobre este país desafortunado hasta que nada fuera dejado de ello, sino ruinas que arden sin llama. ¡Con bombarderos actualizados, - con el dinero judío - cuan fácil era! Y ahora, usted se ha puesto una tarea más difícil: 'la conversión' de Alemania a sus principios democráticos y humanitarios; 'des-Nazificación' de todos aquellos que una vez compartieron la misma fe que yo. El futuro contará, espero, cuan vana aquella tarea de gran escala era, no, como esta llevó dentro de si las semillas de la reacción que aplastará, un día, los poderes en nombre de los cuales fue emprendida. Mientras tanto, hasta tan pronto como ayer, distribuí aquellos papeles, escritos por mí sola, y en mi única iniciativa y mi única responsabilidad, a fin de desafiar su campaña de 'des-Nazificación'; mientras tanto, tan pronto como hoy, estoy de pie aquí y los desafío y le desafío, una vez más, en nombre de todos aquellos, alemanes o extranjeros, que alguna vez se adhirieron a nuestra fe Nacionalsocialista, sinceramente y en la conciencia plena de sus implicaciones.

"Estoy de pie aquí y proclamo, con alegría, que, ni amenazas, ni promesas, ni crueldad, ni cortesía, ni la bondad puede 'des-Nazificar' a mí - una mujer, no un hombre, y ni siquiera una mujer alemana en esto; yo, nadie, quien nunca ha disfrutado de ninguna clase de poder o privilegios, o ventajas personales, bajo el régimen nazi, pero quien, lo admira sin reservas, por el bien puro de la belleza de las nuevas generaciones de superhombres que este creaba, bajo nuestros ojos. Repito: ¡cuan fácil sería romper el poder material del Tercer Reich! Pero cambiar la fe hasta del admirador extranjero más insignificante del Nuevo Orden de Hitler, no es tan fácil. Es imposible. Todos sus soldados, todos sus acorazados, todos sus tanques, todos sus superbombarderos y toda su propaganda - todo su poder y todo su dinero - no pueden hacerlo. Nada puede hacerlo. He actuado como lo hice, a fin de acentuar aquel hecho. Y ahora, impotente y sin dinero como estoy, y un preso, ahora más que alguna vez, todos sus planes de 'des-Nazificación' se caen a pedazos ante mis pies. Independientemente de lo que usted haga conmigo, hoy, soy el ganador, no usted. Y junto conmigo, en mí, por mí, el espíritu Nazi eterno afirma su invencibilidad.

"No tengo nada más para decir. Agradezco a mis estrellas, una vez más, ya que la oportunidad se me permitió para expresar en público, ante este tribunal, mi lealtad resuelta a mi Führer, mi admiración de cariño para su gente martirizada. Y . . ."

Yo iba a añadir que mi única pena era que, debido a la censura, mis palabras seguramente no serían relatadas en extenso en los periodicos del día siguiente; y yo habría terminado mi discurso con : ¡"Heil Hitler!" Pero el juez, una vez más, me interrumpió: "Hemos oído bastante, más que suficiente," dijo él. "Usted podría tener sus convicciones - por las que no estoy interesado - pero debo aplicar aquí la ley.

Ciertos Poderes han luchado seis años para tirar abajo este régimen que usted tanto admira. Y la ley, hoy, expresa la voluntad de aquellos Poderes, que han ganado la guerra a costa de grandes sacrificios. En cuanto a usted, no sólo no se lamenta de lo que ha hecho, sino que toma orgullo de ello . . . Usted usa el lenguaje más provocador. . . "

No oí el resto de lo que él dijo; ya que en mi corazón, yo rezaba ardientemente a las Fuerzas invisibles: ¡"pueda este hombre condenarme a la muerte, a menos que ustedes me hayan puesto aparte para jugar una parte útil en nuestra segunda rebelión!" Por fin el juez concluyó: ". . . Como consecuencia, el Tribunal le condena al encarcelamiento de tres años, con la posibilidad de ser deportada atrás a India dentro de aquel tiempo." Yo estaba confusa y un poco decepcionada. Mi primer impulso era exclamar: ¡"sólo esto! Supongo la gente no es realmente seria sobre la 'des-Nazificación' y otras cosas por el estilo."

Pero no dije nada, recordando mi rezo. " Debe ser que en efecto nos elevaremos otra vez, y que tendré entonces algo para hacer," pensé. Y una vez más, me sentí completamente contenta. La idea de volver a India - ahora que no me permitian permanecer en Alemania, de todos modo me encantó. Yo haría imprimir mi libro allí, silenciosamente, después de terminarlo en la cárcel. ¡Sería buenisimo! Y yo volvería, - y lo traería conmigo - tan pronto como las cosas cambiaran. De un salto, recordé mi casa, mis gatos. Y fui conmovida. Pero reprimí toda expresión de la emoción. Muchas personas entre el público, periodistas y otros, parecieron desesosas de hablarme. Yo habría estado simplemente demasiado contenta de hablarles. Pero la señorita Taylor no me dejaría, a menos que yo primero pidiera el permiso del juez. De este modo, girando hacia él dije: ¿"podría yo tener una conversación con los representantes de la prensa al menos, si no con otra gente también?"

"No," contestó él rígidamente, "usted no puede tener ninguna entrevista de prensa, por favor." "Bien," dije. Esperé antes de que él y el Fiscal y otro Britanico hubieran dejado el salon. Ya, muchos de los alemanes observando se habían marchado también. Pero esto, yo no podía evitar. Girando a los pocos que estaban todavía allí, antes que la señorita Taylor (quien había andado delante de mí) tuviera el tiempo para mirar alrededor, levanté mi brazo y dije: ¡"Heil Hitler!" Varios habrían contestado mi saludo, si ellos se habrian atrevido.
Un joven reportero de prensa, una mujer, me siguió abajo la escalera. "Me gustaría mucho entrevistarle," dijo ella.

"No nos permiten hablar," contesté, "es 'la libertad' democrática. ¿Pero usted ha oído lo que yo dije, verdad? ¿No podía usted entender todo lo que dije?"

"Es justo eso," dijo ella; "seguí la mayor parte de ello, pero hay un parrafo que no entendí completamente. Y también quise preguntarle . . ."

La señorita Taylor intervino. "El juez le dijo que usted no puede tener entrevistas de prensa," dijo ella.

¡"Bien," grité, "tengo una hora o dos más de relativa libertad para disfrutar antes de volver a la prisión durante tres años, y, maldición, tengo la intención de tomar la ventaja más plena de ello si puedo!"

Pero el reportero de prensa había desaparecido ya.

* * *

La señorita Taylor me llevó a otro edificio y allí, amablemente me ofreció una taza de té y - que aprecié infinitamente más - me presentó una botella de tinta y un cuaderno grueso, regalos inestimables, ahora que yo iba a la cárcel para siempre. Me pareció que ella fue inclinada a ser mucho más considerada, - no, que ella podría ser incluso amistosa hacia mí - cuando no habían otros miembros de la policía en el lugar. "El libro que escribe, usted lo terminará en la prisión," dijo ella. Y añadió, a mi asombro: "lo terminará con esta tinta, y en este cuaderno. Así tendrá una conmemoración perdurable de mí."

"Si usted realmente tiene la intención de ayudarme, conociendo quién soy y lo que escribo, no puedo sino darle gracias," contesté de repente conmovida. ¿"Pero usted? ¿Y usted de todos modos, si supiera todo lo que he escrito ya, y todo lo que espero escribir?"

¿"Por qué no?" dijo la señorita Taylor. "Usted no escribe contra Inglaterra," "No lo estoy; es verdad. Escribo contra aquellos que, ante mis ojos, han traicionado los verdaderos intereses de Inglaterra no menos que de todas las naciones arias. Y aquellos son,

repito, todos aquellos que lucharon para destruir el Nacionalsocialismo, por el odio criminal o por la ignorancia."

"Soy demasiado individualista para ser capaz de decir que me gusta su régimen," dijo la señorita Taylor, "pero puedo entender todo lo que esto le significa, y me gusta usted. Me gusta la actitud que usted conservó en todas partes de su proceso. Aprecio a la gente que se atiene a sus convicciones, y quienes no temen nada."

Quise decir: ¿"entonces, por qué acepta usted servir bajo las autoridades de Ocupación, que estan aquí haciendo todo lo que ellos pueden para 'des-Nazificar' Alemania? Las virtudes que usted dice amar en mí son justo las virtudes de tropa que usted encontraría en cualquiera de nosotros Nacionalsocialistas. ¿Cómo puede usted llevar puesto el uniforme de nuestros perseguidores, si usted quiere decir lo que usted dice?" Pero no hablé. Yo sabía que la señorita Taylor no me seguiría tan lejos. Ella no era uno de nosotros, después de todo. "Es muy amable de parte de usted que me ayude," dije, solamente. "Pocos regalos he recibido, que me han complacido tanto como el suyo."

Entonces, fui y tomé de mi maletín marrón mis pendientes indios en forma de esvásticas, y me los puse "Ahora que estoy condenada," dije, "llevare puestos éstos. Con ellos encima, - como en los grandes días - voy a, desde las ventanas del coche, por un tiempo rápido, admirar la belleza de la primavera alemana (por última vez durante tres años, al menos). Y con ellos encima, caminaré a la prisión. ¿Puede alguien impedirmelo?"

"Nadie intentará hacerlo," dijo la señorita Taylor. "No estamos en la Zona rusa." Estas últimas palabras movieron mi resentimiento. "Hipócritas malditos," pensé, "usted quizás imagina que voy a verles un poco mejor de lo que hago, por permitirme esa satisfacción diminuta durante dos horas. De ser así, usted comete un error. Detesto a todos los antinazis igualmente." Pero no dije nada.

Otra mujer inglesa en uniforme de policía, que yo había visto en mi proceso, tomaba el té con nosotras. Hombres en uniforme pasaron por nosotras, de vez en cuando. Unos pararon un minuto. Ellos vieron mis pendientes, pero no hicieron ningun comentario. Miré directo a sus caras con algo de la expresión agresiva con la cual yo solía mirar a los Ingleses, franceses, - y especialmente Judíos - con quienes me crucé en las calles de Calcuta en los gloriosos '40', 41, '42. En mi mente, recordé aquellos años. Y recordé mi proceso, y el rezo que yo había dirigido a los Dioses, y pensé: "los tiempos más gloriosos deben venir, ya que esta gente no ha decidido matarme. Este es el signo para el que yo había pedido. Debo aceptarlo y no dudar." Yo era feliz.

"Pienso que su caso saldrá en la B.B.C.," me dijo la señorita Taylor, entre otras cosas.

"Espero que lo haga," contesté, no de vanidad, sino desde un punto de vista práctico de la propaganda. "Sé que nunca les satisfacerá a 'ellos' transmitirlo todo; de todos modos, mejor un poco de estímulo a nuestros amigos por todo el mundo que ninguno en absoluto." Aún asi, no pensé sólo en nuestros amigos. También estuve pensando en nuestros enemigos. "Les hará bien ver que ellos no pueden siquiera 'des-Nazificar' un no-alemán," pensé. ¡"Deseo que esto los indujera a parar aquella farsa en gran escala!"

Entonces, de repente, recordé a algunos 'de los Yanquis' que solían venir a nuestra casa en Calcuta, durante la guerra - 'Yanquis' útiles (de nuestro punto de vista); un poco infantiles, amantes de la comida y la bebida, crédulos, más locuaces de lo que los soldados deberían ser, y - un gran punto - en absoluto suspicaces hacia nosotros; 'los yanquis' que tomaron a mi marido por un Demócrata indio interesante, y mí por . .. un caso medio patológico (¿pues que

podría ser una mujer que pasa su tiempo escribiendo libros sobre la Antigüedad y alimentando a gatos vagabundos?).

Ahora, aquellos ex-cruzados por Asia, ex-luchadores para la humanidad y Democracia en el frente birmano, si ellos resultaran cambiar su inalámbrico a la B.B.C. de Londres, oirían "de Savitri Devi Mukherji, condenada al encarcelamiento de tres años por el Consejo de Guerra de Düsseldorf, por hacer propaganda Nazi en Alemania ocupada." Ellos recordarían el nombre, la casa, - y, quizás, algunas cosas que ellos habían dicho por causalidad, en aquella casa, y habían olvidado: las cosas que, naturalmente, no "irian más lejos"; y, quizás, también . . .
algunos acontecimientos . . . que habían permanecido inexplicables.
Y ellos dirían a sí mismos: ¡"caramba! ¡Si hubiesemos sabido esto!" . . .

Yo no podía menos que reírme, cuando imaginé sus reacciones - y sus rectificaciones retrospectivas de opinión acerca de aquella mujer que vivió "fuera de esta guerra ideológica y fuera de nuestros tiempos" - como unos dijeron - y que tenía una casa llena de gatos. Las apariencias son engañosas, sobre todo en tiempos de guerra.
Pero la señorita Taylor se levantó. "Debo llevarle ahora a Werl," dijo ella, "o serán las once antes de que yo pueda volver."

La seguí al automovil que nos esperaba abajo.

PARTE II
SUSURROS

CAPÍTULO VI
LAS PUERTAS SE CIERRAN

El automóvil me llevó por las calles semi arruinadas de Düsseldorf, por última vez. No estaba destinada a ver la ciudad otra vez - al menos, no durante mucho tiempo. Cuando me senté y miré fijamente en ella por la ventana, pensé: "es, ahora, un hecho para siempre que he sido juzgada aquí, hoy, el 5 de abril de 1949. ¡"Y dando vuelta hacia la señorita Taylor, dije "Cuan dulce es reflexionar sobre la irreversibilidad de Tiempo, y la irrevocabilidad, la indestructibilidad del pasado! Sólo los grandes momentos de nuestra vida cuentan. El resto de ello es sólo una larga preparación en miras de aquellas horas benditas de alegría intensa, más que personal. He vivido tales horas hoy - otras durante la noche de mi detención, la noche más hermosa de mi vida; las otras en el glorioso '40, cuando pensé que el mundo era nuestro. Nada puede privar a mí de aquellos recuerdos divinos. ¿Ah, cuan feliz soy?"

Hice una pausa, y sonreí. Estábamos ahora fuera de la ciudad, rodando a lo largo de la gran Reichsautobahn. Seguí: "esto es lo mismo en la vida de las naciones: no es la longitud de épocas históricas lo que importa; es su intensidad - y su belleza. Antes de los imborrables doce años del régimen del Rey Akhnaton en Tell-el-Amarna, los milenios de la historia egipcia se desvanecen en la laxitud; Grecia es la Grecia de Pericles - unos breves años de gloria incomparable; y la historia de Alemania, en los ojos de generaciones por venir, será la historia de los imborrables doce años de la dictadura de Adolf Hitler. . . más, - espero - aquellos de su segunda venida y segundo reinado; en otras palabras, la historia del Nacionalsocialismo."

¿"Y Bismarck?" dijo la señorita Taylor. ¿"Y el movimiento pan-Germanista, ya antes de la primera Guerra Mundial?"

"Bismarck, y los pan-Germanistas después de él, sólo prepararon el terreno para Adolf Hitler," contesté. "Es el Führer quien dio al pan-Germanismo su significado correcto - su único sentido posible en el mundo de mañana, en el cual las fronteras materiales tendrán menos y menos importancia; es él quien lo integró en el más amplio pan-Arianismo, mostrando a los alemanes la única base sólida sobre la cual, ellos pueden y deberían reclamar la supremacía." ¿"Que base?"

"El hecho que ellos son la primera nación aria bien despierta, como dije ahora mismo, en mi proceso. ¡Ah, me alegro de haber dicho eso! Me alegro que será verdad ahora para siempre que lo dije, aun si la gente lo olvida. ¿Se acuerda, una vez, que usted me recordó que no soy un alemán? Bien, de un modo, tanto mejor - pues es precisamente porque no soy uno, que las pocas verdades que he expresado hoy toman todo su significado. ¿No sé acaso esto?" La señorita Taylor no contestó. Pero recordé en mi mente unos versos de Victor Hugo que fui hecha aprender en la escuela donde yo solía ir, cuando era niña, en Francia. Los versos, el final de un poema apasionadamente patriótico escrito después de la derrota de Francia en 1871, eran los siguientes:

". . . Ah, deseo,
Deseo que yo no fuese frances, para poder decir
Que te elijo a ti, Francia, y que, en tu martirio,
Yo te proclamo, a ti quien el buitre atormenta,
¡Mi país y mi gloria y mi único amor! "1
1 ". . . Oh, je voudrais,
Je voudrais n'être pas Français, pour pouvoir dire
Que je to choisis, France, et que, daps ton martyre,
Je to proclame, toi que ronge le vautour,
Ma patrie et ma glorie et mon unique amour."
Victor Hugo "A la France" (L'Année terrible)

En la escuela, nos pidieron admirar estas palabras. Ahora, yo no podía menos que compararlas con mi propio homenaje sincero a Alemania, después de la derrota más amarga en su historia. ¡"Hum!" pensé, con un sentimiento de satisfacción; "esto está bastante bien. Pero Victor Hugo era frances. Yo no soy alemana. Hace un mundo de diferencia - aun si mi homenaje sea menos dramáticamente redactado que el suyo y, además de esto, solamente en prosa."

* * *

Aparte de la señorita Taylor y yo, un policía en uniforme y un joven Inglés, condenado a

encarcelamiento de nueve meses por robo y también yendo a Werl, habían subido en el automóvil. Dije al joven hombre la condena que me habían dado, y por qué, en respuesta a lo cual él comenzó a proclamar vehementemente su adhesión personal a los principios democráticos en nombre de los cuales Inglaterra había luchado. Le miré con desprecio interior, y experimenté una vez más esa alegría malévola que siempre siento ante la vista de la inutilidad de nuestros opositores. Dije, irónicamente: ¡"cuan interesante es oír que usted defiende la Democracia!" - que significaba en realidad: ¡"cuan encantador es encontrar a un Demócrata tan ardiente, que es al mismo tiempo un ladrón!" (las palabras que yo indudablemente habría pronunciado con claridad, si no hubiese querido evitar herir posiblemente a la señorita Taylor, que, justo una hora antes, me había hecho ese regalo inestimable de la tinta y papel). Entonces perdí completamente interés por aquel hombre, y miré una vez más por la ventana.

Aquel camino a Werl, que comenzaba a conocer tan bien, yo seguía por última vez. Yo realmente iba, ahora, a la prisión - para quedarme allí. Y era feliz de ir, y feliz de llevar puestos mis pendientes simbólicos por el camino, y conservar mi actitud desafiante. Yo sabía que siempre la conservaría; que esto era el mismísimo sentido de mi vida; que esto se atendría a mí, aun después de que yo estuviera muerta, sin duda, en las mentes de los pocos que podrían recordarme. Aún asi, los campos soleados, llenos de margaritas y botones de oro, y los arbustos verdes tiernos a lo largo del camino, y los árboles frutales cubiertos de flores parecieron a mí aun más hermosos de lo que ellos habían sido por la mañana. Para este tiempo yo sabía que no los vería otra vez. "Otra primavera como ésta vendrá e irá, y no la veré," pensé; " y otra seguirá, y no veré aquella, tampoco, y una tercera vendrá, y no veré esta, a menos que ellos decidan devolverme a India. Pero esto no importa. Yo no cambiaría mi destino por el de nadie - ni siquiera por aquel de mis camaradas que murieron en 1940 con la ilusión de victoria en sus corazones. Ya que sé, ahora, que, un día, veré la resurrección del Nacionalsocialismo - y la venganza por la que tanto he añorado . . . "Así reflexioné. Y yo era feliz. En el esplendor de aquella primavera alemana - la primera que yo había visto; la última que yo vería durante mucho tiempo - aclamé la victoria eterna de la Vida sobre la Muerte. "Tal como estos árboles han florecido desde la esterilidad triste del invierno," pensé, por la centésima vez, "asi, un día, desde aquellas ruinas cuya vista ahora me frecuenta, la tierra martirizada vivirá y prosperará y triunfará otra vez." Y las lágrimas vinieron a mis ojos cuando me imaginé entre las muchedumbres frenéticas del futuro, en el retorno del Führer. De todos modos, junto con la felicidad profunda, había ahora una cierta tristeza en mi corazón, debido a la hermosura abrumadora del campo que yo estaba admirando por última vez.

El auto rodó adelante. Yo estaba silenciosa, - perdida en la contemplación del cielo radiante y nueva tierra verde y flores de colores brillantes; respirando la fragancia y resplandor de la vida renacida; aferrandome con impaciencia a la vista del mundo soleado, como si mi última hora de relativa libertad hubiera sido también la última hora de mi vida. Yo sabía que cada revolución de las ruedas debajo mio - que ahora rodaban a plena velocidad - me llevaba más cerca a Werl, más cerca al cautiverio. Y comprendí, más de lo que alguna vez había hecho antes, cuan dulce la libertad es. Y aunque yo no lamentara nada - aunque yo hubiera reaccionado exactamente igual; dicho las mismísimas palabras de fe y orgullo; desafiado los enemigos del Nacionalsocialismo con la misma alegría agresiva, si hubiera sido posible para mí pasar por mi enjuiciamiento otra vez - yo tenía, durante un minuto, la debilidad para confesar, en mi corazón, que habría sido encantador permanecer libre. Y las lágrimas vinieron a mis ojos. Pero entonces, de repente, recordé a H. E. y mis otros camaradas y superiores encarcelados en Werl, y en otros lugares, por todas partes de Alemania: recordé a Rudolf Hess, un preso desde 1941, y me avergoncé de mí. ¿Sí, quién era yo para sentirme triste por la belleza de la primavera cuándo la misma vista de ello se había vuelto, para ellos, como el recuerdo de alguna vida anterior?

Mi tristeza persistió - quizás hasta aumentó -, pero ya no era la misma. Yo podría haberme

echado a llorar, de no haber sido por la presencia de la señorita Taylor y de los dos hombres (y sobre todo del conductor alemán) y por mi deseo de guardar mi compostura a cualquier costo. Pero yo habría llorado por el cautiverio largo tiempo arrastrado de mis camaradas, no por la perspectiva del mio propio; por la persecución contra el Nacionalsocialismo - la fe de Vida y Resurrección en nuestros tiempos: la fe del joven, del sano, del hermoso en medio de aquel renacimiento invencible de la Naturaleza, a pesar de eso, en un espíritu que era, y es, ante mis ojos, un insulto a ello. Imaginé a H. E. libre otra vez, un día, cruzando en dirección contraria aquel umbral de la penumbra hacia la cual el automóvil me llevaba ahora. Aquel día vendría seguramente. ¿Pero cuándo? ¿Cuando, pensé, las puertas de todas las prisiones de Alemania, y en otras partes, de todos los campos de concentración de la posguerra, serán empujadas abiertas de par en par, y cuándo nosotros, Nacionalsocialistas militantes, - la juventud del mundo; los hijos de la primavera - iremos adelante y cantaremos, una vez más, a lo largo de las carreteras, nuestras canciones triunfantes de los grandes días? ¿Ah, cuándo?

Entramos en Werl. El Sol se había puesto, pero estaba la luz del día todavía. El camino que condujo a la prisión era una masa de flores. Colgando sobre las paredes de los jardines privados que yacen a ambos lados de ello, las gruesas alfombras de nuevas hojas verdes asi como millones de pétalos tiernos, - blancos, amarillos, rosados, rojos, violeta pálido casi tocaron el auto. Miré fijamente a ellos, e inhalé tan profundamente como podría su fragancia embriagadora, cuando condujimos hasta las puertas de la prisión oscuras y enormes. Bajé del auto. Ayudé al conductor a sacar mi equipaje. Entonces, la señorita Taylor tocó el timbre. Y esperamos . . .

Un cielo dorado lanzó su luz sobre las flores de muchos colores, sobre la calle tranquila por la cual habíamos venido y el pequeño espacio tranquilo donde aquella calle encontró a la que corre paralela a las paredes de la prisión; y sobre aquellas grandes paredes altas mismas, - el límite prohibitivo del mundo diferente en el cual yo debía entrar ahora definitivamente; al que ya pertenecí. Los cristales de las ventanas de casas vecinas que afrontan el Oeste, brillaron como el oro. Y una brisa suave me trajo el aliento de los jardines, - el aliento del mundo libre. Podríamos haber esperado medio minuto: quizás un minuto. Otra vez, pensé en mis camaradas - aproximadamente seiscientos hombres y unas mujeres, entre ellos H. E. - detrás de aquellas paredes durante casi cuatro años. Y comprendí en la sinceridad absoluta que, de haber sido posible, yo habría permanecido de buena gana, yo misma, una cautiva para siempre - renunciando al derecho de ver árboles y flores y hasta el cielo divino para el resto de mi vida - si, en aquel precio, yo pudiera haberlos puesto en libertad. ¡Yo lo habría hecho, en efecto! (Ahora, - después de probar la libertad una vez más, en el conocimiento pleno de su valor.) y recé A aquel Cuyo lustre es el lustre del Sol: ¡"déles de regreso la libertad y el poder, Señor de las Fuerzas invisibles que gobiernan todo lo que puede ser visto! ¡Restaure nuestro Nuevo Orden, imagen en la Tierra de Tu Orden eterno! - y no me preocupo de lo que me pase." Oí el ruido de una llave en el ojo de la cerradura de hierro grueso. Despacio, las enormes puertas pesadas fueron tiradas abiertas. Crucé el umbral . . . y no podía menos que girar mi cabeza para tomar un último vistazo a la tarde encantadora, pacífica, en el cielo dorado; respirar el olor de las flores una vez más. Había algo solemne en aquella última visión, breve de la belleza. Había, en aquel instante, una experiencia que recordaría mientras yo viviese. Yo no era infeliz - al contrario: una alegría profunda, serena me llenó, y crucé el umbral con una sonrisa.

Yo sabía que mi lugar estaba allí, entre los demás quienes, como yo, (aunque con más inteligencia, más eficazmente que yo) habían hecho todo lo posible para la causa Nazi y quienes, como yo, habían caído en las manos de nuestros enemigos. ¡Y yo era sumamente consciente de estar, por una vez en mi vida, en mi lugar, - en mi lugar por fin! En mi lugar, al menos en la hora de persecución, yo que, años y años atras, debería haber venido y haber compartido con aquellos de mi propia raza y fe, la vida gloriosa de los grandes días; yo que

debería haber venido durante la primera lucha para el poder, - cuando yo tenía veinte - en vez de gastar mi energía en Grecia . . .

Con un ruido resonante que me hizo involuntariamente estremecer, las enormes puertas pesadas se cerraron sobre mí. Las lágrimas vinieron a mis ojos. Yo estaba ahora en mi nueva casa. Y pensé en H. E. a quien yo encontraría pronto otra vez; de los otros llamados "criminales de guerra" que yo tendría el honor y la alegría de conocer. Pues seguramente - pensé - yo sería transferida al Ala D. Yo era feliz y me conmoví. Una vez más, de un salto, recordé la gloria de la primavera más allá de las puertas ahora cerradas , - y, también, los esqueletos de casas y fábricas, las millas y millas de paredes carbonizadas y explotadas que gritaron para la venganza bajo el cielo, día y noche; y la gente por quien yo había luchado, en mi manera torpe, y por cuya libertad yo me habría sometido a cualquier cosa. "¡Alemania", pensé, "en antiguos años, yo no sabía cuánto te amé!" Y sentí que había, entre la gente de mi Führer y yo, un eslabón definitivo que nada podría romper alguna vez, ni aflojar.

* * *

La señorita Taylor se despidió de mí después de que el celador alemán había firmado el papel que ella le dio, (declarando así que yo ya no estaba en su custodia.) Yo había tirado mi bufanda sobre mi cabeza para esconder mis aretes de la vista del celador. Los miembros de la policía británica en Düsseldorf me habían visto llevarlos puestos, es verdad, y no habían expresado ninguna objeción. Pero yo no sabía quienes eran estos celadores; y si, como el Sr. Stocks me había dicho una vez, el hombre que los británicos habían designado como jefe de la sección masculina de la prisión era un antinazi celebre, no había ninguna razón para no suponer que algunos al menos de los celadores eran de la misma clase. Y yo sabía - de mis camaradas - que un antinazi alemán es generalmente mucho peor que cualquier representante de los Poderes de Ocupación (con, la excepción por supuesto de los Judíos). Al ratito, una guardia de la "Frauen Haus" vino para traerme. Dos presos, - delincuentes ordinarios - anduvieron delante de nosotras, llevando mi equipaje, mientras la guardia y yo hablamos en una manera amistosa.

Alcanzamos la escalera que conduce a la "Frauen Haus." Frau Fulanita de tal y las otras de aquellas que eran definitivamente "afines" estaban de servicio esa noche, junto con la guardia que había venido a traerme, y una cuarta. Fue Frau Fulanita de tal quien abrió la puerta para nosotras en el arribo. "¿Bien . . .?" preguntó ella, tan pronto como me vio.
"Bien," contesté. "Consegui tres años. Esperaba algo mucho peor, sobre todo después de hablar como lo hice." Entonces, después de una pausa de un minuto pregunté sobre una cosa que me había preocupado todo el día: "usted sabe si H. E. ha encontrado mis manuscritos?" dije, con impaciencia. "Le pedí esconderlos . . ."

"Sus manuscritos están seguros en la oficina de la Hermana Maria," contestó la guardia fiel. "H. E. y yo nos encargamos. Usted los tendrá de vuelta mañana por la mañana."
¡"Le agradezco!" exclamé, con toda sinceridad; ¡"ah, gracias!"
Fui devuelta a mi celda, y Frau Fulanita de tal pidió alguna cena para mí. Mientras yo la esperaba, cuatro guardias se juntaron alrededor mío. Ellas admiraron mis pendientes, y comentaron sobre mi sentencia. "Tres años son mucho tiempo," dijo una; ¡"porque, aquella mujer en el No 48, que está aquí por haber matado a su bebé recién nacido, tiene sólo tres años!"
"Naturalmente," contestó la otra; "un bebé alemán más o menos no hace ninguna diferencia en los ojos de 'aquellas personas', mientras un golpe a su parpadeante prestigio si lo hace."

"Bien," dijo una tercera, "debemos tratar de ponernos en su lugar. Hemos perdido la guerra. Esto es un hecho. Y aquí está una mujer que viene todo el camino desde India y toma nuestro

lado abiertamente. En '45, ellos le habrían pegado un tiro a ella. Por supuesto, los tiempos cambian - y rápidamente, parece." Y girando hacia mi ella dijo: "tuve miedo, sin embargo, que ahora mismo 'ellos' le darían más de tres años. Usted tuvo suerte."

"De todos modos, no imagine que es mi culpa si 'ellos' me condenaron sólo a eso," dije: "ya que seguramente no lo es. Dije la verdad, y no tuve miedo en absoluto de 'ellos', puedo asegurarle." Y repetí, resumiendolo lo mejor que yo podría, lo que yo había declarado en mi discurso ante el consejo de guerra. ¡Las guardias estuvieron asombradas "Usted dijo eso y 'ellos' le dejaron a usted llevarse tres años! ¡Cielos, parece como si los tiempos cambian!"

¿"'Ellos' quizás desearon hacer una buena impresión sobre los indios, quién sabe?" sugerí. "La vez pasada que yo estaba en Londres, me dijeron que había ahora una campaña de propaganda Comunista fabulosa en marcha, por todas partes de India. Estos Johnnies probablemente quieren mostrar a los indios cuan clementes ellos son, comparados con los rusos. Ellos quieren propiciar su ex-colonia . . ."

¡"Eso es, eso es!" exclamó la cuarta guardia. "Ellos tienen miedo. ¡Un buen signo!" ¿"Usted sabe qué hubiese obtenido, si los rusos le hubieran agarrado en su Zona?" dijo la otra. "Deportación de por vida a Siberia, o algo así . . ."

"Lo creo," dije. " Y yo también, si tendría el poder de hacer lo que me complaciera con uno de nuestros opositores más sinceros, enviaría a él o ella a la deportación de por vida - o a la muerte inmediata. Los Comunistas son nuestros verdaderos enemigos, y lo saben. Pero esta gente . . . estos Demócratas mojados, estos mentirosos, ellos no saben lo que son, ni lo que quieren. Ayer, ellos se unieron a los Rojos para aplastar nuestra Ideología. Mañana, cuando ellos estén lo suficientemente asustados de los Rojos, reptarán en la suciedad para lamer nuestras botas - después de todo lo que ellos nos hicieron - e imploraran nuestra ayuda contra los Rojos . . . . ¡Nuestro socorro! deseo que los mantengamos reptando lentamente mientras sea oportuno, o mientras esto nos divierte, y luego darles una buena patada y volvernos contra ellos! Pero, por supuesto, no soy aquel para decidir en ese juego intrincado de alianzas convenientes. Esto excede mis sesos con mucho. Todo lo que sé es que desprecio a los Demócratas independientemente de lo que ellos hacen, y que, si imaginaran que ellos iban a ganar la compasión más leve de mí siendo clementes, cometen un gran error. Deseo que yo pueda hacerlos, un día, lamentar que ellos no me mataron cuando podrían haberlo hecho. . . "

¡"Mi Dios, si sólo ellos pudieran oírle ahora, apuesto que ellos lo lamentarían ya!" dijo una de las guardias, riéndose.

Me reí también. Mi cena fue traída: seis rebanadas de pan blanco, algunos macarrones y queso fundido en el horno, un poco de mantequilla, alguna mermelada de ciruela, un panecillo con pasas y un jarro de té caliente, con azúcar y leche. Las guardias, me desearon buen apetito y buenas noches, y dejaron mi celda. Comí los macarrones, una rebanada del pan, un poco de la mermelada, y ahorré todo el resto para mi amiga H. E.

Luego, escribí a mi marido una carta de veinte páginas reprochandole por haber tratado de salvarme del cautiverio cuando no quise ser salvada, y contando a él cuan feliz yo me sentía por haber hablado como un Nacionalsocialista verdadero ante los representantes de la Ocupación Aliada y ante el público alemán.

* * *

Al día siguiente, de madrugada, H. E. vino a mi celda. La guardia de servicio - quien era "afin"

tiró la puerta detrás de ella. Hablamos unos minutos. "Oi que usted obtuvo tres años," dijo mi camarada; "usted tuvo suerte. Esperé que la condenaran al menos a cinco; y la mayor parte de nosotros dijeron diez."

"Sí," contesté: "lo sé. Y aunque, hice todo lo que podría para mostrar al juez y cada asistente que no tuve miedo de sufrir por nuestra causa."

Le repetí la esencia de lo que yo había dicho en mi discurso. Y le dije sobre la carta que mi marido había escrito, y especifiqué que yo había prohibido al abogado mencionarla. H. E. me miró atentamente y dijo que "Usted es realmente uno de nosotros. Nunca le olvidaré. Como usted dice, los Poderes divinos le han salvado para que usted pueda participar en nuestra próxima lucha." Ella puso su brazo alrededor de mi cintura y estrechó mi mano, mientras descansé mi cabeza sobre su hombro durante un segundo o dos. Yo era feliz. "Usted sabe," siguió H. E. al ratito, "en toda mi carrera, encontré sólo un no-alemán a quien yo podría comparar con usted. Era una mujer polaca que agarramos espiando de parte de Inglaterra durante la guerra, y a quien la condenaron a ser fusilada. Yo estaba presente en su proceso, y recuerdo su discurso. Usted me recuerda a ella . . ."

¡"Muchas gracias por compararme con un agente de 'el otro lado'!" dije, con humor. "Usted no debe reírse," contestó H. E. "Ella podría haber sido engañada; ella podría haber sido, sin comprenderlo, 'un traidor a su propia raza', como usted tan correctamente llama a todos los arios que se opusieron a nosotros, - ya que ella no era ninguna Judía, puedo asegurarle. Pero ella era sincera e intrépida, como usted es.

Y cuando vi que nuestros hombres la sacaron del pasillo, yo no podía menos que lamentar que ella no hubiera dedicado sus finas cualidades naturales del carácter a nuestra causa. " "Bien," dije, "me alegro que ella fue agarrada y le pegaron un tiro. Gastar cualidades arias en el servicio de intereses judíos, a sabiendas o inconscientemente, es sacrílego: es echar perlas ante los cerdos. Pero dígame: ¿qué piensa usted de la carta que escribí a mi marido anoche, en respuesta a su esfuerzo para 'disculparme' ante los ojos de las autoridades? Vea . . ." Y le traduje una o dos oraciones de ella.

"Usted no debería enviarla," dijo H. E. "Esto le entristecerá, sin cualquier ganancia a la causa. ¡pobre Hombre! Él sólo escribió como lo hizo para tratar de sacarle lejos, como cualquiera de nosotros habría hecho, si hubiera sido posible. Él hizo todo lo posible para usted - y para nosotros. Prométame que usted no enviará esto."

"Quizás, entonces, no voy a hacerlo. Cambiaré esto y algunos otros parrafos . . ."

"Sí, hagalo," dijo mi amiga. Y esperando que yo iba a preguntarle, ella añadió: "le traeré de regreso sus manuscritos tan pronto como la Hermana Maria venga. Ellos estan seguros. Frau Fulanita de tal debe haberle dicho . . ."

"Ella lo hizo. ¡Le agradezco realmente por guardarlos! Tuve miedo por ellos aunque, por lo visto, yo no tuviera ninguna razón para tenerlo."

Entonces le di la comida y té que yo había dejado de lado para ella durante la tarde anterior, y mi avena y pan blanco de esta mañana. "Tomaré la mitad ahora y la mitad cuando vuelva," dijo ella, "ya que nunca seré capaz de llevar todo esto a lo largo del pasillo sin ser notada." Nos separamos como de costumbre, saludando la una a la otra con las palabras místicas: ¡"Heil Hitler!"

* * *

Yo trabajaba en el Capítulo 7 de mi Oro en el crisol, - del que la Hermana Maria acababa de devolverme el manuscrito - cuando Fräulein S. (la ayudante de Frau Oberin) entró en mi celda y me ofreció que la siguiera para ver "al Gobernador." A mi sorpresa, no fui llevada abajo y a través de las tierras de prisión a la oficina del Gobernador, sino justo a través del pasillo a la oficina de Frau Oberin, donde el Gobernador me esperaba. (Ello me sorprendió, porque esto era un miércoles; y el Gobernador no venía generalmente al contacto con los presos allí, salvo en sus visitas regulares a la "Frauen Haus" los viernes por la mañana.)
El coronel Vickers se sentaba en el escritorio de Frau Oberin. El intérprete alemán - sobre cuya política yo había oído del Sr. Stocks, más que suficiente para disgustar de él con todo el corazon - y el Sr. Watts, un hombre oscuro con una barriga prominente, que, de vez en cuando, solía sustituir al Gobernador - estaban también presentes, el primero de pie, éste último sentado en un sillón. Frau Oberin y la matrona de la prisión, - la señora mayor de ojos azules, con el pelo blanco, que me había recibido durante el día de mi primera llegada a Werl - se levantaron. Asi lo hacia Fräulein S., que acababa de entrar en el cuarto conmigo.

El Gobernador me dio un abrupto "Buenos días" en respuesta a mi saludo, y se dirigio a mí mas bien sin rodeos, diciendo, a mi gran asombro: "el Tribunal, veo, le ha condenado a encarcelamiento por tres años. Su caso no es ningún asunto mío, como le he dicho una vez ya: estoy aquí sólo para cuidar de usted durante el tiempo que permanezca en mi cargo. Pero no puedo menos que notar que la suya es la sentencia más pesada dada nunca a una mujer por un Tribunal británico por un delito como el suyo, desde que estamos en este país. Debe haber una razón en ello, ya que nuestra justicia es justa. Sin embargo, usted tiene el derecho de reclamar una revisión de su sentencia, - si le gusta - a condición de que usted pueda reunir pruebas suficientes para mostrar que debería ser revisada.

Pero debo advertirle que, si usted lo hace sin razones serias, usted corre el riesgo de conseguir una sentencia todavía más pesada por habernos hecho gastar nuestro tiempo . . . "

"No tengo el deseo más leve de apelar para la justicia o para la clemencia," dije, estando de pie ante el escritorio, con un rayo de la luz del sol matinal sobre mi cara, sintiéndome feliz. "Si deseara eso, yo habría, ya durante mi proceso, hecho uso de la carta que mi marido había enviado a las autoridades para tratar de disculparme. Rechacé hacerlo. Además, considerando las circunstancias presentes, y dado todo para lo que estoy de pie, considero mi sentencia muy clemente."

"Bien," contestó el Coronel Vickers, aceptando, posiblemente con un poco de sorpresa, pero sin comentarios, la vislumbre inesperada que acababa de darle así de mi verdadero yo. Y, dando vuelta hacia Frau Oberin y la matrona, él dijo, hablando de mí: "ella debe llevar puesta la ropa de los presos; y debe trabajar. Le darán la dieta británica especial, como antes, siendo un subdito británico. Pero es todo. Y si ella es agarrada alguna vez distribuyendo la comida a otros presos, su privilegio será anulado."

El intérprete tradujo las palabras en el alemán a beneficio de Frau R. la matrona. Frau Oberin que sabía bastante inglés no necesitaba una traducción.

Entonces el Gobernador me dijo: "espero que usted me entienda."
"Lo hago," contesté, - todo el tiempo firmemente determinada a seguir dando la mejor de mi comida especial a H. E. sin ser descubierta.

"Si su comportamiento es satisfactorio" prosiguió él, "usted será, regularmente, remitida de un

cuarto de su pena, lo que significa que usted servirá dos años y tres meses en vez de tres años, suponiendo que usted no sea devuelta ala India mientras tanto."

¿"Puedo saber," pregunté, "Cuándo ellos probablemente me devolverán a India?" "En general, no antes de que usted haya cumplido al menos un tercio de su periodo de encarcelamiento, o sea, no antes de un año," contestó el Gobernador. "Entonces usted no tiene que pensar en esa posibilidad por el momento. ¿Tiene algo más para preguntar?" ¿"Me gustaría saber," dije, "Si puedo tener la luz en mi celda hasta las 22h00?" "No." contestó el coronel Vickers; "esta es la regla. Y no puedo ver ninguna razón para justificar una excepción en su caso. Además, es natural que usted debiera acostarse temprano, pues usted trabajará todo el día."

"Está bien," dije interiormente resentida, en apariencia indiferente. "Sólo pregunté eso, pues yo estaba bajo la impresión que le permitían a los presos políticos tener la luz en sus celdas más tiempo que los demás." Recordé lo que la señorita Taylor me había dicho el día anterior, en mi camino a Düsseldorf.

"Los presos políticos son la última gente a quien dariamos la luz después del tiempo - los últimos, de hecho, a quien concederiamos cualquier privilegio," dijo el Coronel Vickers. Y, (ignorante como él era de lo que la señorita Taylor me había dicho sobre el General Kesselring y otros que escriben sus memorias, y el General Rundstedt temporalmente soltado en libertad condicional) él añadió: "permitimos realmente la luz después de las ocho a algunos; pero aquellos son todos presos que escriben para nosotros, o quienes hacen el trabajo secreto para nosotros de una manera u otra" (sic).

Fingí no prestar la atención más leve a lo que yo acababa de oír (como si esto no me interesara) y no presenté ningún reclamo adicional acerca de la luz, o posibilidades de escribir. Yo sabía que el personal alemán sería más fácil para abordar, en estos asuntos, que el representante del poder británico en Alemania ocupada. Al menos el personal de la "Frauen Haus" lo sería. Y como los días se hacían más y más largos (un hecho que ninguna fuerza de Ocupación podría cambiar) yo pronto sería capaz de escribir hasta las diez o a las diez y media por la noche de todos modos. Pero fui impresionada por la declaración del Coronel Vicker: e inmediatamente saqué mis propias conclusiones de ello. Esto lanzó, en efecto, luz complementaria inesperada sobre el discurso de la señorita Taylor sobre "la bondad" británica a los llamados "criminales de guerra." Ahora yo sabía - de unas autoridades responsables - cuan selectivo esa supuesta "bondad" era, extendiéndose como lo hizo sólo a aquellos complacientes para "hacer el trabajo secreto" para los vencedores de Alemania. . . . Bien, yo nunca iba seguramente a ganarme privilegios a costa de tal trato. ¡No yo!

"Ahora, tengo poco tiempo para perder," el Gobernador por fin me dijo: "si hay algo que usted piensa que necesita, puede preguntar a la señorita M., que es responsable de la sección femenina de esta prisión. Y usted puede hacer lo que ella le permita hacer. Buenos días." Me arqueé en respuesta, y ahora Fräulein S. me devolvió a mi celda. La persona que el Gobernador me había dicho que yo debería consultar y obedecer, "señorita M.," no era nadie más que aquella a quien los presos conocíamos como Frau Oberin. Ella siempre mostraba un interés particularmente comprensivo hacia mí, y H. E. quien estaba en Werl tan largo tiempo, me había dicho que ella era "una persona de primera clase," bien dispuesta a nuestro favor "y absolutamente confiable." Y cuando yo había preguntado a mi amiga si la señora era realmente "in Ordnung," es decir, una Nacionalsocialista sincera, ella había contestado: "ella no podría decirnos así aun si lo fuera. Como todos aquellos que han logrado retener un trabajo bajo 'estas criaturas', ella está obligada, a tener sumo cuidado. Pero ella le ayudará tanto como pueda. Ella me ha ayudado mucho." Indudablemente, yo sería capaz de escribir, si esto dependiera de ella,

pensé. Y otra vez sentí que, mientras menos el Coronel Vickers sospechara el hecho que yo escribía, en la prisión, bajo su nariz, tal libro como el Oro en el crisol, mejor sería para mí; y mejor para la seguridad del libro - mejor para la causa Nazi, que el libro pretendiese tener un día.

* * *

En mi celda, seguí escribiendo el Capítulo 7 "Explotación, Mentiras, y Superficialidad." Sobre mi mesa, abiertas en sitios diferentes, fueron extendidos tres o cuatro ejemplares de la Revista de la Presse rhénane y allemande, - extractos escritos a máquina seleccionados de los periódicos alemanes acerca de acontecimientos en Alemania ocupada, que un funcionario francés en Koblenz me había dado muy amablemente como "información útil" para mi libro propuesto, en la ignorancia perfecta de la naturaleza del libro y por lo tanto del espíritu en el cual yo debía usar cualquier documento.

El tiempo pasó. Aproximadamente dos horas después del almuerzo, Oberwachtmeisterin S. la señora que solía supervisar el trabajo de los presos en la sección femenina entera, entró. De mediana edad, baja, y un poco robusta, pero muy elegante, - vestida con gusto sumamente sobrio - ella era enérgica, firme, eficiente, de más que la inteligencia promedio, y podría ser encantadora cuando le gustara. Ella siempre era encantadora en sus relaciones conmigo, mostrando más interés por mi carrera como una escritora y mis actividades en India que la mayor parte de los otros miembros del personal de prisión. Sin embargo, yo no había distinguido todavía si ella era "afin" o no. H. E., quien la conocía mucho más tiempo que yo, pensó que ella lo era, pero no estaba "completamente segura." Frau S. ella misma me decía repetidamente que, desde el final de la guerra ella estaba "harta de todas las ideologías" y que no deseó oír una palabra sobre alguna. Todo lo que yo sabía con certeza era que ella era uno de los miembros del personal con quien yo tenía el mayor placer de conversar.

Ella anduvo dentro y me preguntó con una sonrisa: ¿"bien, cómo va usted? ¿Y qué le ha dicho el Gobernador, esta mañana?"

"Él dijo que debo trabajar," contesté.

¿"Y qué trabajo quisiera usted hacer? "preguntó Frau S. "¿Qué es usted capaz de hacer? - pues aquí algunas prisioneras hacen tejido, otras hacen redes o bolsos o cestas; otros, que saben el oficio, hacen vestidos. ¿Sabe usted hacer algo?"

"Me temo que no se," contesté. "Pero puedo aprender."

Frau S. sonrió otra vez. "Esto lleva tiempo para aprender," dijo ella. "Es mejor hacer aquello para lo que uno está hecho." Y después de una pausa ella me preguntó: ¿"aparte de escribir, y de dar conferencias en público - e, indudablemente, también en privado, a su marido y todos sus amigos - qué hizo usted cuándo estaba en casa en India?"

"Yo solía dar lecciones de lenguas, y hacer traducciones, cuando necesité más dinero del que mi marido podría permitirse darme. Por otra parte, hice un poco de pintura, fui a unas meriendas; no hice prácticamente nada que pueda considerarse un oficio como tal."

"Una mujer Nacionalsocialista debería ser experta en toda clase de trabajo de casa," dijo Frau S. mirándome irónicamente, ver cuanta ortodoxia irreprochable en su declaración me impresionaría. Ella no era la primera persona en Alemania en recordarme de esto, y hacerme avergonzarme completamente. Durante un segundo, la conciencia aguda de posibilidades

perdidas para siempre, - la visión retrospectiva de la mujer que yo podría haber sido - era dolorosa para mí. Y miré a Frau S. con tal profundidad de franca tristeza que la ironía desapareció de la mirada de sus ojos grises brillantes.

"Quizás me equivoqué por no haberme esforzado, en mi juventud, hacia aquella realización total de mi feminidad implicada en nuestros ideales," dije. "No sé. De alguna manera parecí sentir que fui destinada para ser un vagabundo toda mi vida . . . De todos modos, no es nada bueno pensar en el pasado. Ahora, mi casa es mi celda. Y trataré de conservarla tan limpia y ordenada como pueda."

Frau S. me acarició en el hombro. "Lamento si yo le hiciera sentir triste," ella dijo; "no quise hacerlo. Ahora, dígame francamente: ¿qué realmente le gustaría a usted hacer? ¿Qué haría usted si usted fuera libre?"

"Seguir escribiendo mi libro," contesté, resueltamente.

"Bien, siga ahora," dijo la Oberwachtmeisterin, a mi asombro y a mi alegría. "Le pondré, por la formalidad, un poco de trabajo fácil que usted terminará en una hora más o menos. El resto del día, siga su propio verdadero trabajo - su trabajo que importa."

Fui profundamente conmovida. "No puedo encontrar palabras bastante elocuentes para agradecerle," exclamé, en un arrebato sincero de gratitud, cuando las lágrimas vinieron a mis ojos. "Este es el mayor favor que usted podría hacerme. Y ..." - yo no podía menos que añadir - "no puedo traerme a creer que usted lamentaría su bondad si supiera lo que escribo." ¿"No quiero saber - ahora," contestó Frau S. "es en inglés, verdad? No puedo leer el inglés. Un día, si es traducido alguna vez en el alemán, como espero, me alegraré de leerlo." "Si los Dioses salvan mi manuscrito hasta entonces, contesté; "y si mis camaradas lo consideran digno de traducción . . ."

Frau S. sonrió, estrechó mi mano, y dejó la celda.

Yo era feliz. Antes de que mi tributo escrito de admiración a Alemania podría ser traducido y publicado, las cosas tendrían que cambiar ciertamente mucho. ¿Frau S. realmente piensa que ellas probablemente iban a cambiar? ¿Y tan rápidamente? Esto sería un milagro. Pero yo creí en milagros. Mi condena a encarcelamiento de sólo tres años - después de la actitud que yo había mostrado en todas partes de mi proceso - era un milagro. La presencia de mis manuscritos preciosos, intactos, sobre la mesa ante mí, era un milagro. Miré al cielo brillante; al Sol, el rey de todos los Dioses, que brilló más allá de mis cristales no transparentes de la ventana y mis barrotes de hierro. "Fuerzas Invisibles que gobiernan todas las cosas visibles," recé, "den a mis camaradas alemanes libertad y poder. . . . ¡Ah, devuelvannos a nuestros magníficos días!"

* * *

Al día siguiente, el 7 de abril, por la tarde Frau R., la matrona de la prisión, vino para llevarme. "Tome sus cosas con usted - todas sus cosas," dijo ella. Dos presos, que ella había traído consigo, agarraron mi maletero y lo arrastraron de la celda, mientras tomé mi abrigo, mi maletín, algunos libros, todo lo que yo podría llevar. Mis manuscritos, demasiado voluminosos para ser escondidos, los empujé en el cajon de mi mesa, con mi frasco de tinta, pluma y lápices. El retrato del Führer estaba allí también, entre dos hojas de papel, como Frau Oberin me había dicho por la mañana, que era más seguro para mí no dejarlo pasar, al menos en el día cuando

tantos ojos podrían ver a traves del agujero de espía en mi celda. Antes de que yo dejara el lugar, sin embargo, la matrona abrió al cajón.

"Usted debe tomar estos papeles también," dijo ella; "todo".
"Pero éstos los necesito," aventuré a contestar. "Éstos son mis escrituras."

"El Gobernador dijo que usted debe trabajar," contestó Frau R.; "él no mencionó escribir."
"Lo Sé. Le oí yo misma. ¿Pero por las tardes, no puedo hacer algo para ocuparme? El Gobernador me dijo que él no tenía tiempo para entrar en los detalles de mi rutina cotidiana, pero dejó esto a Frau Oberin. Le preguntaré si puedo escribir después de horas de trabajo."
"Los otros limpian sus celdas y reparan sus calcetas después de las horas de trabajo," dijo la matrona. "Sin embargo, si Frau Oberin permite que usted escriba, no tengo ninguna objeción. Ella es la responsable. Sólo hago lo que me ordenan."

¿"Entonces, debo yo tomar mis papeles o dejarlos aquí?" pregunté, interiormente ansiosa.
"Bien. Déjelos," estuvo de acuerdo la matrona, con mi alivio. "Pero debemos preguntar a Frau Oberin, antes de que usted pueda guardarlos definitivamente."

Fui llevada en el pequeño cuarto en el cual había entrado en el primer día que yo había venido a Werl. Me pidieron desnudarme, y mi ropa civil fue guardada en su sitio, cuidadosamente catalogada junto con el resto de mis posesiones. Y me puse el uniforme de los presos: sobre lino de prisión y una combinación de lana gris gruesa, overol azul oscuro y un delantal gris. También me dieron un jersey de lana azul oscuro y una chaqueta negra para colocarme cuando salí en el patio durante "la hora libre," o hasta en mi celda, pues ella todavía era fría. Me quité cada pieza de joyería que llevé puesta brazaletes de oro -, cadena de oro, - de anillos todos salvo el brazalete de hierro a mi izquierda (en Bengal, el signo de la indisolubilidad del matrimonio). Antes de dejar mi cadena de oro, quité el retrato de cristal del Führer que yo solía llevar puesto en ella, y lo puse en mi bolsillo. Pero la matrona vigilante captó cualquier gesto: ¿"qué trata usted de esconder?" ella me preguntó. No tuve más remedio que mostrarle el precioso objeto pequeño.

"No quiero separarme de este," dije, con impaciencia. ¡"No se lo lleve de mí! Esto es el último tesoro que tengo. No hará daño a nadie si lo llevo puesto alrededor de mi cuello en un pedazo claro de cuerda, como algunos otros presos llevan puesta una cruz. Nadie lo notará siquiera."
Fui conmovida, cuando pronuncié estas palabras. El pequeño objeto era la imagen de nuestro Führer. Este era también el regalo de un Nazi sincero, que amó y confió en mí, a quien amé y confié; el regalo de Alemania perseguida, a mí. ¡"Ah, no se lo lleve de mí!" dije, otra vez.
"Bien, entonces; guárdelo," contestó a mi sorpresa, y alegría, Frau R. - ella que pareció, tanto un partidario de la disciplina estricta. ¿Había sido tocada, a pesar de ella, por la expresión espontánea que yo había dado a mis sentimientos? O ella tranquilamente lo consideró su deber como un alemán mostrar bondad hacia un amigo verdadero de su país, nunca lo sabré. Le agradecí con entusiasmo por el favor que ella me había hecho así. Entonces, cuando recogi unos pocos objetos de toilet para devolver a mi celda, le pregunté: ¿"puedo también tomar esta caja?"
¿"Qué hay en ella? ¿Polvo de tocador? Usted no debe usar esto, aquí en la prisión," dijo la matrona.
"Esto es sólo talco," contesté con facilidad, abriendo la caja, prácticamente llena, en el fondo de la cual yo había escondido, el día anterior, cuidadosamente envueltos en papel suave, mis pendientes indios en forma de esvásticas.

Frau R. examinó la caja, sin gustar vaciarla; vio que esto era en efecto talco, y dijo, a mi placer: "sí, usted puede guardarlo."

Entonces; me miré yo misma en el espejo grande que el cuarto contenía, y me decepcione. La ropa de presidiaria, decididamente, no mejoró mi aspecto. Lucí mucho mejor en mi traje adaptado marrón, o en mi encantador vestido rojo oscuro (ambos regalos de camaradas en Inglaterra con motivo de mi partida a Alemania) o, por supuesto, en cualquiera de mis "saris". Pero comprendí que, ahora, fui vestida como H. E. y las otras mujeres Nazis cautivas, que habían sufrido todas tan increíblemente más que yo para nuestra causa común. Y el uniforme torpe, mal empotrado me pareció como una capa de gloria. Y me reí de mí en el espejo. "Bien usted parece una muchacha bonita a pesar de todo, en aquella ropa, ¿verdad?" dijo la matrona, afablemente.

"Lo hago, sé," contesté con convicción. "Una vida interior intensa - como la nuestra - siempre lo hace a una bonita."

En mi mente, como un recuerdo de otro mundo, recordé a la nacionalista griega que yo había sido una vez - la muchacha de dieciocho que usó vestidos tejidos a mano, alegremente bordados de corte campesino, comprados en Atenas, y que orgullosamente solía declarar: "de los dictados parisienses que gustan a todas las mujeres salvenme." Y recordé a la mujer que había navegado a India unos años más tarde en busca de una tradición aria no rota, y que adoptó el "sari" indio para parecer más que un griego antiguo, más que un griego Pagano, más que un Pagano ario de todos los tiempos. ¡Cómo todo aquel acento sobre exterioridades pareció ahora infantil, desesperadamente infantil a mí! ¿Había yo, por lo cual, perdido mi realización y hecho sólo la mitad mi deber? Ya que el espíritu del eterno Paganismo ario estaba aquí, en los corazones ardientes y vidas disciplinadas de hombres en uniformes verdes marrones o grisáceos, no allí, en el Cercano o medio Oriente, en pañerías vanas, ni siquiera en tradiciones no rotas, seguidas con menos y menos entendimiento. Y ahora, después del desastre, esto vivió y brilló, invencible, en los corazones y las vidas de la mismísima minoría intrépida - en mis camaradas, tantos de los cuales llevaron puesta la ropa de los presos como yo haria, de aquí en adelante. Mucho mejor que aquella de la mujer enjoyada en el vestido griego o indio, la imagen que el espejo ahora devolvio a mí simbolizó la realización de mi ansia de toda la vida; era la imagen de mi verdadero yo.

Cuando yo salía, encontré a la Oberwachtmeisterin S. en el pasillo. Yo no la había visto todo el día. Ella me dijo, (indudablemente de cortesía) que mi nueva ropa me encajó bien; y luego, dirigiéndose a mí como si yo fuera una amiga, no una presidiaria, ella dijo: ¿"sabe usted que su caso ha salido en la radio, anoche? Ellos transmitieron una o dos de las cosas que usted les dijo en su proceso. En efecto, usted habló bien."

Ella me siguió a mi celda. La guardia de servicio, que me acompañó, nos dejó y fue por su camino. "Ellos también declararon que usted vendió su hermosa joyería india a fin de financiar sus actividades en Alemania," prosiguió Frau S.

"Es verdad," contesté. ¿"Pero por qué hablan de ello en la radio? Cualquier Nacionalsocialista sincero haría tanto, espero. No obstante, si lo poco que ellos dijeron acerca de mí, y especialmente lo poco que ellos transmitieron de mi discurso en el Tribunal, ha contribuido para hacer siquiera un alemán extra sentirse orgulloso de su nobleza aria natural; si ha hecho siquiera a uno comprender, más vivamente que antes, qué enorme cosa Adolf Hitler ha hecho para Alemania al convertirla en la fortaleza consciente del Arianismo renacido, entonces soy feliz; entonces no me opongo a sentarme aquí tres años - o diez, en eso - sin ver un árbol . . ."

Pero cuando pronuncié estas palabras, la breve imagen de campos verdes brillantes llenos de violetas, margaritas y botones de oro; de árboles frutales cubiertos de flores - la gloria de la Primavera se precipitó atrás a mi memoria como una visión del paraíso perdido, y las lágrimas llenaron mis ojos. Aún asi yo todavía quería decir realmente todo lo que dije.

¡"Sin ver un árbol!" repetí después de una corta pausa, durante la cual la breve visión se había impuesto en mi mente, más fascinante que alguna vez. ¡"Ah, cuan hermosos los árboles eran, en su traje tradicional primaveral, anteayer, - mi último día de libertad! Que hermosos eran los arbustos y los campos llenos de flores, a lo largo de la gran Reichsautobahn . . . ¡y cuan encantador el cielo puro, y la luz del sol, la luz del sol divino! . . . Tomé un último vistazo de todo esto y las pesadas puertas se cerraron sobre mí. Pero esto no importa. Este es mi lugar, aquí, entre mis camaradas perseguidos - entre aquellos que amaron a nuestro Führer hasta el final. Y si, aun aquí, indirectamente - mediante los comentarios de nuestros enemigos sobre mi caso - he sido, al menos una vez más, de un poco de utilidad, pues me alegro." Frau S. miró fijamente a mí con seriedad. "Yo no debería decirle esto," dijo ella, bajando su voz, "pero voy a hacerlo, a pesar de todo. Y usted debe creerme, ya que digo la verdad. Más allá de aquellas puertas pesadas que se cerraron tras usted, cada alemán fiel, cada alemán verdadero y digno, le respeta y le ama."

Si justo me habrían dicho que el mundo era mío ahora, yo no me habría sentido más intensamente conmovida. "La gente de Mi Führer," susurré, cuando las lágrimas que traté en vano de contener corrieron por mis mejillas; "los hombres de hierro, que él tanto amó. ¡Ellos!"

De un salto, evoqué mi primera vislumbre inolvidable de la tierra martirizada diez meses antes: las ruinas de Hamburgo, las ruinas de Brem, de todas las ciudades que yo había visto durante aquella noche del 15 de junio de 1948. Recordé las palabras que dos humildes hombres de ferrocarril habían dirigido entonces a mí - en vez de denunciarme a la policía - cuando ellos me agarraron distribuyendo mis primeros panfletos escritos a mano: "le agradecemos, en nombre de toda Alemania," las palabras que yo recordaría mientras viviera; las palabras de la élite trabajadora de sangre pura, de pie y digna entre la desolación material más espantosa. Había visto más de aquella élite, desde entonces; y la había admirado. Yo sabía, ahora, que ninguna fuerza en el mundo podría matarla; yo sabía que siempre estaría allí para que yo pudiera seguir viviendo por ella - yo, que en la desesperación de 1945, había declarado a alguien, en India, mi deseo "de volver la espalda a la humanidad, para siempre." Y lo, una mujer responsable y una alemana me decía que, en el corazón de aquella élite sobrehumana sufriente yo ahora tenía un lugar . . .

"Ninguna gloria," respondí a Frau S.; "ni honores internacionales a amplia escala, absolutamente nada en el mundo podría tocarme más que lo que usted acaba de decir. Diga a aquellos alemanes fieles de quien usted habla, que soy consciente del eslabón sagrado que me liga a ellos, para siempre y alguna vez. Dígales que yo también, los amo." "Voy a hacerlo," dijo la Oberwachtmeisterin.

Y ella añadió, con una voz muy baja: "entre ellos esta la gente que conozco personalmente; gente que una vez sostuvo puestos importantes en el Partido - en el que yo estaba también. Pero prométame usted que nunca dirá una palabra de todo esto a alguien, ni a Frau Oberin, ni a cualquiera de las guardias, por más 'afines' que ellas sean; ni siquiera a su amiga H. E. ¿Puede realmente usted guardarlo en secreto?"

"Prometo que voy a hacerlo," dije.
¡"Vendré y le veré otra vez mañana por la mañana," dijo Frau S. "Auf wiedersehen!" ¡"Auf wiedersehen!"

EI CAPÍTULO VII
HUMILLACIÓN

Al día siguiente, el 8 de abril, por la tarde, fui transferida a la celda No 92, en el ala B. Mi maletero, mi maletín, todas mis cosas, habían sido guardadas en su sitio en la guardarropía común donde las pertenencias de todos los presos fueron guardadas. Pero Frau Oberin había permitido que yo tuviera mis manuscritos, y unos libros: H. R. Hall La Historia Antigua del Cercano Oriente; un libro sobre la Mitología de Gran Bretaña Antigua; la Historia del doctor Herbert Gowen sobre Japón; dos libros de historia mongol, y uno sobre el Arte y civilización de América Antigua, - aparte, por supuesto, de mi preciosa traducción inglesa del Bhagavad-Gita. Amé aquellos libros. Ellos reflejaron mi interés de toda la vida hacia la historia de todas las civilizaciones; ellos representaron algo de aquella reserva de información de la cual yo había extraído, durante años, ilustraciones pintorescas en apoyo de nuestra filosofía. Estaba agradecida a Frau Oberin por permitir que yo los conservara; más agradecida a ella todavía por permitirme conservar mis manuscritos y seguir escribiendo. Yo estaba agradecida a la Oberwachtmeisterin, también, por su colaboración silenciosa y comprensiva. Puse mis manuscritos en el cajón de mi mesa. Escondí el retrato del Führer en la tapa de la Mitología de Gran Bretaña Antigua, y el Programa del N.S.D.A.P. (que yo también había logrado conservar conmigo, para referencias) entre las páginas ilustradas del Arte y civilización de América Antigua. Entonces dispuse los libros sobre dos de los anaqueles de mi nuevo armario - mucho más pequeño que el que yo tenía en la celda 121 - y yaci sobre mi cama, menos a fin de descansar (ya que yo no estaba, ni enferma, ni cansada) que para reflexionar.

Yo no podía discernir por qué había sido transferida aquí en vez de al Ala D, donde estaban las celdas de todos mis verdaderos camaradas. ¿Me habían puesto ellos en esta celda sólo por el momento? ¿O nunca debería ir al Ala D en absoluto? ¿Y otra vez, por qué?

Una vez, y una vez solamente - durante la mañana después de mi regreso a Werl, antes de que el Gobernador hubiera venido - me habían enviado abajo para pasar mi "hora libre" con aquellos del Ala D, quienes me habían dado la bienvenida con alegría. Yo había tenido el honor de andar alrededor del patio al lado de Frau R. - antes la sostenedora de un puesto responsable en la dirección del campo de concentración Ravensbrück, ahora un llamado "criminal de guerra" condenada a encarcelamiento de toda la vida por nuestros enemigos, - y de oír que ella se dirigía a mí como un amigo. Y yo había tenido el placer de decirle: ¡"no crea que usted se quedará aquí toda su vida! ¡Ah, no! Yo estaba justo ayer todavía en contacto con el mundo exterior, y puedo asegurarle que las cosas cambian. Una justicia implacable sujetará un día su apretón sobre esta gente y le vengará, vengará a todos nosotros, y nos devolverá al poder, esta vez a una escala mundial, - aunque yo no sepa como." Y la mujer, cautiva de casi cuatro años, me había sonreído y había contestado: "deseo que usted tenga razón. ¡Ah, cómo lo deseo! Uno siempre espera." Pero el tiempo había llegado para que nosotros volviésemos a nuestras celdas, y nos habíamos separado. Y luego, el Gobernador había venido, como he estado relatando ya. Y yo no había tenido ningún contacto adicional con mis camaradas - salvo por supuesto con H. E. quien, como de costumbre, vino cada mañana a mi celda, recogió cualquier té, pan blanco, avena u otra comida que yo tenía para ella, me saludó con un sincero: ¡"Heil Hitler!" siempre que estuviéramos solas (o cuando Frau Fulanita de tal o alguna otra de las guardias que eran "afines" resultó estar de servicio) y se marchó, siempre de prisa. Me habían enviado, mañana y tarde, con las delincuentes ordinarias, ladronas, vendedoras del mercado negro, abortistas etcétera. ¡Y, cielos, qué embotadas eran éstas! Ellas hablaron prácticamente solo de comida . . . y hombres - trivialidades.

Mientras yo estaba en el No 121, me habían dado una planta en una maceta - una planta bonita, con hojas peculiarmente coloridas, verdes en un lado y violetas en el otro, o rojo oscuro en un lado y rosado en el otro. Yo la había admirado durante cinco minutos y luego, la había regado con regularidad y mantenido tanto como yo podría. Pero yo había estado demasiado completamente absorta en otros pensamientos para prestarle mucha atención. Ahora, recordé la criatura hermosa e inocua, y lamenté que yo no me hubiera molestado en llevarla conmigo. Por primera vez, la extrañe. Por primera vez, reflexioné sobre la hermosura de sus hojas de colores brillantes. A mi propia sorpresa, la idea que nadie la regaría, esta tarde, trajo lágrimas en mis ojos y un sentimiento de culpa en mi corazón. ¡"Pobre planta!" pensé, "debo decir a una de las guardias (o Frau Oberin ella misma, si la veo) que la quiero." Pero acostumbrada como yo estaba a ser sincera conmigo misma, yo no podía menos que preguntarme si yo le hubiera dado un pensamiento, si hubiese estado en una celda del ala D, al lado de alguna mujer que yo podría querer y admirar y con quien yo podría esperar hablar, durante "la hora libre", sobre la excelencia del Nacionalsocialismo, los delitos de las Democracias, y esa venganza irresistible por la que yo he - y todavía - añorado tan intensamente.

Mi cena me fue traída, como de costumbre. La guardia de servicio era una de aquellas que me gustaron más, una de aquellas que eran "afines." Le hablé sobre la planta. "Por supuesto usted la tendrá de vuelta," dijo ella, de lo más amablemente; "usted la tendrá, quizás no inmediatamente, - pues Frau R. esta ahora muy ocupada supervisando la distribución del pan "y café" -, pero seguramente mañana por la mañana. Me alegro de verle querer su planta. He notado ya como ha crecido, desde el día que le fue dada. "

¿"Podría también yo preguntarle," dije, "por qué ellos me ponen aquí en vez de en el ala D?"

"No lo sé," contestó la amable guardia; "esto me confunde, también, créame; ya que su lugar está allí, con los presos políticos no aquí, en esta parte. Pero he oído que usted fue puesta aquí por orden del Gobernador . . ."

¿"Pero por qué?" exclamé; ¿"por qué? ¿Imagina el Gobernador que él va a 'des-Nazificarme' separándome de mis camaradas, o qué? ¡Si por eso lo hizo, mi dios, qué tonto debe ser! Ya que he permanecido durante años - por la fuerza de las circunstancias - fuera de contacto con la gente de nuestra fe, obligada a oír solamente la maldita propaganda 'humanitaria' de nuestros enemigos, dondequiera que yo fuese. '¿me reformó' esto? ¡Me temo que no! Me habría hecho aun más Nazi que alguna vez, si hubiera sido posible."

"Usted tiene razón," estuvo de acuerdo la guardia. "Sabemos que esto son sólo tonterías. Nadie puede 'reformar' a un hombre o mujer responsable que sabe lo que él o ella quieren. ¿Pero qué podemos hacer? No tenemos voz en el asunto - ni la tiene Frau R., ni Frau Oberin ella misma. Hemos perdido la guerra y nuestro país está ocupado. Somos todos tan impotentes como usted - todos en la esclavitud. Los representantes de los Poderes de Ocupación hacen lo que les gusta aquí, como en todas partes más en Alemania."

"Lo sé," contesté, amargamente, con todo mi odio hacia la Ocupación Aliada llenando mi corazón, junto con aquella consciencia de la inutilidad del esfuerzo, que es el sentimiento más doloroso de todos. "Lo sé. ¿Ah, por cuánto, cuánto tiempo más?"

"Nadie puede decirlo con certeza."

Yo habría seguido con mucho gusto la conversación. Pero Frau X. no tenía ningún tiempo. "Su cena se pondrá fría. Y también tengo que devolver el contenedor," dijo ella, después de una

pausa corta, para acabar con nuestra conversación. Vacié la vasija grande redonda de aluminio, de hechura americana, en que la comida me había sido traída; como de costumbre, guardé lo que yo podría para H. E., y comí el resto.

Cuando la guardia volvió, ella me dijo que este era el turno de los presos del ala B para ir al cuarto de recreo (donde se permitió que cada grupo separado de nosotros pasara dos horas cada semana o asi). Y ella añadió, - como la presencia de alguien allí no era obligatoria: ¿"gustaría usted ir también? ¿Sólo para ver si le gusta eso? Sé que esa no es ninguna compañía para usted. Pero esto puede ser una experiencia para usted. Tómelo en aquella luz, cuando no puedo enviarle al cuarto de recreo con el ala D, por más que me gustaría hacerlo." Su bondad y consideración me tocaron tanto más pues yo sabía que ella era "afin," y que entendió, como sólo uno de nosotros podría, cuan dolorosa esta separación de mis camaradas era para mí. Se lo agradecí.

"Iré," dije, decidiendo. "Incluso si éstas no son presos políticos, ellas son mujeres alemanas, al menos, la mayor parte de ellas. Y entre ellas, me atrevo a decir que hay algunos buenos elementos; quizás hasta . . ."

"No vaya usted a tratar de adoctrinarlas," interrumpió Frau X., previniendo en mí una propensión muy natural.

"Usted nunca sabe a quien le habla, en aquel grupo. ¡Tenga cuidado!" Dije que yo lo tendría. Aún asi, no podía menos que esperar que, hasta entre aquellas mujeres yo encontraría algunas que, independientemente de cuales podrían haber sido sus debilidades, habían retenido suficiente orgullo alemán para mirar hacia atrás al régimen Nacionalsocialista con nostalgia, y, junto conmigo, una extranjera, - junto con nosotros - anhelar por su resurrección; algunas en quienes, con el tiempo, yo podría confiar.

* * *

Caminé hacia el pasillo. Algunas prisioneras estaban ya allí; las otras salían de sus celdas. La guardia abría las puertas, una tras otra. Yo tenía, de repente, la impresión más vivida de estar en una especie de "zoo", en el cual el encargado soltaba ahora a los prisioneros un rato. Yo había notado como las bestias salvajes no se precipitan de sus jaulas tan pronto como las barras de hierro son levantadas, sino que, extraño como esto podría parecer, ellas despacio caminaban afuera, como si supieran que la libertad ofrecida a ellas es - sólo relativa, y temporal apenas digna de mención. Las mujeres encarceladas hicieron lo mismo; incluso después de que la guardia había tirado las puertas abiertas de par en par, ellas no parecieron salir de prisa. Vinieron despacio adelante, y tiraron detrás de si las barras de hierro que cierran sus celdas desde fuera; u holgazanearon dentro durante un minuto o dos, guardando en su sitio los utensilios con los cuales ellas habían comido su cena, ajustando un peine en su pelo, o buscando un pañuelo de bolsillo. Ellas sabían que no era la libertad lo que ellas iban a disfrutar, sino sólo una relajación de dos horas en el cuarto de recreo de la prisión. Y yo era un animal en el "zoo" no menos que cualquiera de ellas; sólo, quizás, un animal algo más salvaje y más orgulloso que la mayor parte de ellas - una tigresa Bengalí, directamente venida de la selva.

Una de las dos celdas al lado mío - ambas portando sobre sus puertas una Z. (significando Zuchthaus, es decir, trabajos forzados) en lugar de mi G. (Gefängnis, es decir, encarcelamiento) - no fue abierta. ¿"Ella no sale?" pregunté, refiriéndome a la presidiaria de la celda cerrada, hacia la cual señalé.

"No," contestó una de las prisioneras en el pasillo; "ella está castigada; tiene 'Hausarrest' de una

quincena."
¿"Por qué?" pregunté, por causalidad, - no realmente interesada, sino tratando de ser cortés. "Por estar parada semi vestida contra su ventana y dejar caer cartas amorosas a los hombres, cuando ellos venían a trabajar en el patio."

La prisionera anduvo junto conmigo, en dirección del cuarto de recreo. "Una mujer tonta," prosiguió ella, comentando sobre el comportamiento de aquella que fue encajonada a su celda. "Sé que debe ser duro estar encerrado durante dos semanas, y trabajar solamente con pan seco y agua. Pero ella lo pidió. Yo no haría lo que ella hizo. ¿Podría usted?" La pregunta era suficiente para moverme desde la indiferencia cortés con la cual yo había escuchado, hasta ahora, la patética historia. ¿"Yo? ¡Yo pensaría que no!" exclamé, impresionada ante la misma idea de alguien dirigiéndome a mí tales palabras locas como algo normal. Y añadí, apenas capaz de ocultar mi desprecio hacia toda clase de asuntos sentimentales: "nunca he escrito una carta amorosa en mi vida. Yo siempre tenía mejores cosas por las que vivir."

"Usted es 'nueva' aquí, pienso," dijo la presidiaria, cambiando de tema, cuando entramos en el cuarto de recreo juntas.

"Sí. Fui condenada el martes - hace tres días," contesté. "Pero he permanecido más de seis semanas en 'custodia' antes de eso. Yo estaba entonces en el No 121, en el ala C."

¿"Y puedo preguntarle por qué usted está aquí?" la mujer aventuró a decir, algo tímidamente, como si ella temiera ser indiscreta.

"Por hacer propaganda Nazi," contesté, simplemente.

La mujer miró fijamente a mí con sorpresa mezclada y admiración. "Ah", comentó ella, "es algo honorable, - algo laudable. ¿Pues qué hemos ganado con éstos cerdos y su Democracia? Solamente miseria. Usted ve a mí: yo no era una mujer mala; ni una presidiaria de modo alguno; yo nunca había robado un alfiler. ¡Pero ahora la vida se ha hecho tan difícil, tan imposible! De pura necesidad, tomé cincuenta marcos y un viejo par de zapatos de un vecino que no era nada más pobre por esto, pero quien fue a las autoridades y me reportó no obstante. Fui detenida, y me condenaron estar encarcelada un año. Esto nunca me habría pasado en los días Hitler. Teníamos todo lo que requerimos, entonces; y abundancia para comer para nuestros niños. Usted tenía razón en luchar contra aquellos bastardos Aliados. Sólo deseo que ellos nunca le hubieran atrapado. Esto es una lastima. ¿A cuánto le condenaron ellos?" "Tres años."

De repente recordé a Hildegard X.. . ., mi compañera en la celda húmeda oscura en la cual yo había sido puesta durante la noche de mi detención. Ella había hablado en el mismo espíritu, usando casi las mismas palabras. ¿Era la lealtad de las masas alemanas a su Salvador, hasta tal punto, la mera expresión de una indefectible gratitud del estómago? Quizás, pensé, aunque la admisión me entristeciera un poco. Pero reflexioné: ¿"y por qué no? . . . Los alemanes son animales, de hecho, como el resto de los hombres; animales primero y luego arios; y Nacionalsocialistas - arios totalmente conscientes de su superioridad ordenada por Dios - por último de todo. Es natural.

Sólo unos cuantos entre ellos, e increíblemente menos todavía entre otra gente aria, son Nacionalsocialistas en primer y ultimo lugar, partidarios de nuestra Ideología únicamente porque es verdadera, independientemente de su propia comodidad o incomodidad. Y sería tonto de mi parte esperar encontrar representantes de aquella minoría libre y firme entre estas mujeres.

"Todo lo que yo podría hacer sería desear para la continuación, es más, para el aumento de privaciones materiales mientras Alemania permaneciera ocupada, e incluso después de esto mientras mis amigos no volvieran al poder, trayendo orden y prosperidad con ellos. Entonces, el régimen sería establecido más firmemente que alguna vez.

Me senté en un banco al lado de la primera de las dos mesas que ocuparon el cuarto, pensando en esto, y firmemente determinada a explotar los agravios de aquella mujer que la necesidad había conducido al robo, e inducirla a considerar el retorno de nuestro régimen como su única salvación posible y su única esperanza. Pero yo no tuve la oportunidad de hacerlo: la mujer fue y se sentó en la otra mesa, y comenzó a jugar fichas de dominó con dos presidiarias que parecieron esperarla allí. Y otras mujeres me rodearon.

Una mujer baja, bastante oscura, de edad mediana, condenada, yo no sabía de que ofensa, a largos años de trabajos forzados, se sentó justo frente a mí. Recordé su cara por haberla visto limpiar mi celda varias veces, y yo conocía su nombre por haber oído que la guardia la llamaba. "Como es que ellos le ponen con nosotros en vez de en el ala D," dijo ella, dirigiéndose a mí tan pronto como la guardia había cerrado la puerta, después de que la última prisionera había entrado. ¿"Y le dieron ellos una chaqueta negra? Usted debería tener una azul oscuro. Todos los 'politicos' tienen chaquetas azules oscuras."

"Y, las que hemos sido condenadas a trabajos forzados tenemos marrones, y aquellas condenadas al mero encarcelamiento por delitos apolíticos, negras," explicó su vecina a la derecha; mientras su vecina a la izquierda (que llevó puesta una chaqueta negra) me dijo: "usted debería quejarse a Frau Oberin, y pedirle que la ponga en el ala D." Era, la primera vez que oí que los diferentes colores caracterizaron, en Werl, las diferentes categorías de las prisioneras femeninas. Yo nunca había visto la chaqueta de H. E. por la simple razón que ella casi nunca la llevó puesta - y no la había llevado puesta aun durante su visita matinal a mi celda. Y ahora me sentí completamente humillada ante la idea de ser forzada a llevar puesta una chaqueta negra, como los criminales ordinarios, yo que había creído, hasta entonces, que fui vestida completamente como H. E. y mis otros camaradas queridos. Mi corazón se hundió dentro de mi pecho; y yo podría haber llorado. Pero reuní mis fuerzas. "Lamento que yo no puedo hacer eso," dije, contestando la sugerencia de aquella prisionera que había aconsejado que yo hablara con Frau Oberin; "pero no pienso que sería de cualquier utilidad: alguien me dijo que estoy separada de los otros 'politicos' por orden del Gobernador."

"Esto hace las cosas un poco más difíciles," comentó la mujer. Y la otra añadió, casi inmediatamente: ¿"pero por qué debería el Gobernador tomar tal paso contra usted?"

"no lo se seguro," dije. En realidad, yo me preguntaba si él habría sospechado que, mientras todavía estuve en custodia, yo, a traves de H. E., había distribuido unas copias de mis carteles entre los llamados "criminales de guerra." (Yo también había distribuido, de hecho, unos a ciertos miembros del personal, pero de los cuales el Gobernador no podría tener posiblemente ningún conocimiento, ya que sus cosas nunca fueron revisadas.) Entonces, reflexioné que, si cualquier búsqueda reveló la presencia de papeles míos en celdas del ala D, mi amiga H. E. me lo habría dicho. "No," pensé; "los motivos de mi destierro al ala B deben ser más sutiles: el mero temor de que yo mantendría vivo nuestro espíritu en el ala D - o quizás, que yo podría oír, de mis camaradas del ala D, demasiados casos de atrocidades británicas y Aliadas." Pero no dije nada.

"En cualquier ala que ellos gusten ponerle," declaró la mujer morena sentada frente a mí, "le respeto. Usted ha defendido su fe, y no ha hecho daño a nadie. No tengo tiempo para la política, pero de todos modos digo: ¿si aquella gente que ha venido aquí para darnos lecciones

de tolerancia realmente creyera en 'la libertad individual', como fingen, por qué no pueden ellos reconocerle el derecho de ser un Nazi, y expresar sus convicciones en público si usted siente que debería?"

¡"Completamente de acuerdo!" exclamé, alegre de encontrar un simpatizante con un poco de respeto hacia la consecuencia. ¿"Y por qué no reconocen ellos ese derecho a todos nosotros? ¿Por qué tantos de mis camaradas alemanes están en cautiverio desde 1945, por el único delito de haber hecho su deber? Por supuesto que los Demócratas son hipócritas. No les pida ser justos, - o siquiera lógicos. El odio y no la lógica ha sido el motivo de su comportamiento hacia Alemania, desde y aun antes de 1939. ¡Bien, déjeles cosechar el odio! ¡Déjeles sufrir un centenar de veces lo que ellos han hecho a la élite de la raza aria, y fallecer al por mayor! Ellos lo merecen."

Una mujer joven sentada a mi derecha me escuchaba con interés - aunque obviamente no con simpatia. Asi lo estaban dos o tres otros, entre quienes estaba una rubia de aspecto tosco, sentada al otro extremo de la mesa.

"Puede ser que usted no haya hecho daño a nadie," dijo la anterior, dándome una mirada suspicaz. "Pero usted no puede venir y decirnos que sus amigos alemanes han hecho 'solamente su deber' como usted dice. Los conocemos demasiado bien."

¡"Oiga! ¡oiga!" gritó la última - la rubia de aspecto tosco - antes de que yo tuviera el tiempo para decir unas palabras. "Y usted no consideraría a ellos como 'la élite de la raza aria' si usted hubiera pasado cuatro años en Ravensbrück como lo he hecho. Es todo muy fácil venir y agitar para el Nazismo cuando usted no sabe siquiera que es . . ."

Sentí mi sangre ir de prisa a mi cabeza, como si alguien me hubiera dado una bofetada. Sin embargo, me controlé. "Perdóneme," dije, con una fría voz cortante, "aunque yo no sea una alemana, indudablemente sé más sobre el Nazismo que usted. No lucho por lo que no conozco, como los monos que forman la mayoría de la humanidad, hasta en la mayoría de los países arios. Pero no es todo: usted parece pensar que era culpa del régimen si usted estuviera en Ravensbrück. Puedo yo preguntarle de quien es la culpa ahora, si . . ."

Quise decir: ". . . si usted está otra vez "dentro" - pues usted seguramente no es culpable de pegar carteles contra la Ocupación, como lo soy." Pero la prisionera a mi derecha - aquella que había hablado antes de la mujer rubia - me interrumpió. "No es de ninguna utilidad escoger pelear," dijo ella. Cada uno tiene el derecho de sostener las opiniones que a él o a ella le guste - incluso ser un Nazi. Lo que no admito - lo que nunca admitiré que es alguien podría atribuirse para sí mismo el derecho de comportarse en una manera bestial, como tantos Nazis han hecho. . . "

Este era mi turno para interrumpirla: ¡"como si tendríamos el monopolio del 'comportamiento bestial' como usted lo llama!" Estallé. " Sí, ahora, desde el desastre de 1945, el mundo entero habla solamente sobre nuestras atrocidades verdaderas o supuestas. ¡No recuerdo acaso la radio en Londres arrojar las calumnias más viles contra nosotros, en tiendas, en restaurantes, dondequiera que yo fuese, desde mi llegada de India en 1946, - durante el infame proceso de Nuremberg! ¡No me acordaré de aquella culminación de una campaña largo tiempo prolongada de mentiras! ¿Y los delitos de los antinazis, antes y sobre todo desde 1945? ¿Y las atrocidades de aquellos 'luchadores para los derechos del hombre', condenados cerdos hipócritas, el lote de ellas? Y sus incursiones aéreas sobre Alemania, para hablar de algo que todas ustedes conocen: doscientos mil civiles matados en Hamburgo en una noche infernal; veintidós mil en

un pequeño lugar como Düren, el 16 de noviembre de 1944; más de treinta mil en Koblenz durante el 22 del mismo mes; casi medio millón en Dresde el 13 de febrero de 1945, etcétera . . . Digame: ¿si no es 'comportamiento bestial', qué es?"

Había silencio. Incluso la mujer antes internada en Ravensbrück no se atrevió a contestarme, por miedo de lo que las demás podrían decir. Sentí que yo había ganado prácticamente la discusión, con aquella referencia precisa al horror de fósforo al cual todas estas mujeres habían sido sometidas. Más aun: sentí que yo ganaría tantas discusiones como me gustase en Alemania, con aquel argumento en apoyo de mi tesis; que los bombarderos Aliados, de manera totalmente definitiva (aunque completamente involuntaria) habrian dado molienda a mi molino de propaganda por el resto de mi vida.

"Y si usted dice que esta era una calamidad inevitable de la guerra total, y puede en un modo ser entendido, si no, por supuesto, perdonado," proseguí, con seguridad aumentada; " ¿si no es bastante bestial condenar a estos bastardos, y que tal los menos conocidos, pero no menos verdaderos horrores de los campos de concentración antinazis, después de la guerra, y hasta este día, no sólo bajo los rusos, sino aquí en Alemania occidental también? ¿Y el tratamiento infligido sobre hombres y mujeres inocentes, todos estos años, en sitios como Schwarzenborn y Darmstadt, por ninguna otra razón que ellos eran Nacionalsocialistas? Sé de unos que han muerto, en estos y otros campos del horror, torturados sobre todo por Judíos, en la supervisión Aliada; conozco uno en Koblenz, - uno de los caracteres más finos que he conocido alguna vez - quien murió, después de tres años y medio de martirio; que fue golpeado, pasó hambre, obligado a yacer, temblando con la fiebre, en una celda fría glacial. Y hay miles de otros cuya salud ha sido arruinada para siempre. ¿No es acaso esto 'comportamiento bestial' de parte de los Demócratas, que pretenden darnos 'lecciones'? ¡Sus lecciones! ¡Sus planes 'de reeducación' y qué no! Ellos no son adecuados para dar 'lecciones' a las salvajes tribus antropofagas de África (si allí todavía hay alguna), sin mencionar a nosotros, sus superiores; a nosotros que al menos no somos mentirosos."

Varias de mis oyentes fueron inclinadas ahora a tomar mi lado. Pero la rubia de aspecto tosco y dos o tres otras (quienes, como ella, me dijeron después, habían pasado algún tiempo en campos de concentración durante los grandes días) y la mujer a mi derecha permanecieron decididamente prejuiciosas contra mí. Ellas me dieron vistazos de enemistad sin disfraz. La mujer a mi derecha habló. "Eso está todo muy bien," dijo ella, dando vuelta hacia mi; "sabemos que su gente no son mentirosos; lo sabemos demasiado bien, de hecho. Sabemos a que extremos de la brutalidad ustedes pueden llegar, en la acción y no simplemente en el discurso; ya que siento decirle que las atrocidades Aliadas, durante y después de la guerra, repugnantes como ellas podrían ser, no perdonan aquellas de sus preciosos amigos. Recuerde, no hablo de usted, personalmente; usted es una extranjera; usted ha admirado la ideología Nacionalsocialista durante años; se ha identificado con ella; y tiene el coraje para venir y apoyarla del mejor modo que usted puede, aquí, en la tierra de su nacimiento, después de la guerra, cuando el mundo entero está contra ella. Eso es una cosa.

Comportarse como sus amigos lo hicieron es otra. Usted no estaba aquí, entonces, y no sabe lo que pasó en sus campos de concentración. Nosotras estábamos en ellos; teníamos amigos en ellos; lo sabemos. Usted parece ser herida porque no le dan una celda en el ala D. Usted piensa que es un honor estar allí. Le digo, usted no conoce aquellos del ala D; usted no tiene ni idea de las cosas que ellos hicieron . . . "

Mi corazón comenzó a latir más rápido, como si yo sintiera que la mujer diría algo que yo no podría oír posiblemente sin volar sobre ella. Ya ella había dicho demasiado. Incluso más aun, quizás, que su veredicto sobre mis camaradas, sus reservas precipitadas en cuanto a mí; su

confianza que yo era seguramente "más humana" que ellos, me irritó como un insulto disfrazado, - tanto peor si fuera pretendido para ser un elogio. ¿Qué habia allí en mí que le hizo a ella sentirse tan segura sobre ello a primera vista?

¿"Qué hicieron ellos, qué yo no habría hecho - o qué usted cree que yo no habría hecho?" pregunté, hablando despacio, en un tono de provocación. "No quiero decir, por supuesto, aquellos que trabajaron por el dinero, o del miedo, siendo ellos mismos internos promovidos a ciertos puesto menores cuando los campos estaban faltos de personal; ¡hablo de los genuinos - mis iguales y mis superiores!"

¿"Los genuinos?" contestó la mujer. "Bien; usted sabrá. Tome por ejemplo aquella que trabaja en el hospital . . ."

Mi corazón latió todavía un poco más rápido: la prisionera se refería a mi querida H. E. Como para hacerlo completamente claro a mí, una mujer que había estado silenciosa hasta entonces clamó: ¿"usted quiere decir E., no es cierto, no la otra?" (Pues dos de los llamados "criminales de guerra" trabajaron en el hospital.)

"Naturalmente, quiero decir E.," dijo la hablante. (En Werl, todos los presos fueron llamados por sus apellidos, salvo por sus amigos íntimos.) "¿Ella es 'bastante genuina', verdad? Bien, usted podría o no saber que ella fue tres años un miembro del personal en Auschwitz; y al lado de la jefa del campo, recuerde; no una mera guardia. No estuve allí yo misma, pero alguien que estuvo allí seis años, y que está ahora aquí, me dijo que vio que esa mujer, un día que ella había perdido su temperamento, azotó a una prisionera herida hasta que la pobrecita sangrara de la cabeza a los pies, y luego sacó de un tirón sus vendas, carne y todo. Ella lo vio por si misma, me dijo. Dijo que si se lo relatara alguien a ella, no lo habría creído."

Yo no le creí. Sabía desde el principio que esta era otra de aquellas mentiras innumerables que fui condenada a oír hasta que mis camaradas volvieran al poder, un día, y harían callar a los calumniadores de una vez para siempre. Yo sabía que esto era una mentira, no porque la acción presunta era espantosa; sino porque esto era una sinrazon, una acción inútil; no porque pensé a mi querida amiga H. E. incapaz de la violencia cruel - al contrario, sinceramente esperé que ella fuera capaz de ello, si es necesario -, sino porque creí que ella era demasiado profunda e inteligentemente Nacionalsocialista para permitir que ella fuese dirigida por algo más, excepto las consideraciones de la conveniencia impersonal.

"En otra ocasión," dije yo, sarcásticamente, "usted debería preparar una historia más inteligente que ésta, si desea impresionar a la gente que ha oído tantas mentiras como yo he hecho."

"Pero esto no es una historia; es verdad," insistió la mujer; ¡"verdad, y bastante horrible!"

"Bien," dije, "dejeme ponerlo de otro modo. Déjeme decirle que, si aquella persona que usted menciona habría matado a su víctima presunta, y la habría cortado en trozos, y habría comido los trozos con salsa de mostaza, de todos modos yo no pudiera preocuparme menos. ¿Está satisfecha usted, ahora?"

La mujer se levantó, y dejó la mesa, asi lo hicieron dos o tres otras, entre ellas la rubia de aspecto tosco.

"Usted debería tener cuidado de lo que dice, aquí en el cuarto de recreo," dijo una de las presidiarias restantes. "Las cosas son repetidas, y abren su camino a los oídos del Gobernador.

Sobre todo aquella mujer a la que acaba de hablar, usted no sabe qué tipo repugnante ella es. Por suerte se marchará pasado mañana más o menos. Ella ha terminado su periodo."

¿"Por qué está ella aquí?" Aventuré a preguntar.

"Aborto," contestó la otra presa. "Ella estaba, antes, en algún campo por el mismo delito. Asi lo estaban aquellas dos que le miraron de tal modo y se levantaron. La tercera estaba dentro también, pero por vender en el mercado negro, durante la guerra. Y me dijeron que ella es mitad judía, aunque no lo parezca."

"No, un cuarto solamente," dijo otra mujer, que se unió a la conversación. "Lo sé: uno que la conoce me lo ha dicho; es su abuela, quien era una Judía, no su madre."

"Es exactamente igual." contesté yo, con desprecio obvio para tales discriminaciones sutiles. ¡"Correcto!" comentó la mujer que había hablado primero. Entonces, al ratito, separándome para hablar aparte, ella dijo: "usted sabe, le entiendo. Yo también . . ." Ella probablemente quiso decir: "yo también, soy una Nacionalsocialista."

La miré, un poco escéptica, y luego pensé: ¿"quién sabe? ¿Quizás ella dice la verdad?" ¿"Realmente quiere decir eso usted?" Pregunté a la mujer.

Pero antes de que ella tuviera el tiempo para contestarme, la puerta fue abierta; la guardia de servicio apareció en el umbral. Fuimos devueltas a nuestras celdas.

* * *

Yaci sobre mi cama, pero no fui a dormir durante mucho tiempo. Pensé en estas mujeres con quien yo había pasado dos horas; en la discusión que había tenido con ellas; en aquellas que estaban contra mí, y aquellas que parecieron comprensivas. Pero hasta las simpaticas eran tibias; sentí que la gran causa para la cual viví exclusivamente, era sólo la segunda o tercera preocupación en sus vidas, si esto. Incluso aquella última que me había hablado, de algun modo no me pareció ser genuina. . . "¡ah", pensé, "si sólo yo estuviera en el ala D, con mis camaradas!"

Pensé en la ultima tarde en que H. E. y H. B. habían pasado en mi celda; recordé todo lo que ellas me habían dicho del tratamiento atroz infligido por la Policía Militar Aliada, en 1945, sobre ellas y especialmente sobre los hombres S.S. responsables del campo de Belsen - hombres que imaginé hermosos y fuertes; intrépidos, desinteresados; absolutamente dedicados a nuestro Führer y a nuestra causa; Nazis como yo, y cien veces mejores que yo. Y recordé las palabras que yo había dicho desde la profundidad de mi corazón, en respuesta a aquella evocación del horror: "'ellos' los han lanzado a los Judíos. ¡Pueda yo, un día, recibir el poder y la oportunidad de lanzar a 'ellos' a torturadores de la sangre mongol!" Entonces, de repente recordé que el día siguiente - el 9 de abril era el día en que el Mongol irresistible, Kaidu, había aplastado las fuerzas fundidas de la Cristiandad en la batalla de Leignitz, en 1241, exactamente 708 años antes. " La raza aria fue unida entonces (más o menos) en la fe cristiana," pensé; "pero ahora, pretendiendo defender los valores cristianos obsoletos, el Occidente entero ha consentido hacerse el instrumento de los Judíos, y luchar y perseguir a nosotros, los únicos partidarios de los valores eternos del Arianismo. ¿Y si, cuando los Mongoles vengan otra vez, estuviésemos de su lado - por la conveniencia?" Esto podría parecer - y quizás esto era - un pensamiento loco. ¿Pero después de todo por qué no? No sería peor que aliarnos nosotros mismos con las plutocracias judaizadas del Occidente, como yo había dicho una vez al Sr.

Stocks.

Recordé el libro semi-filosófico semi-histórico que yo había comenzado, un año antes: el Rayo y el Sol. Yo no había escrito una palabra de ello desde diciembre de 1948. Ahora, me senté en mi mesa, saqué el manuscrito del cajón y, (por una vez, en lugar de escribir mi Oro en el crisol) segui el Capítulo 4, sobre el nacimiento de Genghis Khan.

La guardia de servicio - que era "afin" y que le gusté - amablemente dejó la luz en mi celda hasta las once.

* * *

Los días pasaron. Mi nueva celda, mucho más estrecha que la primera (no era bastante amplia para que pudiera estirar ambos brazos completamente, de una pared a la otra) presentaba al menos la ventaja de tener un cristal transparente en la ventana, por el cual yo podría ver el cielo. Como la primera, sólo afrontando el sur en vez del Oeste, esta dió hacia al patio interior alrededor del cual los presos solían andar, de dos en dos, durante su "hora libre." El ala D solía salir con una parte del ala A; el resto del ala A solía unirse al ala B; y el ala C - la más numerosa, pues muchas de las celdas más grandes allí solían acomodar a tres presos en vez de uno - salió sola.

Estando de pie sobre mi mesa, con mi cara contra un cristal transparente de la ventana, miré fijamente a mis camaradas del ala D durante su ocio. Miré fijamente a ellos como un exiliado mira fijamente en las colinas y los campos de casa, a través de la frontera prohibida; o como una muchacha joven, obligada a hacerse una monja, mira fijamente desde las ventanas del claustro en el mundo prohibido en el cual ella ha dejado su corazón. Y los idealicé. Había naturalmente un abismo entre ellos y los otros presos, los delincuentes propiamente tales de todas las descripciones. Y mi imaginación ardiente lo ensanchó. La mayor parte de los presos del ala D eran mujeres inocentes hechas sufrir por el mero hecho de haber sostenido puestos responsables en la maquinaria de campos de trabajo del Tercer Reich. Unas, como H. E. eran idealistas sinceras, desinteresadas, verdaderas Nacionalsocialistas. No siéndome dada la oportunidad de saber quién era quién, consideré a todos ellos como verdaderos Nacionalsocialistas. Y mi amor los transfiguró. Las lágrimas cayeron de mis ojos cuando los miré andar alrededor y alrededor del patio en sus chaquetas azules oscuras. Estar con ellos me pareció casi tan bueno como ser libre - aún mejor, en un modo; pues yo no sólo habría contribuido a mantener la moral Nazi entre ellos, sino probablemente habría oído, de ellos, hechos más dañinos a nuestros enemigos que de la mayoría de los alemanes libres; y yo podría haber recolectado éstos en un libro especial. (Eso fue, en efecto, pensé, lo que el Gobernador temía.)

H. E. que casi siempre andaba al lado de la misma rubia encantadora, a veces miraba hacia mi ventana. Entonces estiré mi brazo y la saludé. En sus visitas matutinas diarias, ella solía decirme que fuese paciente. Quizás las cosas cambiarían, con el tiempo. Ya el ala D entera protestaba a Frau Oberin contra la decisión que me había lanzado entre los criminales ordinarios. Y yo solía poner mis brazos alrededor de su cuello y descansar mi cabeza sobre su hombro y decirle: "al menos, tengo a usted, cinco minutos por día - usted, que representa tanto ante mis ojos; y tengo mi libro, que escribo. ¡Es algo, usted sabe que ellos no destruyeron esto! Un milagro verdadero." Y yo a menudo añadía: "lamento que yo no pudiera leerle, en el Capítulo 6, todo lo que escribí sobre sus días anteriores en Belsen, de lo que me dijo usted misma."

H. E. me prometió que trataría de venir un domingo por la tarde, cuando Frau Fulanita de tal estaría de servicio.

En cuanto a mi propio ocio diario en el patio, era embotado, por no decir más; y a menudo deprimente. Tanto de modo que, de no haber sido para caminar en la luz del sol unos minutos, y respirar un poco de aire fresco, yo nunca habría dejado mi celda en absoluto - o yo habría salido un par de veces en una semana a lo más. La compañía de mis propios pensamientos, de mis recuerdos, de mis pocos libros, era más agradable a mí que aquella del gran número de delincuentes ordinarios que, como he dicho ya, hablaron solamente sobre bagatelas, o chismearon la una sobre la otra, y parecieron incapaces de sostener una conversación interesante más que una vez. Y aún asi, yo tenía algo para aprender de ellas. En aquellos paseos tristes alrededor del patio, dos veces al día, en compañía de los elementos más toscos y vulgares de Alemania, aprendí a discernir muchas buenas cualidades bajo la capa de egoísmo, insensibilidad y vulgaridad que la vida - y más especialmente la vida de la posguerra - habían puesto sobre ellas. Entre ellas habian mujeres apuestas, sanas y fuertes, que habrían permanecido o se habrían hecho madres útiles, si el régimen Nacionalsocialista hubiese perdurado; si las condiciones desgraciadas creadas en Alemania por la derrota, no forzaran a ellas a una vida poco natural. "Mi Führer entendería y perdonaría sus debilidades," pensé; "él las amaría a pesar de todo, ya que son hijas de su pueblo, y ellas han sufrido." Y las amé también, salvo, por supuesto, aquellas que, habiendo tomado ya la vida criminal durante los grandes días, habían traído el castigo sobre ellas mismas, entonces, y quienes amargamente odiaron nuestro régimen. De todos modos, yo no podía menos que ofenderme por mi destierro del ala D.

Me habría gustado conversar con la mujer que había hablado por último a mí tan simpáticamente en el cuarto de recreo. De alguna manera, ella no pareció ávida por estar conmigo durante "la hora libre." Ella tomó su lugar en la fila, siempre al lado de la misma otra prisionera, y simplemente me saludó de vez en cuando en el pasillo con un "Guten Tag!" que devolví. La primera pregunta hecha a mí por prácticamente cada mujer con quien anduve alrededor era lo mismo: ¿"qué clase de comida consigue usted, usted que es una 'Britanica'?"

Era natural, ya que todas ellas estaban hambrientas; y todas también tenían quejas sobre la mala calidad de su comida, no menos que sobre su cantidad. H. E. cuya dieta era exactamente la misma que la suya, y en quien yo podría confiar para decirme la verdad, me había dicho que todas ellas fueron "alimentadas como cerdos" - o mejor dicho peor, ya que generalmente dan a los cerdos bastante para comer, si no más que suficiente.

Me avergoncé de mencionar mi pan blanco, avena y mermelada de naranja, pues yo no podía darles nada. Pero las mujeres parecieron saber todo sobre ello - probablemente de los presos que solían ayudar a la guardia de servicio en la distribución de la comida. Hablé de mis comidas de mediodía, que eran tan insípidas como cualquiera, siendo formadas de patatas y otras verduras (casi siempre col y zanahorias) simplemente hervidas. Las mujeres mostraron una cierta sorpresa en tal austeridad: "pero pensamos que a los subditos británicos le fue dada carne con sus verduras," dijeron ellas.

"Nunca como carne," contesté: "nunca comí ninguna, de hecho. Y yo no comería verduras mezcladas con salsa. Dije al Gobernador, cuando vine."

A mi gran satisfacción, no tuve que encarar con la tontera interminable de los "¿por qué? ¿y debido a qué?" que la mera mención de mi aborrecimiento por la carne animal solía provocar por regla general, aun entre "intelectuales" - quizás sobre todo entre "intelectuales" - de educación democrática. Estas mujeres simples, criadas en la disciplina rígida de nuestro

régimen, interferían mucho menos, eran mucho más tolerantes, mucho más liberales que la mayor parte de los partidarios "de la libertad individual" que he conocido. Ni una siquiera trató de forzarme la perspectiva moral centrada en el hombre que podría haber tenido ella misma. El único comentario que una de ellas una vez hizo era: "conozco a las otras dos personas que, como usted, nunca comen carne. Y ambas tienen sus opiniones, también."

Pero las mujeres a menudo me preguntaban que hice con mi pan blanco extra: "lo doy a la Hermana Maria, para los enfermos," yo solía contestar, ocultando, por discreción, el hecho que preferí dar mi pan blanco a H. E. y a mis camaradas genuinos del ala D. Una de las presidiarias a quien yo había hablado así una vez, estalló, con el resentimiento sin disfraz: ¿"hermana Maria? ¡Yo le habría apostado cualquier cosa que lo come ella misma - o lo comparte con sus queridas! Los enfermos no ven ni el color de ello, le digo."

¿"Qué le hace pensar esto?" pregunté, tratando de parecer sólo causalmente interesada. ¿"Y primero, de quién se refiere usted con 'sus queridas'?"

¿"A quiénes me refiero? Por qué, aquellas dos que trabajan, en el Hospital, por supuesto; esa mujer E., sobre todo, - ella es la favorita de todo el personal, de la Oberin hacia abajo, y de la Hermana Maria más que de los demás; y Frau Fulanita de tal, naturalmente. Y no solo ella: todos 'los criminales de guerra' lo son. Ellas parecen creerlos maravillosos; mientras nos tratan a nosotros, delincuentes ordinarios, como perros."

Era doloroso para mí descubrir en esta mujer - como yo había hecho en muchos otros - esa hostilidad amarga hacia los llamados "criminales de guerra." "Celos, sin duda," pensé, "solamente celos." Y no contesté. A la mujer no le gustó mi silencio. Ella entendió que, en mi corazón, tomé el lado de mis camaradas. "Y usted también, parece creerlos maravillosos probablemente porque ellos tienen sus opiniones - o porque usted piensa que ellos la tienen," ella prosiguió; "bien, usted puede ir y relatar lo que dije, si esto le complace; ¡no me preocupa!"

"Soy una luchadora, no una informante," contesté con orgullo; "yo, sin duda, denunciaría a una persona si esto fuera mi deber - o sea, si estuviéramos en el poder, y si el asunto fuera serio; ¿pero ahora, y por bagatelas como esta? No; tengo mejores cosas que hacer."

Otras mujeres me dirían, durante "la hora libre," todo lo que pasaba en la prisión. "Usted sabe, que una en aquella celda de esquina allá arriba; robusta, con pelo marrón, ondulado; Emma, ellos la llaman . . ."

¿"Bien, y ella?"

"Ella ha conseguido otra vez ocho días de 'Hausarrest'. Y esa mujer polaca oscura con pelo crespo corto, también."

¿"Por qué?"

"Por dejar caer cartas amorosas a los hombres y por contestar groseramente a Frau Erste, (a la matrona). La Polaca siempre es agarrada por escribir cartas amorosas. Ella también grita palabras obscenas en su lengua, cuando los hombres cruzan el patio, ya que hay muchos Polacos entre ellos. Ella está loca por los hombres."

No estuve ni vagamente interesada. Yo solía contestar algo - hacer algún comentario calmante - simplemente por cortesía.

Pero una vez una de aquellas que parecieron conocer la historia de la vida de casi todo presidiario de la "Frauen Haus," vino a dirigirse a mí sobre otra Polaca, o la llamó asi.

"Usted nunca ha conocido a aquella," dijo ella "ya que está en el ala A. Pero todas 'las antiguas', como yo, la conocen, ya que ella ha estado aquí mucho tiempo. Antes, ella pasó seis años en Auschwitz por hacer no sé que contra el Gobierno de Hitler. . ."

"Seis años en Auschwitz," pensé; "por qué, ella debe ser aquella cuya declaración me fue relatada en la sala de recreo; la que difamó a mi Amiga H. E.. . ."

Estuve interesada, esta vez; y muchísimo asi. ¿"Y ella?" pregunté, disponiéndome a escuchar con toda mi atención.

"Bien," contestó la prisionera, "ella no puede aguantar a los hombres: le gustan las mujeres. Y usted nunca adivinaría lo que ella hizo el año pasado, por Navidades, cuando somos un poco más libres que por lo general . . ."

¿"Qué?" pregunté.

"Bien, había entonces otra a quien también le gustaban las mujeres, (ella se ha ido, ahora.) Entonces ellas lograron reunirse y . . ."

La mujer me describió, en pleno detalle, uno de los más sucios pervertidos actos sexuales de las cuales he oído alguna vez - algo demasiado asqueroso para ser escrito en blanco y negro. "Y fueron pilladas," ella añadió; ¡"y dios mío que alboroto hizo! . . ."

"La mujer nunca debería haber salido de Auschwitz," dije, con un sentimiento de náusea. ¡"Una que puede hacer una cosa tan sucia como eso, por 'el placer' no merece vivir libre!" Y después de una pausa, yo no podía menos que añadir: "en efecto, es refrescante oír que tal hembra ha trabajado contra nosotros. Yo siempre decía: ¡aquellos antinazis son la escoria de la Tierra!" "Uno tiene que estar de acuerdo que muchos lo son," contestó la mujer. Sin embargo, no todos ellos son como esta Polaca.

"Quizás. Pero uno no podría encontrar un solo espécimen tan depravado entre nosotros," dije con genuino orgullo. "Ningún hombre sexualmente degradado o mujer, ninguna persona sucia de cualquier descripción, puede ser un Nacionalsocialista. De esto, estoy absolutamente segura."

Yo no podía menos que ser impresionada por la proporción enorme de Polacos y Checos encarcelados en Werl por robo, complicidad en robo o hurto, mercado negro, y . . . aborto. El mayor número de mujeres alemanas con quien entré en contacto durante "la hora libre" estaba también allí por aborto. Cada vez que ellas pensaron que era posible . . . trataron de disminuir su culpa ante mis ojos, y a veces, tuvieron éxito en hacerlo. "Esto no es nuestra culpa; es la culpa de aquellos cerdos," una me dijo, hablando de los ocupantes Aliados. "En 1945, en 1946, hasta en 1947, era terrible, aquí afuera. No había nada para comer. Nuestras muchachas solían ir con aquellos brutos por una rebanada de pan - o un paquete de cigarrillos, que compraron mucho más. Y no para su propios estómagos, la mayor parte del tiempo, sino por sus familias que pasaban hambre. Ellas a menudo se embarazaban, y luego nos llamaban para 'ayudarles' . . ."
Pensé en aquellas finas muchachas alemanas que habían sido sanas y felices unos años antes . . . Y lágrimas llenaron mis ojos. ¡"Vengue aquella miseria indecible, y vengue aquella

vergüenza, Señor invisible!" Recé dentro de mi corazón, contemplando el cielo despejado. Y, dando vuelta una vez más hacia la mujer, dije: "usted tiene razón; esto es la culpa de aquellos cerdos; y todavía más la culpa de aquellos que causaron la perdición del Nacionalsocialismo: la culpa de los traidores, aquí en Alemania; de los Judíos y de los esclavos de los Judíos, por todo el mundo."

"Pero las cosas cambian," la mujer prosiguió; "y los Aliados son los primeros en averiguarlo, sea que les guste esto o no. Aquellos mismos hombres con los que estuvimos por un paquete de cigarrillos en 1945, no les tocaríamos ni con un par de pinzas, ahora que ya no pasamos hambre. A cada uno de sus oficiales los aborrecemos. Queremos a nuestros propios hombres."

"Usted tiene toda la razón," dije, sinceramente deseando que ella haya dicho la verdad. "Yo misma no apruebo el aborto," siguió la presidiaria, volviendo a su primer tema. "Yo podría ser culpable de ello, pero sé que no es correcto. ¿Pero por otra parte, qué debe uno hacer con tantos niños en tiempos como este? Y ellos vienen, a veces, independientemente de lo que la gente hace para evitarlos. ¿Qué dice usted?"

Era difícil expresar lo que pensé - no porque yo tuviera opiniones extrañas en el asunto (yo tenía, al contrario, exactamente las mismas opiniones que cualquier otro Nacionalsocialista) sino porque yo no tenía la experiencia más leve de los problemas, de las dificultades, de los conflictos diarios de lo que se supone sería "la vida"; porque, de hecho, yo nunca había tenido una vida personal, ni siquiera había deseado tener una, y no podía reforzar, por lo tanto, mis opiniones con argumentos tan convincentes como aquellos que otra persona habría usado. Sentí que, cualquier cosa que dijese permanecería abstracto; sonaría a un catecismo de partido, aunque no fuera sólo eso. Sin embargo, no podía evitar esto. Y hablé. "En principio, condeno fuertemente el aborto salvo cuando esto apunta a deshacerse del producto indeseable de alguna unión vergonzosa," dije. Y expliqué: " Por 'unión vergonzosa' quiero decir la unión de un hombre y la mujer de razas diferentes, o de quien uno al menos es un enfermo o un débil. En la práctica, por supuesto," Pero ciertamente es un delito destruir a un niño potencial de sangre aria pura; rechazar un lugar en el mundo a un alma que los Poderes divinos habían juzgado digna de tomar nacimiento entre la forma más elevada de la humanidad. Sé que, como usted dice, los tiempos son duros. Y sé que este Gobierno Aliado no hará nada para hacerlos menos asi; ni va a hacerlo el llamado Gobierno alemán de la marioneta que tomará, tarde o temprano, su lugar. Pero el verdadero Gobierno nacional que volverá, un día, ayudará a las familias sanas de sangre pura, como este hizo en el pasado."

"Sí," dijo la mujer. "Y deseo por dios que esto vuelva tan rápidamente como sea posible. ¿Pero qué debemos hacer mientras tanto?"

"Luche en silencio; tenga esperanza y espere," contesté. ¿"Qué más puede uno hacer?"

La mujer me había preguntado ya, otro día, si yo tenia algún niño, y yo le había dicho que no tenía ninguno. Ella ahora me miró escépticamente, como si dijera: "es todo muy fácil en la teoría. Pero me gustaría oír lo que usted diría si tendría una familia de siete, y esperaba el octavo, y no tenía nada para darles de comer," (que era, ella me había dicho, el caso de una de las mujeres a la que en su lengua eufemística ella realmente había "ayudado").

Y hablamos de algo más.

Otras mujeres me contarían sobre sus asuntos privados, - sus maridos, sus niños, sus amantes, sus vecinos y sus suegras. Una, que me había acompañado varias veces durante "la hora libre" era una mujer de veintiséis que tenía ya tres niños de su marido y que esperaba un cuarto de

otro hombre. "Él se ha ido de mí por otra mujer," ella un día me dijo; ¿"asi qué podría yo hacer? Encontré este hombre, que es mucho más agradable de lo que él era, y quien se casará conmigo, cuando yo salga de este lugar; él tomará a los niños también, dice. (Ellos están ahora con mi madre.) ¡y él me escribe; y tales cartas de cariño!"

Me aburrí. Pero yo pensaba para mí: "veintiséis, ahora, en 1949. Entonces ella debe haber tenido dieciséis en el brote de la guerra; y diez en 1933. Ella debe recordar . . . Me pregunto lo que los grandes días le significaron; lo que ellos le significan ahora . . ." Y girando hacia mi compañera dije: "sinceramente le deseo cada felicidad con el hombre que usted ama. Personalmente, todo lo que quiero es ver que los días de Hitler vuelvan; más aun: todo lo que quiero es ver el espíritu del Führer gobernar no sólo Alemania, sino el mundo, para siempre y alguna vez . . ." Y me imaginé vuelta, un día, a una nueva Alemania Nacionalsocialista, una Alemania resucitada, que me abriría sus brazos. Y yo era feliz en la anticipación, y sonreí. Pero la mujer no había escuchado mis últimas palabras. "Los días de Hitler," dijo ella, con suma naturalidad: ¿"y quién no quiere que ellos vuelvan? Lo hago por mi parte. Éramos todos tan felices, entonces. Teníamos la abundancia para comer. Y aunque trabajáramos mucho, trabajamos con alegría. Y teníamos mucha diversión, también. Recuerdo mis meses del trabajo obligatorio - el mejor momento en mi vida. Había un campo de jóvenes no lejos del lugar que estábamos. Y solíamos encontrarlos siempre que pudiéramos. ¡Usted no tiene ni idea que hombres jóvenes encantadores, hermosos ellos eran! Habían tres, sobre todo, a quienes les gusté yo; y . . ."

"Esto es siempre lo mismo," pensé, conmovida por la millonésima vez en la evocación de aquel esfuerzo de trabajo colectivo enorme en medio de canciones y alegría, y aún un poco deprimida; "esto es siempre lo mismo: al hablar de los grandes días, nueve personas de diez me dicen: 'ellos eran espléndidos porque, entonces, disfrutamos de nosotros mismos', mientras sólo uno dice: 'ellos eran espléndidos porque, entonces, construíamos un nuevo mundo, fundado sobre la salud y verdad'. ¡Ah, como deseo que toda la gente de mi Führer; cómo deseo que toda la raza aria pudiera sentir como aquel! Pero supongo que el nuevo espíritu no puede impregnar a todos ellos en un día. Los grandes cambios en profundidad llevan tiempo." Y dando vuelta hacia la mujer bastante joven que anduvo a mi lado, le dije: "un día, la venganza vendrá, y luego, días aún más gloriosos que aquellos que usted atestiguó. Ya que el Führer está vivo."

Y cuando dije eso, imaginé, viajando por el espacio radiante en el cual no hay ninguna barrera, ondas sutiles, silenciosas, preparando, despacio y seguramente, en el reino de lo invisible, por el cual todas las cosas visibles son condicionadas, el retorno de nuestro querido Hitler. Pero la mujer joven dijo simplemente: "por supuesto, él está vivo." ¿"Cómo lo sabe usted?" pregunté, de verdad sorprendida ante la naturalidad resuelta de su comentario. ¿"Quién le dijo?"

Ella contestó, igualmente sorprendida por mi pregunta: ¡"bueno, cada uno lo sabe!" Seguimos andando alrededor del patio, y un rato, no hablamos. Encima de nosotros, alrededor de nosotros, por todas partes de Alemania, por todo el mundo, las ondas sutiles seguían con paciencia su juego invisible; preparando "el Día para la libertad y para el pan" en su manera inesperada, con exactitud matemática.

Pero "la hora libre" habia terminado. Estuvimos de pie en dos filas, y, comenzando de un extremo, cada uno de nosotros gritó: un, dos, etc., - el número de su lugar - una formalidad por la cual pasamos cada vez, de modo que las dos guardias que nos acompañaban pudieran saber que ninguno de nosotros faltaba. Mientras esto continuaba, oí a la mujer joven que había andado a mi lado llamando a otra que estuvo de pie no lejos de nosotras en la fila detrás mío:

¡"Irmchen, eh, Irmchen! No olvides de venir al cuarto de recreo esta tarde. ¡Te mostraré la carta que mi Fritz me ha escrito!"

* * *

No fui al cuarto de recreo. En cambio, seguí escribiendo el Capítulo 8 de mi Oro en el crisol, que yo acababa de comenzar.

Antes de que ella se fuera a casa, Frau Oberin vino a mi celda. Ella a menudo venía. Y yo estaba siempre contenta de verla. Aunque ella nunca hubiera dicho aún una palabra de la cual yo podría deducir que simpatizaba con mis opiniones, ella había logrado ganar mi confianza. Sentí que yo podría decirle prácticamente cualquier cosa que me gustó. Ella nunca me haría daño o a ninguno de nosotros.

"Su celda es bastante pequeña," dijo ella, esa tarde, después de que había devuelto mi saludo. "Tan pronto como haya una más grande disponible, le pondré allí." Y ella me preguntó en la manera más amistosa: ¿"usted no es demasiado infeliz aquí, de todos modos?" "Supongo que yo no debería serlo, ya que puedo escribir, gracias a su bondad," dije. "aun así . . ."
¿"Aun así qué?" preguntó Frau Oberin.

Eché la queja yo había tratado en vano de ocultar varios días. ¡"Ah, póngame en el ala D!" exclamé; ¡"hagalo! ¡Usted no sabe cuan deprimente el contacto con este lote de prisioneras es para mí, a veces! No tengo nada para decir contra ellas, pero no puedo hablar a ellas como con aquellas del ala D."

¿"Le gustaría tener el placer de adoctrinar a los del ala D, verdad?" dijo Frau Oberin con una sonrisa picara.

"Espero que ellos no necesiten el adoctrinamiento," contesté resueltamente. "Espero en efecto que ellos sean tan buenos Nacionalsocialistas como yo misma. Sólo me gustaría disfrutar de algunas conversaciones interesantes, si debo hablar en absoluto. Si no . . ."

"Escuche," dijo Frau Oberin, interrumpiéndome amablemente, "nadie, creo, le entiende, aquí, mejor de lo que yo hago, y nadie más quiere hacer su vida más tolerable. Yo le daría una celda en el ala D inmediatamente, si sólo yo pudiera. Pero no doy órdenes aquí, como usted ha adivinado ya quizás. Tengo que consultar al jefe aleman de la prisión, que es también el Fiscal, en lo que hago. Y encima de él esta el Gobernador británico. . . Este es él mismo que nos ha prohibido expresamente permitir que usted tuviera cualquier contacto con los llamados 'criminales de guerra'."

Y ella trató de hacerme entender que, técnicamente, yo no estaba en la misma categoría que ellos. "Usted ve que" ella explicó "usted es un preso político propiamente tal, mientras estas mujeres están aquí por haber infligido maltratos sobre internas en campos de concentración o por haber sido encontradas culpable de tales ofensas similares que son clasificadas ahora como 'delitos contra la humanidad'. Usted nunca ha hecho cosas de aquella naturaleza."

"Sólo porque yo nunca tuve una oportunidad," contesté. (Y por la entonación de mi voz, era - espero - evidente que dije en serio cada palabra que pronuncié.) "Delitos contra la humanidad," repetí, llena de desprecio por la hipocresía que esta expresión revela de parte de aquellos que la acuñaron; "sólo cuando los Nazis los hacen son los actos de violencia así etiquetados. ¡Cuándo los Demócratas los hacen, en el interés de los Judíos, ellos son actos de justicia!"

"Usted siempre parece olvidar que hemos perdido la guerra," dijo Frau Oberin, con tristeza repentina, e ironía amarga. Ella se dirigió a mí como si yo fuera una alemana. Y de hecho, yo misma a menudo olvidaba que no soy una.

¿"Pero otra vez, por qué insiste el Gobernador que yo debería ser separada de mis camaradas?" pregunté, volviendo al punto. ¿"Qué diferencia hace si ellos y yo no hiciéramos exactamente las mismas cosas? Si trabajamos para la misma causa."
"Usted idealiza a los del ala D," dijo Frau Oberin.

"Ellos no son todos Nacionalsocialistas ardientes como usted parece pensar. Algunos nunca tuvieron ninguna política en absoluto, y sólo obedecieron órdenes - cualquier orden - sólo porque ellos estaban en el servicio."

"Independientemente de lo que ellos sean," contesté, "ellos son víctimas de esta Democracia odiada; víctimas de nuestros enemigos. Ellos han sufrido para la causa que amo - hasta aquellos, si alguno, que no la aman tanto como lo hago; hasta aquellos que, entonces, podrían haber sido indiferentes a ella. Por lo tanto los amo. ¡Ah, póngame por favor con ellos! ¿Cómo averiguará el Gobernador? Yo podría permanecer aquí, en esta celda, de modo que él me viera aquí cuando inspecciona el lugar los viernes por la mañana; y yo, si usted me permitiera, podría pasar mi 'hora libre' con los del ala D e ir al cuarto de recreo con ellos. ¿Por qué no? ¡Póngase en mi lugar!"

"Me pongo realmente en su lugar," dijo Frau Oberin suave y tristemente. "Le he dicho ya, nadie aquí le entiende mejor que yo. Aun así: no insista, ya que usted sólo hace mi posición más dolorosa a mí. No puedo hacer lo que usted me pide, por más que me gustaría. Cosas de aquella clase siempre se filtran. Yo perdería mi trabajo y no conseguiría otro. Y no puedo permitirme arriesgar esto: la vida es demasiado difícil ya para todos nosotros. Pero haré todo lo que pueda para hacer su vida aquí menos dificl. Yo pensaba, por ejemplo, pedir al Gobernador permitir que usted diera a los otros presos, de vez en cuando, una conferencia sobre sus viajes en India y otros sitios. Estoy seguro que todos ellos disfrutarían de eso. Quizás podría ser arreglado. Hoy, he venido para hablarle de una prisionera que es un poco menos tosca que la mayor parte de las demás y quien, habiendo oído de sus calificaciones académicas, está avida por reunirse con usted."

¿"Quién es ella?"

"Una mujer polaca. Yo podría decirle también inmediatamente que ella es definitivamente antinazi, como la mayor parte de los Polacos son. Pero ella es algo cultivada. Hay muchos asuntos de los cuales puede hablar con ella. Ella habla tanto francés como inglés, aparte del alemán y, por supuesto, su propia lengua. ¿Gustaría usted conocerla? Yo haría al menos una excepción para usted."

"No vine a Alemania para conocer a mujeres polacas y hablar el francés e inglés," pensé. Aún asi, algo me dijo que yo quizás mejor aceptaría la sugerencia de Frau Oberin. ¿Quién podría decirlo? La mujer polaca podría demostrarse, indirectamente, útil, de una manera u otra. Entonces acepté. Y Frau Oberin me dejó con una palabra amable.
La mañana siguiente, la Oberwachtmeisterin acompañó a la mujer a mi celda. "Espero que ustedes sean amigas," dijo ella, sonriendo. Pero ella era lejos demasiado perspicaz para no saber todo el tiempo que nunca podríamos ser amigas. Había ironía en sus palabras y más ironía aun en su sonrisa. Por lo visto, ella me conocía mejor que, hasta ahora, Frau Oberin lo hacia hecho.

Generalmente suelo dejar el retrato del Führer sobre mi mesa a partir de las seis de la tarde - el tiempo que todas las celdas fueron definitivamente cerradas por la noche - hasta el tiempo que desperté y me preparé, la mañana siguiente. Sin embargo, durante aquella mañana, yo había olvidado de alguna manera esconderlo. Allí pareció una presencia visible, viva. Y era demasiado tarde para esconderlo ahora. Además, por qué esconderlo, Frau S., - a quien yo comenzaba a querer cada vez más - lo había visto ya varias veces en su escondrijo, y no pareció oponerse a ello lo más mínimo. (Ella me había hablado del retrato grande y hermoso que tenía, en su casa, durante los grandes días, y que ella había quemado, por miedo, "cuando los americanos habían venido.") la guardia de servicio, una rubia muy afable, cien por ciento "afin," no se opuso tampoco. La mujer polaca probablemente se opuso. Pero era todo igual para mí si ella lo hizo o no.

Ella era moderadamente alta, delgada, pelirroja, ni apuesta ni tampoco una persona corriente. Tan pronto como la puerta fue cerrada, ella se sentó y presentó. Era una verdadera Polaca, me dijo - no una Judía. Ella había permanecido en Alemania después del final de la guerra, con miedo de irse a casa, ella dijo, debido a los Comunistas que no le gustaron. Y ella había sido condenada a encarcelamiento de tres años por vender en el mercado negro. Ella confesó que había hecho algo incorrecto, pero se había medio perdonado diciendo que los tiempos eran tan duros que era muy difícil vivir honestamente. De todos modos, su tiempo había llegado ahora para ser devuelta a Polonia, y ella estaba en un aprieto respecto a lo que debería hacer. No le gustó estar en Werl. La comida, sobre todo, no encajó con ella. Pero aún así, permanecer allí sería mejor que ser agarrada por los Comunistas y ser enviada a un pequeño campo de concentración. . . La mera mención del Comunismo pareció asustarla sacándola de sus casillas. Y mientras más escuché a su conversación, más la desprecié, ya que me habían dicho que ella era antinazi. Detesto a los antinazis de cualquier descripción; pero desprecio aquellos que son al mismo tiempo anticomunistas.

Tal gente no tiene ningún sentido de la realidad, o ellos simplemente no saben lo que quieren. "Creo que hay muchos Polacos quienes, como usted, odian el Comunismo," dije. La mujer, que había venido sabiendo lo que yo soy (me dijo así ella misma un poco más tarde) pensó que había encontrado, entre ella y yo, una base de acuerdo. "No 'muchos' pero todos los verdaderos Polacos odian el Comunismo sobre todo ahora que ellos sufrieron bajo el," dijo ella; "todos, francamente le digo," insistió ella, "salvo un puñado de traidores que se aprovechan de ello. Y éstos son sobre todo Judíos."

Mi desprecio por ella alcanzó su límite - ya que encuentro la inconsistencia enfermante. ¿"Y por qué no se unieron aquellos verdaderos Polacos a nosotros, durante la guerra, si están tan profundamente contra los Rojos como usted dice?" pregunté, sarcásticamente. "Si mi memoria no me falla, el Führer les había propuesto una vez una alianza, que ellos eran bastante tontos para rechazar, prefiriendo un pacto con Inglaterra - que, a propósito, los defraudó. ¿O es que ellos se despertaron demasiado tarde en el día, cuando los Rojos, - que para entonces se habían hecho los 'gallardos aliados' de Inglaterra - estaban ya allí? Muchas personas parecen despertarse a finales del día, también fuera de Polonia."

La mujer no podía haberse sentido demasiado cómoda entre el retrato de Hitler, en la mesa a mi lado, y el azote de mi lengua despiadada. En cuanto a mí, yo de repente tenía la impresión que esta clase de conversación bien podría ocurrir en alguna oficina de policía de la Europa ocupada, bajo nuestro Nuevo Orden resucitado, - a condición de que mis camaradas tuvieran, entonces, la buena idea de usarme en los servicios de trabajo; y a condición de que, también yo, una vez en el servicio, tuviera todavía un poco tiempo para gastar. ("¿Y por qué no deberían ellos emplearme, entonces, después de todo?" pensé de un salto. "Yo soy - confiable - sincera,

radical, incorruptible y disfrutaría de tal trabajo. También sé algunos idiomas. Yo podría carecer de un poco de diplomacia; pero la diplomacia tendrá menos importancia, quizás, cuando seamos una vez más los amos de la situación.") Y me pareció que esta entrevista con una antinazi polaca, ahora en los días oscuros, en una celda de prisión donde había un retrato del Führer, tenía quizás un sentido profético.

Pero la mujer contestó las pocas verdades que yo le había dicho en la manera que uno esperaría: "No", dijo ella, "no es eso. No queremos a los Comunistas ciertamente. Pero no le queremos a ustedes tampoco. Por 'ustedes'," añadió ella. "Quiero decir a los alemanes. Usted se ha identificado con el Nazismo tan completamente que estoy segura que lo encontrará natural. Para nosotros, el Nazismo significa Alemania."

"A mí esto significa aquello, sin duda, y mucho más," contesté.

¿"Qué más?"

"Para mí, el Nacionalsocialismo a una escala mundial significa la supervivencia y el régimen de los elementos arios más puros; los derechos de la mejor humanidad," dije yo. " Escuche: la Democracia - la economía capitalista, junto con el sistema parlamentario con sus muchos partidos, su sufragio universal, sus campañas electorales, y todo el soborno y corrupción, toda la negociación invisible sucia que va con ello, - está definitivamente condenada. Llore por ello si le gusta. Usted no puede hacer nada para darle atrás su crédito perdido, y sus potencialidades perdidas (admitiendo que esto alguna vez tenía alguna). Usted habla como un soñador cuando dice que no quiere, ni a Comunistas, ni a nosotros. ¿Mi querida señora, quien se preocupa qué usted quiere - o qué quiero yo, de hecho? ¿O qué los Polacos o los rusos o los alemanes quieren? Independientemente de lo que el mundo entero podría querer, este sólo puede tener una de dos cosas: Comunismo, o Nacionalsocialismo; ya sea nuestros únicos verdaderos enemigos, - o nosotros. Note que no digo: dominación rusa o dominación alemana. Ya que el Comunismo no es Ruso; es de la judería; esto apunta, por último, a la dominación invisible del Judío sobre un mundo cada vez más corrompido. Y si el Nacionalsocialismo es Alemania (que, de un modo, indudablemente lo es) esto también es más - de otra forma, cientos de no-alemanes inteligentes no habrían sufrido de buena gana por ello en Inglaterra, en Francia, en India, en todas partes; de otro modo no habrían pegado un tiro a un francés que conozco gritando: ¡'Heil Hitler!', y yo no estaría aquí. Como le dije, el Nacionalsocialismo es Arianismo, del cual Alemania es, sin duda, hoy, la vanguardia, pero que, sin embargo, excede Alemania. El Nacionalsocialismo significa el regimen de los mejores hombres de sangre aria dondequiera que haya arios y, fuera de la empalizada de la Arianidad, el regimen de las razas no-arias más nobles del mundo, cada uno en su lugar, y de los mejores hombres de cada raza, cada uno dentro de su propia raza. El mundo entero está ahora ante la misma alternativa que Alemania estuvo en 1933. Este tiene que elegir: desintegración y muerte, con los Marxistas; o resurrección y vida, con nosotros. No hay ninguna tercera alternativa; ninguna otra opción posible. "

"Por lo que a mí se refiere, no puedo ver ninguna diferencia digna de mencionar entre su gente y los Comunistas," dijo la mujer polaca. "Ambos usan los mismos métodos horribles. Ambos igualmente brutales, igualmente crueles."

"Somos despiadados, pero no crueles," rectifiqué, interrumpiéndola.

"Bien, póngalo como usted quiera, es todo igual ante mis ojos," concluyó ella, mas bien con impaciencia. "Ambos consideran al hombre simplemente como un medio para un fin y no

piensan nada sobre tomar vidas humanas. He sufrido por ustedes dos y odio ambos de sus sistemas."

"No hace ninguna diferencia," contesté. "Uno de los dos sistemas contrarios prevalecerá al final - y espero que sea el nuestro. El capitalismo democrático - la forma más tibia del régimen judío - está muriendo de todos modos. Y me temo que aquellos que, como usted, odian tanto a nosotros como a nuestros enemigos más amargos, tuvieran que encarar tarde o temprano con algo que ellos odian. Esta es la mala suerte. Pero no pueden evitarlo. En cuanto al hombre él ha, si no siempre sido considerado como 'simplemente un medio para un fin', al menos siempre ha sido usado como tal, desde el alba de la historia en adelante, hasta por aquellos que pretenden darle una llamada 'dignidad' e 'iguales derechos' independientemente de cual sea su nivel racial y valor personal. Sólo los fines para los cuales él es usado son diferentes. Los fines de los Comunistas son, abiertamente, 'la felicidad individual para el mayor número de seres humanos', y, de hecho, el régimen del Judío. Nuestros fines son, abiertamente y de hecho, el máximo desarrollo completo de las razas naturalmente más nobles - primero de todas los arios y su regimen, condición de un mundo mejor en el cual todas las criaturas vivas deberían disfrutar de derechos, según su status natural. "

La mujer dejó de coser un rato (ella había traído su trabajo consigo). Me miró atentamente y dijo: "al menos, usted es sincera. Y le respeto por eso."

"Cada hombre o mujer que ha permanecido un Nazi en 1945 y a lo largo de los atroces años siguientes, son sinceros," contesté. "Mientras cada Comunista profeso no lo es; y aun menos cada Cristiano profeso. Ese es un hecho alentador."

¿"Seguramente usted no cree en el cristianismo?" dijo la mujer.

¿"Yo? ¡Yo debería pensar que no! sólo la gente autoengañada puede imaginar que ellos pueden ser Nazis y Cristianos al mismo tiempo. Considero la superstición cristiana (como algunos emperadores romanos la han llamado) como otro truco de los Judíos para esclavizar el alma aria. Además, tanto su actitud centrada en el hombre como su separación del mundo me repelen, - y todavía me repelerían si ninguno de los promotores tempranos de la religión hubieran sido Judíos."

"Usted es sincera, y lógica," comentó la mujer polaca, después de oír esta declaración.

"Espero asi," dije yo.

¿"Y qué piensa usted sobre el mundo del más allá?"

"No tengo ni la más brumosa idea sobre ello," contesté. "Si hay algo más allá de la muerte, lo veré bastante pronto cuando llegue allí."

¿"Y usted no le importa no saberlo?" ella me preguntó.

Encontré la pregunta infantil. "Si 'me importa' o no, contesté, con una sonrisa condescendiente, "no sé; no tengo ningun modo de saber lo que hay ‘mas alla’."

La mujer miró fijamente a mí, sorprendida quizás en el hecho que parecí tan feliz a pesar de 'no saber' lo que me pasaría un día cuando yo moriría. Ella permaneció silenciosa un rato y luego dijo: "soy Católica. Y ahora que le encuentro después de encontrar tantas de su clase en circunstancias completamente diferentes, - no, después de haber visto a mi pobre hijo en sus

manos - estoy convencida más que alguna vez que, sin la influencia humanizadora de la religión, el hombre fácilmente se hace un monstruo, de ser dada una posibilidad. Su misticismo de la élite no le ayudará. Sólo le hace peor. Usted mencionó, hace un rato, los derechos de 'todas las criaturas'. ¿Cómo puede hablar de tal cosa cuando usted no reconoce siquiera el derecho de todos los hombres a vivir?"

Repetí ante aquella mujer lo que yo había dicho cientos de miles de veces, toda mi vida: "no puedo amar a todos los hombres, incluyendo las heces de humanidad, incluyendo la gente peligrosa, incluyendo aquellos que, sin ser positivamente peligrosos, odian todo lo que yo amo. Mientras que amo realmente a todos los animales del mundo. Todos son hermosos e inocentes. Las únicas criaturas de las que yo me desharía (aparte de la gente peligrosa) son pulgas y bichos - parásitos. Porque uno tiene que defenderse a uno mismo. En cuanto a la religión que me dice respetar la vida de un hombre peligroso mientras omite prohibirme comer carne, lo encuentro absurdo. Y la civilización que condena a mis camaradas por 'crímenes de guerra' mientras acepta la vivisección por norma, merece la destrucción al por mayor."

¿"Usted no come carne?" preguntó la mujer.

"No; nunca lo hice. Soy lógica, - usted ha dicho correctamente asi."

"Usted lo es, confieso," contestó ella; "ahora, los niños son tan inocentes como los animales. ¿Le gustan los niños?"

"En principio, sí." dije; "y en primer lugar, naturalmente, los niños sanos de mi propia raza aria, de la cual estoy orgullosa. Luego, todos los niños sanos de la Tierra, al grado que éstos probablemente no se harán un peligro para los nuestros, cuando ellos crezcan."

Y cuando hablé así, de repente me recordé estando de pie en la cocina de mi casa en Calcuta, una mañana, en el glorioso '40, escuchando a mi criado indio de quince años decirme: "Memsahib, también admiro a su Führer. Él lucha para sustituir en el Occidente la Biblia por el Bhagavad-Gita: un muchacho adulto que lee inglés decía eso ahora mismo en la tienda de pescado." El chaval analfabeto de la Zona tropical había olvidado probablemente hace mucho aquellas palabras que yo debía recordar para siempre y citar muchas veces, tan exactas eran ellas, en el espíritu al menos. Y ahora pensé una vez más: "La violencia, siempre que sea necesario - no la violencia a cualquier costo - sino la violencia desapasionada, desapegada, absolutamente desinteresada, aplicada 'para el único bienestar del universo', sí, aquel ideal de la acción, predicada en el inmemorial Bhagavad-Gita, es también lo que predicamos hoy; lo que representamos, en flagrante contraste con la hipocresía cristiana. Y es exactamente aquello por lo que el mundo degenerado nos odia."

Pero la mujer polaca no era ningún devoto de la filosofía aria más antigua. "Bien," dijo ella, contestando mis últimos comentarios sobre los Judíos desarraigados, "eso puede ser; pero usted no sabe como todo esto me parece de monstruoso. Vine para encontrarle sabiendo lo que usted es - Frau Oberin me había dicho. Pero usted supera lo que yo había esperado - esperado de un no-alemán, sobre todo. Sin imaginar que su Nacionalsocialismo permaneció en el plano filosófico, yo nunca había comprendido que usted podría ser tan despiadadamente radical, - tan malvada como cualquiera de los demás. Todo en su perspectiva me repele; todo en sus palabras me hiere. Y," - ella entonces señaló al retrato del Führer sobre mi mesa, después de haber, hasta ahora, tanto como ella podría, evitado mirarlo, - "la vista del rostro de aquel hombre en su celda; el conocimiento que él está allí, aun si decido mirar al otro lado; el conocimiento que él es su ídolo, como, ay, para tantas otras personas, y que usted está lista

para cometer cualquier delito, usted misma, si piensa que puede llevar adelantes sus fines, eso me hiere todavía más. ¡Ya que le odio! ¡Y deseo de hecho que él esté realmente muerto! "

Mi sangre se precipitó a mi cabeza. Si yo habría estado en algún otro sitio que en una celda de prisión, habría abierto la puerta y gritado a la mujer: ¡"salga!" - e indudablemente le hubiese dado una patada sobre la escalera. Pero yo estaba en una celda. La puerta no podía ser abierta -, ni la ventana. Traté de contenerme, y replicar tan tranquilamente como yo podría: "y yo deseo que cada uno que le odia viera la muerte de alguien a quien él o ella ame - que es peor que morir."

La cara de la mujer tomó una expresión lamentable. "He perdido a mi único hijo por su gente," dijo ella, con la voz baja, sus ojos se fijaron sobre mí con más pena aun que resentimiento; "No puedo perder más. Y no estoy siquiera segura si él está muerto o vivo. No sé donde está." "Quizás en las manos de los 'gallardos aliados' de aquellos que emprendieron la guerra contra Alemania para 'salvar' Polonia," dije, irónicamente. "de ser así, rece que ellos no le traten un poco peor de lo que podríamos haber hecho." El odio profeso de la mujer hacia nuestro Führer sonó dolorosamente dentro de mi corazón, y yo no podía resistir a la propensión de devolver el golpe repetidas veces.

"Ah," contestó ella, cansada, "es todo igual. No podía ser peor. En el campo donde fuimos primero llevados, durante la guerra, he visto con mis propios ojos sus hombres S.S. dar palmadas y una patada a mi hijo, entonces un mero chaval . . . ¡Pero dejemos realmente por favor esto y hablar de algo más!"

Yo podría haber - y quizás debería haber - dejado caer el tema. No había ninguna razón en lastimar adicionalmente aquella mujer, aun si lo que tuve que decirle era la mera verdad, como indudablemente era. Pero hizo demasiado daño a mí para abstenerme de devolver el golpe una tercera vez. "Si su hijo no lo hubiera merecido, él no habría estado en un campo de concentración," dije, con frialdad; "nadie estaba en uno por nada."

Había un silencio largo. La mujer polaca pensaba probablemente en su hijo perdido. Yo, todavía en un humor amargo, pensaba: ¡"deseo por dios que esta mujer no vuelva! ¡Es bastante malo estar en la prisión, y allí, separada de mis camaradas, sin ser, además, molestada con antinazis!"

* * *

La mujer no volvió. Pero ella me dejó unas revistas Life, una de las cuales contuvo un largo extracto de las Memorias de Guerra de Winston Churchill. En ellas, el ex-primer-ministro británico intentó su mejor esfuerzo para explicar que las órdenes del Führer de frenar la prisa de las divisiones blindadas alemanas a Dunkerke - las órdenes que causaron el "limpiado del camino para el Ejército británico," - fueron tomadas en la iniciativa del General Runstedt, e inspiradas por todo menos el deseo de mostrar generosidad a Inglaterra como yo había declarado en algún sitio en el tercer capítulo de mi Oro en el crisol. Él reforzó sus deducciones, - dijo - sobre "el diario real de la Oficina central del General Runstedt, escrito entonces." Pero cuando leí esto, de repente recordé lo que la señorita Taylor me había dicho sobre los privilegios concedidos por las autoridades británicas al llamado "criminal de guerra" General Runstedt, en particular, su salida de la prisión en libertad condicional. Y también me acordé de la declaración del Coronel Vicker, el miércoles por la mañana, el 6 de abril de 1949: "los presos políticos son la última gente a quien concedemos privilegios especiales. . . salvo en el caso de aquellos que escriben para nosotros o hacen un poco de trabajo secreto para nosotros, de una manera u otra" (sic). Yo no podía evitar . . . " juntar dos y dos" y preguntarme si el presunto

"diario del General Runstedt," supuestamente "escrito entonces," no era sólo otro pedazo "del trabajo secreto" en el interés de la tesis británica sobre los acontecimientos, escrito en el confinamiento después de la guerra - "trabajo secreto" de la clase que el Coronel Vickers había estado pensando durante aquella mañana del 6 de abril. Esto sin duda justificaría toda clase de privilegios (si lo que la señorita Taylor me había dicho fuera verdad), pensé, sin desear ser innecesariamente malévolo, o hasta suspicaz. Y añadí una nota al pie de la página en mi Capítulo 3 en el cual yo había mencionado Dunkerke.

En otro ejemplar de la misma revista, encontré un relato de la manera vergonzosa en la cual la Policía americana había forzado recientemente a Walter Gieseking, el gran pianista alemán, dejar EEUU. debido a su lealtad al Nacionalsocialismo. Las demostraciones públicas, encabezadas, como podría ser esperado, por Judíos, habían ocurrido delante del salón en el cual él debía tocar. Y las autoridades habían pospuesto repentinamente la interpretación musical hasta que "una investigación en su caso" diera garantías satisfactorias en cuanto a la "des-Nazificación" del artista - que, por supuesto, podría haber tomado un mes o más. En respuesta a lo cual, Herr Gieseking se había marchado de EEUU. en el primer avión, completamente asqueado con el comportamiento americano. "Y correctamente asi," pensé; "

¡pues todo este alboroto, ahora, casi cuatro años después del final de la guerra, en un país que alega haber luchado por "la libertad individual," "derechos humanos," y qué no, es bastante para hacerlo a uno enfermar! ¿Del mismo punto de vista de aquellos que se jactan del liberalismo democrático, no tenía el artista alemán cada derecho de ser un Nazi, si tales eran sus convicciones? " Y por la millonésima vez, reflexioné sobre la inconsistencia irreducible de la posición de los Demócratas: de acuerdo con sus principios profesados en voz alta, esta gente simplemente tiene que reconocer nuestro derecho de libre autoexpresión y libre propaganda, pero si ellos hacen eso, en la práctica, corren el riesgo de ser dominados por nosotros en nada de tiempo. Entonces prefieren no hacerlo. Pero entonces, se hacen obvios mentirosos y bufones - "des fumistes," como los franceses dicen, en su argot pintoresco. Ellos se ganan el desprecio de muchas personas honestas moderadamente inteligentes, y se hacen el hazmerreír de todos aquellos que, honestos o no, tienen sesos, y un leve sentido del ridículo.

La mañana siguiente, cuando mi amiga H. E. vino para recoger su té diario, pan y avena, le hablé sobre la mujer polaca que Frau Oberin había enviado para darme compañía. "Al menos, ella ha sido útil en permitirme tener aquellas revistas," dije, después de relatar como yo había utilizado el parrafo de las Memorias de Guerra de Churchill en mi libro. ¡"Pero mi dios, cómo nos odia ella! Todo porque su averiado hijo, parece, fue tratado un poco bruscamente por los hombres S.S., en un pequeño campo de concentración durante la guerra. Bien, ella no podía esperar que le mimaran, verdad? le dije que él no habría estado en un campo de concentración si no lo hubiera merecido, y que esto le impartió justicia. Yo no podía evitarlo. Ella lo había pedido, por el modo que había hablado en contra del Führer. Y además, es verdad. Sé que lo es."

Los grandes ojos de H. E. brillaron. Ella me dio una sonrisa entusiasta. ¡"Usted realmente le dijo eso!" ella exclamó.

"Ciertamente. Yo no le diría que lo había hecho, si no hubiera."

"Entonces, le agradezco por hacerlo; ah, usted no sabe cuánto le agradezco - en mi propio nombre, y de parte de todos nosotros que hemos sido difamados e injuriados durante los cuatro años pasados. Estoy agradecida a usted por haber tenido el coraje para decir la verdad y por haber justificado a todos nosotros los llamados 'criminales de guerra'. Desde el desastre,

nosotros siempre estamos equivocados; somos los asesinos y asesinas; torturadores y que no; 'los monstruos' inhumanos. Y ellos nunca hacen esfuerzos por decir que escoria de la tierra podía ser encontrada entre los internos de nuestros campos de concentración, - la gente de quienes tres cuartos estan otra vez encerrados, ahora, bajo la Ocupación Democrática, a pesar de que 'los monstruos' ya no estamos en el poder."

"¿No lo sabré yo acaso?" grité, "¿no lo sabré? Uno solo tiene que ver quiénes son la mayor parte de las mujeres entre quienes fui arrojada, aquí en esta prisión, por órdenes del perseguidor (quiero decir del Gobernador británico) en vez de permitirme tener una celda en el ala D, entre ustedes que adoro. Fui una vez al cuarto de recreo, y no tengo la intención de ir otra vez - por suerte, la asistencia allí no es obligatoria. Yo no saldría durante 'la hora libre' tampoco, si no fuese por el aire fresco. De todos modos, un servicio el Gobernador me ha dado - sin quererlo: él me ha puesto en una posición para decir a cada uno, cuando yo sea otra vez libre, que clase de gente formó el bulto de 'las víctimas del Nacionalsocialismo' en los antiguos campos de concentración alemanes. Ya durante mi única visita al cuarto de recreo, he conocido bastantes especimenes de éstos para ser capaz de afirmar que todo lo que mis amigos alguna vez me dijeron en relación a aquello era justo la verdad. Y a propósito, perdóneme por haber olvidado completamente decirle antes - me dijeron que alguna mujer encarcelada aquí; y antes internada en Auschwitz durante seis años, le ha difamado enormemente. "Y le relaté la historia espantosa entera que yo había oído sobre la interna presuntamente herida; y declaré como yo había hecho callar a la mujer que me lo había relatado.

H. E. se rió, y me acarició en el hombro. ¡"Usted tiene una buena respuesta para todo!" dijo ella, jovialmente. ¿"Pero usted no creyó la historia? ¿o lo hizo?"

"Por supuesto no lo hice," exclamé. "Encontré la acción demasiado inútil para parecer verdadera. Ese cuento me pareció tan poco probable y tan tonto como las otras muestras de la propaganda antinazi que han sido infligidas sobre mí durante los diez o quince años pasados. Mientras más antinazi más estupido, parece ser su ley de la existencia."

"Me alegro que usted no lo creyó, dijo H. E. "Pues es un hecho que nunca he realizado tal cosa. ¿Pero quisiera usted saber - de pura curiosidad - quién es la mujer, que extiende tales rumores contra mí? . . . Ya que estoy, segura que es ella."

"Ella es una Polaca - supongo. Durante 'la hora libre', oí de alguna Polaca que también pasó seis años en Auschwitz y que es, parece, entre nos, una homosexual del tipo más bajo. Se me ocurrió que esta debe ser la misma."

"Es la misma, exactamente," dijo H. E. "La conocí mientras yo estaba en el servicio en Auschwitz (donde yo estuve tres años, como le dije) yo misma tatué sobre su brazo derecho el número que indica que ella no fue condenada a la muerte. Pero no es una Polaca - cualquiera podría ver esto. Ella es una Judía de Polonia, y de un tipo despreciable. La condenarona a seis años de trabajo en Auschwitz, por trabajar contra nosotros. Entonces, una vez en el campo, ella se pegó a nosotros, y se promovió adelante tanto como podía. Ella podia hablar un par de lenguas y tienia una cierta capacidad. Entonces le dimos una cierta cantidad de poder sobre otros internados, para que ella pudieses ayudar a mantener el orden entre ellos. Ella abusó de su poder y se comportó tan cruelmente como pudo hacia sus camaradas, imaginando quizás que esto nos haría olvidar sus actividades contra nuestro régimen, cosa que no hicimos.

Intervinimos muchas veces y la reprendimos con severidad. Y con mucho gusto habríamos estado sin sus servicios, excepto debido al hecho que, como una vez le dije, nuestros campos estaban malamente faltos de personal, sobre todo durante la guerra. Pero la aguantamos.

Cuando ella cayó - con nosotros - en las manos de estas personas, después de la guerra, ella intentó hacer todo lo posible para lanzar la culpa de sus atrocidades gratuitas sobre nosotros, diciendo que ella había hecho esto y aquello 'conforme a las órdenes', cuando eso no era verdad. Ella me difamó, y me habría dado una pena de muerte, si hubiese sido capaz; ella difamó a otros de nosotros que habíamos estado en servicio en Auschwitz. Ella odia violentamente a cada Nazi sincero. Aún, a pesar de esto, sus amigos los Demócratas la condenaron a ella a un encarcelamiento por quince años, tal como a mí."

"Todo esto no me sorprende en absoluto," contesté. "Es el Judío por todas partes - el Judío cobarde, rastrero, lleno de rencor, odio y crueldad y egoísmo vil. Pero dígame otra cosa: me fue relatado que esta mujer era el centro de interés aquí en Werl, el año pasado por Navidades, debido a algún acto sexual poco natural y particularmente repulsivo suyo, en medio del cual fue agarrada; una de las cosas más asquerosas que he oído alguna vez. . . ¿Esto es verdad?"

"Absolutamente verdadero," dijo H. E. "Fräulein B. puede decirle. Ella sabe todo al respecto. Pregúntele, si usted no me cree. Ella no se opondrá a decirle, estoy segura." (Fräulein B. era una de las guardias.)

¿"Y como luce aquella Judía?" pregunté, volviendo a la ex-interna en Auschwitz.

"Ella es de mediana edad y de altura moderada, con el pelo negro que ella lleva puesto en rizos; tiene pequeños ojos morados, una nariz torcida, una cara típicamente judía. Usted no la verá aquí, ya que ella está en el ala A - a menos que usted la encuentre en el cuarto de baño." (Solíamos bañarnos, veinticuatro de nosotras entonces, estando de pie bajo una doble fila de duchas, los viernes por la mañana, antes de la visita del Gobernador; y los presos de alas diferentes a menudo se encontraban juntos en aquella ocasión.) "la he visto yo misma en el cuarto de baño"; añadió H. E., "¡ella tiene pechos colgantes, nada de cintura, y un vientre gordo, prominente - cualquier cosa menos atractiva!"

Durante un minuto, me imaginé esa criatura malvada, cruel, pervertida y fea, arrastrándose lentamente hacia mis camaradas, que la despreciaron, para salvar su pellejo, en nuestros días del poder; luego, difamándolos ante las autoridades militares Aliadas; acusándolos de toda clases de 'delitos', ahora que ellos ya no podrían devolver el golpe; y, siempre que ella pudiera, satisfaciendo los instintos depravados de su cuerpo flojo en la manera sucia que me habían dicho . . . El pensar en ella era bastante seguramente para hacer a uno sentirse enfermo.

H. E. abrió la puerta a la mitad (que ella había tirado detrás de si) para asegurarse que nadie escuchaba. Entonces, viniendo más cerca a mi: "pero espere y vea lo que pase la próxima vez, cuando nos levantemos otra vez después de todo lo que sufrimos," dijo ella con voz baja. ¡"Ah, entonces! ¡Conozco unos cuantos que no se escaparán!"

Miré fijamente a ella, y recordé la agonía mental, la desesperación por la que yo había pasado en y después de 1945; y las ruinas de Alemania; y el martirio prolongado día a día de la élite aria a quien admiré. "¡entonces", dije, con mis ojos brillando, "llameme! Dondequiera que yo esté en el amplio mundo, yo vendré. Y déme una posibilidad para jugar una parte en la represión de las fuerzas oscuras. ¡Ayudaré a vengarle - para vengar Alemania!"

¡Nos separamos con el habitual "Heil Hitler!", sintiendo que nos entendimos la una a la otra perfectamente.

* * *

Pronto, era el 20 de abril - el día más grande en la historia Occidental; el mayor día conocido en historia mundial. Yo había preguntado a Frau Oberin si, sólo por esta unica vez, yo podría pasar mi "hora libre" con mis camaradas del ala D. Pero ella había contestado que no podía permitirlo, aunque deseara que pudiese.

Me desperté de madrugada, y vi el retrato del Führer que yo había puesto, la tarde antes, en el taburete de mi cama, contra la pared. "Hoy él tiene exactamente sesenta", pensé; "joven, comparado con aquellos que condujeron el mundo contra él. ¡Ah, pueda yo verle pronto en el poder otra vez! No me preocupo si muero después de esto."

Tomé la imagen y la besé - como todos los devotos han besado las imágenes de sus dioses, desde el alba del tiempo. Y lo sostuve un rato contra mi pecho. ¡"Mein Führer!" murmuré, en un susurro, espontáneamente cerrando mis ojos para aislarme de todo, excepto mi mundo interior de reverencia y amor. Aquellas dos palabras expresaron el ansia de toda la vida de mi ser entero. Y recordando la solemnidad del día, imaginé un bebé recién nacido que, para todos aquellos que le vieron, era sólo otro niño, pero a quien los Dioses omniscientes, que le habían enviado al mundo, habían bendecido como el futuro Líder de Alemania y el Salvador de la raza aria; el Hombre divino prometido Que viene Era tras Era, "siempre que la justicia sea aplastada, siempre que los malvados rigen supremos," y Quién salva a todo el mundo una y otra vez. Esta no era la primera vez que así imaginé para mí Al predestinado: en cada cumpleaños sucesivo suyo, por dios sabe cuantos años, yo había hecho así. Pero ahora, de alguna manera, yo era más íntimamente consciente que alguna vez del eslabón místico que me ligó a él por la eternidad. Yo había buscado la comunión con él de un modo y la había obtenido en totalmente otro. El destino, que no había permitido que yo viniera y le saludara en la cima de su gloria, me había enviado para apoyar a su gente en el desastre. Y otra vez ahora, mientras yo había planeado hacer uso de mi permiso militar para Austria, y realmente pasar su sesenta cumpleaños en Braunau am Inn, yo lo pasaba aquí en Werl, encarcelada por el amor a él. En todo esto vi un signo divino. No sólo yo estaba segura que nos levantaríamos otra vez y un día aclamaríamos su retorno, sino que sentí que yo - que la hija del mundo ario exterior - contribuiría de mi modo humilde (aunque yo no supiera como) a aquella gran resurrección. Y una exaltación extraña me poseyó.

Me lavé y me vestí. Y luego, con mi brazo derecho extendido en dirección del Sol naciente que yo no podía ver, canté la Canción de Horst Wessel, y también la canción de los hombres S.S.:

"Si todos se hacen infieles,
En efecto permanecemos fieles . . . "1
Yo sabía que estaba contra las reglas cantar en la celda de uno. Pero sabía también que nadie me diría una palabra, sobre todo en un día como este.
1 "Wenn alle untreu werden, so bleiben wir doch true . . .

* * *

Cuando H. E. vino, ella me encontró cantando. "Nuestro Führer nació exactamente hace sesenta años," dije, alegremente, cuando la vi entrar. ¡"Heil Hitler!"
¡"Heil Hitler!" contestó ella, "¿y sabe usted las noticias? Pero prométame que usted no dirá a nadie sobre ello - ni a Frau S., ni Frau Oberin, ni siquiera Frau Fulanita de tal, que es la más confiable de todas."

"No diré a nadie. ¿Qué pasa?"

"Él fue visto, ahora, aquí en Alemania - andando a lo largo a plena velocidad en un hermoso automóvil nuevo, pero aun no bastante rápido para que aquellos que le aman no pudieran reconocerle. Uno de los hombres que traen el pan por las mañanas acaba de decirmelo; un llamado 'criminal de guerra', como yo, y tan firme en su fe Nazi como cualquiera de nosotros." ¿"Y cómo lo sabía él?" pregunté.

"Él tiene un mensaje desde fuera, si de un invitado o de uno de los celadores, yo no podría decirlo, pero él lo tiene. Y este es el mensaje: El Führer está vivo, y está aquí en Alemania durante algún tiempo al menos. Si es verdad, seremos libres pronto y estaremos en el poder una vez más."

Nunca olvidaré la alegría con la cual su cara irradió cuando ella dijo estas palabras. Yo no era menos conmovida. Le abrí mis brazos, y durante un minuto, nos sostuvimos la una a la otra abrazadas, como habríamos hecho en un gran momento.

¿"Y le diré algo también qué usted no debería repetir sin una gran discriminación?" dije después de que este primer entusiasmo se había hundido. "Si lo que usted dice es verdad, esta no es la primera vez que él viene. He tenido noticias de alguien que él estuvo aquí algún día al final de 1947, ya preparando en secreto, con unos elegidos, el día que esperamos todos. Él se ha marchado después, dicen."

¡"Es así! ¿Y usted está segura que es verdad?"

"No lo sé. Sólo le digo lo que me dijeron. Pero sé que me dijeron muy poco - no porque nuestros amigos alguna vez dudaron de mi sinceridad, sino porque ellos me creyeron demasiado estúpida, demasiado poco práctica, y sobre todo demasiado ignorante de los hombres para discernir la autenticidad en otros; porque ellos estaban con miedo que yo pudiera tomar fácilmente a un traidor por un verdadero Nazi, y decirle en un momento cosas por entusiasmo que sólo el más confiable entre nosotros debería saber. Todo lo que puedo decir con seguridad es que el Führer está vivo y que un día antes de que yo muera, le veré en el poder. Aquella seguridad y aquella esperanza me sostienen."

¡"Nuestro Führer!" dijo H. E. con aquella misma lealtad que yo había observado en Herr W. y en todos mis camaradas - esa misma lealtad que sentí en mi propio corazón. Y ella añadió, repitiendo palabra por palabra lo que una humilde mujer trabajadora alemana, al venir a limpiar el vagón en el cual yo estaba, me había dicho en la mañana del 16 de junio de 1948: ¡"nadie nos ha amado alguna vez como él lo hizo!"

"Nadie ha amado alguna vez la verdad y ha luchado por la bien de toda la vida como él lo hizo," dije. "Deseo que un día el mundo entero celebre su cumpleaños. Este debería." Y nos separamos, saludando la una a la otra como de costumbre.

* * *

Cuando llegó el tiempo para "la hora libre" del ala D, me paré contra mi ventana. Y no sólo H. E. sino casi todos los demás miraron hacia mí. Y muchas brazos se levantaron. ¡Y uno o dos de mis camaradas incluso gritaron "Heil Hitler!" bastante fuerte para que yo pudiera oírlo desde mi celda. Pareció como si una ola de entusiasmo, presagiando aquel de los días por venir, hubiera levantado a todos ellos de la triste desesperación diaria de estos cuatro años. No puedo decir que yo realmente la había causado, aunque yo hubiera distribuido unas copias de mis carteles (y hasta una o dos copias de mis antiguos panfletos más literarios) entre ellos. Pero estuve

relacionada con ello. Mi mera presencia en la prisión por hacer propaganda Nazi actuó, por lo visto, sobre los otros presos políticos como un signo de esperanza del mundo exterior - un signo que anunciaba, pronto, un nuevo arrebato irresistible de fervor, orgullo y vitalidad, dominado por el viejo grito de guerra: ¡"Deutschland erwache!"

Las horas pasaron, aparentemente como de costumbre, llenas de trabajo, con interrupciones cortas para comidas y ocio. No parecieron haber muchas mujeres en el ala B que sintieron, como yo lo hice, la grandeza del día. Y yo experimentaba rara vez tal soledad dolorosa como durante los quince minutos que pasé durante aquella tarde, andando alrededor del patio al lado de una tonta muchacha joven que me declaró, cuando le recordé del nacimiento del Führer, sesenta años antes, que ella estaba "harta de la guerra y los agitadores" y que "habría sido mejor si él nunca hubiera nacido en absoluto." Las lágrimas vinieron a mis ojos al pensar que un alemán podría hablar así. Pero la muchacha era muy joven, - menos de veinte. Intenté deshacer en quince minutos el efecto de la política sutil de los cuatro años de "des-Nazificación". "Él es todo menos 'un agitador'," dije. " Inglaterra, o mejor dicho el Sr. Churchill, aquel instrumento complaciente del Pueblo judío, emprendió la guerra contra él, de modo que los Judíos pudieran seguir explotando al mundo entero. Nadie se había esforzado por la paz más que el Führer. Incluso después de que la guerra había comenzado, tres veces él intentó acabarla ofreciendo a Inglaterra una paz honorable, y tres veces Inglaterra lo rechazó. "

Pero la muchacha alzó la vista hacia mí insolentemente y replicó "Naturalmente usted dice esto. ¡Usted, siendo un Nazi! ¿Pero qué sabe usted sobre todo esto, más que yo?" Sentí que era inútil hablar. "De todos modos", pensé, "un día, quizás, la chica recordará mis palabras, y me creerá." Mientras tanto, me sentí deprimida. La muchacha habló de algo más: "mañana, estamos invitados a un concierto en la sección masculina," dijo ella. "Ellos tienen aquel hoy, entre sí. La interpretación de mañana será para nosotras. ¿No sería agradable ir a ello?"

Yo no podía menos que preguntarme si los organizadores entre los hombres habían elegido deliberadamente este día, y si las autoridades de prisión habian notado "la coincidencia". Ellos habían permitido el concierto, de todos modos.

Por la tarde, después de que el trabajo fue terminado, oí el sonido de la Canción de Horst Wessel, que venia de la celda al lado de la mía. "De este modo, unos sienten realmente la grandeza de este día, aun aquí, en el ala B," pensé. E inmediatamente segui el canto también. Mi vecina de la puerta contigua al otro lado - una fuerte, pesadamente construida - mujer campesina, madre de siete niños, condenada a trabajos forzados por veinte años debido a la presunta complicidad en el asesinato de su marido (que ella enérgicamente negó) - participó en el coro. Ella era la primera prisionera a quien yo había hablado en Werl, al día siguiente de mi llegada. Ella me había dicho una vez, con orgullo, que, durante los días gloriosos, le había dado la medalla "de la madre" el Führer mismo, y que ella siempre apoyó a nuestro régimen. Yo a menudo le daba una rebanada de pan blanco o un panecillo o una cucharada de mermelada.

Como el tiempo estaba caluroso, la parte superior de las ventanas había sido soltada en muchas de las celdas, y varias prisioneras estaban de pie y miraban fuera, o hablaban la una a la otra a través del patio. Me paré sobre la mesa y miré afuera también, cuando yo había terminado de cantar. Enfrentandome, en el lado opuesto del patio, estaban las ventanas de la mitad de las celdas del ala D. "Desde una de aquellas, una de las presidiarias del ala D captó la vista de mí, y levantó su brazo en saludo. Devolví su saludo y grité: ¡"Heil Hitler!" Pero una de esas del ala A - una mujer gruesa, condenada a encarcelamiento de diez años por asesinato accidental causado por una tentativa de aborto - me llamó desde sus barrotes: "es el cumpleaños de Adolf hoy, lo sabemos. Pero tenemos la misma cosa repugnante para comer

que en cualquier otro día, entonces es todo igual para nosotras. ¡Usted debería darnos un poco de su pan blanco, en vez de gritar 'Heil!'"

Me sentí deprimida y asqueada; - deprimida por el sentimiento que yo en efecto no podría hacer nada para demostrar que mi amor por la gente de Hitler no eran sólo palabras; asqueada por la familiaridad grosera con la cual esta mujer llamó al Líder por su nombre de pila. Yo que no soy una alemana, nunca hablé de él, sino como "Adolf Hitler" o "der Führer." Yo bajé de mi ventana, pero era incapaz de escribir, o siquiera leer. Una vez más, añoré para el retorno de mis camaradas alemanes al poder. Y maldije la Ocupación que lo pospuso - y al Coronel Vickers que me mantuvo, mientras tanto, lejos del ala D, entre los delincuentes ordinarios.

* * *

Al día siguiente, a las 15h00, fuimos todas llevadas al concierto dado en la iglesia de la sección masculina, en el piso superior del edificio donde la oficina del Coronel Vicker estaba. Fuimos llevadas de dos en dos en una fila, todas aquellas de la misma ala juntas, - y nos hicieron llevar puestas nuestras chaquetas. Las del ala D anduvieron adelante, conduciendo toda la "Frauen Haus." Frau S., Frau R., la matrona, también llamada en Werl Frau Erste, Frau Oberin ella misma, su ayudante y la guardia de servicio, nos acompañaron.

De la cima de la escalera, cuando comencé a andar abajo, yo podría ver a mis camaradas del ala D en sus chaquetas azules oscuras, ya cruzando el umbral que cierra nuestro patio del resto del mundo. Y otra vez sentí la amargura de ser desterrada de ellos, y tener para colocarme, una chaqueta negra como si yo fuese un ladrón común o vendedor del mercado negro. Mis ojos los siguieron a lo largo del camino que condujo, entre los enormes edificios de prisión de la sección masculina y los céspedes verdes, y luego entre las cocinas y la pared exterior y a través de otro patio, al edificio del Gobernador, densamente cubierto de hiedras y Madreselvas.

En la iglesia, donde los hombres, tanto alemanes como Polacos, que debían cantar y tocar en el concierto, ya habían tomado lugar en los bancos contra la pared, las mujeres de ala D se sentaron al frente, a la izquierda cerca de los presos alemanes la mayor parte de quienes, mi amiga H. E. debía decirme al día siguiente, eran de los llamados "criminales de guerra" como ellas mismas. El ala A se sentó detrás de ellos, y en los bancos delanteros de la derecha; luego el ala B, detrás del ala A, y el ala C al último de todos. Yo me senté en el extremo más izquierdo de un banco, lo más cerca que posiblemente podría estar a mis queridos camaradas, y miré fija y tristemente hacia H. E. y L. M., sentada al lado de ella, y a H. B. y los demás; sonriendo con pesar hacia ellos como si dijera: ¡"cuan alegre yo estaría sentada con ustedes, si sólo pudiese!"

Pero incluso aquel lugar me fue negado. Frau Erste me pidió que levantara y sentara en medio del banco - totalmente lejos de los del ala D. Con mi cara roja de vergüenza, mi corazón lleno de resentimiento, obedecí. Yo no tenía ningún rencor contra Frau Erste; ella sólo ejecutaba las órdenes del Gobernador. Odié al Gobernador por hacer que yo fuese empujada entre las abortistas y ladronas. Y fui tanto más humillada por sentirme sentada en tal compañía, aquí delante de los hombres de quienes tantos, yo sabía, eran presos políticos como yo.

A traves de todo el concierto, seguí sintiendo cuan de buena gana yo, en mi turno, humillaría a nuestros enemigos, si me dieran el poder más leve en los servicios de represión del futuro, cuando nos levantemos otra vez. ¡Y la música realmente hermosa que oí, sólo sirvio para encender mi entusiasmo en la anticipación! Aquel entusiasmo era mi único consuelo contra la amargura presente.

Cuando salimos afuera después de la interpretación, vimos, desde una estrecha ventana

ocluida en la escalera, las puertas externas de la prisión abiertas durante un minuto para dejar entrar un automóvil. Teníamos, de una distancia, una vislumbre del mundo externo con sus árboles y flores, con sus hombres y mujeres que fueron donde les gustó. Una de las mujeres alrededor mío, ya un año en la prisión, miró fijamente en la visión de un minuto y rápidamente llamó a los demás: ¡"miren!" ella gritó; "miren: ¡la calle, - la libertad!" No olvidaré aquel grito de la cautiva mientras yo viva. Cuando lo oí, pensé en aquellos que amé, separados del mundo exterior cuatro veces lo que esta mujer, y eso, sólo por haber servido a nuestro Führer con celo y eficacia. Y mi corazón sufrió. En cuanto a mí, yo habría encontrado la vida de prisión tolerable, si tan sólo me hubiese sido permitido compartir con ellos la rutina diaria, el ocio, y las dos horas de relajación en el cuarto de recreo, una vez cada cinco o seis días o asi; si me habrían dado una posibilidad para mostrarles mi amor, y ser, entre ellos, un ejemplo de la fe alegre, - una fuente de fuerza; no solo eso, yo habría dado la bienvenida a ello, como el destino más apropiado para mí, mientras que mi ideología Nacionalsocialista permaneció perseguida y mis superiores cautivos. Pero como las cosas estuvieron de pie, el encarcelamiento era peor, para mí, que para mis camaradas los llamados "criminales de guerra" o para los delincuentes ordinarios, pues cada uno de éstos estaba, al menos, entre su propio lote.

Una vez atrás en mi celda; lloré. Frau Erste, la matrona, abrió la puerta para dejar entrar a la presidiaria que debía llevarse el contenedor de aluminio en el cual mi cena me había sido traída. ¿"Que es lo que pasa con usted?" ella me preguntó, viendo mi cara. "Ah, ¿por qué, por qué no me dejan estar en el ala D; con mis camaradas?" Estallé, incapaz de contenerme más tiempo, incluso ante la austera matrona que era tan partidaria de la disciplina estricta que algunos delincuentes ordinarios la habían apodado su "Himmler".

"Usted es demasiado peligrosa," contestó ella, amablemente. "Usted es una tea incendiaria. Si le permitieran estar allí, mi dios, el ala D entera cantaría la Canción de Horst Wessel cada día."

En ese momento, Frau S. entró en mi celda. ¿"No le gustó el concierto?" preguntó ella, viendo cuan abatida lucí, y no habiendo oído lo que yo había dicho a la matrona. "Sí," contesté. "Pero de lo que amargamente me ofendí fue de ser obligada a sentarme delante de todos entre las abortistas y ladronas, como si yo fuera eso mismo. Usted no sabe como esto me ha herido. ¿Por qué no puedo estar con mi propia clase en el ala D?"

Frau S. sonrió. "Porque el Gobernador británico tiene miedo de usted," dijo ella, con una pizca de ironía. Y yo no podía menos que notar cuan complacida ella lució por decirlo - como si el mero hecho que un representante oficial del Poder de Ocupación podría temer a alguien, era en sí mismo un buen signo.

"Dígale que estaré tan bien como el oro si me permiten vivir en el ala D," pedí, también con ironía obvia.

"Dígale usted misma, mañana, cuando él venga," dijo Frau Erste. "Si él cree en usted, y está de acuerdo, no nos oponemos a enviarle al ala D. Pero hasta entonces, no podemos. No damos órdenes, aquí, ahora; el Inglés lo hace." Y ella se marchó, teniendo trabajo por hacer. Sola conmigo, Frau S. sonrió una vez más, "Independientemente de lo que usted podría decirle, el Gobernador no creerá en usted más de lo que él cree en nosotros," comentó ella. "Él no toma ningún riesgo."

"Lo que significa que estoy condenada a quedarme aquí, lejos de mis camaradas, en práctico aislamiento, hasta mi liberación," dije tristemente. Entonces, cuando capté la vista de mis preciosos manuscritos sobre la mesa, y recordé cuan milagroso era que ellos estuvieran allí - y no en la bodega, con mi equipaje, o destruidos - añadí: "de todos modos, supongo que podría

ser peor. Al menos puedo escribir - gracias a usted y a Frau Oberin; y es algo. Es quizás tan útil como hablar con los del ala D. Y de todos modos, yo no debería quejarme de mi propia humillación, conociendo como lo hago todas las humillaciones con las cuales la gente de mi Führer ha tenido que afrontar desde la Capitulación . . ."

Frau S. estrechó mi mano y dijo: "en cualquier 'ala' que esté, aquí, usted es, para nosotros, un signo vivo de la resurrección . . ."

Una vez más, tal como durante la tarde que siguió a mi regreso final a Werl, fui conmovida más allá de las palabras, y las lágrimas llenaron mis ojos. "Es de gran confort para mí oír que usted dice esto," contesté. "Deseo que yo fuese en efecto tal signo. Es lo que siempre quise ser, desde el desastre. La verdad es que en 1945, declaré enérgicamente que sólo deseé ver el mundo entero yacer en ruinas y la humanidad aniquilada. Yo estaba completamente sin esperanzas entonces. Pero tan pronto como 1946, intenté - aunque en vano - venir a Alemania, si tan sólo a desafiar a los perseguidores del Nacionalsocialismo abiertamente, y morir con la gente yo tanto admirara. ¡(Cómo recuerdo aquellos días horrorosos de '46 en Londres, durante los ultimos meses del proceso de Nuremberg largo tiempo arrastrado!) ¡y vea lo que escribí y distribuí en todas partes de esta tierra martirizada en '48, tan pronto como yo era capaz de venir!"

Abriendo mi armario, extraje de en medio de las páginas de un libro una copia escrita a mano del texto de mis panfletos, y, señalando al inicio del cuarto párrafo, leí: "en la misma profundidad de nuestra humillación actual, deberíamos cantar nuestras canciones gloriosas, sabiendo bien que nos levantaremos y triunfaremos otra vez. Somos el oro puro sometido a prueba en el crisol. ¡Deje al crisol resplandecer y rugir! Nada puede destruirnos; nada puede destruir nuestra fe, ni disminuir nuestra lealtad. Las privaciones, las torturas, el odio, las rastreras mentiras que aplastarían al débil, sólo pueden reforzar a nosotros que somos fuertes en la naturaleza. Un día, nos elevaremos de esta miseria, más como dioses que alguna vez. Las ruinas de ambos, la Democracia y del Comunismo estarán a nuestros pies. El mundo Judeo cristiano estará muerto, solo nosotros viviremos."

¿"Puedo tener uno de aquellos?" dijo Frau S., que había leído sobre el papel, conmigo, las palabras que yo había pronunciado con la elocuencia ardiente de la convicción. "Por supuesto. Usted puede tener esta copia, si le gusta. 'Ellos' me han dejado una de las dos últimas copias impresas que yo tenía, y además, sé el texto de memoria. Puedo escribirlo otra vez siempre que me guste."

"Pero procure no decir a alguien que usted me dio este - ni a Frau Oberin, ni cualquiera de las guardias," dijo Frau S. Otra vez ella estrechó mi mano y se marchó.

Ahora me sentí feliz una vez más - medio resignada a mi exilio en el ala B. Repetí para mí las palabras en las cuales yo había puesto todo mi corazón un año antes: "en la profundidad de nuestra humillación actual, deberíamos cantar, nuestras canciones gloriosas, sabiendo bien que nos elevaremos y triunfaremos otra vez . . ."

"Y ahora, Savitri," pensé, "haga, usted misma, lo que ha pedido a otros hacer: ame, y resista; tenga esperanza y espere; ¡y siga cantando nuestras marchas conquistadoras en su lugar de confinamiento entre criminales comunes! Ninguna humillación puede matar en usted la alegría del desafío."

El CAPÍTULO VIII

CONVERSACIONES CLANDESTINAS

"Por favor, no siga pidiéndome transferirle al ala D," dijo Frau Oberin. "Le he dicho repetidas veces: eso no está en mi poder. Al mostrarme repetidamente cuánto se ofende por no estar allí - cosa que entiendo tan bien - usted sólo me hace sentir desgraciada. Olvida cuan limitada es mi autoridad aquí. Como le dije una vez ya, usted olvida que hemos perdido la guerra." "Ay, no olvido eso; lo sé simplemente demasiado bien," contesté. "Pero nunca puedo resignarme al hecho, y considerar los gloriosos años recientes como si ellos se hubieran ido para siempre y su espíritu completamente muerto - como usted parece hacer." Sentada en un sillón enfrente de Frau Oberin, en su oficina, yo me dirigía así a ella, no como una presidiaria a la jefa de la sección femenina de la prisión Werl, sino como una amiga sincera de Alemania a una mujer alemana. Yo solía hablar en más o menos la misma manera libre a todo el personal, incluso a la "inaccesible" Frau Erste. Y nadie pareció oponerse. (Sólo con el Gobernador y su ayudante el Sr. Watts - "con los ocupantes" yo era muy cuidadosa.) Pero Frau Oberin me miró fijamente con tristeza. "Ninguno de nosotros considera el pasado reciente como algo muerto," dijo ella con voz baja. "Pero tenemos que afrontar los hechos y vivir lo mejor que podamos, ahora, mientras aguardamos mejores tiempos. Sólo asi, podremos en silencio prepararnos para el futuro. Las exposiciones prematuras de nuestros sentimientos son inútiles. Ello nos haría más daño que bien."

Sus palabras sonaron extrañamente como aquellas que uno de mis camaradas - un hombre excepcionalmente inteligente así como un Nacionalsocialista ardiente - había dirigido a mí en 1948 durante el mismo día que yo le había venido con una introducción del extranjero. Una vez más, me pregunté hasta que punto Frau Oberin era uno de nosotros. A veces yo podría haber jurado que ella lo era. Luego otra vez, ella diría algo como si enfatizara su actitud distante de todas las ideologías políticas. Y yo no sabía que creer. Esta vez, estuve prácticamente segura que ella estaba in Ordnung, como decíamos; tanto de modo que yo fuera a preguntarle categórica: ¿"no quiere usted el futuro hermoso que el Führer preparaba para Alemania y para el mundo?" Pero ella habló primero, prosiguiendo el hilo de sus pensamientos después de una pausa. "Usted podría haber llevado adelante la causa del Nacionalsocialismo, ahora, mucho más eficazmente que distribuyendo panfletos. El tiempo no está todavía maduro para tales demostraciones espectaculares."

¡"Exactamente lo que Herr A. solía decirme!" pensé. Y recordando en mi mente el rostro brillante, enérgico de mi camarada querido, esperé, por la cien milava ocasión desde el día de mi detención, que nada terrible le habría pasado debido a mi tontería. Mi primer impulso habría sido decir a Frau Oberin que yo sólo había traido del extranjero aquellos últimos carteles míos porque había sido incapaz de hacer algo mucho mejor, a saber dar un poco de ayuda financiera tangible de amigos extranjeros y simpatizantes. Y yo habría acentuado que no era ciertamente mi culpa si aquellos amigos y simpatizantes nos hubieran fallado tan mal. Pero recordé que no debía hablar de esto a nadie, y no dije nada.

"Usted airea sus opiniones demasiado abiertamente, incluso aquí en la cárcel," prosiguió Frau Oberin, "y así lo hace muy difícil para mí poder hacer algo para ayudarle a hacer su vida en el ala B menos embotada. Yo le había enviado aquella mujer polaca, esperando que ella fuera, de vez en cuando, compañía para usted. Pero usted la ha fastidiado amargamente. Yo le había dicho de antemano que ella no tenía nada en común con usted, políticamente. Usted debería haber evitado mostrar ante ella el ardor de sus convicciones. ¿No puede realmente hablar de nada más, excepto del Nacionalsocialismo?"

"Puedo hablar de muchas cosas; ¿he hecho así, a usted, verdad?" contesté, aludiendo a antiguas media horas en la oficina de Frau Oberin, durante las cuales yo había hablado de tales cosas como bordado griego moderno, costumbres indias, el Sol de medianoche, o la vida de Genghis Khan. "Pero aquella inconsistencia de la mujer alteró mis nervios. Ella vociferó contra los Comunistas con tal pasión que le pregunté por que demonios ella no nos había apoyado, y ella contestó que nuestros 'métodos' son tan brutales como los suyos. ¡Como si 'los métodos' importaran, cuándo nuestros fines son tan diferentes! ¡Y como si uno podría conseguir algo rápidamente sin la brutalidad, de todos modos! Entonces, ella me dijo que odió al Führer. Y esto me puso loca. Devolví el golpe en palabras cortantes. Y me alegro si 'la fastidié' suficientemente para no desear volver a verme. No la quiero, pese lo cultivada que ella podría ser. Yo nunca podría quererla. Nunca puedo querer a nadie que odia al Führer y quien es el enemigo de todo lo que apoyo."

"Lo lamento, dijo Frau Oberin; "cuando le envié aquella mujer, no comprendí completamente aún cuan extrema usted era en sus emociones."

Me levanté para marcharme. Y no puedo describir exactamente lo que pasó entonces dentro de mí. De un salto, me di cuenta que esta incapacidad mía para ser siquiera superficialmente amistosa hacia alguien que disgustó de nuestra filosofía - sin mencionar que odió a nuestro Führer - me aisló, en este mundo de la posguerra horrible, de todos excepto nuestros círculos (y, quizás, una o dos mujeres amables, simples que no tenían ninguna filosofía en absoluto, y ninguna política). Ahora, en la cárcel, la compañía de aquellos de nuestra fe, - de los únicos que amé - me fue negada. Cuando sea liberada, yo sería indudablemente devuelta a India, - expulsada de Alemania por lo menos. Sería apenas mejor. Sería muy difícil permanecer en contacto constante con mis camaradas, pocos y lejos. Otra vez, yo estaría prácticamente sola. ¿"Hasta cuándo?" pensé. Y me eché a llorar.

"En efecto soy extrema en mis emociones," dije. ¡"Ah, podría Dios permitirme vivir entre la gente de mi propio grupo, tan extrema como yo misma, a la exclusión de todos los otros! Estoy enferma de los demás - de los moderados; de los tibios; y sobre todo, de aquellos que, gustan enseñarme a ser moderada y 'multifacetica', 'humana' - 'civilizada' (una palabra cortés para decadente) - cosa que está contra mi naturaleza. Estoy enferma de este mundo hostil en el cual hasta aquella libertad relativa permitida aquí en la cárcel a aquellos de mi clase, - la libertad de estar juntos - me es negada; me será negada aun cuando yo sea liberada. ¡Hableme de los campos de concentración alemanes en antiguos días! Mi dios, estos bribones que hacen ahora todo lo que ellos pueden para dominar Alemania, han convertido toda Europa, toda la Tierra, en un campo de concentración inmenso."

Frau Oberin se levantó, puso sus brazos alrededor mío, y me dijo suavemente que yo no debería llorar; que lamentaba que ella no pudiera hacer algo para complacerme. Ella era sinceramente comprensiva. Proseguí, para hablar, esta vez, de los británicos, en relación a mí: "ellos me dan pan blanco, mermelada y chocolate los domingos, y que no; e imaginan que me hacen un gran favor por el cual estaré agradecida; y por otra parte, me separan del ala D. ¡Los tontos! ¡Si sólo supieran cuan poco me preocupo por su preciosa dieta especial! Sólo la acepté con una visión precisa de dar tanto como yo posiblemente podría de las cosas buenas a los del ala D - y les diré así, un día. ¡Yo mucho preferiría ser alimentada de sólo pan y agua, y ser permitida pasar mi recreo con mis camaradas!"

"Usted idealiza a los de ala D," dijo Frau Oberin. "Le he dicho ya: ellos no son todos Nacionalsocialistas, como usted piensa. Y de aquellos que son, muy pocos lo son tan

apasionadamente como usted misma. Usted podría encontrar a muchos de su clase - genuinos - entre los hombres encarcelados aquí como 'criminales de guerra."

"Lamento realmente que yo no tuviera la alegría y el honor de reunirme con ellos," grité, aunque yo supiera que esto era imposible mientras ellos y yo permanecimos en la cárcel. Y borré mis lágrimas con el dorso de mi mano. "Pero las mujeres son bastante genuinas, si ellas son todas como H. E." añadí. "Y aun si ellas no lo son, de todos modos las amo. Como dije antes, 'las amo porque ellas son las víctimas de nuestros enemigos'."

Frau Oberin me besó en la mejilla como una amiga; como una hermana. "No quiero que usted sea infeliz," dijo ella. "El próximo sábado por la tarde - mañana - le enviaré dos de las llamadas 'criminales de guerra' para darle compañía en su celda."

Fui abrumada con asombro y alegría repentina. "Cuan amable es usted," dije yo, mirándola con las nuevas lágrimas que acababan de llenar mis ojos. ¿"Y usted está completamente segura que no entrará en problemas debido a esto?"

"Esto estará bien, a condición de que usted no diga a nadie sobre aquello."

"¿Ni siquiera a H. E.?" pregunté. "Ella es confiable."

"Bien, diga a H. E. si le gusta, pero a nadie más. No permita que llegue a los oídos de Frau R., la matrona."

¿"Está Frau R. contra nosotros?" Pregunté.

"No; por otra parte ella no habría estado en el servicio, en antiguos días. Pero ella es muy estricta sobre las reglas y regulaciones - quienquiera los hace; y ella odia cualquier tipo de desobediencia a órdenes."

"No diré nada. ¡Pero, ah, cómo le agradezco realmente!" contesté, cuando me marché.

* * *

El sábado, 23 de abril, temprano por la tarde, la guardia de servicio abrió mi celda y acompañó a dos de las llamadas 'criminales de guerra'. "¡Invitados para usted!" dijo ella, volteandose hacia mi con una sonrisa amistosa, cuando ella las dejó entrar. Mi corazón saltó. Y las lágrimas vinieron a mis ojos - lágrimas de alegría. "Soy feliz de conocerles," dije a las dos mujeres; ¡"soy, en efecto! ¡No me atreví a esperar que Frau Oberin me las enviaría, pero ella lo hizo después de todo! Estoy tan agradecida a ella; y tan alegre de hacerme su conocida. Siéntense realmente. Siéntense en mi cama: es más cómodo que el taburete. Me sentaré allí también. Hay lugar para las tres."

Mis dos invitadas se sentaron. Una, era una mujer muy atractiva y bastante joven, cabello rubio ceniza, con ojos azules grandes, amables e inteligentes, era L. M. la que yo había visto desde mi ventana andando alrededor del patio al lado de H. E. durante "la hora libre." La otra, que se presentó como Frau S., yo nunca la había visto aún. Pero había oído de ella, de los delincuentes ordinarios que habían estado mucho tiempo en Werl. Condenada a muerte por algún consejo de guerra Aliado por haber enviado sin causar dolor al siguiente mundo un cierto número de niños no-alemanes no deseados, su sentencia había sido conmutada a una de encarcelamiento de toda la vida. Ella era mayor que L. M. - tan mayor como yo, de hecho - pero todavía parecía joven. Ella tenía rasgos delicados, una expresión suave y atenta, ojos azules y

pelo marrón claro lustroso. Si, en vez de mí, un tonto "humanitario" hubiese sido presentado a ella, sabiendo, como lo hice, la razón de por qué ella era ahora una presidiaria, él o ella se habría preguntado cómo una mujer con una cara tan dulce podría haber sido posiblemente culpable de una "cosa tan horrible." Pero carezco completamente de aquel respeto supersticioso para la vida humana que la religión ha infundido en la mayor parte de las personas. Como una consecuencia de eso, yo era demasiado muy ligeramente impresionada por la naturaleza de su "delito". Y luego, me sentí segura que, aunque yo no lo supiera todavía, las circunstancias en las cuales la acción había ocurrido la justificarían ante mis ojos de todos modos. Más que probablemente, nada más podría haber sido hecho, en las circunstancias dadas. Y yo esperaba con gran curiosidad que Frau S. me dijera cuales éstas eran, y como todo el asunto había pasado.

Pero L. M. habló primero. "He oído mucho sobre usted de H. E.," dijo ella "y yo quise muchísimo conocerle. Estamos aquí porque no podíamos hacerlo de otra forma. Estábamos en Alemania, en 1945, cuando los Aliados victoriosos, los enemigos del Régimen Hitleriano, marcharon adelante. Y estábamos en el servicio del régimen Hitleriano. Ellos estuvieron obligados a dañarnos, si pusieran las manos sobre nosotras; y ellos estuvieron obligados a poner las manos sobre nosotras, cuando éstabamos en el terreno. Usted vino de su propio libre albedrío, desde el otro costado de la Tierra, a mostrarnos la simpatia y animarnos después de 1945, sabiendo que riesgo usted corría.

Y usted es ahora un cautivo como nosotros, cuando podría haber sido libre. " "Realmente no deseo ser libre, cuando la mayor parte de aquellos a quienes tanto admiré están muertos o en la prisión," contesté, sinceramente. "Además, hasta en el mundo exterior más allá de las barras y puertas de la prisión, no hay ninguna libertad para ninguno de nosotros, desde 1945. Dondequiera que vayamos, parece una cárcel a un grado mayor o menor. La única ventaja que uno tiene, cuando uno no está realmente en custodia, consiste en que uno puede, directamente o indirectamente, hasta el punto de la capacidad de uno mismo, participar en actividades apuntadas, por último, a la resurrección del régimen Hitleriano - de nuestro mundo. Cuando yo sea libre una vez más, es lo que haré otra vez; pero con menos torpeza que esta vez, y, espero, sin ser agarrada nuevamente. Puesto que sin reclamar 'el derecho' de ser libre, cuando los otros que comparten mi fe estan presos, quiero permanecer útil, si posiblemente puedo. Aquí, mi mayor tormento es sentirme inútil - tanto más de modo que no me permiten siquiera estar con ustedes en el ala D."

"Pero usted escribe un libro, H. E. me dijo, un libro sobre la Alemania de hoy. Será útil," dijo L. M.

"Quizás, en el futuro," contesté. ¿"Pero cuándo? Ahora, inmediatamente, aquí, no puedo hacer nada - ni siquiera intercambiar opiniones con ustedes, mis compañeros, gracias al Gobernador, que, parece, está con miedo que yo 'corrompa' a todos ustedes, y que ha pedido que yo deba permanecer entre los criminales ordinarios, la mayor parte de los cuales son demasiado estúpidos para ser Nacionalsocialistas. Pero he hablado suficiente de mis aspiraciones y agravios. Dígame algo sobre ustedes."

L. M. me dijo que ella había sido la jefa de un pequeño Arbeitslager - un campamento de trabajo - donde las quinientas o seiscientos presidiarias eran sobre todo Judías. Tres de éstas habían muerto, de muertes absolutamente naturales, durante su administración. Pero en 1945, cuando los Aliados habían tomado posesión del lugar, con sus prejuicios deslumbrantes a favor del "perseguido" "pueblo de Dios" y contra toda clase de "monstruos Nazis," varias de las Judías la habían acusado de haber, indirectamente, causado la muerte de aquellas tres, por un descuido que sólo podría tener sus raíces en el odio racial (ella siendo una alemana y un miembro activo

del N.S.D.A.P.) . Los jueces Aliados - que hablaban - solamente inglés habían escuchado sus agravios a traves de las traducciones de intérpretes, que eran todos Judíos, como en todos aquellos procesos "de crimenes de guerra". Y ellos creyeron en aquellos ultimos - pues prejuicio y credulidad van de la mano. Sin embargo, cuando algunos presidiarios del campo, menos fanáticamente antinazis o quizás más Temerosos de Dios que los demás, habían hablado en su favor, declarando que las tres mujeres habían muerto a pesar de la asistencia médica adecuada y sin haber sido maltratadas, ella fue simplemente condenada a encarcelamiento de cuatro años (además de los dos años que ella había pasado ya en un campo de internamiento antes de su proceso final). Considerando la remisión habitual de un cuarto de la pena de alguien, ella esperó ser libre en 1950, y comenzaba no a contar los meses, sino incluso las semanas y días.

"Ya que esto es una vida triste," dijo ella, hablando de la rutina cotidiana en Werl después de 1947 o el final de 1946. " Despertamos; trabajamos - siempre el mismo trabajo; tejiendo, en nuestro caso - comemos; trabajamos otra vez; dormimos; y comenzamos la misma cosa al día siguiente, y el día después, y cada día, durante semanas, meses, años. Nos permiten escribir a nuestras familias sólo una vez al mes. No podemos escribir ninguna otra carta, o algo más. No nos permiten tener cualquier papel y lápiz - sin mencionar pluma y tinta - en nuestras celdas. Nos dan, si queremos, un libro por semana para leer. Pero es generalmente algo tan embotado, o tan infantil, que es igual que no leer nada. Hemos olvidado lo que la vida intelectual significa; que, de hecho, es lo que la vida humana significa. "

Imaginé para mí esa monotonía insensata, desesperada, durante meses hasta el final - "suficiente para volver a uno loco," pensé. Yo no podía menos que avergonzarme un poco de aquel privilegio que me permitan escribir, que era tan importante para mí, y que debí completamente a la compasión patriótica del personal alemán. No dieron a ellos, mis camaradas, en cautiverio después del final de la guerra, y alemanes, aquella alegría de expresarse ellos mismos en el papel más bien que nada. ¿Qué había hecho yo para merecerlo? Nada. Esto era un favor puramente gratuito que el personal - y especialmente Frau Oberin y la Oberwachtmeisterin - me habían hecho. Me sentí infinitamente agradecida por ello y, al mismo tiempo, como dije, un poco avergonzada.

Y yo no podía menos que admirar la alegría serena de L. M. - y especialmente aquella de Frau S. No dejé a ésta última saber que yo había oído ya de ella y de su sentencia. Pronto me lo dijo ella misma: "estoy aquí de por vida." Y aquellas palabras, viniendo inmediatamente después de la evocación sombría de L. M. acerca de la rutina de prisión, sonaron - dolorosamente trágicas tanto más aun, quizás, pues ellas fueron pronunciadas con una voz desapegada, tranquilamente, casi por causalidad. Me estremecí cuando las oí - a pesar de que el destino de la mujer me era conocido ya.

"Usted no permanecerá aquí toda su vida," dije, con mis ojos fijos sobre la cara dulce de aspecto joven. "Tómelo de mí: las cosas cambiarán; las cosas cambian ya. Esta gente será obligada a liberarle más pronto de lo que ellos piensan. Serán obligados a aplacar a todos nosotros, cada vez más, cuando ellos se pongan más y más temerosos de los Comunistas."

"Sólo puedo desear que usted tenga razón," contestó Frau S., simplemente. "Ya, por toda esta persecución, mi vida ha sido arruinada: mi marido que me amó mucho, y a quien todavía amo, ha pedido su divorcio, abogando que, como una esposa, estoy tan bien ahora como muerta para él. No le culpo; pero a veces me siento deprimida sobre mi destino." Pensé: "nuestros opositores hipócritas nos reprochan de ser 'insensibles' sobre 'las tragedias domésticas que podrían ocurrir como una consecuencia de la aplicación de nuestro programa. Aquí está un caso para que ellos mediten al respecto - un caso que demuestra que ellos no son

mejor de lo que somos, en este sentido, sin tener la justificación de nuestros motivos más elevados." Pregunté a la mujer que edad ella tenía.

"Cuarenta y cuatro," dijo ella.

"Somos de la misma edad. Tendré cuarenta y cuatro el 30 de septiembre," contesté. ¿"Pero no gustaría usted decirme cómo llegó a ser condenada por 'esta gente'? Usted sabe quién soy. Usted sabe de ante mano que nunca le culparé."

"Yo me culpo, en un modo, ya que soy cristiana," dijo Frau S., a mi asombro. "Y aún no sé si este no era el mejor curso para tomar. No sé que pensar . . . Hay tantos problemas implicados en todo esto." Y ella me contó su historia.

Ella era una hermana laica y había sido, como tal, puesta a cargo una casa de niños que la dirección de la gran empresa de motores, Volkswagen Werke, había establecido cerca o dentro del local de la fábrica, para los hijos de los trabajadores forzados extranjeros - prisioneros de guerra o civiles deportados. Ya que ese esperaban muchos niños desde el día que los gerentes habían permitido que trabajadores de ambos sexos se juntaran los unos con los otros.

"Mientras ellos permanecieron separados, cada sexo encajonado así, todo estaba bien," dijo ella. "Luego, tan pronto como esta restricción fue quitada, el problema comenzó, y tuvimos que enfrentarnos con ello."

¿"Por qué 'tuvo que quitarse'? perdoneme por interrumpirle," pregunté. "No puedo ver por qué la regla de mantener a los hombres aparte de las mujeres fue revocada alguna vez, en primer lugar. ¿Los gerentes de Volkswagen Werke sufren de aquella creencia que los Demócratas llaman 'el derecho de cada individuo a la felicidad sexual'? Espero que no."

"No; no era eso," explicó Frau S. "Esto era un mero asunto de la psicología de masas aplicada a la economía. Los gerentes habían averiguado - o les fue dicho - que los hombres trabajarían automáticamente más duro, y producirían más, si les permitieran el libre acceso a las mujeres después de horas de trabajo."

"Eso está bien," concordé. "Pero entonces, debería haber sido hecha una regla estricta que las mujeres serían examinadas con regularidad y que, tan pronto como una fue encontrada embarazada, ella debía ser hecha abortar inmediatamente. Entonces, todo el problema habría sido evitado desde el principio."

¡"Habría sido horrible!" gritó la amable Frau S. genuinamente sobresaltada, "el Aborto es un delito."

Ya no fui sorprendida, ahora que ella me había dicho que era una Cristiana sincera. Sólo me pregunté un poco como, siendo un partidario tan entusiasta de la creencia en el valor igual de todos los seres humanos, ella había ocupado aquel puesto responsable suyo . . . Sin embargo, conservé aquel pensamiento para mí, y simplemente contesté su muy cristiano comentario con mi cinismo pagano natural.

¡"Un delito!" dije. "Hay circunstancias en las cuales tales 'delitos' son la única cosa razonable de hacer. Yo debería haber solucionado así el problema de bebés de una vez para siempre en caso de todas las mujeres extranjeras deportadas a Alemania - hasta en caso de todas las mujeres alemanas internadas en campos de concentración, salvo cuando el padre del niño resultó ser de estirpe aria irreprochable. Las autoridades del Tercer Reich tenían otras cosas

que hacer, en tiempos de guerra, que ser molestadas con 'problemas' resultado de las actividades sexuales de antinazis."

L. M. sonrió. Incluso Frau S. sonrió, de alguna manera, a pesar de sus sentimientos cristianos. "Usted habla como los más radicales entre nuestra gente solian hacer, en los días de Hitler," dijo ella, dando vuelta hacia mi. "Uno nunca creería que usted no fue criada en una atmósfera Nazi. ¿Qué le hizo tal cual usted es?"

"El hecho que soy - esencialmente griega no simplemente por la nacionalidad, sino en el espíritu; en el sentido eterno de la palabra, que tantos griegos ya no lo son, por siglos; esencialmente aria, en la sangre y en el alma, que tantos europeos ya no lo son," contesté; "el hecho que, a pesar de una educación profundamente cristiana, aun cuando niña, nunca he sido impresionada - sin mencionar - influida por el mensaje del cristianismo (perdóneme si yo hiriera a usted diciéndole así)."

"Usted no me hiere," dijo Frau S. suavemente. "Sólo me parece extraño. Fui criada en una casa Cristiana y 'burguesa'. Y eso ha permanecido como la influencia guia en mi vida, hasta este día."

"Bien," dije, no deseando ahora mismo hablar de nuestras filosofías contrarias, "¿qué pasó cuándo los gerentes de Volkswagen Werke decidieron que ellos cargarían con los niños de los trabajadores forzados? Estoy interesada en esto, no sólo porque eso terminó tan lamentablemente en la destrucción de la vida de usted, sino también porque esto echa luz sobre el espíritu que existió entonces, en Alemania, incluso entre la gente cuya adhesión al Nacionalsocialismo no podía ser cuestionada."

"Cuando los niños comenzaron a nacer," prosiguió Frau S., "una casa moderna bien provista, cómoda fue abierta para ellos en la iniciativa de las autoridades de la fábrica. Una enfermera calificada, experimentada, y tierna hacia los niños fue buscada para tomar cargo de ello, y fue mi destino ser seleccionada entre las candidatas al puesto.

Todo continuó bastante suavemente mientras, a pesar de la tensión creciente de la guerra total, las condiciones relativamente normales podrían ser mantenidas respecto a la comida de los niños. La verdad es que las madres nos dieron bastantes problemas, a veces. Usted no tiene ni idea que degradado tipo algunas de ellas eran - sucias, ladronas, y consumadas maestras en mentir. Empleé tantas como yo podía de ellas en la casa recién construida. Uno pensaría que ellas tendrian cuidado de sus propios niños al menos con tanta consciencia como las enfermeras pagadas lo hicieron. Pero ellas no lo hicieron. Ellas amamantarían a los niños, es verdad, pero practicamente era todo lo que hacian. Encontramos a los niños en un estado asqueroso siempre que los dejáramos en custodia de cualquiera de aquellas mujeres por cualquier longitud de tiempo. Y además de esto, las mujeres solían robar - no por necesidad, sino de rapacidad; robar casi todo sobre lo que ellas podrían poner sus manos, a condición de que esto tuviera un valor comercial y luego, mentir, para exonerarse. Los instrumentos médicos solían desaparecer del hospital de niños; todas jurarían que ellas no sabían donde estaban hasta, un día, algunos de estos serían encontrados escondidos en algunos colchones femeninos. ¡Entonces, las sospechosas jurarían otra vez "por la Madre santa de Dios" y todos los santos, que ellas no tenían la idea más ligera respecto a cómo los objetos inanimados habían abierto su camino allí! He dado palmadas a algunas de aquellas criaturas, a veces, tanto ellas solían irritarme robando, y luego tomando como ellas hicieron el nombre de Dios en vano. "

Automáticamente, cuando oí esto, recordé en mi mente como tantas mujeres europeas que yo había encontrado en el Oriente se habían quejado a mí de sus Annamites, malayos, o criados indios de castas inferiores: "las dos cosas de las que uno nunca puede curarlos, es robar y mentir," ellas solían decir. "Usted los agarra flagrante, y de todos modos ellos le dicen que 'no saben' como sus billetes de banco, su reloj o sus cucharas de plata han encontrado su camino en sus bolsillos." Ahora pensé: ¡"uno no tiene que salir de Europa para encontrar una picardía similar!"

¿"Quiénes eran estas mujeres?" pregunté; ¿"rusas? ¿Polacas?"

"Ellas eran mujeres de prácticamente todos los países de Europa del Este," contestó Frau S. "rusas y Polacas, sin duda, pero checas también. Y las checas y las polacas eran las peores, por lo que puedo decir."

Y ella prosiguió su narración: "a pesar de todo, las cosas continuaron no demasiado mal, debo decir. Los niños eran sanos y felices, aunque, como su número siguió constantemente aumentando, el problema de su alojamiento se hizo cada vez más difícil. Finalmente, tuvimos que apiñar a veinte de ellos en pequeños dormitorios planeados para no más de seis, u ocho.

No había ningún lugar para ellos. Y las condiciones se hacían peores cada día; la comida era más escasa; y vivíamos bajo la amenaza continua del bombardeo. De todos modos nos sostuvimos. Las madres - quienes se hacían cada vez más molestas cuando se ponía más obvio que las cosas tomaban un giro malo para Alemania - estaban al menos todavía en el lugar. Ellas siguieron amamantando a los pequeñitos; y mantuvimos a los demás en una bastante buena condición con la comida "sucedánea".

Las cosas se pusieron serias cuando las mujeres tuvieron que ser devueltas a sus respectivos países. La mitad de ellas simplemente se negó a llevar a sus niños consigo, extraño como esto puede parecer. Ellas no sabían siquiera quiénes eran los padres de los niños. Y por lo visto, consideraron que la carga de la maternidad no ayudada era más de lo que podrían soportar, en la nueva vida incierta en la cual estaban siendo lanzadas ahora con los riesgos de la guerra. Dirigimos la casa, atestada de niños no deseados, sin ayuda, durante semanas, entre las condiciones espantosas que prevalecieron inmediatamente antes de la Capitulación. La comida era más y más escasa; la leche, no era disponible. La salud de los bebés comenzó a declinar con los sustitutos que les dimos. Los mayores apenas iban mejor. La enfermedad se impuso. La medicina era tan escasa como la comida. Faltaba el espacio. Era imposible para nosotros aislar a los niños enfermos de los todavía sanos. A pesar de un poco de cuidado que podríamos dar y les dimos realmente, muchos murieron. Pero el tiempo pronto llegó cuando el único destino posible de esperar para los pequeños era la muerte, de todos modos - muerte del hambre, si no de la enfermedad. Como le dije, su salud se había deteriorado tan pronto como la partida de sus madres los había privado de su comida natural y acostumbrada. Ahora, hasta los sustitutos que solíamos darles ya no estaban disponibles. La confusión y el terror prevalecieron en todas partes. El bombardeo nunca cesó - ese bombardeo inaudito, del cual muchos, en Alemania, han tratado seguramente de describirle la furia infernal, que realmente ningunas palabras pueden representar. La alternativa ante nosotros ya no sería salvar a aquellos pocos niños que sobrevivían o dejarles morir, sino, permitirles morir una muerte dolorosa, después de días de sufrimiento, o . . . permitirles morir sin causarles dolor, inmediatamente . . . "

Recordé en mi mente un episodio de mi propia vida que me había rondado mucho tiempo. Esto había ocurrido años antes - en agosto de 1930, exactamente. Un día, entonces, mientras yo andaba a lo largo de una calle de Atenas, mi atención había sido llamada por unos maullidos lamentables, y yo había descubierto pronto en un basurero, entre cenizas, trozos de loza rota y

montones de restos de cocina podridos, tres gatitos recién nacidos que alguien había lanzado allí para morir. Nunca pude olvidar la impresión que esto hizo sobre mí. Esto fue en una de aquellas calles en el Monte Lykabettos desde el cual puede verse prácticamente toda Atenas, con la Acrópolis en la distancia, y, más adelante todavía el azul profundo del sonriente, mar brillante. Recogí a los tres gatos bebé y miré fijamente a ellos durante un minuto. Sus ojos estaban cerrados. Sus tres bocas rosadas diminutas se abrían con regularidad en un maullido débil, agudo de hambre. Sentí en mis manos el contacto de su piel blanca y negra joven lustrosa. Y levantando mis ojos hacia el distante milagro de mármol que el mundo entero admira, yo había comprendido más vivamente que alguna vez que el milagro diario de la vida era algo aún más grande todavía. Y las lágrimas habían llenado mis ojos al pensar en la paciente maestría impersonal de la Naturaleza que había evolucionado, desde un germen, aquellas tres bolas de piel vivas, maullantes. De no haber sido por algún ser humano desgraciado - a quien maldije dentro de mi corazón, entonces y después - que los arrancó de su madre, ellos podrían haberse convertido en tres gatos hermosos. . .

Pero ellos habían sido sacados de su madre y lanzados en el basurero. Yo no podría hacer nada para deshacer aquel hecho. Ellos eran demasiado jóvenes para ser alimentados artificialmente, y además, yo era el invitado de alguien, y no podía forzar posiblemente a tres gatos sobre mi anfitriona, que ya tenía dos. Yo no podía dejarlos allí para morir. Oí aquel maullido desesperado del hambre, incesantemente. Si yo los dejara allí, esto seguiría durante cuatro días, cinco días, una semana, quizás, más y más debil hasta que las pobres pequeñas criaturas lustrosas no maullaran más. Yo no podía permitir esto. No había, entonces, en Atenas, a mi conocimiento, ninguna 'Sociedad para la protección de Animales' a la cual yo podría llevarlos para sin causarles dolor ponerlos a dormir, como yo tendría en Londres. Había sólo un modo de acabar con su hambre y miseria, y sería matarlos yo misma, tan rápidamente y sin causar dolor como yo podría. ¡Dios solo sabe cuánto amo a todos los animales, sobre todo los gatos! Aún asi, esta era la única cosa que yo podría hacer para aquellos gatitos en esa circunstancia.

Los llevé a mi cuarto, y allí, por última vez, los miré, estando en mi mano; tres cabezas redondas, lustrosas; tres cuerpos peludos sanos; gatos potenciales. Yo habría dado cualquier cosa para ser capaz de salvarlos. Pero sabía que yo no podría. Era inútil pensar en ello. Con lágrimas corriendo por mi cara, por última vez besé las pequeñas cabezas redondas sedosas; y recé dentro de mi corazón: ¡"Tu Quién con paciencia ha traido existencia a ellos, Señor de toda la vida, perdoname! - pues Tu sabes por qué hago esto. ¡Y golpea al hombre que tiró a estas criaturas para morir en la miseria!" Entonces puse a los gatitos recién nacidos en el fondo de un receptáculo, vertí un balde entero de agua sobre ellos, cubrí el receptáculo, y me marché . . .

Durante días, durante semanas, su último maullido me había perseguido. Esto era mejor - mucho mejor - que aquella agonía larga en el basurero que ellos habrían sufrido si yo los hubiera dejado allí. Pero de todos modos, esto me había perseguido; esto me persiguió ahora mismo, después de veinte años, cada vez que pensé en el episodio deplorable. Comprendí que Frau S. que parecia ser un Cristiana amó a todos los seres humanos - incluso los hijos de nuestros opositores; enemigos potenciales - tal como yo amo a todos los animales. Y entendí sus náuseas de la conciencia. Mi primer impulso era relatarle el episodio del gatito y decirle que ella era, desde el punto de vista humanitario más estricto tan inocente como yo había sido durante aquel día horrible del agosto de 1930. Pero cuando reflexioné, guardé silencio sobre ello: esto sólo, pensé, daría ocasión a una discusión sobre el valor respectivo de la vida humana y de animal en la cual ella y yo nunca podríamos estar de acuerdo; una discusión en la cual su perspectiva eminentemente centrada en el hombre, igualitaria, cristiana, vendría en conflicto una vez más con la mia centrada en la vida, jerárquica, como estas habían hecho durante siglos. Esto sólo causaría que yo le dijese a ella que los potenciales opositores valian

seguramente menos para mí que las potenciales criaturas indiferentes, sobre todo si éstas últimas eran hermosas. Y esto era inútil, ya que yo no podría convencerla más de lo que ella podría convencerme; y quise evitar hacer daño a ella.

"Usted hizo todo lo posible," simplemente le dije; "y aquellos que, después de crear las condiciones con las cuales usted fue afrontada en 1945, han tenido la impudencia para condenarle, son mentirosos e hipócritas."

"Usted tiene razón," confesó L. M.; "usted tiene razón . . . aunque esto fuera una alternativa triste. . ."

"Debo decir que, horribles como ellos eran en la guerra, los Aliados no eran los únicos para culpar," dijo Frau S. "mencioné las dificultades que tuvimos que afrontar debido al aumento del número de niños. Bien, es verdad que, si éstos habrian sido niños alemanes de pura sangre en vez de dios sabe que mezclas de todas las naciones representadas entre las escuadrillas de trabajos forzados de 'Volkswagen Werke', el Kreisleiter habría hecho esfuerzos de enviar a alguien para inspeccionar nuestra 'casa' de vez en cuando, y algo habría sido hecho de modo que no debiéramos haber sido obligados a acomodar a veinte niños en el espacio planeado para seis. Tal como las cosas sucedieron, no enviaron alguna vez a nadie."

"Es simplemente natural que un Estado - y sobre todo un Estado en guerra - debiera ser más penetrante en el bienestar de sus propios ciudadanos que en aquel de la 'prole no deseada' de sus enemigos", dije. "Usted debería culpar a las madres de los pobres desgraciados por no llevarlos con ellas, y no al Kreisleiter por no preocuparse sobre ellos. Seguramente, él tenía mejores cosas que hacer."

¡"Otra vez, estoy asombrada al ver cuanto usted se parece a cualquiera de nuestros extremistas!" me comentó Frau S. ", los niños - cualquier niño - estan, primero que todos los seres humanos."

Yo no era menos asombrada por encontrar a un llamado "criminal de guerra" con una perspectiva tan igualitaria.

"Puedo confesar, como máximo, que, aparte de cualquier principio, usted compadeció a aquellos niños desafortunados, - quienes, como he dicho ya, nunca deberían haber nacido, en primer lugar," contesté. ¡"Pero encuentro difícil de reconciliar los principios que usted parece sostener con aquellos expresados en Mein Kampf!"

A mi asombro adicional y completo, Frau S. contestó: "nunca he leído Mein Kampf." Realmente, yo no sabía que pensar. Sentí como si soñara. ¡"Qué!" exclamé; ¡"usted, una alemana, y, con toda probabilidad, un miembro del Partido! ¡Usted, que tenía el privilegio de crecer en medio de la lucha para el poder, y pasar los años más finos de su vida bajo el Régimen Nazi! ¡Usted, que indudablemente ha saludado al Führer en aquellas reuniones de masas solemnes del tiempo que nunca he visto! . . . ¿Como podría no haberse sentido impulsada a leerlo, al menos de curiosidad - para entender el milagro que ocurría en todas partes alrededor de usted; para saber quién era aquel Hombre que había levantado Alemania de la muerte a la vida?"

"Yo no era, entonces, consciente del enorme significado de la revolución Nacionalsocialista," dijo Frau S.; "yo había vivido a traves de ella, separada de ella por mi fe cristiana heredada y por mi tranquila vida 'burguesa'; yo había entendido sólo la exterioridad de ello, y me había adherido a ello, nominalmente, sin saber lo que yo había hecho. Si yo lo habría estudiado -

como en efecto yo debería haber hecho - entonces, yo me habría hecho un verdadero Nazi como usted, o si no me habría aferrado a mis valores cristianos bastante fuertemente para rechazar colaborar activamente con el nuevo régimen. Ahora - y quizás más que alguna vez hoy, después de conocerle - sé que uno no puede ser tanto Nazi como Cristiano. Yo no lo sabía en aquel tiempo. Yo no sabía qué era el Nacionalsocialismo."

Pensé en esta mujer, encarcelada de por vida por haber actuado como el partidario de una Idea en la cual ella no creyó, como el partidario de principios que ella realmente condenó; o mejor dicho, simplemente por haber obedecido órdenes dadas por alguien que se supone habria sostenido aquellos principios. "Un mártir sin fe," pensé. Y me pareció que este era casi el destino más trágico que yo podría imaginar.

"Muchos de nosotros, temo, no sabían que es el Nacionalsocialismo, tanto entre aquellos que apoyaron el Movimiento como entre aquellos que lucharon contra ello," dijo L. M. "Nuevas ideas - o muy viejas, como usted dice, pero abandonadas durante siglos y por lo tanto de aspecto nuevo, necesitan tiempo para echar raíces en una consciencia nacional, a menos que un poco de agitación trágica obligue a la nación a despertar a su llamado. Normalmente, si no habría habido allí ninguna guerra, ningún desastre, habríamos necesitado cincuenta años para hacernos Nacionalsocialistas completos. Pero ahora, la ocupación nos hará a todos nosotros así en cinco. En cuatro, esto ha logrado ya girar a miles de alemanes hacia Hitler que, antes, eran meros partidarios tibios, o hasta opositores, del régimen nazi. Y mientras más largo esto durará, y más tratará de forzar la Democracia sobre nosotros, más logrará por último unir a todos nosotros bajo la bandera de la Esvástica, independientemente de las que podrían haber sido nuestras convicciones en el pasado."

"Es alentador," dije.

Entonces, hablamos de otras cosas, en particular, de India. Frau S. me pidió explicar cual era exactamente el punto de vista religioso de Gandhi, yo hice todo lo que posiblemente podría; mientras L. M. me preguntó si yo me hubiera encontrado alguna vez con Subhas Chandra Bose, el líder indio que, durante la guerra, había sido lider del Zentrale freies Indien, en Berlín, y que, de vez en cuando, había hablado en la radio. Ella estuvo agradablemente sorprendida al oir de mí que yo le conocía personalmente, y que fue mi marido quien le había presentado a las autoridades japonesas en colaboración con quienes él debía organizar, más tarde, "el Ejército indio libre" en Birmania. Yo tenía muchas ganas de decir a mis nuevas amigas algo del imperioso papel desconocido que mi marido había jugado en servicio del Eje en el Oriente. Pero no lo hice. Antes de marcharme de India, yo había prometido no hacerlo.
El tiempo pasó. Tendríamos que separarnos pronto. "Espero que nos encontremos pronto otra vez," dijo L. M., cuando le dije cuan alegre me había hecho su visita. "Le he decepcionado, sé," dijo Frau S.; "pero le he dicho la verdad sobre mí."

"Usted ha sufrido más que yo - y más que muchos de nosotros - para la causa que amo. Por lo tanto le amo," contesté.

El mártir sin fe me miró tristemente, y sonrió.

Durante la mañana siguiente, H. E. vino, como de costumbre. Le dije la impresión que había recogido de mi primer contacto con otras de las prisioneras del ala D aparte de ella o H. B. "L. M. es en efecto un carácter fino," concordó ella. "Ella ha sido mi compañera durante 'la hora libre' desde que ha estado aquí. Frau S. es también una persona adorable, pero es tan cristiana que no es autentica. Eso influye en toda su perspectiva; y ella no puede reconocer ninguna

verdad que choca con la enseñanza de la Iglesia. No tenemos ningún tiempo para esta enseñanza obsoleta. Es Yídish, de todos modos; ¿no es asi?" Y ella añadió: "me gustaría tanto tener una conversación larga con usted sobre la religión, un día. Me gusta su actitud." ¿"Puede usted venir esta tarde?" pregunté. "Es domingo hoy."

"No. Frau Oberin no está. Tendremos que esperar hasta el final de semana. Le pediré que me enve con usted el próximo domingo. Los sábados por la tarde, trabajo en el hospital tal como los otros días."

Y en efecto, el domingo, 1 de mayo, ella vino, no por la tarde y con L. M., como yo había esperado, sino después de la cena, cuando se supuso que todas las celdas estaban cerradas por la noche, y sola, que era aun más irregular. A dos presos solos, - por motivos que uno fácilmente adivina - nunca les permitieron ocupar la misma celda.

Yo había conservado para H. E. el chocolate y el budín y uno de los dos panecillos con pasas que yo solía recibir para la cena los domingos por la tarde. "Tenemos amplio tiempo para hablar," dijo ella, sentándose sobre mi cama después de que habíamos saludado la una a la otra. "Fräulein S. dijo que ella no vendría para recogerme antes de las ocho." Fräulein S. era la ayudante de Frau Oberin, que había recibido claramente instrucciones para arreglar nuestra reunión en ausencia de Frau Oberin misma.

"Frau S. estuvo tan contenta de conocerle; usted le gustó debido a su sinceridad," dijo H. E. mientras la miré con placer, comiendo las cosas buenas; "ella me lo dijo en el cuarto de recreo. A L. M. le gusta usted aun más. Ella quiere volver aquí conmigo, el domingo después. Frau H. también quiere muchísimo venir; fuimos condenadas juntas en el proceso de Belsen, y ahora ella trabaja en el Hospital, conmigo. Ella es genuina. Usted podría confiar en ella."

"Me encantaría conocerla," dije. "Yo adoraría conocer a todos aquellos que son genuinos. Pienso que usted debería venir un domingo con uno de ellos, y en el siguiente con otro. Así, yo llegaría a conocer a todos ellos. Yo contemplaba incluso asistir a los servicios de la Iglesia los domingos por la mañana a fin de encontrarme con usted y los demás. Pero reflexioné que sería probablemente inútil. Indudablemente no me permitirían sentarme cerca de usted, sin mencionar hablar a usted después del servicio. Entonces prefiero ser consecuente y no ir. De hecho, Frau Oberin me sorprendió cuando ella me dijo que todas ustedes van. ¿Usted, realmente va?"

"Aparte de Frau S. y quizás uno o dos otros, salimos del aburrimiento absoluto," dijo H. E. ¿"Quién quiere oír las tonterías qué el sacerdote nos dice? Pero no tenemos nada para hacer en nuestras celdas, y las mañanas del domingo son largas."

H. E. apartó el plato en el cual ella había estado saboreando mis natillas y mermelada de albaricoque. ¡"Estuvo encantador, y le agradezco realmente!" dijo ella, interrumpiendo durante un minuto el hilo de sus pensamientos. Entonces, reanudando su crítica de la Iglesia y de su enseñanza, ella prosiguió: " Usted no tiene ni idea cuan tonto, por ejemplo, toda esa conversación sobre la resurrección de los muertos me parece. Oímos esto de nuevo el Domingo de Resurrección. Y en un mes más o menos, ellos nos dirán como Jesús resucitado se acercó al cielo ante no recuerdo cuantos testigos oculares todos sumamente confiables. ¡Tales babosadas ! francamente le digo: prefiero mucho su adoración del Sol como la Fuente visible de toda la vida en la Tierra. Eso lo puedo entender, ya que yo puedo ver y sentir el Sol. Pues para adorarlo, - y Vivirlo - se debe saber lo que uno adora. Es natural y lógico. En efecto, toda mi vida he sentido así. Nunca realmente he tenido ningún uso para el cristianismo, y no solí ir a la iglesia aun durante días festivos, cuando yo era libre. Había, entonces, de todos modos,

bastantes solemnidades del Partido para sustituir las cristianas ventajosamente. Nunca necesité a otras. Pero repito: Completamente concuerdo con usted que, si uno debe tener alguna religión en absoluto, la religión de la gloriosa Vida viviente - de la Naturaleza; de la tierra y del Sol el es la única que yo animaría. "

Recordé la expresión "fiel a la Tierra" con la cual Nietzsche ha caracterizado cualquier religión eterna, cualquier filosofía que no es meras palabras. Citando al profeta del Superhombre, yo había aplicado aquella expresión a la Religión del Disco de tres mil trescientos años del Rey Akhnaton, cercana de ser la forma más racional de adoración al Sol propuesta en la Antigüedad además de la religión aria de los Vedas con el cual, según algunos eruditos, está indirectamente relacionada 1

1 sir Wallis Budge. Ver Tutankhamen . . . etc. pps, 114-115.

Extraje de mi armario una copia del libro Un Hijo de Dios que yo había publicado acerca de aquel culto antiguo y su Fundador. "Comencé a escribir esto en India en 1942, cuando yo todavía creía que ganaríamos esta guerra," dije; " cuando esperé que el Ejército japonés tomara Calcuta cualquier día, y el Ejército alemán pudiera abrir su camino a traves de Rusia y Alta Asia, y los dos pudieran encontrarme en Delhi imperial; cuando creí que el mundo sería nuestro pronto. Pensé que, estado como estuve inmovilizada lejos de todos los campos de la acción directa, lo segundo mejor para mí sería preparar en silencio la tierra para la nueva religión de la Vida destinada para ir de la mano con nuestro Nuevo Orden Mundial. Y, encontrar en la Antigüedad un prototipo simple y atractivo de ello era sin duda mucho mejor que presentarlo como algo 'esencialmente nuestro'. Nadie es prejuicioso contra la Antigüedad; mientras muchos lo son contra nosotros. Pero sería algo 'esencialmente nuestro' sin embargo, independientemente de la luz en la cual yo podría presentarlo. Y con un poco de publicidad imaginé que la gente del Occidente podría tomarle; ellos comenzarían al menos a encontrar el cristianismo embotado, irracional, hasta barbárico, comparado con ello, mientras los Habitantes del Oriente verían en ello algo tan hermoso como sus religiones inmemoriales. Y previendo que, en cualquier lado que ellos lucharan entonces, la mayor parte de las personas se sentirían probablemente cansadas de todas las guerras cuando ésta hubiese terminado, deliberadamente puse acento sobre el carácter pacífico de la religión antigua de Akhnaton. No, porque yo la admire debido a esto, - mejor dicho, de hecho, la admiro a pesar de esto. Pero parecería agradable, - pensé. Era lo mejor que yo pudiera hacer en la forma de propaganda anticristiana sutil a una escala mundial, después de haber luchado contra la influencia tanto del cristianismo como del Islam en India, todos aquellos años. Esto mostraría a la gente una forma realmente admirable de adoración que tenía todas las cualidades paganas y todas las cristianas también excepto aquella irracionalidad y alejamiento del mundo que, en general, hoy día, a ellos no les gusta en particular, de todos modos - todas las cualidades cristianas incluso amor y benevolencia.

Excluí la política, - naturalmente. Evité cuidadosamente todas las alusiones que podrían haber conducido al lector a adivinar cual yo tenía. Sólo en el último capítulo dije, un par de veces, que la religión de la Raza, en su forma verdadera, y la religión de la Vida, eran lo mismo, y que sólo por una falsa idea de ambas podría uno separarlas. Lamentablemente, aquella declaración de unas líneas, de las cuales no noté la no aparición cuando leí las pruebas, fue misteriosamente sacada del libro publicado, como si, ante los ojos del editor de Londres, incluso eso excedió los límites de lo que podría ser tolerado en una escritura en 1946. Como consecuencia, un párrafo entero parece significar algo completamente diferente de lo que yo había querido. Pero el hecho permanece que todavía creo eso que yo había declarado, al principio, y que lo repetiré, un día. El hecho permanece que mi esfuerzo incesante para combatir la influencia perniciosa del

cristianismo como es representado por las Iglesias, y cualquier cosa que he dicho o escrito en apoyo del culto al Sol, que es el culto de la Vida, todo iba para preparar el trasfondo religioso de nuestro Orden mundial Nacionalsocialista, del cual el prototipo no es ninguno más, sino el eterno Orden de la Naturaleza. "

"Lo que usted dice ahora," dijo H. E. "yo siempre sentí. ¡Ah, qué lastima que usted no estaba aquí durante los grandes días! Pero dígame más sobre aquel Faraón de quien usted ha hecho un estudio tan especial. Él me interesa." Y mirando la portada del libro, que representó al Rey Akhnaton, ella añadió: "recuerdo su cara. Lo he visto en la galería egipcia en el Museo de Berlín."

Le dije en pocas palabras lo que yo sabía de la tentativa fracasada del "antiguo Rey del Sur y del Norte, Vida en la verdad" para sustituir la otra religión mundana tradicional de Egipto, llena de simbolismo oscuro intrincado y centrada alrededor del misterio de la muerte, por el culto alegre simple de la Energía cósmica - de ese que él llamó "el calor y la luz dentro del disco" - hecho visible y tangible en los rayos del Sol.

Le expliqué, citando un par de textos, como la idea de la equivalencia de todas las formas de la energía, no menos que aquella de la identidad fundamental de energía y materia, fue implicada ya en su enseñanza. Y finalmente, me puse a acentuar que él había entendido indudablemente que tal perspectiva ante el mundo implicó el reconocimiento de la diversidad natural y la jerarquía de seres humanos no menos que de otras formas de la vida, como algo ordenado por Dios, hermoso y deseable. Y le recité las tres líneas del Himno más Largo de Akhnaton al Sol, que he citado tan a menudo durante los diez años pasados:

"Tu has puesto a cada hombre en su lugar,
Tu los has hecho diferentes en la forma y en
discurso, y en el color de sus pieles;
Como un Separador, Tu has dividido a la gente extranjera. . . "

"Las diferencias divinamente ordenadas, la expresión de la voluntad impersonal del Sol, sólo pueden ser mantenidas, mas aun, aumentadas, según el objetivo más alto de la Creación que es desarrollar tipos perfectos, si cada raza es mantenida pura," dije. "Y por eso, a sabiendas o inconscientemente repitiendo la sabiduría de siglos, un gran alemán de hoy, colaborador cercano del Führer ha escrito: 'sólo en la sangre pura Dios reside'."
¿"Quién escribió esto?" preguntó H. E.

"Heinrich Himmler, en el hermoso epitome de la filosofía Nacionalsocialista que él publicó bajo el nombre de Wolf Sörensen: Die Stimme der Ahnen. "1
1 Significado: la Voz de los Antepasados.

H. E. me miró fijamente con entusiasmo. ¡"Ah, que pena que usted no estaba aquí durante los grandes días!" ella repitió. "Nuestra filosofía - que la mayor parte de nosotros consideramos como moderna y como alemana - usted parece haberla integrado en una sólida perspectiva general de la Naturaleza y del hombre, verdadera respecto a todos los países y para siempre. El tiempo no existe, para usted, ni el espacio. En unas frases, usted evoca la filosofía solar más espléndida, de hace tres mil trescientos años, sólo para citar en apoyo de su eternidad palabras que Himmler escribió ayer. Mientras más le escucho, más siento que nuestro Nacionalsocialismo es en efecto, algo eterno."

"Ciertamente lo es," dije. "Pero seguramente usted no tenía que conocerme para comprender

esto. El Führer ha declarado repetidas veces que su Movimiento estaba basado en el entendimiento claro de las leyes inmutables de la Naturaleza. Él ha acentuado que 'el hombre debe su existencia más alta no a las concepciones de unos idealistas locos, sino al reconocimiento y aplicación implacable de tales leyes' 1; que, nuestras 'nuevas' ideas estan 'en armonía plena con el significado interior de las cosas' 2; y él considera como el deber del Estado Nacional procurar que 'una historia del mundo deba ser escrita en que la cuestion racial reciba un lugar prominente'. "3
1 Mein Kampf, Parte I, Cap. XI, página 316 (edición. 1939).
2 Mein Kampf, Parte II, Cap. II, página 440 (edición. 1939).
3 Mein Kampf, Parte II, Cap. II, página 468 (edición. 1939).

Cité Mein Kampf tan fielmente como yo podría y añadí: "el Führer sabe que nada puede hacernos sentir la fuerza de nuestra posición, tanto como un conocimiento sano de la historia mundial. Me habría gustado escribir aquella historia de todas las tierras de la cual él habla. Sin embargo, fui abrumada por la inmensidad de la tarea, y nunca he intentado siquiera. Yo podría intentarlo un día; comenzarla, quiero decir, - pues ello sería un trabajo de muchos años." "Nunca he conocido al Führer personalmente," dijo H. E. "Pero me he encontrado una vez con Himmler, y he almorzado con él cuando vino a visitar nuestro campo. Él era intransigente y despiadado; absolutamente dedicado a la causa. A muchas personas les disgustó él debido a su severidad. Pero le habría gustado él - y creo que a él le habría gustado usted." "Yo siempre tuve respeto por Himmler," contesté. "Le admiro desde que he leído su folleto Die Stimme der Ahnen. Uno encuentra allí una crítica mordaz de aquellos valores cristianos que odio. El libro es una profesión de la fe aria verdadera un libro de texto del Paganismo acorde a mi corazón. ¡Lo amo!"

"Lamento que no lo he leído. ¿Cuándo fue publicado?"

"En 1935, creo. Quizás antes. No estoy completamente segura. Lo leí yo misma sólo el año pasado, cuando un amigo en Saarland me lo prestó."

"Bien," dijo H. E., "de lo que usted dice, y de una oración que usted citó de ello, estoy completamente de acuerdo con ello. Ya que esto no es simplemente la estupidez de las historias que a los sacerdotes les gustaría que nosotros creyeramos, que me pone fuera del cristianismo. Esto es también el hecho que, independientemente de lo que uno podría decir, la religión es judía. El Antiguo Testamento es sólo una rebanada de la historia judía - y una muestra bastante espantosa de ello, también. El Nuevo Testamento, los sacerdotes ellos mismos nos dicen, no tiene ningún sentido, sino como la realización de las profecías del Antiguo. Cristo, el Mesías anunciado por Isaias y otros Judíos, es un Judío. Sus apóstoles son Judíos. Pablo de Tarso es otro Judío.

Yo siempre pensaba, a partir de los primeros días de nuestra lucha para el poder: ¿ahora, si realmente deseamos edificar una Alemania regenerada, y si por lo tanto tratamos de librarnos de una vez para siempre de la influencia judía corruptora de la mente en todas las condiciones sociales, por qué demonios nos aferramos a aquella religión fundamentalmente judía que nuestros padres fueron bastante tontos para aceptar, en lugar de aquella de la antigua gente Germánica que, como usted, como los griegos antiguos, como los arios antiguos de todo el mundo, adoró las fuerzas de la Naturaleza, la fuerza y la belleza de su propia raza, y el Sol, Fuente de toda la vida, fuerza y belleza? Y desde que he estado en la cárcel, cuantas veces yo no he pensado: 'los Judíos son la gente responsable de esta guerra; y es por su acción mundial que perdimos la guerra, y por ellos que tantos de nosotros han tenido la muerte de un mártir, que innumerables otros, incluso yo, estan todavía presos. ¿Por qué deberíamos, por lo tanto,

considerar a un Judío como Dios, y a otros Judíos como santos y qué no, pese lo 'buena gente' que éstos podrían haber sido comparados con el bulto sin valor de sus compatriotas? ¿Si debo deificar a un hombre, no puedo acaso deificar uno de mi propia raza? Y todo lo que usted me dice hoy, todo lo que usted me dijo antes, confirma mis propios pensamientos. Ahora estoy segura que tengo razón."

¡"Por supuesto usted tiene razón!" exclamé, encantada de encontrar un camarada que realmente admiré, un verdadero Nacionalsocialista que había sufrido para nuestra causa, tan completamente en simpatia conmigo también en el plano religioso. "No es que yo este totalmente segura que Jesucristo era un Judío, como la tradición cristiana afirma. Algunas personas sostienen que él no lo era - y no necesariamente con la intención de reconciliar el Nacionalsocialismo con el cristianismo. Unos dicen que ninguno de los Galileos eran Judíos, ni siquiera de la raza Semítica. No sé. No estoy en una posición para contestar la pregunta.

Tampoco sé si alguien más puede contestarlo objetivamente. Pero no me preocupo. No hace ninguna diferencia si uno lo contesta de este modo o aquel otro. Incluso si Jesucristo era, él mismo, un no-Judío; aun si él y todos sus discípulos fueran arios puros (de lo que, por supuesto, no puedo menos que dudar) todavía la religión cristiana, en cuando esta concierne a nosotros, sería cosher de la A a la Z; de todos modos el acento que esta pone sobre 'el valor' presunto de todos los seres humanos, en la única base que ellos son seres humanos que se supone tienen 'un alma', el modo que esta exalta 'el alma' a costa del cuerpo, no sólo eso, el desprecio completo que esta profesa para éste último; del modo que esta niega rotundamente la desigualdad fundamental de los hombres, arraigada en la sangre - las diferencias divinamente ordenadas y de suma importancia - y hace todo lo que puede, de hecho, para suprimir aquellas diferencias, tolerando matrimonios vergonzosos en tanto éstos sean bendecidos por la santa Iglesia, sería más que suficiente para ponerla 'contra los sentimientos morales de la raza Germánica' (deliberadamente uso aquella expresión del Punto Veinticuatro del Programa del Partido Nazi) es más, para ponerla contra los sentimientos morales de cualquier ario digno del nombre, si una educación viciosa no los hubiera acostumbrado a aceptarla por norma sin gustar siquiera saber lo que esto implica. Yo sé lo que esto implica. He estudiado la Biblia cuando niña y adolescente, no simplemente porque fui obligada a hacerlo, sino porque yo era consciente ya de ser un Pagano europeo hecho y derecho, militante, y sabía que yo no podía luchar, un día, contra la religión importada tan diferente en el espíritu de mi propia antigua fe griega y nórdica que yo tanto admiraba, sin ser capaz de decir a la gente exactamente sobre qué trataba todo. "

Hice una pausa un minuto para rechazar un pedazo de mi chocolate que mi amiga quiso que yo compartiera con ella. "Me complace mucho más verla comerselo, usted, que no ha tenido uno durante cuatro años, mi pobre querida," dije sinceramente. Ella lo tomó por fin, y reanudé mi acusación al cristianismo.

"En su discurso ante Areopagus, relatado en el capítulo diecisiete de los Hechos de los Apóstoles," expliqué, "Pablo de Tarso dice a los Atenienses que 'Dios hizo de una sangre todas las naciones de los hombres'.1
1 Versiculo 26.

Esa era, - junto con la enseñanza sobre la salvación mediante Jesús solamente y la resurrección de los muertos, la nueva doctrina que ese Yid feo, enfermizo, medio loco, pero diabólicamente inteligente, trajo a los descendientes de los hombres que, habían construido el Partenón, a los griegos, que fueron destinados a llamarle, un día, junto con el resto de la Cristiandad: san Pablo. Era la doctrina predestinada a sustituir la creencia antigua en la jerarquía natural de la sangre; la doctrina que debía destilar su veneno sutil, no sólo en todas

partes del mundo Greco-latino ya corrompido y declinante del tiempo, sino también, gradualmente, en las tribus más vigorosas de Europa del Norte más allá del Rin y más allá de la Muralla Caledoniana, los germanos, los godos, los escoceses y pictos, etc. . . . que habían conservado hasta ahora su sangre pura. En ello está el secreto de la dominación del Judío sobre el ario en la propia patria del ario, durante siglos, hasta este día; aquella dominación invisible, de la cual el Nacionalsocialismo ha hecho a los alemanes, al menos, si no todavía a todos los arios, conscientes, y de esto los ha enseñado cómo librarse. Pero nunca, le digo, podremos librarnos de ello, mientras que toleramos aquella mentira fundamental predicada como si fuera verdad; en otras palabras, mientras que toleremos el cristianismo como este ha llegado a nosotros por Pablo de Tarso y sus colaboradores judíos y los griegos Judaizados y Judíos que hablaban griego en Alejandría, y la Iglesia, que usó - y todavía usa - el genio organizacional de Roma en el servicio de ideas judías. Incluso si 'liquidamos' realmente a todos los Judíos de la Tierra, de todos modos permaneceremos, en un modo, sus esclavos, mientras que permitamos que hombres consideren como 'la Escritura' el libro que encarna aquellas mismísimas ideas."

¡"Usted tiene razón!" exclamó H. E. "no sé tanto como usted sobre la historia del cristianismo, tampoco puedo citar la Biblia de memoria. Pero sé que usted tiene razón. Sé que los grandes hombres del Partido y el Führer mismo habrían estado de acuerdo con usted en sus corazones, aun si ellos hubieran juzgado que el tiempo no estaba todavía maduro para poner abiertamente en la práctica todo lo que usted dice. Su conversación me recuerda de las advertencias apasionadas de mi marido contra el peligro judío. Usted encajaría bien con mi marido, un viejo luchador a partir de los primeros días de la lucha que se había ganado la medalla de oro del Partido por su coraje, sus cualidades excepcionales como un líder, y su lealtad a nuestra causa. ¡Usted debería haber oído lo que él hablaba de los Judíos - y visto como él trató con ellos! ¡Él le habría entendido, más que nadie!"

¿"Dónde está él ahora?" pregunté.

"No lo sé," contestó mi camarada. "En el momento de la Capitulación, él era un prisionero de guerra en Francia. Pero durante meses y meses, no he tenido ninguna noticia de él." Y ella habló de la hermosura de viejos tiempos, cuando ella y el S.A joven hermoso, ferviente. - quien la había encontrado en alguna junta de Partido - estuvieron recién casados, y tan felices en su cómodo departamento en Berlín.

Imaginé para mí aquella felicidad de dos especímenes finos de la élite natural, entre el fondo majestuoso del Reich Nacionalsocialista a la cima de su gloria. Lo admiré, sin envidia secreta, pena o tristeza, como uno admira un detalle perfecto en un friso majestuoso inmenso, sabiendo que, de todas las posibilidades de cada vida, el Destino sólo puede realizar unos cuantos, tal como el artista sólo puede esculpir un detalle de cada pulgada cuadrada de mármol. "El detalle extraño que mi vida ilustra, en alguna esquina escondida del mismo friso gigantesco, tiene también su belleza, aunque sea tan diferente," pensé, recordando de un salto mi lucha sola, infructuosa entre griegos modernos e Hindus modernos. Y girando hacia mi amiga le pregunté: ¿"tienen usted algún hijo?"

"Ay, no," dijo ella. "Yo no estaría probablemente aquí, si yo lo tuviera, pues en ese caso, yo habría dejado hace mucho mi servicio en los campos de concentración." Ella hizo una pausa un segundo y añadió, hablando de su marido: "es lo que 'él' quiso; 'él' quiso que yo me quedara en casa y criara una familia grande, sana. Él a menudo solia decir que los otros podrían haber hecho el trabajo que hice, mientras yo habría sido más útil como una madre de futuros guerreros. Quizás él tenía razón."

Mientras más miré a la hermosa rubia, de construcción sólida, fuerte, imperiosa, y más comprendí por su conversación, que Nazi tan ardiente ella era, y más me sentí convencida que su digno marido tenía en efecto razón. Y le dije asi.
Hablamos durante mucho tiempo más, relatando la una a la otra los diferentes episodios importantes de las nuestras vidas.

* * *

Me encontré con varios más de los llamados "criminales de guerra," mis camaradas. En particular, Frau H. quien solía trabajar en el Hospital con H. E. vino para pasar un par de horas en mi celda en una ocasión. Hablamos del proceso de Belsen, del cual ella era, como H. E., una de las víctimas, y de mi destierro del ala D.

"Si el Inglés imagina que él sirve a la causa de su Democracia confundida aislándole de nosotros, él comete un gran error," dijo ella, hablando del Gobernador de la prisión. "Puedo asegurarle: nada le ha hecho más popular entre nosotros que esa orden suya según la cual 'no debemos' venir en contacto con usted. Cualquier cosa que los ocupantes 'nos ordenan', inmediatamente sentimos el impulso de hacer lo opuesto, de todos modos. Y en este caso particular, nuestra conclusión es que, para que el Gobernador sea tan penetrante en encargarse de distanciar a usted de nosotros, debe ser que él está asustado de usted; y que, para que él esté asustado de usted, debe ser que él le considera un Nazi mejor y más peligroso que el promedio. Y pensar que un no-alemán todavía puede serlo, cuatro años después de nuestra derrota, estimula nuestro orgullo alemán, refuerza nuestra fe en Adolf Hitler y nuestra esperanza en el futuro de su revolución, y aumenta nuestro desprecio para nuestros perseguidores." ¡"Estoy tan contenta de oír eso!" exclamé con entusiasmo. "Sólo deseo que yo realmente fuera un poco más peligrosa . . ."

Relaté unas anécdotas de mi vida "subterranea", antes de que yo fuera descubierta. Y nos reímos cordialmente a costa "de aquellos bastardos Aliados," como los llamé, que estan "des-Nazificando" Alemania mientras de hecho ellos no pueden siquiera "des-Nazificar" a mí. Pero una vez, yo tenía una gran desilusión. Me habían permitido pasar mi "hora libre" con los del ala D debido al error de Frau P., la guardia de servicio ese día, que estaba bajo la falsa impresión que yo no había sido soltada de mi celda a su debido tiempo con el ala B - un error que yo era, naturalmente, muy cuidadosa de no mencionar, estando demasiado contenta pues yo podría salir dos veces en el transcurso de la misma mañana. Anduve alrededor del patio en compañía de una mujer a quien yo nunca había hablado aún, aunque la hubiera visto un par de veces en el pasillo. Ella resultó ser la única sin una compañera. Habiendo oído que yo era griega, ella me informó que había "tenido el placer" de conocer a varios griegos en su vida.

¿"Dónde?" pregunté; ¿"aquí en Alemania?"

"No," dijo ella; "en Alejandría - y en El Cairo, donde pasé algunos años. También en Salonica, donde tengo parientes."

Yo no podía evitar un movimiento de sorpresa. Yo conocía los tres sitios, y había pasado algún tiempo yo misma en los dos primeros. Pero el tercero - la segunda ciudad de Grecia - un quinto de la población de la cual, completamente separado del resto, en los días antes de la guerra al menos, era judío - retuvo mi atención. ¡"Salonica! ¡Un lugar extraño para que una mujer alemana tuviera parientes viviendo dentro!" pensé, cuando una sospecha muy repugnante surgió en mi mente. Pero no dije nada. Esto era sólo una sospecha, después de todo. La mujer y yo hablamos sobre un cierto pastelero griego en Alejandría llamado "O Athenaios," y

de la nueva localidad cerca del mar donde yo había pasado unos días en aquella ciudad con una familia griega, y de mi permanencia mucho más larga en El Cairo, también entre griegos. Después de lo que le pregunté: ¿"y cómo logró usted llegar aquí, si la pregunta no es demasiado indiscreta?"

"No es para nada indiscreta," dijo ella, afablemente, "y la respuesta es simple: yo había sido internada en Ravensbrück, y allí, había ayudado a la guardia a mantener el orden. Había demasiado pocas de éstas, usted sabe, entonces ellas no podían hacerlo posiblemente sin nuestra ayuda. Ellas me dieron un puesto bastante bueno, pues hablo bien el francés así como un poco de inglés. Bien, hice unas cosas que yo seguramente no habría hecho, si supiera que consecuencias esperaban para mí. Y después de la guerra los Aliados me condenaron a encarcelamiento por diez años. Fui afortunada yo podía llevármelo tan fácilmente, pues en aquel tiempo ellos eran repugnantes. Quince de las guardias mismas fueron condenadas a la muerte y ahorcadas. Otra está aquí, condenada al encarcelamiento de por vida. Ella es Frau R. Usted puede verla ahí andar al lado de H. B. con quien, pienso, usted se ha encontrado. Dos ex-internas como yo estan aquí también, una de por vida y otra durante diez años. Créame: las cosas no eran, entonces, como son ahora. Si ellos le habrían agarrado entonces, de lo que he oído de usted misma, usted tendría una pena de muerte. La gente con sus opiniones fue matada por mucho menos que lo que usted ha hecho. "

¿"Y por qué fue internada usted en Ravensbrück, puedo preguntarle?" dije.

"Yo había hecho algún espionaje contra Alemania, a beneficio de Inglaterra," contestó la mujer, con facilidad.

Conociendo quién yo era, ella no podía esperar que la elogiara por ello. Pero probablemente sintió que, al menos, yo no podría hacerle daño ahora, y ella habló sin tapujos. Sin embargo, ante la vista de la expresión en mi cara cuando escuché su historia, ella añadió, como si tratara de justificarse: "mi marido es inglés. Mi nombre es von S."

Mi primer impulso era decir: "es una vergüenza que no le pegaron un tiro a usted. En efecto, la justicia era demasiado clemente bajo el régimen de Hitler." Pero permanecí silenciosa, y mi cara era sombría en el pensamiento del número de traidores que minaban la estructura Nacionalsocialista entera, durante la guerra, - arruinando la posibilidad de salvación que la victoria de Alemania habría dado a la raza aria, en todo el mundo. Yo pensaba en los dos millones de agentes pagados por Inglaterra acerca de quienes una persona inglesa confiable de los rangos inferiores de la Inteligencia Militar me había hablado - sin, por supuesto, conocerme - en 1946; de los traidores que trabajaban en los ferrocarriles alemanes, que solían enviar informes regulares a la Oficina de Guerra de Londres sobre los movimientos de tropas y de trenes de municiones. La idea que tal gente podría haber existido en tales números me entristeció profundamente. Entonces, mi sospecha horrible acerca de la mujer a mi lado surgió una vez más en mi mente. Si sus parientes fueran la gente del gueto más grande en el Cercano Oriente, entonces, su acción podría ser explicada, ello era, de hecho, natural. Pero entonces la indulgencia de aquellos que habían permitido que ella viviera era aun más incomprensible . . .
Yo realmente no sabía que pensar.

¿"Usted sabe por qué estoy aquí, verdad?" pregunté a la mujer, sólo para hacer completamente claro que ella no podría esperar ninguna simpatia de mí. El tono de mi voz era tal que, pienso, ella entendió.

"Lo se," contestó ella. "Lo he oído de otros."

No dije otra palabra.

* * *

Yo ya no tenía el placer de saludar a mi amiga H. E. temprano por las mañanas. Fräulein S. - no la ayudante de Frau Oberin sino una de las guardias - la había girado bruscamente lejos, yo no sabía por qué, una mañana, y le dijo que ella no tenía ningún asunto en absoluto que hacer en mi celda. Yo la había oído. Y yo había oído la respuesta de H. E. abrupta, orgullosa: "Bien. Usted no me verá aquí más." Y yo había sufrido en el pensamiento que mi amiga que había representado el poder del Tercer Reich en cinco campos de concentración sucesivamente, fue reprendida ahora por una muchacha joven de veintidós años más o menos, que ejecutaba las órdenes de los vencedores de Alemania.

H. E. no vino por las mañanas, pero ella vino en el día, por la tarde o al atardecer - siempre que se esperara que ella distribuyera la medicina a los presos que necesitaron alguna. La hermana Maria - o Frau Fulanita de tal - ahora siempre la acompañaba. "¿bien", mi camarada me contaría a veces, en voz bastante alta ser para oída desde el pasillo si cualquiera de las guardias resultara pasar allí, "Usted todavía tiene aquellos dolores de cabeza? Le daré una aspirina, y usted estará bien." Y de hecho, ella tenía una aspirina allí, lista, en un plato de porcelana diminuto, para hacer su visita parecer plausible ante los ojos de todos. Pero en realidad, yo nunca había tenido tal cosa como un dolor de cabeza en toda mi vida (salvo de vez en cuando en India, a consecuencia del ruido) y ella vino como de costumbre para verme, y recoger mi pan blanco - que ella ahora solía poner en un bolsillo grande especialmente hecho, bajo su overol - y mi té con azúcar y leche, que ella se llevó en un plato hondo que ella hábilmente sostuvo bajo su bandeja.

En el día ella me había notado, durante "la hora libre," en compañía de aquel espía antes internado en Ravensbrück, ella vino mucho antes de su tiempo habitual - y no con la Hermana Maria, sino con Frau Fulanita de tal, que era perfectamente "afin." Sus primeras palabras a mí eran: ¿"espero que usted no haya dicho nada, absolutamente nada sobre usted a aquella mujer, ahora mismo?"

Entendí inmediatamente. ¡"Cielos, no!" contesté, espontáneamente.

"No estoy sorprendida," dijo H. E. "y me alegro si usted lo averiguara y no le dijera nada sobre sus asuntos. Ya que ella es una serpiente - como todos aquellos antiguos internados en campos de concentración que dieron coba a nosotros sólo para difamarnos tanto como ellos podrían, después, ante los consejos de guerra Aliados."

"Sí, conozco el tipo. ¿Pero hay muchos de aquellos en el ala D?" pregunté.

"No exactamente 'muchos', pero más de lo que usted imagina. Hay dos de Ravensbrück - una de las cuales, Frau G., está condenada al encarcelamiento de toda la vida - y media docena de otros campos."

¿"Y Frau R., con quien hablé durante 'la hora libre' el día siguiente de mi proceso?" pregunté, cambiando el tema. "Ella también está aquí de por vida - lamentablemente - a menos que la cara del mundo cambie a nuestro beneficio, y ella estaba en servicio en Ravensbrück, pero no internada allí, naturalmente. Vi muy poco de ella, pero me gustó."

"Usted podria," dijo H. E. "Ella es absolutamente buena: una de nosotros, y, por lo que sé, una de las mejores en el ala D. Deseo que le permitieran venir una vez con nosotras y pasar una tarde del domingo en su celda. Usted se llevaría bien con ella." Y ella concluyó "Siempre que usted se ponga en contacto con una prisionera del ala D, pregunteme sobre ella antes de que usted le hable demasiado libremente. Conozco a todas ellas. Puedo decirle quién es autentico y quién no lo es."

* * *

El viernes, 6 de mayo, tarde al atardecer, fui transferida a la celda No 49 en el ala A. Tomé conmigo todas mis cosas, incluso mi planta, que había brotado muchas nuevas hojas verdes y moradas, y rosadas y moradas desde el día que me había sido dada.
La celda era un poco más grande que el No 92. Y la ventana tenía tres cristales transparentes en vez de uno. Esta miró sobre el amplio espacio abierto que separó a la "Frauen Haus" de la prisión masculina, y no sobre nuestro patio; de modo que yo ya no pudiera ver a mis camaradas del ala D durante su ocio. Yo era, así brutalmente recordada, dos veces al día, de mi destierro humillante de su compañía.

Desde la ventana, yo podía ver la pared externa de la prisión y, más allá de ella, un o dos treetops verdes. En la hierba, cerca de la pared alta, había una caseta. Por la tarde, después de las horas de trabajo, yo podría ver al vigilante pasear de un lado a otro ante ello, por la pared, con un rifle en su hombro. El edificio, con cinco pisos de ventanas ocluidas frente a mi fue completamente ocupado por presos extranjeros: algunos subditos británicos, algunos belgas, aproximadamente ciento cincuenta franceses, checos, y más de seiscientos Polacos. Pareció como si éstos ultimos fueran prácticamente los únicos presidiarios del lugar, tan numerosos eran ellos comparados con otras nacionalidades. Y cuando Frau S, la Oberwachtmeisterin, vino por primera vez para ver como yo estaba en mi nueva celda, me dijo, humorísticamente: "sé que no hay ninguna necesidad de decirle que no haga signos a los hombres en los edificios de enfrente: ellos son sólo Polacos." Los presos alemanes, la mayoría de los cuales eran de los llamados "criminales de guerra" - los únicos hombres en toda el área que realmente me interesaron y con quienes yo habría entrado con mucho gusto en contacto, si hubiera sido capaz - fueron confinados a un edificio que sólo podría ser visto desde las ventanas en el lado del ala C frente a la celda que yo había ocupado antes allí (segun lo que puedo entender de la topografía de la prisión sin haber estado alguna vez en aquel lado del ala C yo misma).

Como he dicho antes, algunos presos del ala A solían pasar su "hora libre" con el ala B, otros con el ala D. Como podría ser esperado, la guardia tenía órdenes de no enviarme abajo con el último grupot. Pero resultó que, con el tiempo, salí realmente con la última ronda, a veces. Tan pronto como "la hora libre" fue anunciada, uno debía encender, desde dentro, la luz exterior de la celda de uno, de modo que la guardia de servicio pudiera abrir la celda de uno y dejarlo salir. Yo había aprendido pronto en que días el ala D salia primero y en que días el ala B lo hacia. Y yo pondría mi luz cuando era el turno del ala D, fingiendo haber cometido un error. Y resultó que, cuando la guardia de servicio era una de aquellas que eran "afines", como H. E. solía decir; o aun cuando simplemente yo le gusté y a la mayor parte de ellas les gusté realmente, pienso - y cuando se atreviese, ella me soltaría. Yo estaría de pie entonces en la última fila, contra la pared, mientras estábamos siendo contados, de modo que, si la matrona pasara, ella no me notaría - ya que ella, por supuesto, me diría inmediatamente que vuelva a mi celda; las órdenes eran órdenes, con ella, aun si las diera un representante de los Poderes de Ocupación.

La Oberwachtmeisterin también, era, debo decir, reacia para dejarme salir con los del ala D, si

ella podia evitarlo. Le gusté yo, sin duda, pero no bastante para esto. "Yo no tomaría aquel riesgo, en tu lugar," oí que ella decía, un día, a la guardia de servicio que había permitido que yo estuviera de pie en la doble fila, entre los llamados "criminales de guerra." Pero esto era todo menos un ciego sentido de obediencia a cualesquiera autoridades que estuvieran en el poder lo que la apuntó a hablar así. Era simplemente el miedo - el miedo al Coronel Vickers, que estaba en una posición para tirar al personal alemán entero al saco, si él decidiera hacerlo, y quien podría decidir hacerlo en cualquier tiempo, si él olfateara el desafío. En su corazón, ella se ofendió por la misma presencia del Coronel Vickers y de cada miembro de las fuerzas de ocupación en Alemania, tanto como yo lo hice. Y bastante probablemente, la matrona ella misma se ofendió por ello, a pesar de aquel sentido innato de la disciplina por la disciplina que la hizo realizar las órdenes del Gobernador con exactitud despiadada.

* * *

Así me encontré con algunos de mis queridas camaradas, de vez en cuando, durante un cuarto de hora. Un par de veces, anduve alrededor del patio con L. M. - cuando H. E. fue detenida en el Hospital - y un par de veces con H. E. misma quien, siempre que el trabajo que ella hacía no fuera terminado a tiempo para que pueda salir con los del ala D, pediría a la guardia de servicio permiso para pasar su "hora libre" a mi lado, con los presos de la otra ronda. (Huelga decir que, yo no me opuse a salir con aquel grupo, en tales ocasiones.) También encontré a Frau P., y Frau H., - no aquella que trabajó con H. E. en el Hospital, sino la otra, que acababa de reponerse de una enfermedad larga y que había oído sobre mí de ambas H. E. y Frau S, que era su compañera habitual. Y me hice conocida de otras una o dos, entre ellas Frau B, una dulce morena joven, condenada a encarcelamiento de tres años simplemente por haber hecho su deber en tiempos de guerra, y que había estado ya un año en Werl después haber permanecido antes tres años en un campo de internamiento.

¿"Cómo es que aquellos tres años no fueron contados como su periodo de encarcelamiento?" pregunté. "Ellos deberían haberle liberado inmediatamente, ya que su sentencia no excedió aquel período. Ellos me dijeron que las seis semanas durante las cuales yo estuve en custodia serían contadas como una parte de mi pena."

"Podría ser así con usted," contestó Frau B. "Usted es un subdito británico y además, usted ha sido condenada simplemente por actividades políticas. Somos alemanes; y se supone que nosotros somos 'los criminales de guerra'."

"Sí," dije; "es la justicia de aquellos esclavos del Pueblo judío. ¡'Los criminales de guerra' en efecto! Como si su conducta entera en la guerra; ¡como si, más aun, su misma acción de emprender guerra contra Alemania con una mentira abominable como pretexto, no fuese el mayor delito! Su hipocresía me enferma. Ellos me dan asco."

Ella habló de la manera más interesante de las diferentes personas que había conocido en el campo donde había estado quedándose hasta su juicio, y de otros con quienes ella había venido en contacto durante la guerra.

"Había un árabe que nunca podria olvidar," dijo ella. ¡"Mi querido, tan anti-Judío yo rara vez encontraria, incluso entre nuestros propios círculos! Y yo nunca había imaginado que un extranjero podría ser un admirador tan sincero de nuestro Führer. Era tanto más asombroso cuando el hombre vino directamente de Jerusalén."

"Todo menos que asombroso, yo diría," rectificando; "pues en este caso, él debe haber tenido muchas oportunidades de estudiar a los Judíos. Y mientras más uno los estudia - me parece -

menos uno gusta de ellos. Fui y pasé algún tiempo yo misma en Palestina, hace veinte años, a fin de verlos a gusto en el asentamiento histórico de la primera tierra que ellos han usurpado definitivamente, y para comprender el abismo entre ellos y nosotros arios, de hecho, entre ellos y hasta las otras ramas de la raza Semítica. Pero déjeme decirle una cosa: los Árabes, que son sin duda la gente más cortés de la estirpe Semítica, pueden ser tan antijudíos como les guste; pero ellos nunca se liberarán del yugo de Pueblo judío - más de lo que nosotros los arios vamos a hacerlo - a menos que ellos se quiten, con el tiempo, la fuerte influencia judía que es la base de toda su religión. La verdad es que el fundador del Islam era decididamente uno de su propia gente.

Pero él ha mezclado su propia inspiración con elementos importantes de la tradición judía, y con ideas característicamente judías - quiero decir, con ideas que el Judío produce para la exportación, no para su propio consumo, como, por ejemplo, aquella creencia en la prioridad de la hermandad de fe sobre la hermandad de sangre. Esto ha rebajado el mundo Islámico al nivel en el cual lo vemos ahora: una mezcolanza sin valor de todas las razas, desde el ario puro abajo hasta el Negro; tal como las mismas ideas judías, mediante el cristianismo, han causado el decaimiento de la raza aria. Lamento que usted no hubiera dicho esto a su árabe anti-Judío. Y me pregunto lo que él habría contestado. Me pregunto si él hubiera tenido la consecuencia y coraje para reconocer que usted tenía razón, y proclamar nuestra doctrina de la sangre pura a despecho de la tendencia histórica completa del Islam. "

La mujer miró fijamente a mí con la misma sorpresa que tantas otras personas tenían desde el día que yo había puesto el pie sobre el suelo alemán. Y ella repitió lo que H. E. había dicho; ¡lo que tantos de mis camaradas libres habían dicho, tantas veces "Ah, cuan lamentable siento que usted no haya venido aquí antes, en nuestros días del poder! ¡Qué propagandista tan elocuente podría haber sido, usted que sabe la historia del amplio mundo bastante para ver en ello una ilustración eterna de la verdad de nuestra Weltanschauung!"

Las lágrimas vinieron a mis ojos cuando ella dijo eso, ya que yo sabía que ella tenía razón. Una vez más, de mala gana - ella había empujado el cuchillo en la vieja herida dentro de mi corazón.

Cuando me acerqué a la escalera durante aquel día, cuando "la hora libre" habia terminado, Frau H, que resultó estar justo delante de mí, giró y me preguntó por qué era que yo no podía venir cada día a pasar mis quince minutos de recreo entre los presos de ala D. Otros del ala A solían hacerlo, después de todo. ¿Por qué no yo?

"El perseguidor, - quiero decir el Gobernador británico de la prisión - no quiere que yo venga en absoluto, de hecho," contesté.

¿"Y por qué?"

"Me dicen que él tiene miedo no sea que yo, el Nazi impenitente, pudiera 'corromper' a todos ustedes," dije, con ironía amarga.

"No hay nada que queramos más que dejarnos ser 'corrompidos' por usted," contestó Frau H., expresando los sentimientos de todos mis camaradas genuinos del ala D.

¡"Bien por usted!" exclamé, cuando anduvimos en el pasillo. "Demuestra que usted no me necesita - por lo cual me alegro. Y sus palabras son tanto más halagadoras. Las recordaré en mi soledad, lejos de usted." Y añadí en un susurro, cuando tomé el permiso de ambas de ellas y de Frau B., para entrar en mi celda: ¡"Heil Hitler!"

* * *

Mi amiga H. E. siguió viniendo con L. M. y pasó la tarde conmigo los domingos y días festivos. Yo solía esperar con impaciencia, la semana entera, por aquellas dos o tres horas dotadas de la comunión con las dos mujeres finas que admiré. Y permaneceré para siempre agradecida a Frau Oberin por haberme permitido aquella felicidad, es más, por habérmela dado deliberadamente, como una compensación para la humillación infligida sobre mí por las órdenes del Coronel Vicker. Nunca fui al cuarto de recreo en absoluto. Y ahora hablé tan poco como era posible con los criminales ordinarios, siempre que era obligada a pasar mi "hora libre" con ellos. Seguí escribiendo mi libro en mi celda, tan pronto como yo había terminado un poco de trabajo fácil que la Oberwachtmeisterin solía darme para hacer cada mañana, con una sonrisa comprensiva, unas palabras amables, y, de vez en cuando, una taza de verdadero café encantador, con azúcar. Regué mi planta con regularidad y miré sus retoños desplegarse en nuevas hojas aterciopeladas tiernas. Y conté los días que me separaron a partir de la próxima tarde feliz cuando la guardia de servicio (o Frau Oberin ella misma) acompañaría en mi celda a las dos mujeres de mi propia fe ante las que yo podría hablar libremente - literalmente "desahogar mi corazón."

A veces, yo les traduciría parrafos de mi libro. Otras veces, hablaríamos de nuestras vidas durante y antes de la guerra. Ellas, en Alemania, yo, en India, nos habíamos esforzado todos estos años para el mismo ideal ario aristocrático eterno de la humanidad perfecta, de modos diferentes, por diferentes canales: con acento especial, en su caso, sobre el lado social y político del estilo de vida Nacionalsocialista, en el mío, sobre la ética y filosofía detrás de ello. ¿Quién habría pronosticado que un día estabamos destinadas para encontrarnos en la cárcel, y felicitar la una a la otra, y exaltar y reforzar la fe de la otra en conversaciones clandestinas?

Frau S. la Oberwachtmeisterin, me había prestado un libro espléndido, Menschen Schönheit, la Belleza del Hombre - publicado por Hans Fischer en 1935. Yo mostraría a mis dos camaradas las ilustraciones: fotografías de obras maestras de escultura griega clásica que representan a guerreros y atletas, en una página, y fotos vivas de jóvenes alemanes y doncellas, fotografiados en más o menos las mismas actitudes viriles o elegantes - lanzamiento del disco o la lanza, o flexión del arco - en la página de enfrente. Juntos admiraríamos las caras y cuerpos nobles, cada uno de los cuales expresaron más elocuentemente que cualquier discurso, que cualquier libro, la fuerza y alegría, vitalidad controlada; la voluntad de poder, en el conocimiento de la perfección conseguida; en toda su hermosura inmortal, las virtudes y la belleza de la raza realmente señorial - nuestro ideal, nuestro programa, nuestra victoria a pesar de todo; nuestra religión; nuestra raison d' être.

Y recordando el amor que había llenado mi pecho, como niña y como adolescente, para el semidiós rubio Aquiles, y para el hombre divino Alejandro el Grande, yo señalaría a las fotos de los jóvenes modernos, entrenados bajo la inspiración de Hitler, y diría a mis amigas: " ¡Es aquello por lo que he añorado, toda mi vida! Es la belleza que imaginé, cuando, hace mucho, mucho tiempo, yo solía leer, en la Ilíada y la Odisea, sobre 'héroes como Dioses; la belleza del ario perfecto, entonces, ahora, siempre y en todas partes. Es lo que he buscado en la tradición aria sumergida pero no rota de India. ¡Gloria a él - nuestro Führer - que ha hecho esto una realidad viva, aquí, en nuestros tiempos, bajo nuestros ojos, y a usted, su gente, que ha respondido a su llamada! . . . 'Como Dioses . . . En efecto, a ustedes solamente - a la élite Nacionalsocialista - aquellas palabras de Homero se aplican hoy. En sus jóvenes hombres, la figura eterna de leyendas, Rama, Aquiles, Siegfried - el mismo Uno, bajo nombres diferentes - vive, para derrotar las fuerzas fundidas del decaimiento. Pueda yo verle elevarse pronto, mis amadas; ¡pueda yo verle conquistar - y conducir! conducir la Arianidad regenerada a la

dominación de una tierra regenerada. Es todo lo que quiero; es todo lo que he querido alguna vez. "

Y poniendo mis brazos alrededor de los cuellos de mis dos camaradas en un gesto de cariño, yo sentiría que, en la profundidad de nuestro desvanecimiento aparente actual, algo eterno e irresistible nos unió, en vista de la gran tarea impersonal. La alegría del poder conquistado de nuevo brilló ya en nuestras vísperas. Y cuando ellas se despidieron de mí, los dos representantes de la élite intrepida me repetirían las mismas palabras de mis últimos carteles - mi propio mensaje a la nación alemana: ¡"tenga esperanza y espere! ¡Heil Hitler!"

CAPÍTULO IX
MÁS ALEGRÍAS SECRETAS

Los días pasaron. Trabajé - muy poco; - hablé con Frau Oberin, quien se pararía durante unos minutos en mi celda, o me invitaría durante media hora a su oficina, tan a menudo como ella podría; con la Oberwachtmeisterin, Frau S. de quien me hice cada vez más amiga; con Frau Fulanita de tal y Frau X., dos guardias quienes eran las más decididamente "afines" y quienes, al menos en mi presencia, no hicieron ningun desmentido sobre ello; con H. E. y de vez en cuando con L. M. y una u otras dos prisioneras del ala D. Escribí mi Oro en el crisol siempre que yo no estuviera ni trabajando, ni hablando, ni durmiendo. Y pensé mucho. Y nunca me aburrí ni siquiera durante un minuto.

Como tantas decisiones mucho más importantes y mucho más viciosas de los ocupantes Aliados en Alemania, la tentativa del Coronel Vicker de aislarme de mis camaradas queridos sólo derrotó a su propio objetivo. Si esto resultó o no en hacerme parecer ante los ojos de toda el ala D más peligrosa a nuestros enemigos de lo que yo lamentablemente era, - como Frau H. había dicho - no lo sé. Si esto lo hiciera, tanto mejor. Pero, en conocimiento pleno, puedo hablar del efecto que esto tenía sobre mí. Lejos de contribuir en cualquier modo para convertirme a una perspectiva "más humana", mi separación de aquellas otras mujeres Nazis que el Coronel Vickers, con ingenuidad patética, consideró mucho más "monstruosas" me hizo idealizarlas y amarlas tanto más, mientras esto profundizó mi desprecio para los Demócratas y su muy anunciada, "bondad" hipócrita.

¡"Bondad en efecto!" dije, con repugnancia, estigmatizando en el mismo aliento, en cada oportunidad, ante cualquiera de las personas con quienes hablé libremente, la actitud del Coronel Vickers hacia mí, y la política de los campeones "de los derechos del hombre" en Alemania oprimida. " Ellos graznan mucho sobre nuestra indiferencia del sufrimiento humano y de la vida humana. Pero ellos no parecen saber que hay cosas por las que uno se ofende mucho más que un poco de brutalidad. Este Vickers, por ejemplo, parece tomarlo por concedido que voy a ser impresionada por su pan blanco, y mermelada y por el hecho que yo no he sido ni azotada, ni recibi una patada encima, mientras que él no piensa nada de empujarme aquí entre las ladronas y abortistas. Si yo le dijera que prefiero me azotaran de vez en cuando, y estar en el ala D, con mis camaradas, el tonto no me creería. Y si uno dijera a los Aliados que toda la

Alemania se ofende por su actitud patronal, sus lecciones de liberalismo, su obsesión por la 'des-Nazificación' más que otra cosa, ellos no lo creerían tampoco. Los fuertes y orgullosos sufren bajo la humillación, y odian a quienquiera tiene la insolencia de tratar a ellos como niños traviesos. Pero estos gusanos de mente decente simplemente no pueden entender esto. No importa; un día ellos van a hacerlo. Un día, espero, estrellaremos aquel conocimiento en sus cabezas santas en nuestra manera ruda, y les enseñaremos como reaccionamos a su 'bondad' enfermante, que es la forma más insultante y más exasperante de la tiranía. ¡Ah, usted no sabe cómo los detesto!"

Bastante obviamente, nadie se opuso a mis diatribas apasionadas - al contrario. El personal alemán, - sin mencionar mis dos invitadas regulares del ala D - pareció más bien disfrutar de ello. Yo era profundamente popular, salvo entre los presos que, por una razón u otra, habían pasado más o menos el tiempo en campos de concentración durante nuestros grandes días. Aquellos, me dijeron, se ofendieron por mi lealtad al Nacionalsocialismo tan fuertemente como alguien podría haber hecho en Londres, en 1946. Pero los otros presos ordinarios eran, o actuaron, al menos, como si ellos fueran, completamente indiferentes a todas las ideologías, o simpaticamente dispuestos hacia la nuestra, aunque no siempre, yo debiera confesar, por motivos muy elevados y desinteresados. En cuanto a las guardias, todas ellas parecieron considerarme como inocente, si no es que digna de elogio; todas ellas solían hablarme con suma cortesía y amabilidad; y todas ellas disfrutaron parando en mi celda e intercambiando unas palabras conmigo siempre que pudieran encontrar algún pretexto para hacerlo. Una de ellas había acortado mi apellido a "Muky" — pues todas eramos llamadas por nuestros apellidos, en Werl. Pronto, todo el personal se dirigió a mí así, salvo cuando, en ocasiones, como una señal adicional de familiaridad amistosa, el nombre cariñoso sería modificado a "Mukchen". Era conmovedor. Esto creó alrededor de mí una atmósfera hogareña. Frau Oberin me habló cada vez más libremente, y a menudo permanecería mucho tiempo conmigo, con la excusa de mejorar su francés. Ella, desde el principio, había mostrado gran interés a lo que tuve que decir sobre la religión india y costumbres; también sobre mi permanencia de seis meses en Shantiniketan, la universidad al aire libre de Rabindranath Tagore, en 1935, - aunque mis recuerdos debieran haber sido algo decepcionantes para una persona que, como ella, se había imaginado hasta ahora el lugar a traves de la neblina de belleza en la cual el trabajo del famoso poeta bengalí lo rodeó. Ahora, ella pareció más curiosa por oír sobre la actitud de India durante la guerra: sobre Gandhi y su credo de la no-violencia, sobre Subhas Chandra Bose, y sobre la impresión que los acontecimientos del tiempo solían hacer sobre el hombre de la calle.

Yo le explicaba como mejor podría que todas las reacciones indias a la política fueron dominadas por el problema eterno, trágico de la pobreza de las masas - una pobreza que a uno le cuesta imaginar, en Europa; que el indio medio muerto de hambre promedio, sea peón, campesino u oficinista, no tenía ningún tiempo libre para sentirse 'a favor' 'o contra' alguna ideología, y aquella sola pobreza habia apuntado a millones de gentes ignorantes a afiliarse a las fuerzas británicas por dieciocho rupias - treinta chelines - al mes, sin saber, sin gustar siquiera saber, contra quien ellos debían luchar y por qué. En contraste con éstos, yo le hablaría de la élite consciente y valerosa que había apoyado incondicionalmente al Eje; yo hablaría del Ejército indio libre organizado en Birmania con la ayuda de los japoneses. Hasta una vez sucumbí a la tentación de contarle algo sobre mis propias conexiones con éste, y del modo sutil en el cual mi marido y yo habíamos contribuido al esfuerzo de guerra de los colabordores orientales de Alemania.

¡"Pero no vaya y diga esto al Coronel Vickers, por el amor del Cielo!" finalicé, humorísticamente. Frau Oberin pareció - sorprendida, sobresaltada, de hecho, - que yo podría mencionar tal posibilidad, hasta en broma. "Mi querida," dijo ella, cariñosamente; ¿"cómo puede alguna vez

usted pensar en tal cosa? ¿No ha comprendido todavía usted que, antes de que algo más, yo soy un alemán?"

Sonreí. Quise decir: "uno puede ser un seguidor de Adolf Hitler sin ser un alemán, a condición de que uno esté suficientemente orgulloso de ser simplemente un ario. Pero uno no puede ser, hoy, un buen alemán sin ser un seguidor de Adolf Hitler." Y las viejas, famosas palabras volvieron a mi memoria: "Adolf Hitler es Alemania." Pero reflexioné que la declaración de Frau Oberin implicó exactamente aquello que yo pensaba, y no necesitó ningún comentario. Por lo tanto no dije nada.

Otras veces, yo diría a Frau Oberin como, a lo largo de los años que pasé en India, en innumerables reuniones públicas, yo constantemente expresaba la perspectiva aria eterna - nuestra perspectiva - desde un ángulo hindú nacionalista, usando la hostilidad de los Hindus tanto hacia el proselitismo cristiano como al Mahometano en una lucha amarga contra las dos religiones celebres de la igualdad brotadas del Judaísmo; los dos sistemas gracias a los cuales el genio corruptor paciente del Judío ha logrado inculcar, en más de la mitad de la humanidad, un desprecio pernicioso para la pureza de la sangre.

"Segun lo que usted me dice del significado del sistema de castas histórico, debe haber sido bastante fácil presentar su filosofía desde un ángulo hindú," dijo ella; "en efecto, como le he dicho el primer día que tuvimos una conversación seria, mientras más oigo de usted sobre el espíritu de India antigua, más entiendo por qué el pensamiento indio clásico era tan popular, aquí, en ciertos círculos, durante los días de Hitler. Llévese de ello aquella aspiración a la nada, esa ansia de ser renacido, aquel desprecio del mundo de las formas, y la perspectiva hindú, si no estoy confundida, es nada más, sino la vieja perspectiva aria de nuestra gente antes del cristianismo."

¡"Exactamente!" exclamé con entusiasmo. " Es exactamente lo que solía decir a los indios yo misma, en aquellas reuniones mías. La Organización que me había proveído de una plataforma conveniente, apuntó exactamente a la sustitución de esa voluntad para escaparse que tantos Hindus toman como si fuese una sed de salvación, por la voluntad para vivir en esta Tierra. El presidente de ello, Swami S., era un nacionalista indio que había tomado los trajes naranja de un asceta sólo porque él sabía que impresionaría las masas más profundamente al hacerlo. Él era también uno de los muy pocos indios que entendieron que solo una nostalgia ardiente por nuestro largo tiempo abandonado Paganismo europeo me había traído a India, en su condición de última fortaleza de la tradición aria no rota. En verdad él hizo un sin fin de concesiones a las castas inferiores, incluso a los totalmente primitivos hombres de las colinas en Bihar y Assam, quienes son todo menos que arios. Pero era sólo para apartarlos de las garras del Islam, y alejarlos de la influencia de los misioneros cristianos así como de los cada vez más numerosos propagandistas Comunistas, hasta que India fuera integrada, un día, en nuestro Nuevo Orden mundial. Él tenía la mayor admiración por el Führer, a quien él abiertamente llamó, en 1940, "una encarnación de Dios," "y el Salvador del mundo." Él nunca hizo un misterio de estos sentimientos. ¿Le cuento una historia graciosa en relación a él? "

"Hagalo," dijo Frau Oberin.

"Bien, esto fue en un pueblo Bengalí del Este, durante la guerra Swami S. debía hablar a una reunión en la cual yo estaba presente. Antes de hablar, él me había dicho que estuviera lista a oír "algo que me complacería enormemente." En aquel tiempo, y hasta antes de la guerra, allí apenas habia una reunión india en la cual los informantes de la policía no estaban presentes. En ésta, deben haber habido al menos veinte o treinta de ellos. En el transcurso de su discurso - que corrió, como de costumbre, sobre la necesidad de reforzar, en India, el viejo espiritu

marcial ario, a fin "de afrontar la amenaza del Islam no menos que del Comunismo - Swami S. dijo, a despecho de los esfuerzos de los británicos para alistar a la India no-violenta en el lado de las Democracias: "lo que India necesita, mis amigos; lo que el mundo entero necesita, es . . . el Nacionalsocialismo." El Ejército alemán era victorioso entonces. Un número creciente de indios ponía su esperanza en ello. Unos aplausos rugientes, por lo tanto, saludaron la declaración del vocero, sobre todo de entre las filas de los estudiantes que estaban presentes.

Miré fijamente hacia la muchedumbre morena; y a los arrozales esmeraldas y bosques de coco exhuberantes a la distancia - en el paisaje típicamente bengalí en medio del cual estuve de pie; y comprendí que yo estaba apenas a cien millas de la frontera birmana - miles de millas lejos de Europa. Recordé en mi mente las palabras de la famosa canción: ". . . ¡y mañana el mundo entero!" Y las lágrimas de felicidad llenaron mis ojos.

Pero esperé que Swami S. fuese detenido tan pronto como la reunión hubiera terminado. A mi asombro, nada le pasó. Cuando yo le felicitaba por su buena suerte, unos días más tarde, él mismo me dio la pista del milagro. 'Si yo hubiese mencionado el Nazismo', dijo él, 'probablemente habría habido problemas. Pero los informantes de la policía, indios promedio, son gente simple: ellos no saben que Nazismo y Nacionalsocialismo son la misma cosa'." Frau Oberin se echó a reír. ¡"Nunca he oído nada tan divertido!" exclamó ella. "Nuestras relaciones con la policía india patrocinada por los británicos - por no decir nada de la policía británica misma, en India - durante la guerra, eran a menudo divertidas, aunque, por supuesto, no siempre," contesté
.
Y seguí relatando anécdotas.

* * *

Frau S. solía pararse en mi celda cada mañana, y tener una charla conmigo. A veces, ella vendría otra vez por la tarde, después de que yo había comido mi cena. Ella venía los domingos, siempre que resultara estar de servicio.

A menudo me encontraba escribiendo. Ella no me preguntaba lo que yo escribía; ya lo sabía. Me diría simplemente, en la manera más amistosa: ¿"bien, cómo va aquel libro suyo?" Me traería una taza de verdadero café; o me mostraria una fotografía de ella entre varias otras señoras de la Frauenschaft - la Organización Femenina Nazi de los grandes días, de la cual ella había sido un miembro; o me recitaria los versos de alabanza que fueron escritos una vez debajo del retrato del Führer, en su salón. Ella me pareció avida en probarme que ardiente Nacionalsocialista había sido en años pasados. Pero tan pronto como, animada por su conversación, yo expresaba en mi turno opiniones radicales y sentimientos fuertes, ella se retiraba de alguna manera detrás de una pantalla de indiferencia ostentosa y me diría: "pero ahora, no tengo nada más que ver con todo esto." La declaración - que nunca creí - a menudo me irritaba. " ¿Por qué debe ella creerse obligada a presentar un espectáculo conmigo, como si yo fuera un espía asqueroso de parte de los ocupantes? "Yo me preguntaría. Pero luego, yo reflexionaría que, si ella me tomaría por un espía, seguramente no me habría dicho las cosas que hizo, sobre su propio pasado. Además, otras declaraciones que ella haría de vez en cuando, y cosas que hizo, tendieron a demostrarme cada vez más que ella sabía perfectamente bien cuan genuina yo era, pero que ella temió que yo pudiera meterla en problemas por mera estupidez. Ella tenía, pienso, una opinión mucho más alta de mi sinceridad, intrepidez y ortodoxia nazi, que de mi inteligencia. "Yo no podría ser capaz de escribir libros, pero soy más perspicaz que usted," ella una vez me dijo; "y conozco a los seres humanos, - antiguos miembros del Partido y otros - mejor que usted." En respuesta a lo cual, después de admitir que ella tenía sin duda razón, yo había hablado de la sagacidad excepcional de mi marido, - como si

esto pudiera arreglar, hasta cierto punto, mi carencia desesperada de ella.

Yo a menudo hablaba de India y de mi marido a Frau S. Las preguntas que ella solía plantearme eran al principio algo menos impersonales que aquellas de Frau Oberin - cosa que es comprensible, Frau S. era una mujer de mi edad, mientras Frau Oberin era mucho menor que yo. Pero muy pronto, mi extraño destino le pareció mucho menos romántico de lo que ella apresuradamente había imaginado - y quizás, así, tanto más extraño.

"Entonces veo, usted no conoció al Sr. Mukherji en Europa, sino en Calcuta," dijo ella, un día. ¿"Cuánto tiempo habia usted estadio ya en India cuando le fue presentado?"

"Seis años más o menos."

¿"Y por qué había ido usted allí, entonces?"

Le dije la verdad - como lo había dicho a cien mil personas, tanto en India como en Europa: "para encontrar allí algo como un equivalente tropical del antiguo Paganismo ario, abolido durante siglos en nuestro clima; para buscar a dioses y ritos parecidos a aquellos de Grecia antigua, de Roma antigua, de Gran Bretaña antigua y Alemania antigua, que la gente de nuestra raza llevó allí, con el culto del Sol, hace seis mil años, y al que millones de seres vivos de todas las razas todavía adhieren; y atestiguar, en la élite brahmanica de hoy, un caso asombroso del milagro que la segregación racial puede operar, y el triunfo de una minoría aria a traves de todos los años."

Hice una pausa un segundo y pensé: "esto era quizás un error de mi parte - un error del punto de vista práctico. Aún asi, el ansia que me arrastró allí brotó de mi verdadero yo." Y añadí: " Una vez escribí, en India, un folleto titulado Advertencia a los Hindus - propaganda aria desde un punto de vista hindú moderno. Pocos, entre los Hindus que lo elogiaron, sabían bastante historia Occidental para comprender el significado pleno de su dedicatoria: 'a la memoria del divino Juliano, Emperador de los griegos y de los romanos. Juliano, el llamado 'Apóstata', intentó con fuerza, durante los tres breves años de su reinado, posponer el crepúsculo de los Dioses. Pero el destino estaba contra él. El mundo Greco-romano, en el Cuarto siglo, estaba podrido más allá de toda esperanza; nada podría devolverle aquel vigor despiadado de la juventud, la única cosa que puede sostener tal culto como aquel de los Dioses del Olimpo. El cristianismo - la religión del cansado, del delicado, del viejo - estaba obligado a ganar. A pesar de su aversión sincera para la nueva superstición, Juliano era medio cristiano él mismo, sin saberlo. Y más allá de los límites orientales del Imperio romano, en Irán, donde la Luz todavía era adorada, en India, en apariencia fiel a los Vedas, no obstante las virtudes marciales aun predominantes, el decaimiento también se había impuesto. El nuevo amanecer de los dioses Arios - la resurrección verdadera de la raza aria - debía comenzar en otra parte, mil seiscientos años más tarde. Debía ser el trabajo de toda una vida de Hitler; su gloria - y de Alemania. " Frau S. me miró fijamente con gran interés. ¿"Ve su marido las cosas en la misma luz que usted?" ella me preguntó.

"Espero que él lo haga. Él es un estudiante serio de la historia. Y él era un partidario de nuestros ideales en India mucho antes de que me conociera. Su alianza conmigo es, de hecho, solo un episodio en su prolongada colaboración con los hombres del Nuevo Orden." Y le dije, entre otras cosas, sobre el New Mercury, la revista quincenal patrocinada por los alemanes de la cual mi marido era una vez el propietario-editor. "Herr von S., entonces Cónsul general para Alemania en Calcuta, esperó que cada alemán en India se suscribiera a ella," dije.

Frau S., que se opuso tan fuertemente que yo fuese con los presos del ala D al patio, donde yo

podría ser vista, con mucho gusto me llevó ella misma, de vez en cuando, para un paseo a lo largo del pasillo, donde mi presencia en su compañía siempre podría ser explicada sin que nadie entrase en problemas. La primera vez que lo hizo, ella estaba con Frau X., una de las guardias que más me gustaron. Esto era un domingo, pero demasiado temprano aún para que mis dos invitadas habituales pudieran venir. "Usted ha estado escribiendo bastante toda la mañana: venga con nosotras para un pequeño paseo y un poco de luz del sol," dijo Frau S. "y pongase su cuello blanco, y arreglese su pelo bellamente," añadió Frau X. "Nadie me ve aquí, de todos modos," dije; "no importa mucho como luzco."

¡"Por supuesto que importa!" gritó Frau X. "nosotras le vemos. Y sus dos amigas le verán hoy."

Anduvimos a lo largo en dirección del ala D. La separación ocluida entre el ala A y el ala D estaba abierta. Cerca, vi a H. B. y otra de mis camaradas del ala D, ocupadas plegando y colocando de vuelta en sus sitios las mesas tipo caballete sobre las cuales las presidiarias acababan de tener su almuerzo. Les sonreí. Ellas me sonrieron.

Cruzamos la separación y anduvimos a lo largo del pasillo del ala D, ante las puertas cerradas de las celdas de aquellas cuya vida diaria me habría gustado tanto compartir. Pasamos ante la celda donde mi querida H. E. vivió, al otro extremo del pasillo, y ante el Hospital, y anduvimos a lo largo del ala C y a lo largo del ala B. Las dos mujeres se dirigieron a mí como si yo fuera una amiga suya visitando la prisión, - no una prisionera. Y de repente se me ocurrió que sería encantador para mí volver a Werl, un día, cuando mis camaradas estubierann en el poder una vez más, y andar a lo largo de este mismísimo pasillo, esta vez como una invitada, en la compañía del nuevo Gobernador de la prisión, - algún hombre que tendría mis opiniones, y a quien yo estaría orgullosa de hablar sobre mis experiencias de 1949.

Alcanzamos las barras que separaron el ala B del ala A, pasamos delante del cuarto de recreo y delante de mi celda, que estaba muy cerca de ello, y anduvimos una vez más por todas partes de la "Frauen Haus." A traves de la azotea de cristal, la luz del sol primaveral calido y brillante inundó el pasillo.

"Les agradezco realmente por este paseo encantador," dije, cuando estuve a punto de despedirme de Frau S. y de la guardia. ¡"Realmente fue amable de parte de ustedes!" Frau S. me acarició en el hombro con familiaridad afectuosa. "Como podriamos no hacer todo lo que podamos para usted," dijo ella. "Usted está aquí porque nos ama. Usted ha querido ayudarnos. Usted es para nosotros un signo de esperanza." Sus ojos azules amistosos se fijaron sobre mí, con un rayo de luz del sol en su pelo rubio, Frau X., se detuvo, sonriendo.

"Ciertamente", dijo ella, confirmando la declaración lisonjera de Frau S. Fui conmovida más allá de la expresión. Y al mismo tiempo, me sentí pequeña. ¿Pues qué había hecho yo realmente para merecer aquel amor y aquella consideración? Apenas algo. De un salto, recordé en mi mente ese nuevo mundo ario sano y hermoso del que el Tercer Reich era la primera ilustración viva, y lo que la gente de mi propia raza, Ingleses y otros, - la gente que debería haberlo sabido mejor para no dejarse ser usada por las fuerzas de desintegración - le había hecho.

"Alemania está en ruinas porque ella quiso ayudar a la raza aria entera," contesté, desde la profundidad de mi corazón. "Ningún ario digno del nombre debería olvidar alguna vez esto. Y lo menos que él o ella puede hacer es trabajar con ustedes para la resurrección del glorioso Gran Reich."

Y cuando alcanzamos mi celda, que Frau S. abrió, di vuelta una vez más hacia las dos mujeres

y las saludé con el saludo ritual, pronunciando con una voz baja las palabras prohibidas de lealtad que son para nosotros, hoy, en nuestro desvanecimiento, como un hechizo de poder: ¡"Heil Hitler!"

Frau X., detrás de la espalda de Frau S devolvió mi saludo, pero no dijo nada. Frau S. anduvo en mi celda con una sonrisa picara y, sacudiendo su dedo hacia mí, dijo con humor: ¡"usted muchacha traviesa, muy traviesa! . . ." Le sonreí de vuelta, pero no maliciosamente. Ella estuvo silenciosa durante un rato y luego dijo, volviendo a su expresión habitual: "no cierro con llave su celda, ya que vuelvo en un minuto con una taza de café."

* * *

Tales atenciones amables, tales señales de favor de parte de miembros del personal alemán, eran, junto con mis conversaciones libres con la misma gente y con aquellas de mis queridas camaradas del ala D con quienes yo estaba secretamente en contacto, mis grandes alegrías en la cárcel.

Frau Erste ella misma, la matrona, que otras prisioneras solían criticar a veces tan amargamente por su dureza, me trató con indulgencia excepcional. Yo nunca tenía, con ella, las conversaciones sinceras de las cuales disfruté con Frau S, Frau Fulanita de tal, Frau X., y la Oberin. Y hasta este día no sé a que distancia ella estaba 'a favor' o 'contra' la ideología Nazi. Me dijeron que ella era un Católico leal, que en mi valoración, por supuesto, excluiría toda posibilidad de que esté en simpatia con nosotros, pero que, de hecho, considerando la ausencia espantosa de lógica que caracteriza a la mayor parte de los seres humanos, incluso en Alemania, no excluye nada en absoluto. Ella nunca me reprochó de lo que yo había hecho; al contrario, me dijo una vez, bastante claramente, que, ante sus ojos, yo era inocente - sólo que un poco estúpida, y eso, probablemente, por haberme dejado ser atrapada. Ella me embromaría de vez en cuando, pero nunca pareció resentir de las respuestas que le di.

Una vez, en la guardarropía, donde me habían permitido ir para tomar una o dos cosas más de mi maletero, ella me dijo, en el transcurso de una corta conversación, que Adolf Hitler "queria el mundo entero," a lo que contesté resueltamente que, de ser así, él tenía razón, "ya que él mereció gobernar sobre este, de todos modos." Lejos de reprocharme, ella pareció mas bien contenta conmigo por decir esto. Y cuando, lanzando la responsabilidad entera para lo que yo llamo "el delito de 1939" sobre el poder judío invisible detrás de todos los gobiernos hostiles al Tercer Reich, amargamente ataqué al Sr. Churchill, llamandolo "una figura infame," "un instrumento en las manos de los Judíos" y que no, y terminé diciendo algo sumamente grosero sobre su aspecto físico, ella simplemente se rió.

Otra ocasión, - un viernes, antes de dejar el cuarto de baño, en el cual ella siempre suele supervisarnos, - le había preguntado si yo no podia tener, ningún día en el transcurso de la semana, algún libro además de aquellos que tenía en depósito en la guardarropía. "Usted tiene bastantes libros en su celda," ella repentinamente dijo, al principio; "justo el otro día, el Sr. Stocks le envió un montón de revistas y dos libros en inglés."

"Sí," contesté; "es ciertamente muy amable de parte de él. Pero las revistas estan llenas solamente de artículos de problemas sexuales, que no me interesan, y los libros son sólo novelas."

Las otras prisioneras, que esperaban en una doble fila cerca de la salida, para ser soltadas, fueron profundamente divertidas con mi comentario. Los artículos sobre problemas sexuales, como en aquellos ejemplares de 'El Psiquiatra' que el Sr. Stocks me prestó para entretenerme,

y novelas, en efecto habrían interesado a la mayor parte de ellas. Yo era una persona graciosa por no apreciar tal regalo.

Pero Frau Erste, cuyos rasgos eran generalmente endurecidos en inalterable impasibilidad, al menos durante el ejercicio de sus deberes, me dio una de sus raras sonrisas. "Lo que usted toma tan seriamente era también una larga novela," dijo ella; "una novela que duró doce años .."

¡"Y esto no ha terminado de ningún modo!" repliqué triunfalmente, sonriendo en mi turno. "El segundo volumen - más emocionante no ha salido aún. Pero este va a salir." Los prisioneras paradas en fila - del ala D y otras; las mujeres en simpatia conmigo y las mujeres que no lo estaban - todas se echaron a reír. La matrona que hizo grandes esfuerzos para no reírse ante ellas, se rió de mí una vez más cuando pasé a su lado en mi salida. Y una vez más, yo no sabía que pensar de ella. Pero me sentí segura con ella. Independientemente de cuales eran sus ideas, nunca relataría las cosas que dije al Coronel Vickers, - el representante del Poder de Ocupación. Una vez más pensé: "dondequiera que yo vaya, en Alemania, hasta en la cárcel, el patriotismo alemán es mi mayor, mi más seguro, mi más indefectible aliado." Y aquel hecho era para mí una fuente de alegría profunda. Ya que esto no sólo me garantizó el afecto de una gran nación que admiro; esto garantizó a aquella nación un futuro glorioso bajo la bandera de la esvástica, a pesar de todas las imposibilidades aparentes; y esto presagió la creación lenta de una humanidad más elevada, desde la élite alemana ahora perseguida.

Los ocupantes de Alemania nunca me habían inspirado con algo más, sino odio o desprecio - desprecio, cada vez que pensé en las ideas tontas que ellos habían venido para predicar a la gente con el conocimiento de primera mano del Nacionalsocialismo; odio, cada vez que recordé que, por el momento, al menos, ellos eran los vencedores; cada vez que yo vería sus banderas sobre los edificios públicos, en lugar de la bandera de la Esvástica. Ahora, en la cárcel, pensé con mucha ansia en las raras ocasiones en las cuales yo podría desafiarlos bajo sus mismas narices, sin meterme en problemas. Disfruté haciendo cualquier cosa que, yo estaba segura, los pondría - locos 'si' ellos supieran de ello; cualquier cosa que perjudicó su prestigio ya débil ante los ojos de cualquiera, desde Frau Oberin abajo hasta el ladrón más malvado en la prisión. En secreto entreteniendo a mis camaradas del ala D los domingos por la tarde, o cantando toda clase de canciones Nazis prohibidas, marciales en mi celda; o teniendo, con miembros del personal alemán, tales conversaciones que habrían sacudido a pedazos las últimas ilusiones de los ocupantes sobre "la reeducación" democrática de Alemania, todo eso me llenó de aquella conciencia de la invencibilidad, tan placentera en tiempos de prueba.

En al menos una ocasión más, experimenté aquel sentimiento refrescante. Como he dicho, el Gobernador solía andar alrededor de la "Frauen Haus" cada viernes, entre 11 y las 0h00, después de que las prisioneras habíamos terminado todas de bañarnos. Las puertas de nuestras celdas permanecieron abiertas cuando él pasó, con su ayudante, el Sr. Watts, Frau Oberin, - o Fräulein S., la ayudante de ella - y el intérprete alemán. Algunos invitados, - una vez, un obispo polaco, otra ocasión, algún dignatario de la administración británica - le acompañarían de vez en cuando. Y, si lo quisieran, ellos, mediante el intérprete, dirigirían una palabra a una o dos entre las prisioneras. Así resultó que, un día, un general británico, cuyo nombre nunca me dijeron, se paró con el Coronel Vickers fuera de mi celda. " Este es el único subdito británico que tenemos aquí entre las mujeres; ella está condenada a tres años," oí que el Gobernador le decía. El general miró hacia mí y luego, llamando al Coronel Vickers que había ido un paso o dos adelante, le preguntó: ¿"y por qué fue condenada ella?"

El coronel Vickers pareció muy avergonzado. Obviamente, él encontró difícil de declarar ante el

general el hecho desagradable que un subdito británico - y medio inglés de nacimiento en eso - se sintió ario en primer y último lugar hasta el punto de complacerse, después de la guerra, en actividades subversivas contra la Ocupación Aliada en Alemania. Pero rápidamente puse fin a su vacilación contestando la pregunta del general yo misma: "estoy aquí por hacer propaganda Nazi," dije, con jovial orgullo".

El general se hizo profundamente interesado en mí, y cruzó el umbral de mi celda para hablarme un minuto. ¿"Es asi?" dijo él, dirigiéndose a mí con cortesía. ¿"Y qué le apuntó a ayudar a los Nazis?"

"El hecho simple es que soy uno de ellos," dije yo. "He hecho todo lo posible, de acuerdo con mis convicciones más queridas y más profundas."

"Interesante," comentó el general. "Al menos, usted no tiene miedo de decirlo."

"Nuestra gente no tiene miedo de nada ni de nadie," contesté. "Muchos de nosotros podrían ser prudentes, pero es todo."

¿"Y cómo avanza 'el movimiento clandestino'? ¿Ganando el poder, supongo?" preguntó el representante de las Democracias victoriosas, mirándome y haciendo un escrutinio.

Miré en mi turno directamente hacia su cara, y sonreí de modo provocativo. "Yo no contestaría esta pregunta aun si pudiera," contesté.

"Entiendo; usted sentiría como si traicionase a sus camaradas."

"No tengo el hábito de hablar de nuestros asuntos fuera de nuestros propios círculos," dije, alegre de hablar así a uno de aquellos hombres que habían luchado con toda su fuerza a beneficio de los enemigos de la raza aria.

El general sonrió campechanamente. Él me preguntó si yo tenía una queja para hacer en cuanto al modo que fui tratada en la prisión. "Me ofendo muy fuertemente por ser tirada aquí entre las ladronas, vendedoras del mercado negro y abortistas, en vez de estar en el ala D entre mujeres que han hecho, a lo más, cosas que podría haber hecho yo misma."

¿"Usted quiere decir con los criminales de guerra?" dijo el general.

"Aquellos que los vencedores actuales de Alemania llaman 'los criminales de guerra', pero a quienes yo llamo mis camaradas," rectifiqué.

El general probablemente juzgó inútil entablar una discusión conmigo sobre los llamados "crímenes de guerra." Él simplemente me preguntó donde estaba mi marido; y en que lugar yo había vivido en Calcuta, y desde cuando. Él finalmente dijo: "yo estuve en India en 1922 - diez años antes que usted," y se separó de mí amablemente.

De mi parte, yo estaba feliz de haber mostrado a un importante militar de la Ocupación cuan orgullosos y dignos nosotros los luchadores para el Nuevo Orden podemos ser, hasta en la derrota. Y pensé con placer, cuando oí los pasos en marcha atrás del general a lo largo del pasillo, después de que la guardia de servicio había cerrado mi celda: ¡"deseo realmente que él recuerde su breve entrevista conmigo en unos años, cuando nuestro día venga!" Sonreí en previsión del futuro, y marqué el paso de arriba abajo en mi celda, llena de entusiasmo.

Y la primera cosa que hice era relatar, naturalmente, a mi amiga H. E. mi conversación completa con el general británico.

Una de mis grandes alegrías en Werl sería recibir, el 13 de mayo - que resulta ser el cumpleaños de mi marido - la única carta que mi marido me envió mientras yo estaba allí. Frau P., que estaba de servicio ese día, me la trajo, solicitándome no olvidar de darle la estampilla india.

Las lágrimas vinieron a mis ojos cuando vi encima del sobre, - abierto por la censura de prisión, a saber por el Coronel Vickers mismo - la escritura grande, firme del hombre que me había ayudado todos estos años, financieramente, siempre que él pudiera, con el ánimo, siempre que él no estuviera en una posición para hacer algo más, sin esperar siquiera algo de uno a cambio: ni la realización de deberes domésticos, ni siquiera mi presencia a su lado; del hombre santo que me había dicho, cuando en los primeros días de la guerra, él me había dado su nombre y protección: "usted no tiene ningun deber hacia mí, confíe en mi alianza." Aquella escritura bien conocida me recordó que, hasta en el amplio mundo exterior, indiferente, lejos de la esfera inmediata de la influencia del Nacionalsocialismo, un hombre al menos estaba en simpatia absoluta conmigo; uno, al menos, se alegró de saber que yo había sido "fiel si todos fueran infieles."

El contenido de la carta bendita confirmó mi expectativa. Esta no era una de aquellas cartas francas que yo había recibido de vez en cuando antes de venir a Alemania; mi marido sabía del rigor de la censura, y por consiguiente, usó un lenguaje cuidadoso. De todos modos, esta era una carta en la cual sentí, bajo la ambigüedad de la expresión, y astuta opción de las metáforas, la simpatia indefectible del antiguo colaborador sincero de Herr von S. y mi fiel aliado durante los once años pasados.

De ella, supe que los periodicos indios habían publicado el 6 de abril "parrafos significativos" de mi declaración ante el consejo de guerra Aliado de Düsseldorf, de lo cual me alegré - aunque yo me preguntaba que parrafos ellos habían excluido. Me enteré también que mi marido había ofrecido a mi intención "flores y perfume con incienso a la Diosa Kali." Kali, la Madre Azul oscura, tan paciente y tan inexorable como el Océano que moldea los continentes, y como la Noche, de regreso a la cual todas las cosas van, pensé; la Fuerza a Quien grité, en medio de las ruinas de Alemania, en mi primer viaje inolvidable: ¡"vengue a la gente de mi Führer, Madre de la Destrucción!" Mi marido conocía aquel episodio de suma importancia en mi vida. El coronel Vickers, que no lo conocia, había estado, sin duda, lejos de sospechar que sentimientos eran implicitos en aquella oración acerca de ofrendas, que no debe haberle parecido nada más que una expresión pintoresca de piedad oriental. Pero recordé la Imagen severa en el famoso templo Kalighat en Calcuta, enguirnaldada con coronas de flores jaba rojo sangre, rodeada de nubes de incienso, entre el rugido de timbales. E imaginé a mi marido (quien por otra parte casi nunca solía ir a Kalighat o a cualquier templo) parado ante ella, pensando en mí, en nosotros, y nuestra lucha tan lejos; en los sufrimientos de mis camaradas alemanes; en las ruinas que yo le había descrito tan vivamente en mis cartas, y repitiendo, quizás, aquellas mismísimas palabras que yo había pronunciado tan a menudo desde la noche inolvidable del junio de 1948, es más, desde la Capitulación, tres años antes: ¡"vengue a ellos, Madre de la Destrucción!"

Y lo sentí más cerca incluso que cuando él había compartido mi alegría, en el glorioso 1940 y 1941; incluso que cuando, en 1942, él solía escuchar mi descripción de la terrible yerma majestad del Paso de Khyber - que yo había visto - y concordó conmigo, en la anticipación alegre de acontecimientos que no fueron, ay, destinados a ocurrir: ¡"cuan magnífica la música de la Canción de Horst Wessel sonaría, en tal escenario!"

Leí, más adelante: "usted bien puede imaginar mis sentimientos íntimos. No ventilaré éstos actualmente. Mi única pena es que yo no podía asistir a su juicio." Y, unas líneas más adelante: "el destino siempre es inescrutable en sus caminos. Pero sus caminos estan llenos de significado."

"Ellos lo estan, en efecto," pensé, recordando los milagros que habían sido operados en relación a mí, permitiendo que yo permaneciera de un poco de utilidad, aun en la cárcel; al mirar mis manuscritos preciosos, ilesos, sobre mi mesa; y recordando que mis dos camaradas del ala D vendrían, como de costumbre, el domingo siguiente, a pesar de todos los esfuerzos del Coronel Vicker para hacer imposible para mí poder entrar en contacto con la gente de mi propia fe.

* * *

Pero mi mayor alegría de todas indudablemente sería poder seguir escribiendo mi Oro en el crisol.
En ninguno de los libros que yo había escrito, - ni siquiera en aquellos parrafos de 'Un Hijo de Dios' que expresan del mejor modo mi ansia de toda la vida tras la Belleza Pagana; ni siquiera en mi vehemente 'Acusación contra el Hombre', del cual Frau S. me había dicho una vez que "quizás podría ser publicado en cincuenta años, no antes" - yo ponía tan completamente todo mi corazón y alma, todas mis aspiraciones y nostalgia, todo mi amor y toda mi fe.

Tan pronto como yo había terminado de zurcir las pocas toallas o camisas o pares de pantalones que la Oberwachtmeisterin me trajo cada mañana, yo sacaba de mi cajón el cuaderno marrón grueso que la señorita Taylor me había dado el día de mi enjuiciamiento, y empezaría a escribir. Planeé cada capítulo antes de escribirlo. Y cuando había formado un parrafo a mi satisfacción, lo escribia con el lápiz sobre un pedacito de papel. Luego lo transcribiría inmediatamente con pluma y tinta en el cuaderno. Yo tenía muy poco papel, y no podía conseguir provisiones frescas fácilmente. Conseguir unas nuevas hojas de mi maletero significaba no sólo obtener el permiso de Frau Oberin (que no era difícil) sino esperar, a menudo durante días, hasta que Frau Erste, la matrona, tuviera el tiempo y se sentiese inclinada a llevarme a la guardarropía donde mi maletero sería abierto ante ella, y donde yo tomaría en su presencia lo que necesitaba. La obtención de papel que no fuese mio (del suministro que Frau Oberin tenía para su oficina) era imposible: eso podría haber causado un sin fin de problemas, y no simplemente a mí. Entonces aproveché al maximo el poco de papel que yo tenía. Yo escribiría encima de los sobres de las raras cartas que recibí, o hasta sobre las cartas mismas, entre las líneas, o en el papel que envolvia los paquetes que un amigo amable de vez en cuando me enviaba de Inglaterra, para hacer a la media docena de hojas que yo tenía restantes durar tanto como podiese. Escribí al principio muy ligeramente, con un lápiz negro. Entonces, otra vez, sobre el mismo papel, encima de la escritura pálida con más tensión, de modo que, esta vez, sólo la segunda escritura se viera. Luego, usé sobre aquella segunda escritura un lápiz indeleble que el Coronel Vickers me había dado "para escribir cartas," el día después de mi llegada, y cuya existencia él por lo visto había olvidado. Y siempre que fuera posible, yo escribiría una cuarta vez sobre esta tercera escritura, con pluma y tinta. Cada escritura sucesiva la copié, después de corregirla, en el cuaderno marrón, con pluma y tinta.

Mi tinta también se agotaba, y sería un trabajo obtener un poco más. Para colmo de desgracias, la matrona había llenado, últimamente, dos veces una pluma de mi botella - sin que yo esté en una posición para oponerme, pues entonces (¿quién sabe?) ella podría haberme dicho repentinamente que yo no podría escribir sin el permiso expreso del Gobernador, lo que habría sido para mí un obstáculo fatal. Pero no permití a aquellas dificultades preocuparme. Irritantes

como ellas podrían haber sido, eran dificultades menores. Todas las dificultades eran menores, mientras que pudiera escribir sin ser descubierta por los representantes del Poder de Ocupación.

Yo había terminado hace mucho tiempo mi Capítulo 8 - "una Ojeada en el Campo del Enemigo," - en el cual relaté algunas de mis conversaciones más típicas con las autoridades Aliadas, en particular en la Zona francesa, cuando un cierto francés en una alta posición me había presentado con prisa a uno o dos funcionarios allí, sin saber quién yo era en realidad. Yo había terminado el Capítulo 9, sobre "la Élite del Mundo" - es decir, mis camaradas alemanes; y el Capítulo 10, "la Venganza Divina," un relato de una conversación emocionante que yo había tenido, en una cafetería en Bonn, con el más simpatico "resistente" alemán, justo unos días antes de mi detención; y el Capítulo 11, "el Lado Constructivo," sobre los rasgos básicos de la civilización Nacionalsocialista - pues es una nueva civilización, y no simplemente una nueva forma particular de gobierno dentro del marco del viejo mundo Judeocristiano. Y ahora, yo comenzaba el Capítulo 12, "el Bosque Santo," la narración de algunas de las horas más dulces que yo había pasado en Alemania, en la compañía de un camarada, en algún sitio en los margenes del sagrado Hartz. Habría, a lo más, dos capítulos después de esto. Luego, yo seguiría despacio el Rayo y el Sol, - el libro en el cual tuve la intención de evocar, tan poderosamente como podría, mediante tres símbolos eternos, ilustrando tres aspectos diferentes del ritmo de la Creación, las poderosas figuras históricas que más admiré (por motivos completamente diferentes): Genghis Khan, el Rey Akhnaton de Egipto, y . . . nuestro Führer; el hombre dentro del Tiempo, el hombre encima del Tiempo y el hombre contra el Tiempo, como yo los había caracterizado. Aquel trabajo, reflexioné, sería el principal trabajo prolongado de mi vida; la sinopsis de mi perspectiva entera ante la historia. Pero no tuve ni idea cuando lo terminaría, si alguna vez lo hacia.

El tiempo que trabajé más felizmente era por la tarde después de las 6, cuando sabía que nadie entraría en mi celda hasta el día siguiente.

Yo sacaba entonces el retrato del Führer de la cubierta exterior de la Mitología de Gran Bretaña Antigua que estaba en mi mesa, y lo ponia sobre aquel libro grueso, contra la pared. También iba a mi armario, y tomaba de un sobre que yo tenía allí en una esquina, mis pendientes en forma de esvásticas, y los llevaba puestos. Durante un minuto, me miraba en el pequeño espejo que me permitieron tener. La imagen sonriente que miraba hacia atrás en mí, con los símbolos de oro grandes a ambos costados de ella, era la mismísima cara en la cual los transeúntes en Calcuta habían leído la alegría de la victoria, en el glorioso '40. Los nuevos grandes días, similares a aquellos, estaban sin duda aun lejos. Sin embargo yo había recobrado la esperanza. Tenía motivos para sentirme segura que la sagrada Esvástica - el signo del Sol; el signo del Nacionalsocialismo - sería vista, un día otra vez, sobre las banderas conquistadoras de una Alemania resucitada, la esperanza de la raza aria. Mientras tanto, ahora, en la cárcel, lo que más podría hacer era seguir escribiendo el Oro en el crisol, - mi profesión de fe y homenaje de cariño a Alemania: ¿mi epopeya de Nazi 'subterraneo'?

Yo dejaba luego el espejo, y miraba al cielo de verano puro y rezaría dentro de mi corazón a las Fuerzas invisibles detrás de las formas y los colores del mundo visible "¡Denme camaradas la libertad y poder, ustedes divinos Reguladores de todas las cosas! - ¡y traten al resto de los hombres como ellos tratan a las inocentes bestias hermosas!" Entonces, yo miraba fijamente al inspirado Rostro en la mesa ante mí, como un devoto mira fijamente en un icono: ¡"dondequiera que tu puedas estar, pueda tu espíritu llenarme, mi Führer!" pensé. ¡"Pueda tu espíritu hacerme eficiente en el servicio de tus ideales y de tu gente querida!" Y, levantando mi brazo derecho ante el cuadro, yo susurraba con fervor: ¡"Heil Hitler!"

Entonces, yo me instalaba y reanudaba mi escritura - durante mucho tiempo la unica actividad que me dejaban. Escribí con fervor, - cuando recé: cuando pensé: cuando viví. Las horas pasaron. Y olvidé que yo estaba en la cárcel.

A veces, yo leeía rapidamente otra vez partes de lo que había escrito antes. Ciertas de mis oraciones me impactaron como siendo la expresión de una verdad tan evidente, que ellas no podrían ser posiblemente no recordadas o repetidas. Incluso si no fui destinada para pronunciarlas o publicarlas yo misma, algún otro Nacionalsocialista sincero, podria tarde o temprano. Otras representaron mi actitud personal hacia el Nacionalsocialismo tan perfectamente que quise que al menos algunos de mis amigos las recordaran.

Leí, volcando las páginas escritas al azar: "el credo Nacionalsocialista, basado sobre verdades tan antiguas como el Sol, nunca puede ser borrado. Vivo o muerto, Adolf Hitler nunca puede morir . . ." "Había oro, metal bajo y lodo, entre los llamados Nacionalsocialistas de los días de gloria . . . Ahora . . . el oro solamente permanece." Y esta caracterización del sistema parlamentario; "democracia . . . la instalación sistemática de la gente incorrecta en los sitios incorrectos; el saqueo de la riqueza de las naciones por bribones astutos; el regimen de la escoria." Y esta caracterización de mí: "me siento un ario, en primer y último lugar. Y estoy orgullosa ser eso." Y estas declaraciones sobre aquellos que comparten nuestra fe: "tales son libres, aun entre rejas; tales son fuertes, aun cuando sus cuerpos estén destruidos. Ellos están de pie más allá del alcance de la amenaza y soborno. Ellos son la minoría entre una minoría - naturalmente. El oro puro siempre lo es," y: "No conozco nada en el mundo moderno tan hermoso como la juventud Nazi"; . . . "Alguien una vez me preguntó lo que me había atraído al Nacionalsocialismo. Contesté sin una sombra de vacilación: 'su belleza'"; . . . "Más que alguna vez, ahora, la minoría Nacionalsocialista es digna de gobernar." Y finalmente, en el capítulo que yo escribía ahora, aquellas palabras realmente dirigidas a mí unos meses antes por mi severo y ardiente camarada alemán, en la soledad sagrada del Hartz; las palabras que me habían decidido a dar a mi libro el título que este llevaba: "usted nos ha definido en sus panfletos. Somos el oro en el crisol. Las armas de los agentes de las fuerzas de la muerte no tienen ningún poder contra nosotros."

¡Me alegré, ah, tan alegre, de haber puesto todo esto en blanco y negro! No engreída sobre ello (las frases eran tan simples que no había nada en ellas para sentirse engreído al respecto, en primer lugar) sino simplemente alegre; alegre, después de todos estos años gastados, por haber dado a mis camaradas alemanes, en la hora más oscura de su historia, aquel tributo escrito de amor y admiración - lo mejor de mí; el tributo del ario agradecido de todos los tiempos por venir, que los Dioses habían decidido escribir de antemano, a traves de mí. ¡Ah, un día! . . . ¡un día cuando yo sería libre otra vez, y la invitada de una Alemania libre, yo publicaría aquel libro, y los alemanes que lo leerían se sentirían agradecidos a Adolf Hitler por haber, mediante la atracción de su Ideología imperiosa, obligado incluso a extranjeros a creer en la misión divina de Alemania!

Mientras tanto, seguí relatando mi conversación con Herr A. a la sombra del Bosque sagrado. Los días se hacían más y más largos, ya que el mes de mayo se acercaba a su final. En cuatro semanas, sería el solsticio de verano, el día más largo en el año, yo podía trabajar ahora hasta las diez y media por la noche sin forzar mis ojos demasiado.

El brillo de la puesta de sol tardía inundó mi celda. A traves de los tres cristales transparentes de mi ventana, yo podría ver la serie de pequeñas nubes incandescentes, como rayas de rescoldos ardientes cruzando el cielo azul luminoso, pacífico. Todo era tranquilo y hermoso, calmante e inspirador. Entonces, a veces, de repente recordé que, cuando yo estaba en India,

aunque el cielo pudiera haber sido, igualmente hermoso, los alrededores eran todo menos tranquilos. Recordé cuan fatigoso a menudo era para mí poder escribir Un Hijo de Dios y otros de mis libros en medio de los gritos de los hijos de los vecinos o el ruido de sus 'radios' encendidas a pleno volumen, o entre el ensordecedor rugido de tambores y el sonido chillón de castañuelas en la vecindad inmediata durante toda la noche o las conversaciones fuertes, música y reyertas de las personas paradas en el sendero ante mis ventanas en un país donde tantos hombres viven literalmente en la calle." Estar en la prisión es al menos mejor que eso. " Yo a menudo pensaba para mí; ¡"y sobre todo cuando el personal es tan amable conmigo como todos ellos son aquí en Werl!"

Sentí que, con mi escritura, y las visitas regulares en las tardes dominicales de mis camaradas del ala D, - con la amistad de H. E., a quien yo había llegado a querer como he querido a pocas personas en esta Tierra - tres años en Werl pasarían bastante agradablemente, si no, por supuesto, tanto como si yo hubiera estado en el ala D. Después de terminar el Oro en el crisol, yo reanudaría la escritura del Rayo y el Sol. Los libros dificilmente podrían ser publicados antes de tres años, de todos modos. Entonces no importabs tanto después de todo, si yo no estuviera libre. El trabajo que había estado haciendo, cuando fui detenida, otros lo harían seguramente, y sin duda con más inteligencia y eficacia que yo. ¿Entonces, por qué preocuparse? El interés de la causa Nazi - el refuerzo de aquellas convicciones que siempre fueron las mías, en los corazones de la gente de Hitler: y el despertar de la consciencia aria por todo el mundo, dondequiera que hubiera arios puros restantes - era todo lo que importó. Y en el silencio, en desvanecimiento, en el aislamiento de mi celda, yo contribuía con lo mejor de mi a aquel único trabajo querido a mi corazón.

Cuando no podía ver más para escribir, yo miraba fijamente una vez más en el esplendor del cielo, y agradecía a los Poderes invisibles omniscientes, omni-penetrantes que habían otorgado sobre mí tales privilegios, operando en mi favor tales milagros, llenandome, en la cárcel, con tal conciencia constante de mi fuerza y tal alegría constante a pesar de todas las dificultades, es más, a pesar de la gran humillación infligida sobre mí - mi exilio del ala D. Yo agradecía a los invisibles Poderes de la Luz y Vida que, un día, con precisión matemática, en el tiempo necesario designado, por caminos que yo no sabía, devolverian, al asombro del mundo, el papel de mis camaradas intrepidos, - crecido aun mayor y más fuerte, durante la prueba de estos años atroces - el regimen de nuestro Führer, vivo o muerto - viviendo para siempre; el regimen de la verdad eterna que representamos.

LA PARTE III
SILENCIO

CAPÍTULO X
LA BÚSQUEDA

El jueves, 26 de mayo, temprano por la tarde, yo me sentaba, como de costumbre, sobre mi cama y escribía mi libro. Debido a la altura de la ventana, yo podía ver mucho mejor allí de lo que habría sido capaz sentada en la mesa - pues la mesa, colocada inmediatamente bajo la ventana, recibia un poco de luz. En mi costado, aparte de mis papeles y mi cuaderno, estaba el libro de H. R. Hall 'La Historia Antigua del Cercano Oriente' del cual yo había estado leyendo un capítulo o dos después del almuerzo, antes de reanudar el trabajo al cual dediqué todo mi tiempo. De hecho, yo no podía mantener mi mente totalmente concentrada en mi escritura, como tan fácilmente hice durante otros días; pues este jueves siendo el Día de la Ascensión, pareció un domingo, y me habían dicho recien que mis dos amigas H. E. y L. M. vendrían a pasar la tarde conmigo. Y yo las esperaba con mi entusiasmo alegre habitual.

"Es el 26 de mayo. Les recordaré que hoy exactamente hace veintiséis años es que le pegaron un tiro a Albert-Leo Schlageter," pensé, para mí. No era que deseé en particular impresionar a mis camaradas por mi capacidad para recordar las grandes fechas de la historia del Nacionalsocialismo. Simplemente me sentí impulsada a decirles unas palabras de esperanza en este aniversario del día que el joven héroe había pagado con su vida por la alegría de desafiar la Ocupación francesa del Ruhr después de la primera Guerra Mundial. Quise decirles que ahora, no menos que en 1920, ningún Poder de Ocupación puede matar el espíritu que Albert-Leo Schlageter encarnó tan maravillosamente. Yo no era tan engreída para creer que ellas me necesitaban para decirles esto. Ellas lo sabían de todos modos. De todos modos, reflexioné, yo les diría - por el mero placer de sentirme en comunión con ellas y, a traves de ellas, con toda Alemania, en recuerdo de la lucha Nacionalsocialista temprana y en la anticipación de la nueva agitación, nuevos sacrificios y nueva gloria en el futuro, ahora que la lucha Nacionalsocialista se había convertido en la lucha suprema para la supervivencia y el triunfo de la Arianidad.

Tales eran mis pensamientos, cuando oí pasos desconocidos a lo largo del pasillo y capté el sonido de la voz de un hombre justo fuera de mi celda. Me asusté. Por instinto, olfateando yo no sabía qué peligro, empujé mis papeles y el cuaderno en el cual yo había terminado apenas de transcribir un parrafo de mi libro, bajo la cubierta de mi cama. Y, abriendo la Historia Antigua del Cercano Oriente de Hall, al azar - justo a tiempo - asumí una expresión despreocupada, como si yo estuviera absorta en la lectura del relato erudito de acontecimientos tan lejanamente apartados como algo puede estar de las guerras y las revoluciones del siglo veinte en Alemania.

La puerta fue abierta y entró el Sr. Watts, el ayudante del Coronel Vickers, el intérprete alemán, y Fräulein B., la guardia de servicio. Con suma facilidad aparente, me puse incluso a saludar a las tres personas, y dejé mi libro abierto sobre la cama.

"Hemos venido a darle una pequeña visita; y ver como usted lo está pasando," dijo el Sr. Watts, después de responder mi "Buenas tardes." El intérprete saludó con su cabeza, y la guardia dejó mi celda, tirando la puerta detrás de ella.

"Estoy bien; leo un poco, pues hoy es una festividad," contesté tranquilamente. ¿"Y sobre qué lee usted?" preguntó el ayudante del Gobernador, recogiendo mi libro, y mirando directo a mi cara, - con recelo.

"Sobre Naram-Sin, el rey de Babilonia," dije, con la misma voz imperturbable, en absoluto con el deseo de ser pedante, pero ciertamente con la intención de parecerlo - ante los ojos de mi interlocutor, juzgando - quizás demasiado apresuradamente - que, mientras más pedante yo luciría, menos él sospecharía de que yo reteniese en la cárcel el interés preciso, activo a asuntos modernos que había conducido a mi detención. El sr. Watts tomó un vistazo en el libro que él ahora sostuvo en su mano: en el lugar en el cual estaba abierto, la ilustración de la página derecha representó algún muy antiguo relieve de piedra llamado "la estela de Naram-Sin," y el título del libro, Historia Antigua del Cercano Oriente, era bastante inocuo. De todos modos, mi conjetura había sido un poco precipitada, y el hombre tenía más lógica de lo que yo había esperado: mi interés obvio a la historia babilonica temprana no excluyó en sus ojos la posibilidad que emprendiese, en la prisión, alguna clase de actividades Nazis. Él me habló directamente, después de pasar el libro al intérprete, que comenzó a examinarlo muy estrechamente: "he venido para ver si usted tiene alguna literatura prohibida, - o fotos prohibidas - en su celda. ¿Las tiene?"

De repente sentí mi corazón hundirse dentro de mi pecho. Pero, por lo que puedo decir, mi cara no cambió. (De alguna manera, en momentos de emergencia como este, esto rara vez pasa.) Y, con la ayuda de todos los Dioses, logré retener mi voz natural y mi calma aparente. ¡"Yo ciertamente no!" exclamé, fingiendo gran sorpresa, y mirando directo en los ojos del sr. Watt, con tanto aseguramiento sereno como si yo habría mentido toda mi vida. "Yo tenía, es verdad, en el momento de mi detención, cinco fotos bastante buenas del Führer, de las cuales sólo una me fue devuelta. Aquella debe estar en algún sitio en mi equipaje. No la he visto desde el día que mis cosas fueron guardadas en su sitio. Y de todos modos, yo no soñaría con guardar una imagen tan peligrosa aquí en mi celda, por más que yo pudiera lamentar no poder hacerlo." Esta explicación, dada con naturalidad, haría a todo lo que dije parecer más plausible; - al menos, eso pensé.

¿"Y sus pendientes en forma de esvásticas?" preguntó el ayudante del Gobernador. Todo el personal británico sabía de la existencia de aquellos pendientes míos, imagino, pues la poca joyería que poseí había sido entregada a la oficina del Gobernador directamente por la señorita Taylor, en el día de mi llegada, antes de mi proceso. Pero otra vez mentí. "Ellos estaban con el resto de mi joyería," dije, "y están todavía allí hasta donde sé." Y añadí tranquilamente, abriendo mi armario y arriesgando todo a fin de apaciguar las sospechas del hombre, y evitar una búsqueda sistemática de mi celda: "usted puede buscar y asegurarse que no los guardo aquí; también que yo en efecto no escondo nada prohibido."

Saqué los pocos libros que estaban en el anaquel superior: Arte y Civilización de América Antigua, marcha de los Bárbaros de Harold Lamb, y uno o dos más, y los puse sobre la mesa ante el sr. Watts que, en la mera vista de los títulos perdió todo el deseo de mirar entre sus páginas. Sin el signo más leve de nerviosismo, tomé el sobre que estaba detrás de ellos - el sobre en el fondo del cual yacian mis esvásticas de oro - y lo di al sr. Watts: "aquí dentro, estan unas fotografías de mi marido y de mí; ¿quisiera usted verlas?" dije con una sonrisa. "Está bien, bastante bien," contestó él, prácticamente tranquilizado, "¿no tiene usted ninguna foto prohibida entre ellas?"

"Ni una. Puede verlo usted mismo," contesté, actuando como si yo hubiera dado la bienvenida a un escrutinio de los contenidos del sobre, cosa que en realidad temí. "Está bien," repitió el Sr. Watts, poniendo el sobre encima de la mesa, para mi inmenso alivio. Luego dando un vistazo a mi Mitología de Gran Bretaña Antigua, - en la cubierta de la cual

guardé el retrato del Führer - él me preguntó: ¿"usted no ha escondido nada allí, tampoco?" "Absolutamente nada," contesté, con seguridad. ¡"Mire!" Y abriendo el libro, volqué sus páginas rápidamente. No había ni un pedacito de papel entre ellas. El sr. Watts no pensó pedirme levantar la cubierta del libro. Ni él, - por suerte para mí, - pensó levantar la cubierta de mi cama. Él pareció creerme, aunque sea difícil averiguar hasta que punto él realmente lo hizo. Por fin, el intérprete, que todo este tiempo había estado ocupado leyendo parrafos y partes de la Historia Antigua del Cercano Oriente de Hall, me habló. "Usted está muy seriamente interesada en la Antigüedad, veo," dijo él.

¡"En efecto lo estoy! He escrito hasta un libro o dos sobre la Religión del Disco, una forma particularmente atractiva de adoración al Sol que data tan lejos como 1400 A.C." contesté, encantada ante la idea que esta conversación podría inducir a los dos hombres a dejar su búsqueda y dejar mi celda cuanto antes. Y elegí a 'Un Hijo de Dios' de entre los libros que yo había bajado del anaquel superior de mi armario, y se lo mostré, esperando que la naturaleza del texto no menos que la fotografía de la cabeza de piedra del Rey Akhnaton en la primera página, terminara de convencerlos que yo era una persona inocua: "este es mi libro principal en el asunto," dije, pasando el volumen al intérprete. Yo habría añadido unas palabras de explicación, pero el Sr. Watts me interrumpió.

"Esperamos encontrar cosas completamente diferentes en su celda," dijo él. "Estábamos bajo la impresión que usted tenía aquí un retrato de Hitler, y que no . . ."

"Siento si le he decepcionado," contesté, irónicamente. "Pero como usted ve, no tengo nada por el estilo."

Dije esto. Pero todo el tiempo yo pensaba: ¿"quién diablos puede ser aquel que ha ido y me ha delatado? Debe ser aquella mujer enfrente, en el No 22. H. E. me dijo que ella era una Comunista confundida. De ser así, ella sólo puede detestarme. ¿Pero cómo podría ella haber sabido qué cosas yo tenía aquí? A menos que mirara por el agujero de espía una tarde después de las seis, en su camino al cuarto de recreo, por supuesto, es posible . . ."

El Sr. Watts dió otro vistazo a mí como si él deseara leer una vez más en la expresión impavida de mi rostro el signo de que yo decía la verdad. "Le creemos," dijo él, por fin. Y él y el intérprete se fueron.

Oí el ruido de la llave cerrar mi celda después de que ellos se habían marchado: y la voz de Fräulein B. en el pasillo, y el sonido de los pasos de ellos y suyos, retirándose en dirección de la puerta que condujo fuera de la "Frauen Haus"; finalmente, el sonido de la puerta de hierro, que la guardia cerró detrás de ellos.

Esperé un minuto o dos, apenas atreviéndome a creer que ellos no volverían de repente. Pero no volvieron. Entonces, levantando la cubierta de la cama, vi mi manuscrito precioso allí, donde yo lo había escondido. Y agradecí a los Dioses inmortales por mi estrecho escape.

Al ratito, cuando oí la puerta de mi celda abrirse, otra vez me asusté. Mi manuscrito, - que yo acababa de sacar - lo empujé apresuradamente atrás a su escondrijo, y mi corazón tomó un redoble rápido. Pero yo no tenía ninguna razón en absoluto para temer. Allí, parada en mi umbral y sonriéndome, estaban mis dos queridas camaradas H. E. y L. M. Un sentimiento renovado de escape milagroso se añadió al placer que tuve por verlas. Y les sonreí de vuelta con una cara radiante, cuando me levanté y saludé. Fräulein B. anduvo en mi celda con ellas, y me susurró: "estoy segura que usted me perdonará por la tardanza; pero simplemente tuve que despedirme del Inglés, antes de que yo pudiera hacer entrar a sus invitadas. El Inglés le dio un susto, hoy; ¿cierto?"

"Esto era solamente una falsa alarma," dije, con una sonrisa. "Y aun si ellos hubieran buscado en mi celda, no habrían encontrado nada," añadí, para no dejar a la guardia sospechar que yo había escondido cosas prohibidas, en el caso que ella no estuviera segura de ello - ya que yo no sabía si ella estaba de nuestro lado o no.

Fräulein B. nos dejó, y cerró la puerta. Éstabamos solas, tres de nosotras H. E., L. M., y yo - como de costumbre. Dije a mis amigas todo lo que había pasado.

"Usted se ha salvado por los pelos, y puede agradecer a sus estrellas por ello," dijo H. E.

"Usted interpretó su parte maravillosamente, confieso. ¿Pero de todos modos, qué habría hecho si el Inglés hubiera insistido en examinar sus cosas minuciosamente?" comentó L. M. "Realmente, no puedo entender por qué él no hizo así. Nosotras lo habríamos hecho, en su lugar."

¡"Mi querida," grité, con aquel sentimiento de euforia que siempre experimento cuando a estoy a punto de exponer las debilidades de nuestros enemigos, "nunca hable de lo que habríamos hecho en el lugar de algún tonto Demócrata! Aquella gente no son como nosotros; ellos nunca podrian reaccionar asi. Su psicología entera es diferente de la nuestra. Por supuesto, nunca creeríamos una palabra de lo que un enemigo nos dice. Lo tomamos por concedido que nunca podemos confiar en nadie que estuvo una vez contra nosotros - que no podemos confiar, de hecho, en aquellos que pretenden estar 'a favor' de nosotros, hasta que ellos hayan sido probados. Pero los Demócratas tienen todos los problemas en el mundo incluso para confesar que algunos seres humanos estan decididamente - y definitivamente - contra ellos y sus preciosos 'valores'. Ellos consideran sus 'valores humanos' tan maravillosos, que no pueden traerse a reconocer, que personas que son tanto inteligentes como bien informadas y desinteresadas, pueden sentir sinceramente por ellos solamente aborrecimiento o desprecio.

Debemos ser ignorantes, o influidos, o desequilibrados (ellos piensan), por otra parte no estaríamos contra aquellos. ¡Así es como ellos sacan sus conclusiones - los tontos! Y se niegan a tomarnos en serio, hasta que realmente los golpeemos en la cabeza. Mientras tanto, si acaso ellos son obligados a tomar a uno de nosotros menos ligeramente de lo que habían esperado, ellos se calman al creer que, con un poco de predicación conectada con unas señales de "bondad", él entonces seguramente "se avendrá" y dejara de ser lo que sus tendencias atávicas profundamente arraigadas, sus aspiraciones de toda la vida, su experiencia, su sentido común y la voluntad de los Dioses inmortales le han hecho ser para siempre y alguna vez. Me he levantado contra aquella actitud insultante suya toda mi vida. ¡Ah, cómo la odio! Aún asi, le digo que debería ser animada en tiempos como éstos. Esto puede - y deberia - ser explotado para nuestra ventaja, y para el desconcierto próximo de estos campeones de los "derechos humanos" etcétera, si somos bastante astutos. No es siquiera necesario ser particularmente astuto.

Uno de nosotros siempre resbala a traves de sus manos mientras sigue desafiándolos, bajo su Democracia, más fácilmente de lo que uno de ellos podría evitar problemas bajo nuestro régimen. El hombre que, por ejemplo, vino aquí ahora mismo, imagina, estoy segura, que tres meses de comida bastante decente y lo que ellos describen como 'el tratamiento amable' ha 'des-Nazificado' ya la mitad de mí. Y la vista de mis libros de historia antigua le ha confirmado más allá aquella impresión errónea. Esta gente tiene un respeto tan decadente para la 'intelectualidad' y un conocimiento tan pobre del Nacionalsocialismo, que ellos no pueden creer que una mujer que disfruta leyendo la historia de Babilonia pueda ser al mismo tiempo un 'monstruo Nazi hecho y derecho'. ¡Los tontos! ¡Permítales seguir negándose a creerlo! Un día, cuando mi libro salga - no importa cuando - ellos cambiarán de opinión. ¡Ellos cambiarán de opinión de todos modos, si gustan leer mis escrituras o no, cuando ellos vean con que

consecuencia despiadada sigo sirviendo nuestra causa después de mi liberación, hasta que yo muera! "

Mis dos camaradas habían escuchado mi diatriba con interés, y quizás con una cierta cantidad de diversión. Ya que mientras la luz en la cual yo había representado a nuestros enemigos indudablemente animó a creer en el derrocamiento del capitalismo parlamentario y el ascenso final del Nacionalsocialismo sobre sus ruinas - que es lo que queremos - el hecho permaneció que mis declaraciones arrolladoras sobre la falta de profundidad y la estupidez de los Demócratas fueron contradecidas por muchos casos individuales y que, también, no siempre era tan fácil como nos parecia ser astuto.

"Díganos," dijo H. E.; ¿"suponiendo que el Inglés habría venido media hora más tarde, y nos habría encontrado, aquí en su celda, qué le habría dicho usted para explicar nuestra presencia?"

La pregunta era muy embarazosa, ya que aquella posibilidad nunca había entrado, naturalmente, en mi cabeza. Reflexioné un minuto y contesté: "realmente no sé. Pero estoy segura que, afrontada con aquel personaje desagradable, yo habría preparado alguna historia para satisfacer la circunstancia."

¿"Qué clase de historia, por ejemplo? Díganos, por curiosidad," insistió mi amiga.

"Bien," dije, "yo podría haber fingido que había tenido un desvanecimiento, y que, en ausencia de la Hermana Maria, usted . . ." Yo acababa de comenzar a imaginar una explicación hipotética que me pareció bastante plausible a primera vista, pero L. M. me interrumpió. "Es inútil molestar nuestras cabezas ahora sobre lo que cada una de nosotras habría hecho o debería haber hecho, si el Inglés nos hubiera encontrado aquí. Él no nos encontró; y es esto. Él le encontró sola, y usted se comportó bastante hábilmente para que él no sospechara la existencia de sus escrituras, hasta donde que sabemos. Es lo principal. Esté agradecida por esto, a cualquier poder sobrehumano en que usted cree, y permitanos ya no preocuparnos sobre esta 'falsa alarma' como usted lo llama. Está terminada, de todos modos."

"No estoy tan segura como todo eso, que haya terminado," comentó H. E. " ¿No le he dicho hace mucho que tuviese cuidado con aquel manuscrito? Usted ha traducido parrafos de ello a mí, por eso hablo. Sé que material peligroso es. Lo sabe usted misma, también y mejor que yo. Es un milagro absoluto que ellos no destruyeran los tres primeros capítulos de aquel que usted había escrito antes de su detención. Por lo que usted me ha mostrado de la introducción solamente, esto me confunde. Cada vez que pienso en ello, digo a mí; nuestros enemigos deben estar locos; no hay ninguna otra explicación para ello. Pero mi querida, si alguna vez ellos meten mano en aquel libro otra vez, ahora que usted ha escrito tanto más de ello; sobre todo si leen aquel Capítulo 6 suyo, todo acerca de las propias atrocidades aliadas, - aquella acusación que azota a los Aliados, si alguno - le digo, esta vez, usted no la verá otra vez. Tenga cuidado, y escúcheme: escóndalo en algún sitio fuera de su celda - ya que tengo un presentimiento horrible que habrá problemas para usted en el aire, y quizás problemas para mí, también; aquel buen día, que su celda será revisada a fondo. "

¿"Por qué no lo buscaron ellos hoy, si quisieran hacerlo?" pregunté yo, intentando con fuerza inventar para mí razones para dejar de lado la consciencia dolorosa del peligro que me cogía de repente.

"Porque," dijo H. E. "aquella gente es más perspicaz de lo que usted piensa. Ellos nos dejan una rienda larga para luego colgarnos. Bastante posiblemente, ellos sabian todo el tiempo que usted escribe, y sólo esperan que termine su libro para poner sus manos sobre ello."

¿"Pero cómo podrían saber? ¿Quién podría haberles dicho?" pregunté.

"Cualquiera, - pues cada uno lo sabe, o lo sospecha," contestó mi camarada. "Usted parece olvidar que hay un agujero de espía en la puerta de cada celda y que cualquier preso en su camino al cuarto de recreo, o cualquiera de aquellos que friegan el pasillo por la mañana, pueden mirar dentro. Estoy segura que alguien le ha delatado, o si no el Inglés nunca habría hecho esfuerzos para venir él mismo todo el trayecto para ver lo que usted hacía. Y si usted me pregunta, es aquella mujer F. en la celda enfrente a la suya quien ha estado jugando al espía. Le dije quien es ella, y le advertí de precaverse de ella."

"Nunca le he hablado desde el día que usted me advirtió; y antes de esto, - cuando yo no sabía aun quién era ella - sólo una vez intercambié unas palabras con ella. Me preguntó, de hecho, si yo podía escribir aquí, le dije que no. Le dije que nunca me dieron ningún papel, excepto cartas privadas."

"Usted puede descansar segura que ella averiguó por si misma a traves del agujero de espía, si usted dijo la verdad o no; y que también descubrió que usted tiene un cuadro del Führer. Ella entonces fue e informó contra usted en seguida. ¡Tipico de ella! Ella nos odia a todos nosotros - y a usted, posiblemente, más que los demás, porque usted no tiene siquiera la excusa de ser alemán . . ."

"Pero," dije, "el Inglés no ha visto la foto. Tampoco él me ha visto escribir. Él todavía cree que yo leía la historia de Babilonia cuando entró . . ."

"O mejor dicho," explicó mi amiga, "usted cree que él lo cree. ¿Pero él? Usted parece subestimar la inteligencia de nuestros enemigos. Una vez lo hicimos. Pero ahora, lo sabemos mejor. Sabemos que aquella gente son los pícaros más sutiles en la Tierra. Quiero decir, por supuesto, aquellos que ocupan puestos responsables. En cuanto a los demás, - los millones que fueron engañados para enfrentarse contra nosotros por la 'libertad' 'y justicia' - usted es correcta cuando considera a ellos como tontos. Pero ellos no cuentan - por más que ellos pudieran imaginar que lo hacen, cuando van a votar, una vez cada cuatro o cinco años. Por otra parte los responsables por regla general, no hacen nada sin una razón."

Hablamos de eso largo tiempo. A las seis, la guardia de servicio vino para devolver a mis amigas a sus celdas. Nos saludamos la una a la otra y nos separamos, como de costumbre. "Con todo esto, he olvidado completamente de recordarles que hoy exactamente hace veintiséis años fue que Leo Schlageter murió para la resurrección de Alemania," pensé, tan pronto como ellas se habían marchado. Regularmente, ellas debían pasar otra vez la tarde conmigo el domingo siguiente "en tres días," reflexioné. Y, siendo como soy, incapaz de olvidar las fechas de acontecimientos que me han impresionado profundamente, pese lo remoto que ellos puedan ser, noté que el día sería el 29 de mayo, - el aniversario de aquel martes triste en el cual Constantinopla cayó a los turcos, en 1453, aproximadamente a las seis y media de la mañana; aquella fecha yo solía marcar, en mi adolescencia, observando el silencio desde la salida del sol al ocaso, sin que nadie alguna vez me haya incitado a hacer así.

Mi tendencia Mediterránea profundamente arraigada a la superstición, - conectada con los miedos que H. E. había despertado en mí - me hizo inmediatamente ver en esto un mal presagio. Creí más que alguna vez que habría problemas en reserva para mí. Y yo tenía un sentimiento vago aunque doloroso que, quizás, yo hubiera pasado la tarde con mis dos camaradas queridas por última vez.

* * *

El viernes, al día siguiente, por la mañana, en mi regreso de "la hora libre," tenía yo inmediatamente la impresión que alguien había estado en mi celda, durante mi ausencia. Automáticamente, miré en la cubierta de mi cama. A mi alivio, mi manuscrito estaba allí, como yo lo había dejado. Miré en mi cajón de mesa: allí también, el cuaderno en el cual yo había escrito los primeros capítulos de Oro en el crisol, y aquel que contiene la primera parte del Rayo y el Sol, estaban como yo los había dejado. Pero tan pronto como abrí mi armario, una ansiedad insoportable me agarró: mis libros no estaban en el mismo orden que yo los había colocado; y un folleto amarillo, el Programa del N.S.D.A.P. que yo había tomado recientemente de mi maletero para referencias, y que yo había dejado con cuidado escondido detrás de los demás, lo encontré yaciendo solo, fuera del anaquel, en la cima del armario. Era bastante para indicar que mis cosas habían sido tomadas mientras yo estaba fuera. ¿"Por quien?" Me pregunté.

¿Qué podría yo hacer? ¿A quién podría preguntar? ¿Quién estaba realmente de nuestro lado y quién no estaba? Por un rato, me sentí indefensa - y todo el tiempo, con una creciente insistencia despiadada, una pregunta - una sola - me obsesionó: ¿cómo salvar mis manuscritos? Todo el resto, ahora, retrocedió en el fondo, pareció secundario ante mis ojos. ¿Mis pendientes? Bien, si alguna vez los confiscaran realmente, nada sería más fácil para mí que comprar otro par prácticamente igual, un día, en cualquier tienda de joyería en India. Las esvásticas de oro eran tan comunes, allí, como las cruces de oro en Europa. ¿Mi Programa del N.S.D.A.P.? Yo podría conseguir otro de mis amigos alemanes, cuando sea liberada. Y si no, yo podría estar sin el. Sé los famosos Veinticinco Puntos de memoria, de todos modos. Y las referencias suplementarias que yo había necesitado en relación al Capítulo 11 de mi libro, ya las había utilizado ahora. Mis libros de canciones también podrían ser sustituidos. Y yo sabía muchas de las canciones. Incluso la pérdida del retrato del Führer, dolorosa como sería para mí, no sería irreparable, pensé. Pero la pérdida de mi manuscrito si lo sería. Nunca podría yo escribirlo otra vez como era. Cada vez más, sentí que este estaba en peligro. ¿Pero cómo salvarlo?

Yo tenía más facilidad para parecer tranquila, - y de hecho sentirme tranquila - en un momento de emergencia repentina como aquel que yo había experimentado cuando había visto al Sr. Watts entrar en mi celda, que ahora, cuando yo tenía todo el ocio para pensar sobre los motivos por los que tuve que estar preocupada. Comprendí que primero tuve que parecer tranquila. Y yaci un rato sobre mi cama a fin de reponerme. Entonces, me miré en el espejo para asegurarme que el miedo aun no podia ser descubierto en mi cara. Viendo que no era, presioné el interruptor que encendería la ampolleta encima de mi puerta, fuera de mi celda, en el pasillo, y llamaría la atención de la guardia de servicio. Ésta, a mi sorpresa, abrió mi puerta mucho más rápido de lo que yo había esperado, "¿Qué necesita usted?" ella me preguntó.

"No me siento para nada bien; podría usted ser bastante amable para llamar a la Hermana Maria," dije, fingiendo no saber que la Hermana Maria estaba en unas vacaciones, y que la única persona que podría venir en su ausencia era mi querida Frau Fulanita de tal, quien no dejaría de traer a H. E. con ella. La respuesta de la guardia confirmó mis esperanzas interiores.

"La hermana Maria no está aquí," dijo ella; "pediré a Frau Fulanita de tal venir."

"Llame a quien guste mientras alguien venga," contesté, con una voz cansada estudiada. "Me siento enferma." Pero yo pensaba todo el tiempo: "Frau Fulanita de tal es una de nosotros. Ella me ayudará - si puede. Y H. E. vendrá seguramente con ella. Mi querida H.. . .! ¡Mi camarada sincera! ¡Será reconfortante para mí, en esta emergencia, simplemente verla!" Las dos mujeres vinieron, y tiraron la puerta detrás de ellas. En un susurro, rápidamente les dije lo que había pasado.

¡"Yo le había advertido!" exclamó H. E. ¿"no es cierto? Estoy segura que es aquella mujer Comunista quien informó contra usted. Y averiguaré quién entró en su celda - si puedo."

"Quienquiera ella sea, no hace ninguna diferencia ahora," contesté. "Hay un favor que quiero pedirle, con el permiso de Frau Fulanita de tal; sólo uno: esconda mis manuscritos en algún cajón, en algun rincon del Hospital, de modo que, si ellos buscan mi celda otra vez, no los encuentren. ¡Sálvelos! Para mí - y para Alemania - ellos son mucho más valiosos que mi vida; sobre todo el que escribo ahora. Aquel es . . . bien, usted sabe cual es. Usted ha leído parrafos de ello. ¡Ayúdeme a salvarlo! "

H. E. levantó sus ojos hacia Frau Fulanita de tal con el ruego: ¿"por qué no intentarlo? ¿Quizás podamos esconderlo?" dijo ella.

Frau Fulanita de tal reflexionó un rato. Mi corazón latia rápido, en la angustiante expectativa. El rato parecio durar una eternidad. "Lamento que yo no pudiera darle aquel servicio," dijo finalmente Frau Fulanita de tal. "He oído de su libro de H. E., y yo haría cualquier cosa dentro de mi poder para salvarlo. Pero no estaría seguro en el Hospital. Cada uno sabe que venimos justamente aquí a menudo. Cada uno sabe, o sospecha, que H. E. es su amiga. ¡Si ellos buscan su celda por escrituras suyas y no encuentran nada, bastante probablemente buscarán en el Hospital, y luego, si descubren el libro allí, Dios nos ayude! Sufriremos, junto con usted; más que usted, de hecho, porque somos alemanes. Perderé mi trabajo. Pero no le pido pensar en mí. Piense sólo en el peligro que usted puede traer sobre su camarada y amiga, que no es sólo un preso político como usted, sino un llamado 'criminal de guerra'."

Reconocí la solidez y la prudencia de sus palabras y ya no supliqué. Yo no podía arriesgarme a causar sufrimiento a mi querida H. E. incluso para salvar mi libro.
¿"Qué aconseja usted que yo haga?" pregunté. "En una hora, el Gobernador, o su ayudante, vendrán para su visita semanal. ¿Y si él se mete en su cabeza examinar mis cosas?"
"Ellos no buscarán su celda ahora, inmediatamente, durante la visita general," dijo Frau Fulanita de tal. "Pero en el lugar de usted, yo simplemente tendría todo mi material peligroso guardado en su sitio con el resto del equipaje en la guardarropía.

No hay prácticamente ningún temor que ellos vayan allí a desenterrarlo, por la simple razón que no se supone que usted tenga cualquier acceso al lugar. Deje a las cosas permanecer como son, ahora mismo. Silenciosamente vaya y báñese cuando su turno venga, y luego espere antes de que la visita semanal del Gobernador se termine. Llame a Frau Oberin y dé todas sus cosas peligrosas que tenga, pidiéndole ponerlas en su maletero en la guardarropía. Ella lo hará con mucho gusto, y no dirá nada sobre eso. Usted puede confiar en ella. "

"Sí," acentuó H. E., "es una buena sugerencia."

"La seguiré," dije. ¡"Gracias, Frau Fulanita de tal! Gracias, también, por venir conmigo, mi H.. . .! ¿Usted viene otra vez el domingo, verdad? De alguna manera, desde ayer, no puedo soportar permanecer una hora distanciada de usted. Es como si yo estuviera con miedo que algo pudiera separarnos."

H. E. puso su brazo alrededor de mi cuello, cuando sus ojos celestes miraron tiernamente en los míos. "Incluso si ellos intentaran, no podrían separarnos para siempre," dijo ella. Y durante un minuto, olvidé mis manuscritos que estaban en peligro, para sólo sentir que yo no había venido a Werl en vano, ya que yo había encontrado allí a tal camarada como H. E. Y las lágrimas llenaron mis ojos.

Pero ella añadió: "no se preocupe, ahora. Haga como Frau Fulanita de tal ha sugerido, y todo

estará bien. Le veré el domingo. Le veré mañana por la mañana, de hecho, y esta tarde durante un minuto o dos, si puedo. ¡Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" repetí, fervorosamente, con voz baja, levantando mi mano derecha en el saludo, cuando ella y Frau Fulanita de tal dejaron la celda. Y con aquellas dos palabras mágicas, sentí que el miedo y la angustia desaparecian desde dentro de mí. Una fuerza extraña, - que no era la mía - aquella mismísima fuerza sobrehumana que había sostenido a miles de otros Nacionalsocialistas durante todos estos años de la persecución - me poseyó. De alguna manera sé que, independientemente de lo que podría pasar, ganaríamos, a la larga. ¿Y si fuimos destinados a ganar, qué importó todo el resto?

* * *

El día pasó, y el día siguiente también, sin cualquier incidente sensible. Yo había pedido ver a Frau Oberin, teniendo la intención de darle cualquier manuscrito para que lo guarde en la guardarropía. Pero yo no había tenido ninguna respuesta. Quizás ella estaba fuera, y volvería sólo el lunes por la mañana. Yo sabía que ella solía pasar sus fines de semana en Dortmund con sus padres, cada vez que podía. La única otra persona que podría haber tomado mis libros y haberlos puesto en mi maletero en la guardarropía era Frau R., también conocida como Frau Erste, la matrona. Pero aunque ella siempre me tratara amablemente, no estuve suficientemente segura de su colaboración para confiarle mis escrituras. "Veré seguramente a Frau Oberin el lunes por la mañana, si no es que mañana," pensé. "Y se los daré." El día siguiente era el domingo, 29 de mayo. Frau Oberin no vino. Decidí hablarle el lunes. Mientras tanto, esperé a mis dos camaradas, despacio siguiendo el Capítulo 12 de mi libro. En vano esperé la tarde entera. Hacia las cuatro, yo me había puesto demasiado agitada para escribir más tiempo. Abrí al azar la Historia Antigua del Cercano Oriente de Hall y traté de leer. Pero no podía. Seguí levantando mis ojos cada cinco minutos, mirando sobre la pared al parche de luz solar que con su movimiento estable hacia la puerta me dijo del rápido vuelo del tiempo. Un poco antes de que mi cena fuera traída, oí por fin un ruido en mi puerta, y vi un ojo azul mirar fijamente hacia mí por el agujero de espía. Me levanté, y fui a ver de quién era. A mi alegría, era H. E.

¡"Savitri!" ella me llamó, suave y tristemente, desde fuera.

"H.. . .!" contesté, llamándola en mi turno por su nombre. ¿"Viene usted? Le he esperado toda la tarde."

"No podemos venir más," dijo ella. "El Gobernador lo prohíbe."

Sentí mi corazón hundirse dentro de mi pecho, como había hecho ante la vista inesperada del Sr. Watts, tres días antes. Olfateé el peligro. Indudablemente H. E. lo olfateó también, ya que ella me preguntó: ¿"ha hecho usted lo que le dijimos?" Entendí que ella quiso saber si yo habia puesto mis manuscritos en la seguridad.

"Todavía no," dije. "Yo no podía ponerme en contacto con Frau Oberin. He pedido verla, pero no he tenido ninguna respuesta."

H. E. me miró más tristemente que alguna vez. "Ella está fuera," ella me dijo. "Espero que mañana no será demasiado tarde."

"Esperemos," contesté. Y añadí: ¿"nunca le permitirán venir otra vez los domingos? ¿Nunca?" Cuando hablé, senti como si algo me ahogara.

"Por lo visto, nunca más," contestó mi camarada. "Éstas son las órdenes del Gobernador, me dijeron recien."

¿"Quién le dijo?"

"Fräulein S." Fräulein S. era la ayudante de Frau Oberin, como he declarado una vez. Yo estaba muda, y me senti más incómoda que alguna vez. "Tengo que irme, ahora," prosiguió H. E. prontamente; "ellos no deben agarrarme hablandole a usted por el agujero de espía, o habrán problemas adicionales. ¡Auf wiedersehen!"

El ojo azul desapareció de en medio de la abertura redonda diminuta. Y oí a H. E. dirigiendose a lo largo del pasillo en dirección del ala D. Una tristeza más allá de la expresión, y un miedo indefinible tomaron posesión de mí. En vez de colocar mis manuscritos en el cajón de la mesa, los escondí bajo mi colchón, después de mirar en vano a la derecha e izquierda, para un mejor lugar. No había ningún lugar en el cual yo podría estar segura que no serían encontrados, si una búsqueda fuera hecha. De hecho, ellos estaban tan seguros de ser encontrados bajo mi colchón como en mi cajón. Yo no sabía por qué trataba de esconderlos allí, o mejor dicho, yo sabía que era inútil. De todos modos los escondí, en una especie de pánico.
Más fervorosamente que nunca, esa noche, recé que ningún daño podría acontecer a mis preciosas escrituras, y con más ansia que alguna vez miré fijamente al retrato del Führer, y añoré desesperadamente por los nuevos tiempos en los cuales todos mis camaradas y yo seríamos libres - teniendo, después de todas nuestras tribulaciones, por fin, una vez más el derecho de ser Nacionalsocialistas, abiertamente, ante el mundo entero; es más, en que seríamos poderosos, temidos por aquellos que ahora nos persiguen.
Pero aquellos tiempos parecieron lejos, ya que yo no estaba en un humor esperanzador. Envidié a todos aquellos de nosotros que habían muerto en o antes de 1942, llenos de certidumbre alegre. Y traté de dormir - para olvidar, durante unas horas.
Pero yo no podía dormir.

* * *

Durante la mañana siguiente, el lunes, 30 de mayo, mi celda fue abierta. Frau Erste - la matrona - y Fräulein F, la guardia de servicio ese día, aparecieron en el umbral. Frau Erste me pidió la acompañe en la celda No 50 al lado de la mía, que estaba vacía, y en que entró ella misma, con Fräulein F. Ella tiró la puerta detrás de nosotras, y luego me dijo repentinamente "desnudese".

Comencé a desabotonar mi overol mientras ella desató mi pelo para ver si yo escondia algo en el. Entonces me quité y lancé aparte mi ropa, calcetas y zapatos, y permanecí desnuda ante las dos mujeres, reteniendo sólo la pequeña imagen de cristal del Führer, que llevé puesta alrededor de mi cuello con un pedazo de cuerda. Yo no podía menos que preguntar a Frau Erste por qué fui de repente sometida a esta búsqueda de un minuto.
"Usted ha estado haciendo cosas tontas," contestó ella. "Usted sabe lo que ha hecho."

"Francamente, no lo se. No he hecho nada," protesté, con energía. Yo hablaba sinceramente. Yo no tenía la idea más brumosa de qué yo podría ser posiblemente acusada. Durante semanas, toda mi actividad había consistido simplemente en escribir mi libro, sin entrar en contacto con alguien, más que mis dos amigas del ala D, siempre que yo pudiera, y los miembros del personal. Durante semanas yo había dejado completamente de tratar de adoctrinar a las mujeres bastante embotadas con quienes yo solía pasar mi "hora libre," dos veces al día. Además, la compañia que yo ahora por lo general tenía durante aquellos breves minutos de relajación al aire libre, era una Holandesa, muy simpaticamente dispuesta hacia nuestra ideología, aunque un poco demasiado delicada, - demasiado parcial, a pesar de todo, a favor del llamado "valor" de cada vida humana - para merecer ser contada como una de

nosotros. Adoctrinarla, ideológicamente, era innecesario: teóricamente, ella estaba de nuestro lado, - o al menos pensó que ella lo estaba. Por otra parte, volverla, en casos prácticos, más consecuente con la Ideología que ella profesó admirar, era imposible; tratar de hacerlo era peligroso. Ya que mientras su sentido común le dijo que teníamos razón incluso en lo que al mundo decadente le gusta llamar nuestros "excesos", ella era humanitaria por temperamento. Y es incurable. Yo no tenía por lo tanto ninguna razón terrenal de permitirme el proselitismo, salvo mediante el ejemplo vivo de mi propia fe constante y consecuencia absoluta.

Pero Frau Erste no me creyó. "Usted ha estado distribuyendo panfletos, y hablando propaganda, entre los otros presos," dijo ella.

"No lo he hecho, durante muchas semanas," contesté. Y otra vez yo decía la verdad.

Mientras tanto, Fräulein F. buscaba en los bolsillos de mi overol, y mis calcetas. En uno de mis bolsillos, ella encontró un papel doblado en cuatro, llevando en mi propia letra, una copia del texto de los carteles que habían causado mi detención. Y yo sabía que aquella copia impresa del mismo texto que había sido dejada en mi posesión, - y uno de mis panfletos de un año anterior, podían ser encontrados entre mis libros. Esto sin duda reforzaría la acusación contra mí. Y el manuscrito de Oro en el crisol era, por supuesto, más que cualquier panfleto, una prueba elocuente que permanecí como una Nacionalsocialista tan militante como alguna vez. Fräulein F. tomó un vistazo en el texto escrito a mano y no hizo ningun comentario. Yo le había dado un papel similar - que ella había aceptado de buena gana - unos días después de mi llegada a Werl.

La matrona tocó el pequeño retrato de cristal del Führer que llevé puesto alrededor de mi cuello. ¿Iba ella a llevárselo de mí? Me pareció como si ella quisiera hacerlo. "Después de todo," pensé, "ella tiene órdenes de revisarme a fondo." No dije nada. No supliqué por piedad. Pero mis ojos la miraron con un ruego más poderoso de lo que cualquier palabra podría expresar. ¿"dejeme al menos esto?" ellos le gritaron en súplica. "Estoy a punto de perder todo, incluso mis escrituras. ¡dejeme al menos ese - mi último tesoro! ¿Qué daño puede venirle? ¿Quién sabrá sobre ello?"

El último tesoro de un prisionero dentro de su poder: la imagen del Hombre que, ahora, en su vida, había levantado a la Gran Alemania en toda su gloria. Y los ojos oscuros que le suplicaron a ella para salvarlo, con tal petición patética, eran aquellos de una aria extranjera cuyo amor nunca había fallado; los ojos que habían irradiado una felicidad extasiada, en el anuncio de las grandes victorias de 1940; que habían llorado, cuando el poder de Alemania fue destruido. Hasta este día, no sé lo que pasó en el corazón de Frau Erste. Todo lo que sé es que ella no ordenó que yo lo soltara de la cuerda y entregara el pequeño objeto inestimable. Y me gusta creer que ella obedeció el dictado interior de su orgullo alemán, - más fuerte, por una vez, que su sentido profesional de la disciplina en nombre de la disciplina; más fuerte que su miedo al Coronel Vickers.

Fräulein F. me dio un nuevo overol para ponerme. El mío fue llevado, con todo lo que contenía en sus bolsillos, aparentemente para ser examinado más estrechamente. Las dos mujeres entonces volvieron a mi celda al lado, después de encerrarme con llave en el No 50. Inmóvil, muda y sin lágrimas, les escuché volcar mi colchón, bajar mis libros de los anaqueles en el armario, dar vuelta mi cajón. Indudablemente, ellas habían encontrado mis manuscritos. Se los llevarían en un minuto, y los entregarían a los representantes del Poder de Ocupación. Aquellas escrituras, en las cuales yo había puesto todo mi amor, nunca las vería otra vez. Y la gente para quien yo las había escrito - mis camaradas alemanes - nunca las leerían, yo sabía esto. O, al menos, pensé que lo sabía. Sentí lo mismo que si hubiera sido verdad, y como si yo lo supiera. Y aún asi, permanecí silenciosa y sin lágrimas; en impasibilidad parecida a una piedra. Algo me ahogó; y algo me paralizó. No recé siquiera, - ni siquiera pensé. Sentí como si

yo habría sido de repente vaciada de toda mi sustancia y había dejado de existir, salvo como un autómata. Escuché con indiferencia a las dos mujeres que saqueaban mi celda, menos de dos metros de distancia de mí, al otro lado de la pared de división. Capté la vista de un retazo del cielo azul a traves de un cristal de ventana transparente. Pero hasta el cielo - el océano ilimitado, insondable de luz que siempre me significó tanto - no movió un sentimiento en mí. Si, por un rato, un maniquí pudiera hacerse consciente, este tendría la clase de consciencia que entonces experimenté.

Yo no podría decir cuanto permanecí de pie en aquella celda vacía, interiormente aplastada en aquel estado indescriptible de muerte psicológica. El tiempo no existió más para mí como si yo realmente hubiera estado muerta.

EI CAPÍTULO XI
ANGUSTIA

Por fin, Frau Erste vino para traerme, me acompañó atrás en mi propia celda, y me cerró con llave dentro.

Vi mi colchón y ropa de cama que había sido volcada; mi armario, en el cual nada fue dejado, ni siquiera el plato en el cual yo solía comer; mi ahora vacío cajón, en el cual, todas estas semanas, yo había guardado mis manuscritos. Y, tal como un hombre que ha sido noqueado despierta al dolor después de unos segundos de insensibilidad, fui azotada por mi extraña apatía como de muerte, de vuelta a la vida - de vuelta al diablo. Yo conocía el horror de saber que había perdido todo y que no podría hacer nada al respecto; el horror de ser vencida. Mi boca tembló. Las lágrimas me ahogaron. Me lancé sobre mi cama - en desorden como ella estaba - y comencé a sollozar en voz alta, como un loco, desesperadamente, como yo había hecho tantas, tantas veces durante aquellos tres años atroces de amargura, humillación y odio impotente que habían seguido al colapso de todos mis sueños en 1945; aquellos años a traves de los que yo había vivido sin esperanza, para la sola venganza, y durante los cuales hasta la venganza pareció a veces demasiado lejana para que yo pudiera esperar verla. Sollocé hasta que mis ojos fueran débiles y mi cuerpo se agotó; hasta que yo ya no pudiera sollozar.

Esta era la aproximación más cercana a la pena "personal" que yo había experimentado alguna vez - seguramente la primera pena en mi vida acerca de un acontecimiento que me afectó más que otros; y probablemente la única pena de aquella descripción que yo era capaz de experimentar. De repente lo comprendí, cuando me senté sobre la cama, y sequé mis lágrimas con el puño de mi manga. Y esta consciencia, que me vino en toda su simplicidad poderosa - como aquella de un hecho físico - era el primer rayo de luz de rescate en medio de la penumbra completa que todavía me sumergía; mi primer impulso de fuerza y orgullo desde la profundidad del desánimo. ¿"Por qué lloro, yo que nunca he llorado, sino por cosas que valen la pena?" pensé. " Este golpe no es nada, comparado con la Capitulación. Esto sólo afecta a mí. Por lo tanto, es una bagatela. ¿Soy un débil, un cobarde, 'un intelectual' engreído, al llorar por esto ahora, cuando el horror de '45 retrocede rápidamente en el pasado? ¿Ahora, cuándo sé que hay esperanza tanto de la venganza y de la gloria, para aquellos que admiro? ¿Ahora, que un

lapso de tiempo más pequeño, quizás, separa a mis camaradas martirizados y a mí de nuestro Día en el futuro, que de la Capitulación en el triste pasado reciente? ¿Incluso si mis escrituras son perdidas para siempre, por qué debería yo romper mi corazón sobre ellas? ¿No puede acaso la élite aria invencible, - el verdadero 'oro en el crisol' viviente, - ascender sin su ayuda? ¡Recompongase usted, Savitri, cuyo nombre significa 'la energía del sol'! ¡Niegue a los agentes de las fuerzas oscuras el poder de hacerle sufrir! Y seque sus lágrimas: los Nazis no lloran. " Me sentí un poco mejor después de razonar así conmigo. Desperté, y lavé mi cara. Me determiné a no permitir que yo fuese aplastada. Las frases de las viejas canciones hermosas que habían inspirado a los Nacionalsocialistas tempranos durante la primera lucha para el poder, volvieron a mi memoria como dictados de orgullo y coraje:

"Ninguno de nosotros se debilitará alguna vez. . . "1
1 "Wollt nimmer von uns weichen . . ." (De la canción, del S.S. que comienza "Wenn alle untreu warden . . .")

"Solamente la muerte puede derrotarnos . . . "1
"Vamos a marchar adelante, cuando todo se cae a pedazos. . . "2
1 ". . . der Tod besiegt uns nur . . ." ("De Wir sind die Sturmkolonnen . . .")
2 "Wir werden weiter marschieren, wenn alles in Scherben fällt . . ." ("De Es zittern die morschen Knochen . . .")

Un entusiasmo sobrenatural repentino, tanto más irresistible pues este se elevó tan dramáticamente dentro de mí, desde tal desánimo completo, en la llamada de mi más alto Yo, me envolvió. Otra vez, las lágrimas llenaron mis ojos. Pero ellas ya no eran las lágrimas del vencido. Eran lágrimas de la emoción cuando, en los dientes de impotencia total y pérdida irreparable, me volvi consciente de mi invencibilidad, que era - yo sentía; sabía - la invencibilidad de todos los verdaderos Nazis del mundo.

Estando de pie en medio de mi celda saqueada, con mi brazo derecho extendido hacia el Este - como había estado en el lugar húmedo y oscuro en el cual yo había pasado la noche de mi detención; como había estado, cuando era libre, un día, sobre las ruinas "de un búnker" recien explotado por los Aliados, en las colinas revestidas de vides encima de Wiltingen, cerca del río Saar - entoné la Canción inmortal:

¡"Die Fahne hoch! ¡Die Reihen fest geschlossen!
S.A. marschiert, mit ruhig festem Schritt . . . "

Cuando canté, los grandes recuerdos, las visiones de la belleza marcial suprema, se elevaron dentro de mi consciencia, frisos vivos de otro mundo - de aquel mundo que yo había amado, admirado, exaltado, por el que vivi, por el que yo habría muerto de buena gana, pero que yo nunca había visto; era el mío sin embargo, sea que yo lo habia visto o no. Imaginé la marcha de la S.A. por las calles de Alemania renacida, en los primeros días de la lucha; el entusiasmo delirante de 1933; la Reunión de Partido majestuosa de 1935, en Nuremberg, - cientos de miles, vienen a proclamar su fe en nuestros valores eternos, en aquel estadio inmenso dominado por la plataforma de piedra que portaba la Esvástica sagrada y lleva la Llama viva brillante, el nuevo altar de la Raza aria a la gloria del Sol y a su propia gloria; imaginé las magníficas escenas de 1940: la marcha del Leibstandarte Adolf Hitler bajo el "Arc de Triomphe de L'Etoile" y a lo largo de la Avenue des Champs Elysées, a la música de aquella mismísima Canción de Horst Wessel, en París conquistado. Pero después de esto, las ruinas, el terror, el hambre, las humillaciones diarias que yo había visto; el martirio largo tiempo prolongado de Alemania; mi propia agonía mental en una Europa hostil a todo lo que admiro; la vista de los eunucos de la Democracia y de sus pupilos - los fangosos levantinos y negros 'intelectuales' Cristianizados y de sus maestros, los Judíos, que se gozan con la derrota del más noble de los arios; el triunfo

del mono sobre el semidiós vivo y, lo que es quizás aún peor, el sermón condescendiente del mono al semidiós herido, que está en el polvo, impotente, aunque divino a pesar de todo - más divino que alguna vez por el contraste con el payaso infrahumano engreído. . . Hice un esfuerzo agotador para "sostenerme" hasta el final. Pero mientras, con una voz ya cambiada por la emoción canté la última línea:

"Die Knechtschaft dauert nur noch kurze Zeit."
(La esclavitud no tiene mucho más tiempo para durar.)

Me quebré.
Y desde entonces en adelante, mi tortura comenzó - una tortura que los representantes del Poder de Ocupación no podían comprender, ni siquiera sospechar, y de la que ellos eran, por decir lo más, los instrumentos, no la causa.

La causa era mucho más remota; y ella está dentro de mí. Ya que mientras yo había buscado en la Canción de libertad, orgullo y poder, un hechizo de fuerza en mi grave situación trágica presente, mi vieja pena constante por no haber venido a Alemania antes, - aquella consciencia de una vida inútil, gastada, que me había atormentado como un remordimiento, tan a menudo, desde el brote de la guerra y sobre todo desde la Capitulación - me había agarrado otra vez con un apretón de hierro. Esto ahora se mezcló con la pena que sentí por la pérdida de mis manuscritos, mas aun, esto encendió aquella pena en la desesperación completa, enloquecedora. Mi impulso habría sido rezar a las Fuerzas invisibles para salvar mis escrituras, incluso contra toda la esperanza. Pero una voz interior implacable - la voz de mi verdadero Yo - siguió diciéndome que yo era indigna del favor de las justas, Fuerzas omni-penetrantes sin pasión. Con viveza incomprensible y exactitud, esto me indicó mi vida prácticamente gastada, en flagrante contraste con lo que aquella vida podría haber sido si, cuando yo tenía veintidós años, yo hubiera tomado una línea diferente - mi propia línea exclusivamente racional, exclusivamente constructiva, exclusivamente natural, a saber, si yo acabara de cruzar el Rin en vez de cruzar el Mediterráneo. Esto me azotó y se burló de mí, cuando yo estaba sobre mi cama, sollozando más como un loco que nunca, esta vez, menos por mis manuscritos perdidos que por mi juventud perdida, mi energía perdida, mis años solos, cansados, sin valor en el Cercano y Medio Oriente, una caricatura lamentable de la vida útil y feliz - la vida gloriosa - que yo podría haber vivido . . . si - si yo no hubiera sido tan tonta. Y acepté en toda la humildad cada golpe de aquella fusta de la conciencia que cayó una y otra vez sobre mí, mordiendo en mi corazón más y más profundo cada vez - cada empuje del cuchillo en la vieja herida abierta - ya que yo sabía que lo merecí.

Despiadadamente, en toda su ironía trágica, la película de mi vida entera se desenrolló ante mí. Recordé mi infancia esencialmente Pagana, mi adolescencia aun más conscientemente Pagana, en medio de aquel mundo Judeocristiano que yo siempre desprecié tan profundamente cuando yo no lo había odiado amargamente; mas aun, en medio de la nación - decadente - la más notoriamente sobrecivilizada, cerebral, ligera, animada y alegre de aquel mundo: Francia, la nación que se ríe de todo lo que ella no logra entender. Recordé mi orgullo temprano en la salud, fuerza y gracia; mi rebelión temprana contra los valores Judeocristianos y la actitud Democrática a la vida. La igualdad, 'la dignidad' de todos los seres humanos cualquiera sea su raza, su carácter, su estado de salud, por la única razón que ellos eran seres humanos; uno de estos idiotas repulsivos, que yo había visto en mi visita al asilo de Laforce, tan adorable como yo misma ante los ojos del suave Jesús - y ante mis embotados, amables, condescendientes profesores, sean Cristianos o Librepensadores, - por la única razón que se supuso que él tenía 'un alma' (o cualquier cosa que podría ser el equivalente de los Librepensadores para ella); la vida de un Negro, de un Judío, tan "sagrada" como aquella del espécimen más espléndido de la humanidad, y mucho más sagrada que aquella de las bestias majestuosas de los bosques, que amé por su belleza; "¡el derecho" del hombre para infligir sufrimiento y muerte sobre animales inocentes sanos tanto como a él le complaciera a fin de contribuir a alimentar o "salvar" a

hombres afectados, deficientes, o naturalmente inferiores, negando a los hombres más fuertes, más hermosos, mejores el derecho de controlar y aprovecharse de los naturalmente inferiores! ¡Ah, cómo yo había odiado todo eso, con toda la pasión de mi corazón, a partir de los días más tempranos de mi vida, a despecho de mis alrededores en casa, en la escuela, en el colegio, en todas partes! ¡Cómo yo siempre fui el enemigo irreducible del creyente sentimental en "los derechos del hombre," del pacifista, del Cristiano, sobre todo si aquel amante de la humanidad fuese, además, un comedor de carne y un partidario del horror cometido sobre animales "en el interés de la humanidad!"

Los versos que yo había leído en mi adolescencia temprana - o antes - y que yo nunca había olvidado, ya que ellos habían ejercido sobre mí una atracción parecida a un hechizo; los versos del poeta francés Leconte de Lisle, sobre todo, volvieron a mi memoria:

¡"Henokhia! ciudad monstruosa del viril,
Guarida del violento, ciudadela del fuerte,
Tu que nunca has conocido miedo ni remordimiento . . . "1
1 "Henokhia! cité moustrueuse de Máles,
Antre des Violents, citadelle des Forts,
Qui ne connus jamais la peur ni le remords . . ." —
Leconte de Lisle (Poèmes Barbares, "Qaîn")

Y esta evocación deslumbrante del héroe ario deificado de India, en todo el orgullo de la Raza divina privilegiada - estos versos de los cuales su música fue destinada, un día, después del fracaso de mis grandes sueños en Grecia, a conducirme hacia la Tierra ordenada por castas en su condición de fortaleza inmemorial del orden natural y jerarquía:

"Rama, hijo de Dasharatha, que los Brahmanes honran,
Tu cuya sangre es pura, tu cuyo cuerpo es blanco,"
Lakshmana dijo, "¡Te Saludo, Oh subyugador resplandeciente
De todas las razas profanas! "2
2 "Rama, Daçarathide, honoré des Brahmanes,
Toi dont le sang est pur, toi dont le corps est blanc,
Dit Lakcmana, salut, dompteur étincelant
De toutes les races profanes!"
Leconte de Lisle (Poèmes Antiques, "L'Arc de Civa").

En efecto, yo había sido inspirada toda mi vida con el mismísimo espíritu que ahora. Cuan correcta yo había sido cuando había escrito, en algunas lineas en mi ahora perdido libro: "uno no se hace un Nacionalsocialista. Uno solo descubre, tarde o temprano, que uno siempre fue uno - que, en la naturaleza, uno no podía ser posiblemente algo más."1
1 En el Capítulo 9.

Mientras más me recordé en el umbral de la vida, en mis discusiones con los Cristianos que ya me reprocharon por mi "orgullo espiritual" y "perspectiva inhumana"; con los soñadores pacifistas que desprecié, con los entusiastas de la moda de Sigmund Freud, que aborrecí, más yo sabía cuan verdaderas estas lineas eran.

Pero entonces, la voz interior acusadora sonó claro y despiadada dentro de mí: " Sí por supuesto, que es verdad. En todo el mundo ario exterior a Alemania, ni un hombre o mujer alguna vez fue más decididamente seleccionado que usted para el honor de atestiguar a la verdad proclamada por Adolf Hitler. Ninguno entendió esa verdad mejor que usted; ninguno la amó más ardientemente; ninguno amó solamente eso, como usted ya lo hizo en aquellos días lejanamente idos de la lucha temprana para el poder. ¡Ah, recuerde, recuerde con que simpatia, con que admiración entusiasta usted siguió aquella lucha temprana en los periodicos, cuando

usted tenía dieciocho años y veinte! Usted no había terminado aun su pena por la destrucción de la Ionia griega - aquel puesto avanzado histórico de la civilización aria en el Cercano Oriente - y ya usted tenía bastante visión para interesarse en la lucha de una gran nación Occidental para la libertad, es más, para la vida; usted ya tenía bastante corazón para ver en la Ocupación francesa del Ruhr un acto criminal, y usted habló en contra de ello con indignación salvaje. Una vez más, como durante el bloqueo de Grecia durante la primera Guerra Mundial, y como después de su traición a Grecia en Asia Menor, usted consideró a Francia - y correctamente asi - como el enemigo de la humanidad aria.

¿Pero qué hizo usted, cuándo era libre para actuar? Usted fue y procuró salvar a los griegos modernos de su respeto servil para las cosas francesas y de la influencia de Francia, - de la atracción que los ideales enfermizos de la Revolución francesa algo ejercieron sobre tantos de los semi-cultos y de los educados en el extranjero entre ellos; usted se esforzó por mover en ellos el amor hacia los valores arios eternos, que son los valores de los antiguos griegos. Y cuando vio que usted no podía hacer nada - pues las raíces del igualitarismo yacen profundamente, en el cristianismo, es más, en la corrupción de los tiempos helenísticos, y ninguna predicación, a menos que ella sea apoyada por la fuerza, puede pretender refrenar más de dos mil años de decaimiento, - usted dio vuelta al Oriente, a una Tierra donde el cristianismo nunca había reemplazado a los dioses Arios, y donde las tonterías igualitarias de Rousseau eran desconocidas. Usted fue a India - y se quedó allí, usted tonta, mientras los europeos, muchos de los cuales eran menos conscientes que usted del significado histórico del mensaje Nacionalsocialista, construían la nueva Alemania, nueva Europa, la verdadera Arianidad resucitada de sus sueños. ¿Qué hacía usted, mientras ellos, sus amigos, sus camaradas, sus hermanos, su iguales y sus superiores, hacían esto? Expresarse usted en discursos violentos contra los misioneros tanto del cristianismo y de la Democracia; relatar elocuentemente, a Hindus deslumbrados, como una advertencia, la historia triste de la conquista del Occidente ario por el credo judío de mansedumbre e igualdad e hipocresía y gritar a ellos: ¡"precávanse!"; ¡tratando de inducir al Oriente para unir sus esfuerzos con aquellos de la élite Occidental en la lucha para la verdad, para el orden, para la Arianidad! Gastando su tiempo. ¡Usted tonta! ¿Le tomó todos estos años descubrir la apatía incurable del Oriente?

¿"Qué hacía usted en septiembre de 1935, mientras sus sueños tomaban forma en el amplio estadio de Nuremberg, entre columnas de luz? ¿Mientras sobre el nuevo altar, portando la Esvástica inmemorial, la Llama sagrada proclamaba al mundo desconcertado la resurrección milagrosa de la Raza privilegiada, de su raza, del ario en todas las tierras? Por qué no estaba usted allí en su lugar con cientos de miles, al pie del altar, usted, mujer aria, cuya visión, durante años ya, había superado fronteras; ¿usted a quien India, mediante la intuición profética de algunas de sus hijas, había renombrado Savitri, "la energía del sol" y el símbolo de la resurrección? ¿Salvo el Führer él mismo y uno o dos otros, que lo sabían, quién entendió mejor que usted, que el grito de guerra de la nueva Alemania era también una llamada a la vida dirigida a toda la Arianidad? Por qué usted no estaba en su lugar en la Reunión, para oír a Hermann Göring llamar al Führer el Salvador de su pueblo, y añadir, dentro de su corazón: ¿'y de toda la humanidad más alta'?

¿"Qué hacía usted, entonces? Exponer sus pendientes en forma de esvásticas en meriendas indias; dar libre expresión a su entusiasmo infructuoso ante hombres y mujeres hospitalarios, ni uno entre mil de quienes le entendió; tener, en el automóvil de un cierto indio, una lucha libre con una Judía que había dicho alguna cosa contra el Führer, y sentirse contenta consigo misma cuando usted había contestado su charla tonta con unos golpes y unas frases vitriólicas. ¡Usted tonta! ¿Por qué demonios no volvió usted?"

Dije sollozando más desesperadamente al pensar en la belleza de todo lo que yo había perdido. Pero la voz interior implacable no dejó de atormentarme. ¿"Y por qué al menos no volvió usted

en 1938?" esta dijo; " Había tiempo, aún. Recuerde su primera conversación con el sabio cuyo nombre usted ahora lleva. ¿Qué le dijo él, después de hablar con usted cinco minutos? ¡'Vuelva! Su deber está en Europa. ¡Vuelva! Aquí, usted gasta su tiempo.' Por qué usted no le escuchó, usted imbécil engreída, tonta; ¿por qué no lo hizo usted? ¿se pensó usted misma 'útil' en el Oriente, eh? Y pensó que usted tenía el tiempo; no creyó en la amenaza de las Democracias envidiosas, los agentes del Pueblo judío internacional; ¡pensó que ellos le esperarían a que usted se decida, y no atacarían al nuevo Reich que usted tanto admiró antes de que pudiera venir para defenderlo! Es verdad que usted hizo todo lo posible para venir una vez que la guerra había estallado. Usted rápidamente se aseguró un pasaporte británico para hacer las cosas más fáciles . . . Pero ya era demasiado tarde. Usted hizo todo lo posible en India, cuando fue obligada a quedarse. ¿Pero qué era eso, comparado con la carrera gloriosa que usted se perdió en Europa? ¡Ah, piense en ello, Savitri! ¡Piense en todos los servicios que usted podría haber dado en tiempos de guerra, aquí, o en Francia ocupada, o donde sea que sus superiores habrían decidido enviarle! Piense en todo aquello, - aparte de los grandes momentos que usted habría vivido. Usted marcó el paso en el piso de mármol de su cuarto en Calcuta, y cantó toda la noche con las noticias de la caída de París. Usted habría visto el desfile de victoria: visto ello con sus propios ojos; oído aquella mismísima canción de conquista que usted ahora cantó, resonando a lo largo de la Avenue des Champs Elysées; Bald flattern Hitlerfahnen über allen Strassen . . . Usted habría vivido sobre el terreno aquellas alegrías - y luego, aquellas agonías - que usted compartió tan intensamente desde una distancia de seis mil millas.

"Y cuando el final ay, habria venido, usted hubiera encontrado, en las manos de los enemigos de todo lo que usted ama, una muerte digna de su vida ardiente, enfocada. Pero, antes de que ellos le mataran, usted habría tenido el placer amargo de desafíar a ellos por última vez con la elocuencia flagelante de uno que encara con la ruina cierta no ante unos Nazis de la tropa como probablemente deberían ser encontrados entre el público que asistió a su juicio en Düsseldorf, sino ante Göring, ante Hess, ante Himmler y Streicher y todos los demás, en aquel salon trágico de Nuremberg que la historia recordará como el asiento de la iniquidad más monstruosa. En medio del horror de aquellos días, ante los autoproclamados jueces, campeones de aquellos valores democráticos judeocristianos que usted odió toda su vida, usted habría justificado el derecho del Nacionalsocialismo para afirmarse, triunfar, durar, en nombre de las verdades de todos los tiempos que este encarna; usted habría acusado en público a sus acusadores, y los habría condenado, usted, la campeona de toda la vida de los valores típicamente arios en Oriente y Occidente. Y habiendo hecho esto, usted habría muerto con los Veintiuno, en un grito de desafío y de triunfo . . . ¡Ah, lo que no habria perdido, por la satisfacción estéril de impresionar a unos 'Untermenschen' con motivo de sus débiles alegatos contra la herencia aria eterna! ¡Lo que no habria perdido, usted condenada tonta!" La guardia de servicio trajo mi almuerzo y me dijo amablemente que yo debería tratar de comer. No presté ninguna atención a lo que ella dijo. Dejé la comida allí yaciendo en su contenedor, hasta que ella viniera otra vez para llevársela; y proseguí el hilo de mis pensamientos, escuchando a la condena de mi voz interior por todo lo que yo no había hecho. La voz interior proseguia:

"Y ahora, le gustaría salvar sus escrituras. Objetivamente hablando, usted tiene razón. Ellas son quizás la mejor cosa que usted alguna vez hizo. ¿Aún asi, por qué debería salvarlas? No es justo que debiese, ya que usted es una tonta y merece sufrir. La estupidez, infantilismo, son delitos. Usted tiene que pagar. La verdad es que usted ha tratado de compensar sus omisiones pasadas. Por fin, usted vino - cuando todo estaba perdido; pero al menos, usted vino; como ellos dicen: 'mejor tarde que nunca'. Por fin, usted se ha lanzado con el corazón y alma en una clase de acción a la que usted debería haberse encajonado desde el principio: hacer propaganda entre la élite natural. Usted no fue hecha para algo más. Pero ahora mismo, usted ha actuado tontamente y fue agarrada - el único pecado, para un trabajador subterráneo. Usted es congénitamente estúpida. Incurablemente estúpida. Es inútil rezar: usted lo merece si sus

escrituras son destruidas - lo merece usted que estaba ausente todos estos años - si ningún rastro es dejado de su amor y fe cuando el Nuevo Orden se levante otra vez; si sus mismos amigos, una vez más en el poder, un día, le devuelven a India, diciéndole irse y ocuparse de sus gatos allí. Recuerde lo que su marido le dijo el 7 de noviembre de 1943: ¡'usted es indigna de vivir bajo aquel orden mundial Nacionalsocialista por el que usted profesa luchar! ¡No fue establecido para tontos como usted!'"

Mi marido, en efecto, había dicho tal cosa en aquella unica ocasión en la cual él se había peleado conmigo. Él lo había dicho porque yo había admitido a él - quien solía controlar todos mis movimientos, y correctamente asi - que yo, en el transcurso de una conversación, había sido bastante tonta para decir el título de la revista en la cual él había sido una vez el editor, - the New Mercury - a uno de los americanos que yo solía traer a casa, cada semana, "del Club del Este y del Oeste." El americano, él mismo un tonto mayor que yo, nunca había hecho esfuerzos siquiera de averiguar que clase de revista era. Pero, dijo mi aliado cauteloso, él podría haber sido más inquisitivo; él podría haber preguntado; y él podría haber extendido la sospecha entre los demás, así perjudicando la pequeña utilidad que todavía podríamos haber tenido. Y yo había estado de acuerdo con él, aunque sus palabras hubieran sido rudas y me hubieran hecho llorar. Y yo había deplorado mi estupidez.

Ahora, seis años más tarde, en la cárcel, a merced de nuestros enemigos victoriosos, y amenazada con la destrucción de mis escrituras más sinceras, lo deploré una vez más; deploré todos los errores que yo había cometido; todas las omisiones, todos los impulsos tontos y decisiones precipitadas de mi vida entera. Y llegué a la conclusión lógica: "Los justos Dioses me han dado ahora el tratamiento que merezco: cuando yo había producido por fin algo constructivo - un libro de una cierta belleza, si nada más - para la causa que tanto ame, este es arrebatado de mí para ser destruido . . . Me rendiré a la voluntad de los Dioses. Ellos tienen razón de atormentarme por no haber venido antes; por no haberme hecho más útil todos estos años; por no haber sido matada en '45, mientras tantos, mil veces más dignos que mí, han encontrado una muerte dolorosa como 'criminales de guerra' y que no . . ."

Traté de secar mis lágrimas, y con valentía aceptar el golpe que me aplastó, y no rezar, como un niño, para el favor inmerecido. Pero yo no podía. Un hecho siguió obsesionándome: yo sabía que nunca podría escribir mi libro de nuevo, tal como era; que, independientemente de su valor o carencia de valor, era algo único e irremplazable: el producto de todo mi ser en un tiempo dado, y en circunstancias dadas que nunca volverían exactamente a ser las mismas; el hijo más joven y mejor y más querido de mis sesos y de mi corazón, concebido en horas benditas de inspiración, traído adelante en la incertidumbre diaria y el peligro. Yo sin duda podría crear otro, un trabajo, desde muchos puntos de vista como el. Pero sabía que este nunca podría ser el mismo.

Además yo sabía - o me atreví a creer - que mi libro tendría, en los ojos de cada lector, al menos el mérito literario que el sello de la sinceridad absoluta da a cualquier escritura, más que ciertamente, además de esto, apelaría a los Nacionalsocialistas, para quienes solamente fue escrito, y sobre todo a los alemanes. ¿No, sentí que ello era vanidad? ¿O era sano juicio? No puedo decirlo; pero francamente sentí - que había muchas cosas en el que no podría, sino apelar a cualquier corazón alemán, independientemente de la política; lcosas que podrían convertir hasta, quizás, al Nacionalsocialismo a ciertos alemanes que, hasta ahora, habían fallado en comprender el significado eterno del Movimiento de Hitler. Me atreví a creer que, yo, una aria no-alemana, podría haber tenido, un día, por aquel libro mío, el honor raro e inesperado de traer más alemanes a Adolf Hitler.

Pero ahora, el libro estaba perdido. Y de alguna manera, me pareció, que no sólo yo nunca podría escribirlo otra vez, sino que nada de lo que yo podría escribir alguna vez en el futuro podría tener la apelación de aquellas páginas escritas con lágrimas y fuego, en 1948, durante

mi lucha subterránea efímera, y en 1949 en la prisión, y sentí que, aunque yo, sin duda, bien mereciera sufrir en la expiación de todos mis viejos errores, mi libro, con todo, mereció vivir. Y el miedo de su destrucción permaneció como la mayor tortura para mí. Esto . . . y otros miedos también. Ya que yo había escrito sobre unas personas, en aquel libro. Yo no había mencionado sus nombres, naturalmente, pero los detalles circunstanciales que yo había dado eran quizás suficientes para hacer a algunos de ellos reconocibles. Esto no importó, ya que el libro no podría ser publicado, en Europa de todos modos, mientras que Alemania no era libre. Y cuando Alemania sería libre, aquellos de mis amigos sobre quienes yo había escrito sólo podrían estar agradecidos a mí por haber hecho así. Pero, ahora, mis declaraciones tomaron una importancia peligrosa por el hecho que nuestros enemigos las leerían. Pensé en particular en el aquel Capítulo 12 que yo acababa de comenzar a escribir cuando mi celda fue revisada. Recordé lo que yo había escrito y decidi que era bastante seguro: nuestros enemigos no podrían averiguar posiblemente quién era Herr A. a quien representé en aquel capítulo como un Nacionalsocialista tan sincero. ¿Pero qué pasaría si ellos descubrieron quién me había hablado sobre las atrocidades de los policías militares británicos cuando ellos tomaron posesión de Belsen, atrocidades que yo había descrito con algunos detalles y había estigmatizado en mi Capítulo 6? Me estremecí en aquel pensamiento, y encendí la luz exterior de mi celda, para llamar a la guardia de servicio. Esta era Fräulein F. Ella no había sido aun relevada, de lo que concluí que no eran todavía las tres.

¿"Podría por favor usted llamar a Frau Fulanita de tal?" dije, tan pronto como ella vino; "quiero una aspirina; siento como si mi cabeza se partiera por la mitad."

"La llamaré," contestó Fräulein F., amablemente, después de tomar un vistazo en mi cara hinchada y ojos febriles.

¿"Pero por qué se pone usted en tal estado? ¿Por qué sigue llorando todo el tiempo?"

"He perdido todo," dije, cuando las nuevas lágrimas comenzaron a rodar bajo mis mejillas. "Mi libro es mucho más precioso que mi vida."

¡"Pero ellos se lo devolverán!" contestó Fräulein F., quien pareció considerar aquella declaración extraña, por no decir más.

La miré como una persona adulta mira a un niño que acaba de decir: "el Papá Noel le traerá la luna."

"Usted no diría eso, si usted supiera las cosas que he escrito en aquel libro," comenté.

* * *

Frau Fulanita de tal vino. H. E. estaba con ella, pálida, visiblemente trastornada. Ella no me esperó a decirle lo que había pasado; ella lo sabía. Toda la prisión lo sabía. Ella no esperó que le explicara lo que me preocupó, junto con la pérdida de mi libro, y por qué yo había llamado a Frau Fulanita de tal - e implícitamente a ella - con la excusa de querer una aspirina. Esto también, ella lo sabía. Y era exactamente el por qué ella estaba tan disgustada. Ella me habló primero, en un susurro, después con cuidado tirando la puerta detrás de si: ¡"ahora que ellos leerán lo que usted escribió sobre sus atrocidades y sobre el proceso de Belsen, Dios nos ayude! . . . ¿Usted no ha mencionado mi nombre en ninguna parte, espero?" ¡"cielos no!" contesté. "Pero me referí realmente a usted por sus iniciales, como usted sabe, en un parrafo o dos; también me referí a H. B. y a Frau H. por sus iniciales, y es lo que me preocupa tanto . . ."

Por primera vez, H. E. me reprendió. ¡"Usted es una tonta, realmente, haberse metido - y a nosotros - en tal problema como este! Usted nunca debería haber mencionado en su libro ninguno de aquellos horrores de los cuales le conté, o usted debería haber logrado evitar a cualquier costo dejar caer el libro en las garras de aquella gente. Hace poca diferencia, de hecho, si usted ha escrito nuestras iniciales o no. La mera mención del proceso de Belsen es suficiente para que ellos sospechen que nosotros le habriamos dado la información perjudicial. El Gobernador ya sabe que vengo aquí, por otra parte él no habría publicado órdenes estrictas que yo no debería venir más."

"En este caso, ya que el daño no puede ser deshecho," dije, "¿no será mejor si usted me apoyara vigorosamente y les dijera en sus caras, si es necesario, que cada palabra que he escrito es verdadera; no solo eso, que la realidad era, si aquello es posible, aún más horrorosa que la descripción que yo trataba de dar de ella? ¿No sería mejor acusarlos abiertamente - en público, si ellos nos dan una posibilidad? ¿Remover por fin la indignación de la prensa, del mundo, contra ellos y su llamada 'justicia', su presunta 'humanidad'?"

"Un día, cuando seamos libres, sí, haremos esto - y mucho más. ¡Pero no ahora!", exclamó H. ¡E., "no ahora! Ahora, nuestra voz no sería oída más allá de estas paredes; ellos procurarían, que no debiera serlo. Y el único resultado de nuestra resistencia sería más sufrimiento infructuoso para todos nosotros, y más opresión para Alemania, sin cualquier ventaja a nuestra causa. Créame; conozco a esta gente."

La angustia fue representada en su rostro ante el mero pensamiento de lo que podría acontecernos si mi Capítulo 6 "las Cámaras del Infierno" - fuese libremente discutido. De súbito, recordé el terror que ella había experimentado, en abril de 1945, cuando, acurrucada contra las otras mujeres en servicio de Belsen, ella había visto al círculo de los policías militares británicos sonriendo abiertamente cerca de ella, venir más y más cerca, hasta que el acero de sus bayonetas la tocara . . . Y recordé la burlas siniestra de un juicio que había seguido, el resultado del cual yo había leído en los periodicos: Irma Grese, condenada a muerte y ahorcada; H. E. condenada a encarcelamiento por quince años; H. B. y H. ambas condenadas a diez años . . .

En efecto, nadie podría reprocharla de cobardía por temer a esta gente. "Bien," dije; "dígame sólo lo que yo debo decir, por si ellos me preguntan de donde obtuve la información," le pedi.

"Diga que la obtuvo de alguna prisionera ahora libre, cuyo nombre usted no recuerda. Diga cualquier cosa que le guste; pero no me mencione, ni a cualquiera de nosotras. Hemos sufrido suficiente."

"Ella tiene razón," añadió Frau Fulanita de tal; "lo que hace aquella búsqueda en su celda tan trágica es que usted no es la unica implicada . . ."

Puse mi mano sobre el hombro de mi camarada. Mis ojos, ahora secos, miraron directo a los suyos. ¡"Mi H . . ." dije yo tierna y enérgicamente, "no tema! No les dejaré saber que usted me dijo sobre aquellos horrores suyos. Si ellos me preguntan, les diré que oí sobre aquello de otros, como usted dice, y que dejé iniciales imaginarias, deliberadamente. Y si soy arrinconada, diré finalmente que las inventé yo misma, como propaganda antidemocrática, y así tomaré la responsabilidad entera y la culpa entera. ¡Déjeles hacer lo que les guste de mí! ¡Ahora mi libro está perdido, yo no podría preocuparme menos de cual será mi destino!" Comencé a llorar en sus brazos. Y ella, y Frau Fulanita de tal, hicieron todo lo posible para calmarme.

Animada por el mero sentimiento de su compasión, pregunté lo que a mi me pareció, apenas la

pronunciaría, la pregunta más absurda: ¿"pero usted está completamente segura que ellos destruirán mi libro?" Yo habría dado cualquier cosa por un rayo de esperanza; por una indirecta que ellos "no podrían," después de todo.

¿"Cómo podría yo saber?" dijo Frau Fulanita de tal; "cosas extrañas pasan."

"Tampoco lo sé," dijo H. E. "Todo lo que puedo decir, de lo poco que he leído de su manuscrito, es que, si ellos no lo destruyen, creeré que ellos estan totalmente locos o . . . a punto de revisar toda su política respecto a Alemania."

Aquellas palabras francas significaron que más desesperación probablemente esperaba para mí. Pero ellas implicaron tal apreciación de mi libro que fui conmovida como uno lo es cuando recibe una alabanza inesperada. Y yo estaba tanto más impaciente por ver mis escrituras preciosas salvadas.

Pronto, Frau Oberin ella misma vino y pasó unos minutos conmigo. Ella también estuvo disgustada - con miedo.

¿"Comprende usted que, por su señuelo extravagante de desafío usted ha puesto a todos nosotros en peligro?" dijo ella, severamente. "Usted parece carecer de aquel sentido de la responsabilidad, tan importante, tan esencial, en una persona con sus ideales - por otra parte, sin duda usted habría tenido más cuidado. Yo le había dicho: haga lo que le guste, pero no me implique, no implique a otros. Y ahora será un milagro si no pierdo mi trabajo debido a usted . . ."

Yo sinceramente, profundamente lamentaba todo el problema que habia causado, o que yo debería causar en el futuro, por las repercusiones de aquella búsqueda desafortunada en mi celda. Pero yo no podía menos que sentir que, no sólo para mí, sino objetivamente, - únicamente desde el punto de vista Nacionalsocialista - la destrucción inminente de mi libro era más trágica que la pérdida del trabajo de alguien. Miré tristemente a Frau Oberin y dije: "tal vez, yo era tonta. Una siempre lo es, cuando una es agarrada. Sin embargo, usted encontrará un nuevo trabajo, si usted pierde éste. Mientras yo nunca podré escribir mi libro de nuevo, tal como era. Está irreparablemente perdido."

Había tal angustia en mi voz que ella me habló suavemente. Ella hasta pareció conmovida. Su cara tomó una expresión pensativa, triste. "Hemos sufrido muchas pérdidas irreparables, nosotros alemanes," dijo ella, despacio y silenciosamente, como si hablara a ella misma. Recordé que su propio hermano había sido matado en uno de los campos de batalla del frente ruso. Y me sentí pequeña. ¿De aquellos cientos de miles de soldados jóvenes que habían dado su sangre a Alemania y al Führer, no era cada uno irremplazable, e inmensamente más precioso que mi libro? Aún asi, con júbilo, ellos habían dado su sangre, su juventud hermosa, para que los ideales arios - mis ideales - pudieran prevalecer en el mundo. ¿Quién era yo, para hablar de mis pérdidas ante sus madres, sus mujeres, sus hermanas? lo menos que podría hacer sería aceptar en silencio y dignidad el sufrimiento impuesto sobre mí por nuestros enemigos comunes; mi pequeña parte de pena para la causa común.

Pero Frau Oberin habló otra vez: "no es su libro lo que parece haberlos movido a la ira frenética," ella dijo; "son las otras cosas que ellos encontraron en su celda, especialmente el cuadro del Führer. Esto ha puesto al Gobernador salvaje. Y él me culpa, naturalmente, por haber permitido que usted lo guardara . . ."

"Le diré que lo guardé sin su conocimiento. También que, cualquier cosa que yo escribí, lo escribí sin que usted lo sospechara."

"Lo apreciaré si usted dice esto," contestó ella, "aunque yo me pregunto si él le creerá. De todos modos: no hable antes de que usted sea interrogada. Y hable tan poco como sea posible. Usted ha hecho suficiente lío de todo. No supongo que el Gobernador le vea antes del viernes, de todos modos."

Antes de dejar mi celda, ella me preguntó si yo todavía tenía el pequeño retrato de cristal que solía llevar puesto alrededor de mi cuello. "Sí", dije; "esta es la única cosa que me han dejado." "Démelo," dijo Frau Oberin "lo pondré en la seguridad para usted - y se lo devolveré cuando pueda. ¡Sería otra catástrofe si alguna vez ellos revisaran su cuerpo otra vez, y encontraran esto!"
¿"Pero ellos no me revisarían otra vez?" reflexioné.

"Uno nunca sabe . . . Es mejor prevenir la posibilidad."

Entonces desaté la cuerda, y le di el último tesoro que yo tenía; aquel que Frau Erste había salvado. Me separé de ello sintiendo confianza que, en las manos de Frau Oberin, este estaba más seguro que en las mías.

* * *

La tarde vino. Comí apenas algo de la cena que me fue traída. Yaci sobre mi cama, demasiado agotada incluso para llorar. Pero pensé en mi manuscrito perdido todo el tiempo. Por más que yo me dijera que lo mío era una pérdida menor - una bagatela no digna de mención, comparada con la muerte de tantos miles de hombres jóvenes fieles, matados por nuestra causa, - yo no podía levantarme sobre de mi pena. Un sentimiento insoportablemente opresivo - algo así como una mano que me agarra y me aprieta en el nivel de la cintura - añadió el tormento físico a la tortura moral.

Miré el patron que el Sol al ponerse proyectó contra la pared, moviendose despacio hacia la puerta, como este hizo cada tarde. Miré alrededor de mi ahora vacía celda, y recordé que, sólo veinticuatro horas antes, no estaba vacía; cuando el Sol por último se había puesto, todavía estaba aquí mi manuscrito precioso, extendido ante mí sobre la cama, y la imagen del Führer, afrontándome sobre la mesa . . . ¿Dónde estaban aquellos tesoros, ahora? Otra vez comencé a decir sollozando desesperadamente al pensar en ellos. Pareció como si nada pudiera calmarme. Tuve muchas ganas de estar muerta - para no sentir; no recordar. ¿"Ah, por qué, por qué no me mataron en '45 o '46, con tantos otros de nosotros?" pensé.
Pero la clara, tranquila, voz serena desde dentro mío otra vez se elevó en respuesta y dijo: "porque usted no estaba en el terreno - lo que es su propia culpa. Pero también, quizás, porque era la voluntad de los Dioses guardarle aparte, para que usted pueda ser útil en la segunda lucha para el poder, en un modo que solo ellos conocen."

¡"La segunda lucha para el poder!" pensé - y la misma idea de ello me dio, a pesar de todo, el deseo de vivir. "La segunda lucha . . . Sí; ha comenzado ya; y aunque prisionera, yo estoy ya en ello. ¿Pero de qué utilidad soy yo, en el estado en el que estoy?"
"Usted ascenderá de aquel estado," dijo la voz interior serena; "aun si ellos destruyen todas sus escrituras, de todos modos usted crecerá de ello, y luchará otra vez; haga su deber como un ario - como uno de los pocos arios no-alemanes del mundo consciente del hecho que el Nacionalsocialismo es de su interés, no menos que de Alemania, e Hitler es el Líder natural de la raza entera."

Yo pensaba así cuando oí el ruido de una llave en el ojo de la cerradura, y me asusté. Ya que

era extraño; nadie alguna vez vino después de las seis. Pero fui tranquilizada pronto: era la Oberwachtmeisterin, Frau S. Con un bolso en su mano, ella estaba lista para irse a casa. Pero aunque su tiempo hubiera terminado, ella había venido para verme en su salida. ¡"Frau S.!" exclamé, cuando una sonrisa patética hizo a mi cansado, hinchado, rostro, en lágrimas, lucir quizás aun más penoso. ¡"Frau S.! ¡Es tan amable que haya venido! Usted no me reprenderá, verdad?"

Frau S. había venido probablemente con la intención de reprenderme, como Frau Oberin había hecho. Pero ella miró mi cara, y estuvo silenciosa durante un minuto. Sus ojos grises al escudriñar descubrieron en mí una angustia que ella no había imaginado. "Usted tiene a todos nosotros en serios problemas," dijo ella, sin embargo, por fin. ¿"Qué tiene para decir?" "Nada," contesté yo, - "salvo que yo fui bastante desafortunada para llamar la atención, y ser sometida a una búsqueda inesperada. No es verdad que he estado distribuyendo panfletos, aquí, entre los otros presos, como Frau Erste piensa. Distribuí realmente unos cuantos al principio, es verdad eso y luego, sólo entre los del ala D. Nunca di ninguno a siquiera uno de los criminales ordinarios, excepto a una alta mujer morena llamada L., y fue hace semanas. Y no dejé el papel en su posesión. Ella me lo devolvió después de copiarlo. De todos modos, ella está libre ahora. Desde entonces, no he hecho más propaganda entre este lote. No puedo confiar en ellos. No he hablado de cosas serias a nadie, excepto mis dos amigas, que son confiables. Y solamente he escrito en silencio."

"Recuerdo esta L.; ella era un tipo degradado de mujer," comentó Frau S. severamente. ¿"Qué le inclinó a confiar en ella?"

"Ella me dijo que había sido un miembro del N.S.D.A.P."

"Todos lo eran en aquel tiempo," contestó Frau S. "Eso no es ninguna garantía que ella era una Nacionalsocialista, o que ella lo sea ahora. Usted debería haber sabido eso, estando todos estos meses en Alemania. O sea, si usted carece incurablemente de discriminación, no debería tratar de hacer el trabajo peligroso."

Las lágrimas otra vez me ahogaron. "Quizás me equivoqué por mostrar una copia de mis panfletos a L.," dije; "ciertamente me equivoqué. ¡Pero no me reprenda! Ellos se han llevado mi manuscrito y lo destruirán seguramente. ¿No es suficiente para castigarme, si yo fallara?"

La expresión de Frau S se ablandó. Proseguí: "Crea en mi, que no es la vanidad frustrada lo que me hace llorar por la pérdida de aquel libro; no es la idea que mi prosa nunca saldrá en blanco y negro, y estará disponible en librerías: que mi estilo, mi pensamiento, etc. no será apreciado. ¡Ah, usted no sabe cuan poco cariño siento por todo esto! Si mi libro fuera un día a ser publicado bajo otro nombre que el mío, si debieran elogiar a otra persona por ello, yo no me preocuparía, a condición de que esto tuviera la influencia correcta sobre las mentes y los corazones de sus lectores, a condición de que esto ayudara a llevar adelante la causa Nazi. Todo lo que quiero, todo lo que alguna vez quise, es contribuir al éxito de una Idea para la cual he vivido. Lloro por mi libro porque esta es la mejor cosa que he producido para nuestra causa; porque este es mi regalo más valioso a Alemania. Lo sé - y esto permanecería verdad aun si nadie supiera que el libro es mío - sé que ningún extranjero ha escrito alguna vez sobre ustedes, la gente de mi Führer, las cosas que escribí en aquellas páginas. Esta es la primera vez . . . "

Otra vez mi boca tembló y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Visiblemente conmovida, Frau S. recogió mis manos en las suyas, y las apretó con calida compasión, mientras la voz serena clara dentro de mí suavemente rectificó la declaración que yo acababa de hacer. "No", esta dijo; "no es verdad. Su regalo más valioso a la gente de su Führer no es su libro, sino su amor. Usted es el primer extranjero que realmente los ama." Esta también me dijo: "aguante su

pérdida y su sufrimiento con valentía, como un Nazi debería. Recuerde las palabras de su camarada - y superior Herr A. que usted ha citado en la escritura que nunca verá otra vez: 'un Nacionalsocialista no debería tener ninguna debilidad."

* * *

La tarde larga se prolongó . . . Traté de cantar algunas de nuestras viejas canciones para darme fuerza. Las palabras mágicas - y melodías - en efecto me devolverían un rato, la fuerza, el orgullo, mas aun, la agresividad que tanto necesité. Pero al mismo tiempo, ellas despertarían en mí el viejo sentido insoportable de culpa por no haber estado en mi lugar durante los grandes días; por no haber sido matada en '45; y la pena por haber perdido, ahora, la única cosa que yo había creado completamente como un tributo a aquellos que tanto admiré.

Despacio el cielo se oscureció; las estrellas aparecieron; la noche vino.
Traté de reflexionar sobre las distancias asombrosas que me separaron de aquel sol misterioso en el espacio; para desapegarme de todo lo que era de esta Tierra. Pero de alguna manera, yo siempre volvía a nuestro planeta.

Mirando fijamente a una estrella verde brillante que centelleó en medio de tantas otras, dije a mí: "Aquellos rayos de luz han viajado quizás durante años para encontrar mis ojos. ¡Durante años, a razón de 300.000 kilómetros por segundo! A que distancia esto situa el centro ardiente desde el cual ellos emanan; ¡y cuan pequeña hace a la Tierra - mi Tierra que contiene todo lo que yo amo! ¡Una mera mota en las orillas del espacio insondable ilimitado, mi Tierra, con sus guerras, sus religiones, sus canciones! De todos modos, es sólo por esta pequeña Tierra que puedo amar aquel Universo interminable. La maravilla de esta Tierra no es el enfermizo 'pensamiento' Cristiano de Pascal, que desprecia el Universo majestuoso porque él lo cree menos precioso que su engreído tonto Yo ante los ojos de su demasiado humano Dios Yídish; no, la forma más alta de la vida en este planeta es el ario sano, hermoso, intrépido que sigue su lógica racial hasta el final; el Nacionalsocialista perfecto - una criatura quien colectivamente y conscientemente, cumple con una filosofía cósmica que supera tanto a él como a la Tierra, infinitamente; una filosofía en la cual los lazos del hombre, la felicidad del hombre, la vida y muerte del hombre, 'el alma' individual del hombre (si él tiene tal cosa) no cuenta; en que nada cuenta, sino la creación, mantenimiento y triunfo del tipo más dinámico y armonioso de ser: de una raza de hombres en efecto 'como Dioses'; de hombres en armonía con la grandeza del espacio estrellado."

Yo sabía que había exaltado aquel ideal sobrehumano, aquella orgullosa, dura, lógica, divina filosofía Nazi en mi libro, y que mi libro estaba perdido. Traté de decirme: ¿"qué importa esto, ya que la doctrina es eterna? ¿Ya que esta es la filosofía verdadera de la Vida, a traves del espacio estrellado, por siglos y eternidades? Entonces, ¿si aquella estrella verde cuyo resplandor toma varios años luz para alcanzarnos tiene mundos vivos girando alrededor de ella, la misión de aquellos mundos es la misma que este nuestro: a saber, mediante el amor y lucha, comprender lo Divino en la consciencia orgullosa de razas superiores, o fallecer?" Y recordé mi desafío a los tontos Demócratas en el Capítulo 5 de mi libro perdido: ¡"ustedes no pueden 'des-Nazificar' la Naturaleza!" Pero de todos modos lloré.

Traté de dormir - para olvidar. Y del agotamiento puro, logré caerme en alguna clase de semi-somnolencia en la cual, si no totalmente inconsciente, fui al menos aliviada de la tortura del pensamiento, de recordar, de lamentarme; de sentirme impotente ante la pérdida de lo que consideré era la culminación de mi lucha de toda la vida para el ideal ario de una vida modelada en la verdad cósmica. Quizás hasta dormí - durante media hora más o menos. No sé. Pero de repente me levanté de mi letargo. El apretón horroroso desde dentro que sentí en mi estómago, al nivel de la cintura, era tan insoportable que este me había devuelto a la consciencia. Y mi

cabeza me dolía como si habría sido cortada por la mitad. Un sudor frío se filtró de mi piel. Y mis dientes golpetearon con la fiebre.

Me senté en mi cama, en la cual yo me había lanzado sin hacer esfuerzos de desnudarme. Otra vez miré fijamente hacia el cielo estrellado distante. Y escuché al silencio que me rodeó. Silencio perfecto; silencio encantador, dulce. ¡Ah, cuan bien yo habría dormido, de no haber sido por mi tormento ardiendo desde dentro!

Recordé mi casa en Calcuta.

El cielo estrellado era tan hermoso allí como aquí, como en todas partes. Y el olor embriagador de flores de jazmín, y de los palos de incienso que se quemaban en la habitación ante los dos únicos cuadros que la embellecieron, me alcanzó cuando suavemente fui a dormir bajo la brisa artificial del ventilador eléctrico. Excepto la radio del vecino de la casa de al lado, todo estaba bastante tranquilo durante una hora más o menos. ¡Luego - cuántas veces! - apenas yo había ido a dormir, la música comenzaría en el "bustee" abajo (separado de nuestra casa por una mera pared) o en algún patio a través del camino. Cincuenta personas, cien personas, o más, comenzarían a aullar en cadencia, al redoble ensordecedor de tambores, al sonido agudo de flautas, a la agitación de castañuelas. Y yo despertaría de repente, y no sería capaz de ir a dormir otra vez. Toda la noche, hora tras hora, enfurecida con la irritación, con la fatiga, con un dolor de cabeza terrible, yo esperaría y esperaría en vano que el ruido se apagara. Esto por lo general seguía hasta la mañana. O si no, de mala gana, yo despertaría después de una hora o dos, cruzaría la sala, y golpearia en la puerta del cuarto de mi marido. Él estaría rápidamente dormido, y no me oiría. Yo andaría finalmente dentro y le despertaría. Y el diálogo sería - más o menos - el mismo cada vez

¿"Qué pasa?"

"La música otra vez. Ellos han comenzado."

¡"Que caiga una plaga en ellos, y en usted! ¿Realmente, por qué no podía usted dejar India en 1938, cuándo primero se lo dije? Ahora, en vez de hacerse un fastidio para mí, cada noche por medio, usted estaría en Alemania haciendo bombas en alguna fábrica de municiones." ¡"Ah, cómo lamento que yo no estuviera!"

"Yo también!"

¿"No puede usted ir a la policía, para tratar de hacer que ellos detengan a esta fila maldita?" "Supongo que tengo que hacerlo. ¡Pero que maldición es usted!

Sólo Dios sabe como he hecho todo lo que podría para ayudarle a escaparse de aquí. Le di un pasaporte británico, para que usted pudiera viajar a pesar de la guerra. Por mis pecados en vidas pasadas, yo no pude dárselo a tiempo, y estoy, por lo visto, condenado a soportarla mientras la guerra dure . . . "

Así él se quejó - ¿y quién podría culparle? Pero él se levantaría y se vestiría y bajaría a la calle, caminando hacia la comisaría, y haría parar el fastidio. Y yo podría por último descansar, pero generalmente permanecia despierta durante largas horas después de la perturbación. Ahora, en Werl, recordé aquellas horribles noches insomnes, cuando respiré el aire fresco y sentí el silencio relajante por todo mi alrededor, estando en las garras de la angustia. Lo lamenté. "El insomnio debido a aquellos tambores ensordecedores, aquellas castañuelas, y voces aullantes, era mejor que esta agonía," pensé. ¡"Aquellos dolores de cabeza, debido al ruido solamente, eran mejores que ésto!"
Y recordé una noche particular de aquellas en las cuales, como siempre, yo me había levantado

para llamar a mi marido y pedir que él vaya a la policía. Esto era a principios de septiembre de 1944, - unas semanas antes de que yo dejara Calcuta para vagar durante meses de modo que yo no supiera cuando sería el final. Nuestro valiente Colaborador del Oriente, Japón, al cual habíamos estado ayudando con toda nuestra fuerza, acababa de rendirse. Esta vez, mi marido había contestado tan pronto como yo había llamado a su puerta: él no estaba dormido. Tampoco él me había mostrado su habitual irritación - comprensible - , cuando yo le había dicho que el ruido "había comenzado." Él había encendido simplemente la luz, y había recogido mis manos en las suyas, y había mirado atentamente en mis ojos. "Sé que usted sufre aquí," él había dicho; " pero déjeme decirle, ahora, - ahora que nuestro trabajo, nuestros sueños, todo por lo que luchamos, todo lo que valoramos en el mundo moderno, está a punto de colapsar, nadie sabe por cuanto tiempo: este sufrimiento suyo no es nada. Es sólo físico. Un día, pronto, - más pronto de lo que espera - usted volverá a su Europa tranquila. Allí, tendrá que encarar ya no con tambores y castañuelas, sino . . . Usted será perseguida por sus convicciones más queridas, - como los demás; usted será odiada, o ridiculizada, por todo lo que usted apoya; prohibida de hablar, prohibida de escribir en la defensa de su fe; prohibida de protestar contra la imposición de humillación y dolor sobre aquellos que usted más admira; no matada, sino mucho peor: aplastada en la inutilidad triste, provocada en la rabia impotente, despojada de todos los medios para expresar lo que usted sabe es verdadero, de exaltar en público lo que usted sabe que es grande y valioso; ridiculizada a algo 'inocuo' por los Demócratas victoriosos, sus inferiores y los míos. ¡Entonces usted sabrá que es el sufrimiento!"

Ahora, en mi celda pacífica, rasgada y torturada como yo estaba por pensar en la destrucción de mi manuscrito, pensé - y no por primera vez desde mi regreso a Europa: ¡"Cuan correcto, ah, cuan absolutamente correcto él era!"

* * *

Los días siguientes fueron tan horribles para mí como el que yo acababa de vivir. No me dieron ningún trabajo para hacer; ni algo para leer; ni - como puede ser esperado - cualquier lápiz y papel, para escribir. Yo no tenía absolutamente nada para hacer, sino pensar. Y mis reflexiones, independientemente de lo que ellas eran, siempre me devolvían a aquella unica realidad angustiante: la casi cierta destrucción del libro en el cual yo había puesto tanto pensamiento y tanto amor.

Traté de elevarme encima de mi pena al tener en mente las palabras de fuerza - aquellas de mi camarada Herr A., a la sombra del sagrado Hartz aquellas de otros camaradas míos, o del Führer mismo - y cantando la Canción de Horst Wessel una vez al día o más. Un rato, el hechizo operó su milagro, y convirtió en mi viejo Yo, una vez más, a la criatura lastimosa por la desesperación que yo me había vuelto. Pero entonces, otra vez yo comprendería que "mi regalo más valioso a los alemanes" (como yo había caracterizado mi libro ante Frau S.) estaba perdido para siempre. Y otra vez una angustia quizás aún peor que la certidumbre de la desesperación me agarraría por la cintura. Y yo sollozaría hasta que mis ojos me dolerían como si ellos estuvieran siendo sacados de sus cuencas.

Yo no podía comer, ni dormir. Simplemente me obligué a mordisquear un poco de la comida que me fue traída diciéndome que necesitaba mi salud y fuerza para luchar otra vez un día; pues dejarme ir sería, en un modo, traicionar nuestra causa. Pero por fin, yo podría rezar. Yo sabía que no merecí ningún favor de los Poderes invisibles, pero sentí que era mi derecho y hasta mi deber pedir para el entendimiento y para la fuerza, es más, para reclamar el milagro que salvaría mi libro contra todas las posibilidades terrenales, a condición de que yo no hiciera eso para mi propio alivio, ni para mi propia satisfacción, ni para mi propia exaltación; sino únicamente con miras a llevar adelante la causa Nazi.

Entonces recé.

Primero, me quedé quieta, y dirigí mi mente a "Eso Que está." "Desde las cosas que parecen, pero no son, hasta aquellas que no parecen, pero son." Aquellas palabras volvieron a mi. Hace mucho, - en 1927 - cuando yo era todavía una estudiante de filosofía en la Universidad de Lyón, otra estudiante, que era Católica y alumna del filósofo Católico Blondel, me había mostrado una vez un libro en el cual Blondel las había escrito para ella. Ellas podrían haber sido mi lema, aunque yo fuera todo menos un Católico. Y ellas expresaron suficientemente la actitud de miles de Hindus pensativos cuya perspectiva es igual de extranjera al cristianismo, si no es que decididamente anticristiana, como la mía. Medité sobre aquellas palabras.

"Lo visible, el elemento tangible, los acontecimientos del mundo, no son desprovistos de una realidad, como unos dicen," pensé; "pero su realidad es aquella de una consecuencia que pende de una causa, - no aquella de una causa. La causa siempre está en el invisible, en el intangible, en los acontecimientos del mundo sutil, del cual pocas personas conocen algo. Quienquiera puede influir en las causas invisibles, puede cambiar el curso de las consecuencias." Y este pensamiento me calmó.

Imaginé al Coronel Vickers leyendo mi manuscrito. Imaginé otros Ingleses de los servicios de Ocupación leyéndolo, - todos antinazis celebres, enemigos amargos de todo lo que admiro, hombres que no podrían, sino espumar de rabia con la lectura de mis declaraciones intransigentes, mi mofa de los "derechos humanos" e "igualdad", mi acusación a las Democracias - y a la Ocupación Aliada - mi alabanza cínica de la violencia al servicio de la causa de la verdad. Y dije para mí: "pero todos ellos son solamente marionetas en las manos de los Poderes invisibles. Ellos leerán de mis palabras sólo aquello que el Invisible permitirá que ellos lean; y ellos comprenderán el sentido de ellas, sólo al grado que lo permita el Invisible. Pese lo claro que pueda ser cualquier oración mía, si el Invisible los ciega a sus implicaciones, ellos serán cegados." Y eso también me calmó, aunque yo no pudiera entender como tal cosa posiblemente podría pasar.

Entonces, de entre todas "las cosas que parecen," recordé la más majestuosa - más grande vista que yo había observado en mi vida: bajo el cielo estrellado rayado por la aurora boreal, el Monte ardiente y rugiente, Hekla en erupción. Y evoqué la Presencia misteriosa, el Poder invisible e irresistible que yo había aclamado en sus llamas y lava, exactamente dos años antes de mi juicio. ¡Me recordé en la nieve, en el viento, en la oscuridad, sola ante aquella gloria de fuego, cantando, en el éxtasis místico, en la lengua aria moderna oriental, el himno a Shiva "el Bailarín de la Destrucción, O el Rey del Baile! . . ." y el rugido subterráneo del Hekla contestando mi voz con regularidad. La misma sobrecogedora, tranquila, implacable Presencia, resplandeciente me afrontó ahora, yo sentí; sin que lo sospecharan otros, el mismo Poder irradiando por todo mi alrededor, en el universo entero, y dentro de mí; la misma Belleza terrible, hoy, levanté desde la profundidad mis ojos dolorosos llenos de lágrimas. Y fui abrumada por tal sentido de grandeza, que olvidé mi pena en un acto de adoración. Un grito brotó de mí, - o mejor dicho a traves de mí, de un Yo más grande; un grito uniéndome, a lo largo de los siglos de apostasía racial y religiosa, a mis antepasados arios, adoradores del fuego y conquistadores de la India: ¡"Aum, Rudrayam! ¡Aum, Shivayam!"

Veintiun veces - no sé por qué aquel número - repetí aquellas palabras como un conjuro sagrado, inmóvil, con mi espina recta, y mi cabeza erguida. No había en mí la más leve intención de imitar los ejercicios religiosos tipo "japa" de los cuales yo había oído en India. Nunca había practicado "japa" allí, yo misma, y si mi gesto aparentemente extraño estuviera bajo la influencia del hecho que yo había vivido largos años allí, yo no estaba seguramente consciente de ello. No; creo que era mucho más, como dije, el resultado de aquella piedad Pagana particular de mi propiedad que me había conducido una vez a India en busca de una vida equivalente a mi viejo Paganismo europeo. Esto no era el grito de una europea moderna

que, viviendo entre Hindus, se ha hecho "Indianizada", sino aquel de una aria antigua desde antes del lejanamente ido Drang nach Ost que llevó a India la lengua Sánscrita y el culto a los dioses Arios.

¡"Aum, Shivayam!"

No recé; contemplé. Penetré mi Yo con la belleza del juego cósmico detrás de la intrincación de apariencias efímeras, las consecuencias visibles del Baile de lo Invisible. "Señor de las Fuerzas invisibles," pensé, después de que yo había terminado de repetir las sílabas santas, "no pido a Ti nada. Sé que no merezco ningún favor. Además, Tu eres Ritmo matemático y Maestría despiadada, no un Dios personal. Tu no tienes ningun favor para distribuir. No hay ninguna excepción a Tus leyes eternas. Sólo penétreme con la consciencia de la justicia impersonal Tuya, déjame entender Tus caminos, y soportar el sufrimiento con valentía y dignidad, si tengo que sufrir. Sólo hazme un seguidor más digno de mi Führer, en quien el espíritu Tuyo brilla; un partidario más digno y más resistente de nuestra causa, que es la Tuya. Mata en mí toda la vanidad, toda presunción. Ayúdame a comprender que soy sólo un instrumento en Tus manos - un instrumento que no sabe como debe ser usado más eficazmente, y que sólo obedece, día a día . . .

"Señor del Baile de la Vida y Muerte, Señor de todas las cosas fuertes y verdaderas, Tu has vivido en el boato majestuoso de nuestros días de gloria; en las procesiones, en las canciones, en la alegría colectiva frenética de la Nación Elegida, intoxicada con su propia vitalidad. Tu eres aquella Vitalidad. Tu has vivido también. Tu vives ahora, en la resistencia dura, en la determinación silenciosa, clarividente de los hombres de hierro, solos erguidos entre las ruinas del Tercer Reich, fieles cuando el mundo entero es infiel; en aquellos invencibles a quienes he exaltado en mi libro. Tu eres ellos. Y Tu viviras otra vez en la grandeza de su segunda rebelión.

"Señor de lo Invisible, de Cuyo Juego todo lo que es visible es sólo un detalle reflejado, ayudame a entender que, si las páginas que yo escribiera estan suficientemente llenas del dinamismo Tuyo para ser de cualquier utilidad en el futuro, Tu las vas a conservar; que ellas seran destruidas sólo si, en las balanzas de Tu justicia sin pasión, su preservación no es de ninguna importancia a nuestro Nuevo Orden - Tu Orden divino en la Tierra - en cuyo caso, yo no debería lamentar su pérdida. Ah, mata en mí aquella presunción que me apunta a sobrevalorar lo que he escrito. Realmente no sé lo que vale. Solo Tu sabes. Sólo ayúdeme a trabajar con serenidad y eficacia, firmeza, tranquilidad, sabiduria y cariño; nunca para mi propia promoción, sino únicamente para nuestra causa, nuestra verdad - Tu Verdad. "Señor en Cuyo dinámico culto, los hombres de mi raza se expresaron en tiempo inmemorial, y Cuya adoración ellos impusieron sobre la gente de razas extrañas, sólo hazme una aria más digna; una mejor Nacionalsocialista."

Así recé. Y por primera vez, sentí que un poco de paz descendía en mi corazón. La clara, calmada voz desde dentro, la voz de mi mejor Yo, me dijo: "por una vez usted tiene razón: es mucho más importante ser un buen Nacionalsocialista, que escribir libros en apoyo de la Idea Nacionalsocialista. Lo que uno es, siempre viene antes de lo que uno hace. Y si usted es un buen Nazi, no debería preocuparse por lo que pase a su libro, en tanto la causa triunfe. En efecto, si el libro está destinado para ser de un poco de utilidad a la causa, esté segura que los Poderes invisibles Quienes cuidan de la causa también cuidaran de ello. Usted como individuo, no se preocupe. Usted no cuenta, excepto para servir a la causa. Aparte de la causa, nada cuenta."

Sin embargo, a pesar de todo, de vez en cuando, durante el día, antes de la noche, el apretón de la angustia me envolvería otra vez. Recordé las cosas que yo había escrito. Las oraciones me volvieron con viveza asombrosa. Y sufrí al pensar en la destrucción de mi trabajo. La calmada voz interior me dijo por centésima vez: "hay mucho mayores pérdidas que otros Nazis

aguantaron con valentía. Piense en las madres de todos los guerreros jóvenes que murieron por sus ideas. Piense en la madre de Horst Wessel. ¿No está usted avergonzada por llorar debido a su libro?"

Yo estaba avergonzada. Aún asi, lloré.

Pero una vez, me pregunté si no hubiera nada en el mundo por lo cual yo, de mi propio acuerdo, dejaría que mi libro sea destruido; es mas, por lo que, estoicamente, - si es necesario miraría sus páginas enroscarse y desaparecer en las llamas. Y contesté la pregunta inmediatamente, con toda sinceridad, desde la profundidad de mi corazón: "sí, seguramente, si, en aquel precio, yo pudiera salvar la vida o comprara la libertad de algun otro Nacionalsocialista solo. ¡De buena gana! Pues por más que yo podría amar la creación de mis sesos, amo a la gente viva de mi Führer mucho más."

Y en una especie de sueño despierto yo imaginaria que alegre en efecto yo sería si el Coronel Vickers me dijera que yo podría poner en libertad a alguien que me gustase entre mis compañeros presos, a condición de que mi libro fuera quemado. Naturalmente, yo elegiría a H. E., pensé; y olvidaria la pérdida de mi tributo escrito irremplazable de admiración a Alemania Nazi, en la alegría que yo tendría al decir a aquella mujer alemana fina, cautiva por cuatro años debido al celo que ella mostró en el servicio a nuestra fe: "Meine H.. . .! ¡Sie sind frei!" - y ver lágrimas de felicidad llenando sus ojos azules grandes; y sentir la presión de sus manos sosteniendo las mías, en un entusiasta adiós; ver y oír que ella me saludaba en el umbral de la libertad, por última vez antes de que nos encontráramos otra vez en una Alemania libre, con un: ¡"Heil Hitler!"

Yo me habría sometido con mucho gusto a la tortura, o la muerte, si esto pudiera haber salvado mi libro. Yo lo haría, ahora, si fuera necesario. Aún asi digo, con plena sinceridad: yo habría sacrificado mi libro para liberarla, - de hecho, liberar a cualquier otro seguidor verdadero de Adolf Hitler, hombre o mujer. Ahora, si fuera posible. Y francamente deseé, entonces, que tal trato habría sido posible entre mí y las autoridades de cuya decisión el destino de mi manuscrito dependió.

Después de que comprendí que realmente lo deseé, - extraño como esto podría ser, ya que el trato probablemente no me sería propuesto - me sentí mejor. Mi angustia constante se hizo un poco menos insoportable, aunque esta no me abandonara completamente.

* * *

El viernes por la mañana, el 3 de junio, Frau Oberin vino a mi celda. "El Gobernador viene hoy," dijo ella. "Si él le llama - como probablemente va a hacerlo, tenga cuidado como usted contesta sus preguntas. Él estaba furioso a la vista de las cosas encontradas en su posesión, y bastante probablemente, habrá problemas. Ya, su amiga H. E. ha sido removida de su puesto en la Enfermeria. Ella tendrá que hacer de aquí en adelante el mismo trabajo duro que los otros presos, y ella será mucho menos libre de lo que ella era." Este era un nuevo golpe para mí. "Mi H.. . .!" Suspiré. ¡"La quiero tanto, y aún asi he traído esto sobre ella!" Y las lágrimas vinieron a mis ojos cuando hablé.

"Un enemigo inteligente es a menudo menos peligroso que un amigo sincero pero tonto," dijo Frau Oberin. "De todos modos, tenga cuidado de lo que usted dice al Gobernador. ¡No cometa más errores adicionales, por amor del cielo! Nosotras la apreciamos - la guardia, Frau S., Fräulein S., la matrona y yo.

Hemos hecho lo que podríamos para hacer su vida aquí tolerable a pesar de las órdenes del Gobernador. Usted no quiere dañarnos, ahora, a cambio, verdad? "

¡"Nunca!" contesté, vehementemente; ¡"nunca! Yo asumiré toda la culpa, descanse segura. Y ninguna de ustedes perderá su trabajo por mí. Usted verá: estúpida como soy, soy menos tonta de lo que luzco a primera vista."

"Usted no es una tonta," dijo Frau Oberin suavemente, con una sonrisa tan triste que me estremecí. "Usted no es una tonta. Pero usted nunca ha experimentado el terror constante bajo el cual hemos estado viviendo desde la Capitulación. Usted nunca tuvo que esconder sus sentimientos, mentir, arrastrarse ante aquellos que usted odia, a fin de permanecer vivo. Usted no ha sido obligada a fingir que odió todo lo que usted más ama, a fin de permanecer fuera de la cárcel - apenas más libre que aquellos que están dentro, es verdad, aún cuando sólo suficientemente más libre para que ello valga la pena, en el interés común."

Recordé las palabras de la primera mujer alemana que yo había encontrado en Saarbrücken, en 1948: "hemos aprendido a sujetar nuestras lenguas. Esta es la tierra del miedo." Olvidé mi situación grave, y la amenaza de la ira del Gobernador, sólo pensar en aquellos cuatro años infernales de los cuales yo había vivido en el terreno, sólo el último y menos infernal. ¡"pobre Querida Alemania, el país de mi Führer!" dije, conmovida a la profundidad de mi corazón. "Pero también he aprendido algo," proseguí, dirigiéndome a Frau Oberin después de una pausa de unos segundos. "Por el momento, yo también, mentiré - yo quien odia las mentiras; y si es necesario, también haré callar mi orgullo y me arrastraré, como ustedes han sido forzados a hacer. Pronto me pareceré a una de ustedes."

Dos horas más tarde, me llamaron ante el Gobernador.

Aunque hubiera otros presos esperando su turno en fila en el pasillo, yo era la primera en ser acompañada a la oficina de Frau Oberin, donde el Gobernador estaba sentado. Aparte de Frau Oberin ella misma, vi a Fräulein S. su ayudante, y la matrona, Frau R. - Frau Erste - todas de pie. El Gobernador se sentaba ante el escritorio, como cuando yo le había conocido el día siguiente de mi juicio. Y el Sr. Watts, pareciendo mucho más importante y severo, que cuando él había visitado mi celda, se sentó al lado de él.

Estuve de pie ante el Gobernador en silencio. A mi asombro completo, las primeras palabras que él dirigió a mí no tenían la conexión más leve con la búsqueda en mi celda: "Sra Mukherji," dijo él, "su marido ha reclamado su liberación. ¿En caso de que su petición reciba la consideración favorable del Comandante en jefe de las fuerzas británicas, consiente usted en volver a India?"

Durante un segundo, yo estaba confusa. Sentí como si soñaba. Entonces, de un salto, pensé en mi casa, y las lágrimas vinieron a mis ojos. Aún asi, subyaciendo a mi emoción estaba - como allí siempre parecia estar, conmigo, en momentos de emergencia - un definido, fresco, calculado proceso de razonamiento ocurriendo; un proceso del que yo estaba absolutamente consciente.

¡"Todo lo que quiero es volver - y nunca meter mi nariz en la política más!" exclamé, mirando fija y lastimeramente al Coronel Vickers; "volver con mi marido, a mi casa, a mis gatos - mi gato negro grande, sobre todo; ¡sostener en mis brazos una vez más aquella masa de piel gruesa, lustrosa, que ronronea, - mi minino, mi tigre negro, - y olvidar mis tontas aventuras!"

Dije esto. El vivido recuerdo del felino hermoso movió en mí bastante emoción para dar a mi actitud entera un aspecto de sinceridad completa. ¿Realmente me creyó el coronel Vickers? solo él lo sabe. Las cosas que él me dijo justo unos días más tarde tenderían a demostrar que él no lo hizo. Pero nadie podría acusarme de no haber jugado mi parte bien. Ninguno de mis camaradas, estando de pie ante los autoproclamados "nuevos educadores" de la humanidad

podría haber parecido posiblemente más - "inocente" y más mojado - que yo ante el Gobernador británico de la prisión de Werl, en aquella ocasión memorable. Pero, en el mismo momento que yo hacía aquella exposición tonta de mí, hablando aquellas tonterías de mi gato negro y fingiendo estar cansada de la vida que yo había elegido, yo pensaba - calculando - tan claramente como alguna vez: " ¡Volveré a India, porque esta es probablemente la mejor solución, ahora que ya no seré capaz de ver a mis amigos del ala D! Veré a mi marido allí, oiré las noticias de Asia. Quién, sabe - yo podría ser tan útil allí como en Europa, ahora que seré expulsada de Alemania de todos modos. Y luego, yo podría imprimir por supuesto mi libro, si sólo ellos me lo devolvieran. Debo intentar ahora mi mejor esfuerzo para salvarlo; decir cualquier cosa, para salvarlo - algo que no dañará a otros de nosotros. Y si no puedo salvarlo, pues de todos modos seguiré luchando por la Causa. "

El Gobernador simplemente dijo: "bien. Expediré entonces la petición de su marido." Entonces, viniendo al punto - el comienzo de los comentarios que temí. "Sra Mukherji," prosiguió él, "su comportamiento ha sido una gran desilusión para mí. Yo había ordenado tanto que su persona como su celda fuera revisada, esperando que los hechos refutaran ciertos rumores que me habían alcanzado. Tengo que confesar que el resultado de la búsqueda ha sido el más desalentador. Le habíamos tratado amablemente; le habíamos dado privilegios que no damos a los presos alemanes. Habíamos esperado que, a cambio, usted comenzaría a entender el valor de nuestros principios; que usted fuera 'reformada'; al menos que sintiera alguna clase de gratitud hacia nosotros . . ."

¡"Qué esperanza!" pensé. Y me obligué a tener en mente cosas tristes, a fin de no reírme.

"En vez de esto," siguió el Gobernador, "encontramos en su posesión una foto de Hitler . . . y un libro de canciones horribles de las cuales la primera habla de 'bombas a Inglaterra'. Todo eso será quemado. ¿Entiende usted? Quemado. No puedo permitir que usted conserve, aquí en la prisión bajo mis ojos, lo que está prohibido hasta a civiles alemanes ordinarios. . . Otra cosa: Usted ha estado viendo a criminales de guerra en su celda. Esto debe detenerse. Si alguna vez oigo que usted ha venido otra vez directamente o indirectamente en contacto con solo una de estas mujeres, despediré al personal de prisión entero. . ."

"Eso no es culpa del personal," exclamé. "Sea bastante amable para dejarme decirlo. Es mi propia culpa. Soy yo quien insistí en ver a una o dos de estas mujeres. Y no hablé política con ellas. Sólo quise un poco de conversación inteligente. Encontré los otros presos desesperantemente embotados."

"Es mi asunto juzgar de quien es la culpa," contestó el Coronel Vickers severamente. "Y culpo al personal. Repito: despediré al personal entero si oigo que usted ha dicho otra vez una sola palabra a cualquiera de los criminales de guerra. Una cosa no puedo entender sobre usted: en su petición, su marido declara que usted es una persona de muy buen corazón, tierna a todos los animales, en particular de los gatos. Parece que usted solía alimentar a gatos y perros que pasaban hambre durante el hambre Bengalí. ¿Cómo puede usted, entonces, desear mezclarse con mujeres que han sido condenadas por los delitos más bestiales contra la humanidad?

¡Seguramente, un ser humano merece más que un gato!"

¡"Esto otra vez! ¡Aquella misma vieja superstición insoportable acerca del mamífero de dos piernas!" pensé.

Si yo habría sido libre, - o al menos no dependiente sobre el Gobernador para la preservación de mis preciosos manuscritos - le habría contestado con frialdad, y sinceramente, encogiendo mis hombros: "no necesariamente. En mis ojos, ningún antinazi vale lo que un gato, o de hecho cualquier animal. Ya que él (o ella) es permanentemente peligroso mientras un animal no lo es;

no puede serlo." Pero no lo dije: ¿"mentiré?" Guardé mi palabra; al menos. Evité contestar a la pregunta del Gobernador. "Los pocos presos del ala D que he conocido, no han hecho nada 'terrible'," simplemente declaré.

El coronel Vickers ardió - incluso con esto. "Ellos le dicen así, naturalmente," exclamó él. ¿"Pero quién ha conocido alguna vez a un alemán que confiese que él o ella es un Nazi? Usted es la primera persona que, a mi conocimiento, abiertamente se llama uno después de 1945. He estado aquí un tiempo más largo que usted, y nunca he encontrado otro."

Si yo habría estado libre, y mis camaradas también, y mis libros en la seguridad, yo habría contestado: ¡"naturalmente, ellos no iban a decirle eso, - usted bromea! Yo mismo observé la discreción, hasta cierto punto, antes de que mi detención hiciera a todo el fingimiento inútil. En tiempos de guerra, en India, se supuso que yo sólo estaba 'interesada en los gatos'. En Londres, después de la guerra, se supuso que yo sólo estaba 'interesada en el culto solar del Rey Akhnaton' que prosperó hace tres mil trescientos años." Pero como las cosas se presentaron, yo dejé de lado mis palabras para después de la liberación de Alemania, y estuve silenciosa.

El Gobernador prosiguió: "de todos modos, he visto dos guerras, de ambas de las cuales Alemania es responsable, y no he venido para hablar con usted. Su marido dice que su estado de salud requiere su liberación. Usted será examinada por el doctor británico cuanto antes. ¿Tiene algo más para decir?"

La oportunidad me había venido por fin para hacer todo lo que yo podría para salvar mi libro.

"Sí," dije: "una cosa sólo. ¡Salve mis manuscritos!" lágrimas - que no eran "lágrimas de cocodrilo," esta vez rodaron bajo mis mejillas. "He transgredido las reglas de esta prisión conservando en mi celda los objetos que usted mencionó," proseguí; "me equivoqué; y lo siento. Y aunque yo hubiera guardado aquellos objetos únicamente por el valor emocional que ellos podrían tener ante mis ojos, aunque yo nunca los mostré a alguien, ni traté de usarlos en un espíritu de propaganda, no suplico para que ellos sean salvados. Pero pido que usted salve mis propias escrituras. Éstas no podrían ser de ningún valor a nadie, pero ellas son mías. Ellas son como mis hijos. He puesto todo mi corazón en ellas. Y además, no son para la publicación." "Los manuscritos encontrados en su celda están ahora en las manos de expertos," dijo el Coronel Vickers. "Si ellos son de una naturaleza subversiva, serán destruidos como el resto de su material Nazi. Si no, usted los tendrá atrás cuando sea libre - siempre que sea . . ."

Sentí mi corazón hundirse dentro de mi pecho, y mis rodillas ceder el paso bajo mío. Nadie sabía, mejor que yo, cuan "subversivos" eran, desde un punto de vista democrático, mi Oro en el crisol, y hasta la primera parte del Rayo y el Sol. Aún asi dije: " ¡Si, a pesar de toda la ingratitud oscura con la cual he reembolsado a su bondad, todavía puedo pedirle un favor, entonces, ah, entonces, por pura compasión, salve mis escrituras, pese lo 'subversivas' que ellas podrían ser! No quiero vivir si no puedo tenerlas, un día, de vuelta. Como dije, no tengo la intención de publicarlas. En primer lugar - si aquel argumento puede convencerle - es un hecho que en la situación presente, ellos podrían hacer más daño que bien a mi propia causa. Ya que he mostrado desde la primera página a la última, tan claramente como puede ser, que cada Iglesia cristiana, es más, que el cristianismo en sí mismo, cuando este se refiere a nosotros, es el enemigo natural del Nacionalsocialismo. ¿Piensa usted que deseo, ahora, aclarar a aquella gente todavía bastante simplona para imaginar que ellos pueden ser tanto Nazis como Cristianos, - la gente cuya inteligencia yo no podría admirar, pero a quien considero útil en tiempos como este? ¡Aquello por si solo debería demostrarle que soy sincera cuándo le digo que mi libro no debe ser publicado - alguna vez! Sólo quiero guardarlo como una conmemoración de uno de los períodos de mi vida, el más intenso, emocionalmente, si no el más feliz. "

El coronel Vickers miró fijamente a mí, el Nazi orgulloso, desafiante, con lágrimas ante él. Me odié, en un modo, por la exposición que yo acababa de permitirle, y por el tejido sutil de mentiras - puestas alrededor de una verdad central, con mucha maña seleccionadas - que yo había desplegado ante él con tal naturalidad dramática. Aún asi, yo pensaba todo el tiempo: ¿"qué más puedo hacer? Solo la causa cuenta. Acaso yo arrastrandome así ante uno de aquellos Demócratas desdeñables para que un día mi prosa pudiera conseguir una posibilidad de ser elogiada, yo sería más desdeñable entonces que todos ellos reunidos. Pero no; francamente, no es mi gloria lo que busco; es simplemente mi mayor utilidad posible. ¡Si miento, contra mi inclinación, contra mi naturaleza, hago así en el interés de la causa, Dioses Inmortales, ayudenme a ganar! Si mis escrituras estan destinadas a contribuir a llevar adelante y reforzar el espíritu Nazi verdadero, entonces, ayúdenme a salvarlas - sea ello con mi mentira; ¡pero por otra parte no!"

Después de la pausa de un minuto el Gobernador - que no podía leer mis pensamientos secretos el dijo: "repito: actualmente, sus escrituras están en las manos de expertos. Tendré que considerar la opinión de los expertos sobre ellas. Pero le doy mi palabra - la palabra de un Inglés - que independientemente de cual sea el informe de los expertos, no pediré la destrucción de sus libros sin llamar a usted y darle una posibilidad para suplicar para que ellos sean salvados. Y tomaré sus argumentos en cuenta, junto con otros factores. Usted puede irse ahora."

Agradecí al Gobernador, me arqueé, y dejé el cuarto.

Un rayo positivo de esperanza ahora brilló en medio de mi angustia. Todo no estaba irreparablemente perdido, condenado de antemano. ¡"Agradezco a Ti, el Señor de las Fuerzas invisibles!" pensé, cuando anduve atrás a mi celda.

Entonces me senté sobre mi cama y recordé mis palabras a Frau Oberin: "yo también, mentiré; yo también, me arrastraré."

Y recordé los meses atroces que habían seguido la Capitulación - la tragedia de los miles de Nacionalsocialistas que aparecieron como "criminales de guerra" principales o menores ante los consejos de guerra Aliados, entre las aun humeantes ruinas que ardian de casi todas las ciudades del Tercer Reich. ¡"Ah, mis camaradas alemanes y superiores," pensé, "perdonenme si, en la profundidad de mi corazón, yo critiqué de vez en cuando a algunos de ustedes por lo que me pareció, segun los informes de los periodicos, una actitud indigna de hombres de nuestros principios! ¡Perdónenme si yo consideré a veces como 'poco digna' la tentativa de algunos de ustedes de salvar sus vidas utiles a costa de declaraciones falsas 'de arrepentimiento'! He mentido, hoy, para tratar de conservar mis escrituras para nuestra causa. ¡Ahora sé lo que aquellos de ustedes que actuaron la apostasía deben haber sufrido! ¡Mis hermanos, perdóneme si yo era a veces áspera en mis juicios!"

* * *

La tarde triste pareció interminable. De todos modos nada tenia para hacer sino pensar. Pensé intensamente, y recé, conservando mi mente constantemente en el hecho que yo debería hacer todo lo que podría para salvar mi libro, no con miras a mi propia gloria posible, sino en un espíritu, del desapego, en el único interés de la causa Nazi; asi entonces sólo asi era mi derecho, más aun, mi deber, mentir a fin de tratar de salvarlo; pero asi, si yo fallara - si los Dioses omniscientes consideraran que mis escrituras no eran suficientemente hermosas, suficientemente elocuentes para que la causa Nazi pudiera ser beneficiada por su preservación - yo no debería compadecerme. Las palabras divinas del Bhagavad-Gita, que me había

ayudado, después de mi detención, a soportar con serenidad la pérdida eventual de los tres primeros capítulos de mi manuscrito, volvieron a mi memoria, ahora, para sostenerme en caso de la pérdida de doce capítulos: "tomando como igual placer y dolor, ganancia y pérdida, victoria y derrota, ciñete para la batalla; " 1 "tu asunto es con la acción solamente, nunca con sus frutos. Asi no dejes al fruto de la acción ser tu motivación, tampoco tu seas inactivo. "2 Yo pensé, sentí intensamente lo que tantas veces habia predicado en la defensa de nuestros métodos despiadados de acción: "cualquier cosa es permisible, es más, cualquier cosa es recomendable, cuando lo ordena el deber, a condición de que sea ejecutado en un espíritu perfecto de desapego."

1 Bhagavad-Gita, II, verso 38.
2 Bhagavad-Gita, II verso 47.

Por la tarde, fui llevada al Hospital para ser examinada por el doctor británico. Parecí bastante cansada, bastante mal, para impresionar a cualquier practicante. Sin embargo, ahora que, después de tanta angustia y tal rezo ferviente, yo comenzaba a superar mi pena, el relámpago del desafío otra vez apareció, de vez en cuando, en mis ojos. A pesar de todo, me alegré de sentir que la persecución no podía aplastarme. " Pero," pensé, cuando sali de mi celda, "no debo mostrar nada de esto al doctor. Debo parecer, aplastada; darle la impresión que me he vuelto una tonta inocua. Y, si puedo, debo tratar de usar la influencia del practicante a fin de salvar mi libro; hacer, al menos, mi mejor esfuerzo, en aquella línea; mentir una vez más, arrastrarme una vez más, si es necesario. Es horrible, sin duda - ya que somos los últimos cuya naturaleza debe ser flexible. ¡Pero la conveniencia - el interés de la causa - antes que todo, encima de todo! Salvar mi libro es ahora la mejor cosa que puedo hacer para la Idea Nacionalsocialista. Debo hacer todo lo posible para lograrlo - en cualquier costo; por cualquier medio; permanecer no sacudida, serena, por si fallo, pero, mientras tanto, hacer todo lo que puedo. Y recordar que esta humillación, nuestra humillación común, no debe durar para siempre . . ."

"Un día, el Día de la venganza vendrá;
Un día, seremos libres . . . "1
1 "Einst kommt der Tag der Rache
Einmal da werden wir frei . . ."

Las palabras de la vieja canción Nazi sonaron alegremente en mi corazón cuando anduve a lo largo del pasillo vacío, al lado de la guardia de servicio.

El doctor - un hombre moreno en uniforme, con una cara de tipo insignificante - me esperaba, con la Hermana Maria, que había vuelto de sus vacaciones. Pero H. E. ya no estaba en el Hospital. Durante un segundo el pensar en ella me conmovió hasta las lágrimas. Pero me reincorporé: ¡"intente salvar su libro!" dije a mí misma; "sálvelo para publicarlo, un día; para exponer a los perseguidores de Alemania. Es lo mejor que usted puede hacer, ahora, por ella, por todos sus camaradas, por la causa."

Estuve de pie ante el doctor, luciendo tan miserable como yo posiblemente podría.

"Siéntese," dijo él, suavemente.

Me senté. "Usted sabe que una petición ha sido enviada desde India para su liberación," prosiguió él. "Esta declara que su salud cederá pronto el paso, si usted permanece aquí. En efecto, no tiene buen aspecto. Dígame exactamente cual es su problema."

"Ah, no es nada físico," contesté, con una voz baja, cansada. "Es la preocupación y el cansancio más que otra cosa. Pero esto me derriba, físicamente, también. Me dan bastante para comer, sin duda. Pero mi vida es un tormento ya que no puedo hablar ni una palabra a mis camaradas, ya que no puedo verlos siquiera. No quiero en particular hablar de política. Sólo queria hablar con inteligencia. Los otros, los criminales ordinarios, son demasiado desesperadamente embotados para que yo no me sienta deprimida en su compañía. No puedo entender por qué el Gobernador me prohíbe hablar con los únicos que amo aquí, reduciendo mi condición prácticamente al aislamiento. Soy miserable, ahora; completamente miserable." ¿"A quién se refiere usted con los únicos que usted ama aquí?" preguntó el hombre.

"Mis camaradas; aquellos que su gente llama 'los criminales de guerra," contesté.

¿"Y por qué los ama usted?"

"Porque ellos son caracteres finos, - aquellos que he conocido al menos. No me preocupo lo que ellos podrían haber hecho."

"Pero usted debería preocuparse," dijo el doctor. ¡(Cómo odio aquella palabra que vuelve, una y otra vez, en la conversación de cada Demócrata con alguno de nosotros! ¿Quiénes son ellos, de todos modos, para decirnos qué deberíamos hacer?) "Usted debería," prosiguió él; "ellos han cometido delitos contra la humanidad."

Aquella misma expresión hizo mi sangre hervir. Sentí que yo no podría contenerme mucho tiempo, de modo que la única manera con que yo podría salir de la discusión sin cualquier daño a mis escrituras - a favor de las que yo contemplaba pedir al doctor intervenir - fue dar un respiradero, sin restricción, a aquella lógica centrada en la vida particular que siempre era la mía y esto siempre me ganaba la reputación de una persona "excéntrica" ante los ojos de la gente "decente". De hecho, mientras más yo me dejaría ir por aquella línea, más el doctor - indudablemente un hombre "decente" - sería convencido que tal "chiflada" como yo no podía ser peligrosa. Así contesté, vigorosamente y sinceramente.

"No amo a la humanidad. Y nadie puede obligarme a amarla. Amo a la humanidad superior, sin duda - los únicos hombres y mujeres dignas del nombre. Y amo la vida - vida hermosa, inocente; vida en las criaturas que, sé, nunca pueden estar contra nada de lo que apoyo; en criaturas con las cuales me siento en paz. Bien, mientras la gente encuentra normal que existan mataderos y cámaras de vivisección, yo simplemente me niego a protestar contra cualquier atrocidad realizada sobre seres humanos, sea ello hecho por nosotros o por ustedes, por los chinos, o por los Cartagineses, o por Assur-nasir-pal, el rey de Asiria, (884-859 A.C., segun recuerdo) quien es, ellos dicen, una de las figuras históricas que más duro golpeó en aquella tierra. Ante mis ojos, el público que se atreve a reprobarnos tolerando tales horrores sobre criaturas que no son, ni enemigos reales, ni potenciales de ningún régimen, merece la bomba atómica, o algo peor, si existe. Y si la gente piensa que tales horrores deben ocurrir 'para el progreso de la ciencia', entonces, digo, realícelos por supuesto sobre seres humanos peligrosos o deficientes - seres humanos que no pueden por otra parte ser utilizados, y quienes, ante mis ojos, son todo menos que 'sagrados', todo menos que adorables, mientras todas las bestias, salvo los parásitos, son adorables hasta cierto punto. No considero como criminales los doctores que podrían haber experimentado sobre tales seres humanos, antes de 1945, y a quienes sus tribunales condenaron. Digo que ellos hicieron la cosa correcta - exactamente la cosa que yo solía respaldar, años antes de que nuestro régimen subiera al poder."

Yo había hablado, hasta ahora, en perfecta seriedad y sinceridad. Esta era una buena política. Pues generalmente, la gente que tiene las mismas opiniones que yo sobre 'seres humanos peligrosos o deficientes', no tiene prisa por exponerlas. Sin duda, pensó el doctor, sólo una

persona medio loca podría tener tales opiniones consecuentemente. Pero una persona que también dijo que ella las tenía, tan francamente como yo lo hice, era seguramente incapaz de simular. Uno podría confiar por lo tanto que ella era sincera cuando habló de otras cosas. Al saber esto comencé a mentir deliberadamente, siguiendo, sin embargo, tan hábilmente como podría, mezclando mis mentiras con una cierta cantidad de la verdad.

"Usted tiene reacciones extrañas," dijo el doctor, en conclusión a mi diatriba.

"Tengo las reacciones que estan dentro de la lógica de mi naturaleza." contesté yo. "Y su gente que cree en el derecho del individuo a expresarse mientras él no es un peligro para otros individuos, no debería oponerse a mi franqueza. No estamos en el poder, ahora; entonces no puedo dañar a nadie. Además, el poco de actividad que yo tuve ha llegado a un final, y sólo le dije todo esto en respuesta a su pregunta sobre mi actitud hacia los llamados 'crímenes de guerra."

"Pero usted puede comenzar otra vez, una vez libre," comentó el doctor.

"No deseo comenzar otra vez," dije. "Estoy cansada de toda la actividad de aquella clase. Todo lo que quiero, como le dije al Gobernador, es volver a India y ver a mis gatos otra vez; me gustaría ocuparme yo misma, de aquí en adelante, con el bienestar animal - mi única alternativa al aburrimiento, supongo, pues ya no amo a los seres humanos excepto cuando ellos comparten mis ideales."

"Usted puede hacer esto, y también continuar sus antiguas actividades," indicó el hombre, que, por más que él pudiera haberme encontrado "excéntrica", era menos simplon de lo que yo había pensado.

"India no es lugar para la propaganda Nazi," dije.

"Usted puede escribir libros en todas partes," contestó él.

¡No lo sé acaso! ¡no tengo acaso la intención de terminar el libro que yo escribía, si sólo, por algún milagro, ellos me lo devolvieran! ¡no tengo acaso la intención de escribir otros libros, - mientras yo no podría hacer nada más sustancial para la causa! ¡"Ah, si fuese libre, yo haria esto, en efecto!" pensé, de un salto. Pero deliberadamente tuve en cuenta mi grave situación presente y comencé a llorar - tal como una actriz, supongo, recordaría en la escena, alguna pena personal a fin de extraer lágrimas naturales para su papel.

"Yo podría escribir libros, pero ellos no serán sobre la política; eso ha terminado," sollocé; ¡"estoy enferma de la política! Sin duda, conservo mis convicciones. Si ellos fueran a decirme que tengo que quedarme aquí de por vida a menos que yo firme un papel declarando que ya no soy un Nazi, yo permanecería aquí, y nunca negaría mi fe. De este modo, usted ve, no trato de fingir que mi perspectiva ha cambiado. Pero, adhiriendo tanto como alguna vez a mi Ideología, he decidido nunca otra vez participar activamente en su servicio; nunca otra vez dar una conferencia sobre ello, sin mencionar escribir libros o artículos."

"Es todo lo que las autoridades desean de usted," dijo el doctor - quien me pareció haber sido enviado para examinar mi estado de ánimo más que otra cosa. "No nos preocupamos de como es la gente. Cada uno es libre de pensar lo que a él le complace. Estamos interesados sólo en lo que la gente hace."

Yo no podía menos que pensar: ¡"que bromista es usted! Nosotros - y nuestros verdaderos enemigos, los Comunistas - saben que uno no puede ser esto o aquello sinceramente sin hacer

algo por los ideales de uno, tarde o temprano." Pero naturalmente, guardé este comentario para mí.

"Cuando yo esté en casa una vez más," proseguí, "todo lo que quiero es el derecho a hablar libremente a mi marido, un hombre en India que me entiende."

¿"Recuerda usted al doctor que le examinó antes de su enjuiciamiento?" preguntó el practicante.

¿"El psiquiatra? ¿Un hombre bajo, delgado, pelirrojo? Lo recuerdo muy bien."

"Veo que tiene una buena memoria. ¿Recuerda las cosas que usted le dijo?"

"Lo hago," contesté. "Pero ahora, no soy la misma persona. La vida de prisión me ha cambiado; no cambiado mi perspectiva ante la vida, por supuesto (le dije; nada puede cambiar esto) pero cambió mi valoración de mi propia capacidad. Estoy convencida ahora que soy incapaz de tales actividades como las que he incurrido antes."

¿"Por qué, incapaz?"

"Porque carezco de la capacidad de mentir, que es esencial," dije. "También porque soy demasiado apasionada sobre mis ideas. Mi amor por nuestros principios y nuestro sistema me ciega a muchas realidades. Y sin el realismo, uno es inútil. Usted mencionó escritura de libros. Cualquier libro que yo escribiera se parecería a aquel que yo escribía ahora mismo, aquel por la pérdida del cual lloro día y noche. Esto sería basura sentimental."

¿"Por qué llora por la pérdida de su libro si usted misma cree que ello es solamente basura sentimental?" preguntó el doctor.

"Porque lo amo," dije; "esto es mi creación, mi hijo - la única clase de hijo que tendré alguna vez. No quiero que sea destruido. No es que yo quiera publicarlo. Ya he dicho al Gobernador que nunca intentaré eso. Pero quiero conservarlo como mi mejor conmemoración de los días más plenos de mi vida; del tiempo yo era activa, el tiempo que yo estaba viva. Quiero leer parrafos de ello, de vez en cuando, a mi marido, mientras él fuma su pipa. El temor de su destrucción posible me ha lanzado en el estado en el cual usted me ve. Yo no puedo comer ahora, ni dormir. Pienso en mi libro todo el tiempo. Y si ellos me liberan sin devolvérmelo, sé que continuaré sólo añorandolo hasta que yo esté muerta. O sea . . . si tengo éxito en reunir la fuerza para recomponerme otra vez . . ."

¿"Bien, qué haría si usted tuviera la fuerza para recomponerse otra vez, en la suposición que su manuscrito fuera destruido?" preguntó el hombre.

"Lo que haria," contesté, "me lanzaria en la vida activa una vez más, febrilmente, como un loco, con la determinación del desesperado, esta vez, no para cualquier Ideología, sino por el odio hacia aquellos que destruyeron mi trabajo. Ellos resultan ser Demócratas; bien. Yo ofrecería mis servicios a cualquiera - a los Comunistas que odio - a fin de dañar las Democracias por cada medio. El odio se haría la única ley de mi vida, la venganza su único objetivo. Yo dañaría a hombres vivos y sus hijos, para vengar al hijo de mis sesos y de mi corazón." Todo el tiempo que yo decía esto pensaba en secreto: ¡"como si no viviré para vengar a la Alemania Nacionalsocialista de todos modos! ¡Como si - aun si usted, por un milagro, me devuelve realmente mi libro precioso - no viviré para destruir a usted, y a los Rojos, de todos modos! ¡Como si pudiera hacer algo más que aquello que considero mi deber como un ario, de todos modos!" Pero no dije nada más; e hice un esfuerzo consciente para no sonreír.

"Diré al Gobernador que creo que él puede devolverle sin peligro su manuscrito," dijo el doctor; "que, en el interés de su estado físico y mental, él debería devolvérselo. Acentuaré en mi informe su cambio de mentalidad, su resolución para conservarse lejos de la política para siempre, y haré lo que pueda para decirle que estoy convencido ahora que sería una satisfacción personal inocua."

¡"Ah, hagalo!" exclamé, con lágrimas genuinas en mis ojos, apenas capaz de creer las palabras que yo oía. "Si usted hace esto, y si ellos le escuchan y me devuelven mis escrituras intactas, estare obligada a confesar cuanto más generosos ustedes los Demócratas occidentales son, comparados con los Rojos. No perderé ninguna oportunidad de decirlo. Y me sentiré algo obligada a no hacerles daño, por palabra o hecho, independientemente de cuales sean mis convicciones."

Pensé para mí; ¡"como si yo creyera que uno de nosotros está obligado alguna vez a estar agradecido a los enemigos de nuestra fe, independientemente de lo que ellos podrían hacer!"

Pero el doctor no podía leer mis pensamientos; tampoco él era bastante perspicaz para comprender cuan horriblemente fuera de atingencia mi conversación entera era con aquellas mismas convicciones mías, que no negué. Por otra parte, aproveché la impresión eventual que mi discurso había producido, para proponer una nueva demanda. "Hay algo más que me gustaría decirle," dije al doctor. "El Gobernador me ha dicho esta mañana que el cuadro del Führer que ellos encontraron en mi celda sería seguramente quemado. ¡Pídale realmente salvarlo también! Quiero llevarlo conmigo, si debo ser liberada."

¿"Por qué quiere llervarlo con usted?"

"Porque lo amo," dije. "Este me ha seguido en todos mis viajes. He llorado, mirándolo, en los días horrorosos - 1945, 1946, 1947; los días victoriosos de usted. Lo quiero también porque el Hombre que esté representa significa todo para mí, independientemente de lo que otra gente podría pensar o decir o escribir sobre él."

¿"Qué significaba él, exactamente?" preguntó el doctor.

Cité las palabras que yo había escrito sobre la primera página de mi manuscrito del Rayo y el Sol, - el trabajo que no esperé terminar rápidamente y que yo había de antemano, dedicado a él:

"El Individuo divino de mi tiempo," dije yo, "el Hombre contra el Tiempo; el europeo más grande de todos los tiempos, tanto Sol como Rayo."

Las palabras, que me recordaron de la pérdida de aquel manuscrito también, eran suficiente para hacerme llorar. Ellas eran también suficiente para dar al doctor (quien consideró a nuestro Hitler en una luz completamente diferente) la impresión que yo era una mujer desequilibrada pero inocua - la impresión que exactamente quise que él se reuniera. "Por supuesto," añadí - para confirmar esa impresión - "yo podría conseguir otro cuadro. De hecho tengo uno mejor, en India. Pero este no sería el mismo, que ese que llevé conmigo todos estos años. Quiero éste."

"Se lo diré al Gobernador," dijo el practicante.

¡"Hagalo!" pedí.

"Y ahora, déjenos ver su peso," concluyó él; "ya que tengo que examinarle físicamente así como de otra forma. ¿Cuándo fue pesada la última vez?"

"Apenas hace más de una semana," contesté. "Pesé cincuenta kilogramos - lo mismo que desde que he estado aquí."

Me desnudé; fui pesada otra vez. "Cuarenta y nueve kilogramos," dijo la Hermana Maria, leyendo el punto donde la aguja se detuvo. Yo había perdido un kilogramo en cinco días, - un signo definido que mi salud cedía el paso.

"No caiga en la desesperación debido a sus manuscritos," dijo el doctor cuando él se despidió de mí. "Oblíguese a comer; mantenga su fuerza. Sé que usted está prácticamente en el aislamiento, que es duro para usted. De todos modos, intente mantener su fuerza. Bueno adiós, - y ¡buena suerte!"

"Bueno adiós," dije yo; ¡"y gracias!"

Durante aquella noche, por primera vez desde que mi celda había sido revisada, logré dormir un poco.

* * *

Al día siguiente, que era el sábado, conté a la Holandesa con quien yo solía andar alrededor del patio durante "la hora libre," la historia de mi entrevista con el doctor británico. Confié en la mujer hasta cierto punto.

"Usted ha actuado bien," dijo ella. "Usted verá: usted salvará su libro."
"He hecho todo lo posible," contesté, "mi maximo total; y en efecto, no pienso que yo podría haber mentido con una mayor apariencia de sinceridad, ni haber elegido y haber acentuado más con mucha maña los puntos en los cuales yo era sincera, ni haber hablado con naturalidad más convincente, sea mintiendo o diciendo la verdad. Los Poderes divinos me ayudaron a actuar, en el interés de nuestra causa, que es divina. Yo nunca podría haberlo hecho sola. Los Poderes divinos salvarán mis manuscritos, si ellos se preocupan de hacerlo. Yo no puedo hacer nada. No puedo entender siquiera como ciertas cosas que escribí tan claramente como claras pueden ser, podrian evitar la atención del Gobernador o de quienquiera más lea el libro. ¿Sabe usted, por ejemplo, qué escribí, al final de mi séptimo capítulo, como un comentario sobre el hecho que esta gente me condenó al encarcelamiento de tres años solamente mientras los Comunistas me habrían enviado probablemente a Siberia para el resto de mi vida? ¿Sabe usted como agradecí a aquellos 'humanitarios' hipócritas por su indulgencia? 'Un día', escribi yo, 'con la ayuda de todos Dioses, - espero - procuraremos que los Demócratas y hasta los Comunistas lamenten amargamente no haber matado a más de nosotros.1 ¿"Ahora, y si ellos leen esto?"
1 Oro en el crisol - Capítulo 7.

"No se preocupe," dijo la Holandesa. ¿"No conoce a esta gente? Ellos no estan aquí para servir una Ideología, como usted. No tienen ninguna tal cosa. Ellos vienen a recibir aquí una paga gorda, y pasar buen momento. El hombre que leerá esto, y otras de tales oraciones suyas - si él toma en absoluto el problema - pensará bastante posiblemente en la novia que él espera encontrar en el restaurante, o sobre el cóctel que él debe asistir en la casa de algún otro funcionario. Él se saltará sobre su libro por la simple razón que la lectura de ello sería para él una faena regular."

¡"Si yo estuviera en el control de alguna tierra ocupada bajo nuestro Nuevo Orden, y me fuera dado leer el manuscrito de algún trabajador subterráneo antinazi tan radical, tan violento y tan

sincero como yo misma, cielos! ¡Yo no me saltaría sobre una palabra de ello, con la consecuencia de que aquel antinazi sería 'liquidado' en mi petición incluso antes de que yo hubiera terminado de leer el primer capítulo! Yo apreciaría sus cualidades literarias - si tiene algunas - y le consideraria tanto más peligroso por poseerlas. Pero, por supuesto, como una vez dije a un camarada, 'esta gente no son como nosotros'. Ellos nunca pueden reaccionar asi." "Usted se beneficiará por esta diferencia en la psicología," dijo la mujer.

"Si me beneficio por algo, será por el favor excepcional de los Poderes invisibles," contesté. "No lo merezco. Pero el Nacionalsocialismo si lo merece, Alemania lo merece, la Arianidad lo merece. Quizás, si mi libro puede ser un día de utilidad . . . el podra ser salvado a pesar de todo. No sé. No me atrevo a tener esperanza. Trato de mantener mi mente desapegada; para hacer todo lo que posiblemente puedo para salvar mis manuscritos a cualquier costo - actuando, mintiendo, si ello es necesario - y no preocuparme si ellos son salvados o no. Trato de conservar esta actitud, pero no puedo. Me preocupo. No puedo menos que preocuparme. Yo podría sacrificar mis escrituras con júbilo sólo si yo supiera que, así, yo beneficiaría la causa."

"Intente no pensar en nada. Venga esta tarde al cuarto de recreo para oír un poco de música," dijo la Holandesa.

"Lo hare," contesté.

* * *

Esta era la primera vez que puse el pie en el cuarto de recreo desde el 8 de abril. Permanecí con la Holandesa, y no conté una palabra de mi historia a las otras prisioneras, algunas de las cuales me saludaron con frialdad, otras amablemente. Naturalmente, no encontré la colección de antinazis, las antiguas presidiarias de Ravensbrück y otros campos, que yo había visto dos meses antes. Ellas eran prisioneras del ala B. Y yo estaba ahora en el ala A. Pero me encontré con otras - tan malvadas - de quienes la Holandesa me advirtió diciendo: ¿"usted ve una con el pelo agitado, sentada en la esquina? Bien, ella estuvo seis años en un campo de concentración. Asi mismo lo estuvo la que está a su lado, ellos dicen. En cuanto a aquellas tres conversando juntas al otro extremo del cuarto, la de pelo oscuro estuvo cuatro años en tal lugar, las otras dos tres, me dijeron. La baja es checa." Me sonó como si las tres cuartas partes de los criminales ordinarios eran antiguos presidiarios de campos de concentración, - lo que no me sorprendió lo más mínimo. Con cuidado evité todo el contacto con ellas.

La música comenzó a sonar del inalámbrico con una melodía de baile alegre, vigorizante, bien ritmica como una marcha. Esto me recordó a una orquesta en un restaurante lujoso; a discusiones animadas alrededor de mesas bien puestas; a la libertad en las mejores condiciones - como antes de la guerra, o durante los dos primeros años de la guerra. Sonreí. "Usted ve, le gusta esto," dijo la Holandesa. ¿"No estaba en lo correcto al decirle que venga? Es mejor que permanecer pensando en su celda."

¿"Sabe usted en qué pienso?" pregunté.

"No. ¿Cómo podría yo adivinar?"

"Bien, pienso en la proxima guerra. Imagino cuan encantada estaré de sentarme en algún salon festivo lujoso, en Sudamérica o en otra parte, y saber que el mundo Judeocristiano, que el mundo capitalista corrupto que se levantó para aplastar al Nuevo Orden hermoso se derrumba a pedazos, junto con su ex-aliado en el Este; que sus capitales están en llamas; ¡que nuestro Día, por fin, alborea! Sí, aun si esta gente, ahora, destruye todos mis libros, de todos modos

olvidaré todo esto en mi alegría, cuando ese día venga; de todos modos, llena del entusiasmo, llena de inspiración, rejuvenecida, hablaré, me regodearé - y bailare, si encuentro un compañero que los odie tanto como yo lo hago - imaginando para mí sus últimas horas; ¡las últimas convulsiones de la civilización agonizante que aborrezco, antes de nuestra Salida del sol!

La radio me había puesto decididamente en un buen humor. "Usted ve," proseguí, feliz de hablar, después de aquella semana de silencio, contenta de descargar la vieja agresividad que yo casi había olvidado en mi angustia por mi libro; "usted ve, cuando ellos oyen la música como esta, unos piensan en el amor. Yo pienso en la guerra; en la venganza divina. ¿Pero sabe usted qué sería ideal? Amor y guerra. En la antigua Babilonia ellos adoraron a Ishtar-Zarpanit, la Estrella de la mañana, la diosa de la guerra y de los trabajos viriles en el día, la diosa del amor, por la noche. Aquella concepción siempre me fascinó. Y aunque yo haya vivido sólo un lado del doble ideal, en esta vida presente, sueño con vivir ambas, la próxima vez - si hay 'una próxima vez'; un nuevo nacimiento en esta Tierra después de cada vida, como los Hindus creen."

Aquellas palabras, que podrían haber parecido locas para muchas personas, no parecieron siquiera extrañas a la Holandesa, que era un creyente firme en el dogma de la reencarnación. Y aunque yo esté, personalmente, todo menos que segura del destino de mi alma después de la muerte; aunque la teoría de la reencarnación sea para mí, a lo más, una teoría - una hipótesis, una posibilidad entre muchas otras - sonreí en previsión de mi "siguiente nacimiento," en algún sitio en la nueva Europa Nacionalsocialista de mis sueños. "Nada más que un cuento de hadas, quizás," pensé; "pero al menos, uno hermoso." La música siguió sonando. Y dejé a mi imaginación correr desbordada.

"Según mi horóscopo, hecho en India," dije yo, debo morir a la edad de setenta y siete años. Asumiendo que renaceré inmediatamente, si el renacimiento existe, eso significaría que, en cincuenta años, tendré dieciséis . . . ¡Dieciséis! - yo nunca podría entender por qué los Hindus cuyas opiniones son tan variadas y entrando en conflicto en tantos puntos, todos parecen consentir en su deseo de no renacer si ellos pueden evitarlo. Toda su disciplina religiosa es apuntada a esto. Mientras no me gustaría nada más que nacer de nuevo; tener dieciséis una vez más, ser de veinte, bajo el Nuevo Orden, entonces firmemente establecido: mirar hacia atrás a estos días que vivimos ahora como a un heroico comienzo, nunca habiendo conocido, personalmente, algo más excepto el régimen por el que lucho hoy; y realizarme, esta vez en todos los planos, en belleza, en fuerza, en salud: siendo la compañera de un guerrero juvenil dedicado a nuestros ideales, y la madre de semidioses vivos. . . "

De repente me detuve en mi derrame de elocuencia. Recordé la agonía mental que yo había vivido, en y después de 1945; mi remordimiento al pensar en mis viejas omisiones; mi angustia presente debido a mi manuscrito perdido. las lágrimas vinieron a mis ojos. "Los Hindus dicen que cada una de nuestras vidas es la consecuencia de nuestro pasado entero," comenté. ¿"Sufro ahora de modo que yo pudiera merecer aquel futuro glorioso? ¿Y a fin de merecerlo más completamente, deberan decirme, en unos días, que mi libro precioso, mi regalo a la gente de mi Führer, será destruido?"

"Quizás," dijo la Holandesa "y quizás no. Usted sabe de todos modos que, en el invisible, nada es perdido alguna vez."

La puerta fue abierta. La guardia de servicio nos dijo que el tiempo se acabó. Anduve atrás a mi celda.

Otra vez, comencé a pensar en mi manuscrito, mientras la clara, tranquila voz dentro de mí, la voz de mi mejor Yo, me dijo una vez más: "no se preocupe; su verdadero regalo a la gente de

su Führer y a la eterna Idea aria es su amor, su vida dedicada, - todas sus vidas próximas, si tales existen, y si usted así desea . . ."

Yaci sobre mi cama y miré fijamente al cielo límpido, tan puro, tan brillante, tan misteriosamente transparente, en que el Sol no se pondría durante otras tres horas. Y pensé en una serie interminable de vidas cada vez más hermosas dedicadas a la lucha y a la creación, todas en servicio de la verdad encarnada en la sagrada Esvástica, el signo del Sol, signo del Nacionalsocialismo, signo de la Raza aria regenerada, conquistadora, divina. Y recé con todo el fervor de mi corazón que tal debería ser mi historia, de ahora adelante, en siglos por venir, si, contrariamente a lo que muchos creen, la muerte no es un punto final. "Dioses inmortales," pensé, "ayudenme de todos modos a merecer tal historia, ahora, en esta vida, - independientemente de cuales puedan ser las leyes de vida y muerte, que no conozco."

El CAPÍTULO XII
EL CAMINO DEL DESAPEGO ABSOLUTO

Durante el día siguiente, el domingo, 5 de junio, permanecí en la cama. Yo estaba bien despierta - apenas podria dormir. Y no estaba cansada. Pero no teniendo nada que hacer, nada que leer, no me sentí impulsada a levantarme. Así me puse a pensar, como siempre, sobre mi manuscrito perdido; con esperanza, un rato de que ellos no lo destruirían, y luego, negandome a tener esperanza; no atreviendome a esperar; y soñar con los días cuando todos estos y peores recuerdos de la larga persecución parecerían a mí, y a todos nosotros, como una pesadilla para siempre terminada.

Como cada domingo, en el pasillo del ala D, en la esquina del ala A, los servicios de iglesia ocurrían: primero el Católico; luego el Evangélico. Desde mi celda, yo podría oír a los otros presos cantando himnos. Y otra vez fui impresionada, como yo siempre lo era desde el principio - yo que, consecuentemente, nunca había asistido a aquellos servicios - al pensar en mis camaradas verdaderos del ala D cantando himnos cristianos y escuchando sermones sobre las aventuras de algunos Judíos de hace dos mil años o más, en la ilustración de supuestas virtudes, la mayor parte de las cuales eran completamente extranjeras a nuestros ideales. La explicación que H. E. me había dado una vez, a saber que los pocos verdaderos Nacionalsocialistas del ala D como ella, asistieron a los servicios de iglesia por puro aburrimiento, no me satisfizo. Yo podría entender como uno de nosotros podría presentar un espectáculo en el interés de la causa, pero no sólo por "el aburrimiento". ¿O quisieron estas mujeres dar a las autoridades la impresión que ellas estaban 'reformadas', o eran al menos reformables, para que ellos las liberaran, de ser posible, un poco más pronto? Era esa quizás la razón de por qué ellas pasaron por la farsa de la iglesia con tal regularidad estupenda. Y H. E. no había deseado decirme, no sea que yo pudiera, dentro de mi corazón, reprobar tal oportunismo. Aún asi, yo habría preferido ver a una mujer como ella asistir a los servicios de la iglesia por una razón práctica definida de aquella naturaleza, más bien que del aburrimiento . . .

Oí un ruido en el ojo de la cerradura, y giré mi cabeza hacia la puerta. A mi placer, era Frau S.

¿"En cama aun, nuestra luchadora de vanguardia?"1 dijo ella, mirándome con una sonrisa amable, aunque algo irónica.

1 "Unsere Vorkämpferin."

Hice un movimiento para despertar. "No, no; permanezca alli," insistió Frau S, "yo sólo le embromaba. Sé que usted tiene que descansar. Le he traído… una taza de verdadero café ..."

Miré fijamente a ella con atención. Fui conmovida, feliz. las lágrimas llenaron mis ojos. "Incluso si ellos me devuelven realmente a India, como dicen, no me quedaré allí para siempre," dije, "un día, cuando vuelva, cuando todo este en orden, le encontraré otra vez. Será dulce entonces recordar los tiempos de la persecución." Hablé con entusiasmo, como si yo pudiera visualizar el futuro asombroso de nuestros sueños a traves de la niebla del deprimente presente. "Mientras tanto, beba su café," dijo Frau S., "o se hará frío."

Me senté y bebí a sorbos el café caliente, fuerte, dulce, encantador, mientras Frau S., después de tirar la puerta detrás de ella, se sentó sobre el taburete, cerca de mi cama.

¿"Qué le dijo el Gobernador, anteayer?" ella me preguntó, después de un silencio. ¿"Y qué le dijo usted?"

"Él me prometió que no haría destruir mi manuscrito antes de verme y darme una posibilidad para defenderlo," contesté; "y le pedí que él me dejara guardarlo simplemente como una conmemoración de mi vida en la cárcel. Le dije que no tengo la intención de alguna vez publicarlo . . ."

Una sonrisa traviesa aclaró la cara severa, enérgica de Frau S. Miré a ella inquisitivamente. Y ella contestó la pregunta que yo no le había puesto explícitamente, pero que ella había adivinado. "No hay necesidad de preguntarme por qué yo sonrío," dijo ella: "usted lo sabe bastante bien."

"No lo hago; realmente no lo se," contesté. Adoré a Frau S. Pero de alguna manera, no quise revelar mis pensamientos secretos, aun a ella. Yo estaba con tanto miedo que la indiscreción más leve mía destruyera, en el invisible, el efecto de mis mentiras estudiadas, que seguí mintiendo, a ella también. Hasta me forcé a creer lo que yo había dicho al Gobernador, sabiendo que, en el invisible, una creencia como tal hace una potencia, aun si aquella creencia es en una mentira. Quise que la creencia de Frau S., - y la mia propia, si fuera posible - pudiera reforzar a aquella del Gobernador, de algún modo misterioso, y así influir en su decisión a favor de mi libro. Yo temia que la verdad, una vez que yo la expresara, incluso una vez que la admitiera a mí misma, de alguna manera, en el invisible, destruyera aquella creencia. Entonces añadí: "hablé en serio cuando dije al Gobernador que yo no deseaba publicar mi libro sobre Alemania."
Pero Frau S. vio a traves de mí. Ella sonrió más maliciosamente que alguna vez.

"No sé si el Gobernador le creerá," dijo ella; "pero seguramente no lo haga. Asumiendo que él le devuelva su manuscrito usted no podría publicarlo inmediatamente, pues esto sería completamente imposible. Pero usted lo publicará tan pronto como pueda - tan pronto como sepa que es posible hacerlo sin poner en peligro a cualquiera de nosotras. Sé que usted va a hacerlo, porque le conozco."

¿"Piensa usted que me conoce bastante para ser capaz de decir cuándo miento y cuándo digo la verdad?" pregunté.

"Puedo adivinar su renuencia natural a las mentiras," contestó Frau S., "Pero sé, también, que

usted es una Nacionalsocialista genuina. Es suficente. En el interés de la causa, usted es capaz de cualquier cosa. Usted lo ha demostrado, ahora, una vez más."

Ella me había analizado bien. Sentí que un chorro de orgullo y alegría hinchaba mi pecho. Si yo, durante los grandes días, delante de cada uno, hubiese recibido una condecoración "für treue Dienst," yo no podria haber sido más feliz. "Frau S.," grité, "usted me ha conferido explícitamente el título más alto de gloria a la cual un ario del siglo veinte puede aspirar. ¡Pueda no yo nunca dejar de merecerlo!"

Hice una pausa durante un minuto, para pensar, sentir todo lo que sus palabras me significaron. ¡"Si ellos destruyen mis escrituras o no," reflexioné, "pueda mi vida permanecer en la historia verdadera, no grabada, como el primer tributo vivo de la lealtad del mundo ario exterior al Führer, el Salvador de la Raza, y a su Nación predestinada! ¡Ah, soy feliz! Si yo soy recordada u olvidada, quiero estas palabras: echte Nationalsozialistin, permanezcan verdaderas sobre mí, para siempre y alguna vez . . ."

Frau S. se rió de mí una vez más. "No le he dado un elogio falso," dijo ella. "Simplemente le dije lo que sé. Usted podría engañar a esta gente. Usted no puede engañarme." "Realmente no quiero hacerlo," dije, sonriendo en mi turno. Y añadí, devolviéndole la taza que yo acababa de vaciar: "le agradezco por el café. ¡Estaba encantador!"

"Le traeré uno más esta tarde."

"Hay una cosa que me gustaría me trajese - si usted puede," dije; "o sea, si ellos se lo han devuelto . . ."

¿"Qué?"
"Aquel libro, Menschen Schönheit, que usted me prestó antes de que ellos buscaran mi celda. No tengo nada para hacer, nada para leer: y adoro aquel libro."

"Ellos me lo han devuelto," contestó Frau S. "Usted lo tendrá." Y de hecho, ella fue y lo trajo para mí antes de despedirse.

* * *

Así, después de lavarme y vestirme, una vez más admiré aquellas fotos de jóvenes alemanes y doncellas, madres y niños, de los días de orgullo y prosperidad, tan perfecta como las obras maestras en piedra o colores de las cuales, el editor había colocado las fotografías en las páginas de enfrente. Y una vez más sentí, en la contemplación de ellas "es por lo que he estado añorando, toda mi vida; ¡esto, la belleza del ario perfecto!"

No había una palabra "de política" en el libro entero. No había ninguna necesidad de haberla. Las fotos solas proclamaron, más enérgicamente que todos los comentarios posibles, la gloria eterna del régimen Nacionalsocialista. ¿Pues que justifica un régimen, si no la calidad de la élite humana de la cual este lleva adelante el crecimiento y la dominación?

Miré la fotografía de un adolescente rubio, con rasgos regulares, atentos, viriles, y un cuerpo atlético, apoyado contra un parapeto de piedra. En la misma página, estaba la foto de un guerrero germano joven, tomado de un bajorrelieve romano: la misma cara que aquella de jovenes Hitlerianos modernos - flagrante prueba de la continuidad sagrada de sangre, desde los soldados de Hermann a quienes los romanos temieron, hasta los compañeros de Horst Wessel. En otra página estaban dos hombres jóvenes hermosos del tipo alemán del Norte más puro, manejando el arco; enfrente, un arquero griego antiguo, exactamente como ellos - flagrante prueba de la unidad de la raza aria en su pureza original. Recordé en mi mente una oración de

mi libro perdido - la explicación de mi actitud admirativa entera al régimen de Hitler; la expresión del hecho que encontré en ello la respuesta perfecta a mi búsqueda de toda la vida de la belleza completa en la humanidad viva: "no conozco nada, en el mundo moderno, tan hermoso como la juventud Nazi." Hermoso, no sólo físicamente, sino en carácter, también; la encarnación de aquellas grandes virtudes arias que solo pueden levantar la élite natural de hombres hasta la superhumanidad. Y por la millonésima vez, pensé: ¡"Gloria al Hombre, gloria al régimen que de la Alemania esclavizada del temprano 'milnovecientos veinte', ha traído adelante esto!"

Además pensé y eso, también, por la millonésima vez: "Para el establecimiento, el mantenimiento, la defensa de tal régimen, cualquier cosa es permisible, es más, cualquier cosa; es recomendable, contrariamente a lo que los creyentes en 'la igualdad de los derechos del hombre' predican de la mañana a la noche en el interés de los parásitos humanos que prosperan en la corrupción y la degeneración de sus superiores. ¡"Cómo yo siempre odié aquella clase de predicación! Como había, desde mi infancia, siempre opuesto mi moralidad a aquella de los partidarios de no sé que "misteriosa dignidad de la persona humana" de la cual no logré ver cualquier prueba en la vida real, y que rechacé admitir como un dogma.

Recordé como, cuando yo tenía doce años, el profesor en la escuela francesa donde yo solía ir me había hecho una vez aguantar una hora entera en la esquina, con mi cara hacia la pared, como un castigo por haber declarado abiertamente que los llamados "ideales" de la Revolución francesa me repugnaban. Y como, otra ocasión en la misma escuela, yo había sido castigada por sacar mi lengua en el busto de yeso de la República francesa que estaba en el pasillo - el símbolo de todo lo que odié, - y como yo me había preocupado poco por el castigo, tan contenta de que podía sentir que yo había insultado y desafiado al símbolo detestado. Y como reaccioné a los poemas de Victor Hugo, que me dijeron que "debo" admirar, pero cuyo sentimentalismo igualitario idiota y la creencia en "el progreso" por el aprendizaje solamente, simplemente logró irritarme más allá de mi soporte, y colocarme fanáticamente, y definitivamente, contra toda la moralidad tonta centrada alrededor "del hombre" como tal - aquella moralidad que todos esperaron que yo aceptara por norma.

Yo no sabía, entonces, que esta escala de valores a fondo Pagana, a fondo aria que ya me hizo tan impopular, se haría, en unos años, gracias a los creadores del régimen nazi, la escala de valores de una nueva civilización. Ahora, yo sabía que la nueva civilización se impondría en la carrera larga y que, junto con mis camaradas alemanes y unos otros arios no-alemanes como yo, yo era ya una parte integral de ello.

Esto era, sin duda, en un modo, "nuevo", pensé. Pero era también nada nuevo. Era, como el Führer había dicho, "en armonía con el sentido original de las cosas," 1 - eterno.
1 Mein Kampf, II, Capítulo. II. p. 440.

Esto apuntó a la contención del decaimiento físico y moral de la humanidad moderna, técnicamente "avanzada" forzándola - forzando a su élite racial, al menos - a vivir de acuerdo con el objetivo último de la Naturaleza, que no es hacer individuos "felices", ni siquiera hacer, naciones "felices", sino desarrollar la superhumanidad - la divinidad viva - de las razas señoriales existentes, en primer lugar, del ario puro. La felicidad es una concepción burguesa, definitivamente. Esto no es nuestro interés. Queremos que los animales sean felices - y los hombres inferiores, también, al grado que su felicidad no moleste al Nuevo Orden. Creemos que la humanidad más alta tiene mejores cosas que hacer. El mundo ario, moldeado de nuevo por nosotros después de nuestro triunfo final, ya no pensará en términos de felicidad como el mundo decadente de hoy. Este pensará en términos de deber - como el mundo Védico temprano, el mundo cristiano temprano, el mundo Islámico temprano; como el mundo en el momento de cualquier gran nuevo comienzo. Pero este, en el espíritu, se parecerá al mundo

Védico temprano mucho más que al Cristiano o mucho más que al Islámico. Pues para el deber que este vivirá no será para el deber de amar a todos los hombres como a uno mismo, ni considerar a todos ellos como hermanos potenciales en la fe; esto será el deber de amar la belleza integral de la raza de uno encima de uno mismo y sobre todas las cosas, y contribuir a su expresión más plena, a cualquier costo, por cualquier medio porque tal es el objetivo divino de la Naturaleza.

Un antiguo hombre S.S. me había dicho una vez: "el primer deber de un Nacionalsocialista es ser hermoso," (físicamente, y en todos los planos) - palabras dignas de un griego antiguo; palabras de un ario de todos los tiempos. Y mi camarada Herr A. - quien sin haber servido en el Waffen S.S. es un seguidor tan dedicado de Adolf Hitler como cualquiera de aquellos que lo hicieron - me había dicho una vez: "un Nacionalsocialista no debería tener ninguna debilidad," las palabras - que yo había recordado tantas veces desde que mi manuscrito, en el cual yo había puesto tanto amor, había estado en peligro de ser destruido.

Y reflexioné que, en efecto, a menos que uno no tuviera "ninguna debilidad," uno no podía ser absolutamente hermoso; ya que cada debilidad es un defecto en el acero del carácter de uno; una tendencia de sacrificar la belleza a la felicidad, deber a lazos individuales, el futuro al presente, lo eterno a lo ilusorio; que esto es una posibilidad definida de decaimiento. Sólo desde elementos impecables pueden los dioses vivientes surgir. El hombre cuya vida es una cosa de belleza integral, el hombre sin debilidades, es el hombre sin lazos, que realiza el deber con meticulosidad despiadada y con serenidad.

Y me pregunté: ¿"soy yo realmente alguien sin lazos? ¿Soy serena? Si yo lo fuera, yo no me preocuparía por la posible destrucción de mis manuscritos, después de haber hecho todo lo que podía para salvarlos.

Recordé mi visita a Godafoss, en Islandia del norte, en junio de 1947.
Me habían dicho que, algún tiempo después del año 1000, un hombre llamado Thorgeir, quien era un "godi", - un sacerdote de los dioses Nórdicos - en la región de Ljosvatn, en Islandia del Norte, se hizo Cristiano. Y, que como una demostración espectacular de su lealtad a la nueva fe extranjera - y quizás, en su mente, como "un ejemplo" - él había tomado las imágenes de los viejos Dioses y las había lanzado en público en la cascada del río Skjalvantaflyot, conocida después como Godafoss: la Cascada de los Dioses.

Profundamente conmovida, había ido yo misma al punto, y me había parado ante la Cascada y había pensado en aquellos Dioses - Odin, y Thor, y Baldur el más puro y los demás, a quienes mis propios antepasados Vikingos una vez adoraron, yaciendo durante más de novecientos años en el fondo de las aguas heladas del Skjalvantaflyot, esperando el alba de los nuevos tiempos, por el gran Renacimiento Pagano; esperando por nosotros - por mí. Yo había traído conmigo un papel en el cual había copiado las palabras que el poeta francés Leconte de Lisle puso en la boca de un Dios Nórdico que se dirigía al Niño manso Jesús, venido para derrocar su poder:

". . . ¡Tu moriras en tu turno!
Nueve veces, lo juro, por las Runas inmortales,
¡Tu moriras como yo, Dios de las nuevas almas!
Ya que el hombre sobrevivirá. Veinte siglos de sufrimiento
Hará su carne sangrar y sus lágrimas fluir,
Hasta el día cuando tu yugo, tolerado dos mil años,
Pesará demasiado sobre los cuellos de razas rebeldes;
Cuando tus templos, que están de pie en su medio,
Se harán un objeto de burlas para la gente;
Entonces, tu tiempo acabará . . . "1

1 ". . . Tu mourras à ton tour:
J'atteste par neuf fois les Runas immortelles.
Tu mourras comme moi. Dieu des âmes nouvelles,
Car l'homme survivra! Vingt siècles de douleurs
Feront saigner sa chair et missel er ses pleurs,
Jusqu au jour où ton joug, subi deux mille années,
Fatiguera le cou des races mutinées;
Où tes temples, dressés parmi les nations,
Deviendront en risée aux générations;
Et ce sera ton heure . . ."
Leconte de Lisle, (Poèmes Barbares, — "Le Runoïa.")

Con mi brazo derecho extendido hacia el Este, yo había recitado aquellos versos, y luego, había lanzado el papel en la catarata rugiente. Y luego - aunque yo no hubiera recuperado todavía la esperanza; aunque el desastre, ante mis ojos, hubiera pospuesto, quizás durante años y años, el gran renacimiento Pagano de mis sueños - yo había hablado a los viejos Dioses. "Dioses del Norte, hermanos de los Dioses Védicos que India todavía reverencia," decía yo, "Dioses Arios, Dioses de mi raza, ustedes saben que toda mi vida he sostenido los valores que ustedes una vez encarnaron en los corazones de sus adoradores. Ah, independientemente de cual será el destino al cual ustedes me llaman, ustedes que los antepasados de mi madre invocaron en medio de los relámpagod y truenos, sobre las olas furiosas del Mar del Norte, ayudenme a nunca dejar de luchar por nuestros grandes ideales; nunca dejar de luchar por el culto a la juventud, a la salud, a la fuerza, por el culto del Sol - para su verdad; ¡nuestra verdad, - dondequiera que esté en el mundo, hasta que yo muera!"

Y habiendo dicho eso, yo había sentido una emoción fría correr a lo largo de mi espina, y había sido abrumada por una consciencia de la solemnidad infinita, como si yo acabara de hacerme el instrumento de un rito largo tiempo preparado y esperado hace mucho; como si los dioses Nórdicos, desechados por su sacerdote Thorgeir, realmente hubieran estado esperando mi gesto simbólico. Era a las 22:30h, pero en plena luz del día, como es natural en junio, en aquella latitud. Y yo había recordado de repente que era el 9 de junio, el séptimo aniversario del día en el cual, también a las 22:30h, un Brahmán, el representante de la Arianidad oriental, había sostenido mi mano en la suya encima del fuego sagrado y me había dado su nombre y protección. Y yo había sentido que mi visita a la Cascada de los Dioses, y mi gesto simbólico durante tal día tenían un sentido en el invisible; que habia allí más que una mera coincidencia. Ahora, recordé aquel episodio, que tomó, en la luz de mi historia durante estos dos años, un mayor valor simbólico que alguna vez. ¡"Dioses del Norte, Dioses del fuerte," pensé, "Dioses Arios enseñenme aquel desapego sin el cual no hay ninguna verdadera fuerza, ninguna eficacia durable! Háganme un testigo digno de su verdad, - de nuestra verdad. ¡Líbrenme de todas las debilidades!"

Pasé aquel día y el siguiente, y el resto de la semana, meditando sobre el camino del desapego absoluto que es el camino del fuerte, a la luz del más antiguo sumario conocido de la filosofía aria, - el Bhagavad-Gita - y a la luz de todo lo que yo sabía de la Ideología moderna por amor a la cual yo estaba en la cárcel. Y mientras más medité así, más me maravillé por la exactitud de la declaración de aquel muchacho hindú analfabeto de quince años que me había dicho, en el glorioso '40: "Memsaheb, también admiro su Führer. Él lucha a fin de sustituir, en el Occidente entero, la Biblia por el Bhagavad-Gita." "¡Sí!", pensé, "¡sustituir la filosofía igualitaria y pacifista de los Cristianos por la filosofía de jerarquía natural y la religión de la violencia desapegada - la sabiduría aria inmemorial!"

Recordé en mi mente los versos de la vieja Escritura Sánscrita - palabras de Krishna, Dios encarnado, al guerrero ario Arjuna:

"Tal como el ignorante actua por apego a la acción, Oh Hijo de Bharata, asi debería el sabio actuar sin apego, deseando sólo el bienestar del mundo. "1
"Sin apego, constantemente realiza tu acción que es el deber. "2
"Rindiendo todas las acciones a Mí, con tus pensamientos descansando en el supremo Yo, liberado de esperanza y egoísmo, curado del entusiasmo, participa en la batalla. "3
"Aquel Cuyas obras estan totalmente libres de la moldura del deseo, cuyas acciones son quemadas por el fuego de la sabiduría, a ese el erudito llama un Sabio. "4

1 Bhagavad-Gita, III, verso 25.
2 Bhagavad-Gita, III, verso 19.
3 Bhagavad-Gita, III, verso 30.
4 Bhagavad-Gita, IV, verso 19.

"Esperando por nada, con su mente y Yo controlado, habiendo abandonado toda la codicia realizando la acción por el cuerpo solo, él no comete pecado. "1
"Tal como el fuego ardiente reduce el combustible a cenizas, Oh Arjuna, asi el fuego de la sabiduría reduce todas las acciones a cenizas. "2
"Él que actua colocando todas las acciones en lo eterno, abandonando el apego, no es afectado por el pecado, como una hoja de loto por las aguas. "3
1 Bhagavad-Gita, IV, verso 21.
2 Bhagavad-Gita, IV, verso 27.
3 Bhagavad-Gita, V, verso 10.

Y pensé: "todo es permisible a aquel que actúa para la causa de la verdad en un espíritu de desapego perfecto - sin la esperanza de la satisfacción personal, sin cualquier deseo, sino aquel del servicio obediente. Pero la misma acción se hace reprensible cuando es realizada para finales personales, o aun cuando aquel que la realiza mezcla alguna pasión personal con su celo para la causa sagrada. Ese también es nuestro espíritu." Reflexioné sobre este un enfocamiento, aquella libertad absoluta de pequeños intereses y lazos personales que caracteriza al verdadero Nacionalsocialista.

Recordé la historia que un camarada me había relatado una vez sobre un hombre que había enviado a una familia de Judíos a un pequeño campo de trabajo a fin de instalarse en su cómodo departamento de seis cuartos, que él había estado deseando fervientemente durante mucho tiempo. "Él estuvo mal," mi camarada había declarado (y sus palabras sonaron claramente en mi memoria); "él no estuvo mal por reportar a aquellos Judíos, por supuesto - cosa que era su deber como alemán - pero él estuvo mal por pensar en absoluto en el departamento; estuvo mal por permitir que la lujuria por la ganancia personal pudiera impulsarle en lo más mínimo para llevar a cabo su deber. Él debería haber hecho enviar a los Yids, por supuesto pero simplemente porque ellos eran Yids, porque este era su deber, y sin preocuparse qué familia alemana - suya - o de alguien más ocuparia los seis cuartos."

"Él actuó como muchos seres humanos promedio habrían actuado en su lugar," contestaría yo, no exactamente para perdonar al hombre, sino para decir algo en su favor, pues después de todo él era uno de nosotros.

Y recordé como mi camarada había ardido, diciendo: ¡"es exactamente por qué le culpo! Uno no tiene ningún motivo para llamarse a si mismo un Nacionalsocialista si actúa por los mismísimos motivos que 'los seres humanos promedio'. Uno de nosotros debería actuar por la causa solamente - en el interés de la nación entera - nunca para sí mismo."

". . . sin el apego, deseando sólo el bienestar del mundo," pensé una vez más, recordando las

palabras del Bhagavad-Gita en relación a aquella declaración de un hombre que nunca lo había leído, pero que vivió según su espíritu, como todos aquellos que, hoy, comparten de veras la fe de Hitler "el interés de la nación, cuando aquella nación es la vanguardia militante de la humanidad aria y el campeón de los ideales arios eternos, es el bienestar del mundo," y pensé, también: "Violencia - no la 'no-violencia'; sino violencia con desapego; la acción - no la inacción, no la huida de la responsabilidad, no escaparse de la vida; sino la acción liberada de egoísmo, de avaricia, de todas las pasiones personales; aquella regla de conducta posada para siempre por el Príncipe divino de los Guerreros, sobre el Campo de Kurukshetra, para los guerreros arios verdaderos de todas las tierras, esa es nuestra regla de conducta - nuestra violencia; nuestra acción. De hecho, el guerrero ario verdadero de hoy, el Nazi perfecto, es un hombre sin pasión; un hombre de mente fria, clarividente, desinteresado, tan fuerte como el acero, tan puro (físicamente y moralmente) como el oro puro; un hombre que siempre pondrá el interés de la causa aria - que es el más alto interés del mundo - antes que todo, incluso antes de su propio amor ilimitado a ello; un hombre que nunca sacrificaría la conveniencia más alta a cualquier cosa, ni siquiera al placer de la venganza espectacular."

Me pregunté: ¿"a qué distancia he ido por aquel camino del desapego absoluto, que es el nuestro? Una mujer alemana que ha luchado y ha sufrido para la causa, me ha hecho el honor de considerarme como 'un Nacionalsocialista genuino'. ¿A qué distancia merezco aquel honor en la luz de nuestros estándares eternos de la virtud?"

Cerré mis ojos, y traje ante mi mente la visión de pesadilla de las ruinas de Alemania; y traté de imaginar el infierno que había precedido a aquella desolación de cientos y cientos de millas; y el terror de la gente alemana, - de mis camaradas, de mis hermanos en la fe - en medio de aquel infierno artificial. Y traje delante de mis propios ojos la Ocupación, en y desde 1945, en todo su horror: el desmontaje de las fábricas, el hambre de la gente, la masacre de los bosques santos; y los intentos sistematicos largo tiempo prolongados para aplastar a la misma alma de la gente - para "des-Nazificar" a ellos, mediante el miedo y soborno; el monstruoso juicio de Nuremberg y todas las iniquidades subsecuentes y crueldades; la persecución al por mayor del Nacionalsocialismo hecha por Judíos gozandose y arios degradados en el servicio del Pueblo judío internacional, ellos mismos más bajos que los Judíos si esto es posible. Pensé en todo aquello, y senti en mi corazón esa misma devoradora sed de venganza que había sido, a partir de 1945 hasta 1948, el único sentimiento por el cual yo me había aferrado a la vida. Aquellas ruinas espantosas eran las ruinas de nuestro Nuevo Orden - de la unica cosa para la que yo había vivido. Aquel sufrimiento interminable, esa humillación inaudita, era el sufrimiento y la humillación de la gente que creyó en Hitler - la única gente a la que respeté; la única gente que amé, en el mundo moderno. Aquellos hombres, revoloteando convulsivamente, cada uno al extremo de una soga, durante aquella mañana triste del 16 de octubre de 1946, eran los mártires de Nuremberg, a la memoria de quienes yo había dedicado mi libro perdido, los colaboradores más cercanos de mi Führer. En Europa, en América, la gente se había gozado con ellos. ¡"Ah, verlos vengados cien millones de veces!" pensé, una vez más. " ¡Ver ciudades enteras, las antiguas fortalezas de las fuerzas antinazis, transformadas en hornos ardiendo y aullantes, y gozarme en mi turno! . . . "Y, al pensar esto, sonreí.

Pero entonces dije a mí: "¿y si aquellos que velan y esperan para nuestro Día en el conocimiento pleno de factores de los cuales no sé nada; y si aquellos que preparan en silencio la resurrección de Alemania Nacionalsocialista, consideren oportuno para nosotros aliarnos, un día, por el momento, con este o aquel lado del ahora dividido campo enemigo? ¿Y si yo tuviera que renunciar a la venganza, dejar el placer de burlarme, de insultar, de humillar al menos a una fracción de nuestros enemigos, en el interés último del renacimiento Nazi?" Comprendí que ningún sacrificio mayor podrían pedir de mí. Aún asi contesté en mi corazón: "¡Lo haria! Sí. Yo me callaría, si fuese necesario. Yo hasta elogiaría a 'nuestros grandes aliados'

del Este o del Oeste, en público si me pidieran; los elogiaría, odiándolos, por la conveniencia más alta - en el interés de la gente de Hitler; en el interés de la Arianidad regenerada; en el interés del mundo ordenado de nuevo según la jerarquía natural verdadera de las razas e individuos; en el interés de la verdad eterna que Adolf Hitler vino para proclamar de nuevo en este mundo."

Recordé más palabras de Krishna, Dios encarnado, sobre el Campo de Kurukshetra: "siempre que la justicia sea aplastada: siempre que los malos rijan supremos, Yo mismo, vendre adelante. Para la protección del honrado, para la destrucción de los malhechores, para establecer firmemente el reinado de la verdad, nazco de Era en Era. "1 y yo no podía menos que elevar mi mente Al eterno, el Sostenedor del universo, por cualesquiera nombres que los hombres podrían decidir llamarle, y pensé: "Tu naciste en nuestra Era como Adolf Hitler, el Líder y Salvador de la raza aria. ¡Gloria a Ti, Oh Señor de todos los mundos! ¡Y gloria a Él!" Un sentimiento de alegría extasiada me levantó encima de mí, como en India, nueve años antes, cuando yo había oído el mismo hecho declarado por primera vez en público, por uno de los Hindus quien comprendió, mejor que muchos europeos, el sentido y magnitud de la misión de nuestro Führer.

Nunca yo, quizás, habia sido tan vivamente consciente de la continuidad de la actitud aria hacia la vida desde los tiempos más tempranos hasta ahora; de la unica verdad más-que-humana, de un gran ideal de belleza más-que-humana, que es la base de todas las expresiones del genio típicamente ario, desde la piedad marcial del Bhagavad-Gita, a las encendidas críticas del pacifismo desencaminado y las exhortaciones claras a la acción desinteresada en el Mein Kampf.

* * *

Recordé las palabras: "viviendo en la verdad," el lema del Rey Akhnaton de Egipto - quizás el mayor pensador conocido de la Antigüedad temprana fuera de India. Y recordé como, según la mayor parte de los arqueólogos, no hay "ningún sentido de pecado" en la Religión del Disco como Akhnaton la concibió; que es "absolutamente amoral."2

1 Bhagavad-Gita, IV, verso 7-8.
2 J. D. S. Pendlebury, en Tell-el-Amarna (edición. 1935) p. 156. También sir Wallis Budge en Tutankhamon, Amonismo, Atonismo y Monoteísmo egipcio, (edición. 1923), p. 114.

Y pensé: "debe ser esperado. 'Vivir en la verdad' no es evitar escrupulosamente las mentiras y engaño y toda clase de trato 'injusto', si éstos son oportunos en el servicio de un objetivo más alto; no es moldear la conducta de uno sobre los Diez Mandamientos de Moisés y los estándares hoy día aceptados de la moralidad cristiana - la única moralidad en la cual la mayor parte de las personas, incluso arqueólogos, pueden pensar. Es vivir en acuerdo perfecto con el lugar de uno y misión en el esquema de cosas; de acuerdo con lo que es llamado, en el Bhagavad-Gita, el swadharma de alguien, el propio deber de uno." Y otro comentario del Profesor Pendlebury, vino a mi memoria, a saber que este carácter "no moral" de la religión solar del Rey Akhnaton "es suficiente para refutar cualquier origen sirio o Semítico de su movimiento." Otros no han visto en la reacción del joven Faraón contra el formalismo centrado en la muerte típico de Egipto antiguo antes de él y desde entonces, la prueba de una influencia aria definida desde el reino de Mitanni. Nadie puede decir aún si tal es el caso. Pero sin duda, Akhnaton él mismo era en parte Mitanniano, - en parte ario.
Recordé la reverencia en la cual los persas antiguos, que eran arios, sostuvieron la idea de la verdad por la verdad.

1 J. D. S. Pendlebury, Tell-el-Amarna, p. 156.
2 En particular sir Wallis Budge.

Y pensé: "hay sólo una moralidad de acuerdo con aquel culto a la verdad, que es también el culto a la belleza integral; y es la moralidad de la acción desapegada. La ética de la felicidad individual, la ética de 'los derechos del hombre' - de cada hombre - es falsa. Ella procede, directamente o indirectamente, de la ética de Pablo de Tarso que predicó que todas las naciones habían sido creadas 'de una sangre'1, por algún padre divino demasiado humano, amante de todos los hombres. Ellas provienen de la ética judía, - aquella burla de la verdad - que pone al inferior en el lugar del superior y proclama a la raza judía 'elegida' para gobernar el mundo, si no materialmente, al menos en el espíritu. Ellas son un truco del Judío astuto, con miras a poner al revés para su propia satisfacción, y por último para sus propios fines egoístas, el orden divino de la Naturaleza en el cual los hombres, como todas las criaturas, son diferentes y desiguales; en el cual la 'felicidad de nadie' cuenta, ni siquiera aquella de los hombres más altos.
1 Hechos de los Apóstoles, Capítulo. 17, verso 26.

"Hemos venido para exponer y abolir aquella ética de la igualdad y de la felicidad individual que es, a partir de tiempo inmemorial, la antítesis flagrante de la concepción aria de la vida. "Es asunto del hombre superior sentirse feliz en el servicio del objetivo más alto de la Naturaleza que es el retorno a la perfección original, - a la superhumanidad. Es el asunto de cada hombre ser feliz sirviendo aquel objetivo, directamente o indirectamente, desde su lugar natural, que es el lugar que su raza le da en el esquema de la creación. ¿Y si él no puede serlo? Déjele no serlo. ¿Quién se preocupa? El tiempo rueda adelante, exactamente igual, marcado por los grandes Individuos que han entendido el sentido verdadero de la historia, y se han esforzado por moldear de nuevo la Tierra según los estándares del Orden eterno, contra la prisa hacia abajo del decaimiento, resultado de vivir en la falsedad; - los Hombres contra Tiempo.

"Es el propio deber de un hombre en el esquema general de la creación lo que define cuales son sus derechos. Nunca son los llamados 'derechos' de sus inferiores los que definen donde radica su deber.

"Es el propio deber de una raza, su lugar y el objetivo en el esquema general de la creación, lo que define cuales son sus derechos. Nunca son los llamados 'derechos de las razas inferiores' los que definen los deberes de los más altos.

"El deber del ario es vivir conscientemente 'en la verdad', gobernando al resto de los hombres, levantándose, mediante la acción desapegada, al estado de superhumanidad. El deber de las razas inferiores es quedarse en sus sitios. Es el único modo que ellos también pueden vivir 'en la verdad' - indirectamente. La sabiduría aria entendió eso, hace mucho, y organizó India según el principio de la jerarquía racial, no tomando ninguna cuenta en absoluto de 'la felicidad individual y de 'el valor de cada hombre como tal'.

"Solos en nuestros tiempos, nosotros los Nacionalsocialistas militamos a favor de una organización del mundo entero sobre la base de aquellos mismísimos principios eternos; de aquella mismísima jerarquía natural. Por eso nuestra causa es la causa de la verdad. Por eso tenemos el deber - y por lo tanto el derecho - para hacer cualquier cosa que está en el interés de nuestra causa divina."

* * *

De un salto, recordé mi manuscrito perdido, y seguí pensando: "sí, puedo hacer cualquier cosa a condición de que yo lo haga únicamente para la causa, y con desapego - con serenidad. Entonces - pero sólo entonces - estoy sobre todas las leyes; o mejor dicho, sometida a una sola ley, a saber, a la ley de la obediencia: de la obediencia ciega a alguien que tenga autoridad sobre mí en la organización Nacionalsocialista en caso que yo actue conforme a órdenes; y en cualquier otro caso, de obediencia absoluta a las órdenes de la conveniencia más alta, al maximo de mi propio entendimiento de ellas.

"Actualmente, si soy absolutamente desapegada, - si soy libre de todo el deseo de reconocimiento personal; libre de todo el deleite personal por engañar a nuestros enemigos; libre de todo el orgullo personal, de todo el sentido de importancia personal como el autor de mi libro - entonces, y sólo entonces, tengo el derecho, no, el deber, de mentir, arrastrarme, hacer una exhibición por otra parte más que desdeñable de mí, a fin de tratar de salvar mis manuscritos de la destrucción....

"Yo no debo sentirme 'inteligente' y estar contenta conmigo por engañar al Gobernador. No es mi inteligencia lo que lo hizo; fueron, a traves de mi agencia, los Poderes indefectibles, invisibles que vigilan el interés de la causa de la verdad. Soy, en todo esto, como es escrito en el viejo Mandato judicial Sánscrito, nimitta matra - solamente un instrumento.
"No deberia, tampoco sentir pena por romper mi palabra, y reembolsar la indulgencia del enemigo con lo que los Demócratas llamarían 'ingratitud cínica'. Soy un luchador para la causa Nazi, abiertamente en guerra contra esta gente durante los diez años pasados, y, a partir del día que yo era capaz de pensar, en guerra contra los valores que ellos apoyan. Todo es justo en la guerra. Todo es justo en nuestro trato con aquel mundo que debemos moldear de nuevo o destruir. Hay sólo una ley para nosotros: la conveniencia. Y tengo razón, en las circunstancias presentes, al actuar en consecuencia, no para mí, sino en el interés de la causa sagrada, recordando que soy, un instrumento en el servicio de la verdad; como es escrito en el viejo Mandato judicial Sánscrito, nimitta matra, - solamente un instrumento.

"Y si, por algún milagro, mi libro es salvado, no debo sentirme feliz en la expectativa que un día, en una Alemania libre, mis camaradas lo leerán y pensarán: ¡'qué tan maravillosa persona Savitri Devi Mukherji es, y cuan afortunados somos de tenerla de nuestro lado!' No; nunca; soy yo, al contrario, quien es privilegiada por estar en el lado de la verdad. La verdad permanece, aun si gente de mucho más talento que yo no haga caso de ella, la niegue, o la odie. Soy yo quien es honrada por estar entre la élite de mi raza - no mis camaradas, por tenerme entre ellos. Cualquiera de ellos es tan bueno como yo, o mejor.

"En cuanto a mi libro, sin la inspiración dada por los Poderes invisibles, yo nunca habría sido capaz de escribirlo. Los Poderes divinos han trabajado a traves de mí, como por miles de otros, para el triunfo último de la Idea Nazi. No tengo que jactarme. Tengo, sólo que agradecer a los Dioses por mis privilegios, y adorar. Como es escrito en el viejo Mandato judicial Sánscrito, soy nimitta matra, - solamente un instrumento en las manos de los Dioses inmortales."
También pensé: "es difícil ser absolutamente desapegado. Aún asi esta es la condición sin la cual la acción correcta pierde su belleza - y quizás, a veces también, una parte de su eficacia. Esta es la condición sin la cual aquel que actúa permanece demasiado humano; demasiado humano para ser un Nacionalsocialista digno.

"Es, sin embargo, quizás, aún más difícil para una mujer que para un hombre permanecer - constantemente desapegado un instrumento sereno del deber y nada más, día a día, toda su vida."

Desde la profundidad de mi corazón se elevó la más fuerte, más sincera ansia de todo mi ser; la aspiración culminante de mi vida: ¡"ah, pueda yo ser esto! En el servicio de la Idea divina de Hitler, pueda yo ser esto, ahora, mañana, cada día de mi vida; ¡y en cada una de mis futuras vidas, si tengo alguna!"

Ahora, entendí; ahora, yo sabía: "por qué". Ahora, yo sabía que "la próxima vez", también, si llegaramos al poder nuevamente, sería exactamente igual, pues el espíritu de nuestra Ideología no cambiaría; porque, sólo de acuerdo con el ideal ario inmemorial de la acción desapegada podiamos, entonces, y podríamos, otra vez, tomar aquellas medidas drásticas por las cuales el sentido "moral" deformado de este mundo decadente nos condena y llevar a su consecuencia final lo que un funcionario francés en Alemania ocupada ha llamado nuestra "lógica espantosa" (no sabiendo que elogio disfrazado él nos daba.)

En la luz de nuestro ideal de servicio implacable a la verdad más alta, el regodeo camorrista es casi tan malo como la delicadeza. Ambos son signos de debilidad. "Y un Nacionalsocialista no debería tener ninguna debilidad." Fue así decidido - y sin duda sabiamente - que solo aquellos que menos probablemente iban a volverse débiles de una manera u otra en el ejercicio de ciertos deberes, deberían ser confiados con aquellos deberes. Naturalmente, cualquiera podría abrir una valvula. Pero la idea era permitir hacerlo solo a aquellos que, sabiendo bien lo que hacían, lo harían sin vacilación o prisa, sin renuencia o placer mórbido, sin compasión u odio, con serenidad, simplemente porque esto tenía que ser hecho. Y esto sería otra vez lo mismo en el futuro, hasta, que en un mundo limpio y regenerado, la ausencia de alguna otra oposición a nuestra filosofía de la Edad de oro haría a toda la violencia cruel innecesaria. Recordé los argumentos de aquellas personas que sostienen que "para el progreso legítimo de la ciencia" o para el objetivo último de "aliviar a la humanidad que sufre", cualquier tortura puede ser infligida sobre las bestias inocentes hermosas de la creación, en el proceso de experimentación. Yo siempre sabía que ellos estaban equivocados. Yo todavía lo sabía. Pero ahora me pregunté ¿qué contestaría yo, si una de aquellas personas me dijera, usando mis propias palabras "Por qué no, si ello es hecho con desapego perfecto?" Y después de la reflexión de un minuto, contesté en mi corazón a aquella pregunta.

"El desapego absoluto en cuanto a la acción en sí misma no es suficiente," pensé. "'El deber' en nombre del cual la acción es hecha realmente debe ser un deber - no cualquier 'obligación' imaginaria; no la búsqueda de cualquier objetivo personal o incluso humano; esto no debe tener nada que ver con la satisfacción o la felicidad de individuos, no importa cuantos de aquellos individuos sean (los números no cuentan). Debe estar en armonía con el objetivo supremo de la Naturaleza, que es el nacimiento de una humanidad divina. En otras palabras, el único ideal en el servicio del cual la imposición de sufrimiento y muerte es justificada, es el triunfo o la defensa de una orden mundial capaz de traer adelante a una humanidad divina. Sólo aquel puede justificar cualquier cosa, pues ese solamente es en las palabras del Bhagavad-Gita, "el bienestar del mundo."

"La élite de la raza aria bien puede levantarse al estado de 'héroes como Dioses' sin aquella acumulación de 'información científica' que los intelectuales decadentes de hoy valoran tanto. Sacrificar a una sola de las hermosas criaturas de la Tierra a esto es un delito. Por otra parte, 'los héroes como Dioses' no serán los hijos de una humanidad de afectados, remendada a costa de complicadas intervenciones médicas fruto de la intensiva investigación de laboratorio. Ellos serán los hijos de generaciones de hombres y mujeres sanos. Y la respuesta a la enfermedad y decaimiento físico no es aumentar la experimentación sobre animales sanos, deliberadamente inyectados con toda clase de gérmenes mórbidos, ni hospitales más grandes, ni nuevos tratamientos. Es la eliminación despiadada del incurable y la esterilización del enfermizo. Experimentar sobre una bestia sana con miras a averiguar los medios para prolongar las vidas de seres humanos deficientes que estarían mejor muertos - para 'salvar' a hombres que no pueden contribuir de ninguna manera al reinado de la superhumanidad - es un delito

contra la Vida. Infligir el sufrimiento sobre cualquier criatura - sea esto sobre el más vil de los seres humanos, y a fortiori sobre un animal inocente - por una razón que no lo vale en la luz del objetivo supremo de la Naturaleza, es un delito. Y aquella gente que, invirtiendo la escala natural de valores por el estupido sentimentalismo centrado en el hombre, sostiene a Claude Bernard y Louis Pasteur como 'grandes hombres' mientras considera a Julius Streicher como 'un criminal de guerra', merece la destrucción al por mayor."

Yo había expresado más o menos la misma idea en mi libro inédito Acusación contra el Hombre, escrito en 1945-46, - aquel libro del cual Frau S. me había dicho una vez que "esto será publicable en cincuenta años, no antes." Sentí sin embargo que, a pesar de mi cita de los Diarios de Goebbels en la primera página, el manuscrito de aquel libro no alarmaría a las autoridades británicas. No era obviamente político, - ni político en absoluto, de hecho, aunque este condenara sin ambigüedad el punto de vista centrado en el hombre de nuestros enemigos; su filosofía entera de vida.

Entonces otra vez pensé en mis otros manuscritos; y traté de mantener, respecto a su destino, aquella actitud de desapego absoluto que es la actitud del fuerte. "He hecho todo lo posible para salvarlos," reflexioné. "He mentido; he actuado, sin lamentarlo o alardear interiormente de mi 'astucia'. Si permanezco desapegada, rindiendo 'los frutos de la acción' - el destino de mis escrituras - completamente a los Poderes invisibles más altos, entonces, y solo entonces seré digna de la Tradición sagrada de la Arianidad; digna de nuestra Ideología, que es inspirada por el mismo espíritu. Más aun, entonces y solo entonces me entrenaré para actuar con desapego absoluto en el futuro, independientemente de a que podrían llamarme para hacer por nuestra causa: entonces y solo entonces, siendo desinteresada, tendré el derecho de condonar cualquier cosa, y hacer cualquier cosa.

* * *

El viernes, 10 de junio no busqué una entrevista con el Gobernador, aunque yo supiera que él vendría a la "Frauen Haus" en su visita semanal. Pensé que yo me abstendría de toda intervención adicional a favor de mis manuscritos. Pero cuando el Gobernador realmente pasó ante mi celda abierta en compañía de Fräulein S., - la ayudante de Frau Oberin - y del inevitable intérprete, yo no podía menos que expresar el deseo de hablarle.

"Mi tiempo es a las once," contestó él bruscamente; "yo no puedo detenerme y hablar a cada preso según sus caprichos." Y él anduvo por delante.

Pero después de unos minutos yo fui llamada y acompañada en el cuarto de recreo donde las tres personas que acabo de mencionar estaban de pie.

¿"Bien, qué es lo que usted desea decirme?" dijo el Coronel Vickers ante quien me paré, luciendo tan abatida como yo posiblemente podría.

"Sólo deseé preguntarle si, acaso, usted puede darme alguna esperanza acerca del destino de mis manuscritos," dije; "le he dicho ya que no tengo la intención de publicarlos. Aún asi la angustia en el pensar que ellos podrían ser destruidos no me permite ningún descanso, ningún sueño por la noche. He puesto tanto de mi corazón en estas escrituras que quiero conservarlas, sean ellas buenas o malas, tal como uno quiere conservar una vieja foto de uno mismo . . ."

El coronel Vickers me dio un vistazo penetrante y me interrumpió: "usted me dijo todas aquellas cosas el otro día," dijo él. "Lo sé. Y no puedo siempre ocuparme yo mismo con su caso y

escuchar sus súplicas. Usted no parece comprender que ya no es una mujer libre. Usted ha perdido su libertad trabajando para minar nuestro prestigio y nuestra autoridad en este país conquistado, - una ofensa muy seria, yo diría un delito, en nuestros ojos. Además, usted desprecia a nosotros y nuestra justicia, en su corazón. Usted tenía el descaro para decirme, el otro día, en mi cara, que usted considera a los criminales de guerra como inocentes, después de que ellos fueron debidamente juzgados y condenados por tribunales británicos, los más justos en el mundo. En esta prisión, a pesar de su ofensa y de la pesada sentencia pronunciada contra usted - la más pesada que un juez británico ha dado a una mujer por una ofensa política de aquella naturaleza - usted fue tratada con poca severidad. Y usted ha reembolsado nuestra bondad escribiendo cosas contra nosotros.

¿"Piensa usted que estoy en un humor para leer su maldita propaganda Nazi porque le digo cuánto me disgusta eso? Tengo cosas más importantes que hacer. Le dije - le di mi palabra - que yo le llamaría a mi oficina cuando la haya leído. La leeré cuando me complazca - no cuando usted me diga hacerlo. Y podría ser en tres meses, o en seis; o en un año. Usted estará aquí por tres años. Usted no debe imaginar que vamos a liberarle sin estar primero seguros que ya no puede dañarnos. Mientras tanto, si viene molestándome otra vez en relación a aquel manuscrito suyo, lo destruiré inmediatamente. ¿Por qué demonios debería yo ser clemente hacia usted, puedo preguntarle? He visto dos guerras, ambas el resultado de aquel militarismo alemán que usted admira tan incondicionalmente. ¿Por qué debería yo ser clemente a usted que en su corazón desprecia la piedad, y se burla de la humanidad? ¿A usted, que se mofa de los sentimientos decentes más elementales y que tiene solamente desprecio para nuestros estándares de comportamiento? ¿A usted, el tipo más inaceptable de Nazi que he conocido alguna vez? "

Mantuve mis ojos hacia abajo - para no dejar al Coronel Vickers verlos brillar con el orgullo. Ni un músculo de mi cara se movió. Al grado que era posible, deliberadamente no pensé en nada; traté de ocupar mi mente con el diseño de la alfombra en la cual estuve de pie, de modo que mi cara permaneciera inexpresiva al menos mientras yo estaba en la presencia del Gobernador. Pero dentro de mi corazón, irresistiblemente, se elevó un canto de alegría.

"Usted puede irse," dijo el Coronel Vickers, dirigiéndose a mí después de una pausa de un segundo.

Me arqueé y dejé el cuarto.

En el umbral de mi celda, incapaz de contenerme más tiempo, di vuelta hacia la guardia que me acompañó. ¡"Usted nunca adivinaría que elogio glorioso el Gobernador acaba de darme!" exclamé. Y una sonrisa brillante embelleció mi cara cansada.

"No."
Ella se sorprendió que el Gobernador podría darme cualquier "elogio". después de todo lo que había pasado, y sobre todo después de la búsqueda reciente en mi celda.

¡"Él me dijo," dije, "que soy el tipo más inaceptable de Nazi que él ha conocido alguna vez!" Y añadí, cuando ella sonrió en su turno a la vista de mi orgullo "Cuando yo estaba en custodia, Stocks, quien solía llamarme abajo a su oficina de vez en cuando, para una charla, una vez me confió que, en 1945, había once mil hombres S.S. encarcelados aquí en Werl. No es un logro demasiado malo, usted sabe, - y sobre todo para un no-alemán - ser, ante los ojos de un oficial británico, más 'inaceptable' que once mil hombres S.S.. . . ¿Qué piensa usted?"

"Pienso que usted es invencible," contestó la guardia, afablemente. En mi celda, reflexioné sobre las palabras del Gobernador.

Yo ahora tenía casi la certidumbre que mis manuscritos serían destruidos. De todos modos, un rato, olvidé todo sobre ellos en la alegría y orgullo que experimenté cuando sopesé en mi mente cada oración que el Coronel Vickers había dirigido a mí: "usted desprecia a nosotros y nuestra Justicia, en su corazón . . ."; "usted se mofa de los sentimientos decentes más elementales, y muestra solamente desprecio para nuestros estándares de comportamiento . . ." Había al menos después del Fiscal que había hablado en mi proceso, un hombre del campo enemigo que pareció entenderme mejor de lo que la mayor parte de las personas lo hicieron fuera de los círculos Nazis. Lejos de decirme que "seguramente no dije en serio" "las cosas horribles" que yo dije, - como cientos de imbéciles intelectuales que encontré tanto en el Oriente como en el Occiente - este soldado no tuvo siquiera que oír que yo decía "esas cosas horribles" a fin de convencerse que las dije en serio no obstante. Un hombre inteligente, él podría no haber deseado entender que la responsabilidad de esta guerra descansaba en Inglaterra más bien que en Alemania. Pero al menos, él me entendió. Él pareció ya no creer, como él había hecho tan ingenuamente una semana antes, que "no puedo sino" considerar cualquier vida humana como más sagrada que aquella de un gato. Quizás él había leído bastante de mi libro para perder sus ilusiones en aquel punto. O quizás alguien como la señorita Taylor -, o alguna otra persona vinculada con mi juicio - había sido bastante amable para aclararselo. De todos modos, me sentí en verdad agradecida a él por su valoración exacta de mí, ya que no hay nada que odie tanto como ser confundida con una persona que no sabe lo que ella quiere. Él me entendió. Y sus palabras me adularon. Su última oración: "usted es el tipo más inaceptable de Nazi que he conocido alguna vez," era, ante mis ojos, el mayor tributo a mi natural ortodoxia Nacionalsocialista aún alguna vez dado a mí por un enemigo de nuestra causa.

Se me ocurrió que el Coronel Vickers había estado en Alemania desde la Capitulación. Alguien me había dicho eso. Entonces, él debe haber conocido a muchos de mis hermanos en la fe, incluso aparte de los once mil hombres S.S. que el Sr. Stocks había mencionado. Sin duda, él exageró un poco cuando me declaró "el tipo más inaceptable de todos". A excepción de mi desafortunado colaborador Herr W., que fue agarrado por colocar mis carteles en pleno día, otros Nazis son, por regla general, mucho más prácticos, y más sutiles - es decir, más inteligentes, - que yo. En cuyo caso ellos deberían ser más "inaceptables" que yo, ante los ojos de un Demócrata.

Pero, reflexioné, la mayor parte de ellos son alemanes; y muchos han tenido el privilegio de ser criados en una atmósfera Nacionalsocialista. Es algo como una excusa en la concepción de los Demócratas que tienen una confianza tan ingenua en el poder de la educación. Yo una aria no-alemana que nunca tuvo la ventaja de una formación Nazi, llegué a la Ideología de Hitler sola, por mi propia voluntad, conocimiento, en seguridad de sus rasgos fundamentales, que yo encontraría en ello la respuesta a mis aspiraciones más fuertes y más profundas. Y no sólo di la bienvenida al mando de Alemania Nacionalsocialista en Europa antes y durante la guerra, sino que vine y dije los alemanes ahora, después de la guerra, después de la Capitulación, después de todos los esfuerzos de los Aliados victoriosos para inculcar en ellos el amor al parlamentarismo, a la paz eterna y a la dominación judía; " ¡Tengan esperanza y esperen! Ustedes se levantarán y triunfarán una vez más. Pues todavía ustedes son quienes más lo merecen; más que nunca son los más dignos. Y nadie será más feliz que yo de verles a la cabeza del mundo Occidental. ¡Heil Hitler! "En otras palabras, repudiando, desafiando, reduciendo a la nada mi educación democrática Judeocristiana, - sintiendo y actuando como si esta nunca hubiera existido - me identifiqué yo misma completamente con aquellos que proclamaron los derechos de la sangre aria, yo misma un desafío vivo al mancillamiento del ario mediante la educación: una prueba viva de la invencibilidad de la sangre pura.

Y además de esto, indiqué como nuestra sabiduría Nacionalsocialista no es nada más, sino la Sabiduría aria inmemorial de la violencia desapegada justificando así en la luz de la Tradición más alta, todo lo que hicimos, todo lo que podríamos hacer en el futuro.

Del punto de vista democrático, quizás, esto es después de todo, más peligroso y por lo tanto más "inaceptable" que los llamados "crímenes de guerra" que yo no tuve la oportunidad de cometer. Quizás el Coronel Vickers había realizado simplemente una declaración de hecho, implícitamente reconociendo el sentido de mi actitud, el sentido de mi vida entera. Por eso, otra vez, le agradecí dentro de mi corazón.

* * *

Pero, como dije, ahora me sentí segura de que mi precioso libro, mi "mejor regalo a Alemania," sería destruido.

Y aunque, durante la tarde de aquel día, Fräulein S. viniera a mi celda para pedirme firmar un papel en relación a mi posible liberación, pronto superé la alegría que las palabras del Gobernador habían provocado en mí. De hecho, mi consciencia de ser tan "inaceptable" desde el punto de vista del enemigo, me hizo deplorar tanto más la pérdida de mis manuscritos, sobre todo del Oro en el crisol. Sentí más que alguna vez, - o imaginé - cuánto en efecto yo podría, un día, en vísperas de la liberación de Alemania, contribuir para agitar el entusiasmo Nacionalsocialista, mediante aquellas páginas, escritas con fervor. Y el pensar que ya no sería capaz de hacerlo me apenó.

Pero entonces otra vez recordé las palabras del Salvador que siempre vuelve, en el Bhagavad-Gita: "No busques los frutos de la acción . . ." Y concentré mi mente en la enseñanza del servicio sereno a la verdad sin tener en cuenta éxito o fracaso; y rendí todos mis esfuerzos en la renuncia a mi libro.

¡"Rompa ese ultimo lazo que le ata al reino de las consecuencias, y usted será libre!" dijo la voz clara, serena dentro de mí, la voz de mi mejor Yo. "Gane la victoria suprema sobre sí, usted que no teme nada y ni nadie, y usted será invencible; acepte aquella pérdida suprema infligida sobre usted por los enemigos de la causa Nazi, usted que no tiene nada más para perder, sino sus escrituras, aceptelo como miles de sus camaradas han aceptado la pérdida de todo lo que ellos amaron, y usted será digna de sus camaradas; digna de su causa. Recuerde, usted que ha venido a trabajar para la resurrección de Alemania Nacionalsocialista, que sólo mediante la renuncia absoluta de aquellos que la sirven, a toda la esclavitud terrenal, pueden las fuerzas de la Vida triunfar sobre las fuerzas de la muerte."

Y recordé en mi mente el hermoso mito de la visita de la Diosa Ishtar al inframundo, como es relatado en la vieja epopeya sumeria de Gilgamesh.

Para devolver a la vida a su querido, el Dios Tammuz, - la Juventud divina Que muere cada invierno y se eleva en la gloria de entre los muertos cada primavera - Ishtar-Zarpanit, la Diosa del amor y la guerra, - la Diosa de las dobles fuerzas de la creación: la fecundidad y la selección - baja al inframundo, ataviada con todas sus joyas. En la primera puerta, ella dejó sus pendientes; en la segundo, ella dejó sus brazaletes, en la tercera, su faja enjoyada, en la cuarta, sus collares, etcétera, hasta que ella alcanzó la séptima y última puerta. Ella dejó allí su última y más preciosa joya, y entró desnuda en las Cámaras de los muertos . . . Solo entonces podría ella devolver a la vida al joven Dios Tammuz - la Vida invencible - el prisionero de las fuerzas de la muerte.

"El precio de la resurrección es la renuncia absoluta, el sacrificio hasta el final," pensé. "Dado

que ellos han retenido algo de la sabiduría más antigua bajo su doctrina judía, hasta los Cristianos admiten esto."

Sentí una emoción fría helada correr por mi espina y un poder insospechado surgir de mí. Mi mente volvió al desconocido hombre de visión que escribió el mito de Ishtar, hace siete mil años, ayudándome así a comprender, hoy, en el cautiverio, que a menos que yo con mucho gusto me despojara de todo lo mío, - a menos que yo no considerara nada como mío - yo no podría trabajar para nuestra segunda rebelión.

Sentí que yo había venido de modo que, por mí, como a traves de cada Nacionalsocialista verdadero, las Fuerzas eternas de la Vida pudieran llamar del sueño de la muerte al Prototipo moderno de la humanidad más alta; la Juventud divina perfecta, fuerte, atractiva, con cabellos como el Sol y ojos como estrellas y un cuerpo sobrepasando en belleza a los cuerpos de todos los dioses creados por el hombre. Identifiqué en mi corazón esa criatura de gloria con la élite del pueblo regenerado de Adolf Hitler. ¡Y yo sabía que la llamada que siempre-se-repite a la resurrección resonó hoy, por nosotros, a traves de mí, como nuestro grito de guerra en la fase moderna de la lucha perenne "Deutschland erwache!"

Y la voz de mi mejor Yo, me dijo: "a menos que usted sinceramente, de corazon, incondicionalmente, deje de lado su tesoro último y más precioso, - rompiendo su último lazo con el mundo de la vida - el Prisionero de las fuerzas de la muerte no vendrá adelante en su llamada. Venga; libérese de una vez para siempre de toda la pena, de todo el apego; deje sus escrituras en sacrificio a la causa divina; ¡y sea, usted también, una fuerza de resurrección!"

Las lágrimas rodaron bajo mis mejillas.

Imaginé dentro de mi mente el rostro de nuestro Führer - severo, profundamente triste, perteneciendo a la belleza de las cosas eternas - en el transfondo de su país martirizado, primero en llamas y luego en ruinas; también en el transfondo de aquellas interminables llanuras blancas congeladas donde la nieve cubrió a los matados en la batalla, mientras los sobrevivientes del Wehrmacht, de los regimientos del S.S., del Leibstandarte, aquella élite entre la élite, conducidos más y más adelante al Este como prisioneros de guerra, fueron por su camino a un destino a menudo peor que la muerte. Y me eché a sollozar en la memoria de aquel sacrificio total de millones, ofrecido como el precio de la resurrección de la verdadera Alemania, - del hombre ario, la juventud divina del mundo.

Miré hacia arriba al Hombre que inspiró tal sacrificio, después de que haber, él mismo, sacrificado todo al mismísimo gran objetivo impersonal; a Él, Que nunca encontró el precio de la resurrección demasiado alto. Y una vez más reconocí en Él al Salvador Que vuelve, Era tras Era, para "establecer en la Tierra el orden de la verdad."

Dejé toda la pena por mi libro perdido. "Que lo destruyan, si ellos deben," pensé.
Y en un arrebato de amor medio religioso medio humano, - exactamente como cuando fui afrontada con la amenaza de tortura desfigurante, durante la noche de mi detención - pronuncié en mi corazón las palabras supremas: ¡"nada es demasiado hermoso, nada es demasiado precioso para Ti mi Führer!"

Y otra vez, como durante aquella noche, me sentí feliz, e invencible.

El CAPÍTULO XIII
"COMENZAREMOS OTRA VEZ"

Nunca otra vez lloré por la ahora casi cierta destrucción de mis escrituras más sinceras. Tampoco pensé más en mi posible liberación. "Si ellos realmente me liberan, seguiré luchando contra ellos y su Democracia," pensé; "y si me guardan en la prisión, seguiré mostrándoles que nada puede aplastar a un Nazi."

No teniendo en ninguna parte nada que hacer en todo el día, en mi celda, recordé versos del Bhagavad-Gita; y las oraciones de los libros de Nietzsche, Der Wille zur Macht, y Also sprach Zarathustra - aforismos como éstos: "el hombre es una cuerda estirada entre la bestia y el Superhombre . . ."; ¿"usted pregunta qué es correcto? Ser valiente, es lo correcto," - y parrafos de Mein Kampf. Y también ciertas conversaciones inspiradoras con mis camaradas alemanes, y con el Sr. W., Sr. S., Sr. B., y otros, los más sinceros seguidores ingleses de Adolf Hitler que yo conocía, ahora dispersados en todas partes del amplio mundo; y con mi marido sabio, que me había escrito sólo una vez desde mi detención, pero de quien yo sabía que estaba en completa comunión de fe conmigo.

Yo a menudo cantaba la Canción de Horst Wessel, o la Canción de los hombres S.S. - "Si todos se hacen infieles, en efecto permaneceremos fieles . . ." - o el himno bengalí a Shiva, "Bailarín de la Destrucción. Oh Señor del Baile . . . ," que invariablemente me haria pensar en la guerra de rescate largamente deseada que lanzaría un día a nuestros enemigos el uno contra el otro, y finalmente nos devolveria al poder en las ruinas de su odiada civilización judaizada.

Yo había abandonado completamente toda esperanza que, bajo nuestro Nuevo Orden restaurado, mis escrituras podrían ayudar a arios jóvenes a sentirse orgullosos de su sangre. Aquellas escrituras estaban perdidas ahora para siempre, pensé. Pero yo era feliz de saber que había hecho todo lo posible para salvarlas; además, que yo era uno de los fieles, y que cada día me trajo más cerca al Día que nos elevaríamos otra vez.

Yo estaba serena, si no es que alegre.

El viernes, 17 de junio, por la mañana, Frau Oberin entró en mi celda sonriendo. Esta era la primera vez que vi su sonrisa durante muchos días.

"Tengo noticias buenas para usted, Muky," dijo ella. "Sus manuscritos estan seguros en mi oficina. Ellos se los han devuelto."

De la expresión de su cara, de la naturalidad de su voz, estaba claro que ella dijo la verdad. Aún asi, yo no podía creerle.

"Es imposible," contesté; "no me diga mentiras; no haga mofa de mí. Ellos no pueden haberme devuelto aquellos manuscritos."

"Créame," insistió Frau Oberin, "ya que le digo la verdad. Sus cuadernos gruesos grandes están todos allí: el rojo oscuro, el café claro con una encuadernación roja brillante, el otro café claro, en el cual usted escribía antes de que ellos buscaran en su celda. Están allí, intactos. Tengo

órdenes de ponerlos en su maletero en la guardarropía, para que pueda tenerlos cuando usted sea libre."

Me sentí vencida con una especie de temor religioso, como si yo realmente atestiguara un milagro. Y me estremecí. En efecto, esto era un milagro. Si mis escrituras habían sido lanzadas en un fuego ardiente y sacadas intactas, el milagro no habría sido mayor.
Yo estaba muda. Las lágrimas llenaron mis ojos. Me volvi hacia el Cielo azul eterno. Mi boca tembló, luego se fijó en una sonrisa de alegría sobrenatural. Detrás de la maravilla increíble aclamé al Poder que la había operado, con las mismísimas sílabas Sánscritas sagradas que yo había repetido en la profundidad del abismo de la desesperación: ¡"Aum, Rudrayam! ¡Aum, Shivayam!"

Mi corazón se desbordaba por la gratitud: "Tu has hecho ello, Señor de las Fuerzas invisibles, irresistible; ¡Tu, Tu solo!" pensé. "Agradezco a Ti; ¡a Ti solamente!" Y también pensé: "este es un signo: un día nos levantaremos, y triunfaremos otra vez." Y mi cara irradió la alegría de la resurrección próxima.

Nunca me senti yo misma tan insignificante, - tan impotente individualmente - en la luz de aquel Destino mayor al cual estuve ligada como una Nacionalsocialista. Pero nunca quizás, también, había sido tan sumamente feliz de saber que yo era un detalle en los funcionamientos de aquel Destino; "nimitta matra," "solamente un instrumento," aunque un instrumento en la realización del programa práctico más glorioso, de acuerdo con la verdad más alta de todos los tiempos.
"Bien, usted es feliz, ahora," dijo Frau Oberin, que había estado mirándome.
"Esto es un signo," contesté, refiriéndome a la única cosa en la que yo podría pensar posiblemente: el milagro; "esto significa que, un día, mis escrituras serán de un poco de utilidad a nuestra causa. Sí, me alegro de saber, ahora, que ellas lo serán; que, por esta razón solamente, ellas fueron salvadas."

Nunca siquiera se me ocurrió que yo podría haberme sentido, también, un poco agradecida hacia el Coronel Vickers y quienquiera más entre las autoridades británicas había manejado mis manuscritos y se había decidido, pese a todo, a no quemarlos. En mis ojos, aquella gente hace mucho tiempo había dejado de existir. Como yo, como todos los agentes visibles, ellos eran sólo marionetas en las manos del invisible con la diferencia que ellos probablemente no lo sabían, mientras que yo lo hice. Los Poderes superiores los habían forzado entonces hoy para devolverme mis libros. Ellos los forzarían, mañana, a dejar Alemania, corriendo por sus vidas. Y después de haber hecho todo lo que podría para el triunfo de la causa Nazi, yo contemplaría otra vez, entonces, el cielo y diría: "Tu solo has hecho eso; ¡agradezco a Ti, Señor del Juego de las apariencias, Bailarín de la Destrucción, Señor de la Vida!"

Pero Frau Oberin reanudó su relato del milagro de hoy: ¿"y sabe usted?" dijo ella, "Ellos le han devuelto todas sus otras cosas también: su libro de canciones: su Programa del N.S.D.A.P., las últimas muestras que usted tiene de sus panfletos; todo - hasta el cuadro del Führer. Me cuesta creerlo yo misma."

Repetí: "esto es un signo."

"Estoy muy muy contenta que todo esté bien," dijo Frau Oberin, estrechándome la mano. "Yo realmente había temido que ni usted ni yo saliéramos de esto tan fácilmente."

"Digaselo a mi amiga H. E.," dije yo, prosiguiendo mis propios pensamientos; "estoy segura que ella también se alegrará. Y digalo a Frau S., y Frau Fulanita de tal, y Frau X., quienes han sido tan amables a mí. Digalo a todos aquellos que están en simpatia conmigo; todos aquellos que son 'afines'. Dígales que esto significa que los tiempos cambian a nuestro favor; que la noche sera menos oscura alrededor de nosotros."

Y cuando ella hizo un movimiento para salir, la retuve un segundo más de largo: "Dígales que esto significa que 'la esclavitud tiene solo un tiempo corto más para durar'," dije, citando las últimas palabras de la Canción de Horst Wessel.

* * *

Me llamaron pronto para encontrar al Coronel Vickers en la oficina de Frau Oberin - ese mismo Coronel Vickers que, sólo una semana antes, pareció considerarme como su enemigo más mortal. Esta vez, él me habló casi amablemente.

"Esos usted puede tenerlos en su celda, ahora mismo," él me dijo, señalando a un montón de libros entre los cuales, a mi asombro, reconocí el manuscrito escrito a máquina de mi inédita Acusación contra el Hombre, en la primera página de la cual yo había escrito una cita de los Diarios de Goebbels. "Sus otras cosas, usted puede tenerlas cuando abandone esta prisión." Mi maletero había sido traído allí, en la oficina; y realmente vi, en el, en la cima de otros libros, mi cuaderno rojo oscuro que contiene la primera parte del Rayo y el Sol, y mis dos café claro que contienen todo lo que yo había escrito del Oro en el crisol, - exactamente como Frau Oberin me había dicho. Yo no podía menos que sentir que había algo muy extraño tanto en el cambio repentino del tono del Coronel Vickers como en el hecho que él me había devuelto mis manuscritos. Indudablemente, él tenía órdenes de algún sitio para actuar como lo hizo. ¿Pero por qué fueron dadas aquellas órdenes? Hasta este día, no sé. Hasta este día, esto me confunde.

"Estoy sumamente agradecida a usted por no destruir las escrituras que considero como 'preciosos recuerdos personales'," dije; "y una vez más pido su perdón si, contra las reglas, he guardado objetos prohibidos en mi posesión. Una vez más le aseguro que los guardé únicamente debido al valor sentimental que ellos tienen ante mis ojos." Yo pensaba, no sin un dejo de ironía: "no cuesta nada ser cortés." Pero el Gobernador me interrumpió. "Está bien," él dijo; "usted puede tener sus cosas cuando sea libre. Pero debe entender que no puedo permitir que usted las tenga ahora, en su celda."

"No deseo tenerlas," contesté. "Estoy simplemente demasiado agradecida de saber que ellas no serán destruidas. En efecto, considero este como un favor enorme. Hay sólo una cosa más que me gustaría pedirle, y es el permiso de tener papel y tinta en mi celda y seguir, después de las horas de trabajo, escribiendo el libro que yo había comenzado hace mucho sobre Genghis Khan."

"Usted puede escribir sobre Genghis Khan tanto como le guste," contestó el Coronel Vickers. "Pero, recuerde: ¡ningun cosa Nazi más! Si le agarro en aquello otra vez, habrá problemas serios."

"Usted nunca me agarrará en eso otra vez," dije, enérgicamente, tomando los libros que él me dio. Pero me determiné en mi corazón, a terminar de escribir el Oro en el crisol a la primera oportunidad, en mi celda, bajo su misma nariz. Le agradecí una vez más, y sali del cuarto, con mis ojos abatidos.

Frau Erste, la matrona, pronto me trajo de vuelta mi propia pluma y tinta, y un poco de papel - un taco de papel que un amigo me había enviado de Inglaterra, pero que ella no me había dado todavía debido a la búsqueda en mi celda y las restricciones subsecuentes impuestas sobre mí. Nunca era más bienvenido un regalo que aquel taco de papel. Pero yo no era tan tonta para ir y reanudar la escritura del Capítulo 12 de mi peligroso libro hablando sin rodeos, sobre sus hojas

en blanco. Las hojas, pensé, probablemente habían sido contadas. Ellas posiblemente serían contadas otra vez, para ver cuántas yo había usado. Y me pedirían mostrar lo que yo había escrito sobre ellas. Decididamente, tuve que tener mucho cuidado después del estrecho escape que mis manuscritos acababan de tener. De hecho, un día o dos más tarde, Frau Oberin me trajo un cuaderno con una cubierta de cartón azul por dentro de la cual ella había escrito, encima de la fecha - 22 de junio - y sus iniciales; "este libro contiene cuarenta y nueve hojas." Ella había numerado cada hoja.

"Siga su libro sobre Genghis Khan, el Rayo y el Sol, o independientemente de como usted lo llame, en esto, tanto como le guste," dijo ella. ¡"Pero para el bien del Cielo, no comience a escribir ese otro nuevamente, mientras que usted esté aquí! Si ellos le agarraran haciendo eso ahora, yo seguramente sería acusada de alentarla, y sería despedida. He estado ya muy cerca de perder mi trabajo en relación a usted."

"Estaré tan bien como el oro, y escribiré solamente sobre el mayor conquistador del mundo," dije. "Cuando usted venga otra vez, le mostraré el final de mi Capítulo 5 cuyo comienzo está en mi cuaderno rojo oscuro grueso; usted lo verá por si misma. ¿A propósito, no podría permitirme que yo viera tanto aquel cuaderno rojo oscuro como los demás, un día cuando Frau Erste no esté aquí? Me gustaría saber donde exactamente me detuve, en aquel capítulo sobre el nacimiento de Genghis Khan. También . . . Me gustaría ver por mí que ellos no hayan arrancado ninguna página en este o sobre todo en el otro manuscrito. Me confunde como ellos pueden habérmelo devuelto intacto. Esto le confundiría, si usted supiera las cosas que escribí en aquel libro."

"Si usted me pregunta," contestó Frau Oberin, "el Gobernador no pudo haberse dado la molestia de leerlo."

"Puede ser. ¿Pero," dije, "y aquellos, 'expertos en cuyas manos mis cosas estaban, - de los que él me habló el 3 de junio? ¿Tampoco podrían ellos haberse molestado en pasar por ello a fondo?"

¿"Cómo podría yo saber?" confesó Frau Oberin.

"Los representantes de los Poderes de Ocupación Occidentales vienen aquí fuera por una paga gorda y 'un buen momento'," comenté, repitiendo lo que la Holandesa había dicho una vez durante "la hora libre." "Ellos no tienen ninguna ideología. Tanto mejor. Los Comunistas, que tienen una - sea ella la peor del mundo - los aplastarán. Y nosotros aplastaremos a los Comunistas y gobernaremos el mundo."

"Sólo espero que usted tenga razón," dijo Frau Oberin cuando ella dejó mi celda. Lo que realmente hice sería escribir el texto árido de mi peligroso libro, por las tardes después de las seis, sobre mi taburete de madera, con un pedazo de tiza que los buscadores fueron bastante amables para olvidar en una esquina de mi cajón; corregirlo, borrando con una tela húmeda esta o aquella frase, hasta que estuviera satisfecha de ello; y luego copiarlo con pluma y tinta, en una escritura apretada, párrafo por párrafo, no sobre mi nuevo taco de papel ni en el cuaderno que Frau Oberin me había dado, sino detrás de las páginas de las cartas que yo solia recibir de la señorita V. Y esto también, no en inglés, sino en bengalí; y con muchas abreviaturas y signos convencionales de mi propiedad.

Esta señorita V., una encantadora mujer inglesa que yo había conocido en 1946, era un personaje extraño, "entre dos epocas"; un bulto de contrastes demasiado típicos para no merecer una mención en este libro. Ella era a fondo antijudía, fanáticamente anticomunista y, -

lo que es mucho más raro - anticristiana; (una mujer que me había dicho alguna vez que ella preferia cualquier tiempo adorar un roble inglés más bien que un profeta judío deificado) y aún asi, no una de nosotros; en efecto, incapaz de alguna vez hacerse una de nosotros, a falta de aquella vitalidad primitiva, despiadada, agresiva que nos distingue del mundo decadente de hoy; sincera, amable a las criaturas, amante de la verdad, - inteligente que entendia mejor que la mayor parte de los europeos la falsedad fundamental de cualquier doctrina igualitaria centrada en el hombre, - y aún asi, incapaz de lealtad a algo impersonal; afligida con el individualismo incurable, con la fobia de todos los entusiasmos colectivos, buenos o malos, por la única razón que ellos eran colectivos, y con la delicadeza congénita - con la fobia al sufrimiento físico, sea ello infligido sobre ella, sus amigos o sus peores enemigos; decididamente sobrecivilizada; y demasiado clasista para alguna vez ser capaz de hacerse incondicionalmente consciente de las castas; en una palabra, una persona que podría ser usada en nuestro Nuevo Orden, pero nunca podria ser una parte de ello; ¡y aún asi, uno de los excepcionalmente pocos no-nazis que podrían pararse conmigo durante más de medio día, y quizás el único de ellos que alguna vez me amó (sólo dios sabe por qué!) en conciencia plena de todas mis potencialidades. Ella me envió paquetes de comida y me escribió con regularidad cuando yo estaba en la cárcel.

Para mi buena suerte, resultó que, justo en el momento del que hablo ahora, ella se peleó con una vecina suya, la señorita G., - otro personaje extraño mitad en el pasado y mitad en el futuro - a quien conozco. Sus cartas eran, en consecuencia, mucho más largas que de costumbre, - todas sobre la pelea. Ellas casi siempre eran escritas a máquina en un sólo lado del papel. Después de leerlas, yo usaría mi taco de papel para contestarlas, y . . . usaria sus páginas en blanco para escribir los últimos capítulos de Oro en el crisol. (La señorita G. también me escribió largas cartas - cartas mucho más largas que la señorita V, de hecho - contandome todo sobre aquella misma pelea desde su punto de vista. Pero sus hojas de papel, al ser escritas por ambos lados, lamentablemente, no podían ser usadas.)

Escribí febrilmente cada día. Me sentí inspirada. Y los días eran largos. Después de que yo había terminado, plegué las cartas como ellas estaban antes, y las puse en sus sobres respectivos. Cada vez que Frau Oberin vino, yo podría darle una o dos, y preguntarle si ella no podría ser bastante amable para ponerlas con mis otras cosas en la guardarropía, pues deseé guardarlas. "Con el mayor de los gustos," ella diría, tomando las cartas - nunca sospechando que ellas contuvieron cualquier escritura aparte de aquella de la señorita V.

Cuando le di la última, me sentí aliviada de una preocupación inmensa. Yo ahora sabía que mi Oro en el crisol estaba completo, - y seguro, ya que nadie miraría detenidamente en mi equipaje antes de mi liberación. El único trabajo restante a mí para hacer, una vez libre, sería traducir el final de mi libro al inglés y escribirlo en el cuaderno marrón claro que la señorita Taylor me había dado en el día que fui condenada. Otra vez agradecí a los Poderes invisibles por haber protegido mi manuscrito. Y me puse a seguir mi otro libro, el Rayo y el Sol, después de mucho tiempo. Usé mi taco de papel como borrador, y escribí el texto final en mi flamante cuaderno azul, el regalo de Frau Oberin, que yo podría mostrar al Gobernador en cualquier tiempo, si él gustara controlar lo que yo hacía
.
Así absorta con el interesante trabajo, yo era feliz después de las 18:00h. Pero durante el resto del día, yo a menudo extrañaba las visitas de H. E. Extrañé a ella - y L. M. - los domingos por la tarde. Perdí el placer de pasar mi "hora libre" de vez en cuando con mis camaradas del ala D, como podía antes de aquella búsqueda desafortunada en mi celda.

Cada día, mañana y tarde, yo podría oír que ésta venía y se pararia en el pasillo, directamente delante de mi celda, y llamaba: un, dos, tres . . . de modo que la guardia de servicio pudiera saber cuantas mujeres debían salir juntas. Entonces, yo oiría que ellas se movían a lo largo del

ala A y el ala B, en dirección de la puerta que conduce a la escalera. Otra vez, cuando ellas volvieron, pasarían ante mi celda. Y en tanto Frau Erste, a quien todos temian, no estuviera allí, H. E. me llamaría desde fuera cuando ella pasó: ¡"Savitri!"

"H.. . .!" yo contestaría, llamándola en mi turno por su nombre. Era el único contacto que yo tenía con ella durante días.

Entonces, una mañana, la vi. Ella debía ayudar a algunas otras a distribuir a las prisioneras el pan y achicoria que formó su desayuno diario, y en su camino al sitio, donde la comida fue traída, ella no podía resistir a echar un vistazo en mi celda, que estaba, sin cerrar con llave. "H.. . .! mi H.. . .!", exclamé, tan pronto como noté su cabeza rubia mirando a hurtadillas dentro. Y corrí a la puerta para dar la bienvenida a ella.

"He perdido mi puesto en el Hospital debido a todo lo que pasó," dijo ella. "Pero es todo. ¡Ellos no me han interrogado, agradezca a los cielos! Parece como si no averiguaron . . ." Ella habló rápidamente, mirando alrededor cada cinco segundos para ver si alguien venía por el pasillo. Entendí que ella quiso decir que ellos no averiguaron que fue ella quien me había dicho sobre las atrocidades Aliadas más espantosas que yo había relatado en mi Capítulo 6, y sobre el proceso de Belsen.

"Parece como si en efecto ellos no lo hicieron," contesté. "Usted se alegrará seguramente de saber que ellos me han devuelto mi manuscrito - que lo han puesto con mis cosas en la guardarropía, o sea - extraño como podría parecer. Frau Oberin piensa que ellos no pueden haberlo leído. Y ella me dijo que yo probablemente sería liberada muy pronto. Me condeno si sé por qué. Por supuesto, dije a esta gente que yo no tenía ninguna intención de publicar mi libro en Alemania. Solo Dios sabe si ellos eran bastante simplones para creerme. Pero nunca, durante un minuto fingi haber dejado nuestra fe Nazi. Si ellos me liberan, lo harán así sabiendo totalmente lo que soy."

¡"Qué idiotas!" exclamó H. E. con una sonrisa. Esta era su primera reacción. Pero entonces, ella añadió, pensativamente: ". . . ¡o, - quizás - qué maestros pasados en la diplomacia! Uno de los dos."

¿"Por qué?" dije. ¿"Imaginan ellos que van a persuadirme con su 'bondad? Yo no, mi querida; ¡yo no! Ellos no me conocen. Nunca olvido, y nunca perdono."

"Ni lo hago yo; ni lo hace cualquiera de nosotros," contestó H. E. Y sus ojos azules destellaron. "Pero ellos no saben esto. Y si usted me pregunta, ellos están a punto de tratar de persuadir al lote de nosotros. Ellos sienten que necesitarán pronto nuestra ayuda contra los Rojos. Ellos tienen miedo. Pero ya es suficiente. Si soy agarrada hablando en la entrada de su puerta, habrá problemas. Debo verle, sin embargo, otra vez, antes de su liberación."

"Pediré a Frau Oberin arreglar una entrevista para nosotras."

¡"Bueno! se lo pediré también. Estoy segura que ella no se negará. Mientras tanto . . . ¡Bueno adiós!"

Ambas de nosotras sentimos inseguro saludarnos la una a la otra en nuestra manera habitual, sea ello en un susurro. Entonces pronunciamos la fórmula secreta que, aun si oída por casualidad, no significaría nada al no iniciado, pero que para nosotros, los pocos, significa: ¡"Heil Hitler!"

* * *

Durante "la hora libre," la Holandesa me leería el Daily news, lo que era a veces interesante. Así aprendí que habían enviado dos de mis camaradas del ala D a Hamburgo como testigos de parte de la defensa, en un nuevo "proceso de crimen de guerra" en el cual los acusados eran treinta y cinco mujeres alemanas antes, como ellas, en servicio en Ravensbrück. Yo estaba indignada.

"Aquellos bribones nunca dejarán de sentarse como jueces en 'los juicios por crimenes de guerra' mientras ellos estén aquí," dije. "Me encantaría ver a los rusos juzgarlos, un día, por presuntos 'crímenes de guerra', e ir y verlos antes de que ellos sean matados y decirles: ¡'lo merecen! Recuerden lo que ustedes hicieron.' Me alegro, ahora, de ver a cualquier antinazi sufrir en las manos de sus ex-aliados, en los países bajo el regimen Comunista - como aquel celebre cardenal Mindszenty, a quien ellos agarraron hace algunos meses. Ahora, usted puede decirme por supuesto que los rusos no nos tratan mejor. Estoy de acuerdo. Odio a todos aquellos que lucharon contra el Nuevo Orden de Hitler, sea ello en nombre del Marxismo, del cristianismo, de la Democracia, de 'los derechos y la dignidad de la persona humana', o del interés de sus propios bolsillos. Desde 1945, he vivido sólo para atestiguar su destrucción."

"Muchos estaban desencaminados y ahora 'se avienen," dijo la Holandesa.

"Dificilmente tengo más compasión por aquellos," contesté. ¡"'Desencaminados'! Si en efecto, ellos son tan estúpidos como ovejas, entonces su destino no me interesa. ¿Si ellos no lo son, entonces por qué permitieron ellos ser 'engañados'? ¿Cómo es que yo nunca fui impresionada por la propaganda antinazi, todos estos años, en India, en Grecia, en Francia? Yo nunca había visto la grandeza del Tercer Reich. Pero yo tenía el Mein Kampf y mi sentido común para ir adelante; y era suficiente para mí. ¿Por qué eso no era suficiente para aquellos tontos? Porque ellos eran idiotas absolutos, - o pícaros egoístas, de mentalidad tacaña. No digo que no debamos usarlos, si podemos, ahora que algunos de ellos 'se avienen'. Pero no tengo, confianza en ellos."

¿"Usted no confía en la naturaleza humana en absoluto?"

"No," dije. "Confío sólo en los pocos verdaderos Nacionalsocialistas."

Otro día, la Holandesa me relató un incidente que había ocurrido en la mesa de comedor, donde las prisioneras del ala D y las otras comieron juntas (mientras mi comida siempre era traída a mi celda). Una mujer checa, una recién llegada en Werl, que había pasado algunos meses en un campo de concentración bajo el régimen nazi, se había destacado y había comenzado a abusar de una antigua guardia de aquel mismo campo, ahora cumpliendo una pena de encarcelamiento por diez años como un llamado "criminal de guerra." Ésta había, parece, una vez dado a aquella una bofetada. Algunas prisioneras - no había necesidad para mí de preguntar quienes - habían tomado automáticamente el lado de la ex-"víctima de los monstruos Nazis," las otras, el lado de la antigua guardia, y la disputa había degenerado en una bronca general, con la consecuencia de que Frau Erste había intervenido y había dado órdenes que de aquí en adelante los llamados "criminales de guerra" debían tomar sus comidas aparte de los otros presos.

¿"Y quién es aquel espécimen, a quien los cruzados de la Democracia vinieron a 'liberar'?" pregunté. "Me gustaría llegar a conocerla - desde una distancia."

La Holandesa me indicó una cosa baja, gruesa, de aspecto feo, andando no lejos delante de nosotras. "Es aquella," me dijo. "Y temo que, por una vez, yo puedo compartir incondicionalmente su hostilidad hacia ella, yo que por regla general, soy humana,

contrariamente a usted. ¿Ya que creería usted que ella ha sido 'internada' diecinueve veces desde 1945, por ofensas diferentes, sobre todo robo? Ella está aquí por robo. Y quienquiera haya oído a ella hablarle a la guardia como yo he hecho, no puede criticar a aquella otra guardia por darle bofetada a ella."

¡"Yo pensaría que no!" exclamé. "Todo lo que usted me dice no me sorprende lo más mínimo. Sé perfectamente bien que nadie estaba en un campo de concentración sin motivo en los días de Hitler. Y yo siempre decía eso a la gente que, no conociéndome, era bastante tonta para venir pidiendo mi compasión a favor de las presuntas 'víctimas de nuestro régimen'. Estoy agradecida a usted en efecto por su información sobre aquella mujer checa: esto es una buena propaganda para nosotros."

* * *

Pero pronto - si de su propio acuerdo, o porque le pidieron hacer así, yo no podría decirlo - la Holandesa comenzó a tomar su "hora libre" con el otro lote de los presos del ala A, a saber con aquellos que salieron al mismo tiempo que el ala D; y tuve que encontrarme otra compañera. Mi vecina al lado, C. P., la prisionera de la celda No 50, ofrecio salir conmigo, pues su compañera habitual había sido recien liberada. Y así, de improviso, descubrí a un nuevo camarada, pues la mujer, - una alemana, que había servido en Francia ocupada durante la guerra - era "afin," a pesar de ciertas inconsistencias de las cuales ella no estaba consciente.

Ella era una mujer honorable, de ningún modo podia ser clasificada con el bulto de los otros presos apolíticos. Su único delito, por el cual ella cumplía un periodo de encarcelamiento de dos años, era haber sido encontrada en posesión de un revólver, siendo una alemana. Tanto ella como su marido, ella me dijo, habían sido Nacionalsocialistas militantes desde el principio, y era todavía asi, no obstante el hecho de haber sido obligada a pasar la farsa de la "des-Nazificación" de modo que pudieran permitirles seguir ganandose la vida. Ella me relató anécdotas de su vida en Francia ocupada, y otras a partir de los primeros días gloriosos de la lucha Nacionalsocialista para el poder. Ella me dijo como, una vez en su vida, ella había tenido el privilegio de conocer al Führer y oir a él dirigirle unas palabras inspiradoras simples, de su propia voz, algún día en 1934.

"Yo daría cualquier cosa por tener tales recuerdos como esos, yo que nunca le he visto," dije yo.

Ella me contestó: "usted le verá un día; él está vivo."

Sentí que un chorro repentino de alegría llenó mi corazón. Olvidé un rato que yo estaba en el patio de una prisión, sólo para recordar que toda Alemania, toda Europa, era una prisión, desde 1945, pero que un día, los fieles de Hitler, seríamos libres, y que todos estarían bien y utiles ya que "él" respiró, en algún sitio en esta Tierra, no importa donde. En efecto, toda Alemania pareció saber que "él" no estaba muerto, y le esperaba.

Miré hacia arriba al cielo azul que brilló encima de nosotros y pensé en el milagro que había salvado mi libro. "Si eso es posible, cualquier cosa es posible," sentí. "Quizás un día estaré agradecida de haber sobrevivido el desastre de 1945."

C. P., que debía ser libre en un mes más o menos, me dijo: "cuando usted sea liberada, venga y quédese con nosotros. Usted es un amigo sincero de Alemania; nuestra casa será la suya. O si, como temo, ellos no permiten que usted permanezca en el país, entonces escribame, de vez en cuando." Una vez más, sentí, en ella, aquel amor indefectible con el cual la gente alemana

ha reembolsado un millon de veces lo poco que he tratado de hacer para mostrarles que no he dado vuelta la espalda lejos de ellos en la hora de la derrota. Y yo era feliz; ya que es dulce ser amado por aquellos que uno ama y admira. Ahora, todo el pan blanco y otras cosas agradables que yo ya no podía dar a H. E., las di a C. P.

La mujer era, sin embargo, menos inteligente que H. E. Ella no había averiguado todavía por si misma que el cristianismo y el Nacionalsocialismo no pueden ir juntos. Y después de decirme que ella había sido criada en la atmósfera Protestante más piadosa, ella me declaró una mañana, en el transcurso de una conversación, que, en Alemania, los Protestantes eran "mucho mejores Nazis que los Católicos."

Mi primera reacción habría sido contestar: ¿"mi querida amiga, no se le ocurre que un Nazi acerrimo no puede profesar una religión que permite cada mezcla vergonzosa de sangre a condición de que esto ocurra bajo la cubierta de un llamado 'sacramento'? Ahora, ni la Iglesia Católica ni la Protestante prohíben lo que nosotros llamamos uniones vergonzosas - delitos contra la raza aria."

Pero yo sabía que es a veces peligroso aclarar a la gente demasiado repentinamente. Y reflexioné que, en efecto, yo no conocía a C. P. bastante para estar segura que, en el caso que ella sintiera que tenia que elegir entre su querida Ideología Nacionalsocialista y su religión tradicional profesa - en el caso que ella comprendiera, por fin, que ellas eran dos religiones incompatibles - ella elegiría necesariamente el Nacionalsocialismo. Por lo tanto me abstuve de tratar de hacerla comprender. Simplemente comenté - firmemente, pero sin cualquier alusión directa y ataques directos - que, en cualquier país ario libre, los sacerdotes de todas las confesiones deberían acentuar la importancia de los principios básicos del Nacionalsocialismo en la vida diaria, en particular, aquel del ideal de la pureza de sangre. La mujer estuvo de acuerdo conmigo con entusiasmo, sin comprender durante un minuto que, hacerlo, sería para ellos rechazar el mismo espíritu del cristianismo, que es especialmente alejado del mundo y como cualquier enseñanza judía para el consumo no-judíos, - esencialmente igualitario. Detrás en mi celda, recordé cuan gloriosamente H. E. había entendido esto; y que consciente ella era del carácter revolucionario de nuestra fe en el plano filosófico, - no menos que en el político. Y la eché de menos más que alguna vez.

* * *

Durante aquellas ultimas semanas que pasé en la cárcel, conoci a otra prisionera que merece ser mencionada: una mujer francesa, que vivia en Alemania después de 1941, y condenada a encarcelamiento de dos años por haber participado de prácticas abortivas. Pocas mujeres han vivido inocentemente una vida tan sucia como la suya, y pocas han tenido, entre innumerables experiencias sórdidas, los privilegios de los cuales ella ha disfrutado.
Se llamaba L. C., pero ella iba con el pseudonimo de D. Y ella era indudablemente la presidiaria más alegre de toda la "Frauen Haus." La Holandesa me la había presentado diciéndome que yo podría hablar el francés con ella - cosa que hice. D. pareció contenta de conocerme. "Ya he oído de usted de las demás," dijo ella.

¿"Y a usted no le molesta el que yo sea Nazi?"

¡"Claro que no!" exclamó la mujer francesa. "Me gustan los Nazis. Mi hombre es uno." La persona que ella tan toscamente describió en francés como mon homme, "mi hombre," era un alemán que ella había conocido en Francia en 1940, y con quien ella había vivido desde entonces, después de que toda su vida, antes, durante y después de los dos cortos períodos durante los cuales ella estuvo casada, se habia deleitado en la promiscuidad sexual completa.

Su rasgo redentor era que ella era fundamentalmente promiscua por temperamento, más bien que venalidad. Ella no se opuso, por supuesto, a tomar regalos y dinero de hombres, pero ella rara vez tomaba a un amante únicamente para las ventajas financieras que él le daría.

Ella había elegido su vida libremente, deliberadamente, sintiendo - como las prostitutas "sagradas" de la Antigüedad probablemente hicieron - que la mejor cosa que ella podría hacer en este mundo era dar una satisfacción corta pero necesaria a miles de hombres. Ella era inteligente y poco escrupulosa; ingeniosa, y llena de alegría y sin astucia. Ella tenía el cinismo de todos aquellos que nunca han experimentado el remordimiento. Como dije, ella era - inocente tan inocente, en un modo, como yo misma, su parte opuesta exacta. Su sentido del honor era, sin duda, muy diferente de aquel de una mujer honesta según los Cristianos o según nosotros. Pero ella tenía un sentido de honor, y una lealtad extraña, inconsistente propia de ella. Ella había hecho el dinero en el mercado negro, en Alemania, durante la guerra, y había practicado el aborto sobre mujeres alemanas, la mitad del tiempo sin la excusa que el padre del niño no deseado era físicamente o racialmente indigno hizo cosas, en una palabra, que llenarían a cualquiera de nosotros con la indignación - y aún asi, por otra parte, ella había trabajado con ardor no disminuído y había ayudado al esfuerzo de guerra alemán con todo su corazón, tanto en Francia como en Alemania, convencida que la victoria de Alemania sería la salvación de Europa. A mi me habría gustado haber dado a la causa ciertos servicios que ella me dijo que ella había dado, mientras todavía estaba en Francia. Y ella había permanecido fiel a Alemania después de la guerra. Ella habló de "su hombre": "me casaré con él, cuando sea liberada, y permanecere aquí. Su país será el mío. Nací cerca de la frontera de todos modos."

Yo solía encontrarla en el cuarto de recreo. Ella habló el argot francés más pintoresco que he oído alguna vez, y conocía los detalles del hampa en París y otros sitios. Ella a menudo haría bromas groseras; hablaría de sus amantes y compararía sus capacidades; ella relataría historias tiznadas acerca de los tres burdeles en los cuales había sido por su parte la gerente - historias que me hicieron sentir agradecida de nunca haber tenido siquiera una ojeada en todo un costado de la experiencia humana. Ella hablaría incluso de su intimidad "con su hombre," muy a mi vergüenza. Pero cuando le gustó, ella también podría hablar de otras cosas. Y a veces las escenas que evocó me hicieron olvidar toda la miseria de su vida sexual y envidiarla por los privilegios que ella había tenido, o por ciertas cosas que había hecho.

Una vez, con una elocuencia no afectada que trajo lágrimas en mis ojos, ella me describió la vista más hermosa que había visto en su vida: el desfile del Ejército alemán bajo el Arc de Triomphe de l'Etoile y a lo largo de la Avenue des Champs Elysées, en París conquistado. "Usted sabe, mi hombre participó en ello; y fui yo quien lustré sus botas para él; ¡y las hice brillar como espejos!" dijo ella, con todo el orgullo de la mujer primitiva eterna que se ha ganado el favor de un soldado victorioso superior a los varones de su propia nación. " Me levanté de madrugada para preparar todo para él. ¡Usted no sabe cuan feliz él era, mi hombre, durante aquel día - y yo también! Este fue un día espléndido, uno parecido a este nunca he visto. Fui y estuve de pie para verlos pasar. ¡Ah, usted debería haber visto aquel despliegue hermoso de uniformes y banderas y cascos brillando en la luz del sol! ¡Y aquella coordinación increíblemente perfecta en los movimientos masculinos, tan perfecta que pareció irreal! ¡Y usted debería haber oído la música - la Canción!"

Le escuché con éxtasis, mientras despacio una lágrima rodó bajo cada una de mis mejillas. La melodía y las palabras de la Canción de Horst Wessel resonaron dentro de mi corazón:
"Pronto las banderas de Hitler ondearán a lo largo de todas las carreteras;
La esclavitud tiene sólo un tiempo corto más para durar. "

¡Ah, aquellas palabras! "Aquellas palabras fueron oídas en París a lo largo de la avenida conquistada, y yo no estaba, allí," pensé una vez más.

"Usted debería haber oído la Canción," repitió la mujer, como si ella hubiera adivinado mi pena secreta. Y añadió orgullosamente: "yo estaba allí. Un desfile así, nunca he atestiguado; tampoco atestiguaré otra vez . . . a menos que 'ellos' vuelvan un día. Nadie sabe." Yo pensaba: "esta mujer nunca había dado un pensamiento a la Idea Nazi antes de que ella encontrara a 'su hombre'; y aún asi, ella estaba allí. ¿Por qué yo estaba entonces tan lejos?" Y era difícil para mí dejar de lado un sentimiento de envidia.

Otra ocasión, D. me relató como, después de la guerra, en Berlín, ella había encontrado a dos alemanes apenados, - dos hombres S.S., escapados de Rusia, quienes, después de haber andado durante días y días, estaban agotados y medio muertos del hambre en el costado del camino. Ella les había traído a su cuarto, los alimentó durante una semana más o menos, dando a ellos ropa civil de modo que pudieran seguir su viaje y alcanzar sus familias desadvertidas. "Yo solía ir con los americanos y 'pellizcar' sus cigarrillos y venderlos," ella me dijo. "Los cigarrillos trajeron mucho dinero, entonces, como usted seguramente sabe. Yo solía 'pellizcar' sus monederos, también, cuando ellos estaban bebidos. De esa manera, junté realmente una suma importante para que mis dos alemanes pudieran llevar a casa. Y les di mucha comida, también - mantequilla, mermelada, conservas de todas las clases. ¡Usted debería haber visto cuan alegres ellos estaban, pobres queridos! Y ellos me escribieron, y me agradecieron, cuando llegaron a su lugar de destino."

"Usted ha salvado a dos de las personas de mi Führer. ¡Por esto solamente, puedan los Poderes divinos protegerle toda su vida!" dije, profundamente conmovida. Y otra vez la envidié, yo que solo había distribuido diez mil panfletos.

* * *

El lunes, 25 de julio, corrí a la oficina de Frau Oberin para contestar una llamada telefónica inesperada. Era el Coronel Vickers que él mismo se dirigía a mí.

"Hacemos todo lo que podemos para permitirle dejar esta prisión cuanto antes," dijo él. "Sin embargo, es menos fácil de lo que pensamos poder enviarle directamente atrás a India. Y de todos modos, las formalidades tardarían mucho. No hay un lugar más cerca que India, donde le gustaría ser enviada mientras tanto, - ya que no tengo ninguna necesidad de decirle que no le permitirán permanecer en la Zona británica."

¿"No podrían enviarme a la Zona francesa?" pregunté, descaradamente. "Tengo amigos allí."

De hecho, preferiría mucho permanecer en la Zona francesa que ser devuelta a India. Y aunque yo no me atreviera a esperar oír que yo podría, pensé para mí: "no tengo nada que perder por la petición." El coronel Vickers pareció un poco desconcertado por mi audacia. Cuando él me había preguntado si no había un país más cerca que India donde me gustaría quedarme, él nunca había esperado que yo contestara tan resueltamente: "está la mismísima Alemania." Él fue dejado perplejo.

"Eso, por supuesto, está en vigilancia de las autoridades francesas, y no es ningún asunto mío," contestó él. "Sin embargo, yo no aconsejaría que usted pidiera permanecer en Alemania en absoluto. ¿No tiene ningun amigo o parientes en otra parte?"

Reflexioné que él era - quizás correcto desde mi punto de vista también. De todos modos, yo no

sería capaz de publicar mi libro en Alemania, durante algunos años. Mientras en otra parte, lejos de Europa, quién sabe, quizás yo podría hacerlo mucho más pronto. Sea como sea, yo tendría que escribirlo a máquina primero. Recordé que en Lyón, mi ciudad natal, yo conocía a alguien que me prestaría probablemente una máquina de escribir. Mi madre vivió en Lyón. Pero yo no sabía a que grado ella permitiría que yo viviera en su casa, ya que debido a mis opiniones ya no había cualquier amor entre nosotras desde la guerra. Yo no sabía a que grado una mujer griega que me había alojado antes, querría soportarme ahora. Ella me conocía durante años, y concordó conmigo mucho mejor que mi madre. Pero ella podría tener miedo de recogerme después de mi encarcelamiento, pensé. Contesté, sin embargo, esperando lo mejor: "yo podría ir quizás a Francia. Mi madre vive en Lyón."

"Es perfecto," exclamó el Gobernador, al otro extremo del alambre, "¿Por qué no me dijo usted esto inmediatamente? Bien, trataré de asegurarle un visado para Francia."

"Yo podría volver a India desde allí, cuando mi marido me envíe el dinero del pasaje," dije, reflexionando que yo había, al principio, quizás un poco demasiado entusiastamente propuesto permanecer en Alemania, y tratando de contrariar la impresión que mi prisa podría haber producido.

"Esto está bien; una vez en Francia usted puede ir donde a usted le complazca; esto no es ningún asunto mío," dijo el Coronel Vickers. "Voy a tratar de conseguirle un visado para Francia. Si ellos se lo dan, usted debería ser libre dentro de un mes más o menos."

¡"Le agradezco! No tengo en efecto palabras para expresar cuánto le agradezco," dije yo, colgando el auricular.

Sentí inmediatamente toda mi antigua confianza en sí mismo, toda mi antigua agresividad volver a mi. Yo prácticamente ya no era una prisionera. Pronto, pensé, yo ya no tendría que siquiera ser "diplomático". ¡Qué alivio!

Frau Oberin miraba mi cara.

¿"Marchándose de aquí pronto?" ella preguntó a mí, sonriendo. ¿"Complacida de ser libre?" "No sólo contenta de ser libre, sino esperando ser un poco más útil de lo que soy aquí," dije.

"Usted sabe el francés. Usted probablemente sabe una o dos canciones populares francesas. ¿Qué piensa usted de ésta?"

Y le canté las dos últimas líneas de una vieja canción, que las colegialas solían cantar en el patio, cuando, yo era una niña:
". . . El castigo es dulce,
Y ro ro ro, pequeño pa ta po,
El castigo es dulce,
Comenzaremos otra vez, ro ro,
Comenzaremos otra vez . . . "1
1 "La pénitence est douse,
et ron ron ron, petit patapon,
La penitence est douse, nous recommencerons ron ron,
Nous recommencerons!"

Una vez más, la cara de Frau Oberin se aclaró. Pero ella no dijo nada.

¿"No tengo razón?" Le pregunté por fin.

"Usted es tan precipitado como un niño," contestó ella. "Las grandes cosas llevan tiempo." Quise decir: "ellas llevan tiempo para madurar, quizás. Pero una vez que la atmósfera es creada, ellas pasan rápidamente." Pero guardé silencio, pensando: ¿"qué importa acaso, ahora, si digo esto o aquello? Incluso si no puedo hablar libremente, pronto seré capaz ahora al menos de escribir libremente . . ."

Frau Oberin me dejó volver a mi celda sola, dándome asi un anticipo de la libertad. Y anduve a lo largo del pasillo vacío, con mis dos manos en los bolsillos, sintiéndome feliz, y tarareando una vez más la vieja canción francesa:

". . . Comenzaremos otra vez, ro ro,
¡Comenzaremos otra vez! "

¿"Cuándo yo solía cantar esto en el patio de la escuela, con otras niñas, hace treinta y cinco años, quién podría haber pronosticado que un día yo daría a estas palabras el sentido qué les doy ahora?" pensé. Y una vez más, agradecí a los Dioses por mi hermoso destino.

Yo escribía ahora el Capítulo 5 del Rayo y el Sol, sobre la infancia y las tempranas guerras tribales de Genghis Khan. Yo era feliz, porque el asunto me interesó enormemente, y también porque sentí que yo hacía algo útil. El libro entero, - del cual el estudio de la vida de Genghis Khan representó sólo una parte - echó una concepción definida de la historia, y aquella concepción era la nuestra. El Gobernador me había dicho en la manera más casual: "ah, usted puede escribir sobre Genghis Khan tanto como le guste," como si dijera: ¡"temas del siglo trece! - Esto no es peligroso." "Y aún asi," pensé, cuando leí rapidamente un párrafo entero que yo acababa de escribir, "nada podría ser más nacionalsocialista en el espíritu que esto."

Recordé un incidente a partir del tiempo que yo estaba en París tratando de obtener un permiso militar para entrar en Alemania. Yo había asegurado ya mi entrada en la Zona francesa, - con lo que yo podría viajar, de hecho, por todas partes de Alemania Occidental. Traté de obtener un permiso para la Zona rusa mediante un lejano conocido mío, un francés bastante insignificante (entonces pensé) que había sido un estudiante al mismo tiempo que yo y quien, mientras yo estaba en India, se había sometido a una evolución en dirección al Comunismo. El hombre había participado activamente en "la resistencia" francesa; él era un periodista, y conocía a muchas personas. Naturalmente, no fui y le dije lo que yo era. Tampoco él me preguntó directamente. Él simplemente pidió echar un vistazo a alguno de los libros que yo había escrito. Mi único libro en francés, aparte de mis dos tesis de doctorado era L'Etang aux Lotus, un libro sobre India, escrito en 1935.

Le pasé una copia de ello pensando: "el diablo mismo no sería bastante perspicaz para adivinar mis opiniones de esta mera colección de impresiones sobre una tierra tropical." Pero, para mi asombro, el hombre, después de leer una página me dijo: "veo que usted es un acerrimo seguidor de Adolf Hitler. Está tan claro para mí como la luz del día. Sin duda su libro es sobre India. Pero usted ve India del punto de vista Nacionalsocialista." Admiré la perspicacia del hombre. Huelga decir que yo tuve que dejar toda la esperanza de obtener por él un permiso para la Zona rusa.

Recordé ahora - como yo había hecho entonces - las palabras de Emerson: "un gato no puede hacer nada que no sea esencialmente elegante." "Supongo que no puedo hacer nada que no sea esencialmente Nacionalsocialista," pensé, "y escribir nada que no sea propaganda disfrazada, si el tema real sea India, Akhnaton, o Genghis Khan."

Y yo era tanto más feliz al comprender que no lo hice asi intencionalmente, sino que esto era la consecuencia de mi ortodoxia natural.

* * *

Frau S., que vino a verme en mi celda prácticamente cada día, me dijo que mis camaradas del ala D, en particular mi querida H. E., serían muy probablemente liberados antes del final del año. Ya L. M., cuyo periodo expiró en un año, debía ser liberada en dos días. "Decididamente", pensé, "las cosas cambian." Y yo era realmente más feliz de oír esas noticias de lo que yo habría sido al oír que el Coronel Vickers me decía de mi propia liberación. Traté de imaginar los sentimientos de mis camaradas. Yo sabía que ninguno de los Nacionalsocialistas genuinos entre ellos fue "reformado" - más de lo que yo fui. Unos cuantos, durante un tiempo, podrían abstenerse de todas las actividades peligrosas. Pero de alguna manera sentí que la tendencia de los acontecimientos devolvería, tarde o temprano, las grandes esperanzas del pasado, la tensión y entusiasmo de antes de 1933. Y las palabras que yo había tarareado a lo largo del pasillo en las noticias de mi liberación parecieron volverme como un eco de los corazones de todos los Nazis liberados de Alemania: ¡"comenzaremos otra vez!" Yo era feliz.

La única cosa que me dio pena durante aquellos días anteriores era la pérdida del pequeño retrato de cristal del Führer que yo había llevado puesto alrededor de mi cuello. Frau Oberin realmente había tenido la intención de devolvérmelo, como ella me había prometido. Pero, ella me dijo, que lo había dejado en su bolsillo y Fräulein S. había agarrado un vistazo de ello - entonces, como todo el personal estaba bajo amenaza de ser despedido debido a mí - ella había insistido en la destrucción de aquel.

"Si supiera yo que esta gente le devolvería todas sus cosas, yo nunca habría permitido que ella hiciera eso," dijo Frau Oberin. "Pero usted no comprende que pánico agarró a todas nosotras cuando su celda fue revisada. Usted me odiará, sin duda. ¿Pero qué puedo hacer ahora? El daño está hecho."

Lloré cuando ella me dijo esto. "Usted no sabe lo que aquel pequeño retrato me significó," dije; "me fue dado por una de las mujeres alemanas más finas que conozco, quien se privó de este para ponerlo alrededor de mi cuello pues me dijo que me creyó digna de llevarlo puesto. Aún asi, no crea que yo la odio a usted. No odio a Fräulein S. - aunque, pensar que ella podría romper tal cosa a pedazos con un martillo supere mi entendimiento . . ."

De un salto, recordé las ruinas de Alemania, y todo el horror de la ocupación largo tiempo prolongada. El pánico de Fräulein S era sólo un caso diminuto del terror extendido que oprimió la tierra entera. "No le odio a usted, o a ella, o ningún alemán que, del miedo, podría hacer que yo sufriera," proseguí: "odio aquellos cerdos - los Aliados - que han impuesto sobre Alemania el reinado del miedo."

Frau Oberin me besó. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¿"Qué puedo hacer ahora, para complacerle, antes de que usted se vaya?" ella me preguntó. "Permita que yo pase una hora con H. E." contesté.

"Usted va a hacerlo," dijo ella. ¡"Pero, sabe usted, no lo diga a nadie - a nadie!"

* * *

El domingo, 14 de agosto, tan pronto como el servicio de la Iglesia Católica comenzó, Fräulein S., obedeciendo las instrucciones de Frau Oberin, vino para traerme. En puntillas, ella me

condujo a uno de los cuartos de lavado. Ella entonces fue a traer a H. E., y nos cerró con llave a ambas dentro. Siempre recordaré con emoción intensa esa ultima conversación en la cárcel con una de las personas que más aprecio en la Tierra.

Nos miramos fijamente la una a la otra, y nos caímos en los brazos de cada una - como durante el primer día que nos conocimos. Y nos besamos la una a la otra. "Estoy tan contenta de saber que usted está siendo liberada," dijo H. E.; "L. M. es libre ahora; ¿usted sabe?"

"Sí," contesté, "Frau S. me dijo. Además, la encontré yo misma en el pasillo en mi camino de regreso de 'la hora libre' cuando ella salía, y estreché mis manos con ella. Quise hablar con ella, pero Frau Erste estaba allí, y no me permitiría."

"L. M. me ha dejado su dirección para usted. Usted debe escribirle," dijo H. E. Y ella me dio un pedazo de papel que puse en mi pecho. Ella prosiguió ansiosamente, sin darme el tiempo para añadir una palabra: ¿"recibió usted la carta y direcciones qué le envié hace días?"

"Lo hice, pero sólo ayer; la muchacha no tenía la oportunidad de entrar en mi celda antes," contesté, aludiendo a una prisionera que solía limpiar nuestras ventanas y en cuyas manos H. E. había dado su mensaje para mí: " No tema," proseguí, "guardaré las direcciones en mi memoria, y escribiré a la gente tan pronto como yo sea libre, - y dare noticias de usted. Lamento que yo no pudiera ir a darles una visita. Pero me temo que debo ser llevada en un auto directamente de aquí a la frontera de la Zona francesa. Y allí, parece, seré observada; me dijeron asi el otro día cuando bajé a la oficina del Gobernador para llenar los formularios en relación a mi visado para Francia. De todos modos, en Francia espero ser más libre. Escribiré a máquina mi libro allí, - a condición de que ellos no me busquen en la frontera y se lo lleven de mí. No me sentiré realmente segura hasta que yo haya cruzado la frontera. Entonces . . . no sólo escribiré a máquina mi libro, como dije, sino escribiré el otro, sobre nuestra vida en Werl.

Usted tendrá un gran lugar en ello - Eso no le importa, ¿verdad? usted será libre de todos modos, mucho antes de que yo pueda publicar el libro. No sé si volveré a India, o si trataré de ir a Sudamérica o a otra parte. Debo escribir a mi marido primero; ver lo que él sugiere, ya que él siempre me da un consejo sano. Pero, dondequiera que yo esté, dondequiera que yo vaya, esté segura que mi corazón permanecerá aquí con usted, con los demás.

¡Nunca, nunca yo voy a dejar nuestra lucha, mientras viva! Y un día, cuando los tiempos cambien, volveré. Mi H.. . ., que encantador será para nosotras encontrarnos otra vez en una Alemania libre, y hablar de la pesadilla pasada, cuando esté toda terminada. "Sí", contestó H. E. pensativamente, "será encantador. Pero tenemos aún un camino largo y difícil para andar, antes de esto. Espero ser libre pronto - el próximo año, o hacia el final de este, segun lo que oigo. ¡Ah, cómo añoro y tengo muchas ganas de ser libre, usted no puede imaginar! Usted estuvo cautiva seis meses; yo, ya cuatro años. Y antes de eso, todos los horrores de los que le dije son sólo un pedazo de lo que mis ojos han visto. Usted llama a nosotros, Nacionalsocialistas Alemanes, 'el oro en el crisol'. Lo Somos. Hemos sufrido más allá del aguante humano. Y aún asi, como usted dice, nada puede aplastarnos. Yo por mi parte soy un mejor Nazi ahora de lo que yo era durante nuestros grandes días. Lo sé. Por el momento entiendo por qué teníamos razón de ser despiadados en relación con los Judíos y traidores, es más, por qué no fuimos suficientemente despiadados. Y usted ha contribuido para hacerme entenderlo. Usted ha contribuido para hacerme comprender que universal y eterna nuestra Weltanschauung Nazi es. Francamente; le admiro . . . "

Me avergoncé, y la interrumpí. ¡"No diga tales cosas!" exclamé. "Admire a los mártires de Schwarzenborn y Darmstadt, no a mí. No he sufrido."

"Usted ama a nuestro Führer, y usted nos ama," dijo H. E. "de todos aquellos extranjeros que parecieron estar en nuestro lado, cuando éramos poderosos, usted es el único que nos amó. Todos ellos giraron sus espaldas contra nosotros, cuando fuimos derrotados, o trataron de disculpar su colaboración con nosotros por todas las clases de argumentos. Usted se ha jactado de su lealtad a Adolf Hitler ante sus jueces, ahora. Y apenas libre, usted está lista a luchar por nosotros otra vez, únicamente debido a lo que representamos ante sus ojos." ¿"Qué ario de sangre pura," dije yo, "puede ser, como soy, totalmente consciente del valor supremo de la Arianidad, y aún asi no creer en la misión divinamente designada de Alemania en el mundo moderno, y no amarle?"

Recogí sus manos en las mías, mientras las lágrimas llenaron mis ojos. "Mi H.. . .," seguí, "usted, una de los pocos millones en quienes la humanidad más alta de mis sueños respira toda su fuerza y gloria, y una de las primeras víctimas de nuestros enemigos; mi Alemania viva. . . es usted a quien admiro desde la profundidad de mi corazón. Le echaré de menos, ahora, en el mundo exterior hostil, como le he echado de menos todas estas semanas. Pues allí donde entraré en un día o dos, no tendré, un solo camarada a quien podré abrir mi corazón . . ."

"Pero usted será útil dijo H. E. "Usted escribirá para nosotros."

"Sí; es verdad . . ."

Y pensar en ello me hizo sentir mi despedida de ella menos dolorosa. "Además," dijo ella, "debemos encontrarnos otra vez. Le escribiré, tan pronto como yo sea libre. ¿Y si usted estará en India, quién sabe? podría tratar de ir allí yo misma, si las condiciones aquí no son todavía favorables a nosotros. ¿Sabe usted qué me gustaría? Me gustaría relatarle detalladamente todo lo que he visto desde que nos caímos en las manos de estas personas, de modo que usted pudiera anotarlo, y de modo que el mundo pudiera saber, un día, lo que sufrimos. Usted es la persona adecuada para escribir nuestra historia verdadera."

"Usted me adula," contesté. "Pero yo lo haría con mucho gusto, al maximo de mi capacidad. Y yo sería feliz de tenerle en mi lado, sea ello en India, sea en otra parte." Y me imaginé esperándola, un día, en la estación Howrah, en Calcuta. ¿"Por qué no?" pensé; "el mundo es pequeño." Sin embargo yo sería todavía más feliz de verla esperarme en Berlín, si Alemania estuviera una vez más bajo nuestro régimen . . .

Hablamos libremente de nuestros proyectos, de nuestras esperanzas, de las posibilidades del mañana. ¿"Qué haría usted si hubiera una guerra?" ella me preguntó, - "una guerra entre Rusia y EEUU."

"Nada," contesté. "Yo miraría a nuestros enemigos - los ex-aliados de 1945 - despedazarse el uno al otro, y me reiría (a condición de que no estemos implicados.) ¿Por qué debería incitarme a ayudar a éstos a hacer el mundo un lugar seguro para la Democracia, o ayudar aquellos a hacerlo un lugar seguro para el Comunismo, cuándo odio a ambos? No desplazaré - ni tomaré lado con el uno o el otro bloque a menos que me lo pidan en nombre de la 'Realpolitik' del Partido, alguien que tenga autoridad para hablar."

"Siento exactamente lo mismo que usted," dijo H. E. "y creo que todos lo hacemos."

"Nunca olvidaré y nunca perdonaré, sino para colocar el interés de la causa Nazi encima de todo, - incluso encima del ansia más legítima para la venganza, si hace falta - esa es mi actitud entera en resumen," expliqué.

"Nunca olvidar y nunca perdonar," repitió H. E. "Una vez antes me dijo esto. Tiene razón. Pero

como usted dice, ninguna concesión aparente a la conveniencia es demasiado grande si ella realmente es un medio para conseguir nuestro triunfo final, condición para el establecimiento de nuestra nueva civilización."

Frau Oberin vino ella misma para decirnos que el tiempo terminó. Y le agradecimos por habernos permitido esa hora de comunión de corazón a corazón.

¡"Buena suerte a usted!" dijo H. E., luego dando vuelta hacia mi: ¡"puedan los Poderes en el cielo protegerle, y juntarnos otra vez, un día!"

"Sí"; conteste yo. ¡"Y puedan Ellos protegerle a usted, también, y a todos nosotros, y ayudarnos a restaurar el Nuevo Orden! ¡Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" repitió ella, levantando su brazo en su turno. Y nos separamos con aquellas palabras santas de fe y poder.

* * *

Yo debía dejar a Werl durante la mañana siguiente el jueves, 18 de agosto. Frau Oberin, cuyas vacaciones de verano comenzaron mientras tanto, vino para decirme adiós en mi celda, el domingo por la tarde. Por primera vez, sabiendo que no me vería otra vez mientras que Alemania permaneciera bajo la ocupación Aliada, ella habló de su lealtad a nuestra Ideología.

"Mi padre estaba en el Partido," dijo ella; "y yo también."

Mi cara se aclaró. "Lo sentí," exclamé; "lo sentí todo este tiempo, sin estar segura. Pero dígame: ¿cómo es que 'esta gente' le mantuvo en el servicio? Ellos han despedido a tantos que tienen nuestras opiniones ...."

"Ellos lo hicieron," contestó Frau Oberin; "pero ellos no podían despedir a todos nosotros, pues entonces no habría habido nadie restante para continuar la administración del país."

"Quiero encontrarle otra vez, un día, cuando Alemania sea libre." dije, "es usted quien permitió que yo escribiera, mientras yo estaba aquí; usted, que permitió que yo me encontrara con una o dos al menos de mis camaradas. Nunca podria olvidar esto. Y ahora, sé que le echaré de menos - como lo haré con la señorita Frau S. y Frau Fulanita de tal, y Frau X., y, por supuesto, H. E. Seré libre, sin duda; pero estaré en una atmósfera hostil. A menudo miraré hacia atrás a nuestras conversaciones amistosas, y al entendimiento y simpatia de la cual disfruté aquí. A menudo diré a mí, recordando a usted y unos otros miembros del personal: 'yo estaba en la prisión, sin duda; pero al menos yo estaba en Alemania'. Sé que diré esto, cuando me haya ido, y este sola."

Frau Oberin pareció conmovida, aún asi ella dijo: "es más fácil salir de una atmósfera hostil cuando uno es libre, que poder salir de la prisión. Esté agradecida de su libertad. Usted va a ser más útil libre."

"Usted habla como H. E." dije yo.

"Hablo con sentido común," contestó ella.

"Ah, si sólo yo podría ir a Sudamérica, ahora que soy expulsada de Alemania," dije, pensando en voz alta. ¿"Pero cómo? No conozco a nadie ahí, y el poco de oro que me ha quedado no es suficiente para pagar mi pasaje . . ."

"No se preocupe sobre el futuro," contestó Frau Oberin; "esté agradecida que usted es libre ahora, y verá: las cosas pasarán para mejor, en el largo plazo."

"Usted probablemente tiene razón," dije. Y pensé "los Poderes invisibles Quienes han salvado milagrosamente mi manuscrito me ayudarán a publicarlo a su debido tiempo, y me guiaran en el servicio de la causa Nazi."

Frau Oberin me dió un adiós. Y por primera vez la saludé con el gesto ritual y las dos palabras prohibidas: ¡"Heil Hitler!"

Ella sonrió lamentandose tristemente. Pero ella no devolvió mi saludo. ¿Ella estaba con miedo que alguien pudiera verla por el agujero de espía? ¿Quién sabe?

Frau Fulanita de tal y Frau X. también vinieron para decirme adiós. Y ellas me dejaron sus direcciones. "Escríbanos," ellas dijeron; "pero tenga cuidado en lo que usted escribe. Recuerde que este no es un país libre."

Recordé en mi mente las palabras inolvidables, trágicas sobre Alemania: "esta es la tierra del miedo," y pensé: ¿"hasta cuándo?" Y añoré para los acontecimientos, cualquiera ellos podrían ser, que permitirían, tarde o temprano, a la gente de mi Führer recuperar su lugar en el mundo. No me preocupé - más de lo que hago ahora - si los nueve décimos del globo tuvieran que ser hecho volar a átomos como un preludio al logro de aquel gran objetivo: el regimen del mejor; el establecimiento de la nueva civilización sobre la base de nuestros principios eternos. Frau S. vino por la tarde del 17 de agosto, que era mi ultima tarde en Werl. Ella no me dio su dirección. "No mi querida, usted es una persona demasiado peligrosa," contestó ella, cuando se la pedí. "Usted es sincera, e intachable del punto de vista ideológico; pero usted es impulsiva; usted, con las mejores de las intenciones, podría escribir cosas que probablemente incriminarán a la gente. Prefiero seguir el lado seguro mientras los ocupantes están aquí."

¿"Y cuánto piensa usted que será?" pregunté.

"No sé," contestó Frau S.; "nadie sabe. Ellos de seguro se marcharan algún día, pues nada dura para siempre. Ellos nos daran 'un gobierno' muy pronto, parece, que por supuesto no significa nada, cuando esto es sólo un gobierno titere. Ellos nos piden votar. Pero podemos elegir sólo entre los partidos que 'ellos' aprueban - todos partidos títeres. Al otro lado del Elbe, donde los rusos gobiernan, no es mejor - sino peor, la gente dice. No hay ninguna esperanza para nosotros excepto en la destrucción mutua de nuestros opresores, o sea, en la guerra. No nos importaría esto si nuestro país no debiera hacerse, con toda probabilidad, el campo de batalla de las dos fuerzas odiadas. Pero hemos tenido bastante bombardeo, bastante miseria, bastante guerra en nuestro territorio . . ."

La entendí fácilmente, después de haber visto aquellos cientos de millas de ruinas. "Lo sé," dije; "lo sé. ¿Y aún asi, no es hasta eso menos horrible que la esclavitud para siempre?" Frau S. miró fijamente a mí muy seriamente y contestó: "cada vez más los alemanes piensan como usted hace, y . . . a pesar de todo lo que sufrimos, soy cada vez más inclinada a pensar lo mismo. Más bien que esta Democracia para siempre o el Comunismo para siempre, todos, creo, prefieren la destrucción."

¿"Destrucción?" repetí, como si hablase a mi misma, - "o . . . ¿resurrección?" Y las lágrimas llenaron mi ser cuando pronuncié aquellas palabras. Pensé en el tema de la primera gran conferencia pública del Führer, en los días oscuros después de la primera Guerra Mundial: Futuro, o ruina.

"Escuche," dije a Frau S.; " No he vivido las ordalías de la guerra total como usted ha hecho. Y no soy una alemana. Pero una cosa yo siempre supe; una cosa que sé, más que alguna vez ahora, ya que he venido a Alemania - a este Alemania derrotada, en el período más atroz de su historia - y es esto: nada puede aplastar al pueblo aleman. Y ahora que tal gente está comprendiendo, cada día cada vez más, lo que el Nacionalsocialismo significó; ahora que ellos sienten más vivamente, cada día, el contraste entre el Nuevo Orden glorioso de Hitler y el asqueroso, regimen de la escoria - el regimen del autobuscador, de las nulidades frustradas, y del Judío internacional - impuesto, sobre ellos por "los luchadores para los derechos humanos," ahora, digo, nada puede aplastar el Nacionalsocialismo. No sé por cual interacción imprevisible de circunstancias - en otras palabras como - es que Alemania que he admirado tantos años, Alemania Nacionalsocialista, la verdadera Alemania, se levantará, un día, de esta humillación sin precedentes. Pero sé que ella se levantará - se elevara y triunfara una vez más, como escribí en mis primeros panfletos. Lo sé porque tengo confianza en ustedes, la gente de mi Führer, y en las Fuerzas invisibles que le conducen a su tremendo destino. Lo sé porque sé que mi Führer - nuestro Führer - está vivo; porque, aun si él debiera morir, su espíritu nunca puede morir.
 "

Frau S. miró fijamente hacia mí una vez más. "Es mejor que usted sea expulsada de este país desafortunado," dijo ella; "si le permitieran permanecer, usted sólo sería capturada otra vez, lo que sería una lástima. Pero usted tiene razón quizás. De todos modos, sus palabras tienen poder. Y un día, si las cosas cambian, si usted puede volver, usted será bienvenida - y podría ser útil."

"Me gustaría publicar en Alemania el libro que acabo de escribir, el libro en el cual he puesto todo mi corazón. ¿Hará usted esto para mí, un día, si las cosas cambian?" pregunté.

"Haremos esto para nosotros," contestó Frau S. con una sonrisa. ¿"A usted, qué daremos? Díganos usted misma, ahora, lo que le gustaría."

"Nada," contesté, sin vacilar. "Todo lo que quiero es la satisfacción de saber que la Arianidad regenerada de mis sueños se ha hecho una realidad poderosa durable, una fuerza conquistadora."

¿"Y no hay absolutamente nada que le gustaría disfrutar, usted personalmente, bajo aquel Nuevo Orden que usted ama tanto? ¿Ni un lugar de honor? ¿Ni una sola ventaja personal?"

"Absolutamente nada," repetí, sinceramente. "La alegría de saber de aquí en adelante que todo está bien sería suficiente para mí."

Pero reflexioné un minuto, y luego rectifiqué mi declaración. "O mejor dicho," dije yo, "olvido: hay algo que me gustaría bajo nuestro Nuevo Orden restaurado; hay dos cosas que me gustaría, de hecho, si yo pudiera tenerlas . . ."

¿"Y cuales son ellas?" preguntó Frau S., tanto más vivamente interesada porque yo no había declarado, al principio, ninguna ambición.

"Me gustaría tener el privilegio de encontrarme con el Führer al menos una vez," dije; "y me gustaría ser declarada - si fuera posible, sea incluso después de que yo esté muerta, - 'ciudadana honoraria del Reich'."

Frau S. recogió mis manos en las suyas y se rió de mí otra vez. "Usted es una idealista," dijo ella. Y añadió, confiriendome por segunda vez, en vísperas de mi liberación, el título supremo

honorario del cual ella me había juzgado digna en la profundidad de la angustia: ". . . un Nacionalsocialista genuino."

* * *

La mañana vino - la mañana del día que yo debía ser libre.
Yo no había dormido en toda la noche; había rezado. Había agradecido a los Dioses invisibles por el hecho que yo debía llevar mis manuscritos conmigo, en unas horas. Y pedí para la serenidad - el desapego - y eficacia. "Libéreme de toda la vanidad, Oh Señor de la verdad," recé; "libéreme de toda la mezquindad, de toda la prisa infantil. Y ayúdeme a servir nuestra causa, que es Tuya, con el desinterés absoluto así como con la determinación de hierro. ¡Y pueda yo ser útil a la larga si no puedo hacer mucho ahora!"

Cuando vi el primer rayo de la luz del sol golpear el enorme edificio frente a la "Frauen Haus," me levanté y me lavé. Luego canté la Canción de Horst Wessel, con mi brazo estirado hacia el Este, - hacia el Sol. Yo sabía que nadie me pediría estar silenciosa, especialmente como era mi ultimo día. (De hecho, a traves de toda mi permanencia en Werl, nadie alguna vez había tratado de impedirme cantar la Canción de Horst Wessel o ninguna otra.)

Fue en mi camino de vuelta de "la hora libre" que Frau Erste, la matrona, me dijo que junte las pocas cosas que permanecieron en mi celda y fuera a la guardarropía con ellas, cuando yo me había vestido. Mi equipaje lo había empacado dos días antes, con el permiso de Frau Oberin. Llevé puesto el mismísimo vestido rojo oscuro con el cual yo había cruzado la frontera en mi segundo viaje a Alemania. Tomé en la mano mi maletín marrón - aquel que yo tenía durante la noche de mi detención. - yo había puesto en ello mis manuscritos, el cuadro del Führer, y todas las cosas que más valoré. Llevé mi abrigo en mi brazo izquierdo.

Cuando salí de la guardarropía, lista, con Frau Erste y una prisionera que me ayudó a llevar mi equipaje, encontré a Frau S. quien había venido para verme una vez más antes de que yo me marchara.

¡"Auf wiedersehen! ¡" dije, - "hasta que nos encontremos otra vez en una Alemania libre!" ¡"Auf wiedersehen! ¡" dijo ella, - "y buena suerte a usted, dondequiera que vaya mientras tanto!" Fui a la oficina de Frau Oberin para decir adiós a la buena Fräulein S. (Frau Oberin ella misma estaba, como dije, en un permiso.)

"Tome buen cuidado que usted no vuelva aquí más pronto de lo que espera. Eso no me sorprendería viendo el humor en el cual usted está," S. Fräulein me dijo.

"No se preocupe de mí," contesté; "la próxima vez seré más cuidadosa de lo que yo era esta, si alguna vez vuelvo a Alemania antes de que 'esta gente' se vaya."

"Yo aconsejaría que usted no tratara de volver antes de que ellos se vayan."

"Bien," dije, "yo podría escucharle. Me tomará algún tiempo, de todos modos, escribir a máquina mi libro. Y yo podría escribir el otro antes de que trate de volver."

Antes de que yo me marchara, di a Fräulein S. un par de pendientes de perla, mi regalo de conmemoración a mi querida H. E. No había sido capaz de darlos a H. E. yo misma, pues mi joyería no me había sido devuelta hasta el último momento antes de mi salida. Fräulein S. puso los pendientes en un sobre de papel que contenia las pertenencias de H. E., y añadio ellos por escrito a la lista de ésta, en la página correspondiente al nombre de mi amiga, en un catálogo

grande. Me alegré. Un día, cuando la camarada que más quise dejaría Werl, ella encontraría aquellas bellas margaritas, cada una formadas de siete perlas verdaderas, y ella me recordaría, y a nuestra última conversación, y al eslabón irrompible de la fe que nos liga juntas para siempre.

Fui llevada con mi equipaje a una celda vacía, y me marché allí sola, hasta que fuera anunciado desde la oficina del Gobernador que la mujer policía que debía acompañarme a la frontera de la Zona británica, había venido con el automovil. Frau Erste entonces me llevo abajo. "Procure no hacer cualquier cosa tonta cuando crucemos el patio," ella me dijo: "los presos del ala D tienen ahora su "hora libre."

Tal como durante la mañana que había seguido a mi juicio, vi desde la cima de la escalera a mis camaradas, los llamados "criminales de guerra," andando alrededor del patio, y mi corazón sufrió. Yo me marchaba ahora - liberada por solo Dios sabe que influencias distantes. (En una carta, un viejo amigo indio mío me había dicho que un telegrama había sido enviado a Pandit Nehru, pidiendo al Gobierno indio intervenir en mi favor.) Pero ellos, - ellos que habían sufrido tanto más que yo, - ¿cuando tendrían ellos la alegría de cruzar el umbral de la prisión con su ropa civil, una vez más? ¿Cuándo serían libres ellos? "Déles atrás su libertad, pronto, Señor de las Fuerzas invisibles," recé dentro de mi corazón; ¡"dé a todos nosotros de vuelta, pronto, la libertad y el poder, y la alegría de los grandes días!"

Noté que Frau X., y Frau Fulanita de tal, dos guardias a quien yo conocía por ser "afines," estaban de servicio. ¿"Usted no le importa si voy a decir adiós a Frau X. y a Frau Fulanita de tal?" Pregunté a la matrona.

"Usted puede ir," contestó ella; "pero no debe hablar a las prisioneras."

Estreché la mano a la guardia. Pero yo no podía menos que dar a mis camaradas un último vistazo. Vi a H. E. entre ellas; y H. B. y H., las otras dos víctimas del proceso de Belsen; y Frau S., la mártir sin fe; y Frau R., antes en el servicio en Ravensbrück, de quien me habían dicho que ella era uno "de los leales" del ala D. Miré fijamente en todas ellas; y las lágrimas llenaron mis ojos. ¡"La esclavitud tiene sólo un tiempo corto más para durar!" grité, citando las últimas palabras de la Canción de Horst Wessel, antes de que yo anduviera a la puerta que separó el patio de la "Frauen Haus" del resto de la prisión.

Allí, al ver que la matrona había ido delante de mí y estaba ocupada abriendo la siguiente puerta, giré, levanté mi brazo y grité: ¡"Heil Hitler!" Yo estaba demasiado lejos para que mis camaradas puedan oírme. Pero algunos de ellos podrían verme. Y de la ronda de los presos tristes, varias otros brazos se levantaron en respuesta a mi gesto.

* * *

No fue la señorita Taylor quien había venido para traerme, sino otra mujer policía inglesa cuyo nombre no conozco. El coronel Vickers no estaba en su oficina. Tampoco vi al Sr. Stocks. Dije adiós al Sr. Harris, el Guardián Principal, y al Sr. Watts, el ayudante del Gobernador. Me dieron una copia de la orden que me expulsaba de la Zona británica "durante cinco años" como una persona cuya presencia fue considerada "contra el interés de la paz, orden y buen gobierno de dicha Zona."

Crucé el patio, y las dos últimas puertas que me separaron del mundo de los libres fueron arrojadas abiertas ante mí. Me encontré en el umbral de la prisión, respirando el aire perfumado de los jardines vecinos. Recordé la tarde cuando yo había estado de pie en aquel mismo umbral, creyendo que yo entraba en la penumbra del cautiverio durante tres largos años. Y vea, apenas seis meses pasaron por delante, y yo era libre una vez más: y mis preciosas escrituras

estaban conmigo, en mis propias manos, salvadas de la destrucción por algún milagro de los Dioses. ¡Miré fijamente al cielo azul brillante con un sentimiento abrumador de gratitud infinita, y susurré el Nombre sagrado del Señor del Baile de la creación y destrucción, en la lengua aria más antigua conocida, - el Nombre que yo había repetido en la profundidad de la desesperación - "Aum, Rudrayam! ¡Aum, Shivayam!"

Con aquellas sílabas santas en mis labios y en mi corazón, anduve en el automovil que debía llevarme a la libertad; a la acción, sea en la oscuridad o amplia luz del día; al nuevo lugar designado a mí por el Destino, en la lucha actual para Adolf Hitler y para la Arianidad, - en la lucha eterna para la verdad.

* * *

El auto rodó a lo largo de la misma Autopista a traves de la cual yo varias veces habia viajado, allí y de regreso, entre Werl y Düsseldorf, cuando yo estaba todavía "en custodia." Pero ahora, yo estaba siendo llevada a Andernach, por la frontera entre la Zona francesa y británica. Este era un día de verano brillante. Cómodamente sentada al lado de la mujer policía, miré fuera de la ventana, y lamenté que no me permitieran permanecer en Alemania.

Nunca, quizás, había sido yo tan fuertemente consciente del asimiento que el país de Hitler tenía en mí, como ahora que fui obligada a dejarlo. Miré fijamente hacia los campos, a los arbustos en el borde del camino, a los transeúntes ocasionales, a las ciudades medio arruinadas por las cuales el auto rodó sin parar. Todo esto me parecio como mi casa. Reflexioné que, ya sea en el lugar de mi nacimiento o en otras partes, yo nunca habia tenido una verdadera casa; que, más allá de los círculos sumamente estrechos de las personas que compartieron mis aspiraciones, en todas partes, toda mi vida, yo había sido una extranjera, hasta en las tierras que yo podría llamar, a primera vista, más espontáneamente "mías", Grecia e Inglaterra; hasta en la sagrada India donde yo había buscado la continuidad de la tradición aria - pues la gente que compartió mis aspiraciones eran extraordinariamente pocos, allí también. Yo había sido "un nacionalista de cada tierra" como me había descrito tan exactamente una vez; una extranjera con el ansia por un país al que yo podría servir sin reservas, por una gente con quien yo podría identificarme completamente, sin lamentos. Una tristeza profunda vino sobre mí, cuando pensé en esto. Y el paisaje que me sonrió a ambos lados de la autopista, me pareció más hermoso, más vivo, más atractivo que alguna vez. Cruzamos una pequeña ciudad en la cual noté al paso una pared arruinada cubierta de enredadera viva. "Vida", pensé; "vida irresistible que nada puede aplastar." Vi en aquel conquistador parche de verdor un símbolo de Alemania invencible. Y recordé en mi mente las palabras de nuestro Führer: "no son las guerras perdidas las que rebajan a los hombres, sino la pérdida de aquel poder de resistencia que reside en la sangre pura solamente. "1 1 ". . . die Menschen gehen nicht an verlorenen Kriegen zugrunde, sondern am Verlust jener Wiederstandskraft, die nur dem reinen Blute zu eigen ist."

Mein Kampf, I, Capítulo 11, pps 324.

Y recé que los invisibles Dioses Arios nunca podrían permitir que la gente alemana olvidara esto. En mi corazón, me sentí segura que ellos nunca lo harian. "Éstos son al menos la única gente moderna que ha aceptado los verdaderos ideales arios incondicionalmente," pensé, otra vez. "Yo no estaba sola, aquí." Y tuve muchas ganas de volver. Tuve muchas ganas de terminar mi vida entre ellos; morir, un día, rodeadao por amigos que me entendian, mientras algún regimiento formado de hombres jóvenes que eran bebés en 1948 y 1949, cuando primero vine, marcharian por delante, ante mis ventanas, a la música de la Canción inmortal. . . Pero yo sabía que no podría volver ahora mismo. Tendría que esperar. ¿Esperar cuánto? Esto,

yo no lo sabía. De repente se me ocurrió que los enemigos del Nacionalsocialismo no lo sabían más que yo; que ellos no eran, más que yo, los maestros de los trabajos de los factores invisibles en los cuales los cambios visibles dependen. Y aquel pensamiento me complació al punto de hacerme sentir agresiva.

¿"Puedo preguntarle algo que me deja perpleja?" dije a la mujer policía en mi lado, - la única persona en el auto además del conductor y yo.

"Seguramente; ¿qué es?"

"Bien, escuche: 'ellos' me han expulsado de la Zona británica durante cinco años, segun parece - hasta el 31 de agosto de 1954. Ahora, suponga (por decir algo) que Alemania debería ser libre y unida bajo un Gobierno Nazi en 1953. ¿Qué podría usted hacer luego para impedirme volver corriendo inmediatamente?"

"En tal caso temo que no podríamos hacer nada," dijo la mujer policía. ¡"Hum, hum!" insistí, con una sonrisa desafiante; "me alegro de oír que usted lo admitía, al menos."

"Procure no meterse en problemas otra vez antes de que haya un Gobierno Nazi para protegerle," contestó la mujer policía, suavemente.

¡"No tema!" exclamé; "no tema, mientras no hago nada que esté positivamente contra alguna ley de cualquier país en el que viviré. Y tengo la intención de tener cuidado sobre eso. Pero, excluyendo esto, - y excluyendo las circunstancias en las cuales yo debería ser 'diplomáticao' en el interés más alto de la causa - tengo la intención de hacerme tan desagradable como pueda a todos nuestros opositores dondequiera que yo vaya. ¡Detesto a los antinazis! Ellos nos llaman 'monstruos'. Hipócritas, pícaros egoístas, o tontos delicados, es como yo los llamo a ellos; degenerados; monos - y enfermizos en esto; esclavos de los Judíos, que es lo peor que puedo decir . . ."

La mujer policía sonrió y dijo: "usted es libre de tener sus opiniones."

"Sí," repliqué: " libre de tenerlas; y libre de expresarlas, aquí, en este auto, porque el conductor no sabe el inglés, porque este es mi primer día fuera de la prisión, y porque usted está encantada de mostrarme que magnánimos ustedes los Demócratas son; pero no libre de expresarlas en una cafetería, en alemán, tan pronto como salgamos de aquí; ni libre de publicarlas en blanco y negro. ¡Cuan hipócritas ustedes son, realmente! Usted no cree en 'la libertad individual' más que nosotros. Usted sabe perfectamente bien - como todos los demás saben - que ningún sistema de gobierno puede durar si los individuos inteligentes y valerosos atacan los mismos principios en los cuales está basado. Y usted defiende sus principios parlamentarios tan ferozmente como puede. Usted no respeta 'la libertad individual' de aquellos que han intentado exponer su absurdidad. Usted trata realmente de impedirnos pensar, mediante su sistema entero de la llamada 'educación'. Y si usted realmente no nos castiga por pensar, es sólo porque usted no cree en el poder del pensamiento y por lo tanto nos sostiene como 'inocuos' mientras que no hacemos nada contra usted, o si no, porque usted no está suficientemente convencida de la verdad de sus principios. Los Inquisidores Católicos de los viejos, que valoraron la vida humana mucho más de lo que ustedes hacen (ya que todos ellos creyeron en el alma inmortal) no vacilaron en deshacerse de los hombres que ellos consideraron peligrosos a la fe de otros. Ellos sirvieron a lo que ellos creyeron sería la verdad.

Y nosotros, que sólo estamos vagamente preocupados por el siguiente mundo - si en absoluto - estamos listos para liquidar cualquier obstáculo que está de pie en nuestro camino, ya que también actuamos en nombre de la verdad; de nuestra verdad. Su magnanimidad aparente viene del hecho que usted no tiene ninguna verdad para creer en ella. Usted sólo sacrifica vidas humanas a sus intereses materiales; usted mata (en nombre 'de la humanidad') a aquellos de nosotros que podríamos ser un peligro para sus ingresos y para sus tristes y 'seguros' pequeños placeres. Usted cree, no en la verdad, sino en la ganancia - para los Judíos y un puñado de los arios más judaizados; y en la 'felicidad' lentamente degradante para los demás. Desagradable como ellas pueden ser, mis palabras no son una blasfemia, para usted, como sus ataques contra nuestro régimen serían para mí. Por eso usted me tolera, a condición de que yo no sea un peligro obvio para la 'paz, orden y buen gobierno'; por eso usted era 'amable' a mí. ¡Cielos, cuan hipócrita es usted!"

¿"Aún asi," dijo aquella mujer policía, "le habría gustado a usted mejor si le hubiéramos torturado?"

"No hay ninguna pregunta de 'si habría gustado mejor'," contesté. "Si lo hiciera en el interés de algo mayor que ustedes, en lo cual usted realmente creyó, yo podría haberle odiado (como odio a los Comunistas) pero yo le habría respetado. Pero usted no hace tales cosas para intereses impersonales más altos, con aquel desapego que solo nosotros la gente de fe puede tener. Cuando usted las hace - y usted las ha hecho bastante a menudo, si no en mí, en mis camaradas y superiores; lo sé - usted entonces lo hace por la crueldad absoluta del rencor; por el placer de ver a nosotros sufrir, ahora que, por el momento, somos impotentes. Ese es el espíritu democrático. ¿No lo sé acaso?"

¿"No podríamos hablar de algo más?" dijo la mujer policía.

¿"Conversar de algo más porque usted no tiene nada para decir en respuesta a mi diatriba?" dije; ¿"sí, por qué no?

Déjeme sólo añadir esto: supongo que nunca cambiaré sus convicciones, independientemente de lo que ellas sean. Todo lo que quise que usted supiera es que nada ni nadie puede cambiar las mías. El coronel Vickers me dijo el 10 de junio que yo era 'el tipo más inaceptable de Nazi que él había conocido alguna vez.' Tengo la intención de pasar el resto de mi vida demostrando cuan correcto él era."

El auto entraba en Andernach.

"Ahora, venga y tenga una taza de café conmigo en alguna cafetería agradable antes de que nos separemos," añadí. "Usted lo merece por no perder su temperamento."

Dejamos mi equipaje en el automovil y nos sentamos en una mesa en una cafetería de aspecto agradable. Pero de alguna manera la mujer policía no podía traerse "a conversar de algo más" conmigo. Ella había visitado Alemania antes de la guerra. No podía abstenerse de decirme sus impresiones en pocas palabras: "había, es verdad muchos verdaderos idealistas," dijo ella; "pero el resto . . . eran sólo gente entrenada a hacer lo que les dijeron, como robots . . ."

"Mejor que en las Democracias 'libres' de todos modos," repliqué: "pues allí, cada uno piensa lo que les dicen: lo que ellos son sutilmente condicionados a pensar por la influencia de la radio, de las películas y de la prensa pagada; y no hay ningun idealista en absoluto; el condicionamiento es hecho únicamente para la mayor gloria del comercio en gran escala, y para la mayor ganancia del Judío internacional. . . ¡En efecto me gusta nuestro régimen - no eso!"

Esta vez la mujer policía comenzó a hablar del tiempo.

* * *

Me entregaron formalmente a los dos hombres de servicio en la comisaría francesa de Andernach. Uno de ellos - por lo visto el más importante de los dos - firmó "un recibo" para mí, que él devolvió a la mujer policía inglesa. Presenté mi pasaporte, portando el visado para Francia que me concedió el cónsul francés en Düsseldorf. El hombre que pareció más importante de los dos me preguntó por qué había estado detenida en la Zona británica, y contesté que era porque yo había entrado en la Zona sin un permiso militar y también porque yo había sido encontrada en la posesión de un billete de banco de cinco libras - que eran en efecto los dos cargos menores contra mí. Omití mencionar el cargo principal de hacer propaganda Nazi. Y como hablé francés perfectamente, el hombre no me preguntó ninguna explicación adicional, y me dijo que yo era libre de ir donde me gustara.

Después de despedirme de la mujer policía inglesa, fui a la estación de ferrocarril. Había un tren para Koblenz en una hora más o menos. Reservé mi boleto, alquilé a un cargador para mi equipaje, y fui a esperar en la plataforma. Me senté en un banco durante cinco minutos, luego me levanté, y tomé al pasar por la plataforma mi maletín marrón en una mano, mi bolso en la otra, por fin sola. Me costó creer que era verdad; que yo podria ir ahora donde me complaciera, pararme donde me complaciera, hablar con quien me complaciera, sin ser siempre observada, siempre acompañado; que yo fuese realmente libre. Me sentí inclinada a decir al cargador, a los pasajeros, toda la gente dentro de mi alcance: "ustedes que siempre fueron libres, no conocen el significado de la dulce libertad. Pero yo lo hago, yo que acabo de salir de la cárcel. Y les digo: después del honor y salud, la libertad es el mayor tesoro."

Entonces, de repente pensé en H. E. y en todos mis otros camaradas, en Werl y en todas las prisiones en Alemania y en otras partes; ya cumpliendo periodos de encarcelamiento o todavía esperando a ser juzgados y condenados como "criminales de guerra." ¿Cuándo ella, cuando ellos por fin experimentaran la alegría que yo ahora conocía, la alegría de ser libre? Y mientras más pensé en ellos, más me sentí pequeña, yo que había sufrido tan poco. Y más quedé perpleja en la idea del modo milagroso que yo me lo había "sacado". ¿"Por qué Tu me has liberado, y no entonces a uno de quienes merecen más que yo, Señor de las Fuerzas invisibles?" pregunté, dentro de mi corazón. ¿"Es que Tu me has dejado a un lado para algun trabajo del cual no sé nada, aún? ¿O es porque debo escribir para nuestra causa algo que solo yo puedo concebir? ¡Ah, ayúdeme a justificar, mediante el servicio desinteresado y eficiente, aquella libertad qué Tu has dado a mí hoy!"

Así recé, en la espera del tren. Entonces como todavía había tiempo, me senté en un banco una vez más; saqué mi pluma y papel, y comencé a escribir a mi marido, que había contribuido para liberarme.

Pero el tren vino antes de que yo hubiera terminado mi carta.

* * *

Desde la ventana del vagón, miré fijamente en el Rin brillando bajo el sol, al pie de sus encantadoras colinas verdes. Y me sentí más triste que alguna vez en el pensamiento que fui obligada a dejar Alemania. Traté de dejar de lado la idea y pensar sólo en la alegría que me esperó ahora, en Koblenz, en menos de media hora, - la alegría de estar una vez más, por un rato corto al menos, entre la gente de mi propia fe.

Alcanzamos Koblenz. Después de dejar mi maletero en la guardarropía de la estación, fui directamente donde mis amigos. Rara vez era yo así de bienvenida. Y rara vez pasé un tiempo tan feliz como durante los tres días que yo debía permanecer entre ellos - mis tres ultimos días en Alemania.

Sentada en un parche de hierba verde, delante de una casa de dos habitaciones construida de prisa en medio de un lugar completamente arruinado, - lejos de espectadores - relaté con mis amigos la historia de mi detención y proceso, y de los seis meses que yo había pasado en la cárcel. Ellos sabían lo que me había pasado por una revista en la cual mi fotografía había aparecido. Pero quisieron saber los detalles. Me avergoncé un poco por hablar de mí, pues sentado ante mí estaba uno de aquellos hombres que realmente han sufrido para nuestra causa después de haberla servido gloriosamente durante años y años: el antiguo Ortsgruppenleiter Fritz Horn, ahora muerto. Estaba Fräulein B. también, - la misma Fräulein B. que me había dado una vez el pequeño retrato de cristal del Führer, del cual he hablado en este libro - y su hermana, con sus tres niños. Toda esta gente había sufrido mucho, aunque ellos no hubieran, personalmente, como Herr Horn, experimentado el horror de los campos de concentración antinazis de la posguerra. Ellos eran "el oro en el crisol." Yo era simplemente la mujer que había escrito el Oro en el crisol. Aún asi hablé, y ellos eran bastante amables para interesarse en lo poco que tuve que decir.

"Nunca les perdonaré por no permitir que yo estuviera con mis camaradas los llamados 'criminales de guerra," dije. "Pero debo confesar que me alegro que 'ellos' no destruyeron mi manuscrito. Me confunde que ellos no lo hicieron. Veo las páginas escritas ante mí, y de todos modos me cuesta creerlo."

"Es increíble," declaró Herr Horn. "Uno pensaría que ellos no se molestaron en leer su libro, o que ellos tratan de invertir su política." El comentario me impactó. Recordé que H. E. había dicho una vez lo mismo. ¿"Pero si desean invertir su política, entonces por qué siguen ellos juzgando a la gente por "crímenes de guerra" cada dos días? " repliqué. "Ahora, en Hamburgo, ellos enjuician otro lote de treinta y cinco mujeres alemanas, antiguas guardias en Ravensbrück, que solamente han hecho su deber."

"Es verdad," dijo en Fräulein B., "pero no es fácil liberar a treinta y cinco mujeres en Hamburgo y solo Dios sabe cuantos otros llamados 'criminales de guerra' en otras partes, sin que ello llegue al conocimiento del público. Mientras que es fácil devolverle su libro, sobre todo cuando ellos saben que usted deja Alemania, y quizás deja Europa."

"Pero puedo publicar mi libro fuera de Alemania, aunque, - naturalmente - yo nunca les dijera eso," dije.

"No fácilmente, aun fuera de Alemania," contestó Herr Horn. "De lo poco que he leído de ello, entonces, - cuando usted había escrito sólo el principio - le costará publicarlo en todas partes, excepto bajo un Gobierno Nazi absoluto. Nuestros enemigos saben esto."

"A propósito, antes de que yo me vaya," dije, "debo traducirle lo que escribí en el Capítulo 6 sobre el hambre y maltratos que usted sufrió en las manos de aquellos bribones."

"Ciertamente. Escucharé a su acusación 'de ellos' esta tarde."

"Puedo leerlo en el original," observó el joven Hermann, un hermoso muchacho rubio de catorce años, el sobrino de Fräulein B; "soy el mejor en mi clase, en inglés. ¿No me lo mostrará usted?"

"Por supuesto voy a hacerlo," contesté. "Usted estará allí cuando lo traduzca, y me corregirá si cometo algún error."

Los otros dos, niños más jóvenes, habían llegado a reunir a unos niños de la vecindad que habían entrado pronto después de mí. Mientras continuaba la conversación, los miré jugando al escondite detrás de las paredes rasgadas que habían sido una vez las paredes de casas felices. Su risa resonó en medio de los alrededores todavía solitarios, que lucían como una pesadilla. "La voz de la Vida invencible," pensé; "la voz de la futura Alemania." Y recordé en mi mente las famosas palabras de nuestro Führer: "los niños sanos son las posesiones nacionales más valiosas."

Hablamos durante mucho tiempo más, antes de que la oscuridad cayera.

* * *

Pasé los dos días después visitando a varios otros amigos - todos alegres de verme liberar - y hablando con Herr Horn, cuando él era capaz de hablar; pues su salud, una vez tan fuerte como el hierro, había sido completamente arruinada durante los tres años infernales que él había permanecido en los campos de exterminación de los Demócratas Occidentales. Él habló, sin embargo, sin odio o amargura, con el aseguramiento sereno de uno que ha vivido su fe y ha hecho todo su deber, y que ha "rendido los frutos de la acción" al Árbitro supremo de la Vida y Muerte. Él habló sin pasión del choque inevitable que traería, tarde o temprano, cara a cara las fuerzas fundidas del Comunismo y aquellas de las Democracias occidentales ordenadas por el dinero, y él dijo: "lo que permanecerá de la raza aria estará obligada a reconocer que teníamos razón, y avenirse a nosotros."

"Escribí en algún sitio en mi libro que proclamaríamos a su debido tiempo al mundo arruinado nuestro ultimátum supremo: ¡'Hitler o el infierno'! ¿Entonces usted está de acuerdo conmigo, usted que sabe tanto más que yo?" dije.

"Completamente," contestó Herr Horn

¿"Pero cuándo será?"

¿"Qué importa cuándo?" contestó el fiel y sabio luchador de toda la vida por Hitler. "Usted ha dicho que nuestra Weltanschauung es eterna. El tiempo no cuenta para nosotros que tenemos la verdad de nuestro lado. No tenga prisa ni desperdicie su energía en el murmullo inútil como aquellos payasos que piensan que ellos van a reformar el mundo con su O.N.U. y sus preciosos 'esquemas' y 'planes'. No somos ellos. Nosotros construimos para la eternidad."

Cuando, el domingo por la mañana, antes de mi salida, fui a verle por última vez, él me dijo: "usted tiene razón en irse. No hay ningún objetivo en la tentativa de permanecer entre nosotros más tiempo actualmente. 'Esta gente' le ha descubierto ahora, y usted seguramente está siendo observada. Si se queda aquí, sólo correrá el riesgo de caer una vez más en sus garras que así les daran un pretexto para destruir su libro. No tome aquel riesgo. Eso no sería cumplir con su deber, - pues usted debe aquel libro a nosotros, para quienes usted lo escribió. Sea cautelosa, y usted nos lo dará un día. Vaya a Francia - y desde allí, dondequiera que usted pudiera ser más útil - y espere. "tenga esperanza y espere." Un día, daremos la bienvenida a usted otra vez. Mientras tanto, si, estando sola, se siente impotente, usted tiene su fe ardiente - nuestra fe Nazi común - para sostenerle. Y usted tiene esto - las palabras inmortales de nuestro Führer. "

Y él me dio una copia hermosa de Mein Kampf, - la única que él tenía. "Es suyo," dijo él; "una conmemoración de Alemania."

Nunca he recibido un regalo con tal emoción profunda.

¡"Ich danke Ihnen!" dije, con lágrimas en mis ojos. Y yo no pude decir más. Durante un segundo o dos, miré fijamente en la cara serena del mártir Nazi. Entonces, despacio levantando mi brazo derecho en el gesto ritual, grité desde la profundidad de mi corazón: ¡"Heil Hitler!"

Él contestó mi saludo como si llevara a cabo un rito religioso, y repitió las sílabas parecidas a un hechizo: ¡"Heil Hitler!"

No sabía que yo realmente le veía por última vez. Pero así era. Puesto que el 12 de diciembre de 1949, después de tardar un año entero, Herr Horn murió de la enfermedad contraida como una consecuencia de las privaciones y crueldades que él había sufrido en las manos de nuestros enemigos.

* * *

Fräulein B. me dio un broche de metal que portaba el cuadro del Führer en el trasfondo de una esvástica, para sustituir el pequeño retrato de cristal que había sido arrebatado de mí y destruido. Ella - y el joven Hermann - se despidieron de mí en la estación.

Mi tren estaba allí. Anduve en un carro que va a Luxemburgo, vía Nanish, ya que no deseé afrontar a los agentes de aduana y policía en Saarhölzbach, si yo pudiera evitarlo. Yo había sido vista allí demasiado a menudo ya, en mis viajes entre Saarland y la Zona francesa. Mis amigos entraron en el vagón y permanecieron conmigo hasta que fuera el tiempo para que el tren arrancara. Entonces, ellos estuvieron de pie en la plataforma, y me dirigí a ellos desde la ventana abierta. ¡"Auf wiedersehen!" gritó Fräulein B., cuando el tren se movió. "Usted nos volverá a ver. ¡Tenga esperanza y espere!"

¡"Auf wiedersehen!" gritó también el joven Hermann. Ellos no podían añadir: ¡"Heil Hitler!" ya que eramos observados. Pero yo sabía que ellos lo quisieron decir. Y ellos sabían que también lo quise decir.

Cuando tomé una última vislumbre de él estando de pie en la plataforma a la luz del sol, alto y varonil como un joven Dios Nórdico, Hermann me apareció como la encarnación de todos mis sueños, de todas mis esperanzas. ¡"El encantador futuro hombre de las Tropa de asalto!" pensé. Y yo estaba orgullosa de él, como si él hubiera sido mi hijo.

EPÍLOGO
EN LA FRONTERA

El domingo, 21 de agosto de 1949, aproximadamente a la una de la tarde . . .

De Nanish en la frontera alemana, despacio el tren circuló. Mi equipaje no había sido revisado. Conmigo, - estaban seguros todos mis tesoros: los pendientes indios de oro en forma de esvásticas, que yo llevaba puestos, tal como durante el día que yo había entrado primero en Alemania; la hermosa copia de Mein Kampf que mis camaradas de Koblenz me habían dado como un regalo de adiós; el manuscrito de mi Oro en el crisol, mi propio tributo de amor y admiración al país martirizado de Hitler.

Pensé en el milagro que me había permitido guardar aquellos tesoros, y desde la profundidad de mi corazón elogié a los Dioses invisibles. Entonces, comprendí que el tren en efecto se movía; que yo estaba, técnicamente hablando, "cruzando la frontera," y lágrimas vinieron a mis ojos. "Alemania santa," pensé, "tus perseguidores pueden obligarme a dejar tu territorio, pero nadie puede impedirme tenerte cariño: ¡nada puede soltar el lazo que ahora me liga a ti, para siempre y alguna vez! Tierra de mis camaradas martirizados; la tierra de la élite sobreviviente que está de pie y espera, firme y fiel en la tormenta actual; la tierra de mi Führer, ningún extranjero te ha amado como he hecho. Mi corazón permanece contigo. ¡Pase lo que pase, un día, cruzaré la frontera otra vez, y volveré a ti!"

Recordé la oración que yo había escrito una vez a mi marido como un epitome de mi experiencia de la posguerra en el Oeste: "la población de Europa está formada de una minoría de Nazis, en contraste con una mayoría inmensa de monos." Sí pensé, ahora, los monos están encima. Cuando ellos hayan bastante largo tiempo mal-gobernado, subiremos al poder una vez más y los refrenaremos - para siempre. "

Y me imaginé en mi retorno, cariñosamente saludada por altos, hermosos hombres en uniforme, que yo en mi turno saludaría, abiertamente, triunfalmente, con las palabras místicas que yo tantas veces y con tal fervor había pronunciado en voz baja, entre mis amigos, en los días presentes de prueba: ¡"Heil Hitler!" Con aquellas dos palabras, yo cruzaría la frontera, la próxima vez . . .

El tren aumentó su velocidad. La estación fronteriza ya no era visible. "Bueno adiós Alemania, donde yo era tan feliz; donde yo no estaba sola. ¡Un día, volveré, y te veré libre!"

Recordé mi manuscrito ahora seguro en mi maletín - tan milagrosamente salvado como si hubiera sido lanzado en el fuego y sacado intacto. Y una oración de el - una oración que yo realmente había pronunciado muchas veces, pues ella expresó y justificó mi actitud entera hacia el pueblo de mi Führer, vino a mi memoria: "Adolf Hitler ha hecho sagrada Alemania a cada ario digno del mundo." Y las palabras en las cuales yo, en la introducción de mi libro, había caracterizado aquella vanguardia de la élite racial de la humanidad que la élite perseguida de Alemania representa ante mis ojos, también volvieron a mi "Aquellos hombres de oro y acero, a quienes la derrota no podía desalentar, a quienes el terror y la tortura no podían someter, a quienes el dinero no podía comprar . . . mis camaradas, mis superiores . . . los únicos entre mis contemporáneos por quienes yo moriría de buena gana."

"Yo debería haber venido hace mucho, lo sé," pensé yo. "Pero no he gastado completamente mi tiempo durante aquellos años infructuosos. He juntado la experiencia de climas distantes, y el conocimiento del pasado, y los ecos de la sabiduría eterna de las cuatro esquinas de la Tierra, para poner todo esto al servicio de mi Führer y de su gente querida. Cuando ustedes sean poderosos, publiquen mi profesión de fe en ustedes, mis hermanos alemanes; ¡aquellas

palabras desde la profundidad de mi corazón que escribí en cafeterías, en salas de espera, en las casas de los amigos - y en la prisión - entre las ruinas de Alemania actual, peguenlas sobre las paredes, un día, cuando ustedes gobiernen este continente! Pónganlas ante los ojos de los jóvenes hombres y mujeres del nuevo Gran Reich victorioso, y díganles: 'una mujer aria que no era un alemán escribió esto sobre nosotros, cuando estabamos en el polvo, bajo los talones de nuestros inferiores'. Diganle eso a sus niños, cuando yo esté muerta."

El tren rodó adelante. Yo estaba ahora en Luxemburgo. Estaría pronto en Francia. ¿Pero que eran las fronteras artificiales? La única frontera en la cual yo había creído alguna vez era la barrera natural, ordenada por Dios, de la sangre. Incluso el mar no podía separar a la gente de la misma estirpe pura.

El tren me llevó más y más lejos de la frontera convencional de Alemania. Pero el Gran Reich de mis sueños no tenía ninguna frontera. Donde quiera que hubiera gente consciente de su sangre aria pura, y bastante inteligente para entender y aceptar la Idea eterna de Hitler, y la misión divinamente designada de Alemania, estaría el Gran Reich viviente. Ninguna frontera - y ninguna orden de expulsión de Alemania, dada en nombre de los perseguidores actuales de Alemania - podrían impedirme permanecer como un miembro de aquella hermandad aria verdadera.

"Un día, volveré," seguí pensando, cuando rodé adelante y más lejos. "Un día, mi amor y admiración contribuirán para exaltar el orgullo racial alemán y voluntad de poder - la consciencia aria de los mejores arios, Si aquello ocurre, no habré venido en vano; ni vivi en vano."

Y abriendo una vez más mi maletín - ese mismo maletín marrón que tenía en la mano la noche de mi detención - vi allí la copia inestimable de Mein Kampf entregada a mí en nombre de todos mis camaradas, en nombre de toda la Alemania, por uno de los Nacionalsocialistas más finos que yo conocía - un mártir de nuestra causa; y, bajo ella, los dos cuadernos gruesos que contuvieron la copia escrita a mano original de mi Oro en el crisol, mi regalo de cariño a Alemania, que yo comenzaría ahora a tipear en la paz, y la seguridad. ¿Qué importó la vida de soledad completa qué yo debía reanudar ahora? ¿Qué importó la pobreza de moledera que me esperó, y la cotidiana hostilidad provocativa de los charlatanes e imbéciles en medio de quienes sería obligada ahora a vivir, si yo pudiera hacer esto - y escribiera la hermosa historia de mis días en Werl - en la espera para nuestro Día? Una vez más, agradeciendo al Señor de las Fuerzas invisibles, Que gobierna todo lo que es visible y tangible con equidad matemática. Repetí dentro de mi corazón las palabras de Leonardo da Vinci:

"O mirabile Giustizzia di Te, Primo Motore! . . ."

_____***_____

Este libro es una traducción del e-book en ingles publicado por los esfuerzos de la gente que trabaja en el Archivo Savitri Devi. Es gratis, por supuesto, para cualquiera que quiera descargarlo y leerlo. Sin embargo, si usted quiere ponerlo en su propio sitio Web, por favor asegúrese de darnos el credito. El enlace al Savitri Devi Archive sería muy apreciado también.

http://www.savitridevi.org/texts.html